

**JANET  
LEWIS**

# Casos de pruebas circunstanciales

La mujer de  
Martin Guerre

El juicio de  
Sören Qvist

El fantasma de  
Monsieur Scarron



La trilogía de Janet Lewis está basada en algunos de los errores judiciales que aparecen en el tratado sobre la Ley de la prueba que el jurista inglés Samuel March Phillips escribió en el siglo XIX. Lewis escribió estas novelas a lo largo de dos décadas, fascinada por la forma en que las pruebas circunstanciales y los relatos de los testigos pueden sentenciar el destino de una persona, así como la forma en que la construcción del relato se impone con tal fuerza que amenaza con diluir la realidad o la búsqueda de la verdad.

A pesar de la variedad de escenarios y circunstancias, desde el célebre caso de la duplicidad de identidades en *La mujer de Martin Guerre*, la trágica historia del pastor protestante injustamente ajusticiado en *El juicio de Sören Qvist* y el trasfondo político en el marco de la gran hambruna de 1693-1694 durante el reinado de Luis XIV en *El fantasma de Monsieur Scarron*, Janet Lewis refleja con gran maestría la compleja encrucijada entre la ley y la justicia.

Janet Lewis

---

**Casos de pruebas  
circunstanciales**

La mujer de Martin Guerre

El juicio de Sören Qvist

El fantasma de Monsieur Scarron



Título original: *The Wife of Martin Guerre / The Trial of Sören Qvist / The Ghost of  
Monsieur Scarron*

Janet Lewis, 1947

Traducción: Antonio Iriarte, 2018

Epílogo de José Luis de Juan

---

Revisión: 1.0

30/06/2019

# **La mujer de Martin Guerre**

*Este vigésimo noveno volumen del Reino de Redonda está  
dedicado a Laura Marías y Jorge Fernández, que hubieron de  
pasar años separados, deseando estar juntos, y que por fin lo  
están*

EL EDITOR

*Ride si sapis*

Lema del Reino de Redonda

## Prólogo de 1947

Encontré la historia de la mujer de Martin Guerre en una antología titulada *Famous Cases of Circumstantial Evidence* [Casos famosos de pruebas circunstanciales<sup>[1]</sup>]. Además de un ensayo, «La teoría de las pruebas presuntivas», obra de Samuel March Phillips (1780-1862), quien con la publicación en 1814 de su *Tratado sobre la Ley de la prueba* sucedió a Jeffrey Gilbert, Primer Juez del Tribunal de Cuentas, como autoridad de referencia sobre la ley probatoria inglesa, ese volumen recogía muchos relatos históricos de errores judiciales inducidos por el exceso de confianza en las pruebas circunstanciales. Algunos de los casos incluidos tuvieron lugar después de la muerte de Phillips, y no hay forma de saber quién los registró, ni cuáles fueron sus fuentes. No obstante, el juicio de Martin Guerre fue descrito y comentado por el célebre jurista francés Etienne Pasquier (1529-1615) en su extraordinaria obra enciclopédica *Les Recherches de la France*. Pasquier afirma: «*Maître Jean Coras, grand jurisconsulte, qui fût rapporteur du procès, nous en représente l'histoire par écrit, avec commentaires pour l'embellir de poincts de droit*». [Maese Jean Coras, gran jurista, quien fue relator del proceso, nos ha dejado la historia por escrito, con comentarios para ilustrarla en cuestiones de derecho]. Resulta razonablemente seguro que quienquiera que redactase la historia para el volumen de *Famous Cases* recurrió a la obra de maese Coras. Se afirma que Coras llegó luego a ser un juez famoso, y que fue ahorcado vistiendo su toga escarlata después de la matanza de san Bartolomé, durante los disturbios que se extendieron desde París hasta las provincias, y que no se apaciguaron hasta octubre de aquel año

1572, casi a los doce años justos de la ejecución de Arnaud du Tilh. Me han referido asimismo que Michel de Montaigne menciona en uno de sus ensayos el curioso caso de Martin Guerre, contemporáneo suyo. Lamento no poder citar el número del ensayo<sup>[2]</sup>. Aun así, entre Pasquier, Montaigne y maese Jean Coras, podemos estar seguros de que el proceso en cuestión efectivamente tuvo lugar. Al volver a contar la historia de Bertrande de Rols he intentado ser tan fiel a los acontecimientos históricos como permite la lejanía en el tiempo y en el espacio. La reseña del caso por Pasquier es más sucinta que la recogida en *Famous Cases*, pero incluye unos cuantos detalles de interés que esta última obra no proporciona. Pasquier concluye su relato con las siguientes palabras: «*Mais je demanderais volontiers si ce monsieur Martin Guerre qui s'aigrit si âprement contre sa femme, ne meritoit pas une punition aussi grieve qu'Arnaud Tillier, pour avoir par son absence été cause de ce mesfait?*». [Pero yo les preguntaría de buena gana si este señor Martin Guerre que tanto rencor le mostró a su mujer no era acaso merecedor de un castigo igual de severo que el de Arnaud Tillier, por haber propiciado con su ausencia esta fechoría].

JANET LEWIS 1947

# 1. Artigue

Una mañana de enero de 1539, se celebró una boda en el pueblo de Artigue. Esa noche, los dos niños que se habían desposado yacían el uno al lado del otro en la cama, en casa del padre del novio. Se trataba de Bertrande de Rols, de once años, y de Martin Guerre, de la misma edad, descendientes ambos de pudientes familias campesinas tan antiguas, tan feudales y tan orgullosas como cualquiera de las grandes casas señoriales de la Gascuña. Hacía frío en la habitación. Fuera, una fina capa de nieve cubría el suelo rocoso, o apilada en largos bancos poco profundos en las esquinas de las casas, dejaba la tierra desnuda. Pero a mayor altitud se extendía hacia arriba formando grandes mantos y dunas, cubriendo las crestas y ahogando los valles boscosos hacia el pico de La Bacanère y el largo macizo de Burat, y hacia el sur, más allá del largo valle de Luchon, el pico granítico de la Maladeta se alzaba revestido de hielo y nieve. Los pasos hacia España estaban enterrados en la blancura. Los Pirineos se habían convertido en un muro infranqueable durante la estación invernal. Los españoles que se vieron sorprendidos en territorio francés por la primera nevada fuerte en septiembre se quedaron allí, y los franceses, contrabandistas o soldados, o bien simples viajeros, que se hallaban del lado equivocado del puerto de Benasque, se vieron condenados a permanecer en España hasta la primavera. Con las ovejas en el redil, el ganado en la alquería, los haces de leña amontonados en altas pilas contra las paredes de la granja, los pueblos de montaña se sumían en la inactividad y el aislamiento forzosos. Era un tiempo de ocio, durante el cual bien podían celebrarse bodas.

Hasta esa misma mañana, Bertrande no había cruzado palabra en la vida con Martin, aunque lo había visto a menudo. De hecho, no se había enterado de que se había concertado el matrimonio hasta la víspera por la tarde. Esa mañana, se había arrodillado con Martin ante el padre de este y luego, luciendo gallardamente una capa roja nueva, había caminado a su lado por la nieve, acompañada de numerosos amigos y parientes, y al compás de los violines, hasta la iglesia de Artigue, donde había tenido lugar la ceremonia. Le había parecido un asunto tan serio como la primera comunión.

Después, siempre con la música de los violines, que sonaba diáfana y penetrante en el aire frío, había vuelto a la casa de su marido, donde un enorme fuego de troncos de roble aderezados con sarmientos rugía en la gran chimenea, y donde se habían instalado en la cocina, principal habitación de la casa, improvisadas mesas con tablonces largos sobre caballetes. Sobre el suelo de piedra se habían esparcido ramas recién cortadas de hoja perenne. Los lados y los fondos de las cacerolas de cobre despedían destellos rojizos con el reflejo de las llamas y el aire estaba impregnado del buen aroma de la carne asada y del vino recién escanciado. Bajo los pies, la nieve de los zuecos se derretía y se perdía entre las ramas pisoteadas. Un tufo a humanidad y a lana húmeda se entreveraba con los olores de la comida, y la conversación en la estancia resultaba increíblemente ruidosa.

Era un acontecimiento alegre, al igual que importante. Todo el mundo se mostraba intensamente jubiloso, pero nadie le hacía mucho caso a la pequeña novia. Después de los primeros abrazos y enhorabuenas, se sentó a la mesa larga al lado de su madre y se comió lo que esta le sirvió de las grandes fuentes. Cada tanto, la mujer le pasaba afectuosamente el brazo por encima de los hombros y la estrechaba un momento contra su pecho, con orgullo y tranquilizadamente. Pero conforme avanzaba la fiesta, la atención de su madre se fue centrando cada vez más en la conversación del cura, sentado enfrente de ella, y del padre del novio, sentado a su otro lado, y Bertrande, libre de observación en medio de toda aquella agitación, ostensiblemente en su honor, se dedicó a mirar a sus anchas por la habitación y a darle trozos de pan duro mojado en grasa al lanudo perro ovejero de los Pirineos de larga cola rizada, que, desde su sitio debajo de la mesa, le ponía la cabeza en el regazo. Al cabo de un rato, cuando los platos de sopa y asado ya habían dado

paso a las castañas cocidas, al queso, la miel y los frutos secos, Bertrande se escabulló de su sitio y se puso tranquilamente a explorar la habitación.

Detrás de la mesa a la que había estado sentada, se alineaban una junto a otra, con las cortinillas de sarga amarilla echadas, las camas; cada una de ellas era un apartamento en sí misma. La niña se deslizó entre esas cortinas y las recias espaldas de los festejantes, dirigiéndose despacio hacia el rincón más cercano de la habitación, donde se detuvo, apoyando la espalda contra una alta alacena, y examinó la escena. Frente a ella, la chimenea ennegrecida ocupaba por lo menos una tercera parte del muro, y el resplandor de las llamas saltarinas sumía en una confusa semioscuridad los rincones a uno y otro lado del hogar. No obstante, distinguió una puerta en el centro de la pared a su derecha, y hacia ella se encaminó gradualmente. Resultó ser la entrada a un largo y gélido corredor al que daban puertas de despensas y cuartos para los pastores, iluminado únicamente por una pequeña ventana cuyos postigos de madera estaban cerrados. Otra persona había buscado refugio de los festejos en este pasillo, y estaba ocupada corriendo los pestillos de las contraventanas. Cuando se abrió por fin media hoja del postigo, se derramó en el corredor un raudal de brillante luz nevada, y a su claridad reconoció a Martin. Bertrande dio un paso adelante, insegura, y al oírla, Martin se dio la vuelta y avanzó hacia ella con las manos al frente y una expresión temible en el largo y juvenil rostro. Le había disgustado que lo casaran y, para expresar su desagrado del asunto, así como para manifestar el poder de su soberanía recién adquirida, le arreó a Bertrande unos buenos cachetes en las orejas, le arañó la cara y le tiró del pelo, todo ello sin pronunciar palabra. A sus gritos acudió a rescatarla la hermana de su madre, que reprendió al novio y acompañó a la novia de nuevo a la cocina, donde se quedó junto a su madre hasta la hora en que esta y su suegra la condujeron hasta la alcoba, la estancia del lado opuesto de la cocina, donde se hallaba la cama del amo, ahora dedicada a las formalidades de la boda.

A Bertrande la desvistieron y le pusieron un camisón y un gorro de noche. Martin fue introducido en la habitación ataviado de la misma guisa, y acostaron a los dos niños delante de toda la concurrencia. Sin embargo, en deferencia a la extrema juventud de la pareja nupcial, las cortinas de sarga se quedaron sin cerrar, y se dejó prendida una antorcha, fija a la pared.

Los invitados se quedaron un rato en la alcoba, riéndose de chistes más que manidos, mientras los dos niños yacían muy quietos, sin mirarse. Los festejantes fueron pasando luego a la cocina hasta que, cerrando la marcha, el padre de Martin Guerre se detuvo en el umbral para desearles formalmente las buenas noches a sus hijos. Bertrande vio cómo los rasgos de su rostro, exagerados por el fulgor de la antorcha, cobraban una expresión de gran seriedad, y la pequeña cayó de repente en la cuenta, sintiéndose abrumada, de que de ahí en adelante su vida quedaba sujeta a la jurisdicción de monsieur Guerre. La puerta se cerró a su espalda. La ventana sin cristales también estaba cerrada, pero entre las hojas del postigo pasaba una corriente de aire que hacía estremecerse la llama de la antorcha. Por lo demás, todo estaba en calma, como muerto. En la habitación de suelo desnudo no había más muebles que una hilera de arcones labrados junto a la pared, y el gran lecho en el que yacían. Bertrande estaba cansada y asustada. No sabía qué se le podría pasar por la cabeza a Martin hacerle. Al poco, notó que este rebullía.

—Estoy harto de toda esta historia —dijo, poniéndose de lado y hundiendo la cabeza en la almohada.

Pronto, su respiración se hizo más regular y, aunque no se atrevió a moverse, Bertrande se relajó. Su marido estaba dormido.

Apoyada en la alta almohada, la niña contempló la antorcha, cómo oscilaba la llama y pequeñas partículas de algodón incandescente se desprendían y caían, humeando, al suelo de piedra. Una tardó bastante en caer: quedó colgando, hilo encendido, haciendo que la llama de la antorcha se volviera irregular y humeante. Luego cayó también. La calidez del lecho de borra empezó a envolver su pequeño y delgado cuerpo en algo parecido a la seguridad, una sensación casi tan buena como la de volver a estar en casa. La luz de la antorcha pareció apagarse. Bertrande se adormiló.

Cosa de una hora más tarde, se abrió la puerta dando paso a una silueta ancha, ataviada con un holgado vestido de lana marrón y tocada con una cofia de lino blanco, que llevaba una bandeja en las manos y se acercó con paso tranquilo hasta la cabecera de la cama. Ya fuese meramente por la sensación de ser observada, porque resonara el suelo de piedra, o porque tintineara un poco la vajilla de plata en la bandeja, el caso es que Bertrande se despertó y, abriendo los ojos, se halló ante el rostro cuadrado y benévolo y los agradables

ojos castaños de una mujer a la que reconoció vagamente como miembro de la casa Guerre. Pero no era el rostro de su suegra, sino el de la criada que aguardaba en la puerta cuando la comitiva nupcial regresó de la iglesia.

—Estás despierta: eso está bien —dijo la mujer, sonriendo—. Te aseguro que si el muchacho tuviera ocho años más, no estaría tan profundamente dormido a esta hora.

Dejó la bandeja en la cama y, alargando el brazo por encima del cuerpo de Bertrande, sacudió a Martin por el hombro.

—No puede ser de día ya —dijo la niña.

—No, querida, es el resopón. Os he traído vuestro pequeño convite de medianoche.

—Oh —dijo Bertrande—, se les olvidó hablarme de esto.

Se incorporó con expresión un tanto aturdida y preocupada. Sin instrucciones previas, bien podría no saber qué hacer, o hacerlo mal. Martin, ya despierto, se sentó asimismo y los dos miraron la bandeja.

—No es mala idea en absoluto —dijo él con voz pastosa de sueño y, curiosamente, tono del todo amistoso.

—Comed —dijo la mujer, sonriéndoles—. Ya que en este asunto habéis pasado por todo lo demás, mejor será que ahora disfrutéis de vuestra pequeña fiesta vosotros dos solos. La he preparado yo en persona.

Alentados de este modo, los niños se restregaron los ojos y se pusieron a comer, mientras la mujer esperaba, con las manos apoyadas en las bien arropadas caderas.

—Esto de casarse es toda una historia —dijo, mirando a los niños—. No vayáis a dejaros las natillas, son mi especialidad. Con el tiempo sabréis apreciar todo lo que vuestros padres han hecho por vosotros. Y, entre tanto, ¡cuánta paz y cuánta amistad reinan en el pueblo de Artigue! Sois una niña muy bonita, madame, un poco delgada, quizás, pero con los años los miembros van redondeándose. Con un poquito más de carne, seréis del todo encantadora. Y vuestras mejillas tienen un color magnífico. Miradla, Martin. Está mucho más bonita ahora que en la iglesia, cuando estaba tan pálida por la emoción.

Bertrande comía con semblante serio, lamiendo las natillas de la gran cuchara de plata. Aquel era más caso del que le habían hecho en todo el día y, además, se trataba de la clase de atención que podía entender. La mujer

añadió, con su voz agradable y bien modulada:

—En cuanto a Martin, no será un hombre guapo, pero sí muy distinguido, como su padre. Hay una clase de fealdad que le sienta muy bien a un hombre. Por lo demás, estoy segura de que será capaz de hacer todo lo que se requiere de un hombre.

Les sonrió, sin intención de meterles prisa, y prosiguió:

—Además, Martin, mirad a vuestra mujer: tiene los ojos afortunados, los de dos colores, castaños y verdes; y la gente afortunada le trae suerte a aquellos que aman.

Terminaron todo lo que había en la bandeja, compartiendo amistosamente incluso el último trozo de pastel, y la sirvienta se despidió con unas últimas palabras elogiosas. Madame Martin Guerre, de soltera Bertrande de Rols, reconfortada por el pastel y las natillas en su estómago, y por el saludable desinterés de su marido, se sumió en un profundo sueño libre de inquietud. Por la mañana regresó a casa de sus padres, para esperar allí a cumplir una edad en la que estuviera más preparada para asumir sus responsabilidades de casada.

Así empezó para la mujer de Martin Guerre el estado que iba a depararle tanta dicha y también tan extraño e impredecible sufrimiento.

Por el momento, la vida siguió como de costumbre. Al convertirse en la mujer de Martin Guerre, Bertrande no había ganado importancia personal ni libertad; en realidad, no lo había esperado. Del matrimonio derivaban ventajas, ciertamente, pero por el momento eran todas para las dos familias, la de los Guerre y la de los Rols; más adelante, Martin y Bertrande sacarían provecho de la acrecentada prosperidad de ambas. La solemne ceremonia en la iglesia, el recuerdo de despertar en plena noche para verse servir regiamente exquisiteces en la vajilla de la familia de los Guerre, fueron difuminándose, eclipsadas por la multiplicidad de las tareas diarias que conformaban su educación.

La unión de las casas De Rols y Guerre había sido contemplada desde hacía mucho tiempo. A tres generaciones les había parecido algo casi inevitable, tantas eran las ventajas que las dos familias podían esperar de semejante alianza. Tres generaciones atrás, la cosa había quedado prácticamente decidida, hasta que un comentario del bisabuelo de Bertrande

de Rols trastocó los planes del bisabuelo de Martin Guerre.

—Tengo una hermosa nietecita que estoy guardando para ti —dijo afablemente el antepasado de Martin al viejo De Rols, en conclusión de una conversación que había pasado revista en detalle a los mutuos beneficios que podrían resultar de la unión de ambas familias.

—Si quieres que se conserve bien —dijo jocosamente el bisabuelo de Bertrande—, si deseas que se conserve pero que muy bien, amigo mío, lo único que tienes que hacer es pagarla.

El bisabuelo de Martin se quedó un rato mirando a De Rols sin hablar, pero su expresión ya no era afable.

—¿Quieres dar a entender entonces que me resultará fácil quedármela? ¿Pretendes insinuar que no serán muchos los pretendientes? ¡¿Lo que insinúas que es que puedo ponerla en salazón, cubrirla de aceite como a un pollo, y que se conservará, vaya, que se conservará de forma indefinida?!

—Amigo, no quiero decir nada de eso —explicó pacientemente el otro—. Lo único que pretendía era gastar una pequeña broma.

—Tu broma —replicó el bisabuelo de Martin Guerre—, tu broma es un insulto. —Y le escupió en la cara al antepasado de Bertrande de Rols.

Así, no solo quedaron interrumpidas las negociaciones para un futuro matrimonio, sino que en el bisabuelo Guerre y toda su mesnada, es decir, sus hijos e hijas y sus familias, sus tíos y tías y sus familias, y todos los criados cuyas familias solían servir a la casa Guerre, nació y se desarrolló un odio intenso por la gente de la casa De Rols, que perduraría hasta el nacimiento de Bertrande. En ese momento, y puesto que la casa Guerre se había regocijado muy poco antes con el nacimiento de un hijo varón, a los descendientes de los dos bisabuelos, el bromista y el ofendido, se les ocurrió que la mejor forma, si no la única, de poner término a una enemistad tan antigua consistía en prometer a los bebés en sus mismas cunas. Se obró, pues, en consecuencia, y quedó restablecida la paz.

No debería juzgarse con demasiada severidad el orgullo del abuelo que se sintió insultado por chanza tan inocente. En tanto que cabeza de su familia, o *cap d'hostal*, cargaba con grandes responsabilidades. La seguridad y prosperidad de toda su casa dependían, en buena medida, de la estricta obediencia y respeto que estuviese en condiciones de exigir de sus hijos,

esposa y sirvientes. De tan gran responsabilidad nacía un gran orgullo. De modo que nadie cuestionó su derecho a sentirse agraviado, así como nadie dudó en seguir su ejemplo y odiar al ofensor; ofensores, más bien habría que decir, pues la acción de un solo hombre se convertía de inmediato en la de todo su linaje. No obstante, acaso pueda resultar sorprendente que esta estructura feudal hubiese sido mantenida de forma tan estricta, y a tan amplia escala, por estos campesinos de Artigue, pero es que estos se hallaban más cerca del *seigneur campagnard* que empezó a cobrar prominencia a finales del siglo XVI que del campesino corriente de las tierras bajas, cuyas familias procedían de los siervos emancipados del Medievo. Las montañas y valles de los Pirineos eran la causa de su prosperidad y de su orgullo.

Es cierto que las aguas termales del valle de Luchon se encuentran en una de las rutas directas de España a Francia, y se dice que los soldados de César se detuvieron ahí, en los fangosos manantiales sulfúreos, para aliviar sus miembros fatigados del combate. Pero la corte de Navarra descuidó Luchon. Margarita Angulema llevó su séquito a Cauterets, más cerca de Pau. Artigue tampoco se encontraba en el camino directo al valle del Garona, pasando por el valle de Luchon, sino que se alzaba junto a un pequeño afluente del Neste, en un pliegue más elevado de las montañas. No se hallaba en el camino a ningún otro pueblo; nadie iba a Artigue de no tener algo que hacer ahí. Así, generación tras generación, mientras los pueblos de las tierras bajas eran saqueados e incendiados, y sus campos assolados por las guerras de religión que barrieron el sur de Francia a lo largo del siglo XIII y siguieron hasta mediados del siglo XVI, Artigue disfrutó de su aislamiento y su falta de renombre, y la riqueza se acumuló en las arcas de sus familias más prósperas. El sentimiento feudal se mantuvo vigente asimismo, y con la misma fuerza que en los siglos anteriores, aun cuando Francisco I llevaba ya veintiún años en el trono de Francia y hacía casi trescientos años que el Languedoc pertenecía a la corona francesa.

Cuando cumplió los catorce años, tal vez algo antes de lo que habría ocurrido normalmente de no haberse producido la muerte de su madre, Bertrande de Rols se fue por fin a vivir con los Guerre. Una mañana engañosamente cálida de otoño, acompañada por la criada que había servido el resopón a la joven pareja nupcial, atravesó el patio descalza, vestida

sencillamente con su acostumbrada ropa de diario, y se encontró en el umbral de la gran cocina. Su suegra la besó en las dos mejillas y la condujo hasta el hogar. Metieron en la casa los cofres de madera con sus efectos personales y la ropa blanca y la vajilla de plata de su dote y los colocaron contra la pared, y su suegra le enseñó la ancha cama de cortinillas de sarga amarilla que habría de ser de Martin y suya. Luego, sin demasiado apremio, la pusieron a moler harina en un gran mortero de piedra. Martin y su padre estaban en el campo. El padre de Bertrande se había ido a caballo a supervisar la vendimia. Ninguno de los trabajadores del campo volvería antes del anochecer. Mientras tanto, tenía tiempo de familiarizarse con la cocina, con las cuatro hermanas de Martin y los criados, con los perros y gatos y los residentes plumíferos del corral.

No había estado en la casa desde el día de su boda, pero todo estaba más o menos como lo recordaba. Había desaparecido la gran mesa hecha con caballetes y solo quedaba una mesa cuadrada junto a la chimenea, la de la familia, y otra más larga al lado para los trabajadores. El suelo solo estaba recubierto de hierba seca y las paredes ya no estaban adornadas con ramas de pino; de las vigas del techo pendían ristra de ajos y cebollas formadas por los tallos trenzados, junto con ramos de flores secas de tilo y saúco. También había manojos de romero, tomillo silvestre y perejil, y dentro de la campana de la chimenea, para aprovechar el humo resinoso, acababan de colgar piezas de carne y longanizas.

Pasaría mucho tiempo antes de que Bertrande volviera a disfrutar, como esa tarde, de tanta atención por parte de su suegra, pero la serena amabilidad e interés que madame Guerre le mostró a la joven esposa de su hijo proyectó una larga y cálida sombra que se extendió sobre muchos de los días venideros. Le enseñó en detalle la granja a Bertrande: los establos y el granero, edificios bajos de piedra techados con tejas, como la casa, que se alzaban a mano derecha e izquierda del patio delante de la vivienda; la estancia utilizada para elaborar los productos lácteos; las despensas con sus tarros de miel y cestos de fruta, canastos de castañas, vasijas de piedra llenas de gansos y pollos conservados en aceite, de huevos enterrados en salvado de trigo, quesos de leche de cabra y de leche vacuna, vino, aceite. En la alcoba, le mostró la lana y el lino para la rueca, y el telar en el que se tejerían las prendas de vestir de

la familia. Le enseñó el huerto, que estaba siendo acondicionado para las primeras heladas, los panales con sus tejados de paja, el aprisco de barro y zarzos, y por último, de regreso a la alcoba en la que en su día se instaló el lecho nupcial, madame Guerre abrió unos cofres llenos de salvado y le enseñó a su nuera las cotas de malla de los antepasados, de tal guisa preservadas del orín. Todo eso lo hizo, como bien sabía Bertrande, para que la joven esposa pudiera entender el hogar que algún día se vería llamada a dirigir. En ninguna otra época del año podría haber resumido mejor todo aquello que las tareas de la primavera y del verano estaban encaminadas a producir.

Anocheció pronto, con un frío que presagiaba el invierno. Era ya noche cerrada antes de que los hombres empezaran a volver de los campos y pastizales. Se prepararon las mesas, se arrojaron a la lumbre nuevos haces de sarmientos. Primero trajeron el ganado para encerrarlo en el establo, como era necesario hacer todas las noches del año debido a las depredaciones de los osos. Luego llegaron las ovejas, sus balidos inundando el patio con un prolongado y ruidoso parloteo. Al entrar en la cocina, el pastor y el vaquero llevaron consigo el olor de las bestias. A continuación llegaron el porquero y los hombres que, por turnos, ejercían de carreteros, viñadores o cosechadores. En último lugar llegó el cabeza de la familia, el padre de Martin, con su hijo al lado. Su mujer salió a recibirlo a la puerta con una copa de vino caliente, que él se bebió antes de entrar en la casa. Se quitó la capa y se la tendió a una de sus hijas y se sentó a la cabecera de la mesa. Su hija mayor le llevó un cuenco de agua y una toalla. Se lavó y secó las manos y después, tras recorrer la habitación con la mirada, vio a la mujer de Martin y le indicó que se acercara.

—Siéntate aquí, hija mía —dijo, indicándole un sitio a su lado—. Esta noche te servirán. Mañana ya tendrás tu parte en las tareas de la casa.

No sonrió, pero tanto la intención como la voz eran bondadosas. Mirándole cautelosamente la cara cuando él tenía la atención puesta en otra parte, ya en la conversación del pastor, ya en el fuego de la chimenea, Bertrande recordó el severo semblante paterno tal como le había aparecido a la luz de la antorcha desde su alta almohada en el lecho nupcial, y pensó que la luz de la antorcha lo había alterado. Ahora, al resplandor más uniforme de la lumbre, el rostro de su nuevo padre no se le presentaba nada terrorífico. Arrugada, curtida por la exposición al rudo clima, la tez oscurecida recibía de

lleno y de frente los reflejos dorados, revelando todas las huellas del tiempo. La barba corta, áspera y entrecana, estaba partida en dos, mostrando el hoyuelo del prolongado mentón. La boca, nada sonriente, pero sí afable, tenía un prominente labio inferior que podía expresar enfado. La nariz era corta y aplastada, los pómulos altos, la frente elevada y ancha, los ojos, ora grises, ora negros, al capricho de la cambiante luz, traslucían tranquilamente interés, se mostraban calmados en la certeza de su autoridad. Sentado a gusto en la silla de respaldo recto con asiento de enea, el justillo oscuro abrochado hasta el cuello, la mano derecha apoyada en el borde de la mesa, examinaba vigilante a su familia, como si fuese un rey homérico, como el gobernante de una comunidad isleña, capaz lo mismo de arar que de pelear, de hecho, la mano que descansaba en la mesa lucía cicatrices como de alguna antigua lucha defensiva en años ya remotos. Sin ostentar ningún signo externo de su poder, encarnaba en su propia persona tanto la autoridad como la seguridad. Gobernaba, como rezaban los textos de la época empleando el verbo que pertenece a la realeza, y la joven sentada a su lado, al notarlo, sintió también la gran paz que su autoridad proporcionaba a los suyos. Fue la primera de las muchas noches en que su presencia daría testimonio ante ella de que los animales estaban a salvo, el grano estaba al seguro, y ni los lobos, cuyos aullidos se oían durante las noches de invierno, ni las bandas de mercenarios saqueadores, de las que ocasionalmente hablaban los rumores procedentes de los valles más grandes, podrían hacer nada que dañara el hogar junto al que se sentaba aquel hombre. Gracias a él, la granja estaba a salvo, y por lo tanto, también Artigue, y por lo tanto, todo el Languedoc, y por consiguiente Francia; y por tanto el mundo entero estaba a salvo, y así era como debía ser.

A despecho de los temores de Bertrande, Martin se mostró razonablemente atento. La trataba con bastante más afecto que a sus hermanas, metiéndose con ella solo de vez en cuando —cosa que nunca hacía con ellas—, y se desentendía de la joven la mayor parte del tiempo, dejándola ocuparse de lo suyo. De noche dormían juntos en su cama, dándose la espalda, hundiendo sus cansadas y jóvenes cabezas en las almohadas de pluma. Día tras día, Bertrande continuó así su largo aprendizaje para el puesto que estaba destinada a ocupar, el de ama de la granja.

Pasó un año, en el transcurso del cual Bertrande no fue consciente de otro

sentimiento por su marido que no fuese una tibia gratitud por dejarla a su aire. Luego, a principios del otoño, Martín se fue a cazar osos. La parroquia había organizado una batida, según la costumbre, para poner coto en la medida de lo posible a la creciente osadía de esos animales, que no solo destrozaban la cebada tierna en primavera, sino que también atacaban a vacas y ovejas. Era creencia común que había dos especies de oso en los Pirineos: los que eran estrictamente vegetarianos y los carnívoros. Estos últimos suponían una amenaza mucho mayor que los lobos, a los que no se veía en verano y solo resultaban peligrosos en los meses invernales, cuando el ganado solía estar al seguro en el establo o el redil. Martín había oído hablar de la batida y, sin decirle nada a nadie, se había levantado temprano y se había marchado con los cazadores. No lo vieron en todo el día.

Cuando anocheció, los trabajadores fueron volviendo a la granja: pastor, porquero, carretero, viñador... pero Martín no apareció. Monsieur Guerre preguntó por su hijo, pero nadie supo darle cuenta de él. Según la costumbre, los trabajadores de la granja y los criados de la casa se sentaron a la mesa con su amo, y madame Guerre y Bertrande los sirvieron. Tuvieron la conversación habitual acerca del trabajo del día, concluyó la cena, se despejaron las mesas y ya se acercaba el momento de la oración, cuando la puerta se abrió de golpe y entró Martín, tambaleándose bajo el peso de una pieza de carne de oso envuelta en la sanguinolenta piel de la fiera. Estaba exultante. Pero en cuanto vio la mirada expectante de su padre, su alegría se desvaneció y, tras depositar su botín a los pies de su progenitor, se disculpó por haberse ausentado de las labores de la granja y procedió a narrar, con mayor concisión de lo que había previsto, sus aventuras del día. Su padre lo observaba en silencio. Cuando el muchacho hubo concluido, el hombre dijo:

—¿Es todo cuanto tienes que decir?

—Sí, padre.

—Muy bien. Ponte de rodillas.

Martín se hincó de hinojos y su padre, inclinándose hacia delante, le golpeó de lleno con los nudillos de la mano derecha en el lado izquierdo de la mandíbula. Martín no dijo nada. Madame Guerre contuvo el aliento pero no protestó. Al cabo de un momento, Martín se puso de pie y se acercó a la chimenea, a escupir sangre en la lumbre.

—Es hora de rezar, hijos míos —dijo monsieur Guerre.

De rodillas, inclinando la cabeza, todos los presentes acompañaron las oraciones que pronunciaba el padre; acto seguido, dispersándose, se fueron a la cama. Esa noche, varias horas después, cuando la casa estaba toda en silencio y apenas un pequeño destello de la lumbre del hogar se insinuaba entre los pliegues de sarga que aislaban su lecho, Bertrande se dirigió a Martin:

—¿Estás despierto?

—Desde luego. Me duele la mandíbula. Me ha roto dos dientes.

—No ha sido justo —susurró ella con indignación.

—Por supuesto que ha sido justo. No le he pedido permiso para ir. Temía que no me dejara. Pero he hecho bien en matar un oso, ¿verdad?

—Oh, sí —respondió Bertrande fervientemente—. Martin, eres un valiente.

Él no dijo nada, aunque en su fuero interno estaba de acuerdo, pero cuando se durmió por fin, más tarde, su brazo descansaba en el hombro de Bertrande. Ella se había puesto de su parte contra la autoridad del padre, a despecho de lo justa que pudiera ser esa autoridad. Ellos dos eran como un bando en el seno de un bando. En cuanto a Bertrande, para su propia sorpresa, empezó a comprender que Martin le pertenecía y que su afecto por él era incluso mayor que el respeto y la admiración que sentía por su padre.

Por la mañana, al examinar el destrozo causado a los dientes de su hijo, madame Guerre lloró, pero no protestó por la severidad de su marido.

—Compréndelo, hijo, es necesario —le dijo—. Si no le muestras obediencia a tu padre, tu hijo no tendrá luego ninguna por ti, ¿y qué será entonces de la familia? La ruina, la desesperación.

—Sí, madre, lo comprendo —dijo Martin.

Nadie, salvo Bertrande, se había atrevido a insinuar que el castigo era arbitrario y severo, y nadie volvió a decir nada más acerca del asunto.

Pero poco a poco, el afecto de Bertrande por su marido fue convirtiéndose en una profunda y gozosa pasión, creciendo lenta y naturalmente, conforme se desarrollaba su cuerpo. Por doquier, a su alrededor la vida florecía y se multiplicaba: en el campo, en los rebaños, en los tallos tintos de rosa de los zarzales de la primavera, antes de abrirse la hoja verde, y en las hojas de

parra del otoño que colgaban como llamas de las ramas nudosas. Bertrande sentía esa pasión en su interior: ligera, ácida, intensa, con una fragancia especial, como el vino que bebían en los primeros días de la primavera, y su deleite iluminaba su amor igual que el sol de mayo que se vertía en la copa de vino. Poco antes de cumplir los veinte años, dio a luz un hijo y su felicidad pareció tocar el cielo y verse bendecida más allá del más loco de sus sueños. Al niño lo llamaron Sanxi. Su abuelo, tomándolo en sus brazos a los pocos minutos de nacido, le frotó los labios con ajo y se los humedeció con unas gotas del acre vino de la tierra, dándole la bienvenida como verdadero gascón. El niño prosperó, y su madre con él, como si se prestaran bienestar el uno al otro.

Al ser madre de un heredero, Bertrande creció en la estima de sus suegros, lo que se manifestaba en pequeños favores. Esto la llenaba de orgullo y contribuía no poco al donaire del porte de su cabeza morena. Comprendía mejor que nunca su papel en la familia, como parte de una estructura que se remontaba en el tiempo hasta antepasados de cuyo renombre uno se enorgullecía, y se proyectaba hacia un futuro en el que Sanxi sería mozo, y los hijos de Sanxi crecerían y ayudarían a mantener, como ahora lo hacían Martín y ella, la prosperidad y el honor de la familia.

A Martín se le habían encomendado en exclusiva ciertas labores de la granja y estaba especialmente a cargo de determinados campos. Respondía ante su padre de todo cuanto hacía, pero la forma y los detalles de ejecución quedaban de su propia cuenta. Era parte de su progreso hacia la asunción de la plena autoridad sobre la granja, que no pasaría a sus manos hasta la muerte de su padre, pero para la que debía estar preparado desde temprana edad.

Su situación a este respecto era curiosa: mientras viviera su padre, Martín legalmente seguiría siendo menor de edad. Podría envejecer, y Sanxi casarse y tener hijos, pero en tanto Guerre el mayor siguiera alentando, este seguiría siendo el cabeza de familia con carácter absoluto, y cuánta libertad pudiera disfrutar Martín, habría de ser bajo el gobierno de su progenitor. Esto se entendía tan bien, al igual que la necesidad de esa ley, que a Martín jamás se le pasó por la cabeza que pudiera ser de otra forma. Era sabido en todo el Languedoc que un padre gozaba del privilegio, si así lo decidía, de liberar a su hijo de la autoridad paterna, pero esto solo podía llevarse a cabo mediante

una ceremonia específica y formal. Aunque había habido padres que, ocasionalmente, habían emancipado así a sus hijos, si alguien le hubiese preguntado a Martin Guerre qué opinaba de ese procedimiento, casi seguro que habría respondido que le parecía mal. Martin Guerre deseaba conservar cuánta autoridad perteneciese al *cap d'hostal*, por mucho que él en persona pudiera padecer por el momento bajo la misma. Al cabo de los años, él mismo esperaba ser *cap d'hostal*, y cuando esa responsabilidad reposara sobre sus hombros, tendría necesidad de toda la autoridad acumulada desde la antigüedad, de la misma forma que su padre la precisaba en ese momento.

Martin se parecía mucho a su padre, en el físico tanto como en el carácter. Bertrande, que en ocasiones se daba cuenta de cómo reprimía su marido su resentimiento o su impaciencia ante su posición inferior, comprendía tanto la impaciencia como la actitud que mantenía esta a raya, la aceptación de las cosas tal como eran, y se decía a sí misma: «En su día, será para su familia un protector tan parecido a su padre como puedan serlo dos gotas de agua, y doy gracias a Dios por eso».

Exteriormente, Martin tenía de su padre la piel morena, la frente alta, los ojos grises, la nariz corta y chata, los labios, el hoyuelo en la barbilla, así como algo de su constitución. Demasiado trabajo con el arado a temprana edad lo había dejado algo cargado de hombros. No obstante, era hábil espadachín y boxeador, ágil, alto y bien desarrollado para sus años. «Guapo, no, pero sí muy distinguido», como había dicho la criada. Su fealdad era ancestral, y eso estaba bien en sí.

Una gente tan razonable, tan devota, tan cariñosa y tan trabajadora debería haber quedado al resguardo de los caprichos del malicioso azar, piensa uno. No obstante, las mismas virtudes de su forma de vida propiciaron un pequeño incidente, y de ese incidente surgió toda la sucesión de desgracias que singularizaron a Bertrande de Rols, apartándola de la paz y la oscuridad de su tradición.

Era un día de otoño. La vendimia había concluido y estaban sembrando el trigo de invierno. Como no se esperaba que los hombres volvieran a la granja a mediodía, Bertrande le había llevado el almuerzo a Martin. Mientras él comía, se sentó a su lado en la tierra áspera y caldeada por el sol del borde del sembrado. Iba descalza y sin toca, con el corpiño del vestido entreabierto

por el escote debido al calor del mediodía. La piel que asomaba era de un tono cremoso, que se iba oscureciendo más arriba, hasta alcanzar un cálido bronceado, más rico y luminoso en las redondeadas mejillas. En el nacimiento del cabello, a la sombra de los espesos rizos negros, volvía a aparecer el color cremoso, húmedo ahí por el sudor. Bertrande contemplaba a su marido con ojos tiernos y dichosos. Ante ellos, el campo cultivado descendía en pendiente hasta un bosquecillo de avellanos. Por encima de sus cabezas se oía el murmullo del arroyo, menguado respecto a su pleno caudal estival, desde donde corría bajo unos castaños, antes de rodear el campo y fluir a través del bosquecillo de avellanos a sus pies, para desde allí descender hacia el valle, que se iba estrechando. Del otro lado del valle, en las laderas superiores, los bosques de hayas y robles estaban tintados de oro y bermejo, y aún más arriba parecía estar espesándose una neblina azul, como volutas de humo. Las hojas, la tierra, el vino, exhalaban sus olores sustanciales a la suave luz del sol; el aire estaba impregnado de fragancia otoñal. Una vez hubo dado cuenta de su almuerzo, Martin envolvió los trozos de pan y queso sobrantes y los guardó en su morral. Le alcanzó a su mujer la jarra de barro del vino y dijo:

—Me voy a marchar una temporadita.

A Bertrande se le escapó una exclamación de sorpresa.

—Bien puedes asombrarte —respondió Martin—. He aquí lo que ocurre. Esta mañana he cogido del granero de mi padre simiente suficiente para sembrar trigo en la mitad de este campo.

—¿Sin pedírsela? —gritó Bertrande alarmada.

—Por supuesto que no. Me la habría negado, porque, en su opinión, yo debería apartar de mis propias cosechas el grano que vaya a necesitar. Pero este año me he encontrado con más tierras de cultivo de las que esperaba tener. ¿Debería dejarlas sin aprovechar? Él ya ha terminado la siembra y le quedaba grano sin usar. Así que lo he cogido, y lo he sembrado. ¿Acaso no he hecho bien?

—Has hecho bien —respondió su mujer—, pero temo por ti.

—Yo también temo por mí mismo —dijo él con una sonrisa—. Me despellejaría sin dudarlo. Así pues, me marchó. Cuando haya tenido tiempo de reflexionar, comprenderá que he hecho bien y me perdonará. Entonces podré volver. ¿Te acuerdas del oso?

Se frotó la mandíbula evocadoramente, mientras Bertrande esbozaba una ligera sonrisa.

—Tendrás que estar fuera por lo menos una semana —dijo ella—. Puede que más tiempo. Si pudiera avisarte...

—Con ocho días debería bastar —respondió Martin—. Lo hago por el bien de la familia; lo comprenderá. Y será mejor que no sepas dónde estoy, por si se da el caso de que te pregunta. Voy a ir a Toulouse, y luego seguiré adelante, de forma que podrás contestar con sinceridad que no sabes dónde estoy. Dale un abrazo a mi hijito en mi nombre y no te preocupes.

Bertrande lo besó en ambas mejillas sintiendo la calidez del sol en su piel, le acarició la corta barba lisa y entonces, con una fugaz premonición de desastre, se le colgó del brazo y no lo dejaba ir.

—No te atormentes —le repitió él con ternura—, estaré a salvo. Es más, me divertiré. Y en una semana estaré de vuelta.

Y se puso en camino. Se volvió una sola vez para saludar con un ademán franco y exultante, y luego las sombras de los árboles engulleron su figura. Bertrande regresó a la granja, haciendo oscilar la jarra vacía en el extremo del índice, mientras pensaba en el sendero que conducía valle abajo siguiendo el torrente que, entre brincos y corcovas, se dirigía al Neste. En una ocasión, se apartó para dejar paso a una piara de cerdos que subían al robledal a comer bellotas. Saludó distraídamente al porquero, pensando en el viaje de Martin, en cómo este cruzaría un pueblo tras otro, vadearía los gélidos arroyos, seguiría los angostos pasos junto al Neste hasta emerger por último en el gran valle del Carona, donde vería los amplios campos, las ciudades amuralladas, los anchos caminos recorridos por grupos de mercaderes y hombres armados. Los bosques quedaron en silencio tras el paso de los cerdos: no había insectos y apenas pájaros. ¡Ojalá hubiese podido marcharse con Martin! Pero una vez en la granja vio a Sanxi y se alegró de no haberse ido.

La tarde pasó de la forma acostumbrada, pero a la hora de la cena, cuando monsieur Guerre le preguntó dónde estaba Martin y ella respondió, como habían acordado, que no lo sabía, lo hizo temblando bajo la fría mirada gris, tan penetrante y clara como un haz de luz reflejado en una pared de hielo.

Cuando se supo que algunos cestos de grano habían sido retirados del granero, la cólera de monsieur Guerre fue terrible, como Bertrande había

supuesto que sería, y dio gracias de que los hombros de Martin no estuviesen al alcance del pesado *látigo* de su padre. Al cabo de una semana, la furia de monsieur Guerre no se había aplacado. Bertrande aguzaba el oído con aprensión en cuanto se acercaba cualquier viandante, se sobresaltaba y se quedaba helada cada vez que la puerta de la casa se abría crujendo sobre sus gruesos goznes, y rogaba que Martin tuviese la fortuna de verse demorado. Una y otra vez, deseó que hubiesen podido disponer alguna forma de que ella se reuniera con él para prevenirlo.

Al ir sucediéndose las semanas, la inquietud por su prolongada ausencia empezó a mezclarse con el temor a su prematuro regreso. Al cabo de un mes, Bertrande estaba prácticamente segura de que algo malo le había pasado, y con gran miedo y agitación se presentó ante el cabeza de familia y le confesó todo lo que sabía de las intenciones de Martin.

Monsieur Guerre la escuchó en silencio, sin mover un dedo. Luego contestó con frialdad:

—Madame, que mi hijo se haya vuelto ladrón es la mayor vergüenza que he tenido que soportar nunca. Puesto que es mi hijo, mi único hijo, y que el bienestar de esta casa depende de la sucesión de un heredero, considero mi obligación perdonarlo. Cuando regrese y confiese su delito, y haya recibido su castigo, depondré mi cólera. Hasta que llegue ese día, no importa cuán remoto sea, no dudéis, madame, que mi enfado persistirá. Podéis regresar a vuestros quehaceres, madame.

A Bertrande le resultó terrible que se dirigiera a ella de esa manera un hombre al que tanto respetaba.

«Los padres y las madres son, para sus hijos, las verdaderas imágenes de Dios sobre la Tierra», escribió pocos años después el erudito Etienne Pasquier, y no era esta una opinión que Pasquier impusiera a su época, sino una en la que él mismo había sido educado.

Bertrande reconoció la inflexible justicia del padre de Martin y se reprochó amargamente haberse hecho cómplice de los planes de su marido para evitar el castigo. ¡Cuánto mejor habría sido que se hubiese quedado y sometido! Ya habría sido perdonado y todo estaría bien. Se puso entonces a rezar por su regreso inmediato. Pero el invierno se fue recrudeciendo en torno al pueblo de Artigue, los caminos quedaron bloqueados por la nieve, y cuando

hasta el torrente de montaña quedó aprisionado bajo el hielo, Bertrande renunció a toda esperanza de volver a ver a su marido ese invierno.

Se sintió muy sola sin él. Los días, acortados por la doble sombra del invierno y de las empinadas laderas de la montaña, ofrecían bien escaso solaz para la mujer de Martin Guerre, y las noches eran indeciblemente largas. Cuando llegó la primavera, se derritió la nieve y todo el valle era un puro murmullo, con el sonido del agua al correr. Pero Martin seguía difiriendo su retorno y Bertrande se dijo a sí misma: «Es demasiado pronto para esperar. Todos los ríos están crecidos, los vados son infranqueables. Ha habido hombres y caballos que se han ahogado tratando de cruzar el Neste en crecida».

Estas cosas se decía, pero aun así, su corazón, de forma nada razonable, exigía que él regresara, y más pronto que tarde. Con la llegada de los primeros días de buen tiempo, al empezar a despuntar el trigo joven y brotar manojos de arrugadas hojitas plateadas en las parras, con todo el valle, a medias cubierto de bosques y a medias cultivado, resonando con los cantos, ora distantes, ora próximos, de los pájaros, la juventud y la belleza de Bertrande se aceleraron; junto con la conciencia de ambas, su deseo por su marido se hizo más profundo. De alguna forma, con el invierno había desaparecido también el temor de que Martin estuviese herido o muerto. Bertrande era demasiado joven todavía para creer en la realidad de la muerte. La estación del renacimiento solo podía albergar su amor y su impaciencia.

Pero pasó la primavera y Martin no volvió. Lo esperó en vano a lo largo del verano y solo cuando las primeras fuertes nevadas volvieron a cerrar los puertos de montaña, se reconoció por fin a sí misma que su marido la había abandonado. Sabía que Martin había encontrado dulce el ejercicio de la libertad, que ser amo de sus propios actos resultaba más precioso para él que la compañía de su esposa, disfrutar de su hijo, o participar de la prosperidad de su casa. Ella creía que Martin estaba esperando hasta que llegara el momento de poder volver en tanto que cabeza de familia; que no podía soportar la idea de regresar, no solo por el castigo, sino por la severidad continuada de la autoridad de su padre. No le comentó a nadie nada de esto, pero no era un pensamiento con el que resultase fácil vivir.

Martin la había abandonado en pleno florecimiento de su juventud, en la

cumbre de su gran pasión por él, la había humillado y herido, y cuando regresara —si es que llegaba a volver después de muerto su padre—, su autoridad sería tan grande como lo era en ese momento la de su progenitor, y murmurar quejándose de cómo la había tratado resultaría de todo punto impropio.

La ausencia de Martin pesaba sobre toda la familia. Aunque su padre jamás mencionaba su nombre, resultaba evidente para cuantos lo conocían que había envejecido desde la marcha de su hijo. Al segundo año de la desaparición, madame Guerre murió. No era una mujer mayor, y es bien posible, como creían sus hijas, que la enfermedad que padeció durante su último año de vida se viera considerablemente agravada por la prolongada ausencia de Martin. Bertrande asumió sus obligaciones y lloró su muerte, pues cualesquiera que hubiesen sido sus diferencias de opinión —por otra parte nunca expresadas por Bertrande— en otros asuntos, la esposa abandonada siempre había sentido que su suegra no seguía enfadada con Martin. Con monsieur Guerre ya era otro cantar. Por muy exquisita que fuese la cortesía que le demostraba, en su presencia Bertrande siempre era consciente del disgusto, justo e inflexible, que le seguía causando su marido, y eso le recordaba asimismo que ella había sido cómplice de los planes de Martin. Con el paso del tiempo, a su afrenta original este estaba añadiendo la ofensa aún mayor de descuidar su heredad.

El descontento de monsieur Guerre se había convertido en una parte tan sustancial e inevitable de su carácter como su columna vertebral lo era de su cuerpo. Cuando entraba en una estancia, ese descontento entraba con él. La casa, entre tanto, había cambiado, y ya no era alegre. Las hermanas mayores de Martin se habían casado y vivían fuera. La pequeña, al haber contraído matrimonio con un benjamín, o hijo menor, seguía viviendo en la casa y era su marido el que había ido a vivir con ella. Este era un hombre apacible, que se plegaba de buen grado a la autoridad de Bertrande y de monsieur Guerre. Su presencia no animaba gran cosa la escena. Sanxi, que gozaba de excelente salud, no sabía cómo ser desdichado, y tanto si jugaba como si descansaba, dondequiera que se hallase resultaba ser, para su madre, el único alegre de toda la granja. Por lo demás, la familia entera aguardaba. Se seguía trabajando, pero la sensación de expectación siempre estaba presente.

El cuarto año después de la marcha de Martin, su padre, aun siendo un jinete experto, se vio descabalgado de su montura, se golpeó la cabeza contra una piedra al caer y murió al instante. Bertrande, que lo había visto alejarse de la casa, firme y recto en la silla, a duras penas podía creer a los sirvientes que le trajeron las nuevas una hora después. Con todo, algo apropiado hubo en la forma de su muerte, que fue abrupta, violenta y absoluta. El llamamiento perentorio y la pronta obediencia fueron como todo lo demás en su forma de vivir. Hubiera resultado difícil imaginarlo anciano, cediendo poco a poco, y a la fuerza, su autoridad; vacilando y menguando, y aun así, si Martin todavía no hubiese regresado, aferrándose a una vida completamente agotada con tal de no dejar la casa sin amo.

La conmoción de su muerte sumió a la familia en el desconcierto. Algo parecido al pánico pareció apoderarse de los criados y convertir a las cuatro hermanas de Martin en niñas indefensas. Sin embargo, al acabar el día y disponer por primera vez de un momento para ella, Bertrande se sorprendió al comprobar lo completamente asumida que había sido esa muerte, cuánto tiempo parecía que llevaba difunto quien aún no había sido enterrado, y cuya muerte resultaba esa misma mañana a primera hora algo tan remoto como el día del Juicio Final.

Pierre Guerre, el hermano de monsieur Guerre, había llegado por la tarde, anunciado su condición de cabeza de familia. Era menos hombre que su hermano, más bajo y más corpulento, con un aire de familia en el semblante, pero sin esa gran distinción que, de alguna forma, había sido propia del antiguo amo. No menos honesto, pero sí más sencillo, más fácil de trato, buen granjero y recio hombre de armas, nada más entrar en la cocina, el tío Pierre se había dirigido con sobria dignidad a la silla de su hermano junto al hogar. Había asignado tareas, considerado las cuestiones legales, mandado a buscar al cura y hecho pública la noticia del fallecimiento. El pánico amainó, los criados volvieron a dedicarse a sus tareas acostumbradas, las hermanas mayores regresaron a sus hogares y Bertrande se dijo a sí misma: «Ahora Martin podrá regresar con seguridad».

Pero no esperaba verlo aparecer como por ensalmo. Hizo su propia estimación del tiempo incierto que la noticia podría tardar en recorrer la región y llegar a sus oídos, y de cuánto podría tomarle a Martin el viaje de

regreso a casa. Y su esperanza floreció, y lució ramajes mucho más verdes que en los interminables días pasados. Pero conforme fue transcurriendo y acercándose a su término el año que Bertrande había calculado, su esperanza volvió a desfallecer, y hasta hubo ocasiones en que la desesperación tomó su lugar por completo. Ya no tenía la intensa sensación de inmortalidad que había experimentado antes de la muerte de los padres de Martin. La muerte se había convertido ya en un hecho, más que en una posibilidad. La muerte era algo que no solo podía ocurrir, sino que de hecho ocurría.

La asaltó un nuevo temor. Cuando pensaba que Martin quizás estuviese muerto, los rasgos que recordaba como suyos se disolvían de repente, y cuanto más se esforzaba en recordar su apariencia, más impreciso se volvía el recuerdo. A veces, cuando no estaba intentando recordarlo, su rostro se le aparecía de repente, nítido en todos sus detalles de color y forma. Entonces se sobresaltaba y, temblando en su fuero interno, trataba de mantener la visión. Pero cuanto más lo intentaba, más borrosa se volvía la cara. Le había ocurrido lo mismo, ahora lo recordaba, después de morir su madre. La imagen adorada se había desvanecido. Habían persistido una sensación de calidez, de seguridad, los tonos de su voz, el tacto de su mano, pero ya no podía ver el rostro de su madre. Se lo había comentado a madame Guerre, quien le había respondido:

—Hay personas así. No recuerdan con sus ojos, sino con sus oídos, tal vez. En mi caso lo que me funciona es la vista, y podría decirte en cualquier momento en qué arca he guardado cualquier cosa que pudieras precisar. No recuerdo dónde está, lo veo. Recorro con la vista, por así decir, todo lo que he ordenado, y veo dónde he dejado el artículo que necesito.

Una vez Bertrande creyó que Martín había regresado. Iba andando por el sendero que conducía a los campos de abajo y se hallaba cerca del lugar donde se había despedido de su marido casi cinco años antes. Un hombre que avanzaba hacia ella a la sombra de los árboles tenía la misma forma de andar que Martin, y era tan parecido de constitución que Bertrande se quedó parada, la mano en el pecho y el corazón brincándole repentinamente con tanto regocijo que apenas podía respirar. Pero al acercarse más, la figura perdió su semejanza con el hombre amado. Bertrande vio al poco que era un extraño, y que sus rasgos en nada se parecían a los de Martin Guerre. El hombre ni

siquiera se acercó lo suficiente para cruzarse con ella, sino que unos cuantos metros más adelante se desvió por los bosques en dirección de Sode.

Sus miradas se habían cruzado, como las de dos desconocidos que se encuentran en un camino estrecho, y el forastero la había saludado, pero sin dar muestras de reconocerla.

Cuando hubo desaparecido, Bertrande se quedó allí parada, a punto de romper a llorar por la profunda decepción. El día era fresco, un día de finales del invierno, y ella llevaba una pesada capa de lana negra con capucha y calzaba los zuecos puntiagudos de sus montañas, pero tenía la sensación de estar descalza sobre el musgo, con la cabeza descubierta. Las manos de Martin estaban en las suyas: podía distinguir las cicatrices familiares, la uña arrancada; y la cabeza de él se inclinaba y rozaba la suya. No podía verle la cara, porque tenía la mejilla apoyada contra su frente. La presión de sus manos sobre las suyas hizo que la invadiera tal sensación de paz y dicha, que todos los bosques le parecieron cálidos, bañados en una luz otoñal. El momento se disipó, y se encontró de nuevo sola en el fino aire invernal. Entonces cayó en la cuenta de que ni siquiera había podido ver la cara de su figuración, y se preguntó si eso sería un buen o un mal presagio. Pero el contacto de sus manos había resultado muy vivo y su esperanza renació.

Si Bertrande se enteraba de que había extranjeros en el lugar, como muy a menudo ocurría —contrabandistas españoles, o desertores de algún ejército en trance de cambiar de bando, que usaban el puerto de Benasque para pasar de un reino a otro y se demoraban un tiempo en los ricos pueblos de la montaña —, mandaba a buscarlos y les ofrecía alojamiento para la noche, dándoles comida, vino y un sitio caliente donde dormir. Les preguntaba si tenían noticias de Martin. Mientras servían a las órdenes del duque de Saboya, o del anciano condestable Montmorency, o del joven duque de Guisa, ¿por casualidad habían oído hablar de un hombre llamado Martin Guerre? ¿Quizás habían vivaqueado con él? ¿O tal vez luchado a su lado? Pero ninguno de esos vagabundos se había encontrado con nadie de ese nombre. A cambio de su hospitalidad, le dieron otras noticias: le contaron cómo, antes de la muerte del antiguo rey, las provincias de Guyena, Angoumois y Saintonge se habían sublevado a causa de la tasa sobre la sal; cómo a los recaudadores de impuestos del rey los habían apaleado hasta la muerte en Angulema y enviado

«a salar los peces del Charente», arrojando sus cuerpos al río. Oyó contar la cruel venganza que bajo el nuevo rey, Enrique, segundo de ese nombre, se cobró Montmorency en Burdeos, en donde hizo quemar vivos a los responsables de la muerte de los cobradores de impuestos, oprimiendo y humillando a toda la ciudad de la forma más penosa. Se enteró del sitio de Metz, y de cómo Enrique había continuado las disputas de su padre con el emperador, de labios de hombres que habían combatido con el duque de Guisa bajo los muros de esa ciudad. El emperador había dicho al parecer: «Ahora veo que la Fortuna es mujer; prefiere un rey joven a un emperador viejo», y cansado y enfermo, «el rostro enteramente pálido y los ojos hundidos en sus órbitas, la barba tan blanca como la nieve», había resuelto abdicar y retirarse a Yuste, del otro lado de los Pirineos, un monasterio franciscano español. Su imaginación la hizo viajar hasta muy lejos, pensando que dondequiera que hubiese combates, probablemente allí se encontraría Martín; pero de Martín mismo nada averiguó. A todos esos errantes, cuando se despedían, les confiaba un mensaje destinado a su marido, si por casualidad llegaran a encontrarse con él:

«El viejo amo ha muerto. Vuelve a casa».

En una ocasión, incluso viajó hasta Rieux, donde por entonces vivía la hermana de su madre, pensando que a esa ciudad, al ser un obispado, debían de acudir casi tantos viajeros como a Toulouse. La ciudad se alzaba en una verde pradera, en un recodo del Arize, cerca del punto donde ese arroyo turbulento se arroja en el Garona. A su espalda se levantaba el muro de los Pirineos. La delicada y atrevida torre de la catedral, elevándose por encima de los tejados de las casas, parecía menos alta de lo que en realidad era, debido a la altura de las montañas. Bertrande preguntó en la hospedería y en las puertas de la catedral, y le encargó a su tía que interrogara a los viajeros de paso siempre que tuviera oportunidad. Asimismo rogó que se anunciara en la catedral la muerte del padre de Martín. Pero estando allí le sobrevino un ataque de nostalgia; hasta entonces, nunca había salido de la parroquia de Artigue. Echaba de menos a Sanxi, y todo le resultaba extraño. Hasta la habitación en la que dormía en casa de su tía parecía estar del revés; el sol se levantaba por el oeste y brillaba toda la mañana en las ventanas occidentales. O eso le parecía a Bertrande. Al cabo de unos pocos días, se disculpó con su

tía y volvió a casa en Artigue.

Y pasó el tiempo. Sanxi, que en su temprana infancia había amagado con llegar a parecerse a su padre al crecer, día a día fue pareciéndose cada vez más a las hermanas de Martín Guerre, que habían heredado los rasgos y proporciones de su madre, más que las del padre. Al principio, esto había sido motivo de pesar para Bertrande, pero cuando contemplaba a su hijo, con su fresco y juvenil rostro y su tupida melena lisa castaña, le parecía tan guapo y encantador que no podía desearlo distinto en ningún detalle. Así que se puso a acechar los tonos de la voz de su padre en el agudo falsete del niño. De esta manera, alimentando su devoción con esperanza e imaginación, se hizo cargo de la familia de Martín, se ocupó de su hijo, y esperó.

La casa prosperó, Sanxi creció, y Bertrande aumentó en hermosura. Su pena y su nuevo sentimiento de responsabilidad ennoblecieron su atractivo físico. Desarrolló de forma inconsciente unos modos de autoridad clemente. Ocho años después de la marcha de su marido, ya no conservaba aquel resplandor primerizo y tierno que tanto había gustado al joven Martín, pero su lugar lo había ocupado una belleza mayor y más madura.

Transcurridos ocho años de la marcha de Martín Guerre, su esposa Bertrande estaba sentada en la alcoba un día, enseñándole el catecismo a su hijo. Ya habían llegado los primeros calores del verano y ni la madre ni el hijo estaban prestándole tanta atención como debieran a la lección que tenían entre manos. El aposento, amplio, sombreado y fresco, los aislaba de forma eficaz de los sonidos de la cocina y del patio. Los postigos de madera estaban abiertos de par en par, pero la ventana era alta. Dejaba entrar la luz del sol, aunque no permitía ver el patio. La tranquilidad de la jornada estival allí fuera, la pausada media hora a solas con Sanxi, el verse libre de su ronda continua de obligaciones prácticas, todo eso había relajado a Bertrande. Fijó la vista en la fresca mejilla de Sanxi junto a su rodilla y pensó: «Por fin empiezo a estar tranquila».

Y su pensamiento, tras recorrer velozmente todos los momentos de angustia, deseo, odio incluso, horas de feroz rencor contra Martín por hacerla sufrir, por mantenerla apartada de cualquier vida que no fuese la prolongada y estéril espera de su regreso, horas de terror en las que había imaginado su muerte en alguna batalla de las guerras con España, horas revividas con

espanto durante las cuales había deseado su muerte, con tal de poder quedar libre de la agonía de la incertidumbre, revisándolos todos en un instante con un agudo conocimiento íntimo de su ser, su pensamiento volvió como una paloma cansada a aquel momento de paz en el que el amor no era más que amor por Sanxi, tan inocente y fresco y hermoso como la curva de su mejilla. Contempló a su hijo pensativa, con ternura, y Sanxi, alzando los ojos hacia los de su madre, sonrió secretamente divertido.

—Repite la respuesta, hijo mío —dijo Bertrande.

Sanxi así lo hizo y su deleite aumentó.

—Me has dado esa misma respuesta a dos preguntas, Sanxi. No prestas atención.

—No, madre, a tres; la misma respuesta a tres preguntas —dijo él, divertidísimo de repente.

—No debes burlarte de las cosas sagradas —le dijo su madre todo lo seria que pudo, pero ninguno de los dos se llamó a engaño, y mientras se sonreían, se oyó un alboroto en el patio, que hizo que Sanxi corriera a la ventana.

Aún de puntillas, seguía sin poder ver gran cosa aparte de los edificios colindantes. El tumulto se acrecentó, con griterío agudo, decididamente festivo. Bertrande de Rols se volvió hacia la puerta, inclinándose ligeramente hacia delante en la silla. El ruido atravesaba la cocina y se acercaba a la alcoba; la puerta se abrió de repente, franqueando el paso al tío de Martin, Pierre, a sus cuatro hermanas y a un hombre barbado, vestido de cuero y acero, que se detuvo en el umbral mientras todos los demás se adentraban en la estancia. Por detrás de él asomaban los excitados semblantes rubicundos de todos los criados de la casa y de uno o dos trabajadores de los campos. La vieja sirvienta, abriéndose paso, casi trastornada de júbilo, se inclinó todo lo que pudo en una reverencia y gritó:

—¡Es él, madame!

—Es Martin, hija mía —dijo el tío Pierre.

—Bertrande —gritaron a coro las hermanas—, ¡he aquí a nuestro hermano Martin!

Sus voces llenaron la estancia y resonaron en las vigas bajas y los muros de piedra; hablaban todos al mismo tiempo y cuando Bertrande se puso en pie,

apoyando una mano en el respaldo de la silla para sostenerse ante un mareo repentino y rápidamente disipado, la figura barbada se adelantó gravemente, rodeada por las formas agitadas de las hermanas, el tío y los criados, que ahora pululaban todos detrás del grupo original.

El extremo opuesto de la habitación quedaba en la oscuridad. Bertrande, de pie en plena luz del sol, hizo frente al momento tan largamente esperado como en un sueño, sin aliento y con el corazón desbocado. La figura de cuero y acero se acercó con paso medido; era más corpulento que el hombre que se había marchado ocho años antes, más ancho de hombros, más desarrollado, más maduro. La barba era extraña, áspera y espesa, pero por encima de ella los ojos eran como los de Martin y la frente y el semblante entero. Al sorprenderse reconociendo a su marido, a Bertrande se le antojó que se le parecía y que no. Cuando él se adelantó desde las sombras, a Bertrande le pareció primero un extraño, el extraño del sendero del bosque, luego su amado esposo y después un posible antepasado de Martin, pero no el joven *Martín Guerre*.

Cuando llegó a unos pocos pasos de ella, se detuvo, y Bertrande leyó en sus ojos una sorpresa y una admiración tan intensas que le pareció de pronto que sus miembros se consumían en un fuego acariciador. Estaba asustada.

—Madame —dijo el extraño que era su marido—, sois muy bonita.

—*Cap de Dieu !* —exclamó el tío Pierre—. ¿Te sorprende que tu mujer sea bonita?

—Bonita ya lo sabía, pero una belleza como esta no la recordaba.

—Sí, Martin, sí —gritaron sus hermanas—, tienes razón, ha cambiado. Es otra belleza.

—Pero ¿por qué te quedas ahí pasmado? ¡Abrázala, sobrino!

Y entonces Bertrande notó en su mejilla los labios barbados y sobre sus hombros el peso de las fuertes manos; sintió como un choque la masculinidad real del abrazo, tan extraña para quien llevaba tanto tiempo acostumbrada solo al ligero roce de la boca de Sanxi. El contacto la liberó de su trance, recordándole aquel último beso que le había dado a Martin al borde del trigal, y todas las emociones tan firmemente tenidas a raya todos esos años se desbordaron en su voz al gritar:

—Ay, ¿por qué has estado tanto tiempo fuera? ¡Cruel! ¡Cruel! ¡Casi no

recordaba tu cara! Hasta tu voz, Martin, sueña extraña a mis oídos.

—Bertrande —dijo gravemente Pierre Guerre—, no es forma apropiada de recibir a tu marido, cubrirlo de reproches. Estás perdiendo las formas, hija mía, eso estás haciendo. Sobrino, tienes que perdonarla. Es el exceso de emoción. No sabríamos decirte cuánto nos regocija tu regreso. Que faltaras tanto tiempo fue para tu padre el mayor de los pesares. Pero todo eso ya ha pasado. Doy gracias al Señor de que estés a salvo con nosotros; no ya un muchacho, sino un hombre hecho y derecho. En los tiempos que corren, una casa necesita un amo, y un niño necesita quien lo proteja.

—Yo también doy gracias a Dios —dijo Bertrande en voz baja—, y te pido perdón, esposo mío.

—No, tío —fue la respuesta de Martin—. Hace bien en reprochárselo al hombre que os dejó a todos desprotegidos tanto tiempo. Soy yo el que debería pedirle perdón a ella. Pero debéis creerme: hasta que pasé por Rieux no me enteré de que mi padre había muerto.

E inclinándose sobre su mano, le prometió a Bertrande que nunca volvería a dejarla, y que haría todo lo posible para compensar el abandono en el que la había tenido. Bertrande se sintió profundamente emocionada, y se sorprendió no poco. El tío Pierre comentó:

—Bien dicho, sobrino. Veo que las guerras te han servido para algo más que para fortalecer huesos y músculos. Has hablado como un auténtico padre y cabeza de casa.

A su espalda, las cuatro hermanas de Martin se agitaban entre murmullos de aprobación, y también se oyeron exclamaciones de aquiescencia y admiración entre los sirvientes, que, abriéndose paso hacia delante, deseaban todos saludar a su amo tanto tiempo ausente.

Martin los saludó a todos, preguntó por algunos que habían fallecido en su ausencia, se interesó por sus familias y su salud, los elogió por su lealtad y buenos servicios, y parecía de verdad tan complacido de volver a verlos a todos, que el entusiasmo de ellos se redobló.

Bertrande, que no dejaba de mirarlo, se dijo a sí misma: «Es noble y generoso; es como su padre redivivo, pero mucho más afable».

De repente, apartando amablemente a los criados que lo separaban de Bertrande, Martin gritó:

—Pero ¿dónde está Sanxi? ¿Dónde está mi hijo, que le dé un abrazo?

Al oírlo, Sanxi, que estaba escondido detrás de su madre, metió la cabeza debajo de sus faldas, cubriéndose la espalda con los amplios pliegues.

—Ven, Sanxi —dijo su madre, cogiéndolo de los hombros—, aquí está tu padre, tu buen padre, del que tantas veces hemos hablado. Salúdalo.

—¡Ah, mi pequeño monsieur —exclamó un vozarrón—, qué alegría verte!

Y Sanxi, que se había aferrado como un gatito a las faldas de su madre, de modo que ella tuvo que soltarle los dedos uno a uno, se sintió elevado por los aires y aplastado contra un fuerte hombro, aspiró olor a cuero y sudor equino y luego sintió cómo la áspera barba se restregaba jubilosamente contra su cara.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó.

—Es la falta de costumbre —oyó que decía la voz de su madre en tono de disculpa—, no se lo tengas en cuenta. Piensa en lo repentino y extraño que ha sido, tanto para él como para mí.

—¡*Tonnerre* —gritó el vozarrón—, es difícil de sujetar! Pero no importa, a su tiempo llegaremos a ser amigos.

El niño se vio depositado con firmeza en el suelo y luego sus padres se apartaron de él. Algunas personas se metieron en medio, separándolo de su madre, y cuando la gente se dirigió hacia la puerta, riendo y hablando todos a la vez, la arrastraron con ellos, colgada del brazo del extraño. Los últimos en salir de la estancia fueron el porquero y el chico que cuidaba de los caballos. Se quedaron rezagados, dándose grandes palmadas el uno al otro de puro entusiasmo y, al volverse, el porquero vio al pequeño Sanxi, aún de pie delante de la silla de su madre.

—¡Qué día más estupendo para ti! No todos los días consigues un muchacho un padre —le dijo.

Una hora más tarde, Sanxi se había recuperado lo suficiente como para atreverse a sentarse junto a él en el banco largo delante de la chimenea. Al otro lado de su padre estaba el cura y frente a aquel, en un taburete, el tío Pierre. Su madre iba y venía sin parar de la mesa a la lumbre, deteniéndose a veces, con la mano en el hombro del tío Pierre, para contemplar, feliz e incrédula, a su marido.

El tío Pierre tuvo que contar de nuevo cómo se había encontrado con el padre de Sanxi «allá donde la iglesia, lejos del camino de la granja».

—Lo reconocí de inmediato, y eso que estaba de espaldas. Le di una voz: «Hola, Martin, sobrino, ¿adónde vas, alejándote de tu propia casa? Ya que has vuelto —le dije—, por favor, no nos dejes antes de ver tu propio tejado». ¿Y qué respuesta me dio este hombre excelente? «Voy a la iglesia —dijo—, a dar gracias a Dios por mi feliz regreso, y a rezar por el alma de mi padre, de cuya muerte tan solo ayer me enteré».

El cura asentía con grave aquiescencia. El tío Pierre se enjugó una lágrima y todo.

—Y entonces grité: «¡Abrázame, buen muchacho, abraza a tu viejo tío Pierre!», y juntos fuimos a arrodillarnos a la iglesia. Me alegra haber vivido para ver este día.

Y entonces el padre de Sanxi oyó de labios del cura y del tío Pierre toda la historia de cómo el abuelo de Sanxi se había caído del caballo, matándose al instante, y de cómo su abuela se había muerto tranquilamente en su cama, con toda la familia y el servicio a su alrededor, llorando, todos menos su hijo Martin. Y durante estos relatos, a Sanxi le extrañó que su madre llorara unas veces y sonriera otras. Su padre no lloró. Era muy serio, muy serio y fuerte, y Sanxi, sentado a su lado, observó con detenimiento todas las hebillas y correas de su armadura, y cómo el metal de su gorguera había rozado el cuero de su chaleco, y empezó a admirarlo en silencio.

Durante el resto del día, se dedicó a seguir a su padre por todas partes, como un perrillo al que no le importa que le hagan caso o no, siempre que se le permita estar allí. Oyó el sucinto relato que hizo su padre de sus andanzas y a los criados contarle todo lo que había acaecido en el lugar desde su marcha, ocho años antes. Incluso escuchó, sin ser descubierto, mientras el tío Pierre repasaba los negocios de la granja con él. Y por la noche hubo violines y flautas, carne asada como si fuese día de fiesta, y vecinos acercándose a caballo desde kilómetros a la redonda para darle a su padre la bienvenida a su casa. Sanxi no sabía que su hogar podía ser tan alegre. Las paredes mismas de la cocina se animaban y parecían temblar con el resplandor rojizo de la chimenea. Las cacerolas de cobre destellaban y refulgían. La cerámica vidriada del aparador también reflejaba la trémula luz, y la armadura de su padre, cuando este se echaba atrás en su silla, o se ponía de pie para saludar a un nuevo visitante, parecía momentáneamente el cielo de un ocaso otoñal. Pero

las estaciones son tiránicas con los granjeros. A la mañana siguiente, las flautas y los violines estaban guardados y, antes del alba, los hombres se habían puesto ya manos a la obra en las tareas habituales de la granja. El amo en los campos, el ama en la lechería: todo fue como de costumbre hasta el anochecer. Entonces, después de la cena, antes de la hora del rezo, hubo mucha charla junto al fuego sobre tierras extranjeras, asedios y marchas, matanzas de herejes y, por último, en vez de decir su madre:

«A rezar, amigos», fue el amo de la casa el que anunció, como lo hacía el abuelo de Sanxi:

—Hijos míos, es hora de rezar.

La finca prosperó de forma sorprendente tras el regreso del amo. La vitalidad de Martin era contagiosa, y tenía una forma de fijarse en el trabajo de los sirvientes y pronunciar palabras de aprobación de la que había carecido el antiguo amo. Para Bertrande, como para Sanxi, empezó una nueva vida, casi un nuevo mundo. De buen grado, ella dejó las responsabilidades de la granja al cuidado de su marido y se entregó a su amor. Después de ocho años de viudedad, repentinamente volvía a ser una esposa. La soledad de la casa desapareció. Incluso cuando no había viejos amigos que habían recorrido un trecho para ir a saludar a Martin Guerre, aun cuando el cura no estaba acomodado en el rincón de la chimenea para oír relatos del mundo al pie de las montañas, en la casa siempre había animada conversación, y a veces música, y Sanxi floreció y creció en compañía de un héroe: nada menos era para él su padre recién hallado.

Al cabo de unos pocos meses, Bertrande estaba encinta. Se alegró, pero también tembló, porque en ocasiones la asaltaba un curioso temor, un temor tan terrible y tan monstruoso que a duras penas se atrevía a reconocérselo en lo más profundo de su corazón. ¿Y si Martin, el extraño de áspera barba, no fuese el verdadero Martin, del que se había despedido con un beso aquel mediodía al borde del campo recién sembrado? Si de hecho fuera así, el pecado de Bertrande sería de lo más negro, pues ¿no había experimentado ella acaso una advertencia instintiva? La noche de su regreso, sobrecogida de asombro y de deseo, había temblado entre sus brazos y murmurado una y otra vez:

—Martín, es tan raro, no puedo creer que sea verdad.

A lo que el viajero barbudo había respondido:

—Pobre pequeña, has estado demasiado tiempo sola. Por la mañana, sus temores se habían desvanecido. La familia y amigos de Martin, los criados, los propios animales de la granja, según parecía, afirmaban su identidad y sosegaban su espíritu.

Así que había sido feliz, y se había alegrado en compañía de este nuevo Martin incluso más que con el antiguo, y fue solo cuando empezó a sentir el peso del niño en su vientre cuando le volvió el miedo. Aun así, no perduró. Era como la sombra de un ala negra cruzando bruscamente la habitación y marchándose tan deprisa como había venido, dejando todas las cosas como de costumbre, bajo la fría y habitual luz. Pero un día, al ver a Martín volver de un paseo a caballo con Sanxi y al observar la fácil camaradería de los dos, exclamó en voz alta:

—No es posible que este hombre sea Martin Guerre. Porque Martin Guerre, hijo del antiguo amo, orgulloso y abrupto como el antiguo amo, por nada del mundo podría hablar nunca de forma tan desenfadada con su hijo. ¡Ay, desdichada de mí por desconfiar del buen Dios que me ha enviado esta felicidad! Recibiré mi castigo. Pero esto ya es un castigo en sí.

Pero nadie oyó sus palabras y llorando amargamente se retiró a su habitación, donde permaneció hasta que una criada fue a buscarla a la hora de la cena. Sin embargo, aun a pesar de su arrepentimiento, no pudo reprimirse y en cuanto estuvieron a solas esa noche, acusó a su marido de no ser el hombre que afirmaba ser, y le pidió pruebas de su identidad.

Bertrande había esperado una demostración apasionada, o una negativa asimismo apasionada. En cambio, el hombre que tenía delante la miró gravemente, incluso con ternura, y dijo:

—¿Pruebas? Pero ¿por qué pruebas? Tú me has visto. Has sentido el roce de mis labios. Mira mis manos: ¿no están llenas de cicatrices, tal como las recordabas? ¿Te acuerdas de la vez que mi padre me golpeó y me rompió los dientes? Siguen rotos. Has hablado conmigo: hemos comentado juntos las cosas del pasado. ¿Acaso es distinta mi forma de hablar? ¿Por qué debería ser otro que yo mismo? ¿Qué ha pasado para que se te ocurra esta extraña idea?

Bertrande replicó con un hilo de voz:

—Si hubieses sido Martin Guerre, ahora mismo quizás me habrías golpeado.

Él contestó con tono ligeramente sorprendido:

—¿Porque te pegué el día que nos casamos, es razón para que te pegue ahora? Escúchame, querida, ¿soy yo, que ahora te hablo, más diferente del joven que te abandonó, que aquel joven del niño con el que te casaste?

—Cuando me dejaste —dijo Bertrande—, te parecías a tu padre en cuerpo y en espíritu. Ahora te le pareces solo en el cuerpo.

—Querida —respondió su marido, cada vez más serio—, mi padre era arrogante y severo. También era justo y afectuoso, pero su severidad alejó de casa a su único hijo. Durante ocho años he viajado con hombres de muy diversas clases y condiciones. Me he enfrentado a la muerte muchas veces. Si vuelvo a ti con más conocimiento del que tenía cuando me marché, ¿querrías que prescindiera de él para parecerme de nuevo a mi padre? Bien sabe Dios, niña, y el cura así te lo explicará, que el hombre que va por mal camino puede, por la fuerza de su voluntad, cambiar todas sus obras y costumbres y volverse un hombre de bien. ¿Estás satisfecha?

—Además —dijo Bertrande, en voz aún más baja, echando mano de su último argumento—, a los veinte años, Martin Guerre no tenía facilidad de palabra. También su padre era hombre de pocas palabras.

Al oír esto, su marido, hasta entonces tan serio, soltó una carcajada que hizo retumbar el aposento. Riéndose todavía, le enjugó las lágrimas de la cara con la ancha mano.

—Querida mía, qué graciosa eres —dijo—. No llores más. Todos los gascones tenemos facilidad de palabra. Algunos hacen uso de ella, otros no. Desde que he dejado de ser arrogante y severo, he decidido emplear mi don. —Y prosiguió con mayor dulzura—: Madame, estás desvariando. En ocasiones les ocurre a las embarazadas. No le prestes atención. Se te pasará, y cuando haya nacido el niño, volverás la vista atrás y verás esto con asombro.

—Tal vez sea eso —dijo Bertrande en señal de conformidad—, porque sabe Dios que no deseo otra cosa, sino que seas mi verdadero marido. Cuando fui a visitar a mi tía en Rieux, al estar en una ciudad desconocida, perdí el sentido de la orientación, y hasta que no me fui de aquella casa no dejó de parecerme, cuando estaba bajo su techo, que el Este era el Oeste. Lo mismo debe de pasarme ahora, porque cuando te miro me parece ver a Martin Guerre en carne y hueso, pero en estos veo que mora el espíritu de otro hombre.

—Cuando estuve en Bretaña —respondió su marido—, oí la extraña historia de un hombre que era asimismo lobo, y puede que haya habido ocasiones en que el alma de un hombre ocupara el cuerpo de otro. Pero es también notorio que grandes pecadores han llegado a convertirse en santos. ¿Qué sería de todos nosotros si no tuviéramos ninguna capacidad de apartarnos del mal para ir hacia el bien?

Y pasó así a hablarle de otras cosas, de tierras extranjeras y de batallas en Flandes, hasta que ella se tranquilizó. Se desprendió de sus temores o, dicho con más propiedad, los consideró un delirio, y se entregó a la gozosa espera de su segundo hijo. En su afecto por su marido se entremezclaba ahora una profunda gratitud, porque la había liberado, por lo menos por el momento, del terror al pecado. En cierta ocasión, cuando le preguntó si recordaba un determinado incidente trivial, y él le contestó sonriendo: «No, pero ¿te acuerdas tú de cuando te dije que tus ojos están moteados como el lomo de la trucha de montaña?», ella solo le sonrió en respuesta, llena de confianza y soltura, y contestó:

—Cuanto tenías veinte años no decías esas cosas.

Era la época de la vendimia y el aroma del moscatel maduro llenaba el aire. Cuando ya se había hecho el vino y las hojas de las cepas se habían tornado escarlata, Bertrande solía salir a montar a caballo por los valles que descendían abruptamente hacia Luchon, entre los irregulares salientes de los bosques. Cabalgando al sol, veía resplandecer el oro mate de los almiarres cónicos junto a los muros de piedra de los edificios de la granja, sentía el fresco y tonificante soplo del viento desde las altas cumbres y, alzando los ojos, miraba apilarse a gran altura las blancas nubes sobre el verde oscuro de los pinares y, más allá, el intenso azul del cielo, tan azul como un sueño del Mediterráneo o del golfo de Gascuña. Al regresar a su casa al caer la tarde, cuando la bruma azul del atardecer empieza a apresar y transmutar las formas de las cosas, le llegaba el olor del humo de su propia chimenea y le parecía tan dulce como el del incienso que se quemaba en la iglesia de Artigue. O veía en el extremo de un campo una figura con un justillo escarlata, trabajando con un grupo de hombres vestidos uniformemente de marrón, un pequeño punto escarlata desplazándose sobre largas piernas marrones por la superficie dorada de la tierra, y estas cosas, percibidas con una intensidad como nunca

antes había conocido hasta donde le alcanzaba la memoria, la henchían de un gozo inmenso.

El frío destello metálico de unas alabardas avanzando bajo el cielo acerado, recortándose contra el fondo bermejo de los bosques, cuando un grupo de soldados pasaba a su lado; la forma y la sensación de la escarcha en el umbral, por la mañana temprano, cuando iba avanzando la estación; los vuelos y cantos de los pájaros, hasta que fueron desapareciendo; y luego, el férreo sonido de la campana de la iglesia tañendo con sombría majestad a través de los fríos valles: en todas estas cosas reparaba y las disfrutaba como nunca antes. E incluso una noche, cuando el invierno ya había cerrado su cerco en torno a ellos, el aullido de los lobos desde alguna remota ladera la había llenado de placer entreverado de miedo, porque las puertas estaban bien atrancadas y todos los animales a salvo bajo techo, y en la gran chimenea rugía un buen fuego que despedía movedizas constelaciones doradas por la negra garganta de la chimenea, de forma tal que el miedo era un lujo, y tanto mayor su disfrute de esas extrañas voces lejanas.

Toda esta intensidad de sentimientos, esta conciencia renovada de la vida a su alrededor, nacían de su amor por ese nuevo Martin Guerre, y del deleite y salud de su vientre lleno de vida. Pero aun así, ese amor se veía intensificado, al igual que su complacencia en los aullidos de los lobos, por la persistente fantasía, o acaso sospecha, de que aquel hombre no era Martin.

La fantasía, si es que era tal cosa, no se desvaneció al término de su embarazo, como él le había vaticinado, pero Bertrande había terminado por acostumbrarse a ella. Le prestaba un extraño sabor a su pasión por él. Su felicidad, como la felicidad de sus hijos, y especialmente la del recién nacido, el hijo del nuevo Martin, resplandecía con mucha mayor viveza y era más querida incluso, por la sombra de pecado y peligro que la acompañaba. Solía envolver al pequeño en mantillas, protegiendo la cabecita calva del fresco aire primaveral con sus lanas más suaves, y salir a pasear por los campos, siguiendo senderos aún mojados de la nieve derretida, donde los brotes más tempraneros de la primavera ya habían surgido entre las hojas secas. Despuntaba el intenso verde nuevo del trigo de invierno y el día ofrecía alternativamente bruma, aguacero y sol con confusa variabilidad.

En junio se cosechó el trigo y, por medio de acequias, el arroyo del valle

fue liberado sobre los campos de rastrojos, que ya habían empezado a reseca y agrietarse en el calor del verano. Así anegados, los campos en pendiente formaron como una sucesión de cascadas y terrazas por las que corría el agua resplandeciente; pero el agua también caló hondo en la fértil tierra, y no pasó mucho tiempo antes de que reverdecieran los campos, algunos con flores y pasto, otros con la nueva cosecha de trigo sarraceno. Y durante todo ese tiempo perduró la dicha de Bertrande, siempre acompañada por la sombra de su sospecha, y ya no podía decirse: «Se me pasará cuando nazca el niño».

A lo largo del verano, poco a poco la sombra fue creciendo en su mente. Luchó contra ella en vano. Su sospecha se vio fortalecida de mil pequeñas maneras; tan nimias, que la avergonzaba mencionarlas. Pensó en hablar de ello al confesarse, pero se contuvo, diciéndose: «El cura pensará que estoy loca».

Lo que no se dijo fue: «O peor aún, encontrará la forma de demostrar lo que solo sospecho».

Pero la idea le pesaba en la mente y un día tras otro siguió dándole vueltas al asunto, volviendo sobre sus pasos como un animal acosado, tratando de evitar el descubrimiento que sabía que la estaba aguardando. Pero conforme fue pasando el tiempo, se vio cada vez más y más abocada a la obligación de admitir que desvariaba sin remedio, o de reconocer que estaba aceptando de forma consciente como marido a un hombre al que creía un impostor. Si hubiera estado en su mano poder escoger, a no dudarlo habría preferido estar loca. Durante días, y luego semanas, se apartó como enfebrecida de lo que en su fuero interno sentía que era la verdad, diciéndole a su alma atormentada que lo hacía para proteger la seguridad de sus hijos, de su familia, desde el tío Pierre hasta el más pequeño de los pastores, hasta que, por último, una mañana que estaba sentada sola, hilando, la verdad se le presentó por fin, fría e ineludible.

—No estoy más loca de lo que lo pueda estar ese hombre. Se han aprovechado de mí, me han engañado, me han empujado al adulterio, pero no estoy loca.

El huso rodó por el suelo, la rueca cayó sobre su regazo, y aunque se quedó sentada como una mujer que se hubiese vuelto de piedra, notando cómo se le encogía lentamente el corazón en el pecho, el aire que le entraba por las

fosas nasales le pareció el más puro que había respirado en años, y la fiebre parecía haber abandonado su cuerpo. Se puso entonces a ordenar tranquilamente, a esa fría luz desapasionada, los hechos que conformaban su situación, tal como ahora debía considerarla, libre ya de las distorsiones debidas al miedo, a la vergüenza, o al deseo carnal. Sabía que nunca podría volver a fingir que aquel era el hombre con quien se había casado. Aunque lo había amado con pasión y alborozo, y quizás seguía amándolo, y aunque era el padre de su hijo, tenía que librarse de él. Pero ¿podría hacerlo? Si le pedía que se marchara, ¿lo haría? Si hubiera de acusarlo públicamente de su delito, ¿sería capaz de demostrarlo? Y si no lo consiguiera, al plantear tamaña acusación, ¿no estaría causando perjuicio a toda la familia, empezando por Sanxi y por ella misma, y hasta el último de los primos y primos políticos? ¿Y qué sería de su hijo pequeño, el hijo del impostor? ¿No tenía acaso ningún derecho, para que ella se permitiese voluntariamente deshonorar su cuna? Temiendo estar atrapada de forma inexorable, sintió cómo la invadía el pánico; profundamente agitada y asustada, se puso de pie y empezó a recorrer de un extremo a otro el largo aposento silencioso, hasta quedarse agotada y temblorosa. Se acercó a la ventana, se inclinó sobre el alto alféizar y miró el patio.

Anochece, se avecinaba el crepúsculo otoñal. Las piedras del pavimento estaban negras por la humedad, pero por la mañana estarían cubiertas por el blanco encaje de la escarcha. Mientras miraba por la ventana, su marido entró a caballo en el patio. Un mozo de cuadra corrió a recibirlo y se llevó el caballo en cuanto él hubo desmontado. El herrero, cuyo homo resplandecía tenuemente en la fría luz grisácea, abandonó por un momento su tarea para saludar a su amo, y regresó al trabajo sonriendo y frotándose las ennegrecidas manos; la vieja sirvienta, la que le había llevado el resopón a la infantil pareja nupcial hacía tantos años, apareció en la puerta con una copa de vino caliente. El amo se detuvo en el umbral para beberse el vino y darle las gracias a la anciana y Bertrande distinguió con toda claridad la mirada de adoración con la que esta recogió la copa vacía.

—¡Qué firmemente se ha atrincherado! —suspiró.

Al día siguiente, al darse la circunstancia de que la hermana pequeña de Martin elogió el comportamiento de este con su esposa, Bertrande se aventuró

a decir:

—Sí, es muy amable, muy bondadoso. Una casi se preguntaría: ¿es este el mismo hombre que tanto se parecía en obra y figura a tu padre?

—Una casi lo diría, sí —asintió la hermana, afable.

—Yo lo hago —añadió Bertrande—. A menudo me pregunto si este hombre no será un impostor. ¿Y si el auténtico Martin Guerre hubiese muerto en las guerras?

—¡Madre de Dios! ¿Cómo puedes decir algo parecido, o pensarlo siquiera? —replicó la hermana, sorprendida—. Basta para tentar al cielo y atraernos su furia. Ay, Bertrande, ¿no le habrás dicho esto a nadie más, verdad?

—Oh, no —contestó ella con ligereza.

—Pues entonces, por el amor de Nuestra Señora te lo pido, nunca vuelvas a mencionarlo, ni a mí, ni a nadie. Es una crueldad. Martin podría considerarlo un insulto. Podría enfadarse mucho si se enterara.

—Muy bien —dijo Bertrande—. Estaba bromeando. —Y sonrió, pero se sentía angustiada.

Cuando llegó el momento de ir a confesarse, de rodillas en la penumbra fría y rancia, las manos metidas bajo su capa de lana negra y la cabeza inclinada, Bertrande dijo, como tenía pensado desde hacía tiempo, sin nunca atreverse:

—Padre, hace tiempo que creo que mi marido, y ahora cabeza de mi casa, no es Martin Guerre, con quien me casé. Aún creyéndolo, he seguido viviendo con él. He pecado gravemente.

—Hija mía —contestó la voz del cura sin dejar traslucir la menor sorpresa—, ¿por qué razón has llegado a sospechar que este hombre no es el verdadero Martín Guerre?

«Ah, él también lo ha sospechado», dijo para sí Bertrande, y el corazón le dio un gran brinco de alegría, como el de un animal enjaulado que descubre una salida.

Le contestó al sacerdote igual que le había respondido a su marido, dándole ejemplos de su comportamiento que le parecían desacostumbrados.

—¿Qué puedo hacer —le suplicó por último—, qué debo hacer para ser perdonada?

—Despacio, hija mía —respondió la tranquila voz del cura—. ¿Es entonces por su bondad por lo que lo acusas?

—No por su bondad, padre, sino por la forma de esta.

—No importa —dijo el sacerdote—. Es porque ha habido un gran cambio en su espíritu. Me habló de esto hace mucho, porque estaba preocupado por ti, y me parece que se ha portado contigo sabia y amablemente. Ve en paz, hija mía, no te atormentes más.

Pero Bertrande siguió de rodillas, arrebuajándose más los hombros en la capa. El aire frío parecía atravesar lentamente el tejido de lana, ascendiendo desde las gélidas losas sobre las que se arrodillaba. Por último, dijo con tono de incredulidad:

—¿Pensáis entonces que no es un impostor, padre?

—Seguro que no —dijo la suave voz del sacerdote, afectuoso, tajante y desconcertado—. Desde luego que no. Los hombres cambian con los años, has de tenerlo presente. Reza para ser comprensiva, hija mía, y ve en paz.

Ella se puso de pie despacio y se dirigió lentamente hacia la puerta a través de la oscuridad, apartó a un lado la pesada cortina de cuero, salió fuera, al aire libre y al crepúsculo, ahora más avanzado, y bajó los familiares escalones.

Figuras conocidas pasaron a su lado, saludándola antes de entrar en la iglesia. Les contestó como en un sueño, y como en sueños siguió el sendero que llevaba a su granja. Se sentía como alguien que ha sido condenado a la soledad, bien en el exilio o en prisión. Todas las circunstancias de su vida, las enseñanzas de la Iglesia, su afecto por sus hijos y parientes, se alzaron a su alrededor formando un muro implacable como la piedra, invisible como el aire, que la condenaba al silencio y a perpetuar un pecado que su alma había llegado a aborrecer. Ningún esfuerzo de imaginación la ayudaría a volver a alcanzar el feliz y crédulo estado de ánimo en el que había pasado los primeros años que siguieron al regreso de su marido. Ser consciente de que estaba encinta de nuevo aumentaba su congoja, y ese peso, que antes había llevado gozosamente en su vientre, se le antojaba ahora el lastre real de su pecado y la arrastraba hacia abajo a cada paso.

El sendero, que serpenteaba siguiendo el trazado de la falda de la montaña, la condujo al cabo de un tiempo a la cima de una ladera que

dominaba su granja. Allí se alzaban casa, granero y establo, rodeados por sus propios huertos y vergeles; la chimenea humeaba pausadamente y todo le resultaba mucho más familiar, más suyo, después de tantos años, que la casa en la que había nacido. Y, sin embargo, al contemplarlo desde lo alto de la colina, pensó que ya no le pertenecía. Un enemigo se había apoderado de todo ello y, a traición, había puesto de su parte a quienes más le debían a ella su lealtad y confianza. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando se apartó las manos de la cara, vio que se había organizado un tumulto abajo en el patio. Había gente corriendo con antorchas de acá para allá, juntándose luego en un grupo del que subían hacia la colina gritos excitados, entrecortados y sonoros. Al poco, tres figuras a caballo se separaron del grupo y se alejaron al galope, los cascos retumbando en las piedras. Recordó entonces que Martín había prometido formar parte de una batida de osos de la parroquia de Sode, y dedujo que aquellos hombres debían de ser los vecinos que habían venido a buscarlo.

Cuando llegó a la puerta, la recibió la sirvienta.

—El amo se ha ido a Sode. ¡Ay, qué suerte tienen de contar con él! Es un famoso cazador de osos. —Se rio y ayudó a Bertrande a quitarse la capa, sin advertir que el semblante de su ama estaba manchado de lágrimas.

La noche siguiente, cuando estaban sentados solos, su marido le dijo a Bertrande:

—¿Por qué me miras de forma tan extraña con tus preciosos ojos de dos colores, tus ojos afortunados?

—Me preguntaba cuándo me dejarías para volver a las guerras.

—Ya te he dicho que nunca, nunca mientras no dejes de quererme.

—He dejado de quererte. ¿Te marcharás?

Algo en el tono de su voz hizo que el hombre se abstuviera de bromear.

—No te creo —le dijo afablemente.

—Debes creerme —gritó ella con pasión—. Te ruego que te vayas. Ya has permanecido aquí demasiado tiempo. —Y en los ojos que los gascones llaman afortunados, ojos de color avellana y verde, brilló un fuego que hizo que su marido se inclinase y escrutara largo y tendido su semblante.

Por último, dijo:

—Sigues dando pábulo a esa locura de la que me hablaste hace mucho.

¿Cómo puedes creer que vaya a dejarte nunca mientras sigas pensando tal cosa de mí? Solo serviría para aumentar tu desvarío y tu aflicción. ¿No lo comprendes?

—Eres retorcido —gritó ella—. ¡Tienes la sutileza del mismísimo Maligno!

El hombre se enderezó y se levantó de la silla. Cuando volvió a hablar, el tono de su voz había cambiado por completo.

—Lo siento, madame. Aparte de vos, hay otros a quienes debo tener en cuenta. Preparaos para lo inevitable.

Se llevó la mano de su mujer a los labios y, sin más palabras, se dio la vuelta y la dejó sola.

—Ay, esa sí era la auténtica manera de Martin Guerre —exclamó Bertrande con amargura—. Bien que ha sabido sacar partido de mis quejas este impostor.

Entonces empezó para la mujer un largo juego de espera y observación. «Algún día —se decía a sí misma—, bajará la guardia; algún día, si no lo aviso demasiado a menudo, lo sorprenderé en su engaño y me libraré de él». «¡Ah, Martin, Martin! —clamaba otras veces en su soledad—, ¿dónde estás y por qué no vuelves?». Y observando al hombre al que ahora llamaba el impostor, considerando lo tranquilo de su comportamiento y la facilidad con que conseguía todos sus propósitos, ganándose con seguridad todas las voluntades, se le ocurrió la terrorífica idea de que esa gran sensación de seguridad suya tal vez estuviera asentada en algún conocimiento preciso, que ni ella ni nadie más en Artigue compartían. Acaso el verdadero Martin Guerre estaba efectivamente muerto. Acaso este hombre había visto su cuerpo en algún lejano campo de batalla, manchado de sangre y mutilado, boca abajo en la manchada hierba.

«Quizás —y ante esta última idea el alma se le encogía de espanto—, quizás él mismo dio muerte a Martin Guerre, para así poder viajar con total seguridad a Artigue y heredar sus tierras».

Bertrande lo miraba cuando estaba sentado junto a la chimenea, fatigado del trabajo del día, y sin embargo jugando cariñoso con los niños, con su hijo más pequeño sobre las rodillas, al tiempo que hablaba con Sanxi, y no le parecía un monstruo. El cura seguía viniendo las noches de invierno, como

antes de que Bertrande le hiciera su tremenda confesión. Y al prestar oído a la conversación entre el reverendo y el amo de la casa, no podía dejar de admitir que el impostor era sabio, sutil y, si no instruido, sí infinitamente hábil a la hora de argumentar. El sacerdote lo estimaba, los niños lo adoraban, y esas virtudes suyas que lo fortalecían con los que tendrían que haberle prestado su apoyo a ella, no hacían sino aumentar su resentimiento. Tan apasionado como había sido su amor por ese extraño llegó a ser ahora su odio por él, y también su miedo. Sin embargo, para que su poder sobre ella no siguiera aumentando más, disimulaba su odio y ocultaba su miedo; por esa razón, y también porque los ojos inocentes y observadores de Sanxi no se apartaban de ella. Todos los años de soledad anteriores al regreso de Martín Guerre, o más bien anteriores a la venida del impostor, le valieron ahora de mucho. Encerró en su corazón su feroz determinación y, externamente, su vida siguió igual que siempre.

Aun así, enfermó. Cuando le mencionaban su palidez, la achacaba a su condición física. Sus mejillas y sus hombros se fueron afilando mientras su vientre se redondeaba. Los huesos de su cara, el arco delicado de la nariz, los pómulos altos, el cráneo ancho y bien formado, se definieron más bajo la blanca tez, y bajo el alto entrecejo arqueado, sus ojos afortunados brillaban con extraordinaria luminosidad.

Su marido prestaba extremada atención a su salud, disponiendo todo cuanto imaginaba que podía aumentar su comodidad, excusándola de las tareas cada vez que era posible, y si había una batalla entre ellos, aparentemente solo Bertrande era consciente de ella. En ocasiones se preguntaba, tan constantes eran sus atenciones, si él de verdad se daría cuenta de que eran enemigos. Sin embargo, a principios de la primavera y hacia el término de su embarazo, tuvo lugar un incidente que dejó claras sus respectivas posiciones sin sombra de duda.

La hermana pequeña de Martín y su marido, con el tío Pierre Guerre, el cura y el mismo Martín Guerre, a quien Bertrande seguía llamando el impostor, volvían de misa en Artigue e iban hacia la granja de los Guerre. Cuando pasaban junto a la posada, el ventero, asomándose a una ventana del piso de arriba —pues la planta baja estaba destinada al acomodo de las caballerías de los huéspedes, según la costumbre—, le dio una voz a Martín Guerre:

—Hola, maese Guerre, está aquí un viejo amigo vuestro de Rochefort, un antiguo camarada de armas que pregunta cómo llegar a vuestra casa.

Se apartó de la ventana, volviéndose a hablar con una persona que estaba detrás de él en la habitación. En el preciso instante en que el grupo de Martín llegaba a la puerta de la posada, salía por esta una figura corpulenta, ataviada con una cota de malla sobre un justillo de lana roja, con una ballesta colgada al hombro y una espada corta en la cintura. Las cicatrices de su rostro eran de algo más que batallas, y uno de los ojos estaba nublado por alguna clase de infección que, gradualmente, iba ocultando el cristalino.

—Estaba en Luchon —empezó el sujeto, acercándose a ellos sin vacilar—, remojando mi vieja carcasa y mi pellejo costroso en aquel barro innombrable. Huele a huevos podridos, puaj, pero está caliente, y eso sienta bien. Allí me enteré de que habías vuelto a casa, así que me he acercado a estirar las piernas delante de tu lumbre. Ay, Martin, tendremos mucho que contar de Picardía, eh, y de otros asuntos menos heroicos. —Se rio, enganchando los pulgares en el cinturón, pero el hombre al que se dirigía ni se rio ni sonrió, sino que lo miraba con expresión un tanto desconcertada.

—¿Eh, Martin? —repitió el soldado, y señalando con la cabeza a la hermana pequeña de Martín, preguntó—: ¿Esta es tu mujer?

—Amigo de Rochefort —dijo Martin despacio—, por mi vida que no consigo recordar cuándo o dónde nos hemos conocido. Ni siquiera estoy seguro de que nos conozcamos.

El soldado inclinó la cabeza a un lado y luego, con el gesto del que le tienta el corvejón a un caballo con esparaván, se agachó de pronto y, agarrando a Martín por debajo de la rodilla izquierda, le dio a la pierna un buen apretón, seguido de una palmada. Enderezándose bruscamente, soltó:

—¡Ciertamente que no te acuerdas de mí! Ni siquiera estas seguro de que nos conozcamos, ¿eh? ¡Impostor! ¿Y se supone que tú eres monsieur Martin Guerre, amigo mío? Vuelves de misa, todo limpio y arreglado, y te desagrada profundamente este apestoso y viejo soldado. Pero no eres más que un fraude. Yo conocí muy bien al verdadero Martín Guerre. Era todo un hombre. Era capaz de ver más allá de la mugre en la cara de un amigo. Perdió una pierna ante San Quintín el año cincuenta y siete.

Se produjo un silencio sepulcral, durante el cual Martin Guerre enarcó la

ceja izquierda mientras fruncía la derecha, gesto que había sido característico de su padre, como recordó su hermana.

Entonces habló el tío Pierre:

—¡Bruto! Tienes los modales de un cerdo. Quítate de mi vista antes de que me obligues a tirarte al suelo.

—No me arredro con tanta facilidad —respondió el soldado de Rochefort.

El hombre al que había acusado seguía mirándolo con tranquilidad y al final dijo pausadamente:

—Sin duda espera que le dé dinero para irse. He oído decir que, a las órdenes del duque de Saboya, servía un hombre que se me parecía extraordinariamente. Puede que fuese él quien perdió la pierna.

—*Ventre de Dieu!* —exclamó el soldado con redoblada impaciencia y desprecio—. Conocí bien al verdadero Martin Guerre. Era gascón y perdió la pierna izquierda en la batalla del día de San Lorenzo, delante de San Quintín. A mí me da igual que este hombre sea un bribón. Es pariente vuestro, no mío, pero si fuese Martin Guerre, me habría reconocido.

Y soltando numerosos improperios, se volvió hacia la posada, desde cuyas ventanas, abiertas ahora de par en par, todos los de dentro trataban de ver y oír qué pasaba. El soldado desapareció en la sombra del umbral, y siguió blasfemando entre dientes, y en varios idiomas, pero no hizo ningún intento más de que su historia fuera creída.

—Es un tunante —dijo Pierre Guerre, indignado, mientras el pequeño grupo proseguía su camino hacia la granja.

—Se ha llevado un chasco —contestó Martin—. Pensaba que sería bien recibido y que conseguiría alojamiento y comida para la semana. No le negaría la comida, pero no puedo permitirme tenerlo ahí sentado todas las noches, contando historias de aventuras galantes, que no viví, delante de mi esposa, que está tan enferma.

El cura no dijo nada, pero la hermana y el tío de Pierre se pusieron a discutir la conveniencia de hacer que prendieran al soldado.

—Dejemos estar las cosas —dijo Martin—. Solo ha sido un error; es cierto que hay un hombre que se me parece. He oído hablar de él en más de una ocasión. Y ese pobre estaba decepcionado. Si no hubiese estado tan lleno de enfermedades, lo habría invitado a casa de todas formas, para oír noticias

de España. —Y dirigiéndose al sacerdote, añadió—: Desearía que esto no hubiese sucedido.

El cura asintió sin decir nada, pero la hermana siguió igual de indignada y voluble, y cuando llegaron a la granja y encontraron a Bertrande esperándolos en la cocina, se lanzó de inmediato a relatarle lo acontecido.

—Figúrate —exclamó el tío Pierre cuando la joven se paró a tomar aliento—, figúrate que ese tío puerco se ha agachado y ha pellizcado a Martin por debajo de la rodilla, como si fuese un caballo en venta en el mercado. Me maravilla que no quisiera examinarle los dientes.

—Ha dicho que Martin es un bribón —repitió la hermana, cada vez más indignada.

—Todavía peor —intervino el cuñado—, lo ha llamado impostor.

Bertrande, volviendo los ojos de un rostro excitado a otro, clavó por último su brillante mirada en el semblante tranquilo de su marido, con aire triunfal y despectivo.

—¡Por fin! —chilló de repente con una extraña voz ronca—. ¡Por fin, Dios mío, Tú me salvarás!

Se llevó las manos a las sienes, se dio la vuelta y salió corriendo del cuarto.

—Ve con ella —dijo Martin, su semblante de pronto lleno de preocupación—; ve con ella a toda prisa, hermana. ¿No te das cuenta? Está enferma. —Y al cura—: ¿Comprendéis a qué extremos hemos llegado? Daría la mitad de mi granja por que este soldado de Rochefort no hubiese ido nunca a Luchon. Esto le hará perder la razón.

La hermana, que había salido detrás de Bertrande, la encontró de rodillas junto a la cama, retorciendo la colcha con agonía. A cuantas preguntas y reproches le dirigió, solo contestó:

—Me muero, me muero. Te lo ruego, avisa a la comadrona.

Esa misma noche, entre grandes sufrimientos, dio a luz una niña, que murió antes de que hubiera pasado una hora. Bertrande estaba muy mal, y en la fiebre que siguió al parto, solo pedía ver al soldado de Rochefort. Por complacerla, al creer que tenía las horas contadas, el cura mandó buscar al soldado, pero no hubo forma de dar con él. No se había quedado en Artigue. Fue visto unos días más tarde en Saint Gaudens y después se perdió su rastro por completo. No

obstante, el sacerdote hizo que se tomaran por escrito, debidamente firmadas y atestiguadas, las declaraciones de todos los que habían oído las acusaciones del soldado y le entregó esos documentos a la enferma. Nada más recibirlos, el estado de madame Guerre empezó a mejorar, circunstancia que no dejó de impresionar, no solo al cura, sino a toda la familia.

—Está loca —se decían unos a otros—, pero si le seguimos la corriente y tenemos paciencia, puede que se recupere, Dios mediante.

Siguió la mejoría. Bertrande fue recuperando las fuerzas lentamente pero de forma continua, y pronto pudo dar unos pasos por su cuarto, pero se negó tajantemente a salir de la estancia. Asimismo se negó a ver a su marido, a que entrara en su habitación, o a tener que ver con él de cualquier forma. En la granja todos fueron conscientes de cómo pesaba esto sobre el ánimo del amo. Se mostraba tan ecuánime y tan bondadoso como siempre con su gente, pero había bien poca alegría.

—Madame no ha vuelto a ser la misma desde su enfermedad —le dijo la anciana sirvienta al sacerdote—, y le está rompiendo el corazón al amo.

El sacerdote fue a buscar a Martin Guerre y lo encontró trabajando en el campo. Se sentaron juntos a la sombra de las hayas y el cura exclamó:

—¡Quién hubiese creído que la bondad podría traer tanta aflicción!

Martín negó con la cabeza.

—Nunca habría habido aflicción, padre, si yo no hubiese intentado huir de la cólera de mi padre. De ahí nace el problema. Pero ¿qué puedo hacer para ayudarla? En cierta ocasión, me pidió que la dejara.

El sacerdote examinó atentamente a su amigo. Si aquel hombre no fuera en verdad su amigo, y el hijo de su amigo, sus ojos ciertamente no lo engañarían.

—¿Y te negaste a marcharte? —preguntó el sacerdote.

—En esa ocasión me negué —contestó serenamente el hombre que tenía delante, su mirada triste sosteniendo sin vacilación la del cura—. Pensé que dejarla entonces solo la ratificaría en este desvarío, y que estaría abandonándola a años de sufrimiento, como si le echara encima la culpa de un pecado —dudó un poco—, un pecado del que no debe ser acusada.

Habló con vehemencia y se interrumpió bruscamente, abrumado por la emoción. Para el sacerdote, que conocía su voz como conocía su cara, no cupo la menor duda de que el pesar, la preocupación y la humildad eran reales. Se

pasó la mano por la frente y volvió la vista hacia el campo de trigo vacío.

—Hijo mío —respondió por fin—, no sé qué aconsejarte. Lo que has dicho es verdad. Si te marchas, si vuelves a desaparecer, parecerá una admisión de culpa. A menos, por supuesto, que te vayas con mi consentimiento y conocimiento, dejando dicho dónde se te puede encontrar, y negando la acusación del fulano de Rochefort. Es concebible que tu ausencia pudiera mejorar el estado de tu mujer. Tu presencia solo añade constante leña al fuego. Su espíritu está enfermo y necesita reposo para sanar; reposo además de oración. Pero tú no puedes ausentarte indefinidamente de la granja. Tu gente te necesita. La parroquia también: yo te necesito. ¿No hay algún viaje que pudieras hacer para ocuparte de asunto de la granja?

Martín negó con la cabeza:

—Los asuntos de la granja están todos en la parroquia de Artigue.

—Cuando eras mozo, le confiaste una suma de dinero a tu tío. Creo que nunca se ha gastado. Tómala, viaja a Toulouse y compra allí un presente para Nuestra Señora. Regresa a casa antes de las nieves. Despidete de tu mujer antes de irte.

—No quiere hablar conmigo —dijo con una sonrisa amarga—. Pero me despediré de vos cuando me vaya. Antes de partir, tengo que ayudarlos a cosechar el trigo.

Mientras tanto —vaciló—, no digamos nada del asunto hasta que esté todo resuelto. Habrá menos habladurías.

El sacerdote asintió y lo bendijo. Martin Guerre volvió a su trabajo.

Pocos días después, Bertrande mandó llamar a Pierre Guerre. El buen hombre la encontró sentada en la silla de respaldo alto, junto al lecho cortinado, pero se levantó cuando él se le acercó.

—Te he mandado buscar, tío Pierre —dijo en voz baja—, porque sigues siendo el cabeza de nuestra familia, y necesito tu ayuda.

La habitación estaba fresca, y para la enferma, con sus menguadas fuerzas, parecía incluso fría. Se quedó de pie, envuelta en su capa de lana negra, con la capucha sobre los hombros. La enfermedad la había envejecido, pero su semblante traslucía tal serenidad y claridad de espíritu que el tío se sintió extrañamente conmovido.

—Siéntate, hija mía —dijo cariñoso—, no te canses.

Bertrande negó con la cabeza.

—Te pido que me creas, que me creas por fin si te digo que no estoy loca. Toda la casa piensa que desvarío. Solo puedo acudir a ti en busca de ayuda.

—Te creo, hija —respondió él con voz suave—. Siéntate. Mira, me sentaré a tu lado, sobre el cofre.

—No tengo pruebas —siguió ella—, a menos que la historia del soldado de Rochefort pueda ser considerada una prueba.

—Es una extraña historia —respondió el tío—. Me enfadé ese día, pero desde entonces, la imagen ha parecido moverse, como bailarines que intercambian posiciones en una danza. Si existe un hombre que se parece a Martin, tiene que ser este. Tú eres la mujer de Martin y tú serías la primera en darte cuenta. Además, últimamente se ha comportado de forma extraña.

—¿De qué manera? —preguntó Bertrande.

—Vino a verme pidiendo una suma de dinero que me había confiado antes de su marcha. Le respondí que ese dinero había formado parte de la suma destinada a comprar los campos de abajo. Era una adquisición que su padre había aprobado. La compra se llevó a cabo tras la muerte de mi hermano, y según los planes de este.

—Lo recuerdo —dijo Bertrande—. ¿Y qué pasó entonces?

—Se enfadó —dijo Pierre secamente.

—Ya comprendo —dijo Bertrande despacio—, quiere disponer de dinero en efectivo para dejarnos. Ahora que teme ser descubierto, ahora que ya nos ha saqueado, ahora que casi ha acabado conmigo, pretende marcharse. —Empezó a sollozar y se ocultó la cara entre las manos.

Una cólera pausada, tenaz, surgió en el anciano tío mientras contemplaba su cabeza gacha y escuchaba sus sollozos.

—Hija —dijo, golpeándose la rodilla con el puño—, dame permiso para acusar a este hombre de su delito. No nos dejará libre de castigo.

A Bertrande apenas la dejaban hablar las lágrimas, pero imploró:

—Acúsalo, castígalo, haz lo que quieras con él, solo líbrame de su presencia.

Menos de una semana después, llegaron de Rieux a la granja hombres armados y arrestaron al amo de la casa.

Lo llevaron esposado del campo a la cocina, para ser identificado por

Bertrande una última vez. Lo seguían sus trabajadores, hoscos y malhumorados. De pie junto a la silla del amo, ante la chimenea, Bertrande lo identificó como el hombre que había afirmado falsamente ser su marido.

—Lo acuso —dijo con toda claridad— de ser un impostor y no el verdadero Martin Guerre.

Era la primera vez que abandonaba su alcoba desde el parto. El tío Pierre estaba junto a ella. Era evidente que esperaban a los hombres de Rieux.

Al ver encadenado a su padre, Sanxi rompió a llorar, y se abalanzó, primero sobre su padre, después, pataleando y arañando, contra los dos guardias.

—Madame —dijo tranquilamente su padre por encima del alboroto que se había organizado—, ¿sois vos en verdad la que me hacéis esto?

Bertrande inclinó la cabeza y le dio la espalda.

El hombre suspiró y asintió como para sí. Luego, volviéndose a la sirvienta, le pidió que trajera al niño pequeño. La anciana, toda llorosa, alzó en brazos al chiquitín para que su padre lo besara. La gente de la granja se arremolinó alrededor y, en estas, entró presuroso el sacerdote y les gritó a los soldados:

—¡Esto es una locura, no sabéis lo que estáis haciendo!

Estiró las manos al frente, como para impedir su marcha.

—Haya paz —dijo el prisionero, aún tranquilo—. No es culpa de estos hombres. Tienen que hacer lo que se les ha ordenado. —Y dirigiéndose a su gente—: Adiós, hijos míos. Si Dios quiere, volveré a vosotros sano y salvo.

—Es un error —les dijo nuevamente el cura a los soldados—. ¿No entendéis que esta mujer está loca?

Pero los guardias se pusieron en marcha, con el prisionero entre ellos, y salieron por la ancha puerta al patio de la granja. La sirvienta, Sanxi y los demás criados los seguían de cerca. Se produjo cierta demora en el patio mientras le traían un caballo al prisionero. Bertrande, que se había quedado de espaldas a la estancia con los ojos fijos en la lumbre, se dio la vuelta ahora y miró a su alrededor. Estaba completamente sola. En el patio, los sirvientes gritaban sus últimas despedidas. Oyó la voz de Sanxi:

—¡Adiós, padre, adiós padre querido!

## 2. Rieux

**L**a acusación se había presentado en Rieux, al ser Artigue una localidad demasiado pequeña para tener tribunal de justicia. Hacia allí se encaminaron Bertrande y su tío, Pierre, con los criados que iban a ser citados como testigos. Bertrande se alojó en casa de la hermana de su madre, en la misma habitación que había ocupado en su anterior visita, aquella en la que el sol parecía brillar siempre por las mañanas en las ventanas del Oeste. Pero en esta ocasión brillaba desde el Este, como ha de ser, y Bertrande se maravilló de haberse podido sentir confundida acerca de la dirección. De la misma forma, la asombraba haberse podido dejar engañar en lo referente a la identidad del hombre que se había hecho llamar su marido. Su convicción presente era clara e irrefutable y sin embargo se encontraba sola para defenderla; es decir, sola salvo por el apoyo del buen Pierre. Había dejado atrás, en Artigue, una casa en la que hasta los criados la miraban con recelo. De las cuatro hermanas de Martín, dos no habían dudado en declarar que obraba por malicia. Lo dijeron abiertamente, de modo que la historia llegó hasta sus oídos:

—Durante años, mientras duró la ausencia de Martin, fue la única ama de la granja. No soporta haber vuelto ahora al lugar que le corresponde. Tiene ansias de poder y de dinero. Se mostró severa con nosotras, severa y tacaña, hasta que nos casamos. Todo esto forma parte de un plan para destruir a Martin y apoderarse de la granja.

Las otras dos hermanas, en particular la más pequeña, la defendieron. En la gestión de la granja y de la familia, Bertrande no había hecho más que lo

que su madre hubiera requerido de ella que hiciese, y la extraña fantasía de que Martin no era su marido había surgido del dolor de la larga separación. Estaban convencidas de que estaba loca. La caridad y la frialdad le resultaban a Bertrande por igual difíciles de soportar. En Rieux, incluso su tía defendía la causa del impostor.

—Pobre niña —le dijo a Bertrande—, tus años de sufrimiento te han perjudicado el seso de extraña manera. Pero ¡si conozco al muchacho de toda la vida! Por supuesto, pienso testificar en su favor si me lo piden, y cuando los tribunales hayan fallado que realmente es tu marido, tal vez puedas alcanzar algo de paz. Aunque ya son ganas, organizar un alboroto tan considerable solo para convencer a una esposa de lo que tendría que saber ella sola y sin ayuda.

En la primera sesión del tribunal, se acusó formalmente al prisionero de representación fraudulenta y robo.

Bertrande reclamó entonces a través de Pierre Guerre, y en realidad solo debido a la insistencia del tío, que el encausado fuera obligado a hacer penitencia pública, a satisfacer una multa al rey y pagarle a ella la suma de diez mil libras. A continuación, se le pidió que manifestara sus motivos para la acusación.

—Señorías —empezó—, está el testimonio del soldado de Rochefort.

La interrumpieron.

—Se os pide únicamente vuestro testimonio —le recordaron.

Ella inclinó la cabeza y, tras una pausa, refirió exactamente lo mismo que en su día le había contado al cura. Al preguntársele si no había nada más, añadió:

—Al observar al prisionero practicando con la espada con mi hijo, me resultó asimismo curioso que Martin Guerre se desenvolviese tan torpemente; es sabido que era muy hábil en el arte de la esgrima.

El preso sonrió y se encogió ligeramente de hombros. Una leve sonrisa asomó también al semblante de uno de los jueces y, al verlo, Bertrande exclamó:

—Podéis sonreír, señoría, y mi testimonio podrá pareceros inocente y de poca importancia, pero juro por Dios y todos sus ángeles custodios que este hombre no es mi marido. De eso estoy segura, así deba morir por ello.

—Bueno, vamos a investigar, madame, vamos a investigar —dijo el

magistrado, y llamaron al reo para ser interrogado.

El acusado se adelantó con toda tranquilidad, como si se acercase a su propia chimenea. Explicó que durante su ausencia había servido al rey de España, que había viajado mucho por ese país y por Francia, y que hasta que fue a Rieux, unos tres años antes, no había sabido que sus padres habían muerto. Que al enterarse de que era el cabeza de la casa, se había dado toda la prisa posible para volver con su mujer e hijo y se había esforzado de todas las formas posibles para compensarlos por su anterior abandono. Aportó los nombres y señas de personas que podían dar fe de la historia de sus vagabundeos. Contó su regreso a Artigue y cómo Pierre Guerre, su tío, había sido la primera persona del lugar en reconocerlo y darle la bienvenida, y afirmó que Pierre se había mostrado amistoso en todo momento hasta que él, Martin, había tenido motivo para pedirle cuentas acerca de la disposición de cierta suma de dinero que había encomendado a su cuidado. A partir de ese momento, dijo, su tío había intentado destruirlo. Para concluir, dio a entender que incluso habían intentado atentar contra su vida.

Los jueces le hicieron entonces una gran cantidad de preguntas sobre la historia de la familia, la fecha de su boda y la del nacimiento de su hijo Sanxi, a todas las cuales respondió sin vacilar.

—Madame —se dirigieron los jueces a Bertrande—, ya habéis oído las respuestas. ¿Son correctas?

—Son todas correctas, señorías —dijo Bertrande—, pero aun así, ese hombre no es mi marido.

Los jueces conferenciaron entre sí y, al poco, anunciaron que el caso se suspendería durante un breve tiempo, para poder llevar a cabo indagaciones acerca de la reputación de los acusadores. Bertrande, ardiéndole la cara de vergüenza ante lo que eso implicaba, se volvió hacia el tío de Martin.

—Eso es porque hemos pedido dinero —dijo con amargura—. Yo lo único que pido, lo único que espero, es verme libre de su presencia.

El tío Pierre se encogió de hombros.

—Tienes que mostrarte razonable —le dijo—. Al fin y al cabo, hay que tener en cuenta las costas del juicio.

Sin embargo, la investigación concluyó que tanto la reputación de Bertrande como la de Pierre eran intachables y se ordenó que prosiguiera la

instrucción. En el ínterin, la noticia del proceso se había difundido por la campiña, y numerosas personas se habían presentado voluntariamente como testigos, o habían sido citadas por el tribunal. La mañana que se reanudó el juicio, las estancias de los jueces estaban atestadas de personas interesadas, de las que no menos de ciento cincuenta estaban presentes en calidad de testigos.

Empezó el interrogatorio de los parientes, seguido por el de los sirvientes de la granja, y luego el de los vecinos de Artigue. Sin producirse una sola declaración en contra, todos afirmaron que el hombre con grilletes no era otro que Martin Guerre en persona. Cuando fue convocado el sacerdote, declaró que el reo era Martin, e hizo un elocuente relato de la enfermedad de Bertrande y de su locura, tal como había tenido ocasión de discutirla con su marido y con ella misma.

El día estaba llegando a su fin y Bertrande le preguntó con tristeza a Pierre Guerre:

—¿Tanta gente no empieza a convencerte de que puedo estar equivocada?

—No soy de los que cambian de idea cada cinco minutos —dijo el bueno de Pierre—. Si he decidido que es un bribón, seguirá siendo un bribón.

Se retiró el sacerdote y se llamó a un nuevo testigo.

—¿Su nombre? —preguntó el juez.

—Jean Espagnol.

—¿Y de dónde viene?

—De Tonges, señoría.

—¿Cuál es su ocupación?

—Soldado de fortuna.

—¿Conoce al reo?

—Así es, señoría.

—¿Y por qué nombre lo conoce?

—Arnaud du Tilh, señoría. A veces lo llamamos Pansette<sup>[3]</sup>.

Un murmullo recorrió la estancia. La gente se agitó y Bertrande miró de reojo al acusado, cuyo semblante, sin embargo, no traslucía culpabilidad ni sorpresa alguna, tan solo un muy natural interés en lo que sucedía.

—¿Y desde cuándo conoce al reo?

—Oh, desde que nació, señoría.

—¿Ha tenido alguna conversación con él últimamente?

—Señoría, me contó hará cosa de medio año que estaba representando el papel de un tal Martin Guerre; que había conocido al sujeto en cuestión en las guerras y que este Guerre le había transferido, a cambio de ciertas compensaciones, la totalidad de sus bienes, dándole permiso para asumir su personalidad.

—¡Ah, eso es mentira! —gritó apasionadamente la voz de Bertrande.

—Bien dicho, madame —añadió el prisionero.

—Silencio —exigió el juez.

El testigo tendió las manos con las palmas hacia arriba, con la expresión del hombre que ha hecho todo lo posible por servir a la causa de la justicia y, tras ser excusado, volvió a ocupar su lugar entre el público.

A partir de entonces, el caso empezó a parecer más dudoso para el reo, porque, aun siendo una historia disparatada que Martin Guerre le hubiese podido traspasar todas sus propiedades a un bellaco vagabundo a cambio de cualesquiera compensaciones, hubo muchos testigos que declararon que el prisionero era, efectivamente, un gascón llamado Arnaud du Tilh. Entre los testigos citados por el tribunal había algunos que conocían tanto a Martin Guerre como al bribón de Du Tilh. De estos, algunos sostuvieron que el reo era Martin, otros que era Arnaud, y hubo unos cuantos que se declararon incapaces de afirmar cuál de los dos era. El interrogatorio de los testigos duró tanto que se hizo necesario levantar la sesión hasta el día siguiente. Finalmente, cuando hubo prestado testimonio el último testigo, los jueces mandaron buscar a Sanxi y trataron de advertir en sus rasgos alguna semejanza con el hombre que afirmaba ser su padre. Ahora bien, como el muchacho guardaba tan evidente parecido con las hermanas de su padre, de quienes se decía que habían salido a su madre, más que a su padre, el semblante de Sanxi resultó de escasa ayuda para el tribunal.

Los jueces se retiraron y debatieron el caso en extenso. Bertrande, sentada retorciéndose las manos, no pudo evitar oír cómo dos de los espectadores lo comentaban sin reserva. Uno dijo:

—No han demostrado nada en contra del prisionero y la mujer reclama una gran cantidad de dinero.

—Si niega que sea su marido —dijo el otro—, ¿por qué no lo dijo de

inmediato? Ha vivido tres años con él sin quejarse. ¿Por qué busca pendencia con él ahora?

—Ha perdido el juicio, sin duda —replicó el primero.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Bertrande, agachando la cabeza y retorciendo aún más sus largas manos en un acceso de desesperación—. ¡Señor, líbrame del pecado!

Los jueces volvieron a la sala y se dispusieron a hablar:

—Considerando que, de los ciento cincuenta testigos convocados por este tribunal de Rieux, cuarenta han declarado que el reo es Martin Guerre, sesenta se han negado a testificar acerca de su identidad y cincuenta han afirmado que se trata nada menos que de Arnaud du Tilh, más conocido por Pansette; y considerando que la mujer de Martin Guerre, cuya opinión debería tener más peso para este tribunal que la de cualquier otra persona viva, ha atestiguado que el prisionero no es su marido; afirmamos pues que el reo es, en efecto, Arnaud du Tilh, más conocido por Pansette. Y condenamos al susodicho Arnaud du Tilh a hacer penitencia pública delante de la iglesia de Artigue, y delante de la casa de Martin Guerre, y a sufrir la pena de muerte por decapitación delante de la casa de Martin Guerre.

Una exclamación de asombro y compasión recorrió la sala y Bertrande de Rols, levantándose de golpe, gritó con voz aterrorizada y muy clara:

—¡No, a muerte no! ¡A muerte no! ¡No, no, yo no he pedido su muerte!

De pie, tremendamente pálida, hizo frente a los jueces, con rasgos descompuestos por la sorpresa y el horror; luego, alargando una mano a tientas, empezó a volverse hacia Pierre Guerre y cayó sin sentido entre sus brazos.

El reo también se había sobresaltado al oír el grito de Bertrande. A pesar de la sentencia que acababa de ser pronunciada en su contra, tenía los ojos claros y el semblante, podría decirse, radiante de alegría.

### 3. Toulouse

**R**esulta difícil relatar todo lo que sufrió Bertrande de Rols durante los días inmediatamente posteriores a la sentencia. Regresó a Artigue, a una casa en la que la paz y el contento habían sido destruidos. Además, no había una sola persona en Artigue, fuera del tío de Martin, que con palabras o gestos no la hiciera a ella responsable de esa destrucción. Sanxi la miraba con ojos asustados e incrédulos, o se escabullía de la habitación en cuanto ella entraba, como un animalito al que han apaleado continuamente, sin haber hecho nada para merecerlo. Y la cosa no había acabado aún. Si la sentencia hubiese sido ejecutada sin dilación —pensaba Bertrande—, tal vez habría podido sobrellevar ese espanto con cierto valor y alcanzado, más tarde, la relativa paz de lo irremediable, y puede que el tiempo hubiese justificado sus actos; pero el fallo había sido apelado de inmediato ante el Parlamento de Toulouse por las hermanas de Martin, y el verano se fue arrastrando en medio de una larga y descorazonadora incertidumbre.

Llegó la cosecha del trigo, pero sin exultación, y luego la trilla, aunque sin diversión. Igual que los demás años, el agua del arroyo de la montaña se desvió a los campos cubiertos de rastrojos, donde corrió formando brillantes cascadas a través de la tierra quebrada y reseca, pero Bertrande de Rols no se acercó a verlo, ni le importó que tras el paso del agua brotaran las flores como si se hubiera desenrollado una alfombra con miles de flores y miles de aromas placenteros. En los últimos días de agosto, llegaron nuevas a Artigue de que el Parlamento de Toulouse había hallado las pruebas no concluyentes y había citado a los testigos a una segunda vista.

El cura fue a visitar a Bertrande.

—Hija mía —empezó, tan persuasivo y bondadoso como si ella no llevase casi un año rechazando a pie firme seguir sus consejos—, es mi deber rogarte una vez más que reconsideres lo que has emprendido.

—Reverendo padre —respondió Bertrande con brusquedad—, ¿no se os ha pasado ni una sola vez por la cabeza que yo pudiera tener razón? Acordaos del soldado de Rochefort. ¿No es posible que este hombre pueda en realidad ser Arnaud du Tilh? ¿No es más que probable?

—Todas las cosas son posibles para Dios —dijo el sacerdote—, pero no me parece probable que el hombre del que hablamos sea una y la misma persona que un bribón de lo más notorio. —Suavizó la voz y se le entristeció mucho la mirada—. El hombre del que hablamos era alguien a quien yo había llegado a estimar grandemente. Su modo de obrar, su pensamiento, eran bondadosos. No hay un solo feligrés de mi parroquia de Artigue que no se haya beneficiado de alguna manera de su presencia aquí.

—¿Lo estimabais, padre, más de lo que estimabais a Martin Guerre el que se marchó? —preguntó Bertrande en voz baja.

—En efecto, mucho más —le contestó el sacerdote—. ¿Cómo era aquel mozo? Un joven tosco e impaciente, un muchacho irreflexivo, extremadamente egoísta. Había en él, es cierto, la madera de un gran hombre. Me gusta pensar que ha llegado a convertirse en ese hombre. Su egoísmo se ha vuelto generosidad, su impaciencia, energía bien encaminada. No ocurrió de repente: estuvo ocho años en una dura escuela. —Hizo una pausa y, con una voz extraña, le preguntó—: ¿No te duele oírme elogiarlo?

—No —respondió ella lentamente, como preguntándose a sí misma—. Es de justicia recordar que ha sido bueno con nosotros. Con todos menos conmigo, e incluso conmigo lo ha sido, en cierto extraño modo.

—Entonces, si no te causa dolor oírme elogiarlo —dijo el cura, aprovechando su ligera ventaja—, si te complace un poco oír hablar bien de él, entonces no puedes haber dejado de quererlo del todo. ¿Y ese amor no te convence de que en verdad es Martin Guerre?

—No —dijo Bertrande con tajante ferocidad—. No, padre. ¿Acaso no veis que es con ese amor con lo que más perjuicio me ha causado, con lo que ha condenado mi alma? He pecado a través de él, ¡y no queréis entenderlo ni

siquiera el tiempo suficiente para darme la absolución! No, padre, no puedo creer que sea otro que el bellaco de Arnaud du Tilh.

Se le habían enrojecido las mejillas, como si estuviese febril, y al sacerdote le pareció advertir un extraño brillo en sus ojos. El hombre hizo ademán de alzar la mano, para acabar dejándola caer, con impotencia, sobre su rodilla y dijo:

—No obstante, existe la duda. Mientras subsista una duda, corres el riesgo de contribuir sin querer, inconscientemente, a la destrucción de tu propio marido. Te aconsejo que retires la acusación antes de que sea demasiado tarde. Los que os quieren, a ti y a él, te han brindado la oportunidad de retirarte de todo este asunto.

»¿Te corresponde a ti acaso ejercer la venganza? Crees haber pecado, pero corres peligro de cometer un pecado aún mayor. Si hay maldad en este asunto, el Señor sabrá sacarla a la luz a su debido tiempo. No, no me contestes ahora. Te aconsejo que retires la acusación. Si no puedes hacerlo, si tu corazón no te lo permite, en tal caso rezaré por ti para que el cielo te impida, en contra de tu voluntad, no solo hacerte daño a ti misma, sino a todos los que te quieren.

La dejó profundamente insegura, como pretendía, no solo en su convicción acerca de la culpabilidad del hombre, sino de la sensatez misma de su acto. Las cosas habían ido más allá de lo que había planeado. «Yo no pedí su muerte —se recordó a sí misma—, pero ahora tengo que exigirla».

Después del sacerdote, se presentó la hermana pequeña de Martin. Se arrodilló ante Bertrande y, poniendo las manos sobre las suyas, miró a la cara a su cuñada y le dijo con un tono de lo más implorante:

—Bertrande, queridísima hermana, siempre nos hemos llevado bien. No te enfades ahora conmigo. Cuando te presentes ante los jueces de Toulouse, diles que retiras los cargos presentados contra tu esposo. Diles que no sabes qué te ha pasado, que debías de estar loca. Nuestro tío no insistirá en la demanda si tú desistes. Martin te perdonará. Volveremos a ser felices todos. ¡Ay, Dios —y rompió a llorar de repente—, no podemos permitir que lo maten delante de su propia casa!

Apoyó la cabeza sobre sus manos y Bertrande notó las cálidas lágrimas sobre sus propios dedos helados.

—Hermanita —contestó desesperada—, ¿cómo puedo negar la verdad?

—Solo es verdad a tus ojos, no a los nuestros —respondió la muchacha, sollozando—. En nombre de una verdad en la que ninguno creemos, conseguiremos destruirnos a todos. Nunca volveremos a ser dichosos. La granja nunca volverá a prosperar.

—Tu tío cree lo mismo que yo —replicó Bertrande.

—Ay, pero es viejo. Quiere que no cambie nada, que siga todo como cuando murió nuestro padre. Si por él fuera, no se cambiaría ni una piedra del pavimento. Y Martin lo cambia todo, y él mismo ha cambiado, de manera que todos lo queremos más.

—Muy bien —dijo Bertrande—, entonces, si este hombre es Martin, como querías que dijera, ¿por qué no se presenta a declarar el tal Arnaud du Tilh? ¿Por qué iba a permitir que un inocente sufriera por su culpa?

—Bastantes cuentas tiene ya que rendir a la justicia —contestó la chica con cierta impaciencia—. Le beneficiaría que lo diesen por muerto, así la ley dejaría de buscarlo. Y además, ¿por qué iba un bribón a jugarse el cuello por el bien de otro?

Bertrande suspiró y apoyó la mano con cariño en el hombro de la joven.

—Lo siento mucho —dijo—, lo siento muchísimo. —Pero no prometió nada.

Llegó septiembre; las vides se tornaron cárdenas y refrescaron las mañanas y los atardeceres. La tarde antes de su partida, Bertrande volvía de la iglesia, donde había estado preparándose para su viaje a Toulouse. Abatida, cruzaba el patio de la granja hacia la casa cuando vio a la vieja sirvienta sentada junto a la puerta, matando pichones; se sentó a su lado.

—¿Habéis rezado vuestras plegarias, madame? —preguntó la anciana.

—Sí.

—Ojalá las hubieseis ofrecido por mejor causa.

—¿Cómo puedes saber por qué he rezado?

—No lo sé, madame. Solo sé que desde que se os ocurrió esta extraña idea vuestra, nada nos ha ido bien. Y antes, todo estaba bien. De maravilla.

Suspiró, inclinándose hacia delante y sujetando entre las manos al pichón cabeza abajo, las suaves alas plegadas a lo largo del cuerpo suave y liso, mientras la sangre oscura caía goteando lentamente desde un tajo en el cuello a

un plato de barro. El plato, lleno ya de sangre más oscura que la que en él caía, rebosaba ligeramente y un gato atigrado gris, acercándose cautelosamente, con el vientre a ras del suelo, sacó su rasposa y pálida lengua y lamió la sangre. Al cabo de un rato, la mujer lo apartó a un lado con el pie. Junto a ella, en el banco, ya había una pila de suaves cuerpos cubiertos de plumas grises. El pichón aún vivo giró la cabeza a un lado y otro, se debatió un poco, aferrando con la pálida pata fría la mano que lo sujetaba, y luego se relajó, aunque aún moviendo la cabeza. Parecía que la sangre se estaba coagulando demasiado pronto, el corte se estaba cerrando, y la anciana agrandó la herida con la punta del cuchillo que tenía en el regazo. El pichón no se quejó. Bertrande contempló el ave moribunda con lástima y comprensión, sintiendo cómo la sangre abandonaba, gota a gota, el cuerpo desfalleciente, sintiendo sus propias fuerzas abandonarla lentamente como la sangre al pichón.

—¿Qué querrías que hiciera? —preguntó por último—. La verdad solo es la verdad. No podría cambiarla aunque quisiera.

La anciana volvió el rostro hacia ella sin enderezarse, todavía pesadamente inclinada hacia delante, sobre su ancho regazo. Su semblante tenía muchas más arrugas que cuando Bertrande la vio por primera vez. Tenía estrías por encima y por debajo de los labios, que corrían paralelas con el trazado de estos, así como en las comisuras de la boca. Su frente estaba surcada por líneas que formaban arcos regulares, uno encima de otro, siguiendo la curva de las cejas. Sus ojos estaban rodeados de finos pliegues. La tez era morena y saludable, con manchas rojizas en los pómulos, pero, no obstante, el rostro estaba desgastado.

—¿Yo, madame? —preguntó.

Mirándola a los cansados y afectuosos ojos castaños, Bertrande asintió.

—Ah, madame —respondió la sirvienta, volviendo su atención al pichón que ahora estaba quieto entre sus manos—, preferiría que siguierais engañada. Entonces éramos todos felices. —Dejó el pichón muerto con los demás y se agachó para recoger el plato de sangre.

A lo largo de todo el camino a Toulouse, los ecos de esas tres conversaciones resonaban en la mente de Bertrande de Rols, formando un pausado y confuso acompañamiento al chacoloteo de los cascos de los

caballos. La sirvienta cabalgaba detrás de ella y el tío Pierre, delante, abría el paso. Descendieron el valle del Neste por el camino que bordeaba el río hasta que el valle se estrechaba considerablemente, dejando apenas sitio para el paso del torrente y el sendero que lo dominaba. Los bosques amarilleaban, pero sus hojas aún ofrecían abundante sombra. Por la honda garganta salieron al anchuroso valle del Garona, adonde el río llegaba raudo por la derecha, desde el valle de Arán; abajo, a lo lejos, vieron Saint Bertrand de Comminges alzar sus estrechos contrafuertes sobre su pedestal pétreo en la cuenca verde de las colinas, cruzaron el Garona y se adentraron en terreno más espacioso, donde las pesadas parras se estiraban entre los arces formando guirnaldas naturales. Dejando atrás Saint Gaudens y Saint Martory, se aproximaron a Muret. Era el viaje que Bertrande había hecho siguiendo a Martin en su imaginación el otoño que la abandonó. Todo era fértil y encantador, con el paisaje salvaje de las montañas cediendo el paso de forma gradual a granjas más apiñadas, con setos de espino en torno a los huertos otoñales y los árboles frutales —nísperos, ciruelos y cerezos— de alrededor de las casas, y siempre el fresco discurrir del agua allende el camino. Pero esta vez viajaba sumida en la amargura, oyendo a través del ruido de los cascos y el chapoteo del Garona tan solo los reproches y plegarias de los que de ella dependían.

Que Martin estaba muerto había terminado por convertirse en una idea fija en ella. Le resultaba increíble que un hombre pudiera hacer frente a las extraordinarias acusaciones presentadas contra él con tanta tranquilidad de ánimo como lo había hecho Arnaud du Tilh, a no ser que supiera a ciencia cierta que el hombre cuyo lugar había usurpado había muerto. Con razón o sin ella, creía asimismo que Du Tilh había tenido algo que ver con la muerte de Martin. Con lo desolada que se sentía, amén de injustamente culpada, habría recibido con los brazos abiertos casi cualquier plan que le permitiera recuperar la simpatía y la comprensión de sus seres queridos. Estos le habían implorado que retirara su demanda contra Du Tilh. Bueno, ¿y si lo hiciera? ¿Sería ya demasiado tarde? ¿Podría así devolverles los días felices?

«¿Yo, madame? Preferiría que siguierais engañada».

Esas palabras le volvían a la cabeza una y otra vez. A cambio de esa secreta carga de vergüenza, ¿podría acaso comprar para los suyos la paz y la felicidad que tanto anhelaba para ellos, y conseguir para sí su perdón y

agradecimiento?

Pero si el tribunal de Toulouse anulaba la sentencia del de Rieux, ¿qué ocurriría luego? ¿No se sentiría acaso liberada de esa necesidad de persecución y venganza? Los jueces de Toulouse eran hombres muy doctos y su autoridad era casi tanta como la del rey. El rey, a su vez, era el ungido de Dios. ¿No podría ella considerar una señal del cielo, de algún modo, que el tribunal le ordenara aceptar a aquel hombre como marido suyo y quizás alcanzar así la paz?

No había vuelto a ver al hombre al que había acusado desde el día en que clamó contra su sentencia de muerte en el tribunal. Su rostro se había vuelto un poco impreciso, la esencia misma de su persona un tanto irreal. Cabalgando a la sombra de los árboles al caer la tarde, mientras salía de esa sombra a la claridad de una pradera para luego volver a adentrarse en la sombra de otros árboles algo más allá, se permitió deslizarse momentáneamente en un ensueño de rendición. Cabeceando sobre el arzón de la silla, dejándose acunar con facilidad por el lento movimiento del caballo, pensó solo en la tranquilidad restaurada en la gran cocina, en los rostros satisfechos inclinados sobre la cena; poco en el hombre sentado en la silla junto a la chimenea y, por el momento, nada de sí misma en esa nueva e imposible relación. Mientras tanto, Pierre Guerre seguía cabalgando delante de ella, y cuando Bertrande apartaba la vista del camino, o de la contemplación de la hierba de los arcenes, veía cómo su ancha y honesta espalda seguía adelante a un ritmo constante.

Entonces recordó que no solo era su único apoyo en la tarea que había emprendido, sino que también era el último defensor que quedaba de la antigua autoridad de la casa de su marido. Es más, encarnaba esa autoridad sencilla y directa, sin necesidad de subterfugios ni de encanto superfluo, que hasta la llegada del extraño los había mantenido a todos seguros y en paz. En ese momento, representaba para ella una tradición más poderosa que la de la Iglesia. En su país, la Iglesia había podido ser negada de vez en cuando, pero hasta los albigenses, que habían sido perseguidos de ciudad en ciudad, y de las ciudades a las cavernas de la montaña, y finalmente destruidos sin piedad por esa negación suya, nunca habían negado la tradición de la que Pierre Guerre era el símbolo. Esa noche, cuando se acostó en una cama extraña, en un valle extraño, lo hizo con una fatiga que le abrumaba cuerpo y alma de tal

forma que pensó que se sentiría afortunada si pudiera no despertar nunca más.

Al tercer día de viaje habían alcanzado las tierras bajas y el calor de septiembre era excesivo. Ya no había más cañadas frescas en las que se demorase la sombra, donde se escurriese el agua de las piedras y crecieran los helechos. Ahora los campos se extendían reseco y polvorientos. En el camino, los cascos de las monturas levantaban constantemente un polvo blanquecino y las hojas de los plátanos estaban opacas de ese polvo. A primera hora de la mañana habían cruzado los eriales, llenos de rocas y manchas de lavanda silvestre. A mediodía, el calor era tan intenso que tuvieron que detenerse a descansar durante cerca de tres horas en una arboleda de plátanos. Allí había sombra para ellos y para sus caballerías, pero las cigarras, horadando la corteza de los árboles en busca de bebida refrescante en el bochorno del día, golpeaban sus címbalos con tanta fuerza en su gran alegría por el calor, y por el dulce líquido que trasegaban todo el día, que toda la arboleda resonaba, en áspera reverberación. El aire parecía temblar con el sonido y para Bertrande eran un tormento hecho ruido. Se alegró de reemprender la marcha, aunque el canto de las cigarras siguió acompañándolos, ora cercano, ora lejano, según pasaban junto a otros bosquecillos.

El Garona fluía ahora más ancho, ya sin salpicar ni brillar, sino con hosquedad, un flujo amarillo cargado de tierra de las laderas montañosas donde pacían las cabras. Hacia el anochecer, cruzaron el río por un puente de madera para entrar en la ciudad de Toulouse. Más adelante, río abajo, los cuatro primeros arcos del Pont Neuf, el nuevo puente de piedra que iba a estar tan bien y tan inteligentemente construido que resistiría incluso la más violenta de las inundaciones de primavera, proyectaba su rampa incompleta hasta casi la mitad del cauce amarillo. En el muelle, ante ellos, el sol de poniente brillaba sobre la fachada de ladrillo blanqueado de Notre Dame de la Dalbade; a su espalda, los Pirineos, de los que un largo saliente los había acompañado casi hasta la ciudad, se retiraban en la lejanía, cordillera nevada tras cordillera nevada, tornándose ahora lentamente de color rosado, lejos, hasta España. Detrás de La Dalbade se extendía Toulouse, una aglomeración de edificios de ladrillo de un rosa polvoriento, intrincada, ruidosa y apesada. Los campesinos montañeses cruzaron el embarcadero,

pasaron junto a la blanca fachada de la iglesia, y se adentraron en la red de calles llenas de ecos.

Encontraron una posada y encargaron de cenar, después de reservar alojamiento para la noche. La venta estaba llena de huéspedes, en su mayoría mercaderes de las pequeñas poblaciones de alrededor, más unos cuantos hombres de la ciudad. Bertrande encontró sitio en un rincón y, recostándose contra la sucia pared enyesada, buscó refugio de sí misma y de sus acompañantes en la confusión pública de la estancia. Poco a poco, a través de la bruma de desgracia personal que la envolvía, se dio cuenta de que la conversación no era general y apacible, como cabría haber esperado que fuese, sino que un grupo de hombres estaba prestando gran atención a unos cuantos viajeros, y había mucho menear cabezas y muchos semblantes serios. Cuando la posadera le trajo la cena, la retuvo lo suficiente como para preguntarle de qué hablaban los huéspedes.

—De Amboise, madame. ¿No habéis oído nada acerca de Amboise?

Bertrande negó con la cabeza.

—¿Sois católica, madame?

Bertrande asintió.

—Y yo también, madame, pero lo de Amboise ha sido obra de los Guisa. Gracias a Dios no tenemos católicos de esos en Toulouse. Al parecer, hubo alguna clase de conspiración, que no se llegó a probar del todo; había más habladorías que pruebas. Y a cuenta de eso, toda clase de muertes: ahorcamientos, decapitaciones, ahogamientos; numerosas y a diario, y así durante un mes entero. Soy católica como vos, madame, pero en Toulouse por cada católico hay por lo menos un protestante. Y son buena gente, madame. ¡Os lo prometo, antes me cortarían la cabeza que cortársela a mi vecino sencillamente por ser él protestante!

—Pero a juzgar por aquellos semblantes —dijo Pierre Guerre, indicando a los que hablaban al otro lado de la estancia—, uno pensaría que se trata de una rebelión, más que de una conversación.

—Una rebelión, sí —dijo la posadera—. No diría yo que no sea posible. Toulouse no siempre ha estado unida a la corona francesa.

Se alejó y la sombría discusión continuó, sin perder animación ni intensidad, como una nube de tormenta que se cierne pacientemente al filo del

horizonte, esperando que el viento la arrastre a la acción.

—No sé qué le pasa al mundo —dijo Pierre Guerre—. Parece estar rompiéndose en pedacitos. En tiempos de Francisco, nos sentíamos todos profundamente franceses.

En la habitación donde tuvieron que dormir todos, pues la posada estaba atestada, el calor era opresivo. Por la mañana seguía haciendo calor en las calles y los olores y hedores de los días anteriores permanecían en el aire inmóvil, como una especie de desecho incorpóreo. No se notaba en absoluto la fresca mañanera de la montaña, ni la amplitud del aire purificado en el que los olores de la granja, de las bestias y de la cocina se alzaban como símbolos de la fuerza y la energía, de la salubridad de la vida. Bertrande se despertó sin haber descansado, y sintió en el ambiente, como en su propia mente, el bochorno que la víspera corría paralelo al humor hosco de los presentes en el comedor.

Después de tomar una copa de vino, que le pareció agrio, y un trozo de pan que le pareció amargo, siguió a Pierre Guerre por las calles, con la cabeza descubierta, hasta las cámaras del consejo del Parlamento, en el Château Narbonnais.

Las calles estaban abarrotadas. La gente no hablaba el dialecto de la montaña, sino occitano, con una resonancia curiosamente metálica y dura que hacía que, en los pasajes más estrechos, pareciera que se decía todo dos veces, al devolverlo el eco con aguda vitalidad desde las polvorientas paredes. A lo largo del camino, Bertrande fue preguntándose qué hacía en aquella desdichada ciudad, en medio de aquel hedor interminable, aquel calor, aquella desolada extrañeza.

«Estoy acosando a un hombre hasta la muerte, a un hombre que ha sido muchas veces bueno conmigo, el padre de mi hijo pequeño. Estoy destruyendo la felicidad de mi familia, ¿y por qué? Por el bien de la verdad, para liberarme de un engaño que estaba consumiéndome, matándome».

Recordó la conversación que había tenido con la hermana de Martin.

—¿Qué querías, hermana? La verdad solo es la verdad. No puedo cambiarla.

La joven le había contestado:

—Solo es verdad a tus ojos.

«¿Y si estuviese equivocada?», volvió a preguntarse mientras subía las escaleras de piedra y aguardaba ante la gran puerta cerrada. Al acercarse a ese tribunal de Toulouse, experimentaba una sensación de finalidad que no había sentido en Rieux. No sería posible apelar esa sentencia. La estaba esperando detrás de aquellas puertas, como un destino funesto. De repente, su seguridad la abandonó y la embargó el terror. Se veía a sí misma arrastrada hacia delante, sin poder hacer nada, por una gran ola de malentendidos y desgracias, para cometer un pecado aún mayor que el que tanto había temido. Le volvieron a la mente las palabras del sacerdote. Había sido consejo santo y lo había rechazado. Rompió en un sudor copioso que se le heló en la piel y la hizo estremecerse incluso al sol meridional. Se sintió mareada. La puerta que tenía delante se volvió incorpórea, invisible, como si se hubiese metido en una nube helada en la cima de La Bacanère. Alargó la mano a ciegas hacia el tío Pierre abrieron las puertas y entró en la sala del tribunal apoyándose en su brazo.

Los jueces de Toulouse deseaban confrontar a los dos acusadores con el acusado, pero por separado, pues pensaban que un observador agudo podría descubrir en sus rostros muchas cosas de las que no había quedado constancia en el resumen del caso que les habían enviado los jueces de Rieux. Por consiguiente, nada más entrar en la sala de la audiencia, Bertrande se vio obligada a prescindir del apoyo del tío Pierre y, acompañada por un guardia, a adelantarse hasta donde estaban sentados los jueces. El runrún de voces que llenaba la estancia cesó de repente en cuanto apareció ella. En el silencio abrupto, escuchó las advertencias y luego las preguntas del juez, y alzando los ojos vio delante de ella, a unos pocos metros de distancia, al hombre por el que durante un año extraordinario había sentido una gran y gozosa pasión. La contemplaba con una mirada que resultaba al tiempo paciente, afectuosa e irónica. En su congoja, Bertrande no vio ninguna otra cara, y no pudo soportar la contemplación de aquella tierna mirada. Bajó la vista y agachó la cabeza, notando cómo le subía la sangre a la cara y luego se le retiraba. ¿Quién era aquel Arnaud du Tilh? ¿Qué clase de hombre era que no respondía con odio a su odio, y por qué no había huido de aquella justicia tan peligrosa el mismo día en que ella había sospechado de él por primera vez? El rostro de Bertrande se tornó muy pálido y el regreso del mareo que la había asaltado

justo antes de entrar en el tribunal hizo que le resultara prácticamente imposible seguir de pie. Respondió a las preguntas de los jueces con voz apenas audible y luego la acompañaron a una pequeña puerta por la que salió al patio, a la luz del sol y a cierta soledad. Se le indicó que regresara a la posada y permaneciera allí hasta que se la mandara llamar. Se fue a su cuarto y se acostó.

En menos de una hora se reunió con ella Pierre Guerre, que había recibido las mismas instrucciones. Estaba de mal humor, molesto al verse retenido en el albergue, donde se sentía prisionero y sin ocupación, pequeña o grande, con la que pasar el tiempo. Pensaba que había causado mala impresión ante el tribunal y lo cierto era que, aunque su convicción seguía igual de firme que siempre, su declaración había resultado vacilante y torpe. Había tenido la impresión de que todo el mundo lo miraba, sonriéndose, como a un paleta montañés. Mientras el guardia lo acompañaba a través de la sala atestada, había alcanzado a oír un comentario jocoso acerca de su atuendo; no entendió cuál era la gracia, pero sí, y demasiado bien, la intención. Molesto con el público, sumiso ante los jueces, de repente y por primera vez en su vida intensamente cohibido, había perdido por espacio de cinco minutos aquella sencilla dignidad que tanto peso le había dado a su testimonio en Rieux. A esta incomodidad suya se sumó la apariencia del impostor: este había perdido un poco de su saludable bronceado durante su encarcelamiento, pero ni un ápice de la arrogancia del que está en lo cierto.

«Estamos perdidos —se dijo a sí mismo el viejo Pierre mientras volvía a la posada—. Si la cosa dependía de mí, la he fastidiado de veras».

No se atrevió a mencionarle su inquietud a su sobrina, pero era el principal motivo del silencio malhumorado con que se reunió con ella y se dispuso a dejar pasar el día.

Bertrande se quedó tumbada en la cama, mirando las manchas del baldaquino; o bien volvía la cabeza distraídamente y examinaba la pared, o la figura del viejo Pierre sentado en un banco recto bajo la ventana. Se sentía muy indispuesta. Notaba un peso en el pecho que le hacía difícil la respiración y el aire que le llegaba a los pulmones, después de haber hecho un esfuerzo tremendo por dilatarlos, carecía de frescor, no la revivía. Se le había aturdido la mente de tanto darles vueltas a las cosas. Exhausta, atrapada entre tantas

paredes, tantas circunstancias, permanecía inmóvil, recordando que lo único que deseaba era verse libre de Arnaud du Tilh.

Mientras tanto, el tribunal seguía adelante con el interrogatorio de los testigos. Habían sido convocados cincuenta de los que habían declarado en Rieux, amén de otros treinta nuevos. Jean Espagnol testificó lo mismo que en el primer juicio, y presentó a un amigo, de nombre Pelegrín de Liberos.

Tras prestar juramento, Pelegrín de Liberos declaró que era un viejo amigo de Arnaud du Tilh, y que Arnaud no solo le había confirmado recientemente su identidad, sino que le había confiado un pañuelo para que se lo entregara a su hermano, Jean du Tilh.

Poco a poco fue constituyéndose así una masa de información, con detalles nimios aportados ora por un testigo, ora por otro. El zapatero de Artigue declaró que el pie de Martin Guerre era ligeramente más grande que el del acusado. Hasta cinco testigos que antes habían declarado formalmente, con total seguridad, que el reo era en verdad Martin Guerre, afirmaron ahora que no podían estar seguros de si lo era o no. De los treinta nuevos testigos, doce se declararon incapaces de tomar ninguna decisión acerca de la identidad del acusado. Podía tratarse de Martin Guerre o de Arnaud du Tilh, por cuanto eran capaces de decir. Por otra parte, siete de los nuevos testigos estaban bastante seguros de que era Du Tilh y otros diez estaban igualmente convencidos de que era Martin Guerre. Quedó establecido que Martin Guerre parecía más alto y más delgado que Arnaud du Tilh y que era algo cargado de espaldas. Sin embargo, se argumentó asimismo que, dado que el acusado tenía once años más que Martin Guerre cuando este fue visto por última vez, el natural incremento en peso y el paso de los años podían causar la impresión de que era más bajo de lo que parecía serlo el mozo Martin Guerre a los veinte años.

Con todo, conforme fue avanzando el día, quedó establecido más allá de toda duda, que Martin Guerre tenía dos dientes rotos en la mandíbula inferior izquierda, como asimismo los tenía el acusado; que Martin Guerre tenía una cicatriz en la ceja derecha y la marca de una úlcera en una mejilla, como las tenía el acusado; que Martin Guerre tenía una gota de sangre extravasada en el ojo izquierdo, como la tenía el preso; que a Martin Guerre le faltaba la uña del índice izquierdo y tenía tres verrugas en la mano izquierda, dos de ellas en el dedo meñique, como también las tenía el hombre con grilletas. Así pues, las

pruebas pintaban bien para la defensa, cuando se presentó ante los jueces un anciano vestido con ropas de montañés, aunque de porte un tanto más distinguido de lo que el atuendo podría haber permitido esperar. Se le tomó juramento y se le preguntó su nombre.

—Me llamo Carbon Bateau.

—¿Y reconocéis al preso?

—Caballeros, ese hombre encadenado es el hijo de mi propia hermana.

El anciano empezó entonces a llorar y pasó algún tiempo hasta que recuperó la compostura suficiente como para continuar.

—He querido mucho a este muchacho —dijo por último—, porque sabe cómo caer en gracia y robarle a uno el corazón, pero he temido por él desde que aprendió a hablar. No ha tenido nunca el menor respeto por las leyes, caballeros. Me parte el corazón decir que ha llegado incluso a declarar que no hay Dios. No ha honrado a sus padres en absoluto. Sin fe, sin respeto por la familia ni por las leyes del reino, ¿qué podía uno esperar, caballeros? Tiene buen corazón, pero eso es todo. Pero ¿de qué sirve un buen corazón cuando se deshonra de tal modo a una familia honorable?

A continuación fueron llamados los dos hermanos de Arnaud du Tilh, que atestiguaron que el preso «se parecía» a su hermano. Más no quisieron comprometerse.

Después empezó un largo desfile de testigos de la defensa, cuarenta y cinco personas de intachable reputación y bien calificadas para saber de lo que hablaban. Las cuatro hermanas de Martin declararon que el acusado era su hermano, y otro tanto hicieron dos cuñados. Muchos invitados a la boda de Bertrande y Martin atestiguaron que el acusado ciertamente era Martin Guerre. El cura de Artigue declaró a favor de su amigo.

El último testimonio fue el de la anciana sirvienta que le había llevado a la pareja nupcial el pequeño refrigerio de medianoche, o resopón. Después de identificar al reo como su joven amo, relató una historia. En pie ante los jueces, las manos agarrándose firmemente el cinturón, los ojos castaños —bondadosos, honestos, amables— fijos sin titubear en los augustos semblantes, se aclaró la garganta. Poco después del regreso de monsieur —declaró—, había oído a madame comentarle a monsieur que no había vuelto a abrir determinados baúles desde su marcha, tanto tiempo antes. Al oír eso, monsieur

había descrito unos calzones blancos envueltos en un trozo de tafetán y pedido que se los trajeran. Entonces madame le había dado a ella la llave del arcón y le había pedido que fuese a por los *pantalons*, y eso había hecho la sirvienta, hallándolos envueltos exactamente como había descrito monsieur. Explicó su relato con valentía, tremendamente impresionada por la seriedad con que la escucharon los jueces, y luego, toda temblorosa de triunfo y vergüenza, volvió discretamente a su sitio.

La tarde ya estaba muy avanzada. El calor del día parecía haberse ido acumulando en la estancia abarrotada, al mismo tiempo que las declaraciones de los testigos, y el lugar resultaba asfixiante. La luz que entraba por las altas ventanas iba a dar casi de lleno sobre la pared opuesta, por encima de las cabezas de los jueces. El escribano soltó la pluma y los magistrados se inclinaron hacia delante para consultarse. Los interrogatorios habían concluido y ya solo quedaba interpretar la información recogida. Los que más tenían que ganar o perder con la decisión del tribunal habían sido enviados a una habitación interior, pero la sala de la audiencia seguía atestada.

No resultaba ni justo ni razonable, argumentó en primer lugar el tribunal, permitir que la mala reputación del bribón Arnaud du Tilh afectara al destino del acusado, si este era de verdad Martin Guerre. En segundo lugar, sostuvieron los jueces, si tan fácil resultó para la mujer de Martin Guerre tomar a Arnaud por su marido, aunque fuese por poco tiempo, habría sido igual de fácil para el soldado de Rochefort confundir a Arnaud con Martin; no había forma de demostrar que el hombre que había perdido una pierna el día de San Lorenzo delante de San Quintín era Martin Guerre en lugar de Arnaud du Tilh. En tercer lugar, razonaron, superaba la capacidad de cualquiera hacerse pasar tan bien por otro, conocer tantos detalles íntimos de la vida de otro hombre y mostrar un parecido físico tan grande con otro hombre como sucedía con el acusado. Por último, el tribunal consideraba que la turbación de Bertrande a la vista del acusado, junto con el relato de su exclamación en el tribunal de Rieux al oír pronunciar la sentencia de muerte contra el reo, obraban claramente en su contra. Por consiguiente, los jueces decidían, para su alivio personal sin duda, pues se habían sentido tremendamente confundidos, que el acusado debía ser en verdad nada menos que Martin Guerre, como afirmaba él mismo. El populacho pareció satisfecho con la decisión, y el

escribano del tribunal se dispuso a tomar nota del veredicto por escrito.

Mientras este personaje acercaba el tintero y afilaba su pluma, y mientras los jueces de Toulouse se relajaban en sus sillas y se enjugaban el sudor de la frente, departiendo entre ellos y sin ignorar, sagazmente, las sonrisas que iban extendiéndose por la sala de la audiencia, se oyó de pronto un alboroto en la puerta de la calle, en el que era posible distinguir numerosos pisotones y golpes en el pavimento de piedra con el astil de una alabarda, y una enérgica explicación de naturaleza incomprensible por una voz inequívocamente gascona. El tribunal mandó averiguar qué acontecía; el mensajero volvió con nuevas de cierta importancia, pues, mientras la asistencia se agitaba y los cuellos se estiraban con curiosidad, se abrió un pasillo entre la muchedumbre para que un soldado gascon, con la ropa maltrecha de viajar, pudiera avanzar directamente hasta la bancada de los jueces.

Las alabardas de los celadores resonaron sobre el suelo al detenerse los hombres, uno a cada lado del soldado, pero mientras el grupo hacía su entrada había sonado asimismo lo que parecía el astil de una tercera alabarda, que resultó ser, de forma asaz llamativa, una pierna de madera que llevaba el soldado gascón.

—*Cap de Dieu!* —exclamó uno de los magistrados, dejándose caer contra el respaldo de la silla con algo parecido a la desesperación—. ¡Este tiene que ser Martín Guerre o el mismo diablo! —Y dio orden a los celadores de arrestar al recién llegado.

Tras una breve deliberación de los jueces, se dio asimismo orden de conducir al acusado a una estancia adyacente y cerrar las puertas para que no entrara nadie más. Una vez hecho esto, los fatigados jueces procedieron a interrogar al soldado de la pata de palo.

—Soy sin ninguna duda Martín Guerre —dijo él—. Perdí la pierna ante San Quintín el año cincuenta y siete. Soy el padre de Sanxi Guerre y de ningún otro hijo.

A todas las preguntas que se le habían dirigido previamente al acusado, pudo contestar el soldado con razonable precisión. En una o dos ocasiones, sus respuestas discreparon de las de Bertrande a la misma pregunta; de vez en cuando titubeó antes de contestar, pero en líneas generales demostró un conocimiento de los asuntos de Martín Guerre que bien podría justificar su

afirmación de que era ese hombre. También manifestó un conocimiento inusual de la carrera de Arnaud du Tilh. Eso resultó interesante, porque el acusado nada había reconocido saber acerca de los asuntos de Du Tilh; había oído rumores sobre la existencia de este, eso era todo, dijo. Al cabo de una hora, los jueces no se hallaban más cerca de tomar una decisión de lo que lo habían estado esa mañana.

No obstante, quedaba una última prueba. Se hizo traer al detenido y se lo situó frente al soldado cojo. A continuación, fueron convocados uno a uno los familiares de los dos hombres y se les pidió que eligieran.

Carbon Bateau, el primero de los parientes de Du Tilh en ser llamado, miró durante un momento con gran sorpresa al soldado y luego, volviéndose sin dudar lo más mínimo, puso la mano en el hombro del reo y declaró:

—Caballeros, este es mi sobrino.

Los hermanos de Arnaud, al verse confrontados a dos hombres tan extraordinariamente parecidos, dudaron y luego, dando la espalda tanto al preso como al soldado, imploraron al tribunal que los dispensara de prestar testimonio. El tribunal, con una humanidad infrecuente en aquel siglo, así lo hizo. Con su petición ya habían testificado más de lo que imaginaban.

Cuando entró la hermana pequeña de Martin Guerre, se llevó las manos a la cabeza en un gesto cargado de asombro y congoja y luego, sin la menor vacilación, se lanzó contra el pecho del soldado de la pata de palo y rompió a llorar. Se hizo pasar uno a uno a los demás parientes de Martin Guerre, que pasearon la vista con sorpresa del soldado al acusado y viceversa, y confesaron, entre multitud de disculpas y declaraciones de pesar por su equivocación, que el soldado con una sola pierna era innegablemente Martin Guerre, el que había estado fuera tanto tiempo.

Resultó notable que, mientras Martin Guerre recibía esta sucesión de reconocimientos llorosos con una actitud de reserva constante y adusta, Arnaud du Tilh, el prisionero, aunque se había puesto perceptiblemente más serio, no perdió nada de su tranquilo aire de confianza ni de su dignidad.

Entre tanto, los jueces, viendo el derrotero que había tomado el caso, mandaron a buscar a su posada a Pierre Guerre y a Bertrande de Rols. El día había sido largo y a estos dos solitarios defensores de una causa, les había parecido más largo que un siglo. Cuando llegó el mensajero, abandonaron el

confinamiento de la posada y lo siguieron por las no menos opresivas calles, con el intenso fatalismo de los derrotados. Al mensajero se le había dado orden de no comunicarles nada, pero lo había precedido el rumor de que el caso se había resuelto en su contra. Se hizo pasar a Pierre Guerre solo, y Bertrande, mientras esperaba con un guardia en una antesala, fue clara y agudamente consciente, por primera vez en ese día agotador, de una cosa, y era que no podía volver a Artigue como mujer de Arnaud du Tilh.

Al cabo de un tiempo, se abrió la puerta de la sala de audiencia y se la hizo pasar. Se abrió paso entre el gentío hasta el espacio despejado delante de los jueces. Aun sin levantar la vista, no pudo dejar de sentir la intensa curiosidad de todos esos rostros extraños, inclinados sobre ella como una fuerza física. En el silencio de la sala, el insaciable interés de la muchedumbre se abatió sobre la mujer como una ola sofocante. Alcanzó al fin el espacio abierto y se detuvo. Una vez allí, alzó los ojos y vio, de pie junto a Arnaud du Tilh, al hombre que había amado y llorado dándolo por muerto. Lanzó un grito desgarrado y palideció. Las pupilas de sus ojos de dos colores, los ojos afortunados, se ensancharon hasta que el iris prácticamente desapareció. Luego, tendiendo las manos hacia Martin Guerre, cayó lentamente postrada ante él, que no hizo el menor gesto hacia ella. Al cabo de un ratito, Bertrande juntó las manos y se las llevó al pecho y, sintiéndose un tanto recuperada, dijo en voz baja:

—Querido señor y marido mío, por fin has vuelto. Apiádate de mí y perdóname, porque mi pecado nació solo de mi gran deseo de tu presencia y, ciertamente, desde el mismo momento en que fui consciente de que había sido engañada, me he dedicado con todas las fuerzas de mi alma a deshacerme del destructor de mi honor y de mi paz.

Las lágrimas empezaron a correr lentamente por su rostro.

Martin Guerre no respondió de inmediato, y en la pausa subsiguiente, uno de los jueces, inclinándose hacia delante, se dirigió a Bertrande:

—Madame, nos hemos visto todos muy felizmente liberados de un gran error. Os ruego que aceptéis las sentidas disculpas de este tribunal, que anteriormente no otorgó suficiente crédito a vuestra historia y sufrimiento.

Pero en cambio Martin Guerre, cuando hubo terminado de hablar el juez, le dijo a su mujer con la más completa frialdad:

—Enjugad vuestras lágrimas, madame. No pueden, ni deben inspirarme piedad. El ejemplo de mis hermanas y de mi tío no puede servir de excusa a vos, madame, que me conocíais mejor que nadie. El error en el que os sumisteis solo pudo haber sido causado por vuestra voluntaria ceguera. Vos, y solo vos, madame, sois la responsable de la deshonra que he sufrido.

Bertrande no rechistó. Poniéndose de pie, miró fijamente el rostro de su marido y le pareció ver en él el semblante del viejo monsieur, el patriarca cuya autoridad había sido absoluta sobre su juventud y la del muchacho que era su joven esposo. Retrocedió uno o dos pasos, apartándose de él de forma inconsciente, como para protegerse, y su movimiento la acercó al causante de sus desdichas, el auténtico Arnaud du Tilh.

En el silencio que llenó la sala de la audiencia ante la inesperada severidad de Martin, una voz familiar junto a su codo dijo amablemente:

—Madame, os maravillabais ante el cambio que el tiempo y la experiencia habían producido en Martin Guerre, quien de una severidad como esta se convirtió en el más indulgente de los maridos. ¿Acaso no podéis maravillaros ahora de que el bribón Arnaud du Tilh, por obra de vuestra belleza y gracia, se convirtiera en un hombre honrado durante tres largos años?

—Señor —respondió Bertrande—, me asombra que me dirijáis la palabra, vos cuya devoción me ha privado incluso de la compasión de mi marido. En tiempos pareció que os amaba, es cierto, y ahora no puedo odiaros lo suficiente.

—Había pensado pedir os que intercedierais, rogando piedad para mí —dijo Arnaud du Tilh.

—Vos no tuvisteis piedad de mí, ni de mi cuerpo ni de mi alma —replicó Bertrande.

—En tal caso, madame —dijo Du Tilh, y por fin no había ni rastro de arrogancia ni de frivolidad en su voz—, lo único que puedo hacer es morir a guisa de expiación.

Bertrande se había vuelto a mirarlo mientras hablaba. Ahora se volvió hacia su marido y a continuación, sin decir nada, se dirigió lentamente a la puerta. El tribunal no intentó detenerla y la multitud, un tanto asombrada, se apartó para dejarla pasar sin obstaculizarle el paso. Bertrande ni siquiera se fijó en ellos. Dejando atrás el amor que había rechazado porque estaba

prohibido y el amor que la había rechazado a ella, caminó hasta la salida a través de un gran vacío, y salió a las calles de Toulouse, sabiendo que el regreso de Martin Guerre en modo alguno compensaría la muerte de Arnaud, pero sintiéndose por fin libre, en su amarga y solitaria justicia, de ambas pasiones y ambos hombres.

Arnaud du Tilh, confinado en la prisión de Artigue en los días inmediatamente posteriores a la vista en Toulouse, hizo una confesión en la que declaró que lo había tentado a la impostura la frecuencia con que lo habían tomado por Martin Guerre. Todo lo que sabía de la vida y costumbres de Martin se lo había sonsacado a los amigos de este, a sus criados y a los miembros de su familia. Añadió que su intención original no había sido ocupar el lugar de Martin en su casa, sino quedarse solo el tiempo necesario para hacerse con algo de oro o plata.

El tribunal lo halló culpable de los distintos delitos de impostura, falsedad, usurpación de nombre y suplantación de personalidad, adulterio, violación, sacrilegio, plagio —que es la retención de una persona que en verdad pertenece a otro—, y hurto. Lo condenó a hacer penitencia de rodillas delante de la iglesia de Artigue, en camisa, descalzo y con la cabeza descubierta, con un dogal al cuello y un cirio encendido en la mano, pidiendo perdón a Dios y al rey, a Martin Guerre y a Bertrande de Rols, su mujer; el tribunal lo condenó a ser luego entregado al verdugo público, quien habría de conducirlo por las vías más concurridas hasta la casa de Martin Guerre, delante de la cual, en un cadalso preparado de antemano, sería ahorcado y su cuerpo incinerado. Todos sus efectos serían incautados por la corona. Y este decreto está fechado el doce de septiembre del año 1560, en la ciudad de Toulouse.

De Martin Guerre no queda más constancia, ni de si volvió a las guerras o se quedó en Artigue, como tampoco de Bertrande de Rols, su mujer. Ahora bien, cuando el odio y el amor juntos han consumido el alma, es raro que el cuerpo pueda perdurar mucho.

# El juicio de Sören Qvist

*Este trigésimo volumen del Reino de Redonda está dedicado a  
Reyes Pinzás, Real Procuradora, que sabe mucho de juicios, y  
los sufre a distancia con paciencia y buen humor*

EL EDITOR

*A Maclin Guérard*

# Prólogo

La historia del párroco de Vejlbj es famosa en Dinamarca. Steen Steesen Blicher (1782-1848), también natural de Jutlandia y pastor, la refiere en sus «Cuentos de la sala de tejer<sup>[4]</sup>».

Por lo que a mí se refiere, me topé con la historia por primera vez en un volumen de Phillips titulado *Famous Cases of Circumstantial Evidence*<sup>[5]</sup>. La única fecha que he sido capaz de encontrar para Phillips es 1814, cuando «Jeffrey Gilbert, Primer Juez del Tribunal de Cuentas, fue desbancado como autoridad de referencia sobre la ley probatoria inglesa por los libros de Phillips». Puede que este encontrase la historia en el cuento de Blicher, aunque me inclino a pensar, por ciertas diferencias de detalle, que disponía de otra fuente, posiblemente la misma de la que hizo uso Blicher. En cualquier caso, estoy segura de que la historia de Sören Jensen Qvist constituye, en los hechos fundamentales y en muchos de sus detalles, e incluso en lo tocante a los discursos de algunos de los personajes principales, narración histórica antes que ficción. Resultaría imposible, además de disparatado, intentar ofrecer una versión arqueológicamente correcta de la leyenda. Sin embargo, no creo que en mi interpretación de la historia del párroco de Vejlbj haya nada que no hubiese podido ocurrir tal como lo cuento. Es uno más de los muchos hombres y mujeres que han preferido perder la vida antes que aceptar un universo sin propósito ni sentido.

Se dice que, antes de la ocupación alemana de Dinamarca, aún seguía en pie en el cementerio de la iglesia de Aalsö la cruz que el párroco de la misma levantó en memoria de su amigo. Espero que siga estando ahí.

JANET LEWIS

*11 de abril de 1946*

# 1

**L**a posada se erguía en una hondonada del terreno; el monte bajo, cubierto de hayas sin hojas, se alzaba detrás del edificio, dominándolo justo lo suficiente como para interrumpir el tiro de las chimeneas, de forma que, en ese día gélido, el humo apenas se elevaba un poco para luego volver a descender. El aire estaba impregnado de humedad. Era finales de noviembre, a última hora de la tarde, pero no llegaba ninguna luz del sol desde poniente y, hacia el este, el cielo levantaba un muro de nubes allí donde la fría niebla se espesaba por encima de las playas de Jutlandia. Incluso allí, escasos kilómetros tierra adentro, se notaba olor a mar en el aire, pero el caminante que acababa de avistar la posada llevaba ya tantos días cerca del mar, que no era consciente de la fragancia salada.

La posada le resultaba familiar, y le parecía recordar lo que había a la vuelta del camino que rodeaba la colina boscosa y se perdía en las sombras. Mientras la contemplaba a sus pies desde el borde de la hondonada, en la que se alzaba envuelta en sus propias exhalaciones, algo en la apariencia de la posada se le antojó también desacostumbrado. La enseña del León de Oro todavía seguía colgada encima de la puerta, aunque buena parte de la delicada pintura, de un amarillo brillante, se había desprendido de la madera. Los últimos toques de color tenían ahora el tono de las hojas de haya que pendían de los árboles jóvenes en la linde del bosque desnudo. La última vez que la había visto, la pintura estaba fresca como una rosa. Eso había sido en los buenos tiempos de los amores del rey, cuando la posada recibió su nombre en honor de los hijos bastardos del monarca, leones de oro todos ellos, puesto

que los hijos ilegítimos del rey tenían que ser, por fuerza, más nobles que los descendientes legítimos de la mayoría de la gente. Ahora que el rey era un anciano, y que Dinamarca estaba menguada y empobrecida a consecuencia de su reinado, algunos de los Leones de Oro se habían mostrado en verdad de lo más nobles. Otros andaban a la greña entre ellos. Pero incluso allí, en Jutlandia, donde más se había padecido a causa de las guerras del monarca, el reinado de Christian IV seguía considerándose glorioso. Hasta el mismo caminante que contemplaba El León de Oro a sus pies, cuando pensaba en el rey lo veía en todo su esplendor. De salud cada vez más declinante, tuerto desde la gran batalla naval de Kolberger Heide, y cumplidos ya los sesenta y nueve, en ese año de 1646 Christian era un héroe para su pueblo, incluso más que durante su lujuriosa y extravagante mocedad.

Pero si la apariencia de la posada era otra, se debía a algo más que la pintura desportillada de la enseña. El viajero la recordaba con la puerta abierta, vertiendo generosamente luz sobre el camino que llevaba a ella, con gente entrando y saliendo. Esa tarde, la puerta estaba cerrada y todas las ventanas tenían echados los postigos. No había nadie a la vista. La forma misma de la posada también parecía haber cambiado, pero después de rebuscar despacio en sus recuerdos, el viajero llegó a la conclusión de que no era la posada en sí la que estaba venida a menos, sino su entorno y emplazamiento. Se acordaba bien de una pequeña vivienda de madera justo allende el patio de la posada y de otra al otro lado del camino, frente a la entrada, y ambas habían desaparecido. La posada ya no formaba parte de un grupo de construcciones, sino que se alzaba solitaria.

Lo de las puertas y ventanas cerradas no suponía ninguna novedad para él desde que se había adentrado en los distritos periféricos de Jutlandia. Había atravesado un paisaje inhóspito y medio desierto, pasando por campos apenas cultivados y granjas aún sin techar, en las que la espesa hierba Jutlandesa crecía entre las vigas calcinadas que se habían desplomado en las habitaciones. Sin embargo, en su torpe mente había dado por sentado, de alguna forma, que en cuanto llegara a su propia comarca, a su propia parroquia, las cosas seguirían tal como las recordaba, abiertas las puertas y generosas las gentes.

Bajó la ligera pendiente cojeando, porque había perdido el tacón de una de

las botas, y la suela de la otra se había desprendido, abriendo el paso a la arena y grava fina. Se acercó a la posada y llamó a la puerta. La enseña del León de Oro colgaba sobre su cabeza sin un crujido, tan inmóvil y pesado estaba el aire. Un sabueso de color beis con un rabo tan largo como un látigo apareció por una esquina del edificio y lo miró con suspicacia con sus pálidos ojos amarillos. Al oír que abrían la puerta, dio media vuelta y echó a correr con el largo rabo entre las patas. Una joven alta, de buena figura, pecho firme y hombros rectos, salió de la posada y cerró la puerta a su espalda, manteniendo una mano en el pestillo.

Con ella salió el aroma de la posada. Iba pegado a la tosca sarga de su ropa; se plantó delante del extraño, envuelta en un halo sensual de aire cálido. El olor a cerveza, a humo de leña, a carne y pescado en el espeto, a lana y cuero impregnados de grasa y sudor, el maravilloso aroma compuesto de convivencia y comida asaltó las narices del forastero con una promesa tal de cosas ricas al otro lado de la puerta cerrada, que las paredes del estómago se le encogieron de forma dolorosa. Cruzando los brazos para protegerse del frío, la mujer aguardó a que él hablara. El extraño se quitó el sombrero de fieltro de ala ancha y lo sostuvo bajo el brazo derecho mientras preguntaba con tono humilde si se hallaba ante la nueva patrona del León de Oro. La mujer alzó los ojos fugazmente hacia la enseña que colgaba sobre sus cabezas y luego los posó en la chaqueta y el calzado andrajoso del viajero antes de contestar que sí, que en efecto era la patrona.

—¿Podrías ofrecerme entonces —preguntó él— comida y alojamiento para esta noche?

La mirada de la mujer seguía valorándolo y, aunque su presencia estaba rodeada de calidez y del aroma de la hospitalidad, sus ojos reservados no eran amistosos. Alzó ligeramente la comisura de los labios al responder:

—¿Cómo huésped o como mendigo?

—Bueno, esta noche... —respondió el viajero mirando él también sus destrozadas botas y luego, con cierto embarazo, los fríos y brillantes ojos de la posadera— esta noche estoy sin blanca. Pero puede que no siempre sea así —se apresuró a añadir—. Y estoy a punto de morirme de hambre como nunca antes.

—Pero esta noche tengo huéspedes —respondió la mujer—, una boda, y la

posada está muy llena. No tengo sitio para mendigos.

—He sido soldado —dijo el viajero.

—No les tenemos ningún cariño a los soldados por estas tierras —contestó ella.

—Deberíais dar de comer al hambriento y atesorar así en el cielo —dijo entonces el pordiosero, pero no como si en verdad creyera gran cosa en esas riquezas—. Si hay una fiesta habrá muchas sobras —añadió de forma más convincente.

La posadera siguió aquilatándolo con la mirada, como si pudiera encontrar algo que la hiciera cambiar de opinión. Que el viajero estaba muy cansado era evidente por el aspecto grisáceo de su piel y sus rasgos macilentos. Llevaba mucho tiempo sin afeitarse: la parte inferior del rostro estaba negra de barba y los lacios cabellos negros, ligeramente entreverados de gris, caían revueltos sobre el cuello de su jubón. No llevaba camisa, pero el jubón que vestía había sido en tiempos de extremada finura, de grueso satén carmesí, acolchado formando rombos con hilo de oro, con un faldellín a la moda francesa. Ahora estaba todo mugriento y se estaba rompiendo por los codos. Bien pudiera tratarse de un antiguo soldado. Por encima de esa delicada prenda francesa llevaba un grueso justillo de cuero y a través de este, cruzada en diagonal por encima de un hombro hasta la cintura, una banda de cuero que podría haber servido para llevar una pistola y un cuchillo. La manga izquierda del jubón estaba doblada y remetida en el justillo de cuero. Estaba vacía justo desde encima del codo. Los raídos calzones de sarga no casaban bien con el jubón carmesí. El sombrero que sostenía bajo el brazo derecho estaba mohoso de puro viejo y carecía tanto de pluma como de hebilla. Los ojillos verdes que correspondían a aquel semblante fatigado estaban clavados en los de la posadera con una mirada huera de toda expresión, sino la del hambre. No les quedaba ni servilismo ni miedo. La necesidad era demasiado intensa: la mujer decidió alejarlo de la posada.

—No queremos bien ni a los soldados ni a los mendigos —repitió—. Haríais bien en seguir adelante.

Se dio la vuelta y hubiese abierto el pestillo de no ser por la amarga exclamación que soltó el extraño.

—¡Seguir adelante! Como si no llevase ya semanas, puede que meses,

siguiendo adelante. Y cuando por fin llego a mi propia parroquia, donde puede que algún día vuelva a ser rico, sí, rico y honorable, me dicen que siga mi camino. —Y de pronto, como si los cambios del paisaje hubiesen podido inducirlo a engaño, quiso asegurarse—: Porque esta es la parroquia de Aalsö, ¿no es así?

—Ciertamente —dijo la ventera—, y el pueblo de Aalsö está a unos cuantos kilómetros si seguís camino adelante.

—¿Podrías decirme una cosa —añadió—, una última cosa, antes de darme con la puerta en las narices?

—¿Y cuál es? —preguntó la mujer.

—¿Conocéis a un tal Morten Bruus?

—En efecto, ¿y qué? —respondió con brusquedad.

—Bien, en tal caso, ¿está vivo o muerto?

—Muerto —contestó ella—. Lleva muerto desde antes de San Juan.

Alzando la mano derecha, en la que aún sostenía su deforme sombrero, el mendigo se pasó despacio varias veces el dorso de la misma por la boca, hacia uno y otro lado, acaso para disimular en parte la sonrisa de sus labios o sencillamente para manifestar su satisfacción ante la noticia. Esa satisfacción era de lo más patente y horrible. Destellaba en sus diminutos ojos verdes, que habían adquirido un extraño brillo en aquel semblante adusto. Por último, dijo:

—Lleva muerto casi medio año, ¿me lo prometéis?

—Claro que está muerto, más muerto que una piedra —contestó ella.

—Tened paciencia conmigo —dijo el mendigo—. Es para mí un gran consuelo oíroslo decir.

—Y para muchos otros —respondió ella—. Bien, os doy las buenas noches.

Esta vez empujó el pasador de la puerta con el dedo y el viajero lo oyó soltarse en el silencio de la noche.

—Aguardad un instante —gritó—. Si no me dais cobijo esta noche, ¿dónde podré meterme? No seréis, señora, tan cruel como para dejar a un pobre soldado a la intemperie. Vos misma podéis ver el frío que va a hacer. ¿Es que no queda caridad en Jutlandia?

La posadera del León de Oro se encogió de hombros.

—Podrías pedirle refugio al pastor —dijo.

—¿Al pastor? —preguntó el mendigo, y luego, como si extrajese el nombre del fondo de la ciénaga de su memoria, añadió—: ¿Os referís al pastor Peder Korf?

—No —dijo ella secamente—. Peder Korf murió, Dios lo tenga en su gloria. El pastor de ahora es Juste Pedersen, y bien buena persona que es, además.

—El pastor Juste —repitió el mendigo—. ¿Es un hombre bondadoso y hospitalario?

—Tan bueno como Sören Qvist —respondió la mujer, abriendo un poco la puerta.

—¡Vaya! —exclamó repentinamente el mendigo—. ¿Así que conocisteis al pastor Sören?

—¿Cómo iba a haberlo conocido? —contestó la mujer—. En sus tiempos aún no me habían destetado. Solo es un dicho que tenemos por estas tierras. Tan bueno como Sören Qvist, tan generoso como Sören Qvist: así reza. Solo es una forma de hablar.

—¿Y nunca dice nadie «tan colérico como Sören Qvist?» —preguntó el mendigo con una leve sonrisa malévol.

La posadera lo miró un tanto sorprendida, pero no dijo nada, como si la pregunta no mereciese respuesta. Por un momento, el mendigo pareció a punto de interesarse más por esa forma de hablar, pero luego se caló el viejo sombrero en la cabeza y, escrutando ladinamente a la mujer por debajo del ala, dijo con modos de pedigüeño:

—Soy extranjero en esta tierra; cuando menos, llevo tanto tiempo fuera que soy un extraño a todos los efectos. ¿La casa del pastor sigue estando dónde solía?

—¿Por qué habría de haber cambiado? —dijo ella.

El mendigo no contestó, sino que volvió a dirigirle una mirada extraña desde debajo del ala del sombrero antes de reemprender el camino. A pesar del frío, la posadera se quedó mirándolo, con la mano en el pestillo, hasta que la tambaleante figura alcanzó el recodo del camino y se perdió de vista. Mientras ella aún seguía así, la puerta se abrió a su espalda y salió un hombre que se le puso al lado y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Por qué tardas tanto, muchacha? —preguntó.

Era bien parecido, de unos cuarenta y tantos, de rostro rubicundo y curtido, con pocas arrugas, cuyos espesos cabellos rubios caían de forma uniforme sobre el limpio cuello blanco de la camisa. La posadera se volvió hacia él y sonrió, y se quedó mirándolo como si estuviera limpiándose la visión de una imagen desagradable.

—Solo era un mendigo —dijo por último—, pero un puerco y una mala bestia, un hijo del Maligno. Me ha estado haciendo preguntas sobre Morten Bruus. Y ahora que lo pienso, tengo la impresión de que se le parecía extrañamente. ¿Morten tenía algún hermano?

El hombre negó con la cabeza.

—Solo el que sabes. Y dos cachorros de la misma camada ya resultaron demasiados —dijo.

—Pareció alegrarse al saber de su muerte.

—¡Hasta los mendigos de los caminos! —exclamó el hombre.

En la estancia a su espalda, alguien empezó a cantar con buena y sonora voz una vibrante tonada a la que se fueron uniendo los demás festejantes. La posadera y su compañero siguieron fuera, bañados en la claridad que se vertía a su alrededor desde la puerta abierta, y se iba difuminando en el aire pesado. Al cabo de un rato, sin levantar la voz pero con toda nitidez, pues habló pegado al oído de la mujer, el hombre dijo:

—Que el Señor le otorgue a Morten Bruus, aunque muerto, un cuerpo perdurable y sensible, capaz de padecer por siempre jamás todos los tormentos de la carne. Que sea desollado poquito a poco, y que cada jirón de su piel sea del tamaño de una uña. Que los gusanos devoren sus entrañas y el vientre se le llene de vidrios rotos, que se le abra el cielo de la boca, que le arranquen los párpados y que sus ojos siempre abiertos contemplen el fuego que lo rodea por los siglos de los siglos. No permita nunca Dios que pueda arrepentirse de su vida, para que así jamás pueda serle perdonada ni una sola de las obras que hizo en ella. Amén.

Esta plácida expresión de odio tranquilo, impersonal y bien meditado surgió, frase a frase, sin prisas, con el acompañamiento de los alegres cánticos de dentro. —Amén— repitió la posadera.

Y la música siguió.

## 2

**E**l mendigo manco siguió caminando hacia el pueblo de Aalsö. Después de ver que se le negaban abrigo y alimento cuando estaban al alcance de su mano, el atardecer se le antojaba cada vez más solitario y el frío más penetrante. El crepúsculo se desvanecía tan despacio que la disminución de la luz antes parecía espesamiento del aire, mientras esos vapores nocturnos considerados tan dañinos y contagiosos se congregaban en los baches del camino, en los arbustos bajos y en las sombras de los hayedos. Los tonos beis y ocre de los hierbajos secos, del camino arenoso se diluyeron gradualmente en el amable paisaje, y el pálido color dorado de las rastrojeras aún no tenía contraparte de oro pálido en el cielo. Con el sucio jubón carmesí como un ascua agonizante, el mendigo avanzó laboriosamente entre los campos y setos hasta llegar por fin al pueblo de Aalsö. Como los demás pueblos de Jutlandia, estaba venido a menos, cerrado a cal y canto y completamente a oscuras, pese a lo temprano de la hora. Sin embargo, se dio cuenta de que estaba habitado. Salía humo de sus chimeneas. Apartándose del camino, siguió un sendero que cruzaba un campo arado y sembrado. Resultándole cada vez más familiares los pequeños detalles del paisaje, cruzó el puente de planchas que franqueaba un arroyo y se halló ante una pequeña casa encalada de entramado de madera.

Se trataba a buen seguro de la rectoría de Aalsö. Era más pequeña de como la recordaba. No había ido tantas veces como lo habían mandado ir allí de niño, pero la recordaba. Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. Mientras esperaba algún ruido en el interior, levantó la mano derecha y tocó la paja ennegrecida del tejado, que descendía, como si se tratase de un chal,

alrededor de la puerta.

Tendría que haber habido un saliente en la pared a su derecha, y asomar por allí el tejado más alto de la extensión que recordaba como la «Nueva Estancia». Esta había desaparecido, y debía de hacer ya algún tiempo. La parte más antigua de la casa había sido techada de nuevo y el trozo de pared de la Nueva Estancia que quedaba en pie había sido rebajado hasta la altura del hombro y convertido en el muro de un patio.

El mendigo miró por encima del muro y vio que había crecido la hierba entre los ladrillos del viejo pavimento. Al otro lado del patio había un pequeño establo con la puerta entreabierta. Mientras miraba, salió del mismo una anciana con una encrespada gallina parda bajo cada brazo. La mujer no lo vio de inmediato, porque iba pisando con cuidado los ladrillos desiguales. Cuando por fin levantó la vista y se fijó en él, se asustó. Se paró de golpe y retrocedió hasta la pared del establo, estrechando con más fuerza sus dos gallinas. Para la anciana, la silueta del sombrero ancho y ladeado, el largo cabello negro, el reflejo carmesí del jubón francés, indicaban la presencia de un soldado y, al igual que la posadera, no sentía el menor afecto por la soldadesca. Sin embargo, superado el primer sobresalto, se adelantó sin vacilar, franqueó la verja de madera oscilante de la pared lateral y se acercó hasta el punto donde aguardaba el extraño.

A este nunca se le había dado demasiado bien pedir, pero aunque se había presentado a la posadera como antiguo soldado, tuvo ahora el juicio suficiente como para presentarse como mendigo. Se quitó el deforme sombrero y suplicó comida y alojamiento. En su servilismo había cierta honradez: estaba muerto de hambre y temblaba de agotamiento.

La anciana tenía un semblante bondadoso, la cara llena de arrugas y la tez fresca y suave. Sus ojos azules eran redondos y dulces, en la cabeza llevaba un gorro de camelote azul oscuro. La franja blanca que le enmarcaba el rostro resultó no ser lino, sino el suave contorno de sus blancos cabellos. Preguntó:

—¿Venís de muy lejos?

—En este último mes, desde Hamburgo. Antes de eso, de Bohemia. Pero me crie en esta parroquia de Aalsö. Aprendí el catecismo aquí mismo —se explayó—, con el pastor Peder Korf.

—¿Es eso cierto? —dijo la mujer, dando un paso al frente—. Pero ¿no

esperaríais encontrar al pastor Peder?

—Me han dicho que ha muerto.

La anciana asintió.

—También me han dicho que el pastor Juste es tan bondadoso como Sören Qvist.

La mujer no sonrió al oír eso, sino que volvió a asentir con expresión seria.

—Sí —dijo— es bueno. Si aguardáis un instante, iré a decirle que estáis aquí.

Pasó rozándolo, abrió la puerta empujando con el codo, teniendo buen cuidado de no sacudir a las gallinas, y la cerró empujándola desde dentro. Al poco tiempo, volvió y le permitió entrar en la cocina de la rectoría de Aalsö.

La estancia estaba tan oscura que al principio él no distinguió nada, salvo la lumbre en el hogar, pero hacía calor; hacía calor y se estaba a gusto. Notó con agrado la cercanía de las paredes, la proximidad de las pesadas vigas en el techo bajo. Había pasado demasiado tiempo a la intemperie, bajo un cielo dominado por el viento o por la niebla acumulada. Era estupendo sentir un techo tan cerca de su cabeza. Cruzó el suelo de ladrillo hasta un taburete que había junto al hogar y se sentó, tendiendo las manos a la lumbre. La anciana se afanaba en el rincón más oscuro de la cocina. El pordiosero oyó el golpeteo de sus zuecos de madera sobre los ladrillos, el vaivén y el roce de sus pesadas faldas, y, a su espalda, el susurro de las plumas y unos cuantos cloqueos soñolientos. Al poco tiempo, la anciana se le acercó con un plato de madera en el que había una hogaza de pan entera. Arrastró un pequeño banco hasta cerca de la chimenea, puso el plato encima y se apartó, envolviéndose las manos en el delantal azul oscuro. Los ojos del mendigo pasaron de la hogaza de pan a la anciana que lo estaba mirando allí a pie firme, con el resplandor del fuego en la cara, en la blusa blanca, el corpiño amarillo y el delantal azul. La luz era dorada en el lado iluminado de la hogaza. El mendigo la miró y, puesto que la anciana no se movía, alargó la mano hacia el pan.

—¡Alto! —gritó la mujer, soltándose el delantal y alargando la mano hacia el pan—. ¡No te atreverás a coger mi buena hogaza con tu sucia mano, así como así! ¿Y tu cuchillo? ¿Acaso no puedes cortarte un trozo, como un buen cristiano?

—No tengo cuchillo —dijo el mendigo, desconcertado—. Si hubiese tenido uno, lo habría trocado por una jarra de cerveza en la posada. Así que ayudadme, porque no tengo cuchillo y, aunque lo tuviera, no podría usarlo con mucha maña.

La anciana lo miró detenidamente.

—Vuélvete hacia la lumbre —le ordenó.

Obediente, él lo hizo sentado en el taburete.

—Muy bien —siguió la mujer—, no llevas cuchillo a la espalda, por lo menos. —Vaciló un poco, como disculpándose en parte—. Al principio no me he dado cuenta de que tenías la manga vacía. Vi una vez a un soldado español —prosiguió—, de los que vinieron con la gente de Wallenstein, con un cinto cruzado al hombro, como el tuyo, y en él llevaba una daga larga a la espalda. Yo cortaré el pan. ¿Alguna vez fuiste soldado?

—Lo fui hasta que perdí el brazo —respondió—, pero ¿para qué sirve un hombre con un solo brazo? Desde entonces soy mendigo.

En cuanto hubo cortado el pan, la anciana le dio también un trozo de queso. Se fijó en lo mucho que a él le temblaba de ansia la mano al cogerlo, y en que, mientras comía, parecía olvidarse hasta de dónde estaba, abstraído de todo menos del sabor de la comida en la boca. Al contemplarlo, como a tantos otros antes, allí en la cocina del pastor, sintió cómo su temor cedía paso a la compasión. Llenó de cerveza una jarra de peltre y la dejó cerca de las ascuas para que se templara. A lo largo de más de cuarenta años, ese había sido uno de sus cometidos: alimentar y dar cobijo a hombres y animales hambrientos. La munificencia era ahora menos considerable que en los viejos tiempos, porque había menos que dar. Aun así, todo cuanto podía ofrecer el pastor era para los pobres sin hogar, y ella era la encargada de administrarlo.

—Puedes dormir en el establo —dijo—. Está bastante limpio y las bestias lo mantienen caliente.

El mendigo devoró el pan y el queso hasta la última migaja, se bebió la cerveza tibia y se quedó sentado unos minutos con la jarra en la mano, mirando el fuego, antes de volver a hablar.

Como si lo hiciera consigo mismo, dijo entonces:

—No poseo nada, ya ves, ni siquiera un cuchillo. Nada en absoluto, fuera de los harapos que visto. Pero puede que no siempre sea así.

La cerveza tibia en el estómago vacío le hacía apiadarse de sí mismo. Resultaba agradable entregarse a la auto-compasión junto a un buen fuego. Poco a poco volvió a funcionarle la mente y recordó por qué había vuelto a Aalsö. Desde luego, no era para estudiar el Catecismo de Lutero en la Nueva Estancia, que ya no existía. Pero necesitaba ver al pastor Pedersen. Con cautela, aunque como si fuese algo que no le importara gran cosa, le preguntó a la andana:

—¿Conocéis a un tal Morten Bruus?

—Sí —contestò ella sin gran entusiasmo—. En tiempos, fue miembro de esta parroquia.

—¿Está muerto entonces? Eso he oído.

—Sí, murió, y sin que lo sintiese nadie.

—Desde luego no seré yo quien lo haga —dijo el mendigo—. Bueno, no todo el mundo tiene quien lo llore.

—Tampoco hace falta que lo odien —dijo la mujer.

—Así que era odiado, ¿eh? —preguntó el mendigo.

—Si conoces su nombre, de sobra sabes que era odiado —replicó ella.

Se levantó para guardar lo que quedaba de la hogaza en un arcón de madera al otro lado de la lumbre, y el mendigo la miró con pesar, pero no se atrevió a protestar. Más allá del arcón había una puerta, la que conducía al dormitorio del pastor, según creía recordar, y en la pared adyacente, formando ángulo recto, estaba el nicho donde se apilaban las almohadas y ropa de cama del ama de llaves. En todos los años que llevaba fuera, ni una sola vez se había parado a intentar recordar ese aposento, pero ahora que se encontraba de nuevo en él, se daba cuenta de que todo estaba exactamente igual que antes, salvo que la puerta que daba a la Nueva Estancia ahora estaba tapiada. En cuanto a la anciana, en cierto modo le parecía recordarla, y sin embargo, cuanto más lo pensaba, más se iba acordando de que el ama de llaves del pastor era una mujer más menuda, de penetrantes ojos negros, y con la mano larga. No era tan paciente como Peder Korf.

—Así que el antiguo pastor ha muerto —dijo por fin—. ¿Hace mucho?

La anciana se sentó en el banco en el que había servido el pan.

—Mucho tiempo, sí —contestó—, yo todavía era joven. Bueno, por lo menos no tenía más que unos cuarenta años, y hoy eso es ser joven. —Suspiró

y el mendigo inquirió:

—Entonces, el pastor no murió de viejo. Sería a causa de la peste, probablemente.

—La peste de los bandidos católicos —respondió la mujer—. Una banda de esbirros de Wallenstein. Que no los perdone nunca el Señor.

El mendigo se quedó pensativo.

—Pues sí que hace años, porque entonces no llevaba yo mucho fuera de Jutlandia.

—Los hombres de Torstenson también eran ladrones y vándalos —siguió la anciana—, pero por lo menos no eran católicos, sino solo suecos. Ay, Jutlandia ha padecido mucho, ha sufrido por toda Dinamarca. Me pregunto por qué habrá permitido el Señor que suframos tanto. Pero los secuaces de Wallenstein fueron los peores.

El mendigo nada dijo, y la anciana, expresando una antigua y honda tristeza, prosiguió:

—Todos los que aún tenían fuerzas para moverse huyeron a las islas, o casi todos. El pastor no quiso irse, y yo me quedé con él. Pero cuando vinieron, y vimos las llamas en el pueblo de Aalsö y en las granjas vecinas, hui al bosque. El pastor se quedó en la rectoría. El pastor Peder Korf era un hombre valiente, vaya que sí. Dijo que sus parroquianos podrían acudir a él en busca de ayuda y pretendía quedarse y protegerlos.

Hizo una pausa, y el mendigo siguió guardando silencio, con la cabeza inclinada hacia delante, contemplando a la anciana con sus ojillos verdosos por debajo de su negro entrecejo. Ella soltó un hondo suspiro y dijo:

—Cuando volví a la casa, el pastor estaba colgado de la haya que hay junto a la puerta, colgado por la barba, recordaréis su tupida barba castaña, con heridas por todas partes; estaba muerto. La casa estaba ardiendo. Se habían llevado todo el ganado. Hasta la última de las gallinas. Habían pegado fuego al campo de cebada, que estaba lista para la cosecha. Volví y me quedé plantada delante de esta casa, y lo miré, y vi que la hierba estaba toda ensangrentada debajo de donde colgaba su cuerpo. Le hicieron eso porque creían estar burlándose de él, burlándose de un clérigo por llevar barba. ¿Recordáis lo fuerte y tupida que la tenía, y cómo solía tirarse de ella con los dedos cuando pensaba? El fuego ardió casi toda la noche. Luego, poco antes

del alba, se puso a llover. Así que, hace dos años, cuando vino Torstenson, nos ocultamos todos. El pastor Juste recorrió el pueblo y reunió a todos sus feligreses y nos escondimos en el hayedo, y por eso seguimos vivos. Los suecos quemaron mucho y nos lo robaron todo. Pero incluso así, no fue tan mala la cosa como cuando vinieron los católicos. —Se calló un momento y luego dijo—: Parece mentira que Dios haya podido hacer gente así.

—Yo estuve con los hombres de Wallenstein —musitó el mendigo como si hablara para sí mismo—. Estuve con ellos en Bohemia. Ahora bien —añadió con afectación—, cuando emprendieron camino a Jutlandia, los abandoné. Por nada del mundo habría vuelto yo de soldado a Jutlandia.

—Dios quizá tenga en cuenta cuando te llegue la hora que solo quemaste casas en otro país —dijo el ama de llaves—. Bueno, es tarde. Ven, te mostraré dónde puedes dormir.

El mendigo recogió el sombrero del suelo junto a él y se puso en pie de mala gana. Se quedó mirando las ascuas de un dorado rojizo en el hogar; translúcidas, algunas conservaban la forma exacta de la rama o el tronco, transmutada pero intacta, y velada toda ella por un destello azul.

—Es una lástima tener que dejar un fuego tan bueno —comentó.

La mujer lo esperaba con la mano en la puerta.

—Nunca pensé que le daría de comer o de beber a uno de los hombres de Wallenstein —fue cuanto contestó.

—Bueno, de todas formas, gracias por la comida —dijo el soldado.

Sombrero en mano, se dirigió cojeando hacia la puerta, pero aún se volvió una vez más para contemplar el hogar resplandeciente.

—¿Podré ver al pastor por la mañana? —preguntó.

La anciana contestó inclinando la cabeza.

—En cuanto a Morten Bruus —volvió a hablar el mendigo, demorando de nuevo su marcha—, si todas las granjas de Jutlandia han sido saqueadas dos veces, supongo que ya no sería muy rico. ¿No incendiaron sus fincas, como las de los demás?

—Qué va —respondió la anciana—. Contaba con la protección del diablo, en mi opinión. Nunca le pegaron fuego a sus fincas, ni pisotearon sus sembrados, y murió siendo el hombre más rico de la parroquia de Vejlbjy, y también de esta.

—¡No me digáis! Vaya, vaya. —El mendigo consideró esta información y luego preguntó con apariencia de gran cautela—. ¿Y no ha dejado una viuda rica, ese sujeto, Bruus?

—Nunca tuvo esposa, no dejó viuda, ni parientes ni amigos —dijo la anciana.

—¿Ni un solo amigo? ¿No le legó sus bienes a algún amigo?

—Ni vivo ni muerto le dio nunca nada a nadie, que yo sepa —respondió el ama de llaves—. Muy curioso te muestras acerca de Morten Bruus. ¿Lo conociste acaso?

El mendigo estiró su único brazo en un gesto de júbilo.

—Eso es lo que pienso contarle al pastor por la mañana —dijo—. Voy a ser rico. He sido el más pobre y ahora seré el más rico de todos. Soy Niels, el hermano de Morten.

Soltó una breve risotada que resonó en las cacerolas de cobre colgadas en la pared opuesta, devolviendo un eco áspero en el que no había ni alegría ni amistad. La anciana levantó la cabeza y dio un paso atrás con brusquedad, exactamente igual que si le hubiesen cruzado la cara.

—Así que esas tenemos —dijo con desprecio—. Entonces, es posible que tampoco formaras nunca parte de las tropas de Wallenstein. Puede que eso te lo consiga perdonar. Un cerdo te arrancó el brazo, sin duda, y quizá hayas venido desde Aalborg, pero no has salido de Jutlandia en tu vida. Es muy bonita esa historia de que eres el hermano de Morten Bruus, pero has acudido a la casa equivocada a contarla.

La anciana abrió la puerta de par en par y se quedó esperando a que saliera. El aire gélido, que surgía de la negrura exterior, los envolvió.

—Debería echarte de aquí por mentir —dijo aún ella—, pero el pastor dice que puedes dormir con el ganado. Bien, buenas noches —añadió en tono impaciente.

Pero el mendigo no se movió.

—No estoy mintiendo —replicó—. Realmente soy el hermano de Morten Bruus. Puedo demostrarlo, porque es la pura verdad.

—¿Eres Niels Bruus? —inquirió la anciana.

—Niels, sí, el hermano de Morten.

—¡Oh, qué cochino embustero! —le espetó la mujer aún con mayor

desprecio—. ¡Qué mentiroso tan torpe y lamentable! Préstame atención. Con mis propios ojos vi desenterrar el cadáver de Niels Bruus hace muchos, muchísimos años, y llevaba muerto tanto tiempo que apestaba. Sin embargo, te presentas aquí y me dices que tú eres Niels Bruus.

El efecto que estas palabras produjeron en el mendigo fue extraño. Se quedó mirando a la vieja, boquiabierto y con los ojos como platos del asombro. Luego sonrió, con una sonrisa estúpida y malvada, y estalló en carcajadas. Se golpeó el muslo con el sombrero, como para acentuar la alegría que le producía lo que acababa de oír, y su risa, invadiendo el pequeño cuarto, se le antojó a ella el sonido más estúpido y maligno que había oído en su vida.

—¡Basta! —gritó la mujer—. ¡Calla ya! —Y como presa de una especie de pánico, se puso a dar pisotones en el suelo de ladrillo con los zuecos de madera, oponiendo ese ruido al otro—. ¿Te has vuelto loco acaso?

El pordiosero dejó de reírse para preguntar:

—¿Y tenía yo el rostro todo desfigurado a golpes, ama? —Viendo que se encogía y se apartaba de él, siguió—: ¿Y advertisteis un fino pendiente de plomo en esta oreja? —Y señaló con el sombrero su oreja izquierda.

El horror invadió el rostro de la anciana, que alzó la mano derecha y se persignó despacio.

—Decidme —prosiguió el mendigo—, ¿también me vio el pastor Sören? Me olió también, ¿eh? Decidme, ¿quién me desenterró y dónde estaba sepultado?

La anciana, tras apartarse unos pasos de él, se detuvo. Recuperando algo la compostura, con el semblante reflejando su aversión, puso los brazos en jarras decidida y respondió con voz firme, como si estuviera exorcizando un demonio:

—Ví al propio Morten Braus hincar la pala en la tierra en el huerto del pastor Sören y sacar a la luz el cuerpo de su hermano, Niels; lo vi yo y lo vieron otros muchos. Haría falta bastante más que un mendigo de Aalborg para hacerme pensar algo distinto de que Niels Bruus está muerto y enterrado en el cementerio de la iglesia de Vejlbj. ¿Piensas hacerte rico con el dinero de Morten? ¡Ay, qué necio!

—Pero sé que la cara estaba desfigurada, y que el cuerpo vestía mis ropas, y que llevaba mi aro de plomo en la oreja izquierda, sí, justo como yo solía

llevarlo. ¿Cómo explicáis que sepa todo eso?

La anciana se encogió de hombros.

—Todo eso puede saberlo cualquiera —respondió.

—Bien, pero yo sé más cosas —dijo el mendigo, y su voz se tornó queda y taimada—. Sé que fue Morten quien enterró el cuerpo. Por eso pudo encontrarlo —explicó en tono cada vez más astuto y confidencial—. Fue una bramita que le gastó al pastor Sören. Morten no quería bien al pastor, no sé si os acordáis.

Tenía la mirada clavada en la de la vieja ama de llaves y le pareció advertir cómo se insinuaba lentamente el convencimiento aterrado en aquellos honestos y redondos ojos azules.

—Sí —exclamó triunfante el mendigo—, una bramita que Morten le gastó al pastor, y puedo contároslo todo al respecto.

La mujer le dio la espalda abruptamente y cruzó la cocina hasta la puerta del pastor. Llamó, aún dándole la espalda al mendigo, y luego entró en la habitación del hombre, cerrando la puerta tras ella.

El mendigo no conseguía estarse quieto de la emoción. Cojeó hasta la chimenea y se quedó contemplando brevemente las ascuas doradas bajo su velo azulado. Luego cruzó el cuarto cojeando hasta la pared en la que en tiempos se abría la puerta a la Nueva Estancia. Al haber desaparecido esa puerta, y con la del estudio del pastor cerrada, la cocina parecía muy pequeña, en verdad. Recorrió con la vista todas las alacenas cerradas, intentando recordar en cuál había guardado el queso la anciana. Dándose cuenta de pronto de que le dolían los pies, volvió al taburete junto al fuego y se quitó las botas. Sintió los ladrillos del suelo fríos bajo sus pies, pero el ambiente de la habitación estaba más caliente que el cuero húmedo y roto. Empezó a darse friegas en los pies con la mano y así seguía, sentado y acurrucado junto a la lumbre, cuando se abrió la puerta del estudio y la vieja ama de llaves volvió a entrar en la cocina.

La seguía un anciano con una amplia túnica negra con cuello de piel, aunque muy estropeado. Un flequillo blanco asomaba por el borde de su solideo negro. Tenía el rostro enjuto y era de figura endeble y algo encorvada. Se adelantó en silencio, siguiendo las pisadas sonoras del ama de llaves, porque solo llevaba puestas las medias, y lo sigiloso de su avance, unido a su

apariencia bondadosa y avanzada en años, le produjo cierta impresión al mendigo. La hilaridad que antes lo había dominado desapareció, aunque persistió su excitación. Se incorporó y saludó al anciano con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Pastor Juste Pedersen —dijo la anciana—, he aquí el hombre que afirma ser el hermano de Morten Bruus.

—Sentaos, amigo —dijo el pastor—. Siéntate tú también, Vibeke.

Hizo un gesto indicando el banco junto a la chimenea, y la mujer se sentó en el sitio que ocupaba antes. El pastor acercó un taburete y se acomodó, teniendo de frente a la vez al ama de llaves y al pordiosero. La luz del hogar brillaba de lleno sobre él, dorándole la ajada túnica, las protuberancias de la alta frente huesuda y las delgadas manos de gruesos nudillos, que reposaban tranquilamente sobre su regazo.

—Ahora, lleguemos al fondo de este asunto —dijo el pastor Juste con tono sensato.

Examinó al mendigo sin prisa, con la mirada del hombre que ha acumulado mucha experiencia interpretando semblantes, y no se le escapó su intensa excitación, mantenida a raya por la presencia de su autoridad.

—Vibeke Andersdottir —dijo— me cuenta que afirmáis ser un antiguo feligrés de mi parroquia y que habéis vuelto a reclamar la fortuna de Morten Bruus. Decidme, ¿qué ocurrió en su día para que abandonarais el país?

—Morten me echó —dijo el mendigo.

—¡Ah! ¿Y cuándo os marchasteis?

El hombre lo pensó.

—Fue después de la cosecha y antes de las nieves. En cuanto al año, fue antes de Lutter-am-Barenberge. El otoño anterior al verano en que el rey fue derrotado en Lutter. Sí, eso es.

—¿Estuvisteis acaso en Lutter? —preguntó el pastor.

—Estuve en Lutter, sí.

—¿Fue ahí dónde perdisteis el brazo?

—No, eso fue mucho más tarde. Pero estuve en Lutter, con Wallenstein.

—¿Queréis decir que luchasteis contra vuestro rey? —exclamó el pastor.

—Bueno, Morten me dijo que me largase de Jutlandia. Así que me fui a Alemania. ¿Y qué iba a hacer? Era invierno, nadie necesitaba agricultores.

Pero guerras hay siempre. Y además Wallenstein pagaba mucho mejor que el rey.

—Eso no tiene nada que ver —dijo el pastor—. Aun así, me interesaría saber dónde perdisteis el brazo.

—Eso fue en Lützen —explicó el mendigo—. Fue en el año treinta y dos, según recuerdo. Lo pasamos mal en Lützen. Y desde entonces, vivo de la caridad.

—La derrota del rey fue una desgracia para Jutlandia —dijo el pastor—. Eso ocurrió en agosto de 1626. Así que, según mis cálculos, os fuisteis de Jutlandia en el otoño de 1625. Lleváis fuera, por lo tanto, veintiún años enteros, y durante más de la mitad de ese tiempo habéis sido mendigo. Sabiendo que Morten era rico, y podría haberos ofrecido un hogar, ¿por qué no regresasteis a Jutlandia después de lo de Lützen?

—Tenía miedo de Morten —dijo el mendigo sin vacilar.

El pastor consideró la respuesta.

—¿Habíais agraviado a vuestro hermano, entonces?

—Oh, no, pastor, nunca le causé el menor perjuicio. Solo hice siempre lo que me ordenaba, y le tenía miedo. Y me había dicho que no volviera por Jutlandia.

—Entonces —preguntó el pastor—, ¿cómo llegasteis a saber de su muerte? ¿Es que acaso el nombre de Morten Bruus era conocido en sitios tan remotos como Lützen?

—Bueno —explicó el mendigo—, como bien decís, veintiún años es mucho tiempo, y sigo hablando como un Jutlandés. La gente siempre se muestra más caritativa con alguien que no habla como un extranjero. Así que acabé volviendo a Slesvig, justo pasada la frontera, para poder oír un poco de mi lengua materna. Estaba en Slesvig, en una granja en la parroquia Negra, y había allí un hombre que en cierta ocasión había trocado un caballo con Morten. Había oído decir que Morten había muerto y se lo estaba contando a su esposa. Así fue como me enteré. De modo que me dirigí al norte. En Aebeltoft volví a oírlo y me pareció seguro regresar a casa.

—Es cierto que habláis como un Jutlandés —dijo el pastor—. Aun así, eso solo difícilmente basta para demostrar que sois el hermano de Morten. ¿Os dijo alguien que os parecíais a él?

El mendigo sonrió, mostrando sus dientes ennegrecidos.

—Nunca fui tan apuesto como Morten —dijo.

—¿Fuisteis bautizado en esta parroquia?

—Ciertamente.

—¿Y cuántos años teníais cuando os fuisteis de Jutlandia?

—Me parece que tenía dieciocho años.

—¿Y qué edad tenía Morten por entonces?

El mendigo contó con los dedos.

—Morten tenía veintiséis años. Vivíamos en Ingvorstrup por entonces, en la parroquia de Vejlbj.

—Puesto que Peder Korf ha muerto, ¿podríais nombrar a alguien de esta parroquia, o de Vejlbj, que os conociese cuando erais chico?

El mendigo tuvo que pensárselo un poco y el primer nombre que le vino a los labios hizo que el pastor mirara a Vibeke.

—Es una lástima que Erland Neilsen de Ingvorstrup falleciese antes de mi tiempo —explicó el pastor—. Pensad en alguna otra persona.

Entonces el pordiosero, sin vacilar gran cosa, probó con otra media docena de nombres, pero a cada uno de ellos, el pastor meneaba la cabeza:

—Todas esas personas, o bien han muerto, o hace años que se fueron de aquí. Comprended que no es suficiente con conocer esos nombres, y las edades de Niels y de Morten. Podríais haberos enterado de todos estos detalles en la última posada, tomando una jarra de cerveza. Para demostrar que sois el hermano de Morten, tenéis que pensar en alguien que pueda presentarse ante nosotros y jurar que os reconoce.

—Bueno, en tal caso —dijo el mendigo muy despacio— está Sören Qvist, que fue pastor en Vejlbj.

Al oír esto, el pastor y Vibeke volvieron a intercambiar una mirada, y el pastor se puso en pie.

—Eso zanja la cosa —dijo.

—¿Qué es lo que zanja? —preguntó el mendigo.

—Que no sois Niels Bruus. Mirad, amigo, lo siento por vos. Tullido y sin hogar, habrá supuesto una gran tentación intentar haceros con una fortuna que no os pertenece. Pero aun así, deberíais tener el suficiente sentido común como para saber que no debe uno hacerse pasar por alguien que lleva mucho

tiempo muerto. Hay quienes querrían castigaros por suplantar a otra persona. Aceptad mí consejo y no volváis a mencionar el asunto.

El mendigo también se puso en pie.

—Está muy bien eso de decir que no se vuelva a hablar del asunto, pero digo la verdad. Sé quién soy y tengo tanto o más derecho al dinero de Morten que cualquier otra persona con vida. Tal vez lo que pretendáis decirme ahora es que también el pastor Sören ha muerto. Bien, se me ha olvidado que, de seguir vivo, hoy sería un anciano, un hombre muy anciano incluso, pero la última vez que lo vi estaba sano y robusto, y él se acordaría de mí. También Anna Sörensdottir se acordaría de mí, y no puede ser muy mayor.

Habló con tanta vehemencia que el pastor se vio obligado a levantar una mano para sosegarlo. En esas, la vieja Vibeke se adelantó y dijo:

—Pastor, he estado pensando. Como habréis observado, se da un aire muy fuerte a Morten Bruus. Hubo algo que nunca entendimos bien en todo aquel asunto. Que el Señor nos asista, pero estoy segura de que hubo brujería de por medio. Dios nos ampare, pero creo que de verdad es Niels, como dice. Haced que se quede y que nos cuente qué fue lo que enterró Morten, si un gato muerto o un muñeco de cera, como los bebés de cera de Kalmar. Tryg Thorwaldsen podría reconocerlo, y Tryg sigue vivo.

El pastor se volvió hacia el mendigo.

—¿Conocéis a un hombre llamado Tryg Thorwaldsen? —preguntó.

—¿El magistrado de Rosmos? —inquirió a su vez el pordiosero—. Sí, lo conozco. Sí, él me reconocerá. No era amigo mío, pero es un hombre honesto.

—¿Estáis dispuesto a que os interrogue? —dijo el pastor.

—Sí, sí —respondió el mendigo—. Claro que estoy dispuesto. Es un hombre honesto y se asegurará de que me den lo que me corresponde. Al fin y al cabo, tengo derecho a mi dinero.

—En tal caso, mañana por la mañana cogeré el caballo e iré a buscarlo —dijo el pastor.

—¡Oh, id a por él esta misma noche! —exclamó la anciana.

—¿Qué necesidad hay? —preguntó el pastor Juste—. Este hombre puede dormir aquí, con independencia de quien sea, y por la mañana iré a buscar a Thorwaldsen. O si no, podemos ir todos juntos a Rosmos.

—¡Ahora mismo, esta noche! —gritó la vieja Vibeke, agarrándole el brazo

con las dos manos.

Se las clavó en el brazo como para sostenerse y el pastor notó que le temblaban. Se volvió a mirarla a la cara y vio que sus ojos azules estaban casi negros de lo dilatadas que tenía las pupilas por el gran miedo que sentía. Le sonrió para tranquilizarla, poniendo una mano encima de las de la mujer.

—No va a desvanecerse como un aparecido —dijo.

—Ah, pero sí podría hacerlo —susurró la anciana—. No podéis comprenderlo, no estabais aquí cuando ocurrió todo.

—Pero tiene mucho que ganar si permanece aquí —razonó el pastor.

—¿Pensáis que me daré a la fuga, ama? —dijo el mendigo—. No, no, de ninguna manera. ¿A quién se le ocurriría huir de una fortuna como la de mi hermano Morten?

—Dios podría fulminaros antes del amanecer —replicó la anciana—, o venir a buscaros el mismo diablo. Y entonces nunca sabríamos la verdad. —Y dirigiéndose al pastor con tono implorante, poniendo todo el corazón en su ruego, dijo—: Todos los que lo queríamos tenemos derecho a saber cómo ocurrió. Tryg tiene derecho a saber.

El mendigo la interrumpió con aspereza:

—Ya os he contado cómo ocurrió. ¡Por las llagas de Cristo, el problema es que no me creéis!

—Eso es cierto —dijo la anciana—. Con un latido, creo que eres Niels. Con el siguiente, solo eres un mendigo de los caminos que ha oído fragmentos de una vieja historia. ¿Cómo voy a poder dormir tranquila hasta que alguien me diga: «Sí, es Niels», o «No, no es Niels; Niels descansa en el cementerio de la iglesia de Vejlbj»?

—Se trata, en verdad, de una vieja historia —dijo el pastor Juste.

—Para vos puede que lo sea —respondió Vibeke—. Para mí, aún es como si hubiese ocurrido ayer, y se me parte el corazón, como entonces, y tengo miedo, como lo tenía entonces. Os lo ruego, id a buscar a Tryg esta misma noche. O vive Dios que iré yo misma.

El pastor dejó escapar una especie de gemido.

—Nunca podrá decirse de mí que te mandé a un recado a esta hora de la noche. Iré yo —dijo.

### 3

**E**l juez Tryg Thorwaldsen tenía invitados, pero abandonó su lugar a la cabecera de la mesa para recibir al pastor de Aalsö. Desde la puerta en lo alto de la escalera —pues el comedor estaba en la primera planta—, el pastor examinó a la concurrencia sentada alrededor de la larga mesa de roble. La estancia era estrecha, con paredes forradas de roble. A un lado, una fila de angostas ventanas daba a la calle. Esa noche, sus cristales emplomados brillaban como el agua estancada o, donde el cristal estaba mal encajado, reflejaban la luz de las velas como pequeños espejos. El centro de la mesa era un puro resplandor de velas, brillantes bajo su destello los semblantes de los comensales, sus espaldas solo siluetas. La luz bañaba las jarras de plata y las copas de cristal, las rubicundas mejillas, las cabelleras bien peinadas, los cuellos de fino lino blanco, alguna que otra gola acanalada y almidonada, buen paño y terciopelo, y allí donde había terciopelo, algunas gruesas cadenas de oro.

Thorwaldsen vestía de terciopelo, con una sola cadena de oro y un cuello de lino blanco con las nuevas puntas cuadradas. De cuarenta y muchos años, tenía el pelo más gris que rubio, y lo llevaba muy corto para la moda de la época. Su rostro era extraordinariamente largo y enjuto, con una boca ancha y agradable, y una barbilla larga y huesuda. Sus ojos eran honestos e inteligentes, de un azul tan intenso y vivo que compensaban la vulgaridad general de sus demás rasgos.

—Tengo invitados de cierta importancia —dijo cortés— mente, pero si el asunto es urgente, puedo acompañaros.

—No es que le otorgue gran crédito al relato de este mendigo —explicó el pastor—, pero el caso es que mi ama de llaves se ha angustiado más allá de lo razonable.

—Tengo de antiguo gran respeto por Vibeke Andersdottir —dijo Thorwaldsen—. Iré de inmediato. A menos que pueda persuadirlos de demoraros para tomar una copa de borgoña.

—Os lo agradezco —dijo el pastor—, pero estoy verdaderamente inquieto por ella. Me gustaría regresar ahora mismo.

Esperó a Thorwaldsen en la densa oscuridad del pie de la escalera y en cuanto se le unió el magistrado, salieron juntos a la calle a esperar que les trajeran sus caballos. La oscuridad exterior era menos intensa que la de puertas adentro. Dominaba los tejados una pálida claridad de la que emergían unas cuantas estrellas, como copos de nieve suspendidos en el aire. La noche era muy fría. El pastor se quejó de la demora.

—No debéis preocuparos por Vibeke —dijo Thorwaldsen—. Todavía está sana y fuerte y la considero más que capaz de dominar a cualquier manco.

—No es eso —respondió el pastor—. Tiene miedo de algo sobrenatural. Yo también tengo la sensación de que tengo algo maligno acampado junto a mi chimenea. Es difícil de explicar.

—No estoy seguro de que ese mendigo sea malévolo. Más bien me parece solo estúpido. Me recuerda algo que me enseñaron en cierta ocasión acerca de la naturaleza de los demonios, y es que son demonios solo por virtud de estar incompletos. La maldad de este hombre reside en aquello de lo que carece.

—¿Pensáis que puede tratarse realmente de Niels Bruus?

—Llevo veintiún años convencido de haber visto a Niels Bruus enterrado en el camposanto de la iglesia de Vejlbj —respondió Thorwaldsen.

—Se parece mucho a Morten Bruus —dijo el viejo pastor.

—Eso bien pudiera ser —respondió el juez—. Bruus no era extranjero; aunque no le quedaban parientes cercanos en vida, sí tenía numerosos primos lejanos.

En ese momento les trajeron los caballos y montaron en ellos. Cabalgaron en silencio un trecho y luego Thorwaldsen dijo:

—Veintiún años es mucho tiempo y sin embargo esta noche no me parece ni la mitad de largo de lo que me parecía cuando acababa de cumplir los

veintiuno y lo tenía todo por delante.

—Es gran lástima —dijo el pastor, que iba a trote corto a su lado— tener que exhumar y sacar a la luz, por así decir, esta tragedia que llevaba tanto tiempo enterrada y, en parte, olvidada. Tiene que resultaros doloroso y siento habéroslo recordado.

—Es el único auténtico dolor de mi vida —contestó Thorwaldsen con llaneza.

El pastor suspiró y dijo:

—Debisteis de querer mucho a vuestra esposa.

—No era mi mujer —respondió Thorwaldsen—. Estábamos prometidos.

—Es lo mismo —dijo el pastor en la inocencia de su corazón.

—No es lo mismo en absoluto —replicó el juez—, porque de haber sido mi esposa, no me hubiese dejado. Por lo menos, pienso que no lo habría hecho.

—Debéis disculparme si no estoy bien enterado —dijo el pastor—. No estaba en Jutlandia por entonces. Como tal vez recordéis, llegué en el año veintinueve.

—No se me dan demasiado bien las fechas —dijo Tryg Thorwaldsen—, pero sí recuerdo que llegasteis después de la paz. Bien, debisteis de oír hablar mucho del asunto incluso entonces.

—Mucho, sí —respondió el pastor—, y a veces cosas contradictorias. Estaba empezando a adquirir visos de leyenda ya por entonces, como era natural. Pero se hablaba tanto de ello que, cuando he oído a este mendigo invocar a Sören Qvist como testigo, he pensado que no debe de saber nada en absoluto acerca de la verdadera historia. En resumidas cuentas, le he tomado por un farsante.

—¿No podría acaso haber fingido ignorar el destino de Sören Qvist para dárselas de inocente? —dijo el magistrado—. Difícilmente se arriesgaría a acabar en la horca, ni siquiera por la fortuna de Morten.

—¿Os parece peligroso, pues, ser Niels Bruus? —preguntó el pastor.

—Existe esa posibilidad —contestó Tryg.

—Creo que no es consciente de tal riesgo —dijo el pastor—. Tampoco tiene seso suficiente como para hacer esos cálculos. Tened presente, sin embargo, que si Morten mandó a su hermano fuera de Jutlandia antes de que

desenterraran el cadáver, Niels podría no estar al tanto de todo lo que ocurrió después. Tengo la sensación de que este mendigo bien puede ser Niels Bruus.

—Yo lo conocía cuando estaba vivo —dijo Thorwaldsen—. Nunca dudé de haberlo visto enterrar en el camposanto de la iglesia de Vejlbj.

El pastor no contestó. La contundencia de las palabras del magistrado se enfrentaba a las dudas que había en su propia mente, pero después de todo, había apartado a Thorwaldsen de su cálido comedor y de sus acompañantes no tanto por el bien de un mendigo, que podría heredar o no una fortuna, como para acallar los miedos de la vieja Vibeke.

Cuando el camino se volvió más estrecho, el magistrado se puso en cabeza. En el cielo fueron apareciendo más estrellas, borrosas y brillantes, pero la niebla seguía compacta a ras de tierra; se amontonaba entre los árboles y sobre los campos; el aliento que salía de los ollares de sus caballos formaba una niebla dentro de la niebla. El aire cortaba y se les pegaba a la cara. Puede que estuviese aclarando en las alturas en preparación de un frío más intenso. El pastor, que seguía pensando en Vibeke, se dijo que ojalá pudieran viajar más deprisa.

En cuanto a Tryg Thorwaldsen, se abrió paso entre la oscuridad y la bruma como si estuviese retrocediendo en el tiempo, un año tras otro, regresando lentamente a su mocedad y a la vehemencia y vigor de su juventud. A través de la oscuridad se le presentaban rostros iluminados por un sol primaveral, bañados en lágrimas, y el viejo pesar y el anhelo que creía haber dejado atrás reafirmaban su antiguo poder. «El pasado nunca muere —pensó—. En nuestro fuero interno se convierte en parte de nosotros y vive mientras vivimos, y, más allá de nosotros, pasa a formar parte del habla popular. Cuando la historia ya ha sido olvidada, sobrevive la frase hecha: “Tan bueno como Sören Qvist”. Esta misma mañana he oído el dicho en el mercado de Vejlbj». Era algo habitual. Lo había oído tantas veces que no se había parado a fijarse ni a considerarlo un heraldo que anunciara el retomo del pasado. «Pero ¿es que acaso puede regresar el pasado?», se preguntó.

Tiró de las riendas de repente y, volviéndose en la silla, aguardó a que el pastor lo adelantara.

—Me he mostrado un tanto brusco, pastor Juste —dijo—. Disculpadme. Se me antoja increíble que vuestro mendigo pueda ser Niels. Sin embargo, si

resulta serlo, tendré que hacer que se lleve a cabo una búsqueda por todos los pueblos y granjas, sí, y en todas las ciudades de Escania, aunque me lleve el resto de la vida.

—¿Y a quién buscaríais? —preguntó el viejo pastor con cierto titubeo, al percibir la pasión latente en la tranquila voz del juez.

—Pues a Anna Sörensdottir —respondió Thorwaldsen con un hilo de voz; el nombre flotó hacia el anciano a través de la oscuridad y el aire gélido, como un pétalo desprendido de una rama en flor en una remota primavera.

—Por todos los pueblos y granjas —repitió Thorwaldsen.

**T**ras marcharse el pastor bien arropado en su manto, a caballo camino de Vejlbj, Vibeke añadió más leña al fuego y cerró la puerta con pestillo, como para impedir la entrada de un ligero viento que parecía estar levantándose al oeste, antes de volver a ocupar su asiento ante el fuego. El mendigo no se había movido de su sitio al otro lado del hogar.

Vibeke estaba volviendo a descubrir que la duda es un tormento pavoroso, y veintiún años mucho tiempo para poder recordar una cara a la que nunca se le había prestado particular atención. La inquietud que se había apoderado del mendigo poco antes se había desvanecido gradualmente y un gran cansancio parecía haber ocupado su lugar. Miraba fijamente la lumbre con ojos que se habían apagado. Vibeke, que lo escrutaba, volvió a pensar que la frente angosta y la nariz de fosas nasales llamativamente largas y estrechas se asemejaban mucho a los rasgos de Niels Bruus. Ahora bien, los surcos del rostro eran mucho más profundos que los que ella recordaba, y la sombra negra de la barba sin afeitar los oscurecía en torno a la boca y la barbilla de una forma de la que ella no tenía memoria. El lacio pelo negro era como el de Niels. Por otra parte, ahora que tanto dependía de ello, el parecido ya no resultaba tan grande. Y ese hombre había sido uno de los integrantes de la tropa de Wallenstein, que por espacio de dos años y medio había sido el azote y el terror de Jutlandia. Había afirmado no poseer cuchillo, pero ¿cómo iba a poder fiarse de un hombre que había luchado con Wallenstein? Tal vez toda esa historia suya fuese solo una argucia para sacar dinero, como había apuntado el pastor, o incluso, puesto que estaba al borde de la inanición y

había sido rechazado en la posada, una artimaña para conseguir comida y alojamiento para la noche. La anciana lo vigilaba con cuidado, no fuera a deslizar la mano en el bolsillo o en el escote y sacar un cuchillo; cuanto más lo miraba, más segura estaba de que solo era un impostor, y no veía la hora de no hallarse a solas con él en la casa. Ojalá pudiera mandarlo al establo y atrancar la puerta en cuanto saliera. Pero el mendigo no se movería, estaba segura. Aguardaba el regreso del pastor Juste y del magistrado, y si estaba allí en ese momento era porque ella misma lo había pedido. Se lo veía bastante tranquilo ahora, para tratarse de alguien consciente de ser un fraude. Cualquiera pensaría que tendría miedo ante la perspectiva de ser interrogado por un hombre tan importante como el juez Thorwaldsen. En verdad, la idea no parecía haberlo complacido. Tal vez aún pudiera entrarle miedo y se escabullera antes de que llegaran. O quizá tuviera la intención de tumbarla de un golpe, desvalijar la casa y escaparse después. Vibeke lo vigilaba con sumo cuidado y llegó a la conclusión de que, aunque sacara una navaja, ella podría agarrar el taburete del párroco y atizarle con él.

Pero entonces, cuanto más lo miraba, más empezó a parecerse su rostro otra vez al de Niels, y el mendigo se convirtió en el hombre al que habían desenterrado ante sus propios ojos. Volvió a recordar el espantoso hedor del cadáver, y el olor a suciedad que emanaba del mendigo se convirtió, para su olfato, en el de la corrupción. Se sintió poseída por un profundo terror impío. Aquel hombre no era Niels que regresaba para explicarse sobre aquel cadáver, sino el cadáver del propio Niels, de vuelta para hostigar el alma de la vieja Vibeke. Se quedó muy quieta en su asiento, temerosa de que su miedo surcara el estrecho espacio que la separaba del cadáver viviente y que este fuese de pronto consciente del poder que tenía sobre ella. Poco a poco, consiguió hacer retroceder el miedo que le inspiraba, pero solo por la aparición de un temor aún mayor: que él se diera cuenta de que lo temía. La mujer pensó que si el mendigo hablaba, tendría menos tiempo para pensar en las maldades que podría hacer. Pensó asimismo que se sentiría menos asustada si también hablaba ella. Así pues, empezó:

—Esa batalla en la que perdisteis el brazo debió de ser terrible.

—Sí —dijo él.

—Y hace mucho tiempo. Durante catorce años habéis tenido que valeros

con un solo brazo.

—¿Tantos? —dijo—. No los había contado.

—No sé escribir pero sí contar —respondió Vibeke—. Catorce años mendigando. Y en todo ese tiempo, ¿ni una sola vez os acercasteis a Jutlandia?

—Tal como he contado —dijo.

—¿Tampoco os encontrasteis con ningún Jutlandés?

—Ama Vibeke —la cortó el mendigo—, me hacéis preguntas. El párroco me hace preguntas. Maese Thorwaldsen me hará más preguntas. Puedo esperar a que vuelva el párroco con el magistrado y dar respuesta entonces a todas las preguntas al mismo tiempo.

Vibeke soltó una breve carcajada.

—Seas quien seas, no cabe duda de que eres Jutlandés —dijo.

El mendigo se encogió lentamente de hombros.

—Contesto a las preguntas, pero no me creéis. ¿Para qué malgastar el aliento?

Había cierta justicia en la observación, por lo que Vibeke no replicó. Se quedaron sentados en silencio, cada uno en su lado de la chimenea, mientras el miedo de ella crecía más y más, oprimiéndole el corazón como si fuese una indigestión, como se dijo a sí misma. Al cabo de un rato, el mendigo habló:

—Ya que algo sabréis del asunto, ¿en cuánto estimáis la fortuna de Morten?

—En dinero no sabría decir —respondió la anciana—. En tierras, tenía más que cuando vino al mundo.

—Vos también sois Jutlandesa —dijo el mendigo.

—Pero esto sí lo sé —replicó Vibeke—, quien herede esa fortuna no heredará ninguna buena voluntad con ella.

Nuevamente el mendigo se encogió de hombros con un pausado gesto de despreocupación.

—El que posee riquezas no necesita buena voluntad —contestó.

—Nunca creáis tal cosa —dijo la anciana.

El mendigo nada dijo y siguieron esperando, Vibeke sin apartar nunca los ojos de la figura que tenía enfrente, y el hombre mirando de soslayo a la anciana de vez en cuando, al resguardo de su inclinado entrecejo. El tiempo pasó lentamente. Solo una vez más abrió la boca el mendigo para preguntar:

—¿Cómo habría de reconocer a Niels maese Thorwaldsen? ¿Cuántas veces se encontró con Niels en el camino, o en el mercado, y cruzó unas palabras con él? Pediré que venga Anna Sörensdottir, eso haré.

Vibeke apretó sus ajados labios con más fuerza. El mendigo volvió a mirar fijamente el fuego. Por nada del mundo iba a permitirse ella dejarle saber cuánta ternura, qué sensación de pérdida, le inspiraba la mención de ese nombre en esa hora de miedo y animadversión. Cerró los párpados despacio para apartar las lágrimas que se le habían acumulado; los abrió de nuevo sobre una figura borrosa a la luz del fuego.

La llegada del juez Tryg Thorwaldsen y del pastor Juste lo cambió todo. Con ellos entró un remolino de aire húmedo que hizo que el humo de la chimenea refluyera al interior. Vibeke corrió a despojar al juez de su manto y a ayudar al pastor a quitarse las botas. A petición de Thorwaldsen, instaló una mesa de caballete en el centro de la estancia, acercó sillas, trajo velas y echó más leña al fuego. El techo bajo lo parecía aún más debido a la elevada estatura de Thorwaldsen, y la habitación pareció encoger con el desplazamiento de los muebles.

—Necesitaremos luz —dijo el juez—, para que pueda ver bien a este hombre. Pastor, traed papel y tinta. Levantaremos acta de todo cuanto aquí se diga. Sentaos aquí junto a la mesa, pastor. Vibeke, dispon las velas aquí.

Una vez cerrada la puerta, la chimenea volvió a tirar bien. La atmósfera se aclaró. Las llamas de las velas se estabilizaron. Vibeke trajo una jarra de peltre con cerveza para el juez Tryg Thorwaldsen y la puso al lado del fuego para que se calentara. Empezaron el interrogatorio.

—Ha quedado establecido —dijo el pastor Juste— que tenemos aquí a un hombre que declara ser Niels, el hermano de Morten Bruus, en vida residente de Ingvorstrup, en la parroquia de Vejlbj. Otrosí, afirma que se marchó de la provincia de Jutlandia en la época de las nueces, el otoño antes de la derrota del rey Christian, a quien Dios guarde, en Lutter-am-Barenberge. ¿Eso habría sido, entonces, en octubre de 1625, no es así?

El magistrado asintió.

—Como vos decís, pastor Juste.

El mendigo también inclinó la cabeza.

—Después de haber sido soldado de forma intermitente por espacio de

siete años, perdió un brazo en Lützen, lo que habría tenido lugar en 1632.

Nuevamente asintió Tryg y el mendigo lo imitó.

—A continuación, mendigó su sustento a través de los ducados germanos, así como por Bohemia y Slesvig-Holstein, durante catorce años. Ha regresado a la parroquia de Aalsö en el mes de noviembre del año 1646, para reclamar la fortuna de su hermano Morten. Hasta el momento, no ha visitado a nadie que pueda identificarlo.

—Anotad todo eso —dijo Tryg.

—Anotado queda —respondió el pastor después de una pausa.

—Y ahora, maese Thorwaldsen —dijo el mendigo—, ¿os acordáis de Niels Bruus?

—Podríais ser Niels —dijo el magistrado—, o bien no serlo. Yo estaba presente cuando enterraron el cuerpo del supuesto Niels.

El mendigo sonrió al oír eso y Tryg dijo:

—Espero que comprendáis que haceros pasar por alguien que no sois es un asunto muy serio. Os enfrentáis a un muy severo castigo si no conseguís demostrar que sois Niels Bruus.

—Anna Sörensdottir podrá identificarme —dijo con seguridad el hombre.

El magistrado se quedó mirándolo fijamente largo rato sin moverse, casi como si el otro no hubiese hablado. Luego dijo:

—Permitid que os interrogué un poco. Nos habéis pedido que recordemos a Niels. Si sois Niels, vos recordaréis algo de Vejlby y de Aalsö. Vivisteis aquí de niño. ¿Aprendisteis el catecismo con el pastor Qvist?

El mendigo negó con la cabeza.

—Con el pastor Peder Korf —dijo, y añadió en tono santurrón—. No se me dio demasiado bien, tanto peor para mí.

—¿Y por qué no con el pastor Sören? —preguntó el juez—. Pertenecíais a su parroquia. El hombre se encogió de hombros.

—Cuando yo era niño, no teníamos demasiada amistad con el pastor Sören. Mi hermano discutía con él, y fue quien me mandó con el pastor Korf. Yo no siempre iba cuando me mandaba.

El juez ponderó sus palabras un momento y luego siguió adelante:

—Sin embargo, debíais de conocer bien Vejlby. Contadme algo del pueblo. Por ejemplo, la posada. Decidme, ¿cómo se llamaba la posada de

Vejlby y dónde se encontraba?

—Eso es fácil —dijo el mendigo—. Todo el mundo sabe que la posada se llamaba El Caballo Rojo y estaba en la calle del mercado, mirando al este.

Juste Pedersen estaba a punto de intervenir, pero Tryg lo detuvo con un gesto de la mano.

—¿Recordáis alguna otra cosa acerca de la hostería del Caballo Rojo? —preguntó.

El mendigo sonrió levemente.

—También la llamaban «La enseña del caballo de tres patas» —dijo.

—Se equivoca de medio a medio —intervino el pastor Juste—, pero probablemente haya estado en muchas posadas en su día, y quizá no deberíamos tenérselo demasiado en cuenta.

—Pero es que no está equivocado —dijo el juez—. Cuando llegaron los alemanes, quemaron la posada, y la hostería nueva, que es en la que estáis pensando, se levanta en un sitio bien distinto y lleva otro nombre. Pero la antigua posada se alzaba, como ha dicho este hombre, en la calle del mercado, orientada al este, y el artista que realizó la enseña, él sabrá por qué, le pintó tres patas al caballo rojo. —Sacó un pañuelo de lino blanco del bolsillo y se limpió nerviosamente las manos en él—. En una tierra de tratantes de caballos, pastor Juste, no me negaréis que hasta los patanes se tienen que acordar de un caballo de tres patas. Ahora bien, no siempre tenéis tan clara la memoria —añadió, dirigiéndose de nuevo al mendigo— y hay otra cosa que me ha llamado la atención. ¿Por qué no le habéis pedido a Vibeke Andersdottir que os identifique?

—¡Ah, ella! —respondió el mendigo—. Llevo todo este tiempo intentando recordar su nombre. Ahora caigo. Era el ama de llaves del pastor Sören en los viejos tiempos. Ha cambiado mucho. Es vieja ahora. Además, nunca le presté mucha atención.

Tryg miró a Vibeke, quien habló despaciosamente:

—Podría ser Niels Bruus. Creo que es él.

—Bueno, ¿soy o no soy Niels Bruus por fin? —preguntó el mendigo—. Vos lo afirmáis, y también lo dice Vibeke.

—Por el momento —respondió lentamente Tryg—, no hay nada que demuestre que *no sois* Niels Bruus. Todo el asunto se centra ahora en lo

convinciente que resulte la explicación que podáis ofrecer... —Se detuvo un instante y el mendigo completó su frase:

—Sobre el cadáver en el huerto, ¿no? Bien, os lo contaré.

—Hablad un poco más despacio —dijo Juste—, no puedo escribir tan deprisa.

—De acuerdo —contestó el mendigo—. Como sabéis, yo era criado del pastor Sören Qvist.

—Decidme —lo interrumpió Tryg con curiosidad—, ya que os marchasteis de Jutlandia por temor a Morten, ¿nunca os dio miedo el pastor Sören?

—Claro que no —respondió con prontitud el mendigo—, el pastor era un buen hombre. Hasta cuando se enfadaba y me golpeaba, no le tenía miedo, porque seguía siendo una buena persona. Pero Morten, en cambio... Mi hermano Morten tenía una especie de demonio dentro. Siempre le tuve miedo, incluso cuando éramos niños. Siempre fue mucho más listo que yo. Era mayor también, y más apuesto, pero sobre todo, mucho más listo. Y siempre hice cuanto me mandó. Así que cuando me decía que molestara al pastor hasta enfurecerlo, eso hacía. Entonces Morten me recompensaba. Mi hermano no quería al pastor, ¿lo entendéis?

—Empiezo a entenderlo —dijo Thorwaldsen—. Proseguid.

—Bueno, un día hice que el pastor se enfadara y me derribó de un golpe. Recuerdo que era por la época de las nueces. Corrí a casa y le conté a Morten lo que había sucedido, y él me elogió y me dio muy bien de comer. Después me encerró. Aquello me pareció raro, pero Morten era más listo que yo. Maese Thorwaldsen, ¿puedo tomar un sorbo de vuestra cerveza? Se me reseca la boca de tanto hablar.

El magistrado maldijo para sus adentros, pero empujó la jarra de peltre hacia el mendigo, que dio un trago, y luego otro. Por fin dejó la jarra en la mesa, se limpió la boca con la manga del jubón carmesí y siguió con su historia.

—Morten me dejó encerrado hasta la medianoche. Esto fue en Ingvorstrup. Luego vino a buscarme y me hizo cargar con una pala. Fuimos hacia Revn y más allá, que yo sepa, pero nos detuvimos en una encrucijada. Pocos días antes, habían enterrado allí a un suicida. Morten me dijo que cavara, y cavé, pero fue mi hermano quien sacó el cuerpo del hoyo. Yo tenía miedo. Por

entonces, todavía no había sido soldado, y no estaba acostumbrado a esas cosas. Además, el suicida no había sido exorcizado. —Se estremeció y Vibeke se persignó.

—Alisamos la tierra después de rellenar la fosa, y la pisoteamos para que quedara tal como estaba antes. Morten escondió el cuerpo en un hayedo y regresamos a Ingvorstrup. Estaba empezando a clarear cuando llegamos a casa. Entonces, Morten volvió a encerrarme. La noche siguiente vino a buscarme y me llevó al hayedo. Allí me hizo desvestirme y luego desnudó él al cadáver. Yo estaba muerto de miedo y le pregunté qué pensaba hacer. Me dijo que le iba a gastar una bramita al pastor Sören, y que no le hiciese más preguntas. Luego hizo que me pusiera la ropa del suicida, y eso no me gustó nada. Él le puso mi ropa al muerto, con todo lo que llevaba encima, incluido mi pendiente. Solo tenía un pendiente y hasta eso me cogió.

«Después golpeó al muerto dos o tres veces en la cara con la pala y una vez más en la coronilla, y me dijo riéndose que era para que se pareciera más a mí. A continuación metió el cuerpo en un saco que había traído consigo y me ordenó cargar con él. Le dije que no, pero tuve que llevarlo de todas maneras.

El mendigo hizo una pausa y echó una mirada al interior de la jarra, que estaba vacía, pero nadie se brindó a llenarla de nuevo.

—Tuve que cargar con el saco todo el trayecto hasta Vejlbj, hasta el camino que discurre al este del huerto del pastor en dirección de Tolstrup. ¡Vaya si pesaba! Y Morten llevó la pala. Entonces nos adentramos en el bosque por la ladera de la colina que domina el huerto y aguardamos un rato, vigilando el camino y la rectoría. Había luna y se veía muy bien, pero todo estaba en silencio. Por el camino no vino nadie. Al cabo de un rato, Morten me dijo: «Baja a la casa, ve a la habitación del párroco y tráeme su gorro de dormir y su bata», pero a eso no consiguió obligarme. Estaba demasiado asustado. Me habría caído de rodillas delante del seto si lo hubiera intentado siquiera.

«Entonces Morten dijo que iría él mismo y me dejó allí solo con el saco, en mitad del bosque. Podéis creerme, en ese momento deseé no haber conocido nunca a mi hermano. Lo maldije, como maldije el rato que pasaba. Pero al poco tiempo regresó, vistiendo la bata y el gorro de dormir del pastor, y no lo habría oído ni un gato. Qué listo era, desde luego. Se metió la mano en

el bolsillo y sacó una bolsita de cuero. Oí cómo tintineaba.

»Desanudó la bolsa y vertió un montoncito de dinero en el suelo. Qué digo, ¡un buen montón! Yo nunca había visto tanto dinero junto antes, ni lo he vuelto a ver desde entonces. Me hizo sostener la bolsa y fue contándolo a medida que lo introducía en ella, moneda a moneda. Había cien rixdales. La luz de la luna se filtraba entre las hojas de los árboles y hacía brillar las monedas, de forma que vio que yo podía comprobar que eran todas buenas.

»Entonces me dijo: “Le voy a gastar una bromita al pastor Sören, y tú eres un bocazas. Tienes que marcharte de Jutlandia. Te daré esa bolsa que tienes en las manos, pero como alguna vez se te ocurra volver a asomar la nariz por aquí, diré que me robaste ese dinero y haré que te cuelguen por ello. Ahora vete y recuerda que sería mi palabra contra la tuya, y que soy mucho más listo que tú”. Así era mi hermano.

»Me alejé todo lo que pude al momento. Dormí de día y viajé de noche hasta llegar a Jutlandia meridional. Al principio no me fue demasiado mal. Cuando se me acabó el dinero, me uní a Wallenstein. Después de perder el brazo, fue todo mucho peor. Lo he pasado muy mal, pero a fin de cuentas, ahora voy a ser rico. El que ríe último, ríe mejor, ¿verdad? Esta vez yo soy más listo que Morten, porque sigo vivo.

Volvió a mirar dentro de la jarra de peltre, la puso boca abajo sobre la mesa y aguardó, sonriendo esperanzado.

Durante esa larga narración, Vibeke no había apartado los ojos del rostro del manco. Este había hablado con una parsimonia tal que, en cierto modo, daba fe de su sinceridad, porque parecía no haber referido la historia nunca antes. De hecho, cabía suponer que habría evitado el tema incluso en pensamiento, dándole la espalda cada vez que hubiera asomado por el borde de su conciencia.

Cuando terminó de hablar, Vibeke se quedó mirándolo fijamente más de un minuto sin mover una pestaña y luego ocultó la cara entre las manos y empezó a llorar. Lloró como lo hacen las mujeres que llevan largo tiempo conteniendo las lágrimas. Lloró como si se le fuera a partir el corazón.

El juez Thorwaldsen también se cubrió la cara con las manos, como si se sumiera en un hondo arrepentimiento. Solo el pastor Juste, que había estado inclinado sobre el papel, dejó la pluma a un lado, alzó la cabeza y,

recostándose en la silla, contempló al mendigo con mirada libre de pesar, pero tan intensa que parecía poder taladrarlo con su viva luz. El pordiosero, mirando sorprendido la cabeza gacha del magistrado y el semblante oculto de Vibeke, acabó volviendo a fijar los ojos en los de Juste, pero no fue capaz de sostener su mirada fija y penetrante. Bajó la vista, se dio la vuelta en su asiento y se quedó mirando el suelo. De repente, el pastor Juste estampó la mano contra la mesa y gritó:

—¡Este hombre es un asesino!

—No, no —dijo el mendigo, levantando rápidamente la vista—. El cadáver era de un suicida. Juro que era un suicida. No lo matamos nosotros.

—Necio, necio —dijo Juste—, el suicida carece de importancia. Este hombre es el asesino de Sören Qvist.

Al oír eso, el mendigo se incorporó de un salto, pero las rodillas no lo sostuvieron y se dejó caer despacio en el taburete.

—¡No, pastor, no! —gritó—. Morten jamás le puso la mano encima al pastor Sören, y yo tampoco. El pastor dormía en su lecho. Morten se limitó a coger la bata.

—¿Es concebible —dijo el juez Tryg Thorwaldsen, apartando la cabeza gacha de las manos y mostrando un semblante tan pálido y descompuesto que el mendigo se asustó antes incluso de oír sus palabras—, es posible que no comprendáis lo que le ocurrió al pastor Sören a causa de la bromita de Morten con el cadáver?

—Iba a darle un susto al pastor, eso es todo —dijo el mendigo.

—Ay, necio, necio —dijo Thorwaldsen, como Juste poco antes—. Morten enterró el cuerpo en el huerto. Luego acusó al pastor de vuestra muerte, y el pastor Sören Qvist, que Dios nos perdone a todos, fue condenado por haberos asesinado y fue ejecutado por ello.

Sus palabras y la angustia patente en su voz surtieron un efecto demoledor en el mendigo, que se hincó de hinojos, se golpeó el pecho con su única mano y luego, cayendo hacia delante, se aferró al borde de la mesa como alguien en trance de ahogarse.

—Pero ¡yo no maté al pastor —gritó—, y jamás pensé matarlo! Morten dijo que solo era una broma. No soy un asesino. Nunca habría intentado matarlo. ¡Maese Tryg, maese Tryg, protegedme! No soy un asesino.

—Levantaos —dijo Thorwaldsen con voz inflexible—, sentaos en el taburete y guardad silencio.

El mendigo se soltó de la mesa y cayó al suelo tapándose la cara con la mano, se acurrucó a los pies del juez y empezó a temblar violentamente.

—Levantaos —repitió Tryg.

Todo tembloroso aún, y babeando de terror de forma que la saliva le corría por la negra barba hasta el mentón, el mendigo se puso lentamente de rodillas, se arrastró hasta el taburete y se sentó en él, con el brazo alrededor de las rodillas, la cabeza inclinada, pero con sus pequeños ojos aterrorizados siempre fijos en el juez, al resguardo de su pesado entrecejo.

Tryg se dirigió ajuste:

—Es cierto que este hombre no es el asesino de Sören Qvist. El asesino de Sören Qvist murió rico y en su propia cama. Este hombre es la herramienta, la pala, el alma condenada, no es de hecho más que el cuerpo muerto y sin mente que se usó contra su amo. Lo que sea de él no me preocupa ni la mitad de cómo limpiar el nombre de Sören Qvist de la sombra negra que lo cubre.

Esta vez le tocó a Vibeke exclamar en voz alta:

—Siempre supe que había algo raro en ese cadáver. De hecho, llegué a pensar que se trataba de algún encantamiento. Si no un gato, entonces un bebé de cera, como los que los suecos enterraron delante de Kalmar para hacer caer el desastre sobre los hombres del rey. Pero si solo era un cadáver de verdad, aunque el del hombre equivocado, entonces la brujería debía de estar en otro sitio. A ciencia cierta, tuvo que haber un hechizo sobre el pastor. Es más, estoy convencida de que lo hubo. Pero nunca me permitió poner una rama de serbal en su habitación para espantar a las brujas.

Tryg Thorwaldsen movió la mano derecha despacio de un lado a otro, en ademán de negación.

—No —dijo en voz baja—. No, no hubo ningún hechizo sobre el pastor.

—Pero —habló el mendigo, que durante las dos intervenciones anteriores había permanecido sentado y en silencio, temblando solo de forma intermitente, como un hombre presa de un intenso frío— ¿por qué permitió el párroco que lo ajusticiaran? De sobra sabía que no me había matado.

## 5

**E**l hombre que pintó la enseña de la posada del Caballo Rojo en Vejlbý era un realista más que un teórico. Pintaba lo que veía como un artista, antes que lo que conocía como un niño o un granjero. Por consiguiente, el caballo rojo de la muestra se alzaba con las patas delanteras juntas, la una ocultando la otra, y las patas traseras debidamente separadas, igual que el caballo que había servido de modelo para la enseña. En la comarca se había convertido en una broma recurrente, pero hacía mucho que el pintor había retomado su errante camino, y aunque aún hubiera estado a mano cuando empezaron a amontonarse las críticas, el dueño de la posada no habría querido gastar más dinero en añadirle una pata a su caballo.

—Llamad a la hostería «El caballo de tres patas» si os place —solía decirles a los clientes que se declaraban contrarios a la obra del pintor—. Sea como sea, sirve de muestra, y las bebidas son igual de buenas con la enseña de un caballo de tres patas que con la de uno rojo.

La víspera del primero de mayo de 1625, le hizo pacientemente esa misma observación por enésima vez a Niels Bruus, un joven ataviado con pantalones cortos de cuero y blusa de campesino, que estaba haraganeando en el bar junto a la ventana abierta. Aunque Niels tenía la nariz puntiaguda y zorruna, era de boca ancha y más bien estúpidamente simpática. Había dado con el chiste del caballo de tres patas hacía un año, y nunca había dejado de repetirlo. El posadero sabía que Niels era corto de entendederas y se mostraba comprensivo con él.

—Sí, las bebidas son buenas —dijo Niels—. Fíame una más. Siempre

podrás cobrársela a Morten si no te pago.

—Dudo mucho que pueda sacarle el dinero a Morten —dijo el posadero—. Y tú tampoco conseguirás de él mucho más que un sopapo en la oreja si no espabilas. Hace un cuarto de hora que espera que le lleves el caballo.

—Me hace trabajar como a un criado solo porque soy su hermano —contestó Niels, pero hizo caso de la advertencia del hombre y salió por la puerta trasera al patio de la posada.

Allí estaba la montura de Morten, una gran yegua baya con la que Niels se llevaba de maravilla. Le irritaba que el dueño fuese Morten y que casi nunca tuviese ocasión de montarla él. La yegua agachó la cabeza y le mordisqueó el hombro con los belfos mientras Niels le ajustaba la brida. Comprobó la cincha y volvió a abrochar la hebilla encima de un estribo, luego llevó a la yegua a través del patio a la calle del mercado, donde su hermano lo esperaba debajo de la enseña del Caballo Rojo. Más delgado y moreno que Niels, mayor y mejor vestido, Morten Bruus se parecía tanto a su hermano que hasta el observador más casual habría adivinado su parentesco. Tenía la frente alta y corta, la nariz puntiaguda, con unas fosas nasales curiosamente largas y estrechas, pero su boca, a diferencia de la de Niels, era de labios finos y sensualmente curvos, y la expresión de sus ojos era mucho más penetrante. Resultaba natural que fuese Niels quien sujetara la brida y Morten el que montara. Sin embargo, cuando Morten puso el pie en el estribo y tomó las riendas de manos de su hermano, este, retrocediendo un poco, le propinó a la yegua un sonoro cachete en la grupa que hizo que el animal saltara de repente a un lado y dejara a Morten en equilibrio precario, de pie en el estribo y agarrándose a las crines con las dos manos. Difícilmente se hubiera podido subir a caballo de forma más embarazosa. Niels soltó una risotada y, al repentino sonido estentóreo de su risa, le hizo eco, mientras Morten pasaba la pierna por encima de la grupa de la yegua y se acomodaba en la silla, otra risa, esta tan ligera, aguda y clara como el hielo fino al desprenderse de un tejado inclinado y quebrarse bajo los primeros rayos de sol. Morten se volvió en la silla para ver de dónde venía ese sonido cristalino como el de un arroyo.

Una chica había salido de la casa frente a la posada y seguía en el umbral, con la puerta cerrada a su espalda. Recortada contra el roble ennegrecido, con la luz del sol poniente dándole de lleno, Morten nunca había visto una figura

más brillante. Era pequeña y esbelta y, a diferencia de las campesinas, llevaba la sobrefalda de lana de color verde claro muy subida en las caderas, mientras que el amarillo claro de las enaguas de camelote asomaba de rodilla para abajo. El corpiño bermejo, ajustado en torno al pecho, dejaba ver las mangas verdes y atisbos de una camisola blanca. De tez pálida, de una pureza que ningún sol podría oscurecer, solo dorar, por encima del blanco cuello almidonado, bajo un abocinado gorro también blanco, resplandecía un rostro risueño enmarcado por una franja de cabello rubio dorado. Morten estaba tan cerca de ella en la estrecha calle, que el avellana dorado de sus ojos le resultó tan nítido como los colores de sus prendas. La miró de arriba abajo, desvergonzadamente, desde la punta del gorro hasta los blancos tobillos desnudos y los pies calzados con ajustados zapatos de cuero de puntera cuadrada.

La joven se mordió el labio y se ruborizó. No debería haberse reído, pero había sucedido todo tan deprisa que no había tenido tiempo de pensarlo. Además, estaba contenta, por lo que su risa estaba cerca de la superficie. Nadie, sino un payaso, pensó, habría dado tal espectáculo para montar a caballo, y a un payaso no lo habría ofendido su risa. Pero ese hombre, aunque vestía las ropas de un campesino acomodado, carecía de servilismo. No sonrió, ni siquiera enarcó una ceja, y no dijo nada; pero su mirada, al examinarla de forma tan deliberada, la hizo sentirse de repente, y a pesar de todas sus pesadas faldas y batista fina, tan desnuda como sus tobillos. Bajó el escalón que la separaba de la tierra batida de la calle y, conteniéndose para no dar la impresión de que se movía con prisa, le dio la espalda al jinete y se alejó sin más. Morten la miró hasta que se perdió de vista y luego le preguntó a su hermano:

—¿Quién era esa moza?

Niels, medio en broma y medio sorprendido, contestó:

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Quién era? —repitió Morten, sin el menor atisbo de buen humor.

—Nada menos que Anna Sörensdottir —respondió Niels.

—¿La hija del pastor? —preguntó Morten.

—¿Y quién si no? —dijo Niels.

—El pastor y yo somos viejos conocidos —comentó Morten con tono

avieso—, pero no he tenido el gusto de conocer a su hija. —Le dio un puntapié a la yegua y salió en dirección opuesta a la que había seguido la muchacha; a los pocos metros, volvió la cabeza y le dijo a su hermano por encima del hombro—: ¿Vas para casa?

—No, me quedo a ver las fogatas —contestó Niels.

Sintiéndose más tranquilo conforme iba aumentando la distancia que lo separaba de su hermano, el chico se llevó la mano a la frente de forma burlona, giró sobre sus talones y volvió a entrar en el patio de la posada.

Anna Sörensdottir se fue a casa por el camino más largo. La suave templanza de ese último día de abril no se extendería al atardecer, pues se estaba levantando un suave viento racheado de poniente. En los trigales no había más que delgadas y afiladas lanzas verdes y en los hayedos apenas estaban empezando a despuntar las primeras hojas. Los grandes robles viejos, de los que se alzaba uno en cada campo a lo largo de toda la extensión arada de la finca, solo mostraban ligeras pinceladas de un verde acuoso. Entre las transparentes coronas verdes de los tilos, los empinados tejados de paja de los edificios de las granjas arrojaban unas sombras azuladas que se iban alargando hacia el este, y cada pequeño guijarro granítico del arenoso camino proyectaba asimismo su larga sombra sobre la tierra luminosa. El aire, casi tan frío como el agua de los arroyuelos, rodeaba los tobillos de la muchacha y acariciaba placenteramente sus brazos desnudos y su frente. El contraste entre la caricia del viento y la luminosidad del sol del atardecer le encantaba.

El aire estaba lleno de enjambres danzarines de mosquitas, el vuelo raudo de pequeños pájaros de cabeza rojiza al otro lado del camino y las notas de la alondra cayendo del cielo; toda su textura estaba entretejida con los sonidos de la vida. Al acercarse Anna a un pequeño otero no demasiado apartado del camino, también le llegaron los remotos mugidos del ganado y la melodía de un violín y una tuba, intermitente como el viento del atardecer. Mientras caminaba, recordó de mala gana, reprendiéndose de nuevo por su estupidez, sus risas ante la torpeza de aquel hombre al montar en la yegua baya. Recordaba con toda claridad su mirada, que le había parecido malvada. Pese a todo, caminaba con una maravillosa ligereza, con todo el cuerpo alerta, como si su sangre fluyese más deprisa, su oído fuese más agudo, su vista más viva y clara que de costumbre. Era como si se hubiese despertado de golpe;

igual que cuando, después de unos momentos de temor repentino y temporal, o de efímera cólera, el organismo parece lanzarse de un salto a un estado de ánimo acelerado. Lo curioso, en su caso, era que había pasado de un momento de vergüenza a un estado de exquisita vitalidad. Era la víspera del primero de mayo. De eso era bien consciente, así como de que se suponía que ese día pasaban cosas extrañas antes de la medianoche. Así que siguió su camino con ligereza, experimentando una jubilosa anticipación.

En el otero, unos hombres estaban amontonando leña para la fogata.

—¿Cuándo vais a encenderla? —les gritó.

—En cuanto oscurezca un poco, ama —contestó uno de ellos.

Se quedó mirándolos un momento y reconoció a Hans, de la rectoría de Vejlbj, al mozo de cuadra de la finca solariega y al aprendiz del zapatero del pueblo. Cuando iba a reemprender su camino, se topó con tres mujeres que venían cogidas del brazo. La que iba en medio, de redondos ojos azules y mejillas regordetas, hizo detenerse a las otras dos con un apretón en el brazo.

—Deberíais quedaros al baile, señorita Anna —dijo.

—Llegáis demasiado temprano, Vibeke —respondió la muchacha—. Aún no han terminado de apilar la leña.

—En tal caso, podemos ayudarlos un poco dándoles palique —dijo Vibeke.

—Hans ya está ahí —respondió la joven—. ¿Y los demás?

—No tardarán mucho —dijo Vibeke—, el párroco los ha dejado salir antes.

—Bueno, pasadlo bien —replicó Anna y al dejarlas atrás añadió—: A lo mejor me acerco más tarde.

Un poco más lejos se cruzó con los músicos, que por el momento cargaban con sus instrumentos silenciosos. Intercambiaron saludos y, en cuanto ella hubo recorrido otros noventa o cien metros, oyó cómo se ponían a afinar de nuevo. Habían llegado al otero. Anna todavía se cruzó con otra persona más al acercarse a la rectoría: era Kirsten, la moza que ayudaba en la vaquería. Se había recogido en trenzas el largo cabello rubio, llevaba una falda roja nueva y los puntiagudos zuecos de madera que calzaba lucían alegres flores pintadas. Saludó tímidamente a Anna, que dio unas palmadas entusiastas al ver tan guapa a su amiga.

Cuando Anna llegó a la rectoría de Vejlbj, esta parecía tan vacía como un domingo por la mañana. Sin embargo, incluso desierta presentaba una apariencia de generosa bienvenida. Las copas de los árboles asomaban por detrás de los gabletes picudos del tejado, recortándose contra las nubes amontonadas. Contra el verde brumoso, las paredes enlucidas se veían blancas como la nieve.

Los edificios de la granja estaban agrupados formando un cuadrado abierto: el granero y el establo al oeste, el saladero y la vaquería al norte. En el extremo meridional del patio, mirando al norte, el largo rectángulo de la casa bajo el empinado tejado de paja dorada. Tenía dos puertas: una comunicaba con las dependencias del servicio; la otra, la más importante, daba a la cocina. La vivienda original estaba constituida solo por esas dos habitaciones. Cuando el pastor trajo a casa a su esposa, se añadió al extremo occidental una parte nueva, que incluía dos cuartos y un pasaje, de manera que lo viejo y lo nuevo juntos formaban una ele que limitaba un huerto abierto hacia el este y el sur, porque —según afirmaba el párroco— «el sol de la mañana es beneficioso para todo lo que crece, y el sur ofrece la necesaria calidez en este clima frío». El huerto también estaba resguardado del viento de poniente, que en ocasiones resultaba demasiado cortante en otoño, y del sol del ocaso, que a veces brillaba con demasiada fuerza en las tardes de estío. El pastor había rodeado el huerto con un seto de avellanos y boj, y dado que era de fácil acceso desde su propio cuarto, en la parte nueva de la casa, lo convirtió en su feudo; pocas personas trabajaban allí aparte de él. La parte nueva de la casa incluía dos habitaciones, a las que se accedía por un pasillo desde la cocina, del lado del huerto. No había puerta en la entrada a ese pasillo desde la cocina, pero sí había buenas y recias puertas para entrar al cuarto del pastor desde el pasillo, y al Cuarto Nupcial. Así pues, todas las visitas del párroco tenían que pasar primero por la cocina, donde habían de someterse al escrutinio de Vibeke, mientras que el pastor podía, cuando lo fatigaban sus estudios o sus pensamientos, huir a su huerto resguardado.

Anna cruzó el patio de la granja y empujó la puerta de la cocina. No estaba cerrada; nunca lo estaba. No había cerrojos en ninguna puerta de la casa. Un perro grande, de cabeza ancha y espesa mata de pelo marrón en el cuello, se levantó del suelo junto a la entrada, meneó el rabo y volvió a acostarse. Anna

se quedó en el umbral y miró dentro; no vio ni oyó a nadie. Al otro lado del patio, junto a la vaquería, un gato blanco y otro de tres colores estaban lavándose las patas. Miraron a la muchacha sin interrumpir su actividad. La sombra del establo se estiraba a través del patio hasta casi superar la copiosa pila de estiércol, y el ancho portón quedaba en la sombra. Anna no podía ver el interior, pero le llegó el sonido de la voz de su padre.

Al llegar a la puerta del establo pudo distinguir la voz con mayor claridad, aunque seguía sin ver al párroco.

—Espacio ahora, mi niña —decía el pastor desde una de las cuadras del establo—. El tiempo lo arregla todo, el tiempo y la bondad divina.

Tres cautelosas gallinas blancas cruzaron la puerta con movimientos entrecortados y se detuvieron, vacilantes, mirando pasillo abajo entre los compartimentos con pequeños estiramientos de cuello.

—¿Me hablas a mí? —preguntó la muchacha alzando la voz en la larga estancia.

El párroco contestó con una risa, interrumpida por un largo mugido doliente.

—La hermosa *Rosa de Oro* está a punto de darnos un ternerito —gritó.

—Vaya —dijo Anna—, voy a cambiarme de zapatos y vengo a ayudarte.

—No hay prisa —contestó el párroco con voz sosegada.

En el Cuarto Nupcial, Anne Sörensdottir sonrió para sí mientras se desabrochaba la ancha gola y la guardaba cuidadosamente en un baúl, se quitaba los zapatos de cuero, les limpiaba el polvo y los colocaba después junto a la gola. El Cuarto Nupcial, a diferencia de la cocina, tenía un techo falso sobre el cielo raso, y la parte superior de la gran cama con dosel casi alcanzaba las vigas. Había muy poco mobiliario en la habitación, aparte del baúl abierto y otro a juego con él, y el gran lecho, pero ambos baúles estaban delicadamente tallados, igual que los postes de la cama, porque habían formado parte de la dote de su madre, que había muerto cuando Anna era pequeña. El párroco dormía en un camastro en su estudio y Anna disponía del Cuarto Nupcial todo para ella.

Con pequeños gestos rápidos, se quitó la cofia de holanda abocinada y se tocó con un gorro de un azul mate que le recogía el pelo, y que se sujetaba con una cinta. Se puso un delantal para protegerse las faldas del domingo y metió

los pies descalzos en unos zuecos de madera. Entonces volvió al establo; el perro la siguió hasta la entrada. Las gallinas blancas habían aleteado hasta las cestas que colgaban junto a las cuadras, y estaban acomodándose para la noche con mucho frufú de plumas y cloqueo soñoliento. En la cuadra del fondo, el párroco, con una rodilla en tierra, estaba junto a una criaturita piernilarga tumbada en la paja.

—Otro ternero rojo; tan cierto como que el día sigue a la noche —dijo—. Tráeme una vela de junco, querida, y veamos si tiene la estrella blanca.

La estrella estaba allí, lo que complació al pastor. *Rosa de Oro*, aunque cansada, también parecía satisfecha. La vela de junco resplandecía vacilante sobre la piel como satén plateado y los ojos inquisitivos del recién nacido, y sobre la mirada vigilante de su madre, haciendo resaltar los ojos redondos y brillantes como joyas en las sombras. El párroco apagó la vela con el índice y el pulgar y, apoyando una mano en el hombro de su hija, dijo:

—El pequeño tiene el pelaje del mismo color de tus cabellos, pero se le oscurecerá. Vaya, no esperaba que volvieras a casa tan temprano. Pensaba que te pasarías la noche bailando.

—Tryg es tan solemne —respondió ella—. Dice que el baile es cosa de campesinos. No he podido convencerlo de que se quedara. Se ha vuelto solo a Rosmos. Y Vibeke me ha dicho que estabas solo, así que he vuelto.

—Eres una buena chica —dijo afectuosamente el pastor mientras se dirigían a la casa—. Bailar es bueno para ellos. Trabajan muy duro, los pobres. ¿Y qué si esta noche bailan hasta caer rendidos y luego no sirven para nada? Les sienta igual de bien que beber mucha cerveza; y los médicos del rey lo han recomendado para la salud del cuerpo. Bailar purga los espíritus animales y aligera el corazón dicen, de la misma forma que beber purga el cuerpo animal.

—Seguro que Vibeke baila hasta caer derrengada —comentó la joven.

Entraron en la cocina. El párroco dijo:

—He ordeñado las vacas antes de que llegaras; te has librado. Busca el pan y yo traeré la leche y tomaremos un bocado juntos... A no ser, claro está, que estés desganada de tanto atiborrarte de cosas ricas.

—Bebería algo de leche —dijo Anna.

La muchacha trajo un cesto de mimbre lleno de pequeñas hogazas tostadas,

todas con tres picos encima, y dos jarras de madera de haya revestidas de plata y con asas del mismo metal. El pastor cogió una vasija de barro rojo con la leche de la tarde, aún ligeramente tibia y de dulce aroma.

—Sentémonos en la puerta —propuso—. Hace un poco de frío y está oscuro dentro, y además apesta a ruda.

—A mí tampoco me gusta el olor de la ruda —dijo su hija—. No hay suficiente romero para disfrazarlo. Pero Vibeke no se quedaría a gusto si no se le permitiera asperjar toda la cocina con ruda la víspera del primero de mayo. Dice que ahuyenta a las brujas. ¿Tú te lo crees?

El párroco llenó las dos jarras antes de contestar. El perro se acostó con la cabeza contra los pies de su amo.

—La madera de haya es la mejor —observó el hombre—, no le da ningún sabor a la leche. En cuanto a la ruda, no creo que la necesitemos contra las brujas, pero sirve para reducir el número de pulgas.

A continuación tomó un buen trago de leche y se limpió el bigote, separándolo con los dedos. Los espesos cabellos y la copiosa barba de color blanco habían sido en tiempos de un color tan dorado como la melena de su hija, pero los años había transmutado el tono hasta no dejar un solo pelo que no fuera blanco en el cabello o la barba. Los tenía más crespos que lisos, y con tendencia a formar pequeños rizos. Era un hombre alto. De pie debía de medir más de metro ochenta, y era igual de ancho en proporción. Vestía las calzas de cuero y la blusa holgada, las medias de paño amarillo y los zuecos de madera de los campesinos. La mano que sostenía la jarra de madera de haya estaba manchada y encallecida, y no había labor en toda la granja para la que no resultara lo bastante fuerte o hábil.

—Vibeke hace montones de cosas que nadie más hace —dijo Anna, sujetando la jarra con las dos manos como una niña—. Lleva toda la vida lavándose las manos cada mañana. Dice que es porque las brujas son sucias y temen todo aquello que sea limpio, y que lavarse las manos es tan eficaz contra ellas como un conjuro.

—Bueno, eso es digno de alabanza —dijo el párroco.

—Robó un poquito de cera del cirio pascual, ¿lo sabías? Hizo una pequeña cruz con ella y la colocó entre la paja del tejado, justo encima de la puerta por la que pasan el ganado y las caballerías.

—Sí, lo sabía —dijo su padre con una sonrisa.

—Y también dice que esta noche las brujas se irán volando a un gran aquelarre en Escania, y que saldrán trolls del páramo. Por eso ha llenado la cocina de romero y ruda. Les tiene un miedo terrible a las brujas.

—Tiene sus razones, sin duda —dijo el pastor—. Sí, tiene sus buenas razones.

—Pero ¿tú piensas que las brujas han de ser tan temidas?

—Creo que se les achacan maldades mucho mayores de las que son capaces de cometer —respondió él.

—Bueno —insistió su hija—, pero ¿qué opinas de que vayan a ir volando esta noche a Escania? ¿Hay más brujas en Suecia que en Dinamarca?

La segunda pregunta hizo reír al párroco.

—Suecia es un sitio estupendo para las brujas —respondió—, pero Alemania es aún peor. Pero ahora en serio, es posible que Satanás pueda transportar los cuerpos de las brujas por el aire, porque está escrito que el diablo llevó a Nuestro Señor consigo a lo alto de una montaña y desde allí le mostró todos los reinos de la Tierra. Pero el temor a las brujas nunca debería ser mayor que el temor a Satanás. A buen seguro no pensarás que una bruja o un hechicero, porque también existen hombres dedicados a la brujería, sobre todo en Alemania, pueden hacer por sí solos nada que requiera poder. Si una bruja sacude agua de la cola de un caballo por encima de su hombro y así hace estallar una tormenta, no son ni la bruja ni el agua los que la han provocado, sino el demonio, que toma la sacudida de la cola del caballo por señal y por signo, y entonces lleva a cabo lo que ha pactado con su sirviente. Pero el poder del demonio lo limita Dios, por lo que solo puede cometer las maldades que Dios, en su infinita sabiduría, le permite.

La sombra del establo se había estirado ya hasta cubrir todo el patio. Anna alzó la vista al cielo oriental, donde, hacia Escania, y por detrás de la copa desnuda de una gran haya, estaba saliendo la luna. Estaba casi llena y refulgía con la palidez de la mantequilla en invierno.

—Pero entonces pueden volar por los aires —dijo Anna—, y pasar a través de las cerraduras, y provocarle morriña negra al ganado, y agriar la nata en la jarra.

—No creo que puedan pasar por las cerraduras —contestó su padre—, y

si le causan enfermedades al ganado, o agrian la nata, difícilmente son esas razones para quemarlas en la hoguera.

—Pero entonces, ¿hace bien Vibeke en tenerles miedo? —preguntó Anna.

—Vibeke tiene sus razones —respondió el párroco, como ya había dicho antes—, pero por lo que se refiere al resto de nosotros, no veo razón para tener más miedo de las brujas que de cualquier otra manifestación del Maligno. Y contra el poder de nuestro Adversario —prosiguió, adoptando un tono parecido al que usaba para hablar desde el púlpito de la iglesia de Vejlbjy—, no hay nada mejor que ser recto de corazón y tener las manos ocupadas. No creo que la cruz de cera pascual, ni la ruda o el romero u otras hierbas desecadas, ni lavarse frecuentemente las manos, resulten más poderosos que eso. Grande es el poder del Adversario, y ha de ser tenido en cuenta en todo momento, pero el poder de Jehová, Nuestro Señor, es mayor. Deposito mi confianza en el poder del Señor.

En el establo se agitó el ganado y relinchó un caballo: ruidos próximos y, al tiempo, amortiguados. Inclinandose un poco hacia delante, con los codos en las rodillas, el párroco miró feamente el crepúsculo primaveral como si estuviera leyendo un libro. Era ese un asunto al que le había dedicado muchas horas de reflexión. Volvió a hablar:

—Ha habido demasiado miedo de las brujas y se las ha perseguido demasiado por delitos menores.

—No es por cosas como agriar la nata por lo que las queman —lo interrumpió su hija—, sino por su pacto con el demonio.

—Es al demonio al que deberíamos temer —dijo el pastor—. En cuanto a esas pobres mujeres infelices y dignas de compasión, habría que razonar con ellas y devolverlas al seno de la Iglesia. ¿No fue perdonado el mismísimo Pedro, que renegó tres veces del Señor? Le doy gracias a Dios de que en Dinamarca exista cierta moderación en estos asuntos. Aquí, bajo Christian, pese a sus guerras, vivimos con cierta ilustración cristiana, y no en el terror de esos países al sur del nuestro. Sí, doy alabanzas a Christian por ser un monarca sabio y liberal. Y si el rey en persona hace bautizar a su propia hija sin exorcismo, ¿por qué yo, que soy su siervo, no he de seguir bautizando a los recién nacidos de la misma forma? A fe mía, que así es como pienso seguir haciéndolo digan lo que digan —añadió con entusiasmo—, y nadie conseguirá

hacerme creer que la inocente carne infantil recién salida del útero puede estar llena de enemigos infectos.

—Me haces recordar lo que me han encargado que te dijera —dijo Anna—. Casi se me había olvidado con toda esta historia de las brujas. Ida Möller te manda sus saludos y quiere saber si la puedes catequizar y bautizar a su hija, sin exorcismo, padre, en Pentecostés.

—Ah —exclamó el párroco muy satisfecho—, ¿así pues el pequeño ha llegado a este mundo sano y salvo?

—Es una niña —dijo Anna—. Ida está contenta por la niña, pero apenada por su hombre.

El párroco suspiró.

—Es un triste asunto —dijo.

—Ojalá pudiéramos ayudarla —respondió Anna, llenándosele los ojos de lágrimas al recordarlo.

—Espero que podamos —contestó su padre—. Bueno, niña, todavía tengo que escribir el sermón de la semana, pero me has dado una buena idea para empezarlo. ¿Te vas a la cama?

Anna miró la luna. Sobre su disco había sombras como de hojas.

—Creo que voy a pasear un poco camino abajo —respondió la joven—. La noche está tan bonita...

El párroco se puso en pie, cogió las dos jarras con una mano y la vasija con la leche con la otra y se inclinó para darle a su hija un beso en la mejilla.

—Que Dios te acompañe —dijo y entró en la casa.

Anna bajó por el sendero y la luna la iluminó, apartándose de los árboles y brillando con tonos más plateados. Oyó un chapoteo en el estanque de los patos. La luz de la luna excitaba a los patos y los gansos. Oyó muy a lo lejos el sonido de los violines y de la tuba. Siguió adelante un poco más, respirando la dulce frescura del aire, preguntándose si no sería mejor que volviera a casa y se metiera en la cama, pero al igual que los patos y gansos, se sentía desvelada por la luz de la luna sobre los campos que empezaban a brotar. Cuanto más avanzaba, más clara sonaba la música, hasta que pudo reconocer la melodía. Estaban tocando *El hombrecillo en apuros*<sup>[6]</sup>. Entonces, de repente, se desató el delantal, lo hizo una pelota y lo escondió debajo de un arbusto, se alisó las faldas, se quitó el gorro azul, se peinó el cabello con los dedos y echó a correr

hacia la música.

## 6

Una mañana, poco antes de Pentecostés, el párroco Sören Jensen Qvist estaba sentado en su estudio. Ese cuarto, como el que contenía la cama nupcial, tenía un cielo raso. Disponía de una ventana pequeña sin cristales, que se cerraba con un postigo de madera, y de una puerta que daba al pasillo que llevaba a la cocina y al huerto. La puerta estaba cerrada esa mañana, porque el pastor no deseaba interrupciones. La ventana estaba abierta, y a través de ella llegaba el rumor de las hojas, pues en la semana larga que había transcurrido desde la víspera del primero de mayo, cuando las copas de los árboles tenían escasos toques de verdor, las hojas se habían multiplicado, sedosas y formadas, y el párroco, sentado ante sus libros, pensó que era el primer día en que había sido consciente de su murmullo desde el otoño.

Su biblioteca era más amplia que la de la mayoría de sus contemporáneos en el país. De sus tiempos de estudiante en Leipzig y Copenhague se había traído no solo la Biblia, en la traducción danesa de Christian Pedersen y el obispo Peder Paladio, y el Catecismo de Lutero, sostén principal y necesidad absoluta de su vocación, sino también los himnos y sermones de Hans Tausen, obispo de Ribe. Junto a estos volúmenes se hallaba una obra de teatro, *Niding el avaro*, admitida en tan selecta compañía fundamentalmente porque su autor, Justesen Ranch, era también pastor en Viborg. A continuación de ese libro estaba el Nuevo Testamento en griego, y una colección de obras de filósofos paganos griegos, muy leídas. Al haber muerto estos sin haber visto la luz, antes del nacimiento de Nuestro Señor, sus almas indudablemente habrían ido a parar al Limbo, tal como lo representaba el gran poeta italiano, pero sus

palabras seguían llenas de excelente sabiduría y Sören Qvist les tenía estima y veneración.

En sus tiempos de estudiante se había fabricado un arca con casilleros — el palomar de sus libros, solía llamarlo— y con una tapa abatible que podía servir de escritorio. El arca en cuestión aún custodiaba su biblioteca y sus sermones, su pluma, un tintero y un plato con arena fina, y raras veces estaba cerrada. Esa mañana tenía por delante la agradable tarea de escoger un texto para el sermón de Pentecostés, pues, aunque admiraba los sermones del obispo Tausen, raras veces los usaba, ya que le complacía pergeñar los suyos propios. Su conversación con Anna lo había impulsado a releer el libro de Job, y había contemplado primero dar un sermón sobre el poder del mal, y cómo se ve limitado este por el poder divino, pero después, acordándose del día de la Ascensión, había optado por basar su texto en el evangelio de san Lucas y hablarles a sus feligreses —pues eran gente sencilla— de los discípulos de Emaús y de cómo se les reveló el Señor al partir el pan y de lo del pez asado, y la despedida en Betania<sup>[7]</sup>. De ahí había pasado a decidir hablarles de la necesidad del arrepentimiento, demorándose más en el perdón prometido que en el pecado cometido, pues sentía una gran ternura por el pueblo trabajador que se congregaba en su iglesia. No obstante, seguía queriendo preparar un sermón sobre el texto de Job y pensó que esa podría ser la ocasión. Abrió su Biblia y cogió el Catecismo.

Sobre su mesa había, entre otros papeles, uno en el que había tomado unas notas en algún otro momento, y también se lo acercó, distraídamente, pues había olvidado de qué trataban las anotaciones que había hecho. Por mor de su desmemoria, al leer las palabras que había escrito en su día le pareció que eran una indicación de Dios para elegir su tema en alguno de esos textos que había seleccionado y anotado en una fecha anterior. Con la mano sobre el papel, la hoja pareció convertirse en un instrumento de la voluntad de Dios, e incluso antes de haber leído todo lo escrito en ella, el pastor se sintió embargado por una emoción similar a la que sintió al tomar esas notas, aunque un poco menos afligida, un poco más humilde, e impregnada de asombro ante la conciencia de la intervención divina. Lo que leyó fue:

El que es tardo a la ira vale más que el poderoso, y el que se

domina es mejor que el que ha tomado una ciudad. Proverbios, 16,32.

Una respuesta blanda calma la ira; las palabras mortificantes encienden la cólera. Proverbios, 15,1.

No te apresures a enojarte en tu fuero interno, porque la ira anida en el corazón de los necios. Eclesiastès, 7,9.

Porque es necesario que el obispo sea intachable, como administrador que es de la casa de Dios. No soberbio, no irascible... no violento. Epístola a Tito, 1,7.

Sören Qvist no era obispo, solo era un párroco rural, pero era un siervo de Dios y, al recordarlo, se quedó sentado mirando fijamente el papel. El sonido de las hojas de los árboles agitándose en la mañana de mayo le llegaba desde muy lejos, como el ruido de cascos de caballo en el camino. Oyó también muy lejos las voces de sus criados y se desentendió de ellas.

Esa mañana, en la cocina, Vibeke estaba amasando pan y Anna, con ayuda de Kirsten, batía la mantequilla. Aunque la cocina era una habitación moderadamente espaciosa, estaba atestada. Muchas tareas se llevaban a cabo allí. En tiempos había albergado toda la vida de la familia, y las muchachas habían trasladado a ella su actividad, tanto por el placer de la compañía, como para que el calor del cuarto apresurara la preparación de la mantequilla. Vibeke y Kirsten compartían la cama en el nicho que antaño fue el del párroco. Hans, y cualesquiera otros hombres o mozos que estuvieran echándole una mano al pastor dormían en el cuarto más pequeño, al este. En el extremo occidental de la cocina, la gran chimenea, con su campana y hogar elevado y horno de ladrillo cerrado, ocupaba el tercio central de la pared. A ambos lados de la chimenea, en los huecos que formaban sus anchos hombros, se encontraban la rueca con su lanzadera, unos arcones de madera y una mesita. En uno de esos nichos, antes de que se construyera el ala nueva, era donde solía guardar sus libros el pastor, y seguía siendo un rincón en el que uno podía instalarse, aislándose un tanto del trajín de las actividades cotidianas, y tomarse tranquilamente una jarra de cerveza. Esa mañana, el perrazo marrón también había buscado refugio en la cocina, tumbado inmóvil debajo de la mesa, con la cabeza apoyada en las patas delanteras y brillantes ojos atentos.

Unas cuantas gallinas entraron por la puerta abierta, buscando migas

alrededor de la larga mesa de caballete en la que estaba trabajando Vibeke. Esta dio unas palmadas para espantarlas con las manos enharinadas y Kirsten, que estaba vertiendo nata en la mantequera, miró por encima del hombro y soltó una carcajada al ver cómo salían despavoridas. Con el movimiento, se le derramó un poco de nata, y la gata, blanca con manchas amarillas y grises, una oreja amarilla y la otra blanca, se acercó con pasos largos a lamerla.

—Si aún queda algo de nata de hoy, nos vendrá bien —dijo Anna, mirando en la mantequera abierta.

Kirsten se inclinó a su lado para comprobar por sí misma cuánta nata necesitaban, y durante un momento sus cabezas, sin tocado esa mañana, una de oro pálido y la otra de oro rojo, con trenzas lisas, se juntaron. Luego Kirsten se enderezó y, balanceando la jarra vacía, se dirigió a la vaquería. Al tiempo que salía la chica, alguien entró a caballo en el patio de la granja. Anna escuchó y pensó: «No es de nuestra gente», y luego oyó el intercambio de saludos, pero nada más, pues Kirsten siguió su camino. Al sentir calor, Anna se remangó hasta los hombros y, con las manos apoyadas ligeramente en el borde de la mantequera, se quedó esperando a que volviera Kirsten, preguntándose, sin demasiada curiosidad, quién podría ser el visitante. Quienquiera que fuese, se demoró en atar al caballo y solo después se oyeron sus pisadas acercarse calmosamente a la puerta. Anna no reconoció de inmediato al hombre que al poco ocupó el umbral, porque tenía el sol por completo a la espalda, pero en cuanto dio un paso al frente, la muchacha pegó un ligerísimo respingo. Era el que la había mirado de forma tan extraña la víspera del primero de mayo, montado en su yegua baya.

En esta ocasión no la miró; pareció no verla y acercándose a Vibeke le preguntó, con una voz que retumbaba de forma peculiar, si el párroco estaba en casa. Vibeke contestó que sí en tono nada amistoso.

—En tal caso, ¿podría hablar con él? —dijo el hombre.

—En realidad está muy ocupado —replicó Vibeke—. Está en su estudio, pensando en la prédica del domingo, y no le gusta que lo molesten en esos momentos.

—El asunto no admite demora —contestó el hombre y, al ver que Vibeke no parecía convencida, añadió—: Está relacionado con uno de sus feligreses, un tal Hans Möller, recientemente condenado a trabajos forzados en los

astilleros reales.

—Oh —exclamó repentinamente Anna—, si la cosa tiene que ver con Hans Möller, ciertamente mi padre querrá verlo.

El hombre se volvió al oírla y, con grandes aspavientos de sorpresa y alegría, le hizo una reverencia. Luego volvió a mirar a Vibeke.

—Bueno, si así están las cosas —dijo de mala gana la mujer—, supongo que tendré que correr el riesgo de ir a molestarlo.

Se limpió la harina de las manos en el delantal y se dirigió pasillo abajo hacia el estudio del pastor Sören. Los que se quedaron en la cocina la oyeron llamar, entrar en el cuarto y cerrar la puerta.

El extraño cruzó entonces la estancia hacia Anna.

—Estáis muy bonita esta mañana —dijo—. Esa blusa escotada os sienta mejor que la gola. —Y luego, dirigiendo la vista al suelo, añadió—: Y los pies descalzos resultan más atractivos que calzados. Y el color azul os favorece.

Anna no le contestó, pero tampoco apartó la vista. Era más alto de lo que le había parecido, casi tan alto como su padre, pero ni por asomo de constitución igual de fuerte. Podría haberlo considerado apuesto si no le inspirase tanta desconfianza. Sus modales eran aparentemente todo lo agradables que cabía esperar, y su voz resultaba discreta, y aun así Anna no estaba segura de que no estuviera faltándole al respeto. Apretó con fuerza las manos sobre el húmedo borde de madera de la mantequera y guardó silencio, aunque una sensación de lo más extraña le recorrió todo el cuerpo, una alarma que se desvaneció rápidamente, dejándole las yemas de los dedos como al rojo vivo.

Al párroco Sören Qvist lo sorprendió oír el nombre de su visitante. Seguía teniendo bajo la palma de la mano la hoja de papel con las cinco advertencias de las Sagradas Escrituras, y cuando Vibeke cerró con firmeza la puerta al entrar y le dio su desganado recado, él tuvo la impresión de que su anuncio coincidía extrañamente con el hallazgo de la hoja olvidada. Le dijo que hiciera pasar al visitante. Vibeke se retiró dejando a los dos hombres a solas y el propio Morten Bruus cerró la puerta con el ruido de sus pisadas alejándose; mientras, el pastor siguió sentado, con las puntas de los dedos apoyadas en el extremo de la hoja de papel.

La luz en la habitación era muy tenue, aunque el mundo exterior estaba inundado de claridad. En ese cuarto, el sol de la mañana solo penetraba a través del ventanuco enclavado en el muro, y se extendía sobre las superficies encaladas sin el menor contraste de luz o sombra. En su desnudez, la estancia resultaba casi tan ascética como una celda monacal, y el párroco seguía sentado sin moverse, vuelto ligeramente hacia su arcón de libros y papeles. La blancura de su cabello y de su barba, sus anchos hombros bajo la chaqueta de pana oscura, le conferían dignidad, y cuando sus ojos se encontraron con los de su visitante, había en su expresión tal seriedad, aún más, la intensidad con que se considera un misterio, que a Morten Bruus le resultó difícil explicar a qué había ido. El pastor no le dirigió la palabra, sino que se limitó a inclinar la cabeza una vez, muy ligeramente. Morten miró a su alrededor buscando una silla y se sentó, con el sombrero delante de las rodillas. No estaba acostumbrado a sentirse incómodo, y no le duró mucho tiempo.

—Pastor Sören, pertenezco a vuestra parroquia, aunque he tenido bien poco trato con vuestra iglesia.

Sin molestarse en hablar, el clérigo pareció admitir la verdad de esa afirmación. Morten prosiguió:

—Hace poco, uno de vuestros feligreses, condenado por robarme cierta suma de dinero, ha sido enviado a los astilleros reales.

Nuevamente, el pastor aguardó a que su interlocutor siguiera.

—Con posterioridad ha llegado a mis oídos que la señorita Anna Sörensdottir está muy disgustada por la situación en que ha quedado la mujer de ese hombre. —Como el pastor seguía sin ofrecerle la menor ayuda, Morten fue al grano lo más deprisa que pudo—: Puesto que esto la aflige, y quizá a vos también, he pensado que tal vez podría retirar los cargos contra el tal Möller, siempre y cuando vos os avinierais a ofrecer alguna garantía de que se comportará con más honradez en el futuro.

—Demasiado tarde —dijo el pastor llanamente—. Ha sido juzgado y sentenciado. Si las pruebas eran ciertas, vos podréis perdonarlo, pero la ley no lo hará. Si las pruebas eran falsas, ¿estáis dispuesto a admitir que cometisteis perjurio?

—Bueno, difícilmente —respondió Morten con una sonrisa—. Pero si no puedo hacer que retiren los cargos, acaso pueda aligerar la pena de Ida

Möller, que ha sido condenada a devolverme, de una forma u otra, la totalidad del dinero que me fue robado.

—Para eso no necesitáis solicitar mi permiso —dijo el pastor con la sencillez con que se le habla a un niño, y con la reticencia con la que podría uno dirigirse a un enemigo—. Desde luego, sería bueno que le perdonaseis la deuda a esa pobre mujer. Y en cuanto lo hayáis hecho, estad seguro de que me enteraré.

Claramente había llegado el momento de que Morten Bruus se retirara, pero no se levantó. Al contrario, bajó la vista a su sombrero, le dio unas cuantas vueltas entre los dedos y luego dijo con relativa naturalidad:

—Pastor Sören, vos y yo no nos hemos llevado particularmente bien. He venido a hablaros de Ida Möller con la esperanza de que dejéis de pensar que soy tan mala persona como os habéis acostumbrado a creer. Sabéis que poseo cierta fortuna en tierras y bienes. Con un poco de suerte y algún esfuerzo, puede que hasta llegara a ser una buena persona, de forma que incluso vos pudierais tener mejor opinión de mí.

El pastor alzó una mano como para protestar, para luego dejarla caer muy despacio, con la palma hacia abajo, sobre el papel que tenía en el escritorio. El impulso de hablar, fuese para expresar enfado o bien asentimiento, que había resultado aparente en su rostro, aunque nunca había abierto los labios, se desvaneció de forma tan visible como si hubiese sido un sonrojo. El hombre sentado ante él volvió a mirar su sombrero, le dio una ligera sacudida, como para quitarle unas gotas de agua, y dijo:

—Sería un necio si no fuera consciente de que gozáis de gran influencia en vuestra parroquia, así como en las parroquias vecinas. Por lo que a mí se refiere, sé que tengo la reputación de no ser muy caritativo. Pero permitidme que os asegure que son calumnias. No soy tan duro de corazón como se dice. Solo he insistido en coger lo que era mío.

—A veces también es necesario dar —dijo el pastor con gran dulzura.

—Bien, lo haré, con vuestra ayuda —dijo Morten Braus.

—Muy bien —contestó el pastor pacientemente—. Os ayudaré si necesitáis de mí.

—Además, también me gustaría... —empezó a decir Morten, pero se detuvo y se rio con cierto embarazo—. Me gustaría, pastor Sören, contar con

la ayuda de vuestra hija Anna. De hecho, a lo que he venido aquí esta mañana es principalmente a pedir la mano de vuestra hija en matrimonio.

Se hizo un gran silencio en la habitación. Sören Qvist miró a su visitante y se dio cuenta de que iba vestido con desacomodado atildamiento y que su actitud, de puro respetuosa, bordeaba el servilismo. Al iniciarse la conversación, no estaba del todo seguro de que Morten Bruus no hubiese ido allí a mofarse de él. Le había parecido detectar un elemento de burla en su actitud, y solo el tacto de la hoja de papel bajo su mano había mantenido su cólera a raya. Al principio, la propuesta de matrimonio solo le pareció al anciano una burla adicional. Luego, como tenía la vista aguda, detectó en la mirada de Morten una expresión de aparente sinceridad, por lo menos en lo tocante a esa petición en concreto. Y cuando en la mente de Sören Qvist se abrió camino la idea de que ese hombre, al que detestaba, estaba pidiéndole lo que más quería en el mundo, empezó a oír en el intenso silencio de la estancia un zumbido que creció hasta convertirse en un sordo rugido, y comprendió que era su sangre latiéndole en los oídos.

Una furia como no la había sentido en veinte años por lo menos surgió en él como una llamarada. Un vigor tremendo pareció henchir los músculos de sus brazos y el deseo de hacer uso de él fue tal que le pareció que reventaría en caso de que intentara refrenarlo. Se puso de pie y con los mayores esfuerzos del mundo evitó que sus manos aferraran a Morten Braus. Morten también se levantó. Resultaba harto evidente que el pastor no iba a acceder a su petición. De hecho, era obvio que tendría suerte si conseguía abandonar el cuarto sin que le abriera la cabeza. Dio una zancada hacia un lado, olvidando en ese momento de pánico dónde estaba la puerta.

Sören Qvist entrelazó las manos a la espalda y dio un paso al frente, luego se dio la vuelta y caminó unos cuantos pasos en dirección opuesta, y al comprobar que ese ir y venir lo ayudaba a mantener su furia bajo control, empezó a caminar, yendo y viniendo, delante de Morten; sin embargo, se sentía demasiado furioso y afrentado para pronunciar una sola palabra. Morten Braus, muy nervioso, se apartó poco a poco de la senda que trazaba el pastor. Le habría encantado poder salir de allí corriendo, pero entonces vio que el deambular del hombre le cortaba el paso a la puerta. En su lento retroceso, acabó por encontrarse de pie detrás de la silla del párroco y algo lo impulsó a

bajar la vista hacia el escritorio. Morten sabía leer, y tenía buena vista. Vio los textos que Sören Qvist había estado estudiando y comprendió repentinamente a qué debía su salvación temporal. Había oído contar historias de la cólera del pastor, así como de su fuerza. Y Morten era un cobarde. Sin embargo, un pronto temerario lo empujó a provocar al hombre a cuenta de su gran defecto.

—Ya comprendo a qué debo vuestra desacostumbrada paciencia —dijo en voz baja—. Os recomiendo encarecidamente el último texto, y muy en particular, también el penúltimo.

El pastor se volvió de repente e hizo frente a la figura burlona y algo vacilante de su adversario. Ni aun escupiéndole a la cara al anciano habría podido Morten Bruus insultarlo de forma más directa. No había una sola palabra de las anotadas en el papel que no estuviera tan clara en la mente del párroco como si la acabara de escribir, y comprendió al instante lo que Morten insinuaba. Toda la paciencia y tolerancia que había logrado invocar con tan enorme esfuerzo en consideración al incomprensible cambio de carácter de su visitante, desapareció silenciosamente como por ensalmo.

Dando un solo grito, alargó las manos, aferró firmemente el cuerpo acoquinado de Morten Bruus y se lo echó al hombro como si fuera una bala de paja, y luego se precipitó pasillo adelante. Apenas advirtió, al atravesar la cocina a paso de carga, cómo se apartaban las mujeres ante él, Atina y Kirsten a un lado, Vibeke al otro, volcando esta en su apresuramiento el cuenco en el que mezclaba la masa del pan. Una vez en el patio, arrojó a Morten al suelo. Teniéndolo a sus pies, exclamó con una voz que se oyó desde la cocina hasta el establo:

—¡Fuera de mi vista! ¡Que no vuelva a veros nunca! ¡Si vuelvo a sorprenderos en mi tierra, os desollaré vivo!

Atravesando la cocina y el pasillo, regresó a su estudio, entró y cerró la puerta a su espalda.

En cuanto se quedó solo, su furia desapareció. Sus huesos parecieron licuarse y se sintió espantosamente mal. Cayó de rodillas, temblando, y se tapó la cara con las manos. Hacía años que no se sentía así. Esta cólera, que se abatía sobre él tan repentinamente y con un poder tan omnímodo, había supuesto la mayor tribulación de su vida.

Lo asaltaron los recuerdos. Surgió ante él el semblante de un joven estudiante germano, rubio, arrogante y testarudo. Volvió a sentir el tacto de la empuñadura de la espada en su mano, y en su corazón el ardiente deseo que lo había poseído de matar a ese mozo. El motivo de la disputa se le escapaba. Lo que sí recordaba era haber pensado que el alemán no era mucho mejor que un calvinista; que le había parecido blasfemo a la par que personalmente ofensivo; que habían acordado batirse en duelo sin demora y que él había tenido intención de matarlo. Cuando acabó todo y resultó que el alemán solo estaba herido y no muerto, Sören se fue al extremo del prado donde había tenido lugar el lance y experimentó tal ataque de repugnancia que, por espacio de una hora, se sintió demasiado débil para moverse.

Se hizo entonces la reflexión de que Dios lo había salvado de convertirse en asesino y se dio cuenta de lo inapropiado que resultaba que se pelearan dos hombres que se tenían por siervos de Dios o que, cuando menos, estaban estudiando para asumir dicha responsabilidad.

Y sin embargo había deseado matar. Lo había salvado Dios: él no se había salvado a sí mismo. Años más tarde, había comprendido que no había sido por la cuestión de teología suscitada por lo que había deseado matarlo, sino por la arrogancia del alemán y le dio gracias al Señor por Su intervención.

Pensaba que el impulso de la ira era algo innato en él y, en general, solo se había entregado a este en la oratoria violenta, o a expensas de objetos inanimados. En ocasiones, presa de la furia, había hecho pedazos una brida solo para impedir que sus manos dieran rienda suelta a su enfado contra la pobre bestia que lo había encolerizado. Pero una vez, hacía mucho tiempo, había agredido a una criatura viva, y el recuerdo del episodio nunca lo había abandonado del todo. Era un crío, aunque fuerte para su edad, y lo habían mandado al monte a cuidar del rebaño. Llevaba un almuerzo bien escaso y tenía el hambre suficiente como para dar cuenta de él antes de que el sol estuviera alto sobre las colinas, pero teniendo presente que el día iba a ser largo, y con gran autodominio para sus años, ocultó su paquete de pan y queso al pie de un arbusto de brezo, bajo una roca. Sin embargo, el perro que lo ayudaba a cuidar del rebaño encontró el paquete, lo cogió y, antes de que el niño advirtiera que estaba hociendo en el pañuelo en que estaba envuelto todo, había devorado hasta la última miga.

En un arrebato de hambre y decepción, apaleó al perro, y lo hizo con saña, sin parar, y para terminar le golpeó la cabeza con una piedra, hasta que el animal se quedó completamente inmóvil. Entonces se le pasó el enfado y se acordó de que el perro era su amigo; puso su cabeza junto a la peluda testa del animal y lo acarició pidiéndole perdón. Pero el perro estaba muerto. La flojera y el intenso malestar que había vuelto a sentir en su ancianidad, los había experimentado entonces por primera vez, tirado en el suelo, entre los brezos bañados por el sol, presa de la mayor desesperación y vergüenza de su corta vida. Llegó a sus oídos el ruido que hacían las ovejas al mordisquear la hierba corta que crecía entre los arbustos y el zumbido de las abejas entre las flores de brezo por encima de su cabeza. Percibió el dulce aroma de la retama enana y de la propia tierra, que exhalaba una fragancia especiada bajo el ardiente sol, y lejos de consolarlo, esas cosas pasaron a formar parte de la intensa angustia de su desesperación. Al volver la vista atrás, con el transcurso de los años le había parecido que su corta edad y el hambre lo disculpaban un tanto, pero para el niño en el brezo eso no había servido de excusa cuando se desvaneció su enfado, porque quería mucho al perro. Aquella mañana de mayo en que sintió la violencia plena de su ira contra Morten Bruus quizá podría haberse justificado a sí mismo porque creía que el sujeto era un enemigo de los pobres, pero no tenía disculpa posible, porque Dios lo había prevenido ese mismo día. Así que los dos momentos de angustia se fundieron, a través de los años, y el adulto sintió la desesperación del niño, porque también el anciano había traicionado la confianza depositada en él.

Se pasó horas sin salir de su estudio. En la cocina, Vibeke recogió el cuenco de madera, su masa parcialmente trabajada y le limpió las briznas de paja y de suciedad. Anna y Kirsten estaban junto a la mantequera, demasiado asustadas como para retomar de inmediato su tarea. Al agacharse a recoger la masa, Vibeke vio a través de la puerta abierta a Morten Bruus, aún inmóvil en el suelo; luego rodó sobre sí mismo y se incorporó lentamente. Se sacudió la paja y el polvo de los hombros y los costados, se puso el sombrero y, tras mirar una sola vez hacia la cocina, se dirigió despacio a su caballo, lo desató y montó. Las tres mujeres lo oyeron alejarse cabalgando y solo cuando dejaron de oírse los cascos por el camino Kirsten alargó la mano hacia la batidora.

—Ay, en cuanto he visto a Morten Bruus entrar en la cocina —declaró

Vibeke con vehemencia—, me he dicho a mí misma: «Aquí llegan los problemas». Bueno, ahí se marchan los problemas. Ojalá no vuelva nunca.

—Así que ese era Morten Bruus —dijo Anna—. No me ha parecido ni la mitad de feo que en las historias que he oído contar de él.

—Tampoco es el demonio tan negro como lo pintan —replicó Vibeke—, pero sigue siendo el demonio.

**E**l domingo de Pentecostés del año 1625, el párroco Sören Qvist bautizó con agua y sal a la hija de Hans e Ida Möller, recibéndola así en el seno de la comunidad de Cristo. Majestuoso en la autoridad que asumía los domingos, revestido con la larga casulla negra de blanca gorguera acanalada que Anna se ocupaba, con infinitos desvelos, de tener siempre limpia y almidonada, tomó al bebé bien envuelto entre sus manos, las mismas que habían ayudado a nacer a *Estrella*, la hija de *Rosa de Oro*, que habían manejado el arado y ordeñado las ubres de sus vacas, que se habían tizado de la tierra y de hierbas de su huerto, y le administró la sal sacramental con gran ternura. La pequeña chilló al paladear el amargo sabor. El pastor explicó sus deberes a la madre y a los padrinos, trató el asunto del exorcismo de los bebés antes del bautismo, y dio gracias a Dios de que todos fuesen buenos daneses, súbditos de un soberano bondadoso e ilustrado. A continuación, Ida Möller se sentó y le dio el pecho a la niña para que se estuviera callada mientras el párroco concluía el oficio.

La brillante luz del sol recibió a la congregación de Vejlbj cuando esta salió de la iglesia, parpadeando; refulgía sobre las ásperas paredes de piedra caliza; iluminaba de forma inequívoca la ropa de los domingos, rojos inesperados y blancos nubosos, verdes, marrones y bermejos intensos, así como el verde tierno de la hierba y los arbustos del camposanto de la iglesia. A Anna la habían invitado a unirse a la comitiva del bautizo y se acercó a ellos. En el centro del grupo, con ojos desconcertados y sujetando a la niña contra el pecho, sintiéndose medio viuda, estaba la mujer de Hans Möller, que

aún no sabía si estaba deshonrada ante la comunidad por los nuevos cargos, tan recientes, presentados contra su marido, y se sentía confusa al verse objeto de tantas palabras amables y tanto festejo. Vibeke y los demás sirvientes de la rectoría se acercaron también a darle sus felicitaciones antes de volver a casa. El párroco Sören le sonrió al pasar, pero no se detuvo a hablar con ella, pues tenía otros asuntos entre manos.

Cosa de una hora después, su yegua blanca se detenía en Rosmos, delante de la casa del juez Tryg Thorwaldsen. El pastor echó pie a tierra, se sacudió los pliegues de la túnica negra, que había llevado recogida en torno a las caderas, y le tendió las riendas de la montura al mozo de cuadra del magistrado. Este acudió en persona a la puerta a recibir a su visitante.

—¿Por qué no me dijisteis que pensabais venir a verme hoy? —preguntó—. Podríamos haber venido juntos. He ido a Vejlbj a oír vuestra prédica, pero no me he quedado al bautizo.

—Os he visto —respondió el pastor—, y ha sido lo que me ha recordado que tenía una cosa que comentaros. Y siempre es mejor no dejar para mañana lo que se puede hacer en el día. ¿Subimos, os parece?

El juez siguió a su amigo por la estrecha y empinada escalera hasta la larga estancia forrada de roble que dominaba la calle.

—Quedaos a almorzar conmigo —dijo el juez.

—Gracias por la invitación —contestó el pastor—, pero me agobia lo que tengo en mente y me gustaría hablarlo primero y pensar en comer después.

—Por lo menos tomaréis una copa de vino conmigo —insistió Thorwaldsen—, debéis de estar sediento después de tanto sermón.

—Bien cierto es —reconoció el pastor con una sonrisa—. El vino de misa refresca el alma, pero deja el cuerpo sediento de más líquido... ¡ya sea vino o cerveza!

Se sentó en una silla de respaldo alto que había a un extremo de la larga mesa de roble. Tryg se instaló en la silla del extremo opuesto y esperaron a que el ama de llaves de Tryg les trajera unas copas y un decantador de vino blanco español. Tryg era un joven espigado y esbelto, de cabellos rubios y transparentes ojos azules de mirada firme, que revelaba su buena salud y absoluta limpieza de corazón. Con apenas veintiséis años, era joven para ser magistrado. Por la temprana muerte de su padre, disponía del control pleno de

una fortuna y una finca de tamaño moderado, y gozaba del respeto de toda la comarca.

El párroco se sirvió una copa de vino y deslizó el decantador hacia el final de la mesa.

—Estabais en Randers cuando el caso de Hans Möller llegó ajuicio, ¿no es cierto?

Tryg asintió y el pastor prosiguió:

—Ya sabéis que lo han condenado a diez años en los astilleros reales. Dado cómo son las condiciones de trabajo allí, sabe Dios si volverá a ver alguna vez a esa niña suya que he cristianado hoy. —El pastor frunció el cejo, suspiró, y tomó un sorbo de vino—. Antes del juicio, Hans me contó que Morten Bruus de Ingvorstrup le había prestado esa suma de dinero. Me pareció que había sido muy estúpido por su parte aceptar dinero, y de Bruus precisamente, sin dejar constancia por escrito de alguna forma. A no ser, claro está, que Bruus lo convenciera con astucia de no hacerlo.

—Le he estado dando vueltas al asunto —comentó Tryg—. ¿Y decís que no hubo ningún papel?

—Eso me dijo Möller, y yo le recriminé severamente su dejadez.

—Pues ahora resulta que Bruus se ha presentado con un papel —dijo Tryg—. Ayer mismo me trajo un documento con la marca de Möller, y también la de su esposa. Era una hipoteca por el doble de la cantidad que Bruus afirmaba haberle prestado.

El pastor enarcó las cejas:

—¿Así que una hipoteca? Pero si no se habló nada de hipotecas. Se dijo sencillamente que el dinero, en monedas de plata, estaba encima de una mesa, que los criados de Morten dieron fe de la presencia de Hans Möller en el lugar ese mismo día y que, más tarde, se supo que Möller había estado saldando pequeñas deudas por el pueblo y que tenía algún dinero en su casa, que, añadido a las cantidades que había pagado ya, ascendía a la totalidad de la suma que había sobre la mesa en casa de Morten. Pruebas circunstanciales todas ellas, y la palabra de Hans contra la de Morten, pero el juez poco o nada sabía de la reputación de este.

—La última versión de Morten es la siguiente —respondió Tryg—. Hace tres años, por San Juan, le prestó el dinero a Hans tomando una hipoteca sobre

su tierra, la franja más próxima a la casa. A continuación hay una franja de terreno que pertenece a Ingvorstrup y luego otra que le llegó a Hans por su esposa. Lo que pretende Morten ahora es reclamar la parcela de Ida como pago del dinero robado. Cuando tenga la parcela de Möller, juntando las tres parcelas tendrá un campo despejado. La hipoteca sobre el terreno de Möller no vence hasta dentro de cuatro años, pero tiene un pago parcial pendiente este año. Cuando le pregunté a Morten por qué no se mencionó esto en el juicio, dijo que legalmente no tenía nada que ver con el robo. Quiere dar a entender que Hans robó el dinero para pagar la hipoteca.

—Hans no me mencionó nada acerca de una hipoteca —dijo el pastor— y ahora no está aquí para ser interrogado.

—Exactamente —respondió Tryg—. Y además Ida Möller niega que la del documento sea su marca.

—Es su palabra contra la de Morten —dijo el pastor—, y Hans ya ha quedado desacreditado a ojos de la ley. ¿Y qué dijo Morten de eso?

—Dice que es natural que alegue eso, puesto que Hans niega el robo.

—¿Y a vos qué os parece? ¿Habéis visto la hipoteca?

—Yo me atrevería a decir —contestó Tryg— que el documento tiene una apariencia extraordinariamente nueva para tratarse de un papel que lleva los últimos tres años en manos de Morten Bruus.

El párroco sonrió.

—Bueno —dijo—. Morten cuidaría más de una hipoteca que de su propia salud. Sin embargo, se me antoja en efecto muy extraño. Tryg, amigo mío, vienen sucediendo cosas de estas desde hace seis o siete años, desde que Morten es el amo de Ingvorstrup, aunque esto último es, con diferencia, lo más grave. En minucias, Morten Bruus siempre se las arregla para quedar por encima de mis feligreses. Nunca consigo precisar cuál es exactamente la mala acción. Encima, se siente bastante seguro.

—Es un astuto bribón —apostilló Tryg.

—Se siente tan seguro —prosiguió el pastor—, que se presentó ante mí, ante mí, ¿os dais cuenta? Y, no sé si os lo vais a poder creer, parece pedirme a mi Anna en matrimonio.

El efecto que esto produjo sobre el juez fue el que el pastor esperaba. Casi se le salieron los ojos de las órbitas. Abrió la boca para soltar una

exclamación, pero el párroco alzó una mano.

—Y es más, lo hizo de tal forma que perdí los estribos y, de paso, todo mi buen juicio, y lo arrojé de cabeza a la calle. Pensé que ese zorro furtivo lo hacía para provocarme, pero ahora creo que lo decía en serio. Pero el caso es que estuve entonces más cerca de matar a un hombre de lo que lo he estado en muchos años, y se me hace muy cuesta arriba perdonarle eso, casi tanto como que se haya permitido tener esos planes respecto a mi niña. He sido un gran necio. —Levantó la mano de nuevo para hacer callar a su interlocutor—. He sido en verdad necio, sí, porque solo he conseguido hacer de él peor enemigo, y no solo mío, si no de toda mi gente. Llegó diciendo buenas palabras sobre Möller. Se ofreció incluso a retirar los cargos sabiendo perfectamente, no me cabe duda, que eso era imposible. Y ahora nos sale con una hipoteca de la que nadie sabía nada. ¿Sabéis lo que parece?

—Que lo de la hipoteca se le ocurrió ayer mismo, o anteayer —respondió Tryg—. Con todo, le partiría el cuello en persona si pudiera, por permitirse esos pensamientos sobre Anna.

El pastor sonrió con una dulzura y felicidad que resultaban llamativas en un hombre que había estado tan furioso.

—¿De verdad lo haríais, querido Tryg? Ojalá pudiera daros mi venia.

—Lo juro por mi vida —dijo el magistrado.

—Y, sin embargo, no quisisteis bailar con ella la víspera de mayo.

—Danzar alrededor de las hogueras es cosa del vulgo —contestó Tryg Thorwaldsen—. ¡Maldita sea, párroco Sören, soy un magistrado!

—Con todo y con eso, tendréis que bailar en vuestra boda —dijo el pastor en tono benévolo.

Tryg se levantó de la silla, apoyó las palmas de las manos en la mesa y se quedó mirando fijamente al anciano mientras le llegaba al cerebro lo que implicaban sus palabras. Una gran timidez se reflejó en su semblante y en su voz:

—¿Tomaríais en consideración...? —empezó a decir con deferencia—. ¿Podría yo...? ¡Oh, al infierno! ¿Tomaríais en consideración, párroco Sören, prometerla conmigo?

—¿No os lo estoy pidiendo? —respondió el pastor—. La propuesta de Morten me dejó de piedra. He sido tan dichoso con mi hija que se me había

ido por completo de la cabeza que debería haberme estado ocupando de su felicidad futura. Parece que fue ayer cuando era una niña, y ahora tiene diecisiete años cumplidos. Casi demasiado mayor para casarse.

## 8

**L**as copas de los tilos crecían tupidas en torno a los tejados empinados de la rectoría, y las bardanas prosperaban en las esquinas de las paredes y al borde del estanque. Los gansos hallaban cobijo bajo sus toscas y ásperas hojas y los niños hacían cestos con sus punzantes flores verdes. Las cincoenramas, con sus pequeñas flores amarillas, y los ranúnculos, con sus lustrosas corolas doradas, bordeaban los caminos soleados y hacía tan buen tiempo que el ganado permanecía en los campos toda la noche. El juez Tryg Thorwaldsen y Anna Sörensdottir se prometieron a principios de junio. Según el deseo de Tryg, el almuerzo de compromiso tuvo lugar en su casa en Rosmos, y los papeles se firmaron en la estancia estrecha y de altos paneles con tres ventanas vidriadas. Aun así, Sören Qvist dio un banquete en la rectoría esa noche.

Acudió gente desde tan lejos como Hallendrup; vinieron los amigos de Tryg de Rosmos, y el gran amigo del pastor Sören, Peder Korf, de la parroquia de Aalsö, un hombre bajo y corpulento de espesa barba castaña y brillantes ojos azules. Vibeke se desvivió con todo el mundo. Incansable, parecía estar en todas partes al mismo tiempo, llevando repollo caliente con mantequilla al pastor Korf y pastelillos de hojaldre y jarras de cerveza a la gente bien de Rosmos. En un momento dado, salió al huerto a cortar coles frescas para echarlas a la olla que tuvo en el fuego toda la velada, y sorprendió a Kirsten y a Hans besándose, creyendo que nadie los veía. Se limitó a reírse de Kirsten por ruborizarse tanto que hasta la nuca se le puso colorada, y se apresuró a seguir con lo suyo. Les llevó de beber a los músicos y echó a Anna de la

vaquería, donde la muchacha había buscado refugio de tanto festejo realizando una tarea que le era familiar.

—Esta noche la que tendría que estar aquí es Kirsten y no tú —dijo Vibeke—. Y tú deberías estar donde está ella, dejándose besar en el huerto.

—Ay, Vibeke —se quejó la joven—, si no me han besado cien personas desde este mediodía, no me ha besado nadie. Quería un momento de tranquilidad para pensar un poco las cosas.

—Déjate de pensar y vete a bailar con tu hombre —dijo Vibeke.

En el patio de la granja habían dispuesto una gran mesa de caballete, recubierta con un mantel de tela blanca que casi tocaba el suelo. En ella se alineaban canastos llenos de pasteles hechos por Vibeke y todas las jarras —de plata y madera de haya, de plata y ébano, de arcilla grabada con tapas de plata— de las que podía presumir, o había pedido prestadas, la rectoría. En esa misma mesa los invitados dejaban al llegar sus ofrendas de fruta: las primeras fresas y, sobre lechos de hojas verdes, las primeras cerezas. Ahí estaban también los cuencos con repollo caliente nadando en mantequilla y ruedas de queso cremoso, y platos de pescado ahumado y en salazón, de forma que todos pudieran servirse al llegar. En el extremo más alejado del patio, cerca del gran montón de estiércol, con la pared del establo a su espalda, estaban sentados los músicos: dos violinistas y el hombre de la tuba, que también tocaban en la iglesia los domingos. Había acudido asimismo un gaitero de Grenaa. La música era su regalo para el compromiso. No todos los días el párroco Sören prometía a su hija, y eran bien pocos en la parroquia de Vejlbj, o en la Aalsö, ya puestos, los que no conocían a Anna desde pequeña.

El juez Thorwaldsen bailó. Bailó *El hombrecillo en apuros* con Kirsten, Vibeke y Hans. Luego bailó *La gallina con cresta*<sup>[8]</sup> con Anna y Vibeke, y después danzó en corro hasta que se le empaparon de sudor la ropa y los rubios cabellos. Le habría gustado descansar, pero Vibeke no le quitaba ojo. Lo maravillaba que esta no cayera derrengada: parecía participar en todos los bailes. Con cuarenta y tantos años ya, y a bastantes kilos de su antigua esbeltez, seguía tan ágil de pies como cualquier jovencita de las allí presentes, y aunque su cara redonda se ponía colorada y se le perlaba la frente de gotitas de sudor, respiraba tan acompasadamente como una niña. La música, que rebotaba en la pared del establo, y con el eco de las tres restantes paredes,

sonaba muy fuerte, y los músicos se mostraban tan incansables como Vibeke.

El festejo empezó hacia el final de la tarde y prosiguió, acompañando las tareas vespertinas de la granja, hasta bien avanzado el largo crepúsculo dorado. A las diez de la noche, el sol todavía acariciaba las copas de los tilos.

Tryg había perdido a Anna entre los bailarines. Después de buscar un poco, volvió a encontrarla en compañía de su padre y de tres hombres andrajosos. Los mendigos habían oído desde lejos el sonido de la música y se habían acercado con la esperanza de conseguir algo de comer y beber. El pastor Sören, acordándose de los convidados a la boda a los que hubo que ir a buscar por las encrucijadas y los setos de los caminos<sup>[9]</sup>, le indicó a Anna que les trajera de beber. Mientras su hija iba a atender su petición, se quedó conversando con ellos. Él era el más alto del grupo con diferencia, con su larga sotana negra y gorguera blanca, su blanca cabeza dominaba las de todos, y uno de los polvorientos caminantes le dijo:

—Vos debéis de ser sin duda el párroco Sören Qvist. Un amigo que hice en Grenaa me dijo que tal vez podríais ofrecerme alojamiento por una noche. Lo que yo no sabía es que fuera esta la granja y que íbamos a encontrar una fiesta.

—¿Y quién era ese amigo vuestro? —preguntó Sören.

—Un auténtico mendigo, un tipo con las piernas tan torcidas que a duras penas puede caminar. Me dijo que le habíais dado cobijo más veces de las que podía recordar. Pero señor párroco, nosotros no somos mendigos profesionales. Solo somos hombres momentáneamente sin medios.

Uno de sus compañeros se rio:

—Buena forma de describir a un mendigo —dijo—. Pero es verdad, no somos mendigos para ganarnos la vida. Nos dirigimos al sur para unirnos al rey.

Hombres sin tierras y sin familia acudían desde el norte de Aalborg en respuesta a la petición de voluntarios del rey Christian y esperaban, con suerte, alcanzar al ejército real en Holstein antes de que terminara el mes. El semblante del pastor se ensombreció al oír mencionar la campaña del monarca.

—Me parece una guerra que no necesitábamos —dijo—. También el Consejo estaba en contra, por lo que tengo oído. Y la carga para el país es muy considerable. Además, llega demasiado pronto después de la guerra de

Kalmar. Los impuestos recaen más pesadamente sobre el campesinado, como siempre, aunque tampoco la casa de Dios se ha librado de las tasas. Se llevaron todas las campanas de mi iglesia menos una para hacer cañones, y eso, amigos míos, me parece un mal destino para un metal que servía para llamar a la gente a la oración.

—¿No es acaso una guerra por la fe? —preguntó uno de los desconocidos.

—¡Abajo los papistas! —soltó otro—. Desde luego, es una guerra contra el emperador y su Liga.

—A veces me pregunto si no será, principalmente, una guerra para evitar que los suecos se sientan demasiado grandes —dijo el pastor—. Aquí viene mi hija Anna con la mejor cerveza de toda la comarca de Randers.

—A la salud de la dama —brindó el hombre que había hablado el primero—, y mucha felicidad asimismo.

—A la salud también de este hombre —dijo el pastor al ver acercarse a Tryg. Se lo presentó a los viajeros y luego, dándole una fuerte palmada en el hombro al joven magistrado, exclamó—: ¿No os dije que bailaríais, Tryg?

—He bailado hasta agotarme —respondió el juez—. Ahora me gustaría decirle algo a Anna, si me permitís apartarla de vuestro lado. —Y se la llevó consigo, pese a las protestas de la joven.

—Ya empieza —dijo el párroco—. ¿Veis cómo se la lleva de mi lado? Bueno, no puedo retenerla para siempre. —Calló un momento y luego siguió—. Antes de que termine el año, andaré falto de mano de obra en más de una labor. Uno de mis hombres se alistó el pasado abril, cuando llegaron por estos pagos las primeras nuevas de la guerra. Solo tengo a Hans. Me vendría bien otro criado en la granja si alguno de vosotros quisiera quedarse.

—Muy agradecidos, señor párroco —dijo el forastero—, pero por lo que a mí se refiere, soy un culo de mal asiento. Ya que he decidido ver el río Weser, prefiero seguir adelante. Todavía estoy demasiado cerca de Aalborg como para tener la sensación de que he viajado lo bastante lejos.

Sus compañeros se rieron y manifestaron su acuerdo. Le dieron las gracias al párroco, pero con lo que llevaban visto de trillos y palas les bastaba para el año.

Sören no insistió. Los acompañó a la mesa y los invitó a servirse. Les dijo que podrían compartir las dependencias del servicio con Hans y que se

acostaran cuando buenamente se sintieran cansados.

—En cuanto a Vibeke —dijo a guisa de conclusión—, lo más probable es que baile hasta el alba, si consigue convencer a Lars Pedersen y a los demás para que toquen tanto tiempo.

Dejó a sus invitados ocasionales hartándose de pescado en salazón y repollo y, sintiéndose algo cansado, así como un poco triste, buscó un banco para sentarse. Las parejas estaban formando cuadrillas para una nueva danza y Anna y Tryg aún no habían vuelto. Cruzó el patio con la intención de poner algo de distancia entre los músicos y él. Al pie de uno de los tilos, al borde del camino, había un banco circular construido alrededor del tronco del árbol, desde donde pensó que podría contemplar a sus invitados sentado al fresco y relativamente aislado. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar ese refugio, lo abordó un campesino joven, que se quitó el gran sombrero de fieltro verdoso y se quedó parado ante él con la cabeza inclinada, como si tuviera la intención de pedirle una merced o su bendición.

—¿Qué ocurre, buen hombre? —preguntó el párroco—. ¿No te han acogido bien en la mesa?

—Sobradamente —respondió el hombre— y gracias por la comida. Pero si os place mi petición, desearía entrar a vuestro servicio, señor párroco.

—¿Y eso? —dijo Sören Qvist, un tanto sorprendido, dado que otros acababan de rechazar su oferta de empleo.

—Me gustaría trabajar para vos, señor párroco, eso es todo —dijo el hombre.

Alzó la cabeza y, pese a la luz menguante, Sören Qvist pudo advertir cierto parecido con una cara que le era conocida.

—¿No eres acaso el hermano de Morten Bruus? —preguntó.

—Así es, señor párroco —respondió el hombre.

—¿Y deseas trabajar para mí?

—Así es también, señor párroco.

—¿Y a tu hermano qué le parecería eso?

—A Morten no le importa nada lo que yo haga —dijo Niels—. No quiere tenerme en medio. No me da nada. No hace nada por mí. Es un hermano desnaturalizado.

Sören Qvist lo contempló un momento pensativo, y luego le preguntó:

—¿Te gusta trabajar, Niels?

—Gustarme no me gusta, señor párroco —respondió Niels con bastante sinceridad—, pero me gusta comer.

Sören sonrió un poco al oír eso. Niels se parecía bastante a su hermano, por lo que había suscitado en él un rechazo instantáneo. Sin embargo, a diferencia de Morten, iba andrajoso y todos los pobres, lo merecieran o no, conmovían al pastor.

—¿Por qué acudes a mí antes que a otro cualquiera? —preguntó.

Niels bajó la vista hacia su sombrero, al que le dio vueltas y más vueltas antes de contestar:

—Es fama que el señor párroco es un buen amo —dijo por fin.

Sören dudó todavía. Le parecía raro que el hermano de su enemigo quisiera formar parte de su casa, pero era verdad que necesitaba otro trabajador para la granja. La estación estaba avanzada y pronto llegaría el momento de recoger el heno. Había siempre más quehacer del que podían abarcar Hans y él, lo que le dejaba cada vez menos tiempo para atender a las necesidades de sus feligreses. Se le ocurrió de pronto que tal vez fuese la Providencia la que le había mandado a ese hombre, de forma que pudiera expiar en parte su ira. Podría perdonar a su enemigo indirectamente, sin tener que dar cuartel al mal que ese enemigo representaba.

—Muy bien, Niels, puedes trabajar para mí —dijo amablemente—. Y mientras tu trabajo sea honesto, todo lo demás lo será asimismo. Recibirás idéntico sueldo que los demás, y buena comida, y un buen techo. Puedes decirle a Hans que te indique una cama para la noche.

Niels inclinó la cabeza e hizo una especie de reverencia. Luego se dirigió a las dependencias del servicio para buscar a Hans.

La luna se hallaba en su último cuarto esa noche y no se alzó cuando se puso el sol, pero sí empezaron a salir las estrellas, blancas en el azul cada vez más atenuado del cielo. Al tiempo que este se tornaba violeta, y el violeta, aunque aún luminoso y traslúcido, palidecía, fueron apareciendo más estrellas, sueltas y en racimos, brillantes como la escarcha. Se levantó un poco de bruma en el estanque y empezó a acumularse el rocío en las hojas y en el pasto. Anna y Tryg, que la llevaba del codo, siguieron el camino que bajaba al huerto de la rectoría. La joven iba con las manos cruzadas en el vientre y la vista baja,

contemplando los dos brazaletes de compromiso de oro que brillaban en sus muñecas. Tryg vio su mirada y le preguntó:

—¿Te gustan?

—Sí, son muy bonitos —contestó la chica sin levantar la cabeza.

Ante ellos, el camino acababa sumiéndose en la penumbra y la colina ascendía suavemente en una pendiente herbosa hasta la sombra oscura del bosque; alrededor, en el calor de la noche, se percibía la feracidad de la tierra. Cuando llegaron a los escalones dispuestos para franquear el seto, Anna se soltó de Tryg y subió sola los altos peldaños. La madera estaba muy húmeda, por lo que la secó con las manos lo mejor que pudo antes de sentarse. Tryg la siguió y se quedó de pie a su lado, con una palma apoyada en el ancho peldaño, las densas hojas de un avellano agolpándose a su espalda. Anna era consciente de la mano de él a su lado, y de que fácilmente le podría haber puesto una de las suyas encima, pero las razones que tuvo para no hacerlo eran diversas y oscuras incluso para ella misma. Esperó a que Tryg hablara, pero él no parecía saber por dónde empezar. En el silencio, casi le parecía oírlo descartar primero una frase y después otra. Por último, Tryg dijo con bastante llaneza:

—Me evitas. Cuando te veo bailar, pienso que se te ve muy feliz, pero en cuanto intento acercarme a ti, me das esquinazo. Tengo pues que preguntarte si te arrepientes de nuestro compromiso.

—Sabes muy bien que mi padre jamás me habría prometido sin mi consentimiento —respondió ella en voz baja.

—Bien, entonces, si consientes, ¿por qué me rehúyes?

—Sabía que este era su mayor deseo —dijo Anna—. Y tú y yo siempre hemos sido buenos amigos.

—Sí, nos conocemos desde hace mucho tiempo —respondió Tryg con tono serio— y hemos sido amigos, y las buenas amistades dan lugar a los mejores matrimonios.

Como la joven volvía a mirarse las manos sin contestar, él preguntó:

—¿Acaso no es cierto?

—Siempre lo había creído así —dijo ella lentamente.

El semblante de Tryg, aunque medio en sombras, estaba cerca de ella y parecía muy preocupado.

—¿Ha ocurrido algo que te haya hecho cambiar de idea? —preguntó, aún más serio.

—Sí, tal vez —contestó Anna.

Para su sorpresa, la invadió repentinamente una sensación de alarma que, aun siendo dulce, la hizo estremecerse pese a no tener frío. La mirada de Tryg escrutando su cara en la creciente oscuridad aumentó su turbación, obligándola a cerrar los ojos y a apartar la cabeza. Él no se movió ni volvió a hablar durante un tiempo y cuando por fin lo hizo su voz sonó apagada y fría, y desconocida.

—Afortunadamente —dijo—, un compromiso no es más que un pedazo de papel y se puede quemar. Y eso haremos. —Retiró la mano del peldaño y se apartó de ella uno o dos pasos, luego repitió sin el menor énfasis—: Y eso haremos. Bien, buenas noches, Anna.

—No lo entiendes —dijo ella, volviéndose de nuevo hacia él.

—Lo intento —respondió Tryg, profundamente herido—, al menos creo que lo hago. —Y añadió—: No te culpo. Eres muy joven.

—Pero Tryg —exclamó ella, afligida y un poco asustada—, estoy segura de que no lo entiendes.

—No estás enamorada de mí —dijo él—, o quizá lo estás de otro.

—Pero ¿cómo puedo saberlo? —gritó Anna, poniéndose en pie de un salto.

Al estar en el peldaño de arriba, pareció mucho más alta que él. Anna inclinó la cabeza, escrutando el semblante que a duras penas podía distinguir.

—Yo sé que estoy enamorado de ti —dijo Tryg.

—Pero ¡Tryg! —gritó la joven, y luego se calmó—. Hans besa a Kirsten en el huerto, o en la vaquería —prosiguió—. Tú no me has besado nunca, salvo hoy a mediodía, y delante de veinte personas.

—No habría resultado apropiado —dijo él.

—Ni siquiera me has dicho nunca que me quieres. ¡Vaya preferiría ser Kirsten! —exclamó con repentina exasperación.

Tryg la cogió entonces por la cintura y la levantó en vilo. Apartándola de los escalones y estrechándola contra él sin que tocara el suelo, la besó en la boca como ella deseaba. Hasta entonces nunca la había tocado y no se había dado cuenta de lo menuda y ligera que era. Después la dejó en el suelo y le

cogió la cara entre las manos.

—Qué raro —dijo Tryg—. Tu cara se ve muy fresca y blanca, como las anémonas tempranas del hayedo, pero tienes los labios calientes.

En el extremo opuesto de la casa, los violines empezaron a interpretar la música de *La gallina con cresta*, después de unos cuantos compases, se les unieron las gaitas. Nadie fue a interrumpir a los novios.

## 9

**A**nna no se enteró de cuándo terminó el baile ni de cuándo se marcharon los últimos invitados. Se despertó una sola vez y se dio cuenta de que todo estaba en silencio, pero la pálida luz que entraba por la rendija de los postigos no era la de la mañana. Así pues, volvió a dormirse y se despertó tarde. Se oían voces en la cocina. Oyó el chasquido metálico de la cadena al bajar alguien el cubo al pozo, y también el tintineo del arnés de una yunta que salía a los campos.

Se quedó acostada unos cuantos minutos más, estirándose bajo la ligera y cálida protección del edredón de pluma. Luego se llevó las manos a la cabeza y se soltó la cinta del gorro de dormir, que dejó caer al suelo junto al lecho, y extendió su cabellera sobre la almohada, peinándosela con los dedos para desenredarla. El dormitorio estaba a oscuras. El sol nunca alcanzaba ese rincón de la casa antes del final de la tarde, pero ya se empezaba a notar que el día iba a ser caluroso. Se movió un poco y los pliegues de su camisón cayeron suavemente alrededor de su cuerpo como olas de agua tibia. Volvieron a ella los recuerdos de la víspera: su sorpresa al encontrar tan sencillo y natural besar a Tryg muchas veces. Recordó el aroma de su rostro, saludable y cálido, y lo grandes y seguros que le habían parecido sus hombros cuando se había aferrado a ellos. Si alguien le hubiese preguntado anteayer cómo esperaba que fuera lo de estar prometida, no habría sabido qué responder, excepto, quizá, que esperaba que resultara distinto de cuanto había conocido hasta entonces. Pero esa mañana todo le parecía familiar, muy seguro, muy agradable, y del todo natural. Bostezó, echó hacia un lado el edredón de

pluma, se levantó de la cama, soñolienta, y se quitó el camisón.

Desnuda en la penumbra, menuda y muy esbelta, tan blanca como una vara de sauce pelada, salpicada de oro, cruzó el suelo de ladrillo oscilando un poco, como si aún siguiera medio dormida. Desde luego, iba a ser un día de calor, porque no sentía ningún deseo de vestirse deprisa. Cogió una blusa de hilo blanco y se la metió por la cabeza, sacando la larga mata de cabellos de un rubio rojizo por la abertura del cuello a caja, para dejarlos caer sueltos por encima de sus hombros. Sacudió una enagua blanca, se deslizó en ella y se la ató apretada a la cintura. A continuación se puso dos faldas de camelote de colores, una amarilla y la otra verde; por último, un corpiño bermejo, muy ajustado en la cintura. La presión de sus manos al ajustar el corpiño le recordó las manos de Tryg la noche anterior y sonrió ladeando la cabeza, quedándose un momento ensimismada.

Abrió los postigos de madera y permaneció de pie junto a la ventana mientras se peinaba y se trenzaba el pelo, contemplando las praderas matinales. Las voces de la cocina eran muchas, y no le eran conocidas. Pensó que probablemente serían las de los extranjeros harapientos a los que había servido de beber la víspera. El párroco acogía a tantos huéspedes —mendigos o viajeros—, que, en algunos momentos del año, cuando había poco trabajo en la granja, las dependencias del servicio tenían tanto trasiego como una posada. Anna se sujetó las trenzas en la cabeza, pero no se puso gorro, y salió descalza a la cocina por una taza de leche.

Había cuatro extraños en la estancia, a tres de los cuales recordaba de la noche anterior; el cuarto era el joven al que había visto con Morten Bruus delante de la posada. Vibeke y Kirsten les habían dado cerveza y pan con pescado en salazón, y estaban todos sentados de cháchara. Bien poco trabajo se había hecho, aparentemente. Vibeke se levantó a coger pan y queso para su joven ama, diciéndole por encima del hombro mientras se dirigía a la alacena de la comida:

—Este es Niels Bruus, que va a trabajar para nosotros.

—Así es, señora —dijo uno de los hombres—. Hemos intentado convencerlo para que nos acompañe a las guerras, pero el muy cobarde no quiere.

—Me quedaré aquí y trabajaré para el señor párroco —dijo Niels, como

ya había afirmado media docena de veces esa mañana—. Seré honrado y haré el trabajo de un hombre honrado. Vosotros podéis largaros y desvalijar a los muertos.

—Cuidado con lo que dices —dijo el otro—. Vamos a defender la fe cristiana, y aunque aún no estemos alistados, ya somos soldados en espíritu. A la próxima insolencia que sueltes, te sacamos fuera y te abrimos la cabeza.

—Mejor será que te lo pienses, Niels —dijo Vibeke—. Si te quedas con el párroco, con toda seguridad tendrás que hacer el trabajo de un hombre honrado. Y eso es más de lo que he oído que hayas hecho nunca.

—Está bien —replicó Niels en tono terco—, ya me lo he pensado y me quedo a trabajar.

—¡Bravo! —exclamó Vibeke—. Pero recuerda que el señor párroco tiene poca paciencia con los holgazanes... Salvo al día siguiente de una fiesta de compromiso.

—He oído decir que pierde fácilmente los estribos —dijo Niels—. Aun así, me quedo.

Le echó entonces a Kirsten una mirada insinuante tal que la muchacha le dio un empujón que casi lo tira del taburete y se fue de la cocina.

—Pues en tal caso puedes ponerte a tu tarea cuanto antes —dijo Vibeke—. Ya no hay más de comer hasta mediodía.

—¿Y a mediodía? —preguntó Niels.

—Kirsten te llevará tu almuerzo al campo.

—Ay, sí, el campo. ¿Y qué es lo que ha dicho el señor párroco que se supone que tengo que hacer en ese campo?

—Lo has oído tan bien como yo —dijo Vibeke—. Ponte en marcha.

—Todo a su debido tiempo —replicó Niels, levantándose lentamente—. Bueno, asegúrate de que sea Kirsten. —Y salió por la puerta despacio.

Los forasteros pensaron que también había llegado el momento de despedirse. Le dieron las gracias muy cumplidamente a Vibeke, le manifestaron su enhorabuena y mejores deseos a Anna, y se marcharon.

Vibeke los siguió un rato con la mirada con una ligera melancolía. Anna le tomó el pelo:

—¿Qué te pasa, Vibeke? ¿También te apetece irte a la guerra?

La mujer se apartó de la puerta, le sonrió a Anna con ternura y,

acercándose a ella, le pasó el brazo por los hombros y la besó en la mejilla.

—Eres una buena chica —dijo—, aunque no te pareces nada a tu madre. Se dirigen a Aabeltoft. Está a sus buenos treinta y cinco, puede que cuarenta kilómetros de aquí, pero llegarán antes de la noche. Estaba pensando que me gustaría volver a ver el viejo pueblo. No he regresado desde el día de la boda de tu madre.

—A mí también me gustaría verlo —dijo Anna—. Me gustaría visitar todos los pueblos de Jutlandia. Antes pensaba que me casaría con un hombre de muy lejos y que podría ver mundo. Y aquí estoy, prometida a Tryg, y lo más lejos que llegaré de casa serán los ocho kilómetros hasta Rosmos.

—Deberías alegrarte de estar prometida a Tryg —dijo Vibeke.

—Oh, lo estoy. Pero a pesar de todo estoy un poco triste al pensar que ya está todo resuelto, y que sé a ciencia cierta cómo va a ser el resto de mi vida. —Se rio y añadió—: ¿Qué mosca le ha picado a mi padre para contratar a Niels Bruus? ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Se quedará mientras trabaje —respondió Vibeke—. Y no me preguntes por qué le ha dado por ahí al señor párroco. Puede que se le haya ido la cabeza. A no ser —sugirió pensativa— que estuviera muy arrepentido de haber tirado a Morten al suelo de cabeza. Eso sería muy típico de tu padre. Vaya, su mente no funciona como la tuya lo la mía. ¿Quieres más leche?

Ese mismo día, más tarde, Anna y Vibeke estaban sentadas en el Cuarto Nupcial y el ama de llaves seguía a vueltas con los recuerdos de Aabeltoft. Habían abierto el arca que en su día contuvo el ajuar de la madre de Anna, y la habían vaciado por completo, estirando encima de la cama y sobre el otro arcón las sábanas y manteles, las fundas de almohada y toallas de mano bordadas. Habían contado cuidadosamente todos los artículos y habían discutido cuántas prendas nuevas resultarían necesarias para completar la ropa de casa heredada y constituir un suministro digno del hogar de Tryg. En el arca había más cosas, aparte de la ropa de casa. Había chorreras y gorgueras de las que se llevaban hacía veintisiete años con los vestidos largos y escotados. Había ropa de bebé, mantillas y pañales, y un bonete redondo con volantes que Vibeke se colocó en la mano y le sonrió, como si viera la carita que había debajo.

—¿Estás viendo el pasado o el futuro? —preguntó Anna, sentada en el

suelo en un recuadro soleado.

—El pasado —respondió Vibeke—. Primero el de Peder, y luego el tuyo. Vuestras dos cabecitas rubias, redondas y rosadas. Los dos fuisteis niños redondos, gordos y saludables. Pero Peder siguió siendo sólido, mientras que tú, desde que ibas a cumplir los cinco años, adelgazas cada vez más. Bueno, me encantará verte casada y engordando.

Anna se rio.

—¿De verdad se parecía tanto a mi madre Peder? —Intentó sonsacarla.

—Todo lo que un hombre puede parecerse a una mujer y seguir siendo un hombre. —Suspiró y se miró el puño con tristeza—. Por otra parte, tenía mérito ser una mujer y estar casada con tu padre. Ella era tranquila de una forma buena para él, siendo una mujer, está claro que podía soportar más.

—Hablas como si vivir con mi padre fuese una gran prueba —dijo Anna.

—No —replicó el ama de llaves—. A fin de cuentas, por su bondad, su amabilidad, su generosidad, es el mejor hombre que he conocido en mi vida. Pero tú bien sabes que con él un día soleado puede convertirse en tormenta. —Al ver que Anna no parecía convencida, añadió—: Es menos tormentoso ahora que cuando tu hermano era un niño. Sí, con los años se está dulcificando, pero ¡todavía no es un anciano!

—¿Es verdad, entonces, que Peder se marchó de casa por la cólera de mi padre?

—¿Es eso lo que te han contado en el pueblo? —dijo Vibeke—. Sí y no. Es verdad en parte. Tu padre nunca se enfadó con Peder, pero a este no le gustaban los días de tormenta, esos que tu madre sabía manejar con su tranquilidad de espíritu. Pero Peder era un hombre, y no podía retraerse en su interior de la misma manera. Así que, cuando tenía tu edad, hizo las maletas y se fue camino adelante una mañana, y ahí acabó todo. Así es como creo que ocurrió. Me apuesto la vida a que tu padre jamás se enfadó con tu hermano. Lo quería demasiado.

—No le recuerdo con claridad —contestó Anna, arrugando un poco el entrecejo.

—No tenías más de cinco años entonces —dijo Vibeke—, no tiene nada de raro.

—¿Sabes adónde se fue?

—Creo que a Suecia. Hubo rumores de que podría haberse alistado y acompañado al rey a Kalmar. Puede que lo mataran, Dios nos perdone, y puede que se quedara en Escania. Nunca lo sabremos. Pienso que debieron de matarlo, porque nunca ha vuelto a casa, ni ha escrito. Tu madre murió creyendo que había muerto.

—Háblame de mi madre —le pidió Anna, recogiendo las rodillas y apoyando la barbilla en ellas—. Háblame de Aebeltoft y de la boda.

El ama de llaves dejó el bonete encima del arcón con delicadeza y un punto de tristeza.

—Fue una boda cómo espero que la tengas tú —dijo—. Yo justo acababa de entrar al servicio de tu madre, y me habría parecido el día más feliz de mi vida aunque no hubiese habido ningún festejo. Qué gran dama era. Nunca he conocido a nadie como ella. —Se remangó las dos faldas exteriores que le cubrían las rodillas y agarró el ribete de su enagua de lino, con el que se secó los ojos—. Mira cómo me has hecho llorar, tú y tus preguntas.

—Pues háblame de cómo era Aebeltoft antes de que conocieras a mi madre —propuso Anna.

Pero Vibeke meneó la cabeza.

—Otro día, quizá. Ahora no.

—Eso es lo mismo que me dices siempre: otro día. Venga, háblame de Aebeltoft. Estoy segura de que es veinte veces mejor que Grenaa.

—Toda esta ropa habría que lavarla y orearla —dijo Vibeke, paseando la vista por el cuarto e ignorando a Anna—; se está poniendo amarilla. Y tendrás que mostrarte más rápida con la rueca este verano. Tenemos un poco de lana: podemos llevarla a Grenaa para que la tiñan de rojo, o de azul. ¿Cuándo te casarás?

—No lo sé —contestó Anna—. No consigo decidirme. El día de san Martín quizá. Se me ocurre que voy a hacer que Tryg me corteje unos cuantos meses. Me conseguirá demasiado fácilmente si me caso este mismo verano.

—No eres una persona sensata —dijo Vibeke, pero el afecto que se notaba en su voz desmentía sus palabras—. Eres una brizna de paja al viento. No tienes una sola idea de mayor peso que un vilano. Lo raro es que, si a veces me parece ver a tu madre en tu semblante, nunca la oigo en tus palabras. Bien, te puedes quedar las llaves del arca, y no las pierdas.

Algo más tarde ese mismo día, estaban todos en la cocina de la rectoría. —Anna, Vibeke, Hans y Kirsten—, esperando a que llegaran Niels y el pastor, para que Vibeke empezara a servir la sopa. La puerta que daba al patio estaba abierta, como de costumbre; las gallinas entraban a pasitos cortos y el perro marrón se había tumbado con la cabeza sobre los pies de Anna, que estaba sentada en el nicho junto a la chimenea. Amodorrada por haberse acostado tan tarde la noche anterior, y lánguida por la sensación, nueva para ella, de estar enamorada, la chica tenía la mano apoyada en la barbilla y el codo en la rodilla, disfrutando del peso de la cálida cabeza peluda sobre los pies. Miraba a Kirsten ir y venir alrededor de la mesa: primero bajo la luz del sol que entraba por la puerta abierta, luego en la sombra, y, por último, al agacharse a ayudar a Vibeke, con todo el reflejo de la lumbre en los cabellos rubios, haciendo que por un momento parecieran del mismo oro rojizo que los suyos. Hans estaba sentado en un taburete al otro lado de la mesa, con los brazos colgando sueltos entre las rodillas. Estaba cansado. Él también había bailado hasta tarde y luego había trabajado todo el día al sol. Nadie tenía ganas de hablar, ni siquiera Vibeke, pero todos compartían una soñolienta satisfacción. Cuando el ama de llaves levantó la tapa de la olla, el olor del repollo impregnó el ambiente ya cargado de humo de leña y del penetrante aroma de los arenques en salazón.

Mientras aguardaban de esta guisa, el pastor apareció repentinamente en la puerta. Anna se levantó a saludarlo, y al hacerlo molestó al perro, que se estiró y empezó a bostezar. Sin embargo, antes de que el animal hubiese terminado de desperezarse, el párroco ya había cruzado la cocina con semblante tormentoso, y entrado en el pasillo, que recorrió a grandes zancadas, para encerrarse en su estudio dando un portazo que retumbó como un trueno. Fue como si se hubiese levantado una violenta racha de viento. Si las copas y los cuencos hubiesen salido despedidos de la mesa para mecerse en el aire como hojas secas, ninguno de los presentes se habría podido sorprender más.

—¿Qué...? —empezó a decir Anna, mirando a Vibeke.

—¿No te lo he dicho acaso? —dijo Vibeke—. El día tan pronto es soleado como...

—Dios todopoderoso —dijo Hans—, hacía medio año que no lo veía así.

Anna suspiró y Vibeke dijo:

—O mucho me equivoco, o ya no volveremos a verlo esta noche. ¿Empiezo a servir?

—Sí, por amor de Dios —contestó Hans—, me duele el estómago de hambre.

—No hace falta esperar a Niels —dijo Anna.

Le acercó dos cuencos a Vibeke, que la mujer llenó de sopa. Kirsten se echó leche y Anna le sirvió cerveza a Hans. Se sentaron a la mesa en sus sitios acostumbrados y empezaron a comer.

Al cabo de un rato, Kirsten dijo:

—Espero que no haya sido culpa mía.

—¿El qué? —preguntó Vibeke.

—Bueno, Niels estaba hablando conmigo...

—¿Dónde? —quiso saber Vibeke.

—En la vaquería, hará cosa de media hora. Espero que el pastor no crea que he tratado de engatusar a Niels para que me siga por todas partes.

Vibeke dejó su cuchara en la mesa al lado del cuenco.

—Vamos, muchacha —dijo—, cuéntanoslo todo. ¿Dónde está Niels ahora, que no te ha seguido a cenar?

—Como me dijiste —empezó Kirsten—, le he llevado su almuerzo al campo al que lo ha mandado el señor párroco. No estaba trabajando, sino tumbado a la sombra del roble. Me parece que no había hecho gran cosa.

Hans resopló y casi se atraganta con la sopa.

—He visto el campo cuando volvía a casa —dijo—. Ha debido de pasarse más tiempo rascándose que trabajando la tierra.

—Pero no me he quedado a hablar con él mientras almorzaba —prosiguió Kirsten—. Por lo menos, no demasiado tiempo. Me ha dicho que me acompañaría a casa, pero lo he echado para atrás. Más tarde, cuando iba a ordeñar, se ha acercado al pastizal y me ha estado mirando, y luego se ha ofrecido a llevarme los cubos.

—¿Así que has dejado que lo haga? —la azuzó Vibeke.

—Bueno, sí. Los cubos estaban muy llenos. Pero le he dicho que no se quedara.

—¿Y sin embargo se ha quedado? —preguntó Vibeke.

—Pues sí, y el señor párroco lo ha sorprendido allí.

—Bien, ya estamos llegando al meollo —dijo Vibeke.

—El señor párroco le ha dado tal cachetada en una oreja que le ha hecho dar la vuelta. Luego lo ha cogido por la otra oreja y lo ha hecho girar en sentido opuesto. Y luego lo ha agarrado y lo ha empujado fuera.

—Pero ¿el señor párroco no te ha dicho nada, ni tampoco a él?

—Oh, a Niels le ha dicho cantidad de cosas, pero a mí nada. Y la verdad sea dicha, Niels se ha mostrado muy poco respetuoso con el amo. Luego el señor párroco se ha ido hacia el pastizal. No he mirado qué hacía Niels. Estaba tan asustada que al ir a desnatar la leche me temblaba de tal modo la mano que no he podido hacerlo.

—Anda que no eres lista —comentó Hans—. Sabiendo todo esto, te has quedado callada como una tumba.

—He pensado que al señor párroco igual se le pasaba caminando —dijo Kirsten—, como le ocurre a veces, ya lo sabéis. Estábamos tan a gusto y tan tranquilos aquí. —Miró implorante a Vibeke—. ¿Por qué iba yo a hablar de esto, a no ser que el señor párroco así lo quisiera?

El ama de llaves asintió y luego suspiró.

—Creo que está más furioso consigo mismo que con Niels y eso no es tan fácil que se le pase caminando. —Al notar la mirada escéptica que le dirigía Hans, prosiguió—: ¿Te preguntas cómo puedo saberlo, Hans? ¿No llevo acaso veintisiete años a su servicio? Me parece que debería saberlo.

—Bueno, no puedo decir que lo sienta —dijo él—. Niels no me gustaba demasiado como compañero de catre.

—Yo tampoco lo siento en lo referente a Niels —dijo el ama de llaves—. Hubiera ocurrido antes o después. ¿Por qué no cuanto antes?

Anna no dijo ni una palabra en toda la cena. Ayudó a Kirsten y a Vibeke a recoger y se dedicó a hilar con la meca hasta que la luz se volvió demasiado débil como para poder ver. Antes de acostarse, llamó a la puerta de su padre, que no contestó, y se fue a dormir entristecida. Como a los demás, la aliviaba que Niels no fuera a quedarse, pero su alivio se veía ensombrecido por el humor de su padre, que parecía filtrarse como una mancha hasta el último rincón de la rectoría.

«Con lo felices que éramos todos anoche», pensó antes de quedarse

dormida.

Al día siguiente, aprovechando que había ido a Grenaa, el pastor contrató a un nuevo sirviente llamado Lars Sondergaard. Era un hombre bajo, con la cabeza tan redonda y tan dura como una nuez, y el cuerpo a juego. Trabajaba bien, era limpio y alegre, y Hans lo acogió con agrado en las dependencias del servicio.

## 10

**E**n menos de una semana, Niels volvió a la rectoría. Se presentó en el campo que estaban labrando Hans y el pastor. Hans lo vio avanzar a través del centeno joven y acercarse al párroco, sombrero en mano y con la cabeza gacha. Esperaba verlo marcharse de inmediato, pero el pastor habló largo rato con él y, al parecer, muy amablemente.

—Párroco Sören —dijo Niels con los ojos clavados en su viejo sombrero de fieltro negro—, mi hermano Morten no quiere saber nada de mí. Desde que acudí a vos, dice que ya no soy su hermano. Ni un mendrugo de pan ni un trago de agua me daría, así estuviera muriéndome de hambre y sed en el mismo infierno. «Vuelve con el párroco, me ha dicho, y maldito seas». Así que aquí estoy —dijo Niels, sin apartar la vista del sombrero, que retorció y hacía girar entre sus manos—. Por favor, señor párroco, tomadme de nuevo a vuestro servicio. Hice muy mal en descuidar mi trabajo. Prometo portarme mejor.

Sören Qvist contempló la cabeza inclinada, los lacios cabellos morenos que caían sobre el sucio cuello de la camisa, los hombros encorvados en gesto de humildad, y sintió una profunda aversión por el hermano de Morten Bruus. Le pareció una antipatía de oscuros motivos y poco razonable. Y puesto que Niels había sido repudiado por su hermano por haber trabajado para él, Sören Qvist pensó que hasta cierto punto era responsable de ese hombre. El joven se mostraba arrepentido y su humildad parecía sincera. Se le presentaba así al párroco la oportunidad de convertirlo en un buen servidor. En la intimidad de su estudio, Sören había reconocido de hinojos lo sinceramente arrepentido que estaba por su cólera contra ese hombre. «¡Por qué poca cosa lo he golpeado y

despedido! —había exclamado con espíritu acongojado—. A buen seguro, lo he hecho sufrir solo por ser hermano de Morten Bruus, algo que no es culpa suya. Si hubieran sido Hans o Lars quienes hubiesen descuidado su tarea por tontear un poco con Kirsten, ¿me habría provocado un enfado igual de violento?». Ante el regreso de Niels, se dijo ahora a sí mismo: «Se me brinda la ocasión de convertir mi arrepentimiento en hechos, al igual que en la oración. Debería alegrarme». Sin embargo, la realidad es que fue apesadumbrado como le contestó a su criado:

—Bien está, Niels. Te acepto de nuevo en mi casa. Pero recuerda que espero de ti tan buen servicio como de los demás.

Niels levantó entonces la cabeza para darle las gracias al párroco y este, mirándolo, intentó descifrar en su semblante la causa del profundo rechazo que había suscitado en él, así como el porqué de la extraña compulsión que sentía de volver a emplearlo. El rostro alzado hacia él era más estúpido que avieso, pensó el pastor. Los ojos eran de un verde apagado, como el deslustre de los metales básicos, y tenía la tez oscura por la exposición al sol, no cálida ni brillante. En una oreja lucía un aro de plomo y, ante la absorta mirada del párroco, la cara parecía en conjunto tan pesada y oscura como ese metal. En la pureza y claridad de la mañana estival, en el campo de grano joven que ondulaba próspero y luminoso con la brisa, Niels destacaba como un punto de la atmósfera del que se hubiese retirado toda la luz. Impelido por el intenso deseo de ver nacer algún destello de comprensión en esos ojos mortecinos que por fin miraban a los suyos, el párroco empezó a hablarle de los buenos y malos servidores, y de cómo todos lo somos del Señor, y del jornalero que llegó a última hora y sin embargo fue acogido con la misma consideración y recibió el mismo pago que los que habían trabajado de sol a sol<sup>[10]</sup>. Niels escuchó de mala gana, y más tarde le dijo a Kirsten:

—Me ha soltado un sermón tal, que ha sido malgastarlo no estando toda la congregación. Casi podía sentir cómo se levantaban en torno a mí los muros de la iglesia mientras hablaba.

Los demás criados aceptaron el regreso de Niels sin protestar mucho. Era afable con ellos y, durante cosa de una semana, hizo su parte del trabajo. Sin embargo, Hans se quejó a Vibeke de que había llenado de pulgas las dependencias del servicio. Sin mencionarle el asunto al pastor, el ama de

llaves cambió la paja de todas las camas con ayuda de Hans y Lars, sacó las pieles al prado y las cepilló a fondo, e hizo que Niels se desnudara y le diera la ropa para lavarla. Mientras tanto, Lars y Hans frotaron a conciencia a su compañero en el transcurso del que probablemente fuera el primer baño completo de su vida. El joven se quejó amargamente de los peligros de coger frío, y también de que su ropa había encogido y ya no le resultaba cómoda. Pero como tanto él como las prendas de vestir pronto empezaron a recobrar su capa protectora natural de tierra, hollín y grasa, dejó de protestar y empezó a alabar a Vibeke por la comida que preparaba. Ella también se mostró más amable con el chico. Sören Qvist iba y venía con semblante abierto y alegre y todo parecía ir bien en la rectoría.

Sin embargo, con el paso del tiempo, Niels empezó a irritar al párroco otra vez. Los problemas comenzaron por asuntos tan nimios que los demás servidores no eran capaces de decidir si Niels tenía la culpa o no de lo que pasaba. Era estúpido y a menudo interpretaba mal las órdenes que recibía. En ocasiones resultaba arduo saber si las entendía mal a propósito. Una reprimenda razonable tenía poco efecto sobre él. Se quedaba sonriendo mientras el párroco le explicaba el alcance del daño causado por su torpeza, hasta que Sören perdía la paciencia y se veía forzado a rugir y a agitar el puño, ya que nada salvo el sonido de la cólera parecía penetrar en aquel lento cerebro. Resultaba evidente para todos que el pastor lamentaba esos arrebatos. A veces, en su afán por no perder los estribos con Niels, los perdía, con mucho menor motivo, con otro servidor cualquiera, y por una falta mucho más leve, y más de una vez Kirsten acudió llorando a Vibeke porque el señor párroco la había regañado por hablar con Niels.

Llegó el tiempo de cosechar el heno y todos trabajaban en los campos. En lo alto del cielo, las cimas nevadas y las nubes deshilachadas por el viento del oeste, cuya sombra se desplazaba por las praderas como las de grandes pájaros de vuelo despacioso, suponían un recordatorio constante de que las horas soleadas comenzaban a ser breves e inciertas. A mediodía, Anna ayudaba a llevar las cestas y jarras del almuerzo a los trabajadores y Vibeke, con un ancho sombrero cónico encima de su toca de lino azul, echaba una mano para rastrillar, como también hacía Kirsten.

Uno de esos días, Anna estaba recogiendo las sobras del almuerzo a la

sombra del gran roble, cuando, sin querer, oyó a su padre y Niels. Estaban algo alejados, por lo que no consiguió entender las palabras, pero sí lo bastante cerca como para distinguir la insolencia en la voz de Niels y la cólera contenida en la de su padre, lo que la afligió sobremanera. En el transcurso del último mes, el pastor Sören se había vuelto distante e irascible. Los criados habían empezado a evitarlo, excepto para lo necesario para sus quehaceres habituales, y él también evitaba la compañía de su hija. Sin embargo, tenía momentos de gran ternura y afecto hacia ella, como la vez en que, deteniéndose junto a la rueca en la que estaba hilando, le dijo:

—Supongo que estarás decidiendo la fecha de tu boda. Si por mi fuera, nunca sería lo bastante tarde.

Con todo, se había convertido en una figura solitaria y sombría y la vida en la granja ya no resultaba fácil ni alegre, como solía serlo antes.

Un día en que Lars Sondergaard y Niels fueron juntos al mercado de Vejlbj, se cruzaron con Morten Bruus. Este se detuvo y se quedó mirando a su hermano.

—Tengo entendido —dijo— que últimamente a tu amo le dan accesos de rabia. Bueno, te deseo que lo disfrutes. —Sonrió de forma extraña y siguió su camino sin que el joven le contestara.

Lars regresó a la rectoría comentando que se había empezado a correr la voz por las dos parroquias de que el párroco había cambiado.

Llegó entonces una mañana de finales de agosto, una mañana luminosa con un punto de frío en el aire, en que la mies ya estaba agavillada en la era y el párroco debía de sentirse satisfecho de haber podido terminar la cosecha antes de que los primeros hielos pudieran afectarla. Sin embargo, pasó todo lo contrario: su servidor Niels lo importunó tanto esa mañana que terminó por pegarle de nuevo, como no había vuelto a hacerlo desde el día después de haberlo contratado; es más, furioso, prometió darle tal paliza que le arrancaría el alma del cuerpo. Sin embargo, después del primer golpe y la primera exclamación, el anciano se contuvo y, dando bruscamente media vuelta, dejó a Niels plantado junto a Hans y volvió a la casa. Vibeke lo vio pasar por la cocina con una expresión de hondo pesar en el semblante. Se recluyó en su estudio y permaneció allí toda la tarde. Cuando regresó a casa al anochecer, Hans contó lo que había pasado y añadió de su propia cosecha:

—Niels es un verdadero demonio para el señor párroco. No sé cómo lo consigue, pero siempre está sembrando discordia. Molesta más de lo que vale. No sé ya cuántas veces este verano he hecho su trabajo además del mío para evitar que el pastor se enfureciera con él. Que se vaya: así volveremos a tener un poco de paz.

No obstante, Niels no se había ido. No se lo vio en toda la tarde, pero reapareció a la hora de la cena. Ocupó su lugar de costumbre en la mesa y se comió su acostumbrada ración, aunque nadie le dirigió la palabra.

Casi habían terminado de cenar cuando se presentó el pastor. Pareció sorprenderse al ver a Niels, pero no dijo nada al principio. El joven se levantó, se dirigió al lugar donde se hallaba el párroco de pie e inclinó la cabeza respetuosamente. Habló en voz baja, pero todos los presentes —que eran todos los residentes de la rectoría— lo oyeron reconocer su culpa, pedir perdón con humildad y rogarle que lo mantuviera a su servicio. El pastor tardó en contestar. Por encima de la cabeza gacha de Niels, recorrió con la mirada los rostros congregados alrededor de la larga mesa, y debió de leer en todos la esperanza de que lo despidiera. Sin embargo, volviéndose de nuevo hacia el criado incumplidor, aceptó sus disculpas con pocas palabras y le contestó que podía quedarse. Niels le dio las gracias. Luego, ante la profunda desaprobación silenciosa de su gente, el párroco se retiró despacio a su habitación.

Niels aguardó hasta que dejaron de oírse las pisadas y el ruido de la puerta al cerrarse los aisló del pastor. Giró entonces sobre sus talones y se encontró con Hans pegado a él.

—Venga, márchate de aquí de una vez —dijo este—. Ya has dejado sin cenar al viejo, igual que lo has desvelado demasiado a menudo me parece.

Lars se levantó también, se puso al otro lado de Niels y le sugirió que hiciera lo que Hans le había dicho. Los tres salieron de la cocina, Niels en medio, como un preso bajo escolta, y las mujeres se quedaron solas.

Anna empezó a sollozar. Vibeke siguió recogiendo en silencio un rato y luego, poniendo una mano en el hombro de la muchacha, dijo:

—Voy a servirle un cuenco de sopa. Llévaselo ahora y, cuando se lo des, pídele de parte de todos nosotros que ponga en la calle a ese inútil.

Con el tazón de sopa caliente en las manos, Anna se paró en el pasillo

delante del estudio de su padre y, alzando la voz, le pidió que la dejara entrar. En contra de sus temores, el pastor le abrió la puerta y ella dejó la sopa encima del escritorio.

—¿Y bien, muchacha? —preguntó el hombre, después de haberle dado las gracias, al verla esperar indecisa, buscando la forma de formular el encargo que había recibido.

—Señor padre, Vibeke me ha pedido que te niegue en su nombre y en el de los demás sirvientes, que despidas a Niels Bruus. Solo sirve para enfurecerte y no ayuda nada en la granja. Trabajarían todos mejor sin él.

—Acabo de darle mi palabra de que puede quedarse —respondió su padre. Luego le pasó un brazo por encima de los hombros y, con gentileza, la acompañó a la puerta—. Les agradezco a Vibeke y a los demás su buena voluntad —añadió—, pero he dado mi palabra.

Su actitud era tan extrañamente dulce que a su hija ni se le pasó por la cabeza reconvenirlo, como tampoco lo habría hecho con un sonámbulo. Volvió a la cocina, le contó a Vibeke lo que acababa de decirle el párroco y se sentó junto a la lumbre.

—No puedo entender —dijo— cómo la presencia de un criado inútil puede haber hecho que cambie todo de tal manera en la granja. Hace seis meses había más felicidad aquí, junto a esta chimenea, que en toda la parroquia de Vejlbj. O así me lo parecía a mí.

—Amén —respondió Vibeke—. Kirsten, vete a la cama.

—Aún brilla el sol —protestó Kirsten.

—Y también lo hará por la mañana antes de que consiga despertarte.

Vibeke apartó las cortinas que ocultaban el lecho en el nicho de la pared, alargó la mano hacia el interior del mismo y cogió algo que había estado sujeto a la cabecera de la cama. Le echó un pliegue del delantal por encima cuando se cruzó con Kirsten y luego fue a sentarse ante la rueca, junto a su ama. Anna se secó las lágrimas de las mejillas con los dedos, apoyó la barbilla en una mano y guardó silencio.

Kirsten miró desde la cama hacia la puerta abierta. La luz del sol había abandonado el patio y estaba ascendiendo como una lenta marea por la pared de la vaquería. La chica salió al pozo, aparentemente para beber agua, pero en parte quizá para ver si Hans o Lars habían salido del cuarto del servicio. Sin

embargo el patio estaba desierto, y cuando volvió a entrar en la cocina, ni Vibeke ni Anna parecían dispuestas a romper el silencio. De mala gana, a falta de otra cosa que hacer, o de alguien con quien hablar, Kirsten se desnudó, se metió en la cama y echó las cortinas de sarga que la separaban de la cocina. Se quedó a oscuras y abrigada. Había trabajado mucho durante el día y estaba cansada. Pensó que era una lástima que Niels molestara tanto al pastor; Niels podía resultar divertido a veces, pero no tenía ninguna gracia que la granja estuviera perpetuamente alborotada por su culpa. Se quedó dormida.

Anna y Vibeke siguieron sentadas mientras la penumbra iba aumentando en el cuarto. Por último, el ama de llaves preguntó:

—¿No va a venir esta noche el juez Thorwaldsen?

Anna dijo que no con la cabeza.

—Hoy no. Tenía asuntos en Randers toda esta semana.

Volvió a hacerse el silencio, hasta que Anna, volviéndose hacia ella, dijo:

—¿Qué tienes ahí, Vibeke? Parece una ramita de serbal.

—Es serbal epifito —dijo la mujer, pensativa, dándole vueltas a la rama entre los dedos—; crecía en una horquilla alta del gran roble. Lo estuve vigilando cinco semanas enteras hasta que llegó el momento apropiado de cortarlo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Anna.

—Tiene poderes —contestó Vibeke—, pero solo si se coge la víspera de la Ascensión. Así que esperé. Mantiene alejados a los espíritus malignos y es una protección eficaz contra los hechizos de las brujas. Pero es muy difícil de encontrar. La mayor parte de la gente que cree que sabe de estas cosas, suele cortarlo cuando no toca.

—Entonces tiene que darte mucha tranquilidad tenerlo —comentó Anna con tolerancia, recordando la comprensiva actitud de su padre ante los temores de Vibeke.

—Lo tenía en la cama —explicó el ama de llaves—, pero ahora quiero que te lo quedes tú.

—Pero ¿por qué? —preguntó Anna.

—Para que lo pongas en el cuarto del señor párroco, en algún rincón donde no le llame la atención, no vaya a darle risa y a tirarlo. Ay, ya sé que piensa que no sirve para nada —añadió bajando la voz—, pero estos últimos

tiempos no se muestra nada razonable. Actúa como un hombre que ha sido hechizado.

Anna protestó.

—Preferiría que te lo quedaras tú: te sentirás desprotegida sin él. Y, además, no estoy segura de que vaya a hacerle ningún bien a mi padre. No se me ocurre... ¡Escucha! ¿Qué ha sido eso?

—Solo la puerta del estudio del señor pastor —dijo Vibeke—. Chirría como una lechuga. Necesita un poco de aceite. Viene hacia aquí. —Ocultó la ramita de serbal debajo del delantal y puso las manos sobre las rodillas.

El pastor Sören entró en la cocina y en cuanto distinguió las figuras de Anna y el ama de llaves junto a la chimenea, cogió una silla y se sentó a su lado. Sus movimientos eran los de un hombre muy cansado y era evidente que ya había estado acostado. Llevaba una bata larga verde y un gorro de dormir blanco que le dejaba la frente al descubierto. Se pasó una mano por los ojos y la dejó caer pesadamente sobre su rodilla.

—No podía dormir —dijo.

Anna nunca había pensado antes que su padre fuese viejo, pese a su barba y cabellos blancos. Siempre había tenido la mirada clara y las mejillas sonrosadas, el cuerpo lleno de vigor. Pero esa noche, le pareció en verdad muy anciano.

—¿No ha venido Tryg? —preguntó.

Anna le contestó, como a Vibeke antes, que Tryg tenía asuntos que resolver en Randers.

El párroco asintió.

—Me lo comentó, pero se me había olvidado. Me alegraré de que te cases, mi niña, pero solo Dios sabe qué haré sin ti. Bien, he venido porque siento que os debo una explicación a Vibeke y a ti, y me habría gustado que también estuviera Tryg, porque sé bien que mi comportamiento os parece raro. No, no protestéis. Reconozco que tiene que resultar extraño que mantenga a mi servicio a un pobre desgraciado cuya principal ocupación parece consistir en enfadarme. —Hizo una pausa—. Me cuesta continuar —dijo—. En primer lugar, hay que reconocer que la ira es una antigua flaqueza mía. Vibeke sabe mejor que tú, querida mía, cuántas veces me ha traído problemas. Es uno de los siete pecados capitales. Bien sabe Dios que no me la tomo a la ligera: he

luchado contra ella toda la vida. Se me echa encima de repente, como una tormenta interior. Me ciega y me trastorna y me saca fuera de mi ser. Ay, solo la bondad divina me ha librado hasta ahora de cometer un delito grave llevado por ella. Me hizo perder a mi hijo. Oh, su madre jamás me lo reprochó, pero sé de sobra que fueron mis terribles enfados los que echaron a Peder de esta casa.

Había hablado en voz muy baja, pero con gran emoción. Cuando terminó, Anna dijo en tono implorante:

—Es por esa razón precisamente por lo que todos deseamos que despidas a Niels Bruus. ¿Por qué habrías de tener la tentación en casa?

El párroco tardó un buen rato en contestar. Mientras esperaba su respuesta, con la mirada clavada en el rostro de su padre, Anna pensó que era algo más que el brillo y las sombras de la lumbre lo que hacía que los ojos se le vieran tan hundidos, tan marcados los hoyos de las sienes. Por fin, el pastor habló:

—Es la voluntad de Dios. Sí, es la voluntad del Señor que me vea tentado hasta que me muestre capaz de resistir este mal. Entonces, quizá en mi ancianidad, pueda estar en paz y tal vez incluso me sea devuelto mi Peder, para que pueda verlo una vez más con los ojos de la carne antes de morir.

Anna dijo con humildad:

—Pero ¿acaso no rezamos para vemos libres de la tentación?

El pastor asintió.

—Yo también he rezado con ese fin. Pero he terminado por comprender que lo que Dios pretende ahora es ponerme a prueba. Muestra Sus planes en pequeñas cosas, cuando el espíritu está atento y despierto. Si ha mandado un demonio a tentarme, entonces, como san Francisco, ego confido in castallis Domini, idest daemonibus<sup>[11]</sup>. Hasta los demonios son custodios del Señor.

Al ver que Vibeke sacaba algo de debajo del delantal, el pastor preguntó, igual que había hecho Anna antes esa misma tarde:

—¿Qué tienes ahí, Vibeke?

—Es una rama de serbal, señor pastor. Tiene poderes contra los demonios. Si quisierais colocarla en vuestro cuarto, encima de la cama, os permitiría descansar sin tormentos.

Sören sonrió, por primera vez esa velada.

—No, Vibeke, no —dijo con amabilidad, pero profundamente conmovido

por su solicitud—. Eso no me serviría de nada.

—Pero ¿no acabáis de decir que es un demonio el que intenta enfureceros? Esto tiene poderes contra ellos. La corté la víspera de la Ascensión.

La buena mujer se inclinó hacia delante, tendiéndole implorante la ramita seca de serbal. A su súplica apremiante, el pastor reaccionó más bondadosamente todavía:

—Ninguna ramita, bendecida o no, puede salvarme, Vibeke. Solo con el poder de mi propio espíritu podré verme libre de este demonio, si es que de uno se trata.

—Ay —dijo Anna con un suspiro prolongado—. Padre, sigo pensando de todo corazón que deberíais despedir a Niels Bruus. Es demasiado infeliz y corto de entendederas como para ser un demonio.

El párroco asintió.

—Es estúpido, y también pobre. Con tanta más razón, por lo tanto, debo refrenar mi ira ante él. Es posible que nunca consiga hacérselo entender, pero para mí está tan claro como la luz del sol sobre la Tierra que debo quedármelo a mi servicio hasta el día en que él decida dejarme por su propia voluntad.

Habló con tanta firmeza y solemnidad que ninguna de las dos mujeres se sintió capaz de volver a protestar. Se quedaron calladas, muy abatidas, y fue el párroco quien rompió por fin el silencio. Su tono era más ligero, como si con su declaración hubiese aliviado considerablemente su espíritu:

—Te doy las gracias, Vibeke, por tus desvelos. Te lo agradezco mucho. Pon la ramita de serbal en tu cama. Aunque carezca de poder contra mi demonio, estoy seguro de que servirá de protección contra las viejas brujas de Aabeltoft. O de Escania.

**A** sí que Niels se quedó. De alguna forma, sin que fuera demasiado consciente de ello, había adquirido una especie de inmunidad en lo que se refería a su amo. Hasta él mismo se dio cuenta de que Sören Qvist había cogido la costumbre, al hablarle, de poner las manos a la espalda, y se daba cuenta de que todos los reproches que recibía por su pereza o incompetencia estaban templados con una enorme paciencia. Era asimismo destinatario de muchos sermones, como el joven los llamaba. El párroco lo elogiaba, lo animaba, razonaba con él, y todo esto, que habría conmovido a cualquiera que tuviera el menor atisbo de nobleza, supuso para Niels solamente carta blanca para comportarse con mayor desvergüenza. A su manera, él mismo andaba desconcertado, pero puesto que, cada vez que lo informaba de estas cosas, Morten lo recompensaba, y que el párroco no le ponía la mano encima y que Kirsten era bonita, aunque no siempre amable, Niels se encogía de hombros y procuraba sacar el mayor partido posible de sus días.

La temporada de crecimiento, limitada a uno y otro extremo —por así decir— por la tardía primavera septentrional y el temprano otoño, era fugaz y resultaba muy agobiante para los que se veían afectados por ella. El tiempo que mediaba desde que el centeno estaba lo bastante crecido como para inclinarse ante el viento hasta que, con las espigas ya llenas, estaba listo para la siega, parecía breve. El verano fresco y primaveral daba paso en pocas semanas al verano quemado por el sol, con sus almiarés dorados y su punzante olor a hierba y pasto destilados por el calor. Luego, con septiembre, casi cada jornada traía un recordatorio de que se avecinaban los días fríos. Las

cigüeñas, con sus largas patas, volaron hacia el sur. Igual que las blancas y algodonosas nubes del estío, que hacían levantar la vista al granjero por encima de las copas de los árboles, hacia la amplitud del cielo, y constituían un aviso de que los buenos días no durarían para siempre.

El juez Thorwaldsen apremiaba a Anna para que fijara la fecha de la boda y hubo un momento en que casi consiguió tenerla decidida por la semana de San Martín. La había cortejado bien y con fidelidad y ella ya no le daba largas porque quisiera oírlo suplicar. Estaba enamorada de él, como él de ella, honda y dichosamente, y el deseo de aventuras que la había hecho fantasear con viajes a Aabeltoft o incluso a Copenhague, sede de la corte, había sido absorbido por la aventura de descubrir cuán profundamente enamorada estaba. Pero se echó atrás por el pastor. Anna sentía que mientras su padre persistiese en su extraño duelo con su criado, y Niels se empeñase en seguir en la granja, no debía permitirse dejar al anciano solo. Como su padre le había indicado que deseaba que hiciera, había tratado de explicarle a Tryg por qué Sören no despedía al servidor inútil. Anna no era teóloga, y no había entendido del todo a su padre cuando le habló de demonios que eran guardianes de Dios, pero por intuición y cariño sí percibía la esencia del asunto. El párroco no podía permitir que su criado lo rebajara. Podía despedir a Niels por cualquier causa, siempre que no fuese por haberlo hecho enfurecer.

El juez tenía un espíritu práctico y su pensamiento era tan directo y transparente como su mirada. Tampoco entendía lo de los demonios del Señor, ni por qué Sören se había dejado poner en la tesitura de ser esclavo de su criado, pero sentía gran respeto y afecto por el anciano. Con todo, cuando la cosa llegó al punto de tener que esperar para casarse hasta que Niels Bruus decidiera abandonar el servicio del párroco, Tryg empezó a sugerir formas de presionar al joven. Pensó incluso en hablar directamente con él, pero Anna le suplicó que no interfiriera. Aunque difícilmente podría decir por qué, sentía que su padre se daría perfecta cuenta de cualquier influencia exterior en el tema, y que la relación entre él y su inútil servidor se había convertido en un asunto tan complejo y predestinado, que al pastor le causaría perjuicio espiritual verlo zanjado de una forma distinta de la que él mismo había elegido. Así pues, Tryg se vio obligado a renunciar a su idea.

En cuanto a Sören Qvist, veía enrojecer los escaramujos en los setos y

engordar las avellanas en sus envoltorios de terciopelo verde, y se sentía plenamente consciente de su belleza. La lucha diaria de su espíritu dio pie a una exaltación cotidiana en la que las cosas corrientes asumían un profundo significado. Cuando se lavaba la cara o bebía del pozo, la frescura y humedad del agua le parecían extraordinarias. La comida, degustada en su mesa o en el campo, la fuerza de su yegua blanca que con tanta lealtad cargaba con él, la oscuridad del cielo nocturno que le brindaba descanso: todas estas cosas resultaban maravillosas en sí mismas, y todavía más por la grandeza de la creación que había detrás de ellas. Así que en esos días de otoño no solo lo acompañaron los demonios, sino también la gloria de Dios.

Pero los demonios no dejaron de atormentarlo. Era consciente de que, aunque se ponía las manos a la espalda para hablar con Niels y no lo golpeaba, la ira crecía en su corazón; la simple vista de ese desdichado se le volvía odiosa como nunca le había pasado con ningún otro ser vivo. Este conocimiento lo entristecía inmensamente. El mero no golpear no era la victoria por la que rezaba.

No era la primera vez en su vida que se había visto asaltado por la intensa percepción de que el mundo visible y tangible no era sino la rúbrica de su creador, pero nunca hasta entonces le había pasado de forma tan continua, ni tan vinculado a un sentimiento creciente de angustia. Le daba las gracias a Dios por estar tan ocupado con su parroquia, con los enfermos y necesitados. El año había sido bueno para las cosechas. A mitad de verano, llegaron noticias inquietantes del sur acerca de un accidente que había sufrido el rey delante de Hamlin: el andamiaje se había venido abajo sobre el foso y el monarca y su caballo se habían precipitado de una altura de casi diez metros. El rey había sobrevivido por la extrema fortaleza de su constitución, o bien porque el hado le tenía reservadas otras obras antes de su muerte, pero la campaña se había visto seriamente retrasada por su percance. Aun así, nada hacía presagiar aún que, transcurridos solo dos años más, Jutlandia quedaría inerme ante un ejército invasor. El párroco se concentró en los asuntos locales y en su granja.

Las primeras heladas alcanzaron ligeramente el hayedo, haciendo amarillear algunas hojas de tal forma que bajo un cielo nuboso daba la impresión de que había manchas de luz solar en los árboles. Cuando

empezaron las heladas de verdad, los bosques, hoja a hoja, se volvieron oro puro. La hierba se notaba tiesa al pisarla antes de que saliera el sol, y se quedaba lacia y amarilla cuando la escarcha se derretía. Las heladas empezaron a penetrar más hondo en el suelo, y el pastor, que en los últimos tiempos había descuidado bastante el huerto de la casa, comprendió que habría que remover la tierra en un día o dos, o si no estaría demasiado dura para cultivarla. En contra de su costumbre, pues le gustaba hacer en persona todas las tareas del huerto, le dio instrucciones a Niels Bruus para que escardara a conciencia con la pala los sembrados de repollos y rastrillara los rastros y tallos secos. Le explicó por qué quería que se hiciera el trabajo sin dilación, y se retiró a su estudio a escribir la homilía para el domingo siguiente.

Había sido una semana excepcionalmente ajetreada y hacía unos cuantos días que el aire frío lo hacía sentirse agobiado por las labores inconclusas de la granja. Le resultó difícil dejar de lado la contemplación de los problemas prácticos para dedicarse a componer su sermón, pero por fin se puso a ello.

«Puesto que todos somos servidores de Dios», empezó a escribir con una pluma que rascaba un poco. Era casi mediodía. Al levantar la pluma del papel, a través de las dos puertas cerradas le llegó débilmente el sonido de la pala de Niels, que empezaba su tarea en el huerto. En algún lugar, un gallo cantó al mediodía; de la cocina llegaban las voces indistintas de las mujeres de la granja. El párroco retomó su redacción. No debería haber dejado para tan tarde esa semana la preparación de la homilía. Se preguntó si, con lo lento que era, a Niels le daría tiempo a terminar de escardar el huerto antes del anochecer. De no ser así, el pastor Sören tendría que rematar la faena en persona. No podían pasar el invierno sin berzas ni repollos. Si se cultivaban en condiciones, podían crecer a pesar del frío; cuántas veces no le había sacudido la nieve de encima a las verdes berzas.

El rascar de la pluma en el papel era fuerte y no conseguía oír si Niels seguía cavando en el huerto o no; lo perturbaba que estar pendiente del chico y sus sospechas sobre él lo acompañaran incluso en su estudio y durante la preparación del sermón dominical. Dejó la pluma sobre el escritorio y se arrodilló para rezar brevemente; todo el tiempo que estuvo de hinojos le llegó el ruido irregular de la pala, y se reprendió a sí mismo por escuchar. Volvió a coger la pluma, la mojó en el tintero y escribió: «Pues quienquiera que le diga

a su sirviente: “Trabaja”, y no trabaje él mismo...», e hizo una pausa porque no podía oír la pala, mientras la tinta se secaba en la punta de la pluma. Cuando los ruidos de cavar empezaron de nuevo, tranquilizado, retomó su tarea.

Esto duró una media hora larga: media hora de escuchar, escribir y hacerse reproches. Pero la idea de que el huerto había de ser escardado antes del anochecer no se le iba de la mente. En caso de necesidad, el sermón podía terminar de escribirlo a la luz de las velas. Transcurrida esa media hora, se produjo una pausa mucho más larga que cualquiera de las anteriores, durante la cual a Sören Qvist no le llegó el menor ruido de la pala. Doblemente molesto, con Niels y consigo mismo, se levantó de la mesa, salió al pasillo y de allí al huerto.

No soplaban ni una brizna de viento en el huerto inundado de sol. A un lado, la pared blanca de la casa recibía de lleno la luz, y el tejado de paja, desgastado pero aún dorado, brillaba tanto como los almiarés de heno en los campos de rastros. En el extremo más alejado, la única ventana de toda la pared, la del aposento del servicio, estaba abierta, creando una mancha oscura bajo la paja de la techumbre. A la derecha, más allá del espeso muro de hojas, se elevaba la ladera de la colina, con su masa de hayas doradas. Los avellanos aún se aferraban a sus hojas, aunque algunos tonos ocres y amarillos se habían infiltrado en sus filas. Se alzaban formando un seto que aislaba por completo el huerto del camino. El huerto estaba desierto. Hacia el centro del mismo, en el sembrado parcialmente removido, se alzaba una pala clavada en la tierra, pero no había ni rastro de Niels. Sören Qvist, plantado delante de la puerta de la casa, consideró la extensión de tierra escardada y le pareció poca para el tiempo empleado. Oyó voces al otro lado del seto, en el extremo más alejado, y luego risas, poco después, Niels se abrió paso entre los arbustos. Tenía las manos llenas de avellanas. Debió de ver al párroco, pero se dirigió tranquilamente a la pala como si no lo hubiese advertido, apoyó un codo en el mango y se puso a cascar y a comerse las avellanas que había cogido. Sören se le acercó y le dijo en un tono de relativa impaciencia, pero sin enfadarse:

—¿Por qué no estás trabajando como se te ha dicho? Niels, levantando la vista de las avellanas que tenía en la mano y sonriéndole aviesamente, respondió:

—Prefiero comer avellanas. Además, no es cosa mía ocuparme del huerto. Yo trabajo en los campos.

—Tú has de trabajar donde se te mande —dijo Sören Qvist, sintiendo alzarse en él la ira, pese a todos sus esfuerzos.

Niels se encogió de hombros y se frotó la barbilla con el dorso de la mano.

—Eres un perro mal educado —dijo el párroco.

Se había dirigido a Niels empleando el tuteo familiar que acostumbraba a usar la mayor parte del tiempo con sus criados y con su familia. Al contestar, Niels hizo lo propio, algo a lo que no tenía derecho:

—Párroco, eres un granuja —replicó con insolencia. Arrancó la pala del suelo con una mano y con la otra, después de tirar las cáscaras de avellana, se echó el sombrero hacia atrás, como para ver mejor a su amo. Siguió sonriendo, como si le diera satisfacción ver al pastor esforzándose por contener la ira, y su sonrisa era desafiante, como si fuera consciente de su inmunidad.

Sören Qvist miró fijamente el rostro sonriente, los ojos verdes de extraña luminosidad; vio la barba sin afeitar, como una mancha que oscurecía los pliegues alrededor de la boca y la nariz; vio el pendiente de plomo deslustrado en la oreja derecha. Lo vio todo con un odio tan abrumador, que el brazo se le levantó solo al costado, ingrávido, como si atravesara agua, y antes de que pudiera contenerse, había abofeteado a Niels dos veces.

El chico chilló y arrojó con fuerza la pala al suelo. Con voz ronca y fuerte que debió de oírse hasta en el último rincón de la casa, gritó:

—¡Verdugo! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Asesino!

La última palabra se alzó en el aire como un alarido y pareció quedarse ahí flotando, y Sören Qvist, fuera de sí de rabia, recogió la pala del suelo y golpeó dos veces a Niels con el plano de la hoja, mientras gritaba:

—¡Te voy a dar una paliza, sí! ¡Te voy a apalear, perro, hasta verte caer muerto a mis pies!

Niels cayó cuán largo era, de cara contra el suelo. Fue derrumbarse Niels y despejarse la niebla de la ira de los ojos de Sören Qvist, que comprendió que se había vuelto a traicionar a sí mismo.

Cuando el joven lo había mirado sonriendo hacía un momento, al viejo

párroco le había parecido la personificación absoluta de todos los males.

«¡Te mataré!», había gritado Sören, mirando los verdes ojos de Niels, tan extrañamente iluminados por su sonrisa que parecían refulgir con un brillo infernal. Ahora que el chico yacía en el suelo, se había convertido solo en un hombre, un hombre andrajoso, carne humilde y perecedera. Sören se inclinó sobre él con un terrible temor, pero el desdichado respiraba. Ni siquiera había perdido el conocimiento. Pasándole un brazo por los hombros, Sören lo ayudó a incorporarse y, teniéndolo aún cogido por el hombro, empezó a sacudirle el polvo de la ropa con la mano libre.

De repente, Niels se zafó de los brazos del pastor y corrió por el huerto hasta un punto alejado del mismo, apartado del camino, donde separó los arbustos y atravesó el seto. El párroco lo vio al poco al otro lado, corriendo por la pradera empinada hacia el hayedo. En cuanto su silueta oscura hubo desaparecido detrás de la pantalla de hojas, Sören Qvist hincó las rodillas en el suelo, se tapó la cara con las manos y dio gracias a Dios por no haber matado a Niels Bruus.

—Bendito Señor y Maestro —rezó con desesperada humildad en el silencio del huerto—, líbrame por fin de esta tentación. Aparta a este hombre de mi camino. Ya veo que no soy digno de esta prueba. Perdóname por haber pensado en enfrentar mi fuerza a la suya, a la del que va y viene sobre la Tierra, y sube y baja por ella, hoy igual que en tiempos de los patriarcas. No tengo fuerza, a menos que Tú me la prestes.

Allí lo encontró Anna, aún de rodillas.

## 12

**L**a segunda noche después de la gran cólera del párroco, Kirsten no durmió demasiado bien. Le pareció que el pastor tampoco estaba descansando. Despierta en la cama junto a Vibeke, creyó oírlo moverse. Daba la impresión de que el tiempo estuviera cambiando. El edredón de pluma le daba mucho calor y la muchacha tenía sed. Se levantó de la cama para beber agua. Oyó cómo se alzaba el viento y se fijó en lo serena y suave que estaba la noche. Al volver a la cama, entrevió en el pasillo la bata verde y el gorro de dormir blanco del párroco, y le remordió la conciencia por haber tonteadado ocasionalmente con Niels. No le gustaba Niels, sino tontear, y ni Lars Sondergaard ni Hans le seguían bien el juego. Eran buenos y sobrios servidores, pensó Kirsten, pero los dos debían de ser casi de la edad de Vibeke. Antes de quedarse dormida de nuevo, pensó que ojalá no se hubiese fijado nunca en Niels. Nunca había tenido la intención de ser cómplice de su insolencia con el amo.

Vibeke estaba dormida y soñando y se le escapó un grito de terror en el sueño. Cuando le dijeron que Niels se había largado, se limitó a decir que había que darle gracias a Dios y que ojalá no volviera nunca. En realidad, todos se alegraron de la marcha del joven. Sin embargo, el pesar que este había causado seguía cerniéndose sobre la rectoría.

Unos días después —cuando se lo preguntaron semanas más tarde, no supo decir con seguridad qué día fue—. Vibeke fue al mercado de Vejlbjy y se encontró con Morten Bruus. Este se le acercó todo sonrisas y le preguntó:

—¿Qué noticias hay de mi hermano Niels?

—Pensé que a estas alturas todo el mundo sabía que se había marchado otra vez —le contestó con aspereza.

Ante lo cual Morten manifestó sorpresa, pero no dijo nada más. Sin embargo, la semana siguiente, el día del mercado, las amigas de Vibeke la buscaron para decirle que Morten Bruus andaba contando por todas partes que el pastor Sören le había hecho algo a Niels y que lo mantenía oculto. Vibeke protestó indignada y sus amigas, por supuesto, se mostraron de acuerdo en que Morten Bruus tenía una lengua viperina. Pero a lo largo de la semana no dejó de ir a buscarla gente con noticias recientes de lo que Morten andaba contando; al cabo de la semana la historia era que Morten daría cuenta a la justicia, a menos que el párroco demostrara que su hermano Niels estaba sano y salvo. Lo siguiente que se oyó de Ingvorstrup fue que Morten Bruus había declarado que obligaría al párroco a mostrarle a su hermano «aunque tuviera que desenterrarlo».

Vibeke le repitió todas esas historias a Anna y las dos se pusieron de acuerdo en ocultárselas al pastor, que se hallaba sumido en la melancolía y se lo veía tan raro, incluso para su propia hija, que la pobre estaba más preocupada que nunca por él. El tiempo también se mostraba melancólico. En lugar de la temporada fría y despejada que había previsto el párroco, que habría sellado la tierra pero dejado mediodías soleados, los días eran húmedos o brumosos, y las losas de los suelos de la casa parecían piedras del pozo. Pasaron las primeras semanas de octubre con el pastor distante y mohíno, y toda la rectoría en silencio y llena de aprensión. Y entonces la marea de rumores acerca de la desaparición de Niels llegó a oídos de Sören Qvist.

No le reprochó a su familia que se lo hubiesen ocultado, sin embargo, cuando regresó de casa de Ida Möller, donde se había enterado de lo que se decía de él, se fue derecho a su cuarto y sacó del rincón más recóndito de su escritorio la bolsa de cuero donde guardaba el poco dinero efectivo que la granja producía. Sus feligreses conocían bien esa bolsa: en los momentos de necesidad, el pastor solía echar mano de ella para darles unas pocas monedas con las que hacer frente a sus dificultades. Esta vez se metió la bolsa en el bolsillo, montó a caballo y se dirigió de inmediato a casa de Tryg en Rosmos.

—He venido para intentar comprar algo de tranquilidad de espíritu —dijo,

dejando la bolsa de cuero en la mesa ante Tryg—. Sin duda habréis oído lo que Morten Bruus va diciendo de mí.

Tryg reconoció con tristeza que así era.

—En tal caso, tenéis que hacer que se emprenda la búsqueda de Niels Bruus; ahí tenéis el dinero para financiarla.

Tryg no hizo ademán de cogerlo.

—Lo que dice Morten no son más que disparates —dijo—. En toda la parroquia, ¿quién creería en la palabra de Morten Bruus antes que en la vuestra? Lo más probable es que Niels se haya marchado para unirse a los hombres del rey.

—Eso mismo pienso yo —dijo el párroco con seriedad—. Me contó muchas veces que su hermano nunca hacía nada por él. Difícilmente acudiría a Morten en busca de caridad. Tomad el dinero, Tryg, no es una gran suma, y averigüad dónde está, porque me entristece que se digan tales cosas de mí, aun siendo Morten Bruus quien las diga.

—Como deseáis, pastor Sören —respondió el juez.

El párroco se dio la vuelta para retirarse y Tryg se levantó y lo acompañó a la escalera.

—No hay persona más querida que vos en toda la parroquia de Vejlby, pastor Sören —dijo—. La calumnia no puede afectaros. Yo, por mi parte, me alegro de que ese granuja se haya largado.

Tryg habría añadido que se sentiría muy honrado de convertirse en breve en su yerno, pero había tanta desolación en la expresión del párroco cuando se volvió para despedirse de él, que se abstuvo de mencionar su propia felicidad. Sören Qvist bajó lentamente la escalera.

No había pasado ni media hora desde que el pastor abandonara Rosmos cuando el juez Thorwaldsen recibió a otros visitantes. El primero era Morten Bruus en persona. Lo acompañaban un joven labrador, una corpulenta mujer de mediana edad y su hija rubia y robusta. Al juez le pareció recordar que los tres eran feligreses de Sören Qvist. Formando un grupo respetuoso y no muy alegre, se quedaron de pie detrás de Morten Bruus, esperando a que este diera a conocer el motivo de su visita. Morten se adelantó hasta el borde de la mesa y, tras inclinarse levemente ante el magistrado, dijo:

—Señor juez, antes de mencionar la diligencia tan seria que me trae ante

vos, ¿me permitís que os felicite por vuestro próximo matrimonio?

El juez disimuló su sorpresa y su rencor; mantuvo los labios cerrados y se dio por enterado de sus palabras desestimándolas con un gesto de la mano. Morten sonrió un poco y se volvió hacia sus acompañantes.

—He traído a estos testigos —dijo— para respaldar la acusación que me veo obligado a hacer. Supongo que recordaréis a Jens Larsen, de Vejlbj, a la viuda Kirsten, esposa que fue del antiguo vaquero de Ingvorstrup, y a su hija Elsa. Son personas honestas, como creo que admitiréis.

—No he puesto en duda su honestidad —dijo Tryg—. ¿Cuál es la acusación?

—Acuso al pastor Sören Jensen Qvist del asesinato de mi hermano, Niels Bruus.

—He oído decir que esa acusación se estaba haciendo de manera informal por la parroquia —respondió Tryg Thorwaldsen con gravedad—. Es una cosa muy seria presentarla de manera formal ante mí, pero es mejor que se haga abiertamente y ahora, para que pueda ser refutada asimismo abiertamente.

Morten soltó una breve y áspera carcajada.

—No puede ser refutada hasta que llegue ajuicio —dijo.

—La acusación no puede ser llevada ajuicio mientras no tenga más sustancia de la que he advertido hasta el momento —replicó tajante el juez.

—No habéis oído a mis testigos —contestó Morten—. Exijo que los oigáis. Exijo justicia, incluso de vos, señor juez. —Se inclinó hacia delante mientras hablaba, apoyó una mano en la mesa y le lanzó a Thorwaldsen una larga mirada de absoluta malignidad y desafío personal.

El magistrado notó cómo se le subía la sangre a la cabeza, pero no pronunció palabra, ni apretó los puños, ni apartó la vista bajo el intenso escrutinio, hasta que el acusador retrocedió y, echándose a un lado, les hizo un ligero gesto a los tres que había traído. Estos lo miraban con evidente alarma, en especial la atemorizada muchacha y el angustiado labriego Jens Larsen. A la viuda Kirsten se le fueron los ojos a la bolsa de cuero que Sören Qvist había dejado en la mesa y Tryg, al seguirle la mirada, recordó el motivo de la visita del párroco.

—Como quizá hayáis adivinado —dijo muy tranquilo y sin apresurarse—, el párroco ha estado aquí, y hace menos de una hora. Me ha confiado un

dinero, todo el que tiene, según creo, para que se busque a Niels. Difícilmente haría tal cosa si fuese culpable de lo que lo acusáis. Pensadlo pues con cuidado, Morten Bruus, antes de presentar cargos. No os arriendo la ganancia si resultan ser falsos.

—Sería un dinero bien invertido por el párroco si consiguiera encontrar a mi hermano aún con vida —replicó Morten—. Mis testigos, señor juez, hablad con mis testigos.

Le hizo una indicación a la viuda con la cabeza y se retiró unos cuantos pasos de la mesa. Se acercó incluso hasta las ventanas emplomadas y miró la calle de abajo, como dando a entender su entera confianza en el testimonio que aquellas tres personas podían presentar. Pero en cuanto la viuda empezó a hablar, dio media vuelta y se acercó en silencio.

—No quisiera decir nada que perjudicara al señor párroco —dijo la viuda Kirsten, apartando la vista de la ajada bolsa de cuero que el juez tenía delante —, porque Dios ahí en lo alto sabe lo bien que se ha portado con nosotras, pero sí que dije una vez que Elsa y yo lo habíamos oído pelearse con Niels. No hay nada malo en eso, ¿verdad?

—Lo que es en eso no hay nada, ni malo ni nuevo —dijo secamente Tryg —, pero contad vuestra historia.

La viuda plegó las manos sobre el vientre y empezó su relato como si lo hubiese contado ya muchas veces y estuviera segura de los hechos de tanto repetirlos, si no por otra razón.

—A eso de mediodía, Elsa y yo pasábamos junto al lado oriental de la huerta del señor párroco cuando se apartaron los arbustos del seto, se asomó Niels Bruus y le ofreció avellanas a Elsa. Mientras charlábamos y nos comíamos las avellanas, oí un portazo en algún lugar de la casa y Niels inclinó la cabeza y me guiñó un ojo. «Quedaos y prestad atención —dijo-y oiréis un buen sermón». Entonces volvió a cruzar el seto y al momento oímos la voz del señor párroco. Regañó a Niels por perezoso y Niels se mostró insolente con él. Sí, le dijo al señor párroco que era un verdugo. Entonces el pastor llamó perro a Niels y le dijo, con estas mismas palabras: «Te voy a apalear hasta verte caer muerto a mis pies». Luego oímos dos golpes, como contra la espalda de un hombre, y vimos parte del mango y de la hoja de hierro de una pala asomar dos veces en lo alto. Eso lo vimos por encima del seto. No

podíamos ver a través de este. Luego todo se quedó en silencio y nos alejamos a toda prisa por el camino. Eso fue a mediodía del día en que Niels se escapó. Sí, Niels nos dijo: «El párroco me ha dicho que cave, pero prefiero comer avellanas. Quedaos un minuto y oiréis un sermón». Sí, eso es, eso fue todo, ¿verdad, Elsa? No veo en qué puede causarle ningún perjuicio esto al señor párroco.

Terminó y se quedó respirando entrecortadamente, como si acabase de subir unas escaleras empinadas. Tryg la consideró con una mirada tranquilizadora.

—No —dijo por último—. No es más que lo que el propio pastor nos ha contado. No veo ningún delito ahí.

—Un momento —intervino apresuradamente Morten—, tengo otro testigo aquí.

Jens Larsen habló con menos soltura. Le costaba encontrar las palabras; se lo notaba reacio y contrariado, pero por fin arrancó:

—Volvía yo a casa tarde esa noche, venía de Tolstrup...

Tryg lo interrumpió.

—¿Qué noche? —preguntó—. ¿La del día en que Niels se marchó?

—No, señor juez, esa noche no —dijo Larsen—. Fue la segunda noche después del día en que, según dice la gente, Niels se marchó. Bueno, yo volvía tarde de Tolstrup por el camino que pasa junto al huerto del pastor Sören, y brillaba la luna, aunque se estaba levantando viento y fue poco después cuando llegaron las lluvias.

Pasé junto al huerto y oí cavar a alguien, y era muy tarde por la noche. Al principio me sobresalté, como supondréis, pero luego quise averiguar quién andaba cavando tan tarde, así que me quité los zuecos y subí a los escalones que permiten cruzar el seto. Desde allí miré y vi al párroco alisando el suelo con una pala. Estoy seguro de que era el pastor Sören. Llevaba puesta una bata verde que conozco y un gorro de dormir blanco, y la luna brillaba mucho. Me daba la espalda. Yo quería seguir mirando, pero empezó a darse la vuelta y no quise que me sorprendiera espiando. Así que me bajé sin hacer ruido y me alejé con los zuecos en la mano.

—¡Ahí está! ¡Ahí lo tenéis! —gritó Morten de repente, sin dejarle al magistrado tiempo de ponderar el extraño testimonio—. Resulta evidente para

cualquiera lo que estaba haciendo el párroco esa noche. ¡Buscad en el huerto! —Se aproximó a la mesa, la aporreó con los puños y levantó la voz hasta casi gritar—. ¡Buscad en el huerto del párroco! ¡Ahí encontraréis al último testigo de mi acusación!

Después de su visita a Rosmos, Sören Qvist se había ido directamente a casa. Al entregarle su bolsa de dinero al juez, había sentido que le confiaba asimismo a la justicia la responsabilidad práctica de hallar a su criado desaparecido, con lo que el peso que tenía en el alma se había visto considerablemente aliviado. Seguía cargando con la responsabilidad moral de la desaparición de Niels, y eso lo entristecía, pero le parecía haber dado respuesta al asunto urgente de cómo reaccionar ante la calumnia de Morten. Se sentía, por consiguiente, casi contento mientras trotaba por el campo humeante y otoñal. Una vez en la granja, él mismo cepilló a su yegua y luego se demoró en la cocina charlando con Vibeke de cosas intrascendentes, como no había hecho desde hacía semanas. Seguía en la cocina, por tanto, cuando Morten Bruus, acompañado por sus testigos y el juez Thorwaldsen, entraron a caballo en el patio de la granja.

Las dos mujeres habían ido montadas en la grupa detrás de Morten y Jens Larsen. Tryg iba en su propia montura, y los tres caballos hicieron no poco ruido al entrar. El párroco se asomó a la puerta de la cocina para ver cuál era la causa del alboroto. Nada más ver al pastor, Morten casi se tiró del caballo y corriendo hacia la puerta gritó a voz en cuello:

—¡Ahí está! ¡Ahí está el asesino de mi hermano!

Kirsten, la criada, que salía de la vaquería, se paró de golpe, alarmada. También Vibeke corrió a la puerta de la cocina y se detuvo allí mientras el pastor se adelantaba lentamente unos pasos hacia su acusador. Las mujeres del grupo de Morten, ya en tierra, seguían quedándose atrás y Larsen se arrojó la tarea de sujetar a los dos caballos. Thorwaldsen miró a su alrededor buscando a Hans o a Lars Sondergaard, a los que llamó en voz alta, mientras Morten volvía a gritar con voz ronca:

—¡Asesino! He venido a buscar el cuerpo de mi hermano Niels.

Mientras el párroco, perplejo, seguía mirando la agresiva figura de Morten

Bruus sin pronunciar palabra, este pasó junto a él corriendo hacia la puerta de la cocina, donde intento abrirse camino apartando a Vibeke, pero esta se puso en jarras y no lo dejó pasar.

Mientras tanto, Thorwaldsen, al ver a Kirsten, la mandó ir a buscar a los criados, y la yegua baya de Morten, a la que los gritos de su amo no alteraban, cruzó al trote el patio hasta el lugar donde Larsen aguardaba con la montura del párroco y las suyas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el pastor cuando por fin se le acercó Thorwaldsen.

—Lo que significa —gritó Morten, dándose la vuelta—, es que hemos venido a buscar en vuestro huerto.

—Lo siento, pastor Sören —dijo el magistrado—. Reclama su derecho a hacerlo y debo otorgárselo.

—Pues que busque —contestó el párroco con suavidad.

—Necesito una pala —pidió Morten.

—Haré que Hans os traiga una —dijo el párroco—. Déjalo entrar, Vibeke.

Esta, sintiendo que la tocaban en el hombro, se dio la vuelta y vio a Anna a su espalda; empujó a la muchacha suavemente hacia el hueco de la ventana mientras Morten pasaba corriendo junto a ellas. Thorwaldsen lo siguió y los dos iban tan absortos que ninguno vio a la joven, medio oculta por el ama de llaves. Luego entró el párroco, más despacio, en compañía de Hans. Vibeke y las otras mujeres los siguieron. Uno a uno fueron saliendo al huerto silencioso hasta que todo el grupo de acusadores y los criados de la rectoría se hallaron allí.

Cogiendo la pala de manos de Hans, Morten se precipitó al centro del huerto y se puso a cavar. La viuda Kirsten empezó a explicarle a Vibeke en susurros que no había pretendido causarle el menor perjuicio al señor párroco, y que el señor magistrado le había asegurado que no había hecho ningún mal, pero el silencio de los demás era tan intenso y profundo que acabó por callar por fin después de sus primeras frases. Morten cavaba con furia, arrojando los terrones descuidadamente encima de las plantas recién sembradas. Al cabo de unos minutos, corrió a otro punto y empezó a cavar también allí; al ver que la tierra estaba demasiado dura, volvió a cambiar de sitio una vez más.

—Extraño comportamiento —comentó Sören Qvist.

Al rato, Morten se acercó al grupo con los ojos brillantes y la cara sudorosa por la violencia con la que había acometido la tarea.

—No consigo entender qué esperáis ganar con todo este trabajo —le dijo suavemente Sören.

—Ah, ganaré mucho, no os preocupéis —replicó Morten y, volviéndose hacia Jens Larsen, le dijo—: Mostradnos el punto exacto donde visteis cavar al párroco esa segunda noche después de la desaparición de mi hermano.

—¿Yo cavando en el huerto, y por la noche? —preguntó el pastor—. No salí de la cama la noche del día en que se escapó Niels, ni tampoco la siguiente, ni he cavado en el huerto ninguna noche.

—Eso ya lo veremos —dijo Morten Braus con una sonrisa ladina.

Larsen miró al párroco como disculpándose y luego cruzó el huerto hasta donde estaban los escalones para franquear el seto. Desde allí examinó el lugar hasta escoger un punto y luego se dirigió directamente hacia allí.

—Fue por aquí donde estoy seguro de haber visto cavando al señor párroco —dijo.

El lugar que indicó estaba sembrado de hojas y tallos secos de repollo. Morten se acercó pala en ristre y, mirando al suelo, observó:

—Un buen sitio. Estaba bien oculto.

—No se ha tocado esta temporada —explicó el pastor.

—Bien, ¿puedo cavar, señor párroco? —dijo Morten.

—Cavad, por supuesto —respondió el pastor Sören—. O, si estáis fatigado, le diré a Hans que cave por vos.

Hans se adelantó entonces y empezó por retirar los desechos de la superficie. Los espectadores, echándose hacia delante, advirtieron que la tierra parecía haber sido removida recientemente, sobre todo en comparación con el suelo de alrededor, donde habían empezado a despuntar pequeños brotes verdes. Hans no dijo nada y se puso a cavar. La tierra estaba blanda y cedía con facilidad. Morten lo miraba, inclinándose cada vez más por la creciente excitación que sentía. De repente, Hans gritó:

—¡Que el Señor nos ayude!

Se acercaron todos un poco más y el juez Thorwaldsen, situándose al lado de Morten Bruus, bajó la vista hacia el agujero, que ya tenía casi un metro de hondo, al lugar donde Hans había hundido la pala la última vez. Para su

infinito espanto, distinguió lo que era, sin error posible, la copa de un sombrero de fieltro masculino.

Morten pegó un grito:

—¡Es el sombrero de Niels! Lo reconocería en cualquier parte. ¡Ay, lo vamos a encontrar, lo vamos a encontrar! Sigue cavando, Hans.

Y, saltando al hoyo, se puso a limpiar con las manos desnudas la tierra que recubría el sombrero.

No tardó mucho en poder extraer el sombrero de la tierra. Lo lanzó fuera del agujero y, al hacerlo, dejó a la vista la parte de atrás de una cabeza cubierta de pelo moreno liso. Apartando a un lado a Hans, Morten siguió retirando tierra furiosamente con las manos hasta dejar al descubierto los hombros del cadáver, que debía de haber sido enterrado boca abajo, con las rodillas dobladas, y por fin lo sacó a rastras de la fosa y lo tumbó en el sendero del huerto a los pies de Sören Qvist.

El párroco se había puesto muy pálido. También Vibeke se había quedado más blanca que la cera, con gotitas de sudor helado moteándole la tez, pero no había aflojado por ello la guardia protectora de Anna, que, de pie junto a ella, había ocultado la cara en su hombro.

El muerto yacía sobre su espalda, con el lacio cabello arrastrando por el suelo. El rostro estaba tan machacado que no quedaba un solo rastro reconocible, y toda la carne estaba en estado de descomposición muy avanzada. El hedor que exhalaba, parecido al de una enorme rata muerta, se extendió por el suave aire húmedo. Iba vestido con la ropa que llevaba Niels el día de su desaparición. Manchado de barro y desmadejado, parecía un espantapájaros que se hubiera caído de su palo, un ser más grotesco que humano. Morten se arrodilló a su lado, cogió el cuello de la camisa y lo arrancó, mostrando el nombre de Niels Bruus escrito en él. Señaló el aro de plomo de la oreja y pidió a todos los presentes que dieran fe de que era el cuerpo de Niels.

Uno a uno, los sirvientes de la rectoría se adelantaron y prestaron testimonio. La doncella Kirsten, después de mirar y asentir, se llevó las manos a la boca y salió corriendo del huerto, mareada. La viuda Kirsten, horrorizada y sorprendida, dio fe de que era el cuerpo de Niels, y otro tanto hizo su hija Elsa. Jens Larsen se negó a pronunciarse sobre la identidad del cadáver: no

había conocido demasiado bien a Niels. Anna fue eximida de prestar testimonio y a Vibeke, después de asentir manifestando que lo reconocía, se le permitió acompañar a Anna al interior de la casa. Pese a lo indispuerto que se sentía, el párroco se mantuvo firme durante el proceso, hasta que todos terminaron de hablar y se retiraron al otro extremo del huerto. Cuando solo quedaron junto al cadáver Morten Bruus, el juez y el pastor, Morten se volvió al magistrado con su demanda y Thorwaldsen se dirigió al pastor:

—Querido señor, me aflige infinitamente, pero no me queda más remedio que arrestaros.

La voz del pastor Sören sonó muy baja pero firme cuando le habló directamente a Tryg Thorwaldsen como si no hubiese nadie más en el huerto.

—Soy inocente a los ojos de Dios de este acto abominable. Ha de ser seguramente obra de Satanás, o de su ministerio. Hace mucho que sé que el demonio me persigue. Pero vive eternamente quien, con Su divina voluntad, dejará clara mi inocencia. Llevadme a prisión. En la soledad y encerrado, poseeré mi alma y aguardaré lo que Él, en Su Sabiduría, decida.

## 13

Llevaron a Sören Qvist a la cárcel de Grenaa, y Anna los acompañó porque no quiso separarse de su padre. La rectoría quedó sumida en la confusión. Sin embargo, a pesar de toda la agitación y el desconcierto, antes de que se pusiera el sol se habían hecho algunas cosas. Hans y Lars Sondergaard habían fabricado un féretro de madera y habían colocado en él el cuerpo en descomposición. La fosa del huerto había sido rellenada y se habían adecentado las hileras de sembrados. Como Vibeke no permitió que el ataúd pasara la noche en la rectoría, los dos criados lo cargaron en una carretilla y lo llevaron al cementerio de la iglesia de Vejlbj. Kirsten llenó sus cubos de leche como de costumbre y los llevó a la vaquería, y cuando cayó la oscuridad en el campo, todos los sirvientes de la rectoría se congregaron en la cocina, donde Vibeke les había preparado la cena.

—En toda mi vida he tenido un día de trabajo más desagradable que este —dijo Lars, soplando sobre la sopa.

Kirsten miró su cuenco, pero no lo tocó.

—Esto echa a perder el sabor de la comida —dijo—. Todavía me encuentro mal.

—¿Quién habría podido imaginar que terminarían así las cosas? —comentó Lars—. Niels muerto en los arbustos estos dos días sin que ninguno lo sospecháramos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vibeke con tono cortante.

—Bueno, lo oímos todo —dijo Lars, dejando la cuchara en la mesa—. Exactamente como lo ha contado la viuda Kirsten, ¿no es verdad, Hans?

Hans asintió sombrío.

—Nunca oísteis decir que Niels yaciera muerto entre los arbustos —apuntó el ama de llaves.

—Pero oímos toda la pelea: y tú también. Estábamos arreglando arneses viejos en nuestro cuarto. La ventana estaba abierta. Yo no estaba mirando, pero lo oí todo: los insultos y los golpes con la pala, y luego un frufú en el seto y luego que todo se quedaba en silencio. Así que debió ser entonces cuando el párroco ocultó el cuerpo en los arbustos.

—Niels atravesó el seto y se fue corriendo colina arriba —dijo Vibeke.

—¿Quién lo vio irse corriendo? —preguntó Lars.

—El señor párroco lo vio. Es natural que la viuda Kirsten y su Elsa no volvieran a verlo. Estaban al otro lado del huerto.

—¿Y? —inquirió Lars encogiéndose de hombros.

—Pues que si el señor párroco dice que salió corriendo y que él lo vio, es que es verdad. El pastor Sören nunca diría una mentira.

—No he conocido nunca mejor persona —dijo Lars—, pero pienso que incluso el señor párroco contaría una mentira para librar su cuello de la horca.

—¿De la horca, pues sí! —exclamó Vibeke—. De la espada más bien. Pero ¿qué clase de deshonor le deseas tú al señor párroco?

—Pues de la espada entonces —dijo Lars—, y tanto mayor motivo para tener miedo. Lo siento mucho, ama Vibeke. En el nombre de Dios, no creas que pienso mal del pastor. La vida de Niels Bruus nunca valió lo que la suya. Pero ¿qué otra cosa cabe deducir de la historia de Jens Larsen? ¿Y de qué otra forma pudo llegar el cuerpo al huerto?

—Ah, Jens Larsen —repitió Vibeke—. ¿Me estás pidiendo que acepte su palabra contra la del pastor Sören?

—La historia de Jens Larsen es verdad —dijo Kirsten.

Y les contó que aquella noche se había desvelado, y cómo, al levantarse, había visto al párroco, con su bata verde y su gorro de dormir blanco, con toda claridad a la luz de la luna en el huerto, y cómo había oído crujir la puerta algo más tarde cuando regresó.

Vibeke la contempló con los ojos como platos, llenos de horror.

—Aun así, no puede ser verdad —susurró—. No puede ser verdad.

—Espero que no me tomes por una embustera —dijo Kirsten, sollozando

amargamente.

El ama de llaves la miró sin saber qué hacer.

—No, no, nunca pensaría tan mal de ti, Kirsten —respondió pausadamente—, pero puede haberte engañado la vista.

—La luna brillaba con claridad —dijo Hans, hablando por primera vez.

—Ay, estáis todo en su contra —exclamó Vibeke, sumida en la aflicción.

—Ojalá pudiéramos cambiar las cosas —respondió Lars—. Podéis creerme, preferiría irme de aquí mañana, antes que testificar en su contra, pero por lo menos no prestaré como testimonio más que lo que él mismo ha reconocido delante de todos.

—Ojalá no hubiese dicho yo nada —se lamentó Kirsten—. Si los demás no me delatáis, mañana no diré nada en absoluto sobre lo de haberme despertado de madrugada.

Vibeke miró uno a uno los semblantes de todos y no apreció enemistad en ninguno. Pero nadie habló. Los dos hombres la miraron y ella contestó, lentamente y de mala gana:

—Es mejor que digas toda la verdad. Lo que está mal se arreglará antes con la verdad. Hemos sido citados todos a testificar mañana en Rosmos, y escabullirse no servirá de nada.

Aún seguían cenando, aunque en silencio, cuando volvió Anna. Entró sola en la casa, después de darle las buenas noches a Tryg en la puerta, y se sentó en su sitio acostumbrado a la mesa sin quitarse la capa. Vibeke se había levantado en cuanto entró su joven ama, pero no dijo nada. Los demás miraron a Anna como si esperaran algún anuncio y luego volvieron a mirar sus platos, temiendo afligirla si la miraban demasiado. Ella no les dirigió saludo de ningún tipo, sino que se quedó sentada muy quieta, casi como si hubiese olvidado dónde estaba o por qué había ido allí. Los miró a todos uno a uno, pero con una expresión tan extrañamente inmutable en los ojos que Vibeke se asustó. Luego, Anna dijo tranquilamente:

—Has estado llorando, Kirsten. No debes llorar.

—¿No nos traes ningún mensaje del señor párroco? —preguntó Vibeke por fin.

Anna la miró.

—Dice que debemos ser todos valientes y confiar en Dios —respondió.

—Vaya, pues tiene razón —dijo Vibeke, recobrando confianza—. ¿Habéis oído? No está todo perdido. Nos dejamos abatir con demasiada facilidad. Quítate la capa, Anna, y te serviré algo de cenar.

La muchacha negó con la cabeza.

—No puedo comer —dijo, poniéndose de pie—. Tampoco creo que pueda dormir. —Y sin dar las buenas noches salió de la habitación.

La bondadosa Kirsten apartó su cuenco, apoyó la cabeza en la mesa y se echó a llorar como si no fuera a parar nunca. Pero Vibeke, echando mano de su arcón de hierbas, preparó una fuerte infusión de valeriana y se la llevó a su ama al Cuarto Nupcial. Se quedó con ella mientras se la tomaba, la ayudó a acostarse y se sentó a su lado.

La muchacha estuvo temblando un rato, pero de forma gradual las mantas le permitieron ir entrando en calor, la infusión empezó a hacer efecto y se relajó. Vibeke se quedó sentada con ella, aunque la habitación estaba fría. Al cabo de un rato, Anna habló:

—Vibeke, no puedo entenderlo, y eso me asusta. Sabes que habrá quienes piensen que lo hizo él.

—Siempre hay mentes maliciosas —contestó Vibeke.

—Pero por supuesto, él no puede haberlo hecho.

—No, puesto que lo ha negado —dijo el ama de llaves—. ¿Y qué opina el juez Thorwaldsen de todo esto?

—Solo le he hecho una pregunta —contestó la muchacha—. Le he preguntado si aceptaría por verdadera la palabra de mi padre, y me ha dicho que sí.

—Entonces no tenemos por qué tener miedo —concluyó Vibeke.

—No —respondió la joven—. Debemos confiar en Dios, como mi padre nos ha dicho. En realidad no tengo miedo, Vibeke.

Pero Vibeke sí estaba asustada. Mucho después de haberse dormido Anna, se quedó sentada a su lado como hacía cuando era pequeña, tras morir su madre, no fuera la niña a despertarse y a gritar aterrorizada. No dudaba de la inocencia del pastor, pero tampoco veía cómo iba a poder ignorar el tribunal la cantidad de pruebas acumuladas en su contra. Recordó lo que había dicho el pastor de los demonios y empezó a formular sus propias teorías brumosas. Allí, sentada junto a su niña dormida, se acordó de cosas, cosas espantosas

que había relegado al fondo de su mente durante muchos años, procurando dejarlas ocultas debajo de las muchas horas felices. Era ya tarde cuando se acostó al lado de Kirsten.

La reunión en Rosmos era reducida, y los únicos testigos eran los que habían acompañado a Morten Bruus la víspera, más los miembros de la casa del pastor Sören Qvist. El párroco, al que habían traído de la cárcel de Grenaa por la mañana temprano, a través de los campos aún brumosos, vestía las ropas de la granja, como la víspera: la casaca de cuero y las medias de tela amarillas, con zuecos de madera. Se lo veía cansado, como un hombre que ha luchado toda la noche con un ángel y, aun así, se ha visto forzado a dejarlo marchar sin recibir su bendición. No obstante, había tal dignidad en su porte, que hizo que todos los presentes fueran doblemente conscientes de su sagrada vocación.

El juez Thorwaldsen fue el último en llegar, se sentó a la larga mesa y comenzó la vista de forma casi abrupta. La acusación de Morten y las declaraciones de sus testigos, así como las de los miembros de la casa del pastor, fueron iguales que la víspera, pero en esta ocasión los tomó todos por escrito el secretario, dándoles permanencia. Cuando la doncella Kirsten refirió su historia de que había visto la bata verde y el gorro de dormir blanco del pastor en el pasillo a la brillante luz de la luna, la mirada de Morten Bruus centelleó de gozo y al párroco se lo vio llevarse la mano a los ojos. Kirsten era el último testigo y, cuando hubo acabado, Morten Bruus se puso de pie casi de un salto.

—El caso está completo, señor juez —gritó—. Exijo una sentencia.

—Esperad —contestó el magistrado—. El acusado ha de tener la oportunidad de hablar. Pastor Sören Qvist, ¿qué tenéis que decir en vuestra propia defensa?

—Que el Señor me ayude —dijo el anciano, hablando muy despacio—, os diré solo la verdad. Golpeé a Niels Bruus con la pala y se cayó al suelo, pero aún fue capaz de levantarse de un salto y salir corriendo. Lo vi cruzar el prado y adentrarse en el bosque. Qué sería de él después, lo ignoro, ni sé cómo llegó a aparecer su cuerpo enterrado en mi huerta. En cuanto a los testimonios de los

que me vieron cavar esa noche, o son una mentira vil, y que Dios me perdone si los acuso en falso, o los ha inducido a error el Maligno. Yo dormí profundamente toda la noche, y no podía prever qué trampas me acechaban. ¡Desdichado de mí! No tengo a nadie en este mundo que hable en mi defensa, eso lo veo claramente. Si también el que está en las alturas guarda silencio, solo me quedará someterme a Su inescrutable designio.

Anna, apoyándose en el brazo de Vibeke Andersdottir, pensó que se le habían parado tanto el corazón como la respiración, en la larga pausa que sucedió a las palabras de su padre. Este no la miró al sentarse, y luego se tapó la cara con las manos. Tryg Thorwaldsen no le había quitado los ojos de encima al prisionero. Con una voz que no era más que un susurro, pero que resonó en el silencio, Morten Bruus repitió:

—Dictad sentencia, señor juez.

Pero Thorwaldsen siguió demorando su respuesta, cogió una pluma, volvió a dejarla en la mesa, abrió y cerró sus fuertes y delgadas manos. Por último, captando la atención de su secretario, inclinó la cabeza muy levemente en su dirección y empezó a hablar.

—Considerando la buena reputación del prisionero —dijo el juez Tryg Thorwaldsen—, la naturaleza de su vocación y el largo período de servicio a su parroquia, y teniendo en cuenta que su testimonio está en desacuerdo con el de otros testigos, el tribunal declara que las pruebas no son concluyentes. Este tribunal no puede por tanto dictar sentencia. Sin embargo, el peso de los testimonios contra el prisionero es tal, que tampoco puede ser desestimado. Por consiguiente, este tribunal decide que se aplace tres semanas este juicio. Al cabo de ese tiempo, el tribunal se reunirá de nuevo en esta ciudad y a esta misma hora.

Las tres semanas de suspensión situaban la segunda vista hacia San *Martín*, aunque el juez Thorwaldsen no fue consciente de ello en ese momento.

**A** última hora de la tarde del mismo día en que se celebró la primera vista del juicio contra el párroco, el cuerpo desenterrado en su huerto fue inhumado en tierra consagrada en el cementerio de la iglesia de Vejlbj, al cuidado del pastor Peder Korf de Aalsö. Morten Bruus asistió a título de testigo y de deudo, y el juez Thorwaldsen en tanto que representante del rey. Para evitar el montón de tierra excavada, los dos, de mala gana, se vieron obligados a ponerse juntos. Peder Korf ocupó su lugar a la cabecera de la tumba y el sacristán y sepulturero se situó al pie de la misma. Bajo el cielo nublado, la tierra recién removida, lustrosa por donde había penetrado la pala, brillaba con una luz mortecina y la hierba espesa tenía unos pálidos reflejos ahí donde se había acumulado tempranamente el rocío. Ese fulgor plateado y crepuscular no llegaba al fondo de la profunda fosa rectangular. Morten parecía muy triste, por una vez sin rastro de malicia o burla en su semblante zorruno. Observándolo, el juez intentó reconocerle el derecho natural al duelo, pero el recuerdo de su aparente falta de afecto por su hermano y del vivido destello de triunfo que había fulgurado en su pálida mirada al extender el cadáver cuán largo era a los pies del párroco Sören Qvist, se impuso al momento y dio al traste con su buena intención. A despecho de sí mismo, su encono personal por el hombre de pie a su lado llenó la boca de Thorwaldsen del amargo sabor de la bilis.

Mientras Peder Korf leía la oración de difuntos, el sacristán permaneció con la cabeza inclinada y los dedos enlazados reverentemente sobre el mango de la pala, y Morten Bruus se cubrió los ojos con una mano. Tryg Thorwaldsen

dijo para sí: «Que Dios me perdone». Detrás de ellos, la iglesia proyectaba una gran sombra fría. El edificio, ya antiguo y destinado a ser todavía más antiguo, producía una impresión de absoluta estabilidad. Las palabras que leía el clérigo transmitían lo mismo. Para Tryg Thorwaldsen, sellaban la carne en descomposición en el féretro de madera hasta el día del juicio final. Con independencia de cuánto hubiera contribuido el pobre Niels Bruus a la situación en la que ahora se hallaba envuelto su amo, estaba ya más allá del juicio o de la sentencia de cualquier tribunal humano. Absuelto o perdonado, por lo menos ya no estaba. La historia de Niels había concluido, pensó Tryg, mientras el párroco cerraba la Biblia y el sacristán levantaba su pala.

Morten Bruus le dio las gracias al clérigo y le hizo una sobria inclinación de cabeza a Tryg. Parecía dispuesto a quedarse junto a la sepultura hasta que el sacristán hubiera concluido su tarea, en cambio el pastor Korf y el juez Thorwaldsen se hicieron a un lado y, por los estrechos senderos que separaban los lugares de descanso de los antiguos miembros de la comunidad, se dirigieron a la verja. Al salir del cementerio, Tryg volvió la vista atrás y vio a Morten aún de pie, con la cabeza inclinada junto a la tumba.

—Pobre hombre —comentó el pastor Korf—. Es muy duro perder al último familiar que le queda a uno. Aunque parece que estos hermanos se tenían bien poco cariño, los lazos de sangre son muy fuertes.

—Es el destino de los vivos lo que ha de preocuparnos ahora —dijo Tryg.

—Aun así —replicó el párroco—. Lo siento mucho por vos —añadió con llaneza.

—Me gustaría pedirlos consejo —dijo Tryg—. El pastor Sören había venido a verme justo antes de que Morten Bruus presentara su acusación, para confiarme cierta suma de dinero con la que pensaba que podría financiar la búsqueda de Niels Bruus. ¿Qué podría hacer yo ahora con ese dinero para ayudarlo?

Peder Korf se tiró de la barba. Tenía el semblante atezado y quemado por el sol y los ojos claros. Desde ese rostro moreno, sus ojos contemplaron a Tryg, pareciendo doblemente perspicaces por lo intenso de su color azul.

—Entonces, ¿no lo creéis culpable, señor juez? —preguntó.

—No puedo creer —respondió Tryg— que se presentara ante mí para poner en marcha un engaño tan monstruoso como pedirme que hiciera buscar a

Niels, sabiendo todo el tiempo dónde yacía este. Es un hombre honesto y un hombre de Dios.

—Es mi amigo —dijo Peder Korf—. Con todo, es un ser humano, y todos los seres humanos son corruptibles. Siempre ha tenido buen corazón, pero la ira se alza como la llama. Es veloz y obnubila la mente.

—Si estuviese convencido de su culpa, habría dictado sentencia esta misma mañana —dijo el juez.

—¿Creéis entonces que Dios hará aparecer un testigo que exculpe a nuestro amigo? Ofreced una recompensa a quien presente ese testigo, en tal caso. Pero decidme, ¿no tenía el pastor Sören otro hijo, un varón?

—Sí —respondió Tryg—. Su hijo Peder, que se marchó de casa hace mucho tiempo. Creen que murió en Escania.

—Pero quizá no haya muerto. ¿No podríais usar ese dinero para buscar a Peder Qvist?

—No serviría de nada como testigo —objetó Tryg.

—No —convino el pastor Korf—, pero podría ofrecerle consuelo a su padre. A decir verdad, temo que no exista testigo que pueda ayudaros.

Se produjo un silencio. Luego, el párroco volvió a hablar con tono muy bondadoso:

—Hijo mío, es una gran desgracia para Sören Qvist que seáis precisamente vos el magistrado que ha de juzgar su caso. Como representante del rey que sois, vuestra confianza personal en el párroco Sören de nada puede servir.

—¿Sería acaso mejor que me retirara del caso y solicitara que alguno de los jueces itinerantes del monarca fuera designado en mi lugar? —preguntó Tryg con firmeza.

—Lo he estado pensando —reconoció el pastor Korf.

—Yo también —dijo Tryg—, pero un juez del rey sería un extraño en esta parroquia, y la buena reputación del párroco Sören no ejercería ninguna influencia sobre él. No, seguiré adelante con el caso.

—Como os parezca más acertado —contestó Peder Korf.

—Voy a necesitar vuestras oraciones —dijo Tryg.

Después, a punto ya de marcharse, añadió:

—Pero considerad lo siguiente, párroco Korf. ¿No es extraño que la

acusación de Morten Bruus, presentada exclusivamente contra el pastor, nos acarree igual desgracia a las tres personas que ya hemos sido víctimas de su odio: el pastor Sören, su hija Anna y yo mismo?

En la rectoría de Vejlbj, Anna aguardó esperanzada la visita de Tryg, pero él no acudió, y ella no comprendía por qué. Quería darle las gracias por el aplazamiento del juicio y por haber proclamado públicamente su confianza en la honestidad de su padre, y quería pedirle la promesa adicional de que nunca perdería esa confianza. También deseaba sentir en sus manos las manos de él, tan fuertes y firmes. Pensaba que con solo tocar esas manos, el mundo en el que ahora se encontraba podría parecerle menos lleno de arenas movedizas, porque a pesar de su absoluta fe en la inocencia de su padre y en el amor y lealtad de Tryg, estaba aterrorizada. Se ocupaba de sus tareas domésticas lo mejor que podía aunque, cada tanto, Vibeke se la encontraba sentada junto a la rueca temblando, con las manos apretadas entre las rodillas, los hombros inclinados, habiendo olvidado la tarea que se hubiese propuesto hacer. La propia Vibeke no se sentía tampoco particularmente confiada. Los demás criados atendían sus quehaceres en silencio. Habían hablado tanto la víspera que, por el momento, no les quedaba nada que decir. La vista de esa mañana había supuesto una gran emoción y muchos nervios también, y los había dejado a todos deprimidos y exhaustos, pese al hecho de que el magistrado había parecido mostrarse defensor del pastor.

Hacia el anochecer, la campana de la iglesia de Vejlbj empezó a doblar.

—Qué sonido tan triste —dijo Vibeke, plantada ante la puerta abierta—. No me gusta nada oírlo. Parece que diga: «El párroco Sören está en prisión, el párroco Sören está en prisión».

—Están tocando a muerto —contestó Hans—. Han enterrado a Niels Bruus.

—A veces pienso que el señor párroco se puede dar por muerto —dijo Vibeke bajando la voz—. ¿Qué habíamos hecho para que ese Niels Bruus viniera a atormentarnos? Cada vez que nos librábamos de él, volvía a presentarse: dos veces vivo y la última muerto. Bueno, ahora, como bien dices, está sepultado en tierra consagrada. No puede resucitar para volver a fastidiarnos.

Vibeke estuvo muy callada el resto de la velada, tanto que hasta Anna,

ensimismada en sus propios sombríos pensamientos, terminó por darse cuenta y dejó de intentar hablarle. Se ocupó de sus preparativos para el día siguiente, pues tenía la intención de llevarle comida y ropa a su padre a la cárcel en Grenaa, y en cuanto estuvo lista la cesta y recogida la cocina, se retiró a su habitación. Vibeke fue a verla cuando estaba empezando a desvestirse en el frío y a oscuras. El ama de llaves llevaba una vela que puso encima del arca nupcial. Luego se sentó encima del otro arcón y entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Eres una derrochadora —la regañó Anna con dulzura, desabrochándose el corpiño—. No necesito luz para meterme en la cama.

—Tengo que hablarte de una cosa para la que se precisa luz —dijo el ama de llaves.

—Todo aquello de lo que hemos hablado hoy —respondió la joven con un suspiro— necesita luz, y mucha.

—Lo he estado pensando y ya sé qué tenemos que hacer para salvarnos —dijo el ama de llaves—. En cuanto haya pasado una semana, pero no antes, el juez Thorwaldsen ha de acudir con el párroco Peder Korf al cementerio de Vejlbj y abrir la tumba de Niels Bruus a la luz del día.

—¡Oh, no! —gritó Anna horrorizada.

—Tiene que hacerlo —dijo Vibeke en tono firme—. Entonces se verá que el cadáver ya no es el de un hombre, sino el de un gato, o puede que incluso solo sea un montón de trapos, o un bebé de cera.

—¿Y tú cómo puedes saberlo? —preguntó Anna con afecto, yendo a sentarse al lado de Vibeke y poniendo suavemente una mano sobre las de la mujer.

—Porque conozco las mañas de las brujas —dijo Vibeke y Anna notó cómo se estremecía al decirlo; luego prosiguió con voz cada vez más firme—. Sé que hacen cosas como esas. Lanzan un hechizo sobre un lío de trapos para que parezca otra cosa. Lo hacen con la ayuda del Maligno. Déjame que te lo cuente, porque sé de lo que estoy hablando. Está más claro que el agua que el señor párroco no mató a Niels Bruus, ni lo enterró en el huerto, porque dijo que él no había hecho tal cosa. Por lo tanto, el cadáver del huerto no podía ser en realidad el cuerpo de Niels Bruus. Lo puso ahí alguna bruja, no me preguntes quién, pero lo acabaremos sabiendo, que hizo que a todos nos

pareciese el cuerpo del pobre Niels. Pero ahora que ha sido inhumado en tierra consagrada, recuperará la forma que tenía, fuera la que fuese, antes del hechizo. No me cabe duda de que ya habrá cambiado, pero para mayor seguridad, debemos aguardar una semana, y permitir que las sagradas campanas tañan por encima de la tumba más de una vez.

—Ay, corazón —dijo Anna—. Tryg nunca se creerá eso, ni tampoco el pastor Peder, y es mejor dejar descansar en paz a los muertos.

—Déjame que te cuente —insistió Vibeke, temblándole la voz—, porque lo sé todo sobre las brujas. Se reúnen en un aquelarre cuyo amo es el Maligno, y reciben de él dinero como recompensa por sus malas obras; a veces les da dinero y a veces otras cosas, como joyas. A la luz de la luna, las monedas de oro y las joyas parecen brillar mucho, pero al día siguiente, cuando la bruja quiere contemplar su tesoro, este se ha convertido en un montoncito de hojas secas, o en un puñado de estiércol. Es la pura verdad. Cualquiera pensaría que dejarían a un amo que las engaña de esa forma, pero no, trabajan por amor al mal que hacen, y el estiércol es para ellas tan buena recompensa como el oro.

—No puedo creer que eso sea verdad —dijo Anna—. ¿Por qué te pasas la vida recordando esas feas historias que has oído? Te asustan, y ya hay bastantes cosas de las que tener miedo, bien lo sabe Dios, sin pararse a pensar en las que no son ciertas.

—Ay, niña mía, pero es que sí son ciertas. Tu padre lo sabe. Yo sé mucho más de lo que suelo contar. Pero si para que me creas tengo que explicarte más cosas. —Vibeke bajó la voz—, entonces te diré que en una ocasión viví con una bruja. Así me valga Dios, era una criatura malvada y sucia, y sus obras casi me cuestan la vida.

—Mi padre dice que la confianza en el Señor es la mejor protección que hay contra los hechizos del demonio —dijo Anna, alarmada por el miedo que advertía en los ojos redondos de Vibeke y por la forma que tenía esta de temblar.

—Nunca he querido hablar de todo esto —prosiguió el ama de llaves en una voz tan baja que Anna se tuvo que inclinar hacia ella para oírla—. Tenía miedo de que la gente de esta parroquia se enterase y lo utilizase en mi contra, y he tratado de olvidarlo, pero ahora ha llegado el momento de que lo sepas, igual que lo sabe el señor párroco, y como lo supo tu santa madre.

—Ay, Vibeke, no me hables de eso si te asusta —respondió la muchacha—. Por favor, no digas nada.

—Sí, ahora ya tengo que hacerlo —dijo Vibeke—, porque si consigo que me creas, a lo mejor podremos salvar al señor párroco. Pero guardarás el secreto, porque me quieres. Pasó cuando era niña en Aebeltoft. ¿Cómo iba yo a saber, cuando entré a servir en su casa, que era una bruja? Pero poco a poco fui descubriendo cosas. Tenía que ayudarla a vestirse y a desnudarse y vi las marcas. Al principio, no sabía qué eran, pero luego me enteré. La oí hablarle a un sapo que tenía. Solía hacer un ruidito, una especie de cloqueo, como el del sapo, y este acudía cuando lo llamaba. Tenía otro espíritu familiar, además, con forma de zorrillo salvaje, al que amamantaba. Pero no le daba el pecho como una madre hace con su hijo, sino con una teta que tenía en el costado, y lo alimentaba con sangre. Algunas brujas hasta tienen pechos en sus partes más íntimas, según tengo entendido, pero esta mujer lo tenía bajo el brazo, por eso se lo vi. No era pobre, era muy rica, y estaba bien considerada en Aebeltoft, hasta los disturbios que la traicionaron.

Entonces la llevaron a juicio. Al principio me asusté mucho cuando me enteré de que había estado sirviendo a una bruja, pero no sabía cómo dejarla, porque ella tenía un papel. Además, también tenía miedo de que me hechizara si me atrevía a marcharme. Si me hubiera escapado, habría descubierto dónde me escondía y me habría embrujado. Así que antes de que la llevaran a juicio, sufrí con ella, y me obligaba a hacer todo cuanto quería, toda clase de tareas sucias, a todas horas. Yo solo era una niña, más joven que tú, y estaba muerta de miedo todo el tiempo.

Llegó por fin el juicio, y al principio pensé que por fin sería libre. Pero entonces alguna persona malvada dijo que yo también debía de ser una bruja. Había vivido con ella, se dijo, y tenía que haberme adiestrado en sus malas artes. Si quemaron por brujería a la mujer del burgomaestre de Copenhague, la capital del reino, ¿qué podía esperar una pobre criadita? Y les hacen tales cosas a las brujas para lograr que confiesen, porque es sabido que el demonio las endurece contra la confesión, que la mera acusación equivale a todos los efectos a la condena por brujería.

A Vibeke se le había cubierto la frente de sudor frío mientras hablaba, y tenía los ojos vueltos hacia la llama de la vela, como si su luz le diera de

verdad valor para hablar de esas cosas oscuras.

—Entonces se presentó tu padre —dijo—. Venía a casarse con tu madre en Aabeltoft, donde ella vivía, y cuando oyó hablar del juicio por brujería, fue a ver a los jueces. Y de alguna forma que nunca he llegado a entender, los convenció de que la criadita de la bruja no debería ser juzgada con su ama, y sí en cambio vinculada por contrato a su esposa y a él, que se haría garante de su conducta cristiana mientras vivieran. Así me libré de la tortura. Y me fue permitido ayudar a tu madre a vestirse para su boda, y la acompañé a Vejlbj para vivir feliz y en paz.

Al llegar a ese punto, el ama de llaves se derrumbó y se echó a llorar, y Anna también lloró. Luego, la joven le preguntó:

—¿Y la bruja?

—La quemaron —dijo Vibeke inspirando hondo, estremecida—. ¿Comprendes ahora por qué estoy tan segura de que tu padre no puede ser culpable de ninguna gran maldad? ¿Y por qué he querido tanto a tu madre y a sus bebés? ¡Ay, Anna, mi pequeña Anna! Tenemos que salvar al pastor Sören, y ya te he explicado la forma de hacerlo.

**L**a conversación con el pastor Korf en el cementerio de la iglesia de Vejlby le quitó a Tryg las ganas de ir a visitar a Anna Sörensdottir esa noche. A lo largo de toda la siniestra tarde, había acariciado la idea de hablar con ella; la ternura de sus pensamientos hacia Anna era un talismán contra la malicia y el odio que sentía que estrechaba cada vez más el cerco en torno a todos ellos. Sin embargo, cuando llegó el momento, cuando le hubo dado las buenas noches al pastor de Aalsö y quedó libre de acudir con su amada, la conciencia de la apurada situación en la que él mismo se hallaba, como habían dejado claro las palabras del pastor, lo detuvo en el sendero conocido y lo mandó desolado de vuelta a casa. Había esperado consolar a Anna; sin embargo, la garantía que él ya le había dado de su fe en la inocencia de su padre era todo cuanto podía ofrecerle, y se veía ahora ensombrecido por la advertencia de Peder Korf. Con independencia de la sinceridad o no de la lealtad de Tryg, seguramente todo el mundo pensaría que se basaba menos en su reverencia por el anciano que en su amor por su hija.

Una vez en casa, sacó recado de escribir y trató de pergeñar una carta con la que pudiera expresarle a Anna, además de su amor, la razón de su renuencia a verla, pero cuando intentó hablar de precaución, sonó a cobardía; cuando mencionó la parcialidad, pareció un delito contra su cargo; cuando trató de exponer la presión de la opinión pública, sonó a amenaza. En su desesperación al pensar que cualquier cosa que le escribiera iba a herirla todavía más que su silencio, acabó por arrugar el papel y arrojarlo al fuego.

Era consciente de que, de no haber estado Anna por medio, podría haberse

sentido libre de ir en contra de las pruebas y atenerse a su convicción de que el párroco decía la verdad. No importaba lo que pensara: su mente daba vueltas en círculo, y al cabo de una hora se hallaba en el mismo punto en el que se había quedado atascado esa mañana. Por abrumadoras que resultaran las pruebas circunstanciales, seguían estando incompletas, puesto que la declaración del párroco también era evidencia, y contradecía la mitad de los otros testimonios. Por consiguiente, tenía que ofrecer una recompensa por cualquier testigo que se presentara que pudiera arrojar algo más de luz sobre el caso. Ofrecería al mismo tiempo una recompensa por cualquier información acerca del paradero actual de Peder Sörensen Qvist. Pero ¿qué pruebas esperaba conseguir? ¿La de que el testimonio de Lars Jensen y de la doncella Kirsten eran falsos? Aun así, quedaría el cuerpo descompuesto del huerto. ¿Quién creía en la inocencia del párroco, se preguntaba, con excepción de Anna, Vibeke y él mismo? ¿Y no estaría de hecho engañándose por la fuerza de su amor? ¿No se sabía acaso desde el principio de los tiempos que todos los seres humanos eran proclives a creer lo que deseaban, y por qué había de pensar que él estaba libre de ese defecto común a toda la humanidad?

Con un gemido, hundió la cabeza entre las manos y, ante sus ojos así oscurecidos, apareció el pálido y juvenil semblante de su amada. Los ojos de Anna lo miraban con confianza, la confianza de una cría que, sin embargo, debido a su tristeza, también era la de una mujer. Así lo habían mirado la última vez que habló con ella. ¿Se atrevería a hablarle de nuevo alguna vez?

Se le ocurrió entonces que si tuviera que dictar sentencia de muerte contra el pastor Sören Qvist ese día prefijado que ya se iba acercando, no sería muy diferente de condenar a muerte a aquella muchacha, y eso resultaría superior a sus fuerzas. No le quedaba en tal caso más remedio que apelar al rey para que mandara otro magistrado.

Se apartó las manos de la cara y vio el papel sobre la mesa, como si lo esperara, con la pluma al lado. Lo único que tenía que hacer era escribir y quedaría liberado de su responsabilidad. Según crecía la conciencia de su amor, aumentaron también sus dudas sobre sí mismo, hasta que, desesperado de ternura y de tristeza, alargó la mano y tocó la pluma. Acercó la hoja de papel. Mojó el cálamo en la tinta y lo mantuvo en vilo. Al hacerlo, le vino a la mente la imagen de Anna, expectante, a la que tendría que decirle: «Os he

entregado, a él y a ti, a la misericordia de un extraño de quien ninguna espero, porque tampoco podría esperarla de mí mismo».

—¡Entonces sí que se mostrará triunfante Morten Bruus! —se dijo en voz alta en la estancia vacía.

No le escribió ninguna carta a nadie esa noche. Con la idea de Morten Bruus, le vino la sensación de estar atrapado, e hizo acopio de todas sus fuerzas para decidir hacer cuanto estuviera en su mano para liberar al párroco. A la mañana siguiente despachó un mensajero a Vejlbj para interesarse por la salud de Anna y hacerle saber que sus labores judiciales le impedían acudir a verla. Fue Vibeke quien recibió al mensajero de Tryg, pues Anna se había ido a ver a su padre.

La cárcel de Grenaa era un edificio pequeño de solo dos habitaciones, sólidamente construido en piedra. En el cuarto exterior vivían el carcelero y su familia. La estancia del fondo, donde se encerraba a los prisioneros, no tenía más salida que la que daba paso al cuarto exterior, pero había una ventanita con barrotes en lo alto de la pared. Los presos no solían permanecer mucho tiempo entre rejas. Los juicios eran en general breves y los castigos rápidos, por lo que el acomodo ofrecido a tan humildes y transitorios residentes era de lo más sencillo.

Por suerte, en esa su primera visita, Anna encontró a su padre solo. El carcelero la dejó entrar sin demora. Hasta se disculpó, porque hacía varios días que no se retiraban los desechos nocturnos, y llamó a su mujer para que se ocupara de ello. Pero una vez hecho esto, el lugar seguía apestando, y era frío y oscuro. Cuando cerraron la puerta a su espalda, Anna atravesó el cuarto hasta el rincón donde su padre estaba sentado, en el borde de un camastro de madera muy bajo y se arrodilló ante él. El pastor alzó la mano como para acariciarle la cabeza, para luego dejarla caer con suavidad sobre el hombro de su hija, donde permaneció, como si no tuviese fuerza. Llevaba unas cadenas sujetas a unos grilletes en los tobillos. Anna esperó a que le dirigiera la palabra, pero él tardó mucho en hacerlo. Por fin, con la voz de un hombre muy anciano, dijo:

—Me pesa mucho verte en este lugar.

—Más me pesa a mí tener que dejarte aquí —dijo ella, llevándose la mano de su padre a los labios—. Pero seguramente te liberarán cuando concluya la

segunda vista.

—No —respondió el pastor—. Siento tal malestar en el alma que solo puede significar que mi Dios me ha abandonado. He consagrado mi vida a su servicio. ¿Por qué me ha abandonado? No me queda más consuelo que el de saber, aquí en el corazón —y se golpeó el pecho—, que no soy un asesino.

Su hija trató de protestar, recordándole la lealtad de Tryg y la devoción de Vibeke, pero él no hizo el menor caso de sus razones. Le había llevado comida: hogazas de pan cocido por Vibeke, unos quesos redondos dulces y cerveza de la que él mismo había elaborado, pero no quiso tomar nada. Le rogó a Anna que agradeciera a Vibeke sus atenciones y pidió que le llevaran su Biblia. Luego se sumió en un silencio que a duras penas rompió para despedirse de ella cuando el carcelero abrió la puerta para decirle que tenía que marcharse.

Cuando Anna le entregó la Sagrada Biblia al día siguiente, él le sonrió y consintió en comer un poco.

Así empezó para Anna una nueva rutina que duró las tres semanas que transcurrieron hasta el segundo juicio. Todos los días hacía el trayecto de Vejlbj a Grenaa. Llegó a conocer el camino casi tan bien como el sendero que llevaba de la rectoría a la iglesia, los pantanos donde se posaban las aves marinas, la mancha oscura de los bosques hacia el este, y el campo cubierto de brezo salvaje más allá. El carcelero nunca le permitía quedarse mucho tiempo con su padre, pero la trataba con amabilidad. Un día que hacía más frío, la mujer del carcelero le permitió calentar la cerveza en la pequeña chimenea del cuarto exterior. Desde entonces, las veces que tenía que esperar para ver al preso, Anna solía charlar un poco con ella. Se le hacía raro ver a la mujer amamantar a su hijo pequeño al fulgor rojizo de la lumbre, o preparar la comida y dedicarse a las confortables tareas de la vida, mientras al otro lado de la puerta con refuerzos de hierro, justo en el cuarto de al lado, había tanto dolor y tanta suciedad.

Un día, cuando el párroco llevaba ya algún tiempo encarcelado, Anna encontró a una mujer acuclillada en un montón de paja en el extremo opuesto de la habitación que hacía de celda. Se trataba de una joven, que mantuvo la cabeza inclinada sobre las rodillas todo el tiempo que duró la visita de Anna, por lo que no pudo verle la cara. Cuando le preguntó por ella a la mujer del

celador, esta contestó escuetamente que era una moza que había matado a su bebé recién nacido.

—Va a ser decapitada —añadió, dedicándole una extraña mirada a Anna.

Al día siguiente la joven ya no estaba y su lugar lo ocupaban dos ladrones, que pasaban el rato jugando a los dados. Si bien eran muy pocas las visitas permitidas en la cárcel, en cambio el desfile de bellacos era continuo, unos más desgraciados que otros; a veces, la habitación del fondo estaba atestada, aunque con mayor frecuencia estaba vacía salvo por la presencia del pastor Sören Qvist. Pero la reputación del párroco le valió por lo menos el privilegio de poder ver a su hija un ratito cada día.

Anna le hacía la cama, le lavaba la cara y las manos y le llevaba de comer, y todo como si se tratara de un enfermo. Le parecía increíble que su padre hubiese cambiado tanto en tan poco tiempo. Todo el fuego, el vigor y la afabilidad que habían parecido tan consustanciales a su persona se habían extinguido, como sofocados por el ambiente asfixiante de su celda. La mano que su hija le cogía estaba flácida y cuando hablaba lo hacía solo con un hilo de voz. La trataba con mucha dulzura y seguía mostrándole todo su afecto y preocupación por ella. Se lamentaba a diario de que Anna tuviera que verse expuesta a espectáculos y olores tan viles. El mayor pesar de su hija era verlo tan quebrantado, y cada vez que lo dejaba, era tan considerable su aflicción que le parecía llevarla sobre los hombros cual pesado yugo de madera. Sin embargo, pasaba animosa por la habitación exterior, con la cabeza alta y la espalda recta, y solo se permitía llorar cuando por fin se hallaba a salvo en la cama nupcial de la rectoría.

Vibeke le había dado el mensaje de Tryg y desde entonces Anna no había vuelto a saber nada de él. Durante la primera semana de su ausencia, le pareció razonable pensar que debía de estar demasiado ocupado para verla, así que, aún echándolo profundamente de menos, no se preocupó más de la cuenta al respecto. Pero conforme fue transcurriendo la segunda semana, empezó a insinuarse en ella el temor a que Tryg la estuviera evitando porque hubiese cambiado de idea respecto a la inocencia del pastor. Vibeke no dejaba de insistirle en que hablara con Tryg sobre la apertura de la tumba.

—No puedo hablarle sin verlo —decía Anna.

—Pues mándalo llamar —respondía Vibeke.

Al final, la muchacha cedió ante la insistencia del ama de llaves y envió a Hans a Rosmos. Este regresó con una carta para Anna. Había sido escrita apresuradamente, mientras Hans aguardaba. En ella, Tryg le rogaba que creyera que estaba haciendo todo cuanto estaba en su mano para encontrar nuevas pruebas que permitieran exonerar al pastor. Le había parecido más razonable no visitarla mientras tanto. Le aseguraba su amor y le encarecía que cuidara de su salud.

—Eso es todo —le dijo la joven al ama de llaves—. Ya lo ves, no va a venir.

—Entonces iré yo misma a verlo —replicó Vibeke.

—Déjame que lo hable primero con mi padre —dijo Anna.

Saber que alguien estaba esforzándose por ayudar a su padre, le infundió valor y esperanza como no sentía desde que había dejado de ver a Tryg. Cuando volvió a visitar al pastor intentó transmitirle esa renovada confianza. Le habló de la carta de Tryg, quitándole importancia a la renuencia de este a verla, e insistiendo mucho en sus esfuerzos por encontrar algún testigo nuevo. El anciano la escuchó con la mirada nublada. Cuando su hija terminó, le repitió lo que ya le había dicho muchas otras veces antes:

—Hay un único testigo que podría salvarme, y si permanece en silencio quedaré en manos de mi Enemigo. Pero me ha retirado su afecto. Me trata como si en verdad fuese el asesino de mi servidor. —Y añadió a continuación, en un tono de inefable hastío—: Sé muy bien que no maté a Niels Bruus. No puedo comprender cómo terminó su cuerpo en mi huerto.

—Vibeke tiene una explicación —dijo Anna, vacilando un poco—. Me ha pedido que te diga que hay que abrir la tumba y que, ahora que el cuerpo ha reposado en tierra consagrada, veremos que se ha convertido en un montón de trapos, o en alguna otra cosa sin valor. Dice que nunca fue un cadáver de verdad, sino que algún hechizo hizo que lo pareciese. Dice también que es todo obra del demonio, y que daría nombres si no tuviese miedo.

—Vibeke ha sufrido mucho —contestó el anciano—. Tiene motivos para tener miedo.

—Quiere que vaya a ver a Tryg y le pida que se abra la tumba —explicó Anna.

El pastor Sören hizo un gesto de negación con la mano.

—No, no, no le vayas a Tryg con esas tonterías; no dejes que te inquieten los cuentos de Vibeke. No obstante —añadió, saliendo de su ensimismamiento—, detrás de todo esto está el poder del demonio. —Su voz sonó más fuerte y sus ojos, por debajo del dominante entrecejo blanco, se despejaron y brillaron con oscura intensidad—. Lo llaman el Calumniador y el Acusador, y a mí me ha acusado y también me ha calumniado. Lo llaman el Adversario. Se ha cruzado en mi camino y se ha puesto en mi contra, y me ha rodeado de trampas. Da igual que me dente bajo la forma de Niels o que me acuse por boca de Morten Bruus; es todo uno, porque la lucha está aquí. —Y se dio un golpe encima del corazón—. ¡Ay, qué amargo es pensar en la muerte, pero diez mil veces más amargo es sentir que la gracia de Dios me ha abandonado! ¿Y qué otra cosa puedo sentir, en medio de mi debilidad y mi confusión?

Un día, Anna llegó a la prisión y el carcelero estaba ausente. Su mujer se hallaba junto al hogar, conversando con un hombre fornido que vestía ropas muy sencillas —justillo de cuero, pantalones cortos del mismo material y zuecos de madera—, con una corta barba entrecana y semblante curtido. La mujer del carcelero le había servido cerveza caliente y los humildes pastelillos que guardaba en su despensa, y el hombre estaba sentado bebiendo con una especie de extraña satisfacción. Anna se instaló en un taburete algo apartado de la chimenea y, mientras aguardaba el regreso del carcelero con las llaves, se entretuvo mirando al desconocido sentado junto al fuego. Hablaba poco; nada más terminar la bebida parecía dispuesto a marcharse de inmediato, pero el hijo de seis años de la mujer se le acercó y se quedó junto a sus rodillas. Charlaron en voz baja y Anna apenas consiguió entender lo que decían, pero vio al hombre rebuscar en sus bolsillos y darle al crío un pequeño obsequio —le pareció que era una monedita de cobre—; luego le dio unas palmaditas en un hombro antes de levantarse y salir. Anna no sabía por qué le había llamado tanto la atención, aparte del hecho de que parecía estar muy solo. Más tarde, le preguntó a la mujer del carcelero quién era.

—Bueno, es Villum Stróm.

—¿Y quién es?

—Vaya, pues el verdugo —dijo la mujer, un tanto sorprendida.

—¿Y le servís de beber y vos misma bebéis con él? —le preguntó Anna en tono de reproche.

—¿Y por qué no? —respondió la mujer—. Es bien poca la gente que está dispuesta a beber con el verdugo.

Desde entonces, Anna pensó en él a menudo, con terror a veces y luego con compasión, porque ella misma no habría querido beber con ese hombre; le resultaba extraño que el verdugo tuviese nombre, como los demás. Se preguntó cuánto le pagarían por los castigos que aplicaba, y si habría sido la extrema necesidad lo que lo había llevado a ganarse el pan con el sufrimiento de sus congéneres o, de no ser así, cómo y por qué había acabado ejerciendo semejante oficio, y si alguna vez podría verse libre del mismo, comprarse una granja o un bote de pesca y convertirse así en un hombre más de los que se ganaban la vida sin ejercer la crueldad. No le había parecido que fuese cruel en sí mismo, ni depravado.

Anna pensó también en los desdichados que compartían de vez en cuando la nueva morada del párroco. Había conocido la pobreza entre los campesinos de la parroquia de Vejlbj, y el sufrimiento de los ancianos y los enfermos, pero en su corta vida jamás se había encontrado con la desgracia del pecado y su castigo combinada con la miseria de la pobreza y la enfermedad. Todas estas cosas se hallaban en la cárcel de Grenaa. En los primeros días de la detención de su padre, solo había pensado en su propia tragedia y en el sino injusto del pastor, por lo que para ella supuso casi una sorpresa que hubiese otros hombres y mujeres en la cárcel, algunos destinados a la muerte, y todos al sufrimiento y a la desesperación. Era otro mundo, cuya existencia no había imaginado en la seguridad de la rectoría de Vejlbj.

Una tarde oscura, fue a la cárcel con manto y capucha a través de la niebla húmeda y las estrechas calles adoquinadas, en las que las casas de entramado de madera, pese a hallarse tan cerca, parecían hostiles, cerradas a cal y canto. El carcelero resultó estar ausente de nuevo y Anna se sentó a esperarlo junto a la chimenea, donde su mujer le había colocado el taburete. El niño se le acercó mientras dejaba la cesta en el suelo y se alisaba las faldas, y ella le sonrió. El crío tenía una hermosa mata de pelo, como la paja de un tejado y del mismo color, liso y con un espeso flequillo que le llegaba hasta las cejas. Bajo esa techumbre, sus ojos se veían serios y su boca, ancha e infantil, lo era

asimismo, de modo que por un momento Anna se preguntó si el hijo del carcelero, igual que el verdugo, no encontraría con quién estar. Así que le sonrió y le tendió la mano. El pequeño se acercó y, deteniéndose junto a sus rodillas, la miró a la cara sin hablar. Al poco, sin embargo, dijo:

—¿Te quitarías la capucha para que te pueda ver el pelo?

No era lo que Anna esperaba. Si esperaba algo, acaso, hubiese sido que le pidiera un trocito de uno de los panes que le llevaba a su padre. La petición parecía muy sencilla y fácil de conceder. Se echó hacia atrás el capuchón del manto de sarga oscura y se desató la toca de lino blanco que le cubría el cabello. Ese día lo llevaba trenzado y recogido alrededor de la cabeza, salvo por los pequeños bucles que se le escapaban en torno a la cara, y que estaban más rizados que nunca por la humedad del aire. El fuego de la chimenea hacía resplandecer ese casco de oro, cincelado con las pequeñas líneas curvas de las trenzas como si se tratase de la pieza de orfebrería más delicada; el niño la miró y sonrió.

Al cabo de un momento, Anna volvió a ponerse la cofia, pero no antes de que se viese a sí misma, con los ojos de la mente, sentada junto a la chimenea como el verdugo, hablando con el hijo del carcelero. El hecho de haber estado con la cabeza descubierta en ese cuarto, como si hubiese sido su propia casa, le dio la sensación de haber pasado a formar parte de ese mundo al que no le era ajena la cárcel. También se había convertido en su hogar. Lo extraño es que no se sintió envilecida por ello, sino que, de algún modo, halló un consuelo que necesitaba profundamente, el consuelo del compañerismo.

Así fueron pasando los días, bastante lentos en su tristeza, aunque con una terrible inexorabilidad si se pensaba en su término. Las ojeras en el semblante del juez Thorwaldsen se ahondaron y los pliegues en torno a su ancha boca se marcaron y tensaron. A pesar de sus esfuerzos, no había descubierto nada que pudiera ayudarlo a resolver su dilema; por otra parte, tampoco estaba dispuesto a abandonar el caso en manos de un extraño. Su propia integridad lo mantenía apartado de las dos únicas personas en quienes podría haber hallado consuelo, y no sentía el alivio a su soledad que Anna Sörensdottir experimentaba con su sentimiento de afinidad con los oprimidos. Seguía su camino solitario y la gente se apartaba de él en la plaza del mercado, en parte por la dignidad inherente a su cargo, y en parte por su mirada angustiada y

ausente.

Anna había doblado en pliegues pequeños la carta de Tryg y la llevaba siempre encima. Era la única carta que había recibido de él y en ella decía que la amaba. Conforme pasaban las semanas, se convirtió para Anna en algo más que una garantía de su amor: en la garantía de la vida de su padre. En su mente, que era simple y directa en sus afectos, el amor de Tryg por ella significaba que este no podría destruir a su padre. Al expirar la tercera semana, la víspera de la segunda vista, se atrevió a hablarle al pastor de esta última esperanza que sentía. Sören Qvist se había debilitado mucho durante esas tres semanas; al estar encadenado por los tobillos, no había podido hacer el menor ejercicio y su semblante había perdido del todo su buen color, mientras la carne parecía habersele fundido sobre los huesos. Su melancolía había aumentado, así como su apatía, de forma que había veces en que a su hija le parecía distante sin remedio. Aunque se había ocupado de él diariamente según su leal saber y entender, y le había ofrecido a diario su afecto, sentía a veces que su padre moraba en otro mundo, que solo su cuerpo permanecía en prisión, y que la oía como de lejos cuando le hablaba. Aun así, siempre era cariñoso con ella, y su mirada la seguía cuando abandonaba el lugar, por lo que Anna sabía que quería tenerla junto a él, y le rompía el corazón tener que marcharse. La escuchó con aspecto serio cuando le habló de Tryg.

—Se ha negado a condenarte una vez —dijo— y no tiene motivo para haber cambiado de parecer. Mañana serás libre, estoy segura. Eres demasiado bueno y demasiado generoso como para morir como un vulgar criminal.

—¿Crees que entonces podría ser feliz —preguntó el pastor con suavidad—, viviendo bajo la sombra de una acusación tan grave? Ay, no, si el Señor que nos ha creado a todos no me exonera, no deseo seguir viviendo. Vivir sin la gracia de Dios es ser un muerto en vida.

—No puedo creer que tú, que has llevado una vida tan recta, hayas perdido la gracia de Dios —replicó Anna.

—Suya es, para darla o para negarla —respondió el anciano pastor—. Otrora pensé tal vez que podría alcanzarla dando de comer a los mendigos. El Señor me reprueba ahora mi arrogancia. Oh, le he implorado mucho. Pero bueno, aún no hemos hablado de ti.

—No hay ninguna necesidad de hablar de mí —dijo Anna.

—Se iba a celebrar una boda el día de San Martín —dijo el anciano—. Ojalá hubiese podido verte casada antes de que ocurriera todo esto. Me causa amargura pensar que sea yo, que te quiero casi más que a la misma salvación de mi alma, el culpable de haber destruido tu felicidad.

—No debes hablar como si ya nada tuviese remedio —respondió su hija—. Tryg ha sido como un hijo para ti. No te dejará morir.

—No pienso en mi muerte —dijo el anciano—, sino en tu dicha. ¿Cómo va a casarse un magistrado con la hija de un criminal?

—Pero ¡si Tryg no te condenará! —gritó Anna.

—Mucho confías en él —dijo el pastor con voz triste.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —preguntó ella.

—Los hombres son mudables —dijo el pastor.

—Pero Tryg no —contestó Anna, casi implorante.

—Tryg es humano —respondió su padre y, pese a su confianza, Anna sintió cómo se le helaba la sangre en las venas.

El pastor prosiguió:

—Te has puesto muy pálida, hija. Créeme, no pretendo mortificarte, pero no puedo dejarte sin pensar en tu futuro, y me queda poco tiempo. ¿Cuándo hace que no hablas con Tryg? Desde el día de mi encarcelamiento. Tampoco lo he vuelto a ver yo desde el juicio. Te ha mandado una carta en la que habla de lo imprudente que resultaría que os vierais. Su posición no es fácil; no puedo culparlo. Pero ¿es que no ves que está cambiando el viento?

Anna agachó la cabeza y con una voz que era casi un susurro dijo:

—Pensaba que siempre me amaría.

—Puede que te ame siempre —dijo el pastor—, pero en tanto que magistrado, no podrá casarse contigo.

Durante toda su corta vida, la sabiduría y la autoridad de su padre para ella habían sido absolutas. Anna no halló respuesta para lo que le acababa de decir. Se quedó sentada con la cabeza gacha y el párroco, llevándose las manos a la cara, rezó sin palabras. El silencio que se abatió sobre ellos se le antojó largo a la joven, porque en aquella celda oscura y fría, aislada del bullicio de la ciudad, de las actividades de los hombres o de las bestias, no había ningún movimiento que permitiera medir el paso del tiempo. Sin

embargo, en esa pausa Anna fue agudamente consciente de que el tiempo pasaba, y volvió a oír la voz de su padre diciendo: «Me queda poco tiempo».

Por fin, ella dijo:

—Estoy segura de que hacemos mal en desesperarnos.

Al oír el sonido de su voz, el párroco puso una mano encima de las de su hija, pero siguió sentado sin moverse, con los ojos tapados.

La puerta que daba al cuarto exterior era muy gruesa, y nunca se oían las pisadas de los que estaban fuera, ni tampoco sus voces. Mientras Anna y su padre seguían sentados en silencio, la muchacha oyó chirriar la llave en la cerradura y pensó: «Ahora me pedirán que me marche, y esta era mi última visita». El tiempo, que parecía no estar pasando, había llegado a su término.

La puerta se abrió lentamente hacia dentro y el brillo trémulo de una vela de junco se extendió sobre el suelo sucio. El carcelero entró, seguido por otro hombre y Anna pensó fugazmente que un nuevo preso iba a pasar la noche con su padre. Pero el carcelero se hizo a un lado, con la vela en la mano, y permitió que el desconocido que venía tras él cruzara la celda hacia donde ella estaba sentada, cogida de la mano del párroco. Este alzó la vista y luego se puso en pie, vacilando. Lentamente, le puso una mano en el hombro al extraño y lo hizo girar ligeramente para que la luz que sostenía el carcelero le iluminara el rostro. El desconocido era joven y rubio.

—No puede ser —dijo el párroco— y, sin embargo, debe que ser verdad, porque estoy totalmente despierto.

—Es verdad —contestó el joven con una sonrisa.

Anna vio entonces cómo su padre le ponía las manos en los hombros al desconocido y dejaba descansar la cabeza sobre una de ellas. Y supo que aquel hombre tenía que ser Peder Qvist.

**U**n pesquero cargado de arenques había llegado a Varberg, en Escania. El joven encargado de una finca situada algunos kilómetros tierra adentro, y que se hallaba en la ciudad portuaria por negocios, bajó al muelle a conversar con los pescadores. Era una costumbre que tenía desde hacía muchos años. Había hablado con marinos de ambos lados del estrecho del Categat, de Noruega, de las islas de Zelandia y Fionia. Los que volvían con frecuencia a Varberg se acordaban de él y le traían noticias de sus puertos de origen. Lo que más le interesaba eran las noticias de Jutlandia. Ese día de principios de noviembre de 1625, los pescadores habían atracado poco antes en Grenaa y su conversación se centró fundamentalmente en el juicio del párroco Sören Qvist. El encargado Peder consiguió que le contaran toda la historia antes de revelar que era el hijo del pastor. Los pescadores estaban muy preocupados, aunque ninguno de ellos conocía al párroco, porque no eran Jutlandeses, sino nativos de Escania, pero solo habían oído hablar bien de él; la imaginación popular se había empezado a poner de parte del pastor, especialmente porque su caso parecía desesperado, y se brindaron a llevar a Peder a Grenaa. Habrían llegado un día antes si el mal tiempo no los hubiese forzado a buscar refugio en la isla de Anholt. Claro que si el tiempo hubiese sido tan bueno como esperaban —observó Peder Qvist con una sonrisa—, quizá serían menos amigos ahora, pero el viento, la lluvia y el retraso los habían convertido en buenos compañeros. Habían atracado en Grenaa esa misma tarde, ya de anochecida, y él se había dirigido de inmediato a la cárcel.

Como Vibeke se había figurado, se había ido de soldado a Escania, donde

se había quedado, principalmente porque se había casado y su mujer no había querido abandonar su parroquia natal. Tenía intención de volver a casa algún día, pero siempre parecía haber alguna razón por la que no podía irse de momento. Se había enterado de la muerte de su madre algunos meses después de producirse esta, y en cierto modo eso había impedido su regreso, porque temió el dolor de su padre y que le reprochara en exceso su marcha. Peder no era elocuente, aunque sí honesto y directo. Le resultó difícil contar su historia. El propio interés de su público lo agobiaba. Sin embargo, era evidente que se hallaba profundamente agradecido por haber encontrado a su padre aún con vida, y sin decirlo con demasiadas palabras, consiguió que Anna y el anciano sintieran que su afecto por ellos era tan incondicional como siempre lo había sido, y que nunca lo había dejado de sentir durante su larga ausencia.

El párroco no conseguía apartar los ojos de la cara de su hijo. A Anna, sentada a su lado, su padre le había pasado un brazo por los hombros y mientras el joven hablaba, titubeando en ocasiones, pero siempre con voz clara y firme, él la iba estrechando cada vez más, como si los estuviera abrazando a los dos al mismo tiempo. El cambio en su semblante era extraordinario. La gran dicha vivida parecía haberle prestado los colores de la salud. Las arrugas de tensión, la oscuridad de las ojeras habían desaparecido. Era el mismo cambio que experimenta el rostro de un enfermo cuando cede la fiebre y un frescor y humedad natural se enseñorean de su frente.

Sören Qvist dijo:

—Dios ha atendido las oraciones de mi corazón. —Su voz también parecía cambiada, había recuperado su antigua calidez—. ¡Qué consuelo tan grande será para mí esta noche pensar que estás durmiendo en Vejlbj! Las paredes mismas se alegrarán de tenerte de vuelta —añadió.

No hizo muchas preguntas, sino que pareció contentarse con que Peder le contara lo que quisiera: acerca de sus vicisitudes, de sus dos hijos. Cuando llegó el momento de separarse, lo bendijo: Peder se arrodilló ante él y la ancha mano tan poderosa en su día descansó afectuosamente sobre la rubia cabeza inclinada. Peder Qvist se puso de pie, sonrió con su sonrisa tranquila y, sin mostrar vergüenza alguna, se enjugó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

Cuando Peder Korf de Aalsö se presentó más tarde esa noche a llevarle al

anciano pastor la Cena del Señor, lo halló en un estado de serenidad tan desacostumbrado que a punto estuvo de creerse lo que apresuradamente le había susurrado el carcelero al inclinarse el buen hombre a abrirle la puerta.

—Por amor de Dios, tiene tan buen aspecto que estoy seguro de que han encontrado un nuevo testigo y mañana mismo estará libre. Hasta me apostaría algo.

Pero cuando Peder Korf lo felicitó al encontrarlo dispuesto a comulgar y le repitió el comentario del carcelero, el anciano párroco respondió tranquilamente:

—Dios es mi testigo.

A continuación, se confesó con su amigo y recibió el pan y el vino consagrados. Cuando hubo terminado de comulgar, el párroco Peder Korf lo volvió a felicitar, como era costumbre, y le expresó además su esperanza de que la comunión lo fortaleciera de cara a lo que pudiera acaecer al día siguiente.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía tan dichoso como esta noche —dijo el pastor Sören con gran seriedad—. Mi hijo Peder, de quien has oído hablar, ha vuelto a mí sano y salvo. Ah, no solo es el hecho de verlo lo que me regocija, sino que hoy me parece que mi Dios ha vuelto su semblante amoroso hacia mí. No puedes imaginarte cuánto he sufrido estas últimas semanas pensando que había perdido Su gracia.

—Tiene toda la apariencia de tratarse de una manifestación de la bondad divina —dijo Peder Korf—. ¡Alabado sea el Señor!

—Me alegra que lo creas así —contestó Sören Qvist y procedió a contarle en detalle cómo había sido el regreso de Peder, dónde había estado y cómo había prosperado.

El párroco Korf escuchó toda la historia con gran interés y alargó su visita. Cuando, avanzada ya la noche, el carcelero se presentó a pedirle que abandonara la celda, y a añadir fervientemente sus parabienes a los de Peder Korf, Sören Qvist se puso de pie y le dijo a su amigo:

—Te agradezco sinceramente tus palabras y también tu visita. Me gustaría poder acompañarte hasta la puerta, pero esta noche aún sigo encadenado.

Luego, apartando la vista del hombre de Dios y posándola en el carcelero con los grilletes y las llaves, añadió con una sonrisa singularmente feliz:

—Mañana espero tener buena fortuna. No sé bajo qué forma extraña e inesperada se podrá presentar, pero no dudo de que lo hará, y que vendrá de Dios.

—Hágase su voluntad —contestó el carcelero.

—Amén —dijo Peder Korf.

La niebla ocultaba los campos esa mañana de noviembre cuando el grupo de la rectoría de Vejlbj se puso en camino a Rosmos. Con ellos cabalgaba Peder Sörensen Qvist, figura sólida y rubia, firme en la silla, cuyo vigor tranquilo y juvenil a todos infundía seguridad y esperanza renovadas. Su padre había estado en lo cierto: hasta las paredes de la rectoría se habían alegrado de verlo, y Vibeke había reído y llorado hasta casi no saber ya si estaba triste o contenta. Se había angustiado mucho cuando el párroco se negó a seguir su consejo de que se abriera la tumba nueva del cementerio de Vejlbj, le parecía hacerle el juego al demonio. El inesperado regreso de Peder lo interpretó de la misma manera que su padre: era fruto de la bondad divina. Ahora eran tres los que creían a pies juntillas en la inocencia del párroco.

Vibeke siguió a Peder por el patio mientras este miraba lo que había cambiado en doce años y qué permanecía igual que cuando se fue, y aún lo seguía con la mirada cuando, habiendo ocupado el sitio de su padre a la cabecera de la mesa, miró alrededor de la cocina ligeramente sorprendido de que las sartenes y cacerolas de cobre siguieran todas colocadas como en vida de su madre. Después de cenar, Vibeke le contó minuciosamente la historia doméstica de la granja durante esos doce años, la de cada animal y cada campo, y la de la enfermedad de su madre. Le sonsacó de forma mucho más completa que su padre la historia de su propia vida, así como la descripción de los hijos y la mujer que lo habían mantenido apartado de casa.

La noche anterior, de vuelta de Grenaa a Vejlbj, caminando junto a la yegua blanca del pastor, en la que iba montada su hermana, Peder se había

enterado por ella de todo lo que los pescadores no habían estado en condiciones de contarle acerca del caso del párroco. No guardaba ningún recuerdo del juez Thorwaldsen. Cuando Peder huyó de casa, Tryg todavía no había alcanzado ninguna importancia en la comarca. Parecía un buen tipo: de no haber surgido ese problema con su padre, habría resultado un excelente partido para Anna. Pero a pesar de la seguridad que sentía su hermana de que Tryg Thorwaldsen nunca dejaría perecer a su padre, por todo lo que le había contado de la integridad de Tryg, a Peder le parecía claro que el mayor peligro residía precisamente en esa honestidad suya, y aunque no le recalcó su opinión en exceso a Anna, estaba preocupado.

Por su parte, ella tenía sentimientos encontrados: por un lado estaba contenta por el regreso de Peder y el cambio de actitud de su padre, pero la atribulaban las palabras de este acerca de su boda. Transparente en sus emociones, el semblante de la joven se aclaraba y ensombrecía por momentos, como la superficie de un estanque cuando las nubes se deslizan por delante del sol. Esa noche la reconfortó mucho saber que su hermano dormía en el cuarto del párroco, como a la mañana siguiente lo hizo verlo cabalgar hacia Rosmos delante de ella, junto a Lars Sondergaard. Pero ni siquiera ese consuelo logró disipar el miedo y la angustia que sentía al pensar en el inminente juicio. Llevaba tres semanas sin ver a Tryg Thorwaldsen. Durante esas tres semanas, lo había anhelado cada hora del día, pero ahora temía verle la cara.

La ciudad estaba atestada. La vista había alcanzado tal notoriedad que iba a celebrarse en la posada, cuyo patio estaba tan lleno que al grupo de Vejlbj le costó encontrar acomodo para sus cabalgaduras. Mientras se abrían paso hacia la puerta del establecimiento, se alzó una voz: «¡Ahí está la hija del párroco!», y todas las cabezas se volvieron al tiempo en su dirección, como hojas arrastradas por un golpe de viento. A continuación, otras voces se dirigieron a Anna, y muchas personas le dieron sus bendiciones diciéndole que todo saldría bien, porque toda la comarca conocía la bondad de Sören Qvist. Todas esas personas le resultaban desconocidas.

Sin embargo, junto a la puerta de la posada sí reconoció a dos hombres a los que Anna habría evitado de haber podido, pero la presión de la muchedumbre solo le dejaba sitio para pasar a menos de un brazo de distancia de ellos. Uno era Villum Stróm y el otro Morten Bruus. Era costumbre que el

acusador pagara el salario del verdugo, y en aquel momento había en prisión en Copenhague reos que llevaban años entre rejas y sentenciados a muerte a los que no ejecutaban porque a su acusador no le había resultado conveniente pagar los diez, siete o doce rixdales correspondientes, según la severidad de la pena. En el caso de Sören Qvist, nunca había existido en cambio la menor duda sobre la disposición del acusador a pagar los doce rixdales que suponía la decapitación con espada a la que tenía derecho el pastor en caso de ser condenado a muerte, en lugar de la deshonrosa horca. Pero con todo y con eso, no resultaba decoroso por parte de Morten Bruus exhibirse tan cerca de Villum Stróm ese día.

Cuando Anna casi estaba encima de él, muy cerca en contra de su voluntad, de forma tan súbita que ella no tuvo tiempo de mirar para otro lado, Morten se volvió y le hizo una reverencia como si se sorprendiera de verla, casi con la misma admiración y cortesía exageradas que cuando se presentó a pedir su mano en matrimonio. Ensimismada en su amor y en su miedo, Anna había olvidado que ese hombre una vez hubiese querido casarse con ella. Solo pensaba en él como el perseguidor de su padre. Pero lo recordó ahora, sobresaltada, al ver la admiración en sus ojos, pues tenía el rostro tan cerca del suyo que distinguió con claridad el verde vidrioso del iris y la espesa franja negra de las pestañas. La asustó que estuviera sonriendo. Solo miró de soslayo a Villum Stróm y siguió adelante pegada a su hermano lo más deprisa que pudo. Sin embargo, mientras cruzaba el umbral no pudo dejar de oír a Morten comentar en voz exageradamente alta:

—Siempre se ha dicho, amigo Villum, que a cada cerdo le llega su San Martín.

Se acomodó al grupo de la rectoría de Vejlbjy lo más cerca posible de la mesa del juez. Había un banco libre reservado no muy lejos de ellos, pero el resto de la sala, hasta el último rincón, estaba a rebosar, y Anna, antes de inclinar la cabeza sobre las manos para rezar, como hacía siempre al entrar en la iglesia, se fijó en que las ventanas estaban llenas de mirones. La habitación no estaba en silencio. El ambiente estaba cargado de expectación y el runrún de las voces era monótono y continuo, aunque alguna voz aislada, o una risa repentina, se desgajaban de vez en cuando del concierto de las conversaciones a media voz. Anna se sentó entre Peder y Vibeke. Justo delante de ella lo

hicieron Kirsten, la de la rectoría, Hans y Lars Sondergaard. Enfrente de ella, ante la mesa del juez, veía perfectamente la silla vacía destinada al reo. Habían llegado pronto, o se había producido alguna dilación, pues aún no habían aparecido ni el magistrado ni el prisionero.

Un hombre sentado a su espalda sacó del bolsillo un pedazo de pan y un poco de tocino —aunque ella no se molestó en volver la cabeza, le llegó claramente el olor—, y empezó a masticar. Anna lo oyó explicarle a su vecino de banco:

—He tenido que madrugar para poder entrar, ya os digo. Me he quedado sin desayunar. Me vendría bien una jarra de cerveza.

—¿Sois de Vejlbj? —preguntó el de al lado.

—No —dijo el primero—, vengo de Hallendrup, pero ¿quién no ha oído hablar del párroco? Lo que es yo, estoy de su parte. Espero que venza a sus enemigos.

—Así lo quiera Dios —asintió su interlocutor—. Sin embargo, aún está por ver si es inocente. Sí, parece que va a ser un juicio muy interesante. Y por más de un motivo.

—¿Cómo es eso? —preguntó el paisano de Hallendrup.

—¿No es el juez el yerno del párroco? —dijo el otro.

—Algo así, o lo habría sido en breve —respondió el de Hallendrup—. Bien, ya veo a qué os referís, amigo. Algo de razón lleváis.

A todo esto, seguían sin aparecer el juez ni el prisionero. La conversación languideció un poco al cansarse la gente, y refluyó el denso murmullo de voces; crecía un poco en un rincón de la sala, luego en otro, y volvía a desvanecerse por fin. La paciencia del público, sin embargo, era tan considerable como su interés. El ambiente empezó a cargarse. Al salir de la granja, la mañana estaba fresca y el aire húmedo calaba hasta los huesos, por lo que Anna se había envuelto en su capa más abrigada y aunque ahora la habitación se iba caldeando, seguía manteniéndola ceñida al cuerpo, como si le ofreciera una intimidad y protección que necesitaba. La espera se hacía muy difícil. Algo había tenido que pasar para que cambiaran la hora. No cabía duda, pues tres semanas antes Tryg había dicho «a esta misma hora», y había sido otra más temprana. Mientras luchaba por desechar el temor a que su padre se hubiese puesto enfermo, la estancia se quedó de repente

completamente en silencio. Se estaba abriendo una puerta por detrás de la mesa del magistrado. El prisionero entró en la sala.

Al adelantarse lentamente hacia la silla que le estaba reservada, fue arrastrando por el entarimado la cadena que le unía los tobillos. Aunque había adelgazado, parecía encontrarse en buen estado. Tenía el semblante sereno y solo tuvo que buscar un momento entre el gentío para localizar a sus hijos y sonreírles. La sonrisa no resultó forzada y le iluminó toda la cara.

—Alabado sea el Señor —dijo Anna para sí, sintiendo una oleada de ternura y de alivio—, gracias le sean dadas, y que nos procure un testigo.

El juez Thorwaldsen hizo su entrada al cabo de unos minutos. A diferencia del reo, el magistrado tenía todo el aspecto de un hombre que hubiese estado gravemente enfermo. Demacrado y muy alto con sus ropajes negros, el rostro más enjuto que nunca por encima de la gorguera blanca, se dirigió a la mesa y se sentó sin mirar ni a su izquierda ni a su derecha ni buscar ninguna cara en particular en la muchedumbre de espectadores. En la fría luz de la mañana, su pelo rubio parecía casi blanco y el azul de sus ojos se había desvaído del todo. Al verlo, Anna se sorprendió y sintió primero compasión y luego miedo, porque la seriedad de su apariencia parecía presagiar una sentencia funesta. Primero deseó que la mirara, luego temió que lo hiciese y desvió la vista hacia el semblante tranquilo de su padre. El juicio empezó.

Progresó muy despacio, con una sucesión de palabras recordadas y vaticinadas, como si fuera un mal sueño del que se sabe cómo acaba y aun así hay que revivir lentamente cada trágico momento. Se volvió a presentar la acusación, con las mismas palabras que en la primera vista, y nuevamente la negó el párroco. Los testigos se adelantaron uno a uno y presentaron sus declaraciones. Otra vez volvió a prestar testimonio la viuda Kirsten, otra vez contó su hija Elsa las risas y charlas con Niels Bruus junto al seto del huerto. Niels le había dado avellanas. Le había dicho: «Espera un poco y oirás un sermón». El labriego Jens Larsen volvió a contar su regreso nocturno de Tolstrup, cómo se quitó los zuecos para escalar el seto, cómo vio al párroco alisando la tierra en el huerto a la luz de la luna. Nuevamente, Hans, Lars Sondergaard y Vibeke contaron la exhumación del cadáver, y cada uno de ellos afirmó haber reconocido sin asomo de duda en aquella carne desdichada a su compañero Niels Bruus. Anna se sabía cada frase antes de que fuese

pronunciada. Trocito a trocito, nada de lo expuesto se podía negar, pero la imagen resultante no se la creía en absoluto. Para Peder Sorensen, su hermano, aunque enterado de la esencia del caso, la presentación resultó novedosa. Estaba inclinado hacia delante, cada vez más absorto. Sin necesidad de hablar con él, solo con oír el ligero cambio de ritmo de su respiración y ver lo quieto que estaba, Anna era consciente de su creciente tensión y angustia, de la violencia que ocultaba su aparente tranquilidad. La moza de vaquería Kirsten contó su historia de que había visto al pastor en el pasillo con la luna iluminando su gorro de dormir blanco y su bata verde y, acto seguido, presa de un arrebató de arrepentimiento que solo hizo que su sinceridad resultara incuestionable, hundió la cabeza en el regazo de Anna y se echó a llorar. Una vez más, se expuso con minucioso detalle la larga pelea del pastor con Niels Bruus, y cada parlamento añadido caía sobre el corazón de Anna como las gotas de la lenta lluvia de verano, que acaba por doblegar las pesadas espigas de centeno, haciéndolas tocar el encharcado suelo y permanecer ahí. El juez Thorwaldsen escuchaba con la cabeza ladeada, apoyada en una mano, y no miraba a nadie salvo para convocar sucesivamente a los testigos. Se lo veía tan distante de la joven que lo contemplaba como si nunca le hubiese cogido la mano.

Cuando hubieron terminado de declarar todos los testigos de la primera vista, el magistrado Thorwaldsen habló brevemente con el secretario. Después, paseando la vista por la sala, declaró:

—Este tribunal ha demorado la vista de hoy tras haber sido informado de que dos nuevos testigos se habían ofrecido a declarar. ¿Se hallan presentes esos testigos?

Se organizó un ligero alboroto al fondo de la sala al levantarse dos campesinos e intentar abrirse paso hacia delante. Todo el mundo se volvió a mirarlos, incluido el pastor, pero Anna solo miró a su padre y vio en su rostro tal expectación y anhelo que estuvo segura de que estaba esperando un milagro. Una expresión de esperanza semejante en un semblante tan franco le pareció prueba concluyente y proclamación de su inocencia. Pero fue la única persona de la sala que lo vio.

Los dos labriegos dieron sus nombres y juraron decir la verdad. Eran primos, y de Tolstrup. El primero tomó la palabra en nombre de ambos.

—Lo que tenemos que decir es exactamente lo mismo. Íbamos juntos; los dos vimos lo mismo. Fue la noche del día en que la gente dice que Niels Bruus huyó de la rectoría.

Anna juntó y separó las manos y oyó a Peder inspirar hondo.

—Volvíamos tarde a casa de un baile. Era muy tarde, pero brillaba la luna, íbamos por el camino que pasa al este del huerto del párroco Sören cuando vimos a un hombre que venía de la dirección del bosque y se dirigía hacia el huerto. Llevaba un saco que parecía muy pesado. Iba encorvado bajo la carga, de forma que su rostro quedaba en la sombra y no se lo pudimos ver. Tenía puesto un gorro de dormir blanco, la luna lo iluminaba con mucha claridad, y una bata larga que me pareció de color verdoso. Se cruzó con nosotros en el camino y siguió adelante.

—¿Al cruzaros con él, os pareció que ese hombre era el pastor? —preguntó Thorwaldsen.

Antes de que el testigo pudiera contestar, se vio interrumpido por un fuerte grito del reo. Sören Qvist se había puesto de pie. Se lo veía muy pálido, de forma que la tez bronceada tenía el color de una hoja en invierno, rodeada por la escarcha de la barba y el cabello. Le brillaban extraordinariamente los ojos.

—Me encuentro mal —dijo—, muy mal.

Se tambaleó y, antes de que pudiera agarrarlo nadie, cayó al suelo cuán largo era.

En el silencio atónito, Morten Bruus se puso en pie de un salto y gritó como un demente:

—¡Ajajá! ¡Parece que esto le ha refrescado la memoria al párroco!

La sala entera se alborotó al instante. La gente se precipitó hacia el pastor y, con dificultad, porque seguía pesando mucho pese a su delgadez, lo levantaron y sacaron de la estancia. Todo el mundo estaba de pie o moviéndose. Varias personas se interpusieron entre Anna y su padre. Casi lo perdió de vista cuando lo estaban sacando de la sala. Recogiéndose las largas faldas, saltó el banco que tenía delante, dio unos cuantos pasos apresurados, tropezó con el pie de alguien y estuvo a punto de caerse. Media docena de manos se tendieron para sujetarla. Se zafó de su ayuda y se abrió paso más allá de la mesa del juez, de la silla del reo, forcejeando y empujando hasta llegar a la puerta, que encontró cerrada. Se detuvo y la aporreó con los puños.

No sabía qué había sido de Peder o de Vibeke; en ese momento no pensaba en ellos: solo quería alcanzar a su padre. De repente, la puerta se abrió, tiraron de ella hacia el pasillo y cerraron y atrancaron la puerta a su espalda. El vocerío y alboroto de la sala cesó bruscamente, enmudecido como una boca cuando le ponen la mano encima. Anna se encontró medio a oscuras.

**E**l pastor recobró muy lentamente el conocimiento. Los que lo estaban contemplando lo vieron mover primero un poco la mano y después, al cabo de un rato, abrir los ojos, pero sin fijar la vista en nadie. Su mirada parecía enfocada en un punto muy remoto; en su concentración absorta y constante bien podría estar observando una visión apocalíptica. Sus labios seguían exangües y su respiración era débil e irregular. Luego empezó a volverle el color a los labios, una tenue pincelada rosa sobre fondo gris, y los ojos perdieron su concentración. Su mirada osciló, recorriendo las vigas del techo, las paredes y los muebles de la habitación desconocida. Un copioso sudor helado le cubrió la piel. El párroco volvió la cabeza y, al reconocer a Tryg Thorwaldsen de pie a su lado, alzó ligeramente una mano y preguntó con un hilo de voz:

—¿Anna? ¿Dónde está Anna?

El carcelero intervino nervioso.

—Señor párroco, ¿os encontráis mejor? Por amor de Dios, nos habéis dado un susto de muerte.

Él contestó en voz aún muy baja:

—Tengo que hacer una confesión. ¿Dónde está Anna?

—Está esperando en el pasillo, párroco Sören.

—Tengo que tenerla a mi lado —dijo el pastor.

Respiró hondo y luego soltó el aire muy despacio. El color estaba volviéndole a la cara e iba recuperando la normalidad. Thorwaldsen se sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió el sudor de la frente.

—Tengo que hacer una confesión —repitió el pastor Sören Qvist—. Llamad a vuestro amanuense para que tome nota por escrito de cuanto diga.

A un gesto de Tryg, el carcelero salió de la habitación, empujando fuera de paso a los que habían ayudado a trasladar al párroco desde la sala de la vista. El juez y el reo se quedaron solos. Thorwaldsen acercó una silla al banco en el que habían acostado al anciano y se sentó junto a él. Volvió a limpiarle el sudor de la frente. Le cogió una mano entre las suyas y, al ver lo húmeda y fría que la tenía, se la frotó un poco para intentar calentársela. El párroco giró la cabeza hacia Tryg sin levantarla del banco y, mirándolo muy seriamente a la cara, le dijo con voz tan débil que el magistrado tuvo que inclinarse más para oírle:

—Los caminos del Señor son inescrutables. En respuesta a mis oraciones, me ha enviado un testigo y ese testigo soy yo mismo.

No dijo nada más hasta que volvió el carcelero acompañando a Anna Sörensdottir y al secretario del tribunal. Anna fue derecha a su padre y, arrodillándose a su lado, le cubrió la mano de besos. El pastor arrastró lentamente la mano que tenía libre por encima del cuerpo hasta poder acariciarle la cabeza y así permanecieron padre e hija mientras el secretario preparaba el recado de escribir.

—Ya estoy listo, señor juez —dijo el secretario.

—¿Estáis dispuesto? También lo estoy yo entonces —respondió el pastor con voz más firme—. Tú quédate donde estás, corazón. Esto va a resultar terrible para ti, hija, pero Dios te dará fuerza para soportarlo, como espero que me la dé a mí. Ay, pero qué difícil me resulta decirlo. Soy culpable de la muerte de Niels Bruus.

»Al principio no era capaz de imaginar cómo había podido ocurrir, pero ahora ya lo entiendo. Tened paciencia conmigo, porque tendré que explicar muchas cosas.

—Pero ¡yo estoy segura de que no mataste a Niels! —exclamó vehementemente Anna, interrumpiendo las tranquilas palabras de su padre—. Estás enfermo y te estás engañando a ti mismo. ¿No es verdad, Tryg, que dice disparates porque está enfermo?

Se dirigió a él por primera vez y con toda naturalidad, como si hubiesen pasado juntos todos los días de aquellas últimas tres semanas, como si nunca

hubiese existido el menor momento de duda o vacilación en su mente. Tryg la tocó muy ligeramente en un hombro.

—Espera —dijo—. Déjalo hablar.

—No me engaño —prosiguió el pastor—. Os ruego que aceptéis mi confesión y me creáis.

—Si yo te creo será solo porque me lo pides —replicó la muchacha—. Tampoco Peder te creerá nunca culpable, a no ser que se lo pidas.

—¿Peder? —dijo Sören Qvist con aire de desconcierto—. ¿Hablas de mi Peder? Pero si hace muchos años que se marchó. Lo hemos dado por muerto.

Su mirada se encontró con la de su hija en muda pregunta que se convirtió en sobresaltado recuerdo. No consiguió decir nada, pero los ojos se le llenaron de lágrimas, que desbordaron de los párpados y le corrieron mejillas abajo hasta la espesa barba blanca. Anna trató de enjugárselas con la punta de los dedos.

—Mi mente está en verdad enferma —dijo por fin el pastor—. Me siento como si me hubiese alcanzado el rayo de Dios. Estoy aturdido, y estúpido, pero una cosa he visto con toda claridad. Una cosa de tal magnitud que ha hecho que hasta me olvide de mi Peder. Ahora os lo voy a contar.

Miró por encima de Anna hacia el secretario y este, como si le hubiese hecho una señal, mojó la pluma en el tintero. El párroco empezó:

—Hasta donde yo recuerdo, desde la niñez he sido vehemente y pendenciero, impaciente con quien me llevaba la contraria y siempre presto a golpear. Sin embargo, raras veces he permitido que se pusiera el sol sobre mi ira, ni le he deseado mal a ninguna persona. Si he tenido facilidad para la cólera, también he sido rápido en perdonar. Todos lo sabéis.

»Una vez, cuando era muy niño, maté a un perro que se había comido mi almuerzo. Más tarde, siendo estudiante en Leipzig, discutí con un joven alemán. Lo reté y en el duelo lo herí de gravedad, aunque gracias a Dios no lo maté. Pero fue el Señor quien le perdonó la vida, no yo, y siento que ahora ha llegado mi castigo por haber deseado matarlo. Ahora que soy un anciano y padre de familia, ahora que podría ser feliz con mi hijo y con mi hija, el castigo se abate sobre mí multiplicado por diez. ¡Ay, Padre celestial, eso es lo que más me duele!

Al llegar a ese punto, empezó otra vez a llorar, y solo pudo continuar al

cabo de un buen rato.

—Ahora confesaré el crimen que sin duda he cometido, pero del que, no obstante, sigo sin ser plenamente consciente. Que le di a Niels con la pala, lo sé muy bien. Le había dado con el plano de la hoja y le había hecho poco daño. Cayó a mis pies y estoy seguro de que lo ayudé a levantarse. Se escapó de mis brazos y salió corriendo. Todo esto lo sé a ciencia cierta. ¡Que el Señor me asista! Lo que siguió, por lo visto cuatro testigos lo presenciaron, pero yo no recuerdo nada. A saber: que recogí el cadáver del bosque y lo enterré en el huerto. Ahora os explicaré por qué me veo forzado a creer que esto es verdad.

»Tres o cuatro veces a lo largo de la vida, que yo sepa, me ha ocurrido caminar en sueños. La última vez, que fue hace unos nueve años, tenía que pronunciar un sermón al día siguiente en el funeral de cuerpo presente de un hombre que había fallecido inesperadamente y de forma atroz. No se me ocurría ningún texto para inspirarme, cuando de pronto me vinieron a la memoria las palabras de un sabio del tiempo de los antiguos griegos: “De ningún hombre digáis que es feliz antes de que esté en la tumba”<sup>[12]</sup>. Me pareció que usar palabras de un texto pagano para un discurso cristiano no resultaría decoroso, pero entonces recordé que se podía encontrar la misma idea, expresada en términos casi idénticos, en algún lugar de los libros Apócrifos. Busqué y busqué, pero no conseguí dar con el pasaje en cuestión. Se había hecho tarde y estaba cansado del mucho trabajo realizado, así que me fui a la cama y caí profundamente dormido.

»Grande fue mi asombro a la mañana siguiente cuando, al levantarme y sentarme a mi escritorio, encontré escrito con letra grande en un pedazo de papel: “No proclaméis feliz a ningún hombre antes de que le llegue la hora. Eclesiástico, 11,2s”<sup>[13]</sup>. Pero no fue lo único. También encontré un sermón fúnebre, breve, pero bien escrito, como cualquiera de los que había compuesto, y todo ello de mi puño y letra. Nadie más que yo podía haber estado en la habitación. Supe, pues, quién había redactado el sermón, que no era otro que yo mismo.

»Poco más de seis meses antes de eso, en el mismo estado maravilloso, había ido una noche a la iglesia y había recogido un pañuelo que había dejado olvidado en la silla detrás del altar. Prestad atención ahora.

»Cuando los dos testigos de esta mañana han prestado declaración ante el tribunal, mis anteriores accesos de sonambulismo se han presentado de repente ante mis ojos; también he recordado que la mañana que siguió a aquella noche espantosa, me sorprendió encontrar mi bata en el suelo justo detrás de la puerta, cuando siempre acostumbro dejarla en una silla al lado de la cama. ¡Ay, Niels, pobre Niels! Debió de caer muerto en el bosque. Caminando en sueños, debí de seguirlo hasta allí. ¡Que el Señor se apiade de mí! Así fue. Así tuvo que ser.

El ruido de la pluma sobre el papel siguió a esas últimas palabras, tan fuerte en el silencio que fue como un eco: «Así tuvo que ser».

El amanuense dejó a un lado la pluma, con una mirada de soslayo a los otros tres integrantes del público del pastor, que seguían sentados tan inmóviles como si también ellos hubiesen sido alcanzados por el rayo de Dios del que había hablado el párroco, o como si estuviesen absortos en la contemplación de un paisaje extraño iluminado de forma insoportable. Sören Qvist fue el primero en hablar. Se dirigió al juez:

—Así pues, querido amigo, si tuvierais esa atención conmigo, pronunciaríais mi sentencia lo antes posible, y os arreglaríais asimismo para que el castigo fuera ejecutado con la menor dilación posible.

Anna gritó entonces:

—¡No, no, Tryg! ¡No puedes hacerlo!

Este se volvió hacia ella, el semblante tan pálido y tenso como el de la joven, y dijo con delicadeza:

—Pero si no lo hago yo, otro lo hará.

Y el pastor, cuya voz era ahora bastante clara y firme, se incorporó sobre un codo y dijo:

—Tiene razón, querida niña. Deja que mi historia la concluya un amigo, y no un desconocido. —Sonrió ligeramente—. Nunca quisiste que se le vendieran los caballos viejos al matarife, ni que murieran entre extraños.

—Pero no es justo que un hombre sea castigado por un acto cometido de forma inconsciente —insistió Anna mirando a Tryg.

Pero su padre contestó, haciendo un gesto con la mano extendida:

—Despierto o dormido, soy responsable de mis actos.

Pero entonces empezó a perder la serenidad. Su mirada fue de su hija al

juez y al final le dijo a Thorwaldsen, expresándose con gran dificultad:

—Os la encomiendo. Cuidad de ella. —Y se tumbó de nuevo, volviendo el rostro hacia la pared.

Cuando Anna se puso de pie, los tres hombres se levantaron también. Tryg habló con el carcelero y le encargó que acompañara a Anna junto a su hermano. A continuación se volvió a la joven. Mientras se envolvía en la capa, ella lo miró como si fuera a hablar, escrutando su rostro con ojos interrogativos y llenos de reproche.

Superada la primera impresión tras la confesión del pastor, Tryg había sentido un enorme alivio. El peso de la decisión ya no recaía sobre él. No se había dado cuenta de lo tremenda que era la tensión de la duda y la responsabilidad hasta que se había visto inesperadamente libre de ella. Se sintió como un hombre al que han liberado del potro. Esa primera reacción duró solo un momento, justo lo suficiente como para ser consciente de ella y sentirse humillado. La siguió rápidamente una oleada de tristeza natural y de cariño que lo hizo sentirse más cerca que nunca del párroco y de Anna. Era una emoción noble y buena y le habría aliviado el corazón del mismo modo que una efusión de lágrimas, pero no consiguió eliminar del todo aquella fugaz sensación de culpa. La cara que tenía delante era tan joven, que, pese a la fatiga y la aflicción de las últimas semanas, conservaba su lozanía, una nivea transparencia; le hizo pensar de nuevo en las primeras flores silvestres del hayedo, más parecidas a la nieve que sustituían que al verdor que las seguiría después. Por su transparencia y frescor, también los ojos de Anna resultaban primaverales, como los primeros y pálidos rayos de sol en los bosques. Sometido a su ligero escrutinio, Tryg sintió aumentar su ternura y su apuro; ella advirtió en su afecto una confusión que no supo interpretar.

—Si me quieres, vete ahora a casa y espérame allí —le dijo Tryg.

Le tendió las manos, pero Anna retrocedió tan deprisa que los dedos del juez solo pudieron rozar ligeramente la lana de su vestido. Tryg dejó caer los brazos con gesto de desaliento. Anna no sabía por qué lo había evitado; lo lamentó en el mismo instante en que se dio cuenta de lo que había hecho. Sin embargo, su reacción instintiva no admitía excusa ni explicación. Esperó un momento, deseando con toda el alma tener ocasión de disculparse, pero no estaban solos. Se volvió hacia el carcelero y lo siguió fuera de la habitación.

En el corredor pasaron junto a un guardia y siguieron adelante, acompañados por el eco de sus pasos entre las paredes desnudas. Se detuvieron ante la puerta de la sala de la vista y, antes de desatrararla, el carcelero dijo torpemente:

—Es una lástima, señora, y no es justo, como habéis dicho, que un hombre tan bueno tenga que pagar por algo que jamás supo que había hecho ni pretendió hacer. Además, echaremos de menos vuestras visitas, ahora que dejaréis de venir. Pero que se haga la voluntad del Señor.

Esas palabras bondadosas cuando menos lo pensaba y en boca de un hombre de quien nada había esperado, la conmovieron profundamente. Tanto, que cuando llegaron a donde la esperaban Peder y Vibeke, y su hermano le preguntó quién era ese hombre, Anna solo atinó a contestar que alguien que se había portado muy bien con ella.

Peder siguió con la vista al carcelero, que ya se había perdido entre el gentío, y frunció ligeramente el entrecejo. Luego desarrugó la frente y dijo:

—Por supuesto. Ahora lo recuerdo.

Anna les contó entonces la declaración del pastor, simple y brevemente. No le pareció más real al contarla. Vio cómo crecía el horror incrédulo en los ojos de Vibeke, vio ensombrecérsele el semblante a Peder, y era tan honda su propia desesperación que a duras penas sintió su congoja. Cuando hubo concluido, Vibeke declaró:

—Ha perdido el juicio por completo.

—Es lo que cree —dijo Anna—. Nos pide que nosotros también lo creamos.

Vibeke apretó con fuerza los suaves labios y negó con la cabeza. Peder solo dijo:

—Vibeke, cuídate de que Anna llegue a salvo a Vejlbj. Me reuniré allí con vosotras más tarde.

**E**sa tarde el viento empezó a soplar un poco, despejando la bruma que flotaba sobre la campiña. Cuando Anna y sus compañeros salieron de Rosmos, cabalgando despacio junto a otros boscosos y tierra de labranza suavemente ondulada, las luces y las sombras empezaron a cambiar por encima de los árboles. Al rozarlos una mancha de sol, los robles empezaban de pronto a despedir brillos cobrizos. Más allá, el campo era de un repentino esmeralda, con ondulaciones; había tramos de un azul profundo, casi acuoso. Pero el brillo del sol era intermitente y en cuanto las nubes volvían a ocultarlo, los robles recobraban el tono cobrizo apagado de las cacerolas vistas a través del humo de turba en una cocina oscura.

Montada en la gran yegua blanca de su padre, con Vibeke delante y los demás criados siguiéndola, Anna oía el golpeteo de los cascos contra el suelo endurecido y era consciente del cuero gastado de las riendas entre sus dedos, de los pelos crespos y ásperos de las crines, que el viento agitaba en el cuello de la yegua. Iba contemplando los cambios de la luz sobre los árboles y el campo y se fijó con una sensación de inesperada felicidad en un trocito de cielo azul que asomaba, brillante por encima del borde oscuro de una nube. Se daba cuenta de estas cosas con una percepción inmediata y clara, pero por lo demás, su mente parecía estar nublada, y más sombría que el cielo, y cabalgaba como si estuviera soñando despierta. Vibeke se había hecho cargo de todo. Anna lo dejó en sus manos.

Hicieron una parada en Aalsö y Vibeke mandó a los demás seguir camino a Vejlbj. A Anna la retuvo, sujetando la yegua blanca por la brida. La muchacha

no se sorprendió ni protestó cuando se dirigieron a la rectoría de Aalsö. Los cascos de los caballos sonaron a hueco al cruzar el puente de madera delante de la casa de Peder Korf. El arroyo corría crecido y transparente. Anna miró abajo al pasar el puente y le pareció ver agitarse unas matas de berros por debajo de la corriente. Desmontó sin ayuda y se quedó esperando, las riendas en la mano, a que el criado del párroco se hiciera cargo de las cabalgaduras. Mientras aguardaba, observó con tranquila satisfacción, igual que había admirado los colores cambiantes bajo las nubes en movimiento, cómo las hojas de las hayas, pálidos rombos dorados, caían flotando a través del aire húmedo y se posaban en el suelo, tan numerosas como las estrellas en el tenue cielo estival. Su placer era bastante impersonal y ajeno a la conciencia de su tragedia personal. La maravilló poder hallarse tan afligida y ser al mismo tiempo tan consciente de la belleza del día. Parecía haber alcanzado una gran pausa en su existencia. Su padre se había acusado a sí mismo y Tryg había aceptado esa acusación. La esperanza y la confianza por las que vivía desde que su padre había sido arrestado habían sido segadas de forma abrupta. Ya no tenía ningún plan. No sabía qué hacer a continuación.

Las hojas de haya seguían cayendo con cada ligera ráfaga de viento. La paja nueva de la techumbre brillaba suavemente con un lustre dorado. La fachada de la rectoría carecía de ventanas, pero el tejado descendía rodeando cálidamente la entrada y la puerta era ancha. La hierba estaba pisoteada alrededor del umbral, lo cual era señal de hospitalidad. Un poco más allá de la puerta, la pared sobresalía ligeramente donde se había construido la Nueva Estancia, y estaba todo recién encalado. El aire olía a otoño, una fragancia compuesta de dulces aromas, y Anna oía el gorgoteo constante del arroyo. La yegua blanca volvió la cabeza y la muchacha notó en la mano que sujetaba las riendas el aliento cálido de su inquisitivo hocico. Cuando se llevaron los caballos, siguió a Vibeke a la cocina y desde allí a la Nueva Estancia, donde las recibió Peder Korf.

Este no había asistido al juicio. Había regresado muy poco antes de un recado en la parroquia y no había oído nada acerca de la confesión de Sören Qvist. Anna dejó a Vibeke contar toda la historia, y también hacer frente a las manifestaciones de asombro y simpatía del pastor Korf. Se fijó, como si fuese algo que estuviese escrito, en lo tranquilamente que aceptó la autoacusación de

su padre. Pensó que, igual que Tryg, extrañamente se alegraba de ello. Anna seguía sin poder aceptarlo. Sin embargo, la víspera, Korf se había mostrado tan esperanzado como ella.

—Un hombre tan bueno —murmuró—. Solo tenía un defecto, ¡y que haya tenido que verse dominado por él de este modo! Un hombre tan bueno, y mi amigo.

Anna lo oyó prometer que asistiría a su padre en su última comunión, oyó a Vibeke darle las gracias, se oyó a sí misma dárselas también, y se dio la vuelta, pensando que había concluido su visita. Pero Vibeke no se movió; aún tenía una merced que solicitarle al pastor Peder Korf.

—Al morir un hombre, no acaba ahí la cosa —dijo el ama de llaves—. Aún queda enterrarlo. Y cuando un hombre es decapitado como un criminal, no se permite que sea inhumado en tierra consagrada. Sin embargo, con toda seguridad, el párroco Sören debería reposar en un cementerio. Si Niels Bruus, que no hizo nada en la vida más que causar problemas, y siguió causándolos también una vez muerto, yace enterrado en un camposanto, ¿cómo vamos a soportar la idea de que un hombre tan bondadoso como Sören Qvist tenga que descansar para siempre bajo piedras y ortigas? Perdonadme, señor párroco, si me meto donde no me llaman. No, no me miréis con esa cara de asombro. No sé qué hacer, de verdad. No pretendo faltaros al respeto.

—No es que esté asombrado —respondió Peder Korf—, es solo que no había pensado en el entierro. Tienes razón. Cosa amarga es que a uno de los pastores del Señor se le niegue el derecho a descansar en tierra consagrada.

Sin embargo, no es apropiado que un criminal sea enterrado en el cementerio.

Anna no dijo ni una palabra, pero Vibeke protestó enérgicamente:

—El párroco Sören nunca ha sido un criminal.

—Pero va a tener la muerte de uno —dijo Peder Korf.

—¡Ay, pastor Peder! —gritó Vibeke—. Sabéis de sobra que si solo de vos dependiera, nunca le negaríais el santo entierro. ¿Quién se atrevería, en esta parroquia o en la de al lado, a reprocharos dejarlo reposar dónde le corresponde por derecho? Solo Morten Bruus, quizá, que es un demonio.

—Me parece —dijo Peder Korf, pasándose la mano por la frente un tanto perplejo—, que a Morten Bruus no le importan nada más que las riquezas de

este mundo.

—Entonces —insistió Vibeke—, podéis enterrarlo en el cementerio de la iglesia de Aalsö y nadie tiene por qué saberlo.

Así pues, Peder Korf asintió, tanto en respuesta al silencio de Anna como a las súplicas de Vibeke.

—Lo enterraremos cuando haya anochecido —dijo—, y solo lo sabrá quien necesite saberlo.

Entonces les dio su bendición y se marcharon. Cuando por fin llegaron a Vejlbj, Anna siguió moviéndose siguiendo las instrucciones de Vibeke. En su estado casi sonámbulo, se preparó para la visita postrera a su padre. Vibeke sacó pan y carne.

—No tendrá hambre —dijo Anna.

—Aún está vivo —contestó tajante el ama de llaves—. Tiene que alimentarse.

Sacó la túnica negra y la gorguera blanca del pastor y se dedicó a repasar los delicados pliegues.

—Mañana tiene que estar vestido debidamente —dijo.

Sacó del arca la sábana de lino que habían tejido para el tálamo nupcial de Anna y Tryg.

—Necesitará también un sudario —explicó—. No podemos dejar que lo entierren como a un pordiosero.

Cuando regresó Peder Qvist, Anna seguía sentada en el Cuarto Nupcial, con la suave sábana de lino desplegada sobre las rodillas. Olía al espliego del verano, y era tan suave y pesada como la nata. La acarició suavemente, sonriendo un poco, recordando lo feliz que había sido al tejerla, pensando que la textura era rica y regular. La sonrisa seguía en su mirada cuando alzó los ojos y vio el rostro de su hermano, y volvió a sonreír al verlo de nuevo. A Peder le pareció una criatura ajena a los problemas de sus mayores. Cerró la puerta y cruzó la habitación apresuradamente, se arrodilló junto a ella y le dijo con gran ternura, como si se dirigiera a un niño:

—Todo eso está muy bien, pero si Dios quiere, no necesitaremos ese espléndido sudario.

Para su gran alivio, la sonrisa desapareció de los ojos de su hermana y se le avivaron los colores. Arma despertó de su extraño letargo y le dijo en un

susurro, pero con claridad y vigor:

—Peder, ¿no vas a dejar que lo maten?

—No he vuelto de Escania solo para recibir su bendición —dijo su hermano—. El plan es el siguiente. Esta tarde irás a la cárcel con la comida y con las demás cosas que has preparado. Cuando llegue la hora de irte, no habrá nadie en la habitación de fuera. Las puertas estarán abiertas. Lo acompañarás al río por el camino más corto. Las calles son oscuras y habrá gente amiga vigilando. Verás un barco, el de mis amigos de Escania, listo para zarpar rumbo a Varberg. Tienes que vestirte con ropa de abrigo. En pocos días, en el peor de los casos, estaremos todos juntos en un nuevo hogar, donde encontrarás una hermana y nuestro padre otra hija.

—Pero ¿no nos seguirán? —preguntó ella.

—Estaremos fuera de Dinamarca y del alcance de las leyes danesas —dijo Peder—. Y además, ¿quién sabe dónde vivo, salvo Vibeke, que jamás dirá nada?

Peder había hablado con el carcelero, que se había mostrado más que dispuesto a participar en el plan. Los pescadores de Escania también estaban encantados de ayudar. El carcelero se había ocupado de hacer vigilar las calles, no fuera alguna persona hostil a darse cuenta de que la cárcel no tenía guardia.

—Te habrás enterado, imagino, de que ya se ha dictado sentencia y la ejecución se ha fijado para mañana por la mañana. Por consiguiente, solo disponemos de la tarde de hoy y tenemos que ser diligentes —dijo Peder.

—¿Tryg ha pronunciado la sentencia? —preguntó Anna, y se respondió a sí misma—: Pues claro, no tenía más remedio. Nuestro padre le ha rogado que así lo hiciese. Ay, Peder, me gustaría poder ver a Tryg otra vez. Me he mostrado cruel con él al marcharme. ¿Crees que podría venir con nosotros? Podríamos ser tan felices todos juntos. ¿No crees que podría preguntárselo?

Su hermano vaciló y terminó por decir:

—¿Y si no quisiera venir?

—No pasaría nada, ¿verdad?

—Se vería obligado a impedirnos la huida.

—¡Oh, no creo que lo hiciera! —exclamó Anna.

Pero según hablaba, se le apareció el rostro de Tryg tal como lo había

visto la última vez, con aquella mirada que no entendió, y recordó la advertencia de su padre.

—Si estás bien segura de que nos acompañará, entonces díselo —dijo su hermano con dulzura—. Pero si te cabe la menor duda, entonces no debes correr el riesgo de que lo sepa. Para su honor resultaría una carga demasiado pesada de soportar.

—Yo lo acompañaría sin dudarle si él tuviera que huir —comentó Anna—, no importa lo que hubiera hecho, ni a qué tierra extraña fuéramos.

Bajó la vista hacia la suave tela de lino que tenía en el regazo, pero casi no la vio, tal era el malestar que sentía en el corazón. «Ay, amor mío, amor mío», pensó. Y luego dijo en voz alta:

—No se lo pediré.

Resultó duro separarse de Vibeke y esta tenía motivos sobrados para el llanto. Desde el encarcelamiento de Sören Qvist, cada vez que Anna había acudido a Grenaa a visitarlo, un día tras otro, Vibeke la había acompañado y la había esperado. Esa última noche, sería Peder Qvist quien cabalgaría con ella, pero a la mujer le pesaba dejarla marchar. Una vez más, se brindó a ir con ellos.

—No hay ninguna necesidad de que te canses, Vibeke —le dijo Peder Qvist—. Mañana será un día duro y tendrás mucho que hacer.

Luego, para sorpresa del ama de llaves, se inclinó desde el caballo y la besó, primero en una mejilla y luego en la otra. A la buena mujer se le saltaron las lágrimas y se dio la vuelta, cubriéndose la cara con el delantal, por lo que no vio alejarse bajo los árboles a los hermanos que habían sido sus niños.

Sobre la silla, ante ella, Anna había puesto una cesta de mimbre con comida, la casulla negra de su padre y la gorguera. Debajo de la capa llevaba una bolsa con unas cuantas pertenencias personales. Lo curioso del asunto era que ya no se sentía cansada.

Estaban empezando a salir algunas estrellas y el cielo aún no había perdido su tono azul. El viento soplaba de forma más continua, aunque sin demasiada fuerza, barriendo las nubes del cielo. Las dos siguieron adelante sin cruzar palabra, entre bosquecillos y sembrados, hasta llegar cerca de los campos de Aalsö, donde se alzaba una loma llamada Colina del Cuervo, usada

desde hacía años para el triste asunto de las ejecuciones públicas. Cuando los dos jinetes la tuvieron al alcance de la vista, Anna distinguió a unos hombres atareándose con vigas y tablones. No estaban levantando un cadalso, sino una plataforma. Peder se volvió hacia su hermana para decirle unas palabras tranquilizadoras y siguieron adelante, perdiendo de vista la pradera.

Había oscurecido ya cuando llegaron al patio de la posada de Grenaa, donde dejaron sus caballos. Siguieron a pie hasta la cárcel. Las escasas personas que se cruzaron por el camino los miraron con curiosidad al saber quiénes eran, pero nadie se atrevió a dirigirse a ellos. Todo eso formaba parte del plan de Peder. Se detuvieron ante la puerta de la cárcel, en la oscuridad.

—¿Estás segura de que no tendrás miedo? —le preguntó su hermano—. Es mejor que no nos vean juntos a los tres. Haz que vaya embozado con la capa y, si os encontráis con alguien, creerán que soy yo. Os esperaremos hasta medianoche, pero venid lo antes posible.

—No tengo miedo —respondió Anna.

—¿Y estás segura del camino?

—Sí, estoy segura —contestó—. Recuerdo todo lo que me has explicado.

—Siento tener que dejarte —dijo Peder.

**L**a mujer del carcelero estaba sentada junto al fuego con su hijo en brazos. Levantó un momento la mirada al entrar Anna, pero no la saludó. Su marido se adelantó desde un rincón oscuro y fue directamente a la puerta de la habitación interior, que abrió y sostuvo abierta. Tampoco él le habló a Anna y a ella, al recordar su amabilidad de esa mañana, le pareció extraño. Con el engorro de la cesta en una mano y el peso de su pequeña bolsa de efectos personales tirándole del brazo bajo la capa, se dirigió con torpeza hacia la celda y, al pasar junto al carcelero, le dio sin querer con la cesta.

—Disculpad —exclamó en voz baja, y aunque el hombre asintió, no abrió la boca y se apartó enseguida de ella.

Sin embargo, cuando cerró la puerta de la celda, aunque Anna prestó mucha atención, no oyó el chasquido final del pestillo.

Se paró un momento, recorriendo con la vista la estancia escasamente iluminada. No parecía haber nadie más en ningún rincón, aunque había una pila de paja fresca amontonada al pie de la ventanita alta. Su padre estaba tumbado en la cama, y había una vela encendida colocada en una argolla de la pared junto a él. Era una vela de sebo, que humeaba y olía a grasa. Anna lo vio volver los ojos para mirarla, pero luego no hizo ningún otro movimiento.

No llevaba cadenas. Como si sus guardianes hubiesen pensado que estaba demasiado débil para ser capaz de moverse con ellas, se le había permitido, como a un moribundo cualquiera, acostarse en el duro camastro de madera. Cuando Anna se le acercó, su padre alzó ambas manos, y en cuanto su hija hubo dejado la cesta en el suelo y se hubo arrodillado a su lado, le cogió la

cara entre ellas y la miró largo rato con cariño antes de besarla.

—Bueno —dijo luego—, gracias a Dios pronto seré libre y mi niña no tendrá que venir más a este lugar de aflicción.

—Ay, sí —respondió ella con vehemencia—, pronto serás libre. ¿Te sientes con fuerzas? Te he traído un poco de carne y vino. ¿Podrás andar un poco en cuanto hayas comido? Será solo un trecho muy corto.

—Vaya, qué amable por tu parte —contestó su padre—, pero no tengo hambre. Y puedo caminar cuanto haga falta. Dios me dará fuerzas.

—No, no, no me refiero a eso —dijo Anna apresurada, mirando por encima del hombro para asegurarse de que seguían solos—. Peder ha hablado con amigos. Nos vamos todos esta noche. Iremos con Peder a Escania, donde estaremos a salvo y podremos vivir juntos.

Su padre la miró desconcertado y Anna se apresuró a explicarle los pasos que había dado Peder, la simpatía del carcelero, la amistad de los pescadores de Escania.

—Así pues —concluyó su relato—, esta noche estaremos en alta mar, con el aire libre alrededor y agua libre bajo el casco del barco.

—¿Y Peder ha planeado todo esto? —preguntó el anciano con tono asombrado—. ¡Qué buen hijo! En verdad, Dios me ha bendecido con vosotros. Tendrás que darle las gracias en mi nombre, mi pequeña Anna, y decirle que me ha hecho muy feliz.

—Se las darás tú en persona —dijo ella— y todos seremos felices. Tendrás a tus nietos subiéndose a tus rodillas, ¿y los campos y bosques de Escania, no son acaso tan hermosos como los de Jutlandia?

—¡Ah, los hijos de Peder! —dijo sonriendo el viejo pastor—. ¡Qué alegría poder verlos! ¿Crees, pequeña Anna, que se parecen a él?

—Seguro que sí —respondió su hija—, y te querrán mucho. Come un poco de pan, padre y mira si te puedes levantar sin marearte. Tenemos que darnos prisa.

Pero el anciano negó con la cabeza.

—Es un sueño de dicha —dijo—, pero no puedo ir.

No obstante, siguió sonriéndole a su hija, con el semblante todo iluminado y contento. Al cabo de un rato, añadió en voz baja:

—Alabado sea el Señor, no quiero ir.

—¡Ay, no digas eso! —exclamó Anna—. No estás tan débil. No es mucho lo que hay que andar, y me pasarás el brazo por los hombros y te apoyarás en mí. En cuanto seas libre, volverás a sentirte bien.

—No, no —dijo el anciano—, no me comprendes. No me importa quedarme. Tus buenos deseos me han hecho feliz, pero me siento aún más dichoso no yendo.

—Si hicieras un pequeño esfuerzo —suplicó la joven.

—Le doy gracias al Señor, que me empuja a quedarme y afrontar mi destino —dijo su padre con un tono nuevo de firmeza y decisión.

—Entonces, ¿no quieres venir? —preguntó Anna, comprendiendo menos el sentido de las palabras que el tono de la voz, y entristeciéndosele mucho el semblante—. Ay, no me pidas que te deje aquí.

Su padre le habló entonces más amablemente, con infinita ternura:

—Tú que con tanta bondad has venido a verme a diario a este sitio abyecto, sabes mejor que nadie cuánto he sufrido. No por el peso de las cadenas ni el miedo a la muerte, sino por creer que mi Dios me había tratado injustamente, lo que me llenó el alma de tanta amargura, que nunca podré arrepentirme lo suficiente. En el fondo de mi corazón, le he reprochado a mi Salvador haber sido considerado un asesino. Sin embargo, encerré tras las puertas más recónditas de mi espíritu la conciencia de mi iniquidad. En lugar de reconocer mi pecado, le eché en cara a mi Señor Su crueldad conmigo y Su injusticia. ¿Acaso no sabía yo todo el tiempo que Él, que es todo bondad, nunca puede ser injusto?

—Hablas como si estuvieses contento —dijo Anna, con los ojos llenos de lágrimas.

—En verdad, creo que lo estoy —respondió el anciano, de nuevo con tono de asombro—. En tal caso, tienes que sentirte perdonado. Ciertamente ya has sufrido bastante y te has arrepentido lo suficiente. ¿Por qué has de quedarte y sufrir un castigo terrenal, cuando el cielo te ha perdonado?

—No sé si he sido perdonado o no —dijo el pastor—. Pero si me marchó, no podrá cumplirse el plan divino para mi persona, y eso no lo puedo hacer.

—Que el Señor me perdone —gritó la muchacha—, pero a mí esto no me parece el plan de Dios, sino el del diablo. Es un enredo, una trampa. ¿No me lo dijiste tú mismo en cierta ocasión?

Se puso en pie de un salto y, dando una palmada, se alejó unos cuantos pasos de su padre, para luego retroceder de inmediato, como si en el movimiento fuera a poder hallar una escapatoria del enredo en que se hallaban. Pero el hombre habló:

—¿Acaso no te dije también que incluso los demonios son los servidores de Nuestro Señor?

—Pero Morten Braus... —empezó a decir Anna.

Su padre la interrumpió cariñosamente:

—Hasta Morten Bruus está incluido en el plan divino. —La leve sombra de una sonrisa asomó a sus labios—. Pero ¿y qué es Morten Bruus? Como mucho, una apariencia del diablo. Como poco, un hombre que anhelaba aquello que no era digno de poseer. Esta noche no tiene la menor importancia.

Anna se quedó parada mirando a su padre. La luz de la vela le doraba la piel de las manos y la cara, haciendo que su cabello y su barba resplandecieran, blancos como la sal. No veía nada más en la celda: ni la suciedad del suelo, ni las cadenas, ni las piedras rezumantes de fría humedad. La voz tranquila de él siguió diciendo:

—Esta noche, incluso el asesinato de Niels Bruus, o que yo deba morir por ello, no tienen ninguna importancia. Ay, no es que no me atormente el hecho de haberlo matado. Pero ese pecado fue menos grave que el que cometí a continuación, haberme vuelto con amargura contra mi Creador. No sé si he sido perdonado o no, pero siento al Señor tan cerca de mí que mi corazón está henchido de paz. Es como la luz más suave del atardecer sobre los campos de grano joven.

Su voz se extinguió en un susurro y luego ya no se oyó otro sonido en la celda que los sollozos de la muchacha contra el pecho de su padre.

**E**l vaivén del barco se acomodaba al movimiento de la ola que lo levantaba por la popa con un prolongado gorgoteo líquido; tanto la ola como la embarcación corrían delante del ligero viento constante. La proa producía un suave sonido de aplastamiento, que se elevaba y desvanecía con un ritmo largo y lento. La vela se mantenía firme. Sentada a popa, bien abrigada con la capa para evitar el aire frío que subía del mar, Anna Sörensdottir oscilaba al compás del ágil movimiento de la embarcación. El mundo era solo tiniebla, iluminada desde abajo por la palidez del agua, reflejo de la palidez del cielo. Anna a duras penas conseguía distinguir la forma de la vela, las siluetas de los hombres inclinados bajo la misma. Una voz a su lado dijo, con fuerte acento sueco:

—Donde el río desemboca en el mar, hay casas de pescadores. Son casas humildes, pero hace mucho tiempo que conozco a esa gente. Tendrán fuego y un techo para nosotros. ¿No tienes miedo?

Anna contestó que no tenía miedo y la voz la elogió.

—No va a venir —le había dicho Anna a Peder.

Su hermano la había ayudado a subir a bordo. Unas manos habían surgido de la oscuridad y la habían depositado en el sitio en el que ahora estaba sentada. Varias voces se habían consultado sordamente y el barco había sido apartado del muelle.

—¿Tú no vienes? —le había gritado Anna a Peder, repentinamente presa del pánico.

—Tengo que ir a la Colina del Cuervo por la mañana —había contestado

él—. Me reuniré contigo luego. Estás con amigos.

Las últimas palabras le habían llegado débiles y borrosas a través de la creciente extensión de agua; sin embargo, le había creído, y su miedo había desaparecido. Resultaba extraño, no obstante, que no se sintiera asustada. Las voces que le hablaban eran amables, aunque su acento era extranjero. No podía distinguir los rasgos de un solo semblante y hasta entonces nunca había estado a bordo de un barco. El movimiento de este al flotar, esa inestabilidad en equilibrio, resultaban nuevos para ella y sin embargo familiares, como si los hubiese experimentado antes en un sueño.

Obediente, sin resignarse, y sola, había atravesado la desierta estancia exterior de la cárcel, había salido fuera y, siempre sola, había atravesado las calles oscuras de Grenaa hasta llegar al embarcadero. En algún punto del camino, le vino a la mente que ya no había motivo para la huida. Podía regresar a Vejlbj. Incluso podía volver con Tryg. Su padre la había encomendado al cuidado de él. Sin embargo, esa idea se desvaneció tal como había venido. No había vuelta atrás. Así pues, había permitido que la subieran a bordo y el barco y la oscuridad se habían convertido en todo lo que quedaba de su mundo. Incluso Peder se había marchado.

—Siempre hay gente que se alegra de causarnos problemas a los de Escania —dijo la voz a su lado, por encima del suave murmullo del agua—. Es mejor que nos alejemos de la ciudad.

El viento soplaba desde el sudoeste, por encima de páramos y marjales, sin encontrar obstáculos. El río fue ensanchándose; la orilla a mano derecha se volvió tan baja y oscura que parecía poco *más* que una sombra que unía el agua y el cielo. No había forma de calcular el transcurrir del tiempo ni la distancia recorrida, pero poco a poco un sonido nuevo fue haciéndose notar por encima del discurrir del agua contra el casco: el pausado latido de la marea, repitiéndose a un ritmo mucho más lento que el de la respiración humana, pero tan inexorable como el aliento. Tenían ante ellos las aguas abiertas del Categat y, del otro lado de esa extensión marina, el reino de Escania.

Arriaron la vela. Con pértigas y remos, los pescadores le dieron la vuelta a la embarcación y la acercaron a la orilla septentrional, donde la vararon. Anna, guiada en la oscuridad por varias manos, dejó atrás la vela oscilante y

se arrastró hasta la proa, donde la cogieron en brazos y la depositaron en una playa arenosa batida por el viento y por pequeñas y ágiles olas.

A través de la firme arena húmeda, siguió a los hombres de Escania hasta la arena suelta, por encima del alcance del agua, donde resultaba difícil caminar. Cerca de las dunas había un puñado de chozas. Los pescadores llamaron a la puerta de la primera, pronunciando en sueco frases imperiosas y tranquilizadoras hasta que les abrieron y todos se agolparon en el interior.

Nunca en toda su vida había visto Anna una vivienda similar: tan diminuta, tan reducida a la función esencial mínima de impedir la entrada del viento, la lluvia y la arena. Construida a base de cascotes, maderas flotantes y viejas cuadernas de pecios, enlucida con arcilla sobre zarzos, su única habitación carecía de chimenea o ventana y no tenía más que una puerta. El suelo estaba cubierto de arena y en el centro se alzaba un brasero de hierro en el que se consumían, humeando, unos cuantos pedazos de turba. Las volutas de humo ascendían hasta las vigas del techo bajo para terminar hallando salida por las grietas bajo los aleros, o cayendo al suelo en espirales grises. Al abrir la puerta, la turba llameó y brilló un momento.

Anna aguardó de pie entre los pescadores de Escania mientras su portavoz les explicaba a los habitantes del tugurio que necesitaban refugio para una amiga, y que tenían que esperar allí hasta el día siguiente la llegada de otro amigo. Por lo que a ellos se refería, dormirían en su barco, pero no tenían sitio para Anna. El hombre y la mujer cuyo descanso habían interrumpido aceptaron la responsabilidad sin vacilar.

No había más luz que la del rescoldo de la turba, pero a su brillo Anna vio por primera vez a los hombres que se habían convertido en sus guardianes hasta el regreso de su hermano. Al darle las buenas noches, todos le estrecharon la mano, uno detrás de otro, antes de deslizarse fuera con el viento. A ella le quedó una impresión de muchos pálidos ojos azules en rostros rubicundos, gorros de lana rojos y azules, manos fuertes y encallecidas, algunas frías al tacto y otras tan calientes como pastelillos. Se quedó sola con la pareja de la choza.

El hombre era pequeño y encogido; las guedejas de pelo gris le llegaban hasta la bufanda roja que tenía enrollada alrededor del cuello. Aparentemente, se había levantado de la cama tal como se había acostado en ella, vestido por

completo, menos los zapatos, pues iba descalzo. También su mujer, con chal y camisón, estaba descalza, pero en la cabeza llevaba un pañuelo azul roto, anudado bajo la barbilla. Era más robusta que su marido y probablemente también unos cuantos años más joven. Había en ella algo que a Anna le resultaba familiar. Los dos se mostraron cohibidos y amables. La invitaron a sentarse en un taburete junto al brasero y le rogaron que los disculpara por no tener otra habitación, ninguna cama de más y, lo que más los entristecía, otras mantas o ropa de cama.

—Mi hombre se acostará pegado a la pared, yo junto a él, y vos, señora, a mi lado, donde por lo menos podréis ver el fuego, aunque bien poco calor hay en eso. Se está más caliente durmiendo tres en la misma cama que estando solo.

—Sois muy amables —respondió la muchacha.

—No os pregunto que hacéis aquí —dijo la mujer—, aunque podéis estar segura de que deseo que os encontrarais en mejor sitio. Este no es lugar para Anna Sörensdottir.

—No creí que os hubiesen dicho mi nombre —dijo ella.

—Señora —contestó la mujer—, no es probable que os acordéis de la pescadora de hace diez años, pero es fácil para mí recordar a la niña pequeña que entraba y salía corriendo de la cocina.

—Entonces —dijo Anna—, no necesitáis preguntarme por qué estoy aquí, con pescadores de Escania. Estamos esperando a mi hermano Peder. Comprenderéis que no podemos marcharnos de Dinamarca mientras mi padre siga vivo.

La mujer se encogió ligeramente de hombros.

—Esto no es Dinamarca ni Escania —dijo—. Esto es el fin del mundo. Pero aquí estáis entre amigos. Venid y acostaos, y si os dejáis la capa puesta, dormiréis más abrigada.

Anna Sörensdottir permaneció despierta largo rato después de que la pescadora y su marido se quedaran profundamente dormidos. El aire estaba muy cargado con el humo de la turba y el olor a pescado seco, sin embargo, eso no la incomodó. La misma pesadez del ambiente era una protección añadida contra la amplia noche de la que había venido y el ancho océano que se extendería ante ella al día siguiente. Se dedicó a mirar las vueltas que

daban las espirales de humo, al capricho de las corrientes de aire. Oyó el viento sacudir la choza y arrojar arena contra ella, y oyó también la pesada respiración de los que la habían cobijado en su propio lecho, por humilde que fuese. La sencillez con que la habían aceptado la llenaba de asombro y, sin embargo, estaba cortada por el mismo patrón que todo lo que le había acontecido esa noche. Era la simplicidad de la pobreza y la desgracia, que dejan las cosas claras. Pensó en su padre, tal como lo había visto por última vez: el pelo blanco brillando a la débil luz de la vela de sebo, siguiéndola con los ojos, distantes y oscuros, mientras salía de la celda. Pensó en Vibeke, cuyo afecto por ella le parecía esa noche como un prado en flor, y en algunos animales de la granja de la rectoría: en la gata de tres colores, en el perrazo marrón, y en *Estrella Dorada*, la hija de *Rosa de Oro*, tumbada en la paja mientras ella le sostenía la luz a su padre, de rodillas junto a la recién nacida, todo orgulloso. Le fue entrando sueño mientras sus pensamientos se convertían en imágenes aisladas que cambiaban sin motivo hasta que, al final, con una confianza similar a la que había mostrado su padre al someterse a su destino, la hija se entregó al descanso. No tuvo conciencia de lo grande que era el acto de fe que había llevado a cabo.

**A**nna durmió mucho tiempo; la juventud de su cuerpo se impuso a la aflicción de su mente. Durmió profundamente, sin recordar en sueños nada relacionado con su pesar, y cuando se despertó se sintió descansada y fortalecida. Antes de abrir los ojos, pensó que estaba en su propio cuarto en Vejlbj. Luego parpadeó y vio, muy cerca por encima de ella, las vigas grises del techo, desgastadas por la humedad. Volvió la cabeza y vio el brasero de hierro de tres patas sobre el suelo arenoso, y más allá, contra la pared, un taburete, un baúl y una escoba de ramas apoyada al lado de la puerta. En la choza había una fría luz gris que parecía haberse filtrado por las grietas bajo los aleros. No vio a nadie a su lado en la cama, ni tampoco en la habitación, y al aguzar el oído, no oyó voces fuera.

La invadió el terror al pensar que la habían dejado allí, que los pescadores se habían hecho a la vela sin ella y sin Peder, que este no iba a volver. Se quitó de encima las pesadas y sucias mantas con las dos manos y se sentó, poniendo los pies en el suelo. Mientras estaba allí sentada, buscando sus zapatos en la penumbra, oyó una primera voz, lejos río abajo, y luego otra, no tan distante, que le respondía; las palabras eran en sueco, de eso estaba segura. Aliviada, hizo una pausa antes de agacharse para calzarse y luego volvió a mirar alrededor del pequeño cuarto que le había ofrecido hospitalidad.

Los acontecimientos de la víspera volvieron a su mente con todo detalle. El día anterior se había visto arrojada de la esperanza a la desesperación; de la esperanza de nuevo a un sentimiento de pérdida tal que abarcaba todo lo

que más había querido en su corta existencia, y se había acostado exhausta. Ahora se sentía más tranquila y fuerte, capaz de hacer frente a lo que el día pudiera traer. Esa calma era parecida a la exaltación, aunque Anna no lo viera de ese modo. Ese era el día para el que había hecho grandes preparativos en su espíritu. No podía pillarla por sorpresa, como a un ama de casa descuidada la llegada de un grupo numeroso de invitados.

Tras deslizar sus pies desnudos en los fríos zuecos de madera, dio unos cuantos pasos por el suelo arenoso hacia el brasero, en el que parecía haberse extinguido el fuego. En ese momento se abrió la puerta y se coló un vasto torrente de luz grisácea desde la playa y el mar. La pescadora entró y dejó la puerta abierta a su espalda. Debía de haber estado aguardando fuera, para haber percibido tan de prisa los primeros movimientos en el interior. Anna vio entonces que el día, aunque sin sol, estaba bien avanzado. El cielo estaba ligeramente nublado y el mar del color del plomo. Cuando las largas olas rompían, el viento de la playa capturaba la espuma y se la devolvía, echándosela por encima de los hombros.

La pescadora se acercó solícita a Anna y, tras asegurarse de que la joven había dormido bien, echó más pedazos de turba al fuego, sopló sobre los rescoldos para avivarlos, cerró la puerta, acercó una palangana de agua fría y la ayudó a asearse. Lamentó no poder ofrecerle leche, solo un caldo de pescado y un poco de pan de centeno, pero puso la sopa a calentar sobre el fuego y le aseguró que era muy alimenticia. Rememoró sus recuerdos de Anna niña en la cocina de la rectoría, y añadió que también la había visto por las calles de Grenaa. Iba allí algunas veces, dijo, pero no más de lo necesario, y Anna dedujo que, en cierto modo, la mujer se había convertido en una exiliada, y que las gentes de las chozas de la playa casi no pertenecían al mismo mundo que los habitantes del pueblo o los granjeros. Esa orilla del río quedaba fuera de la parroquia de su padre, eso ella lo sabía, pero según lo contaba la mujer, parecía quedar al margen de todas las parroquias.

No era muy aseada; no tenía nada que ver con Vibeke en ese aspecto, pero aun así, cuando le trajo el cuenco de caldo apenas tibio, y se quedó a su lado mirándola tomarse las primeras cucharadas, Anna vio algo del ama de llaves en su semblante. Muy al contrario de lo que Anna esperaba, la sopa, pese a no estar caliente, era de rico sabor y cuando le manifestó su aprobación a la

pescadora, esta inclinó la cabeza y sonrió. Era lo que había estado esperando.

Peder Qvist volvió de la posada en Grenaa, donde halló los dos caballos, y se marchó del pueblo montando el castaño y llevando de la rienda la yegua blanca de su padre. Era reacio a quedarse en la posada ni en ningún lugar de los alrededores del pueblo. Lleno de amargura por la situación de su padre, y de resentimiento por haber tenido que renunciar a sus planes, sin tener ninguna alternativa clara en mente, cogió el camino de Vejlby por la fuerza de la costumbre y a medianoche se hallaba en el pueblo. No quería que lo vieran. Había planeado tan cuidadosamente su desaparición junto con su padre y con Anna, que seguía sintiéndose con la obligación de pasar inadvertido. No podía volver a la rectoría sin verse sometido al interrogatorio de Vibeke, y buscar cobijo en la posada también supondría tener que hablar con gente que lo conocía y se preguntaría por qué no estaba en la granja. La noche era cada vez más fría y estaba cansado. Aun así, dejó atrás la posada y al poco se halló cerca de la rectoría, por lo menos de sus campos más alejados. Desmontó y soltó a los caballos en el prado, pensando que llamaría menos la atención si seguía a pie.

Tenía que pasar el resto de la noche en algún sitio y se acordó de Peder Korf, así que se puso en camino hacia Aalsö. Pero cuando estaba a menos de un kilómetro de la rectoría, se le ocurrió que el párroco de Aalsö le preguntaría por Anna. Además, tal vez intentara hacerlo resignarse al sino de su padre y Peder no quería resignarse. Así pues, pasó de largo ante la puerta de la rectoría de Aalsö y siguió adelante hasta hallarse ante la posada del León de Oro. El frío de la noche, unido a la idea de que allí no podía conocerlo nadie, lo hicieron empujar un poco la puerta. La sala estaba cálidamente iluminada por los gruesos trozos de carbón de lo que había sido un buen fuego, y el posadero era para él desconocido. Peder pasó las pocas horas que quedaban de la noche en una silla junto al hogar y se marchó temprano por la mañana antes de que se levantase nadie.

Era tan fácil ir a los campos de Aalsö, con la loma llamada Colina del Cuervo donde se había erigido la plataforma para el ajusticiamiento, que fue el primero en llegar y tuvo que alejarse un poco por miedo a llamar la

atención. Cuando las sendas empezaron a llenarse de gente, algunos a pie, otros a caballo, y el lugar empezó a cobrar apariencia de terreno de feria, Peder renunció a sus vagabundeos sin sentido por los robledales y los caminos bordeados de setos y se instaló al borde del espacio abierto, desde donde podía ver bastante bien y tener todavía a mano el cobijo de los árboles.

No estaba preparado para la cantidad de gente que acudía a ver el espectáculo. El prado no paró de llenarse de grupos pequeños que fueron compactándose en grupos mayores. Bajo el cielo velado, los colores de las prendas parecían muy vivos —cales escarlata y faldas azules, chaquetas bermejas y gorros verdes o asimismo escarlata— y, según miraba, Peder cayó en la cuenta de que toda esa gente se había puesto la ropa de los domingos. Había conversaciones e incluso alguna risa ocasional, y el ruido aumentaba de repente para luego interrumpirse de golpe. En general, la muchedumbre callaba y demostraba mucha paciencia. Aguardaron hasta casi mediodía antes de que aparecieran dos soldados en la plataforma, seguidos por Villum Stróm. Después de eso, pasaron solo unos minutos hasta que apareció Sören Qvist, seguido por el párroco Peder Korf. Entonces la multitud guardó un silencio absoluto.

Peder Qvist vio que su padre iba ataviado con la casulla negra y la gorguera blanca de su oficio. Cruzó unas palabras con los que estaban en la plataforma con él, como si estuviese haciendo una petición que, al parecer, le fue concedida. Entonces se volvió hacia la muchedumbre, que lo estaba contemplando con tanta atención que no se perdían el menor de sus gestos, y entrelazando las manos delante de él, exactamente igual que cuando predicaba en la iglesia de Vejlbj, como Peder recordaba de los domingos de su niñez, empezó a dar un sermón con voz clara y firme.

Era, de lejos, la figura más alta sobre la plataforma, y también la que concentraba la atención de todo el público. La casulla negra lo hacía parecer aún más alto. El viento, que hacía aletear sus cabellos blancos en torno a su rostro y agitaba los almidonados pliegues de la gorguera blanca, arrastró una lluvia de hojas de roble de los árboles vecinos, pero la voz del pastor se impuso al viento, y todas las palabras de su homilía llegaron a los oídos de sus oyentes. Habían venido de las dos parroquias y también de más allá de Grenaa. En toda su vida, nunca volverían a escuchar un sermón parecido a ese,

ni uno que recordaran tanto tiempo.

El pastor partió del pasaje familiar del libro de los Proverbios. Empezó por citar el libro y el capítulo, igual que habría hecho en su iglesia. «El que es tardo a la ira vale más que el poderoso, y el que se domina es mejor que el que ha tomado una ciudad»<sup>[14]</sup>. Habló con sencillez y no se extendió mucho, pero cuando hubo concluido, no quedaba una sola persona en toda la multitud que no creyera a pies juntillas, como nunca antes, que el hombre que resiste la tentación de golpear a su criado es más grande que el capitán que conquista la ciudad de Copenhague.

A continuación, Sören Qvist los bendijo, extendiendo las manos hacia la multitud. Luego se arrodilló bajo las manos de Peder Korf y tomó de las de Villum Stróm el pañuelo blanco con el que él mismo se vendó los ojos. Luego le hizo una señal a Villum Stróm y el verdugo alzó la espada.

Peder Qvist volvió la cabeza. No pudo evitar oír, no obstante, el silbido de la hoja al descender y el hondo suspiro de los espectadores, como el viento en el robledal; luego se hizo un silencio tremendo en el campo de Aalsö.

A cada paso a lo largo de todo el camino de vuelta a Grenaa y más allá, hasta las dunas, Peder Qvist siguió oyendo la voz de su padre, el silbido de la espada, el gran suspiro de la multitud. Peder se había colocado cerca del camino real, por lo que pudo alcanzarlo rápidamente, antes de que ninguna otra persona hubiese pensado en salir del campo. Deseó haberse quedado con el caballo castaño, pero luego pensó que había hecho lo correcto devolviéndolo a la granja de su padre. Pero no podía caminar lo bastante deprisa. Por nada en el mundo habría vuelto a la rectoría de Aalsö a hablar con Peder Korf, o a Vejlbjby a ver llorar a Vibeke. Siguió su camino lo más rápido que pudo, casi corriendo. Una vez pasado Grenaa, el campo se volvía más salvaje. El sendero rodeaba las dunas y Peder no estaba muy seguro de adónde se encaminaba, pero por fortuna consiguió evitar los senderos que se desviaban y, a primera hora de la tarde, rodeó la última duna, salió a la vista de las chozas de la playa y vio en la orilla el barco listo para zarpar, rodeado por un pequeño grupo de personas.

Anna estaba entre ellas. La pescadora, su marido y los marineros suecos formaban el resto del grupo. Su hermana se adelantó para recibirlo y Peder la cogió por los hombros y la besó antes de apartarla un poco y, sin una palabra,

mirarla fijamente a los ojos claros y asentir una sola vez. Luego se dirigió a los hombres:

—¿Cuándo podemos zarpar?

—Llevamos listos estas últimas dos horas —dijo el capitán.

—Entonces, por el amor de Dios, vámonos ya. En Dinamarca, este año del Señor de 1625, han decapitado a un santo.

Tenía la voz ronca de pasión y el rostro descompuesto; Anna no hubiera reconocido la voz si no le hubiese visto la cara.

—Nunca será lo bastante pronto para nuestro gusto —dijo el marinero—. El tiempo no está mejorando. Me parece que va a nevar antes de que caiga la noche.

# **El fantasma de monsieur Scarron**

*Este vigésimo séptimo volumen del Reino de Redonda está  
dedicado a Inés Blanca, Viscountess Strogoff de estos  
dominios decimonónicos; leal, veloz y eficaz Correo, e  
incomparable organizadora y mejoradora de libros ajenos*

EL EDITOR

Deseo agradecerle una vez más a The John Simon Guggenheim Memorial Foundation la beca que me concedió en 1950 y que hizo posible que volviese a visitar Francia.

Janet LEWIS

*Este libro es para Dan*

# 1

Jean Larcher, encuadernador, estaba cenando con su mujer y su hijo. Era Domingo de Pascua, que en ese año de gracia de 1694, el quincuagésimo primero del reinado de Luis XIV, cayó el 11 de abril. Estaban sentados en torno a una mesa cubierta con un mantel blanco de hilo, en una de las cuatro habitaciones que arrendaban en un viejo inmueble de la rue des Lions, en París, un edificio que ya era antiguo incluso entonces. El cuarto servía de cocina, salón y despacho de ventas, y era muy exiguo. Poseía cierta elegancia, no obstante, a pesar del suelo empedrado y la enorme chimenea anticuada: la elegancia de la generación anterior. Era de proporciones armoniosas.

Del otro lado de la ventana, que aún tenía los postigos sin echar, el crepúsculo primaveral se cernía en el aire, difuminándose lentamente en el cielo nuboso. En la cocina la atmósfera se fue oscureciendo imperceptiblemente mientras los Larcher partían su pan y comían su sopa. Al dejar por último la cuchara junto al bol vacío, Jean se echó para atrás en su silla y observó con sorpresa que los rostros de sus acompañantes, aun estando muy cerca de él, se habían tornado indistintos. Los rincones de la cocina quedaban en sombra. Incluso el brillo de las ascuas en el hogar se había apagado hasta un rojo mortecino. Pero por la ventana abierta y sin postigos podía ver la calle aún luminosa en comparación con el interior y, recordando de este modo que los días se iban alargando, se sintió más seguro. La primavera había vuelto: el invierno quedaba a sus espaldas.

Había sido un invierno más difícil que la mayoría, con muchas más privaciones y desastres de lo acostumbrado. El Sena se había helado de tanto

frío como había hecho. La ciudad, avituallada fundamentalmente por el tráfico fluvial, había pasado días enteros como en estado de sitio. Esta extrema privación, acaecida en un momento en que ya llevaba tiempo padeciéndose la falta de grano y pan, había supuesto un gran sufrimiento para la población general. Cuando empezó a ceder el frío y se fundió el hielo, las barcas y las gabarras se vieron lanzadas unas contra otras, o arrastradas por el caudal contra las pilastras de los puentes, con lo que se quebraron y hundieron. Jean Larcher había presenciado esa devastación: la rue des Lions quedaba cerca del río. Durante todo el invierno, las calles habían estado llenas de gente sin hogar, de enfermos y hambrientos. Se habían producido escenas de violencia en los mercados donde se vendía pan. Aunque los ricos parecían seguir viviendo tan bien como siempre, celebrando las bodas de sus hijas con fiestas y boato, los negocios como el suyo no habían marchado bien. El rey ahorraba, con lo que se había puesto de moda ahorrar, si no en esponsales, por lo menos sí en lo tocante a coleccionar libros bien encuadernados. No obstante, el invierno había terminado, y la familia Larcher había sobrevivido.

Habían sobrevivido incluso con un pequeño beneficio. Como rezaba el dicho francés, «habían hecho su pascua»<sup>[15]</sup>: se habían confesado y habían comulgado y es más, para honrar el día, habían comido bien. Sobre la mesa había un mantel blanco y también había habido pan candeal, una gallina hervida con puerros y, de postre, nueces y uvas pasas.

Este Jean Larcher era un hombre devoto. Cumplía la penitencia primaveral con sobriedad y a conciencia, igual que auditaba su negocio, y cuando comprobaba que todo estaba en orden, disfrutaba de su hora de reposo tranquilamente, siempre con temor de Dios. Físicamente, era un hombre bien constituido, de anchas espaldas, rostro más bien cuadrado que redondo, y rasgos toscos aunque agradables. Tenía el cabello gris en las sienes y unas cuantas arrugas pronunciadas alrededor de la boca. Llenaba la silla por completo. En cuanto al modesto beneficio del negocio, revestía la forma de dos *pistoles*, metidas en uno de los bolsillos de su largo chaleco. Larcher se cercioraba de cuando en cuando de su existencia con la punta del dedo índice.

Su mujer, sentada frente a él, había apoyado los brazos en la mesa e inclinaba la cabeza, con su cofia de lino blanco, hacia ellos. Se abrazó por los codos para darse calor, y por lo mismo dejó caer su busto sobre los brazos.

Los amplios fruncidos de su blusa de los domingos le cubrían las manos como si se tratara de un manguito, y toda esa blancura de cofia y mangas resultaba más visible que su rostro. Un volante acanalado del gorro se vencía hacia delante con la inclinación de la cabeza.

Jean no necesitaba verle la cara para recordar sus rasgos, la barbilla redonda, los ojos grises de pesados párpados y largas pestañas, los labios que siempre habían lucido, desde la primera vez que le puso la vista encima, un delicado tono rosa en la homogénea palidez del rostro. También reconocía esa cara por el tacto: suave, firme y fresca. Su cutis nunca se había visto marcado por la enfermedad.

El rostro de su hijo, sentado a su lado, más visible en la luz crepuscular, era más difícil de interpretar. Conocía de sobra su apariencia, los rasgos tan parecidos a los suyos, la piel joven y aterciopelada, la marca aislada de la viruela entre las cejas espesas y suaves: sabía que estaba ahí aunque no pudiera verla. Lo sabía porque había pasado horas sentado a la cabecera de un niño pequeño, de un niño febril, cogiéndole las manos para impedir que se rascara. Pero de lo que pasaba ahora detrás de esa máscara, de la comezón de ideas que impelían al joven a acciones que su padre no podría aprobar, tenía un conocimiento menos claro. El muchacho se le antojaba ahora en parte un desconocido. No sabía fechar el cambio, pero su conciencia del mismo se remontaba, de forma de lo más natural, al día en que el chico regresó a casa una vez concluido su aprendizaje. El joven trabajaba ahora de oficial de pleno derecho en el negocio de su padre, pero sin la satisfacción que este había anticipado. Jean había colocado de aprendiz a su hijo en uno de los mejores talleres de la ciudad, no solo para que el chico pudiera llegar a ser mejor artesano que su padre, sino para que pudiera formarse bajo una disciplina más severa que la que Larcher, por el afecto que le tenía, habría sabido aplicar. Nunca le había explicado la segunda razón al muchacho, como no la había comentado con su mujer, al no estar dispuesto a admitir tamaña flaqueza.

El joven, concentrado en cascar una nuez, arrugó ligeramente el ceño. Su padre advirtió el fruncimiento y se dio cuenta de que no tenía nada que ver con la nuez. Hizo que volviera a sentir inquietud por Nicolas, y para disipar esa sensación, que lo había atormentado demasiado a menudo últimamente, respiró hondo y dijo:

—La vida es buena.

Lo enunció con voz firme, como si esa firmeza ayudara a hacerlo cierto. Su mujer levantó la vista y le dedicó una fugaz sonrisa.

—La vida es dura —lo corrigió—; la sopa estaba buena.

—De acuerdo —asintió—, la sopa no estaba mal.

—No hago más que devolverte tu dicho, Jean. La vida es dura, pero no me importaría que me alabaran la sopa.

—Yo te felicito por la sopa, maman —dijo Nicolas.

Marianne le sonrió a su hijo y Jean no dijo nada, pensando que a lo largo de los años ya había elogiado suficientemente su cocina, su frugalidad y otras buenas cualidades suyas. Decirle lo que sabía sobradamente habría supuesto derrochar palabras. En vez de eso, sacó del bolsillo de su chaleco los dos doblones. En la calle, un transeúnte se detuvo ante la ventana mientras él aún los tenía en el puño y se quedó parado un momento contemplando la muestra de libros ahí expuestos para atraer clientes a la tienda. Cuando se apartó, Jean todavía esperó hasta que quedó bastante claro que no tenía intención de entrar al negocio. Entonces puso las monedas en la mesa, manteniéndolas cubiertas con la mano.

—¿Qué tienes ahí —preguntó Marianne—, plata?

—Oro —dijo Jean y levantó la mano—. ¿Estás contenta?

—Naturalmente que lo estoy.

—Toma —dijo Jean—, cóselas dentro del rodillo de seda azul.

—¿Y el alquiler? —preguntó Marianne.

—Ya está pagado.

—¿Y la cuenta del cuero, en Pincourt?

—Saldada también. —Se permitió una sonrisa despaciosa—. Da gusto poder poner de lado un poco de dinero de vez en cuando.

—También daría gusto gastarlo —observó bruscamente Nicolas.

—¡Nicolas! —exclamó su madre, en rápido reproche. El padre, atónito y desairado, habló no obstante con tono razonable:

—Pero no necesitamos gastarlo. ¿Hay alguna satisfacción en gastar dinero cuando no es preciso hacerlo?

—Sí —contestó desafiante Nicolas y luego, para atenuar la aspereza de su desplante, aunque empeorando aún más las cosas, añadió—: Por lo menos,

pienso que podría haberla. Nunca he tenido esa experiencia.

—Es una experiencia de la que bien puedes prescindir —dijo Jean—. Otra experiencia que tampoco has conocido —prosiguió— es la de necesitar dinero cuando no hay ninguno que gastar.

Nicolas, malhumorado, clavó la mirada en su cuenco vacío. Jean miró primero a su hijo y luego a su mujer, que volvió a agachar la cabeza y se dedicó a contemplar sus volantes. No cabía esperar ayuda de ella. Con su ancha mano, reunió bastante torpemente unas cuantas cáscaras de nuez desperdigadas sobre el mantel y las dejó caer en su propio cuenco. Las dos *pistoles* doradas yacían sobre el paño blanco, intactas. Las escrutó, tratando de volver a sentir la satisfacción con la que las había depositado ahí. Cambiando de tono, dijo:

—Pequeño Colas, ¿qué harías tú con dos *pistoles*?

—Viajaría. Ya sabes que viajaría.

—No podrías llegar muy lejos con dos doblones.

—Podría ir a Lyon. O a Ruán. Y además, podría trabajar. Podría aprender mucho.

—¿Y qué podrías aprender en Lyon que no puedas aprender mejor en París?

Nicolas no contestó. Miró a su madre, que le devolvió la mirada, sonrió ligeramente y meneó la cabeza. Jean, excluido, supo que la discusión había concluido. No debería haber tenido lugar de entrada. Alargó la mano hacia las monedas, pero se lo pensó mejor; plegó la gran servilleta de lino, la dejó a su lado con movimientos pausados, cuidadosos, ligeramente torpes, y se puso de pie. La satisfacción se había desvanecido de su velada. Se acercó a la repisa de la chimenea, tanteó en la penumbra en busca de su tabaco y su pipa, se los echó al bolsillo de la chaqueta y luego, pasando por detrás de su mujer, cogió su sombrero de su gancho junto a la puerta. La mano en el pestillo, se volvió a mirar a las dos personas que seguían sentadas a la mesa. Ninguna se había movido, ni levantado la vista. Sabían adónde iba.

En el silencio que siguió a su marcha, unos carbones del fuego desfalleciente chascaron al partirse en dos y una pequeña lengua de fuego cobró vida y ardió

alegremente durante uno o dos minutos. Lentamente, Marianne empezó a recoger la mesa de la cena. Las dos monedas se las metió en el bolsillo de la falda, por debajo del delantal. Una vez hubo retirado y doblado el mantel y lo hubo guardado en su sitio, trajo un candelabro de hierro con una vela de sebo, lo colocó en el centro de la mesa y lo encendió con una tira de papel que prendió en la lumbre. El fuego del hogar fue extinguiéndose. La llama amarilla y hollinosa de la vela tomó el relevo en la tarea de iluminar la habitación.

Marianne cerró los postigos de madera y advirtió a través del cristal, donde su silueta ocultaba el reflejo de la llama, que se estaba levantando viento. A lo largo de la calle volaban polvo y trocitos de paja. El cielo se había oscurecido. Pensó: «Pronto lloverá». Volvió a su sitio, y apoyó los brazos en la mesa y el pecho en los brazos, como antes. Se dirigió al apuesto rostro juvenil enfurruñado que tenía al lado:

—Le has agüado la fiesta.

—Es igual que el avaro de la comedia<sup>[16]</sup> —respondió Nicolas.

—No, el avaro es irracional. Tu padre no lo es. Conoce —hizo una pausa, buscando las palabras—, sabe de verdad lo que es pasar necesidad.

—Me parece que estás de su parte.

—No —dijo ella de nuevo—, pero no me alegra la idea de que nos vayamos a dejar.

—En su momento estuviste de acuerdo en que me fuera.

—Y tú aceptaste esperar un poco.

—La espera se me hace difícil. Cuando era aprendiz pensaba en lo estupendo que sería recibir mis papeles y ser un hombre libre. Ahora soy oficial y sigo siendo tan poco mi propio amo como cuando estaba de aprendiz.

—Un niño está vinculado de forma natural a su padre.

—Ya no soy un niño.

—Estuviste de acuerdo en que yo eligiera el momento oportuno para hablar con él.

—Lo del dinero me ha hecho saltar —dijo—. No me he acordado. Puede que no sea como el avaro de la obra, pero cuando habla de dinero, es como si no existiera nada más importante en el mundo.

—Le tiene mucho miedo a la enfermedad, a la vejez.

El joven la interrumpió, impaciente.

—Lo sé, lo sé. Siempre está hablando de desastres, de enfermedades, de su vejez. Pero es imposible imaginarlo enfermo. Es tan sólido como un roble.

—Aun así, ya no es joven.

—Tampoco es viejo.

—Tiene la misma edad que el rey. A mí me parece que el rey es viejo.

—El rey tiene cincuenta y cinco años —dijo Nicolas con precisión.

La mecha de la vela de sebo se había consumido hasta formar un largo garfio negro que se inclinaba hacia un lado, volviendo irregular la llama. El joven sacó un cuchillo del bolsillo, lo desenfundó y despabiló la vela con él. Mientras estaba dedicado a esta mínima tarea, su rostro perdió buena parte de su rencor. Se suavizó, y su madre se atrevió a decir:

—Podrías intentar comprenderle.

—¿Por qué? —dijo tranquilamente el muchacho—. Él no intenta entenderme a mí.

—No lo sabes.

—¿Ha sido joven alguna vez?

Marianne no respondió de inmediato. Miró largo rato la suave llama redondeada y amarilla, y por último dijo con un suspiro:

—Era un hombre hecho y derecho cuando lo conocí.

—¿Es mayor que tú? —preguntó el joven con curiosidad.

—Mucho mayor. Yo tenía tu edad al casarme.

—Y aun así me consideras demasiado joven para marcharme de París por mi cuenta.

—No se trata de eso —dijo Marianne—. Tu padre ha esperado mucho tiempo con ilusión el momento de tenerle en el taller con él. Está haciendo por ti lo que su padre nunca pudo hacer por él y cree que no lo aprecias. Y no puede entenderlo.

Después de limpiar la hoja con los dedos, Nicolas dejó el cuchillo en la mesa y se puso a jugar con él, haciéndolo rodar despacio de un lado a otro. Era un cuchillo curioso, destinado a recortar el cuero, con una hoja muy fina y un mango de marfil o hueso, tallado en forma de cocodrilo, con la boca cerrada sobre el arranque de la hoja, la cola plegada bajo el vientre, de modo que el cuerpo del animal presentaba una silueta que se amoldaba bien a la palma de la mano. Su madre, observándolo, apuntó:

—Te dio su mejor cuchillo. Te quiere.

—Prefiere las hojas curvas —dijo con displicencia el muchacho.

—Que yo sepa, a él su padre nunca le dio nada.

—Oh, ya sé que me quiere —dijo Nicolas, exasperado—. No digo que no se haya portado bien conmigo. Lo único que digo es que necesito marcharme de aquí un tiempo, un tiempo muy corto, seis meses como mucho. Es tanto lo que podría aprender trabajando en otros lugares... Quizás no siempre sobre libros. ¿Qué conozco yo del mundo? El barrio de Saint-Jacques y el de Saint-Paul, la rue des Lions, este edificio.

Se interrumpió de repente, atorado por la imposibilidad de explicarse, o de expresar siquiera con toda su fuerza la inquietud que albergaba en su interior. El viento se había calmado de momento. La calle estaba tan silenciosa como la habitación en la que estaban sentados. Como si quisiera cambiar de tema, Marianne tanteó:

—¿Te acuerdas de cuando eras pequeño, antes de colocarte de aprendiz, te acuerdas de tu hermano, de tus abuelos, de cuando vivíamos todos juntos?

Nicolas arrugó el entrecejo.

—Recuerdo un montón de funerales. ¿Por qué?

Marianne se encogió de hombros. «Pensé que te ayudaría a comprender». Pero no, lo había enfocado mal. Se le tenía que haber ocurrido que no era el momento de mencionar su infancia. «Además —pensó—, aunque estuviera dispuesto a hacer memoria, ¿qué recuerdos podría tener de esos años que se pareciesen a los de su padre, o a los míos?».

—Lo entiendo perfectamente —dijo el muchacho—. Me ha enseñado mi oficio, o ha hecho que me lo enseñen. Y ahora se supone que he de trabajar con él. Como aprendiz u oficial, tanto da, porque el maestro siempre será él.

—Al final, tú serás el maestro. A fin de cuentas, todo su trabajo es para ti.

—No tengo el menor deseo de adelantar su fin —dijo el joven.

Se puso en pie, fue hasta la chimenea y volvió, incapaz de estarse quieto por la vehemencia de sus sentimientos. Por último se detuvo junto a su madre.

—Veo lo que hay de bueno en su plan —dijo con voz tranquila y razonable— y estoy dispuesto a ayudarlo. Pero ¿no ves que si he de hacerlo, si he de pasarme el resto de mi vida aquí en el taller, primero tengo que moverme un poco por mi cuenta? ¿Por qué no puede darme su bendición y dejarme

marchar? Estaría de vuelta mucho antes.

—Dice que necesita tu ayuda.

—Que contrate a un asistente.

—Quiere un hijo.

—Si no tuviera un hijo, contrataría un asistente y se acabó. Pero tiene un hijo. Oh, claro. Es demasiado agarrado para contratar un ayudante. — Pronunció esas palabras con tanto desprecio y violencia que Marianne se sintió de pronto tan furiosa como el muchacho.

—¡No tienes derecho a hablar así! —gritó, poniéndose de pie para que no pudiera seguir mirándola desde arriba.

—Al parecer, no tengo derecho a nada estando en casa —replicó con la misma vehemencia—. Bueno, me marcharé. No necesito pedirle permiso. Y en tal caso, no volveré.

Se había sonrojado, y su madre vio que tenía lágrimas en los ojos. De rabia, pero lágrimas al fin, en los ojos de ese chico mayor que era tan alto como su padre, aunque no tan corpulento. Entonces, de repente, a los dos se les pasó el enfado.

—Le encontraré un asistente. Debería resultar fácil. ¿Me dejará marchar entonces?

—Puedo pedírselo —dijo Marianne.

—Lo único que quiero son seis meses de libertad —dijo el muchacho y entonces, incapaz de explicar por qué necesitaba tan desesperadamente esa libertad, igual que le había pasado antes esa misma tarde, se dio la vuelta y, como su padre, casi con el mismo gesto, cogió su sombrero del colgador de la pared. Su madre no hizo el menor intento de detenerlo. Cuando abrió la puerta que daba al patio de carruajes, una corriente de aire fresco y húmedo invadió la cocina, pero no se oyó rumor de lluvia. Nicolas se detuvo un momento en la sombra del túnel, el tiempo suficiente para subirse el cuello de la casaca. Luego se metió las manos en los bolsillos y salió a la calle. Enseguida se le perdió de vista. Su madre, siguiéndolo con la mirada, pensó: «Podría resultar un alivio que no estuviera en el taller, si va a seguir comportándose así. —Y acto seguido—: Es extraordinario que se parezca tanto a su padre pero se comporte de forma tan diferente».

Larcher había ido a La Grada de Oro. Era una posada muy frecuentada por las gentes del campo que traían sus productos por la carretera o por el río, para venderlos en los mercados de la ciudad. Se hallaba en la esquina de la gran rue Saint-Antoine, a la sombra de la Bastilla y de la rue du Petit-Musc, que iba de Saint-Antoine hasta el río. Jean no tenía más que bajar la rue des Lions y girar en la rue du Petit-Musc para encontrarse ya prácticamente en La Grada de Oro.

Allí, en la taberna de la posada, tenía su mesa favorita. Podía tomarse una copa de coñac y, por un *sol*, alquilar un ejemplar de una de las gacetas que imprimían, con *privilège du Roi*, algunas noticias del extranjero y un buen montón de noticias acerca de la corte. Podía leer y fumar su pipa en paz. Aunque el coñac le salía más caro que tomándolo en casa, el alquiler de la gaceta suponía un ahorro.

Mecida por el viento que estaba cobrando fuerza, la enseña de La Grada de Oro crujía cuando pasó debajo de ella y penetró en el patio. Igual que su mujer, pensó que el viento presagiaba lluvia, lo que sería buena cosa. El campo necesitaba con urgencia empaparse a fondo.

Se instaló en su sitio acostumbrado en el rincón y pidió un coñac. Sin tener que pedirla, el tabernero le trajo la *Gazette de France*, y la abrió de inmediato, aun antes de llenar su pipa. Era una forma de darle a entender a su anfitrión y a los que estaban sentados a la mesa contigua que no tenía ganas de conversar.

Mientras sacaba del bolsillo el rollo de tabaco y cortaba unas cuantas lascas, leyó que en Hungría los turcos estaban reuniendo un ejército de cien mil hombres, eso sin contar a los tártaros. En Austria se habían producido inundaciones desastrosas. Con su ancho pulgar, trituró el tabaco en la palma de la mano, pasó una o dos páginas y leyó que en Inglaterra se habían establecido nuevos y severos impuestos sobre la sal, el jabón y el cuero. Los pescadores de arenques habían protestado por el impuesto sobre la sal. Cargó su pipa y la encendió. Cuando empezó a tirar bien, siguió leyendo en las noticias de Inglaterra que el príncipe de Orange pronto se pondría en camino a Flandes y que los ingleses estaban organizando una armada con extrema diligencia. Es más, para dotar las tripulaciones, estaban reclutando a la fuerza a los barqueros del Támesis. La guerra, que había permanecido latente durante el

invierno, pronto empezaría de nuevo con fuerza en todos los frentes: en Flandes, en Cataluña, en Saboya y en el mar. Los ingleses, reflexionó Jean Larcher, debían de estar tan hartos de la guerra como lo estaban los franceses.

No podía imaginar al rey rebajándose al reclutamiento forzoso de los barqueros del Sena. Sin embargo, recordó haber oído hablar de una leva forzosa de campesinos para el ejército real, y de artesanos jóvenes y desempleados con buena salud en las ciudades. Pensó en Nicolas vagando sin trabajo por provincias: sería de los primeros en ser reclutado. O, si el muchacho se encontrara sin blanca, podría sentirse tentado por la soldada y la idea de la aventura, y alistarse voluntariamente. Nicolas no tenía ni idea de lo que significaba el combate como soldado de infantería. Su padre no confiaba demasiado en que hallara empleo continuado fuera de París: no eran buenos tiempos. La sensación de depresión se intensificó en él. El sabor del tabaco ya no le resultaba grato. Echó mano del coñac, que normalmente hacía durar toda la tarde, y vació la copa de un trago.

No conseguía comprender la actitud del chico. No tenía el menor sentido de la realidad. No conocía el significado del peligro, ni siquiera, como su padre había intentado explicarle durante la cena, el de la necesidad.

Pensó en su propia infancia, tan remota ya. Nunca había hablado de ella, ni siquiera con Marianne durante los primeros tiempos de su matrimonio. Había sido algo digno de olvidar. Su padre no era encuadernador; no, nada tan refinado. Su padre había sido zapatero remendón, y un hombre honrado. No existía ningún motivo válido para que no se hubiese podido ganar la vida decentemente. La gente siempre necesita zapatos. Tal vez fuese por lo que solía decir su madre: la tienda de su padre estaba en un segundo piso —era lo mejor que podía permitirse—; como ella decía, ¿quién va a subir dos tramos de escalera para que le compongan los zapatos si puede conseguir lo mismo, y por el mismo precio, sin subir ningún piso?

Cuando falleció su padre, su madre se gastó todo lo que tenían para enterrarlo. Lo vendió todo, menos las ropas que llevaban puestas. Después colocó a su hijo de aprendiz con un maestro artesano de la rue Saint-Jacques, para asegurarse de que aprendiera un oficio mejor que el de su padre. A veces pensaba que había sido una equivocación, que le hubiese ido mejor como zapatero que de encuadernador, pero ese era el oficio que había aprendido, y

también era el de su hijo, y no les iba demasiado mal.

No obstante, había sido una vida dura para un niño pequeño. Puesto que su madre podía pagar menos de lo acostumbrado por un aprendiz, se le había exigido más y se le había dado menos que a los demás chicos del taller. Tenía que dormir en la buhardilla, bajo las tejas, sobre un jergón de paja, en invierno como en verano. Siempre se levantaba antes del alba para barrer el taller. Veía muy poco a su madre. La pobre mujer hizo cuanto pudo. Trabajaba largas horas para mantenerlo donde pudiera aprender un oficio, y pasaba hambre. Y luego, un día en que estaba poco ágil por el cansancio, o quizás mareada por la falta de comida, la rueda de un carro la derribó al suelo y le pasó por encima. Ajean lo llevaron a verla antes de que la enterraran. Tenía menos de diez años.

Con el tiempo, consiguió sus papeles y un empleo de oficial con Bourdon. Este, que entonces no era, como ahora, jefe de la corporación de encuadernadores y doradores, resultó ser un patrono bondadoso. Jean había trabajado mucho y cada vez que disponía de un *sol* que no necesitaba gastar, lo había ahorrado. A la larga, llegó el día en que los padres de Marianne le ofrecieron por su hija una dote que representaba la cantidad que precisaba para comprar sus papeles de maestro e instalarse por su cuenta. Había sido un gran honor. Él, por su parte, se portó justamente con ellos. Los recogió en su ancianidad; Marianne los cuidó durante sus enfermedades postreras; los enterró con dignidad. Fue un intercambio justo, tal como ellos hubieran deseado. En cuanto a Marianne, la había querido, y seguía haciéndolo. Había aportado al negocio no solo su dote, sino su presencia en el taller, una forma alegre y desenfadada de atender a la gente en la tienda, y le había dado el calor de un hogar.

Tuvieron sus pesares. El único de sus hijos que había sobrevivido era Nicolas, el mismo Nicolas que no valoraba todo lo que habían hecho por él. Ajean le fue arraigando en el pecho una honda sensación de injusticia, a la par de un gran temor a lo que pudiera acaecerle a su hijo lejos del hogar en esos tiempos tan inciertos. No debería ser necesario tener que prohibirle marcharse: él por su cuenta debería desear quedarse. Pidió otra copa de coñac y volvió a llenar su pipa.

Un poco más tarde, oyó pronunciar su nombre y alzó la vista. La voz de la

tabernera, chillona y nasal, se imponía con facilidad al runrún de la conversación general.

—Me crucé con su hijo el otro día, madame Larcher. A duras penas lo reconocí. Si no me hubiera hablado él primero, habría pasado a su lado como si fuera un extraño. Nos vemos muy de tarde en tarde, siendo vecinos tan cercanos. Por lo que a mí se refiere, he sido abuela por segunda vez, ¿os habíais enterado? Ay, son los hijos los que nos hacen sentirnos viejos.

Por encima de los hombros del corpiño verde brillante de la posadera, Jean atisbo a su mujer, una figura menuda y delgada vestida de azul y marrón desvaídos, quitándose el chal que le envolvía la cabeza y los hombros. Estaba pendiente de la posadera.

—¿Está lloviendo ya? —siguió diciendo esta.

—Solo unas gotas.

—Probablemente escampe. Ya sería lástima. La gente que pasa por aquí no habla de nada más que de la falta que hace que llueva. Vuestro buen marido está en su rincón.

Marianne miró hacia Jean, que agachó la vista y no se dignó mirarla mientras se acercaba a él. Cuando se sentó a su lado, con el aroma del atardecer en la ropa, la miró brevemente de soslayo, acusando recibo de su presencia. Sabía a qué había venido. Estaba decidido a no empezar él la conversación.

La sintió apretarse ligeramente contra él, y luego retirarse. Vio cómo alargaba la mano hacia la mesa. No necesitó apartar la vista de su lectura para verlo. Con el pulgar y el índice, ella dio unos golpecitos a unas briznas de tabaco, moviendo el pulgar como si fuese un muelle. Con la mano, juntó las hebras y las comprimió formando una píldora, que dejó caer, para luego apoderarse de su copa de coñac sin levantarla de la mesa, sino dándole vuelta por el tallo, primero en el sentido de las agujas del reloj y luego en sentido contrario. Por último, la mano se retiró de su campo visual y su mujer murmuró por fin:

—¿Has oído lo que ha dicho? ¡Cómo cambian!

Larcher pasó una página y aplastó el pliegue central. El rumor de las voces los rodeaba; ni en su propia cocina podrían haber estado más a solas. Esa intimidad lo dejaba inerte ante ella. Marianne dijo entonces más o menos lo

que él esperaba:

—¿Podríamos permitirnos un ayudante unos cuantos meses?

—Deberías saberlo —contestó sin levantar la vista—; tú eres la que llevas los libros.

—Pienso que sí.

—No me gustaría. —Jean había contratado ayudantes anteriormente, en más de una ocasión, y las cosas nunca habían salido bien. Su mujer debería acordarse. Ella replicó:

—Tengo miedo de que se marche sin tu consentimiento. —Aunque había intentado hablar con ligereza, Larcher notó el miedo en su voz, como el eco del temor que él mismo había sentido. Sin embargo, respondió sin simpatía.

—¿Sería capaz de irse?

—No —titubeó—, es decir, sí, pero sin un plan. Sencillamente se encontraría de pronto en la carretera. Y entonces tendría demasiado miedo de volver. O sería demasiado orgulloso.

—En tal caso, sería un necio.

—Sí. Pero eso no impediría que se marchase.

Había dicho cuanto había ido a decir. Larcher, por su parte, deseaba verse libre ya de su presencia. Necesitaba reflexionar y no podría pensar libremente mientras ella siguiese sentada a su lado, sin importar lo callada que permaneciera. Marianne guardó silencio varios minutos, pero luego dijo, poniendo el énfasis en la tercera palabra:

—¿Tomarías en «consideración» contratar a un ayudante?

—Lo tomaría en «consideración» —contestó él, recalcando el énfasis, pero sabía que había sido derrotado.

Marianne se levantó, se inclinó rápidamente, cogió la copa de coñac de Jean y apuró el dedo que quedaba. Larcher se fijó en su mano cuando depositó la copa con cuidado; no había levantado los ojos hacia el rostro de ella en toda la conversación. Cuando se retiró, la siguió con la mirada, sin alzar la cabeza, bajo el ceño fruncido. El paso de Marianne era ligero, y el movimiento de su cintura al abrirse camino entre las mesas atestadas, ágil y rápido.

Larcher se quedó allí solo hasta bien pasada la hora a la que acostumbraba marcharse de La Grada de Oro. Cuando salió de la posada seguía sombrío.

Continuaba considerando imprudente e irresponsable la decisión de su hijo, y desagradecida su actitud. También se sentía traicionado por su mujer. Sin embargo, su enfurruñamiento estaba imbuido de ternura por su hijo y su esposa. Se dijo que si alguno de los tres había de sentirse desdichado por el irracional deseo del muchacho, tanto daba que fuera él. Más valdría que fuera él, de hecho, ¿pues acaso no era el padre?

El viento se había calmado. Siguió pesadamente el camino familiar en la oscuridad. Ya había sido el toque de queda. No se atisbaba un rayo de luz en ningún postigo. Solo el farol de la calle, colgado en la intersección de la rue des Lions con la de Petit-Musc, aunque estaba rodeado de bruma. Jean caminaba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos de su casaca de largos faldones, y solo se oía el golpeteo de sus zapatos sobre el empedrado. La niebla se insinuó con su frialdad bajo el ala de su sombrero, bajo el cuello de su chaqueta.

Los portones de la puerta de carruajes estaban cerrados con llave. Se paró a abrirlos, entró y volvió a cerrarlos, y siguió hasta el patio del inmueble en el que tenía alquilados dos cuartos en la planta baja, para cocina y taller, y otros dos en el primer piso, directamente encima. Subió la escalera sintiéndose muy cansado y muy solo, la mano en el frío y estrecho pasamanos de hierro. Se sabía de memoria el pausado ascenso y la curvatura de la escalera. En el primer rellano había que abrir otra puerta. Ahí dormía Nicolas, y ahí se almacenaban también los materiales para el taller. Las ventanas, que a la luz del día permitían contemplar el patio, estaban cerradas y con los postigos echados, como debía ser. El cuarto estaba tan oscuro como boca de lobo. Cruzó la habitación hacia la puerta de su dormitorio, e hizo una pausa con la mano en el picaporte, aguzando el oído. Esperó hasta que una respiración profunda le aseguró que no se había imaginado lo que oía: Nicolas estaba en casa esa noche. Dio gracias a Dios y entró en el cuarto contiguo.

Se quitó los zapatos y las calzas de tela; colgó su casaca, húmeda de la niebla del río, en el respaldo de una silla. La ventana de ese cuarto, que, al igual que la de la cocina, debajo, daba a la calle, también estaba cerrada y completamente a oscuras, pero no necesitaba ver. Sabía exactamente dónde estaba todo y qué aspecto tenía. Bajo sus pies estaban las suaves tablas sin alfombrar del parqué, dispuestas en espinapez, pues la casa había sido

construida, y muy bien, en vida de la generación anterior. En tres pasos alcanzaría el lecho. Las cortinas eran de sarga, otrora de un rojo vivo, cuyos pliegues externos se habían decolorado hasta tomar la apariencia de la sangre seca. Frente a la cama había una chimenea de repisa alta, cuya boca estaba ahora cerrada por una tapa de madera pintada con esmero. Junto a la chimenea había un arca de madera con un buen cerrojo bien fuerte, cubierta por un trozo de tapicería de cardenillo desvaído, y encima del arca, alrededor de una concha de porcelana llena de agua bendita, había un rosario de cuentas oscuras del tamaño de un escaramujo. Encima de la concha había una ramita verde, bendecida hacía justo una semana, que había colgado con su propia mano.

Dentro del arca estaba su dinero, cosido en el interior de retazos de seda, de brocado viejo, de gruesa lona blanca. La llave del arca la llevaba siempre encima.

Todo eso lo hacía por seguridad, para esta vida y para la del más allá. La concha de porcelana y el rosario se interponían entre él y los sufrimientos del infierno, igual que el escapulario cuadrado que sus dedos rozaron al quitarse la camisa y ponerse el camisón. Los doblones de oro, los escudos, las humildes libras incluso, se interponían entre él y el asilo. Se anudó el gorro de dormir a la barbilla, apartó los cortinajes de sarga y se metió en la cama, acostándose con precaución entre las frías y ásperas sábanas de lino, bajo las pesadas mantas de lana, y volvió la cabeza sobre la almohada hacia la de su mujer.

Marianne estaba allí: podía oír su respiración, ligera y mesurada, como si estuviese dormida. Si dormía, no la despertaría, aunque deseó que siguiera despierta. Se quedó tumbado un rato, con la mirada fija en las tinieblas, a la espera de algún movimiento de su esposa, pero esta siguió quieta. Poco a poco, se puso de lado y alargó con cuidado una mano hacia su cabeza. Tocó su gorro almidonado, bajó la mano con suavidad hasta su cara y se la acarició delicadamente, y luego le pasó el dedo índice bajo la barbilla, entre la suave piel húmeda y el áspero nudo de los cordones del gorro de dormir. Si Marianne notó la caricia, no dio señales de ello.

Jean retiró la mano con pesar y se dio la vuelta para dormir. Su último pensamiento, al apagarse su conciencia, fue para las dos monedas que había dejado encima de la mesa durante la cena, y experimentó una repentina alarma.

¿Qué habría sido de ellas? Entonces pensó que Marianne, a no dudarlo, se habría hecho cargo de las mismas; se relajó y se quedó dormido.

## 2

**E**sa misma tarde, un poco antes de anochecer, Paul Damas llegó a la gran place des Victoires. No la iba buscando, de hecho, se había perdido. Sin embargo, abriéndose camino por una maraña de callejuelas estrechas y malolientes, emergió repentinamente a la claridad y espaciosa simetría de la plaza y supo al instante dónde se encontraba. Incluso en Auxerre, de donde acababa de llegar en la que era su primera visita a París, había oído hablar de la place des Victoires.

Ahí se levantaban los grandes palacios, las mansiones de los ricos o de los nobles, rodeando con sus fachadas idénticas y elegantes la plaza, y en el centro de la misma se erguía la razón de su existencia: la estatua del rey y su Victoria Alada. Las dos figuras se alzaban sobre un elevado pedestal de mármol blanco vetado de azul. Eran de tamaño natural y estaban cubiertas de oro de la cabeza a los pies. La Victoria, dispuesta a la espalda del rey, sostenía sobre su cabeza una corona de laurel dorado. Una bandada de golondrinas giró a su alrededor mientras Paul la contemplaba y luego se alejaron.

La plaza se veía ajetreada con el tráfico de primera hora de la tarde; era tráfico de fiesta. No había carretas de mercado, pero sí muchos vendedores ambulantes de comida y bebida y buhoneros ofreciendo baratijas. Unos cuantos jinetes, unos cuantos carruajes, algunos con tiros de seis caballos, pasaban a la derecha o a la izquierda de la estatua, según su conveniencia. El sol raso brillaba sobre los arneses relucientes, las ventanillas de los carruajes, los escudos de armas que adornaban las portezuelas y sobre la estatua dorada. Una mujer envuelta en viejos chales, con un delantal atado por encima de sus

envueltas, que sostenía ante ella una bandeja de mimbre sujeta al cuello con una cuerda, se detuvo ante Paul y le preguntó con ese tono agudo que él ya había aprendido a identificar como la voz del parisiense, si quería comprar un lazo para su novia. La bandeja estaba llena de lazos y nudos de amor verdadero de colores tan vivos como una bandeja de flores. Los ojos astutos de la vendedora recorrieron su rostro y siguió su camino sin esperar respuesta. No era un cliente potencial.

El sol se retiró detrás de una masa de nubes de color pichón, dorándoles los bordes. Como si la hubieran invocado los revoloteos de las golondrinas, se levantó una brisa, una brisa suave con olor a lluvia. Paul inspiró hondo para limpiarse los pulmones del hedor de las calles por las que había pasado, y con un gesto que parecía habitual, alivió la presión de la cincha que le cruzaba el hombro, sosteniendo el saco de cuero en el que llevaba todo cuanto poseía.

Paul era encuadernador. En su morral llevaba las herramientas del oficio —las que se podían acarrear—, una camisa limpia y un poco de dinero; muy poco dinero. Por el momento, evitaba pensar en lo poco que era y se daba el lujo de disfrutar del célebre espectáculo que tenía ante sus ojos.

Había ido a París sin ningún preparativo. Había abandonado Auxerre repentinamente una mañana, al alba, bajo la presión de circunstancias que por el momento prefería olvidar, más incluso de lo que prefería olvidar su precaria situación financiera. Había seducido —con demasiada facilidad, pensó, cuando se detuvo a contemplar toda la aventura— a la mujer de su patrono y esta, por razones que solo la atañían a ella, lo había delatado a su amo al cabo de unas pocas semanas de placer. Dándole vueltas, Paul había acabado por convencerse de que lo había planeado todo desde el principio, lo cual supuso una profunda herida en su amor propio. Por otra parte, eso le permitió sentirse en buena medida libre de remordimiento por haber traicionado a un hombre que siempre se había portado bien con él. En su reacción a la actitud de la mujer, era eso lo que se le antojaba la deserción más grave. Era ella la que lo había seducido.

Esa conclusión le había permitido disfrutar, mientras viajaba a París en barcaza, de los días soleados, del ameno paisaje salpicado de brotes verdes, del horizonte cerúleo rasgado aquí y allá por pequeñas agujas negras como espinas, del aroma del agua. No le había impedido intercambiar besos con una

bonita campesina que, con su niño de pecho en brazos, se dirigía a la ciudad a trabajar de ama de cría. El paisaje había seguido desfilando hora tras hora, un día tras otro, al compás del agua que murmuraba bajo la barcaza mientras la arrastraba la corriente, y Paul Damas se decía que, en el fondo, siempre había deseado ir a París, que como artesano tenía un talento que en provincias no habían sabido apreciar en todo su valor, y que en la capital le irían mejor las cosas que en Auxerre. Todo había sido para bien.

Sin embargo, cuando se puso a buscar trabajo recorriendo la rue Saint-Jacques, que era la plaza fuerte del negocio de los libros, descubrió que no resultaba fácil hacerse apreciar en París. Por una parte, no llevaba consigo ninguna carta de recomendación de su maestro. Sus demás papeles estaban en regla, pero había muchos oficiales formados en la rue Saint-Jacques para cubrir las vacantes que los malos tiempos creaban. Por añadidura, a las veinticuatro horas de llegar a la ciudad le había sobrevenido una descomposición intestinal. Nadie le había advertido que no bebiera el agua del Sena, aunque tampoco tenía otra alternativa. La mayoría de las fuentes de la ciudad se alimentaban del río. Los parisinos que habían sobrevivido a la infancia bebiendo esa agua habían acabado por volverse inmunes.

Sentía el apropiado temor provinciano a ser víctima de un robo o una estafa y, en lo tocante a las mujeres, a que le pegaran alguna enfermedad. Las esquínéis de la ciudad estaban llenas de carteles anunciando remedios venéreos: uno podía curarse sin necesidad de verse confinado en sus aposentos. Todas las curas eran supuestamente baratas, sencillas y seguras, pero en lugar de infundirle confianza a Damas, lo hicieron decidirse a ser más precavido. El miedo a que le preguntaran demasiados detalles sobre las circunstancias de su marcha de su anterior empleo lo hacía presentarse con torpeza.

Por todas estas razones, no llegó a conocer a nadie y apenas se atrevió a tomar parte en conversaciones casuales. Lo más cerca que había estado de entablar una amistad había sido una charla larga con un joven impresor que, por venir de Lyon, se le había antojado a Paul casi un compatriota. El ama del negocio estaba fuera, y el impresor, un joven amable de rostro extraordinariamente chupado y feo, encantado de conocer a alguien de Auxerre, interrumpió su trabajo y le brindó a Paul Damas la clase de consejos

que un extraño en la ciudad puede ofrecerle a otro. Fuera de eso, Paul había guardado las distancias, y en esa tarde de fiesta en que las calles estaban llenas de gente que celebraba el final de la Cuaresma, sentía todo el peso de su soledad.

Vio desaparecer entre el gentío a la mujer de la bandeja llena de lazos y nudos de amor verdadero, y de entre la muchedumbre en la que se había perdido, vio emerger a un anciano que cargaba con una escalera. No era un obrero. Llevaba peluca y un sombrero con plumas y su casaca estaba adornada prolijamente con galones y botones. Lo que le llamó la atención a Paul fue la incongruencia de esa figura enjuta y trémula, inclinada para equilibrar el peso de la escalera, pero aun así avanzando con un decoro tan sobrio como si estuviese practicando un rito religioso. Indolentemente, lo siguió con la mirada, preguntándose adonde iría.

El anciano dejó la escalera ante una columna de mármol en un extremo de la plaza. Era una columna triple, incrustada de medallones de bronce y coronada por un farol. Le dio un meneo a la escalera para comprobar su firmeza y procedió a subir por ella pausadamente. Paul se dio cuenta de que sus piernas parecían menos firmes que la propia escalera. No obstante, llegó sano y salvo arriba del todo y, tras abrir el farol, retiró los cabos de vela consumidos, que se echó a un bolsillo de la casaca. Los sustituyó por velas nuevas, que encendió, y después, cerrando el farol con infinitas precauciones, se dispuso a descender. Nadie le prestaba la menor atención. El farol refulgió con una suave luz amarillenta y el anciano, que había alcanzado el pavimento sin percance, plegó su escalera y se perdió entre la gente.

Según observó Paul entonces, había cuatro faroles idénticos dispuestos muy separados alrededor de la plaza. Los otros tres seguían apagados. Cuando estuvieran encendidos los cuatro, la estatua del rey se vería iluminada por todos los lados. Cuando también estuvieran iluminadas las ventanas de los grandes palacios, una guirnalda de luces rodearía toda la plaza. Eso sería de una espléndida magnificencia, pensó Paul, y al verse acrecentado por este alumbramiento preliminar su interés por la estatua, como cuando se encienden las velas antes de una representación teatral, se adentró en el flujo del tráfico hasta encontrarse frente a la verja que rodeaba el pedestal. En el interior de la misma, de dos metros de altura, el pavimento de mármol brillaba limpio;

fuera, el adoquinado estaba manchado de inmundicias de todas clases, lleno de basura y papeles rotos que el aire levantaba y arrojaba contra los barrotes de la verja, donde permanecían un instante para luego caer en cuanto cesaba el viento. Alrededor de esta había una hilera de guardacantones para alejar el tráfico rodado, de modo que Damas se halló en una zona segura: podía contemplar la estatua sin temor a ser atropellado. Nadie más se había acercado a la estatua. Tenía el mismo centro de la place des Victoires todo para él; una audiencia particular con el monarca dorado.

Paul era un joven de constitución menuda, vestido con un traje de color rapé. Alzó la barbilla y se echó un poco hacia atrás para mirar las figuras que quedaban tan por encima de su cabeza. Como le había dado calor al pasear, llevaba desabotonada la casaca, que dejaba ver un chaleco de color orín tan largo como esta. No llevaba peluca, ni plumas en su sombrero de fieltro marrón. Su pulgar, bajo la correa del morral, aliviaba la presión sobre su hombro. Por encima del estruendo del tráfico que ahora lo rodeaba por todas partes, podía oír el piar de las golondrinas. Una bandada revoloteó de nuevo alrededor de la estatua y se alejó. Las nubes de color paloma que ahora contemplaba como telón de fondo del monumento se habían oscurecido y se estaban desplazando hacia el oeste. El movimiento simultáneo de las nubes y los pájaros hizo que también la estatua pareciera moverse.

El rey estaba representado como un hombre joven, posiblemente no mucho mayor que el joven artesano que lo admiraba. Vestía sus ropajes de coronación; miraba al frente con aire sereno, como si no lo perturbara la presencia de la Victoria a su espalda. Pero eso no era todo. Otras figuras formaban parte del monumento además de las del rey y su Victoria. En las esquinas del pedestal, sobre el pavimento de mármol, había cuatro estatuas de bronce, más grandes que el natural; llevaban cadenas y estaban inclinadas en actitud sumisa y apesadumbrada. Hacían del conjunto una pirámide de la que constituían la base y la corona de laurel dorado, la cúspide.

En el mármol había grabada una inscripción dorada. También había unas placas y medallones de bronce en bajo relieve y multitud de detalles que Damas no comprendía, pero que le interesaban. El monumento entero era un ejercicio de desbordante imaginación del escultor, así como una disparatada extravagancia por parte del donante. Sería algo extraordinario que contar

cuando regresara a Auxerre.

Pero sabía que nunca volvería a Auxerre. Antes, se moriría de hambre. Ese pensamiento lo hizo volver a tomar conciencia fríamente de su apurada situación y aunque seguía mirando fijamente el monumento, se había abstraído por completo. En su arrobamiento desdichado, perdió la noción del tiempo. Lo sobresaltó una voz en su oído:

—Y bien, ¿estáis admirándola?

El crepúsculo había caído sobre la plaza. La luz que le permitía a Paul ver la estatua procedía ahora principalmente de los cuatro faroles sobre las columnas de mármol. Se dio la vuelta y vio a su lado al anciano de los faroles. El viejo se había deshecho de la escalera, tenía las manos metidas en los bolsillos, el mentón hundido en el cuello de la casaca, la cabeza ladeada, y estaba allí plantado, escudriñándolo bajo la sombra del sombrero de plumas, como un viejo pájaro de ojos brillantes. Resultaba una figura al tiempo patética y ridícula. A Paul volvió a impresionarlo lo singular de su apariencia. Sintió lástima por él y agradeció que lo distrajera de sus pensamientos. Le respondió con gran amabilidad:

—¿Y por qué no? Es una obra bien noble.

—Bien decís —repuso el anciano, suspirando—. Una obra noble y un noble tema. Y aun así, amigo mío, de toda la gente que hay en la plaza esta noche, vos y yo somos los únicos que tenemos ojos para ella.

Habló como si se conocieran de antiguo y compartieran desde hacía mucho una misma lealtad y un pesar en común. La admiración de Paul no era tanta como había asumido el anciano, pero el joven no vio motivo alguno para decírselo. Advirtió que, aunque la casaca que vestía el viejo había sido espléndida en tiempos, el paso de las estaciones la había hecho deteriorarse mucho, y que la peluca había estado de moda hacía una década. Sus rizos morenos reposaban toscamente sobre la piel ajada, patentemente postizos, junto a la pelusa gris de sus mejillas. Ni siquiera la llevaba derecha y dejaba ver unos cuantos mechones de pelo gris en una de las sienas. El sombrero también había conocido días mejores: la hebilla estaba deslustrada, la pluma despeluchada; de estilo era tan antiguo como la peluca. Con todo y con eso, la ropa aún conservaba algún vestigio de grandeza. No era nada corriente. Era más bien una librea que había sido diseñada por alguien con ojo para el

esplendor, para mostrar la magnificencia del desconocido patrono o empleador.

El anciano sobrellevó el escrutinio del joven sin incomodarse, no advirtiendo en él sino simpatía. Preguntó con deferencia, pero sin servilismo:

—¿Sois quizás estudiante de bellas artes? ¿O un erudito?

—Soy encuadernador —contestó Paul Damas.

—En tal caso, sin duda sabéis leer —repuso el anciano—. ¿Sois acaso forastero en París? —Paul así lo admitió—. Sois francés, y de Vézélay tal vez, o sus alrededores. Lo noto por vuestro acento. Pero, por supuesto, no hay extranjeros en París desde hace unos años, no desde que empezó la guerra. Hubo tiempos en que uno podía encontrarse con gente de todas las naciones al pie de esta estatua. Algunas veces pude resultarles de utilidad. Lo consideraría una bondad por parte vuestra, ya que sabéis leer, que me leyeseis la inscripción.

Halagado, Paul se volvió hacia el pedestal. Había luz suficiente sobre la dorada inscripción. Leyó de buena gana:

—*Viro Immortali*, es decir: «Al hombre inmortal».

—Sí, sí, al hombre inmortal —repitió el viejo desconocido, cogiendo a Paul por el hombro y arrimándose un poco—. Seguid, os lo ruego.

—«Luis el Grande —prosiguió Paul en latín—. Padre y Jefe de Su Ejército. El Siempre Afortunado».

El anciano no volvió a interrumpirlo, pero le daba un ligero apretón en el codo cada vez que leía una línea más.

—«Para perpetua memoria» —concluyó Paul, completando la traducción.

El viejo dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Eso es —dijo, soltándole el codo y dándole una palmadita de encomio en el hombro—. ¡Qué magnífica inscripción! Y sé que la habéis leído correctamente, porque al otro lado está en francés. No es que yo esa la sepa leer, tampoco, pero me la sé de memoria. No obstante, suena mejor en latín, ¿no os parece? Tiene mayor sonoridad. Más grandeza. Nunca me canso de oírla. Y tenéis una voz magnífica para el latín, una voz bien modulada, amigo mío. De hecho, bien podéis consideraros un erudito.

«Ahora, ¿os habéis fijado en las escenas en bajo relieve? ¿Las habéis reconocido? Hay cuatro, una a cada lado del pedestal, bien dignas de estudio.

Está la travesía del Rin: esa no precisa explicación. Luego está asimismo la conquista del Franco Condado... el triunfo que obtuvimos frente a los españoles... y luego la firma del famoso tratado en Nimega. Todas maravillosamente realizadas. ¿Veis que el rey está de pie sobre un perro de tres cabezas? Ese Cerbero es la Triple Alianza. El rey, o deberíamos decir monsieur Desjardins, ha tratado adecuadamente la Alianza. La estatua es obra de monsieur Desjardins, como debéis saber, fundida en su taller, aquí en París.

Hizo una pausa para tomar aliento y Paul le preguntó:

—¿Los esclavos qué representan?

—Ah, los cautivos encadenados... Carecen de nombre, pero cualquier francés, y vos y yo somos franceses, tiene que poder reconocerlos sin dificultad. Son, por supuesto, las naciones que se inclinaron ante el poder del rey en la última guerra: Austria, Prusia, España y Holanda. Considerado en su conjunto, ¿no resulta en verdad excelente este monumento?

—Magnífico —dijo Paul.

Tuvo la incómoda sensación de que el viejo esperaba unas monedas a cambio de tanta información, y que él mismo no debería aceptar lo que no tenía intención de pagar —se estaba buscando un momento embarazoso—, pero el rostro del anciano se había iluminado de tal manera que habría resultado una falta de caridad no prestarle atención.

—Podría contaros más —dijo este— si estáis sobrado de tiempo. Podría explicaros el significado de los medallones de bronce de las columnas que sostienen los faroles y, puesto que sois recién llegado a París, eso no os aburriría. —Alzó la estrecha barbilla sobre un cuello nudoso, recubiertos ambos de media barba entrecana, y señaló con la cabeza hacia el gentío que los rodeaba—. Vienen aquí a divertirse, pero ¿quién acude ya a contemplar al rey, su anfitrión? Solo un forastero como vos y un viejo como yo.

»Ultrajan la plaza con juegos de azar, latrocinios y cantando canciones impropias, e ignoran al rey. Sin embargo, este que os habla estuvo aquí el día en que se quemó incienso ante el monumento. El mismo incienso que se ofrece en las iglesias a Nuestra Señora y a Su Hijo —se persignó rápidamente— ardía ante la estatua del rey como si fuese una divinidad, lo que en realidad es, en cierta medida.

»Al rey mismo, amigo mío, lo vi ahí, sobre una pequeña plataforma bajo

dosel, sentado en una butaca como si estuviera en casa, con su gran sombrero de plumas en la cabeza y la pierna así estirada ante él. Entonces aún no se había construido nada de todo esto. —Barrió con un amplio gesto las fachadas circundantes—. Tan solo habían derribado las antiguas grandes casas, el palacio d'Eméré, el palacio de la Senecterre. Ahora bien, fijaos, allí donde aún no se habían construido las nuevas mansiones, se habían levantado fachadas de lona pintada para que parecieran edificios terminados. Como el estuche para una joya y la joya, ah, era la estatua, nueva como un *louis d'or* recién acuñado.

Se interrumpió con una breve risita seca.

—Era una broma, amigo, un Luis de oro. Los faroles también estaban. No tuve el honor de encenderlos aquel día, hace ocho años, pero desde entonces, menos un mes, los he encendido cada noche. —Volvió a tomar a Paul por el codo—. ¿Sabéis quién sufraga las velas? —inquirió—. El marqués de la Feuillade, quien costeó asimismo la estatua. Lleva muerto tres años ya y sigue pagando. Pero soy yo, mi buen amigo, quien las vigilo para que nunca se apague ninguna, y, de ocurrir tal cosa, reemplazarla. Sí, las cambio con mis propias manos. Estas velas permanecen encendidas toda la noche, ¿lo sabíais? Desde el ocaso hasta el amanecer, los cuatro faroles están encendidos. Yo los enciendo y el marqués paga las facturas.

Paul notó cómo temblaba el anciano, de frío o de orgullo, contra su hombro. Le apretó el codo con fuerza y continuó:

—No puedo leer la inscripción, cierto, pero podéis estar seguro de que sé lo que pone, porque estuve aquí entonces, el día de la inauguración. Aquel día hubo música, incienso, una gran procesión, fuegos artificiales ante el Hôtel de Ville y bailes en todas las calles. ¿No os parece una magnífica idea no dejar nunca a oscuras la imagen del rey? El Rey Sol. El marqués dijo que el *Roi Soleil* nunca debía quedar en las tinieblas y todo el mundo aplaudió. Ahora gastan bromas al respecto y los lacayos de los grandes que viven aquí me cuentan que sus amos quieren que se apaguen las luces, porque atraen a toda la morralla de la ciudad, que arman demasiado alboroto bajo las ventanas de la nobleza. Ay, a mí me ofende esta chusma tanto como a ellos. ¿Por qué monsieur De La Reynie, que es tan poderoso y persona de confianza del propio rey, no los barrerá de la plaza de la misma forma que tiene a su gente

barriendo la otra basura, ¡ja!, los excrementos de los caballos y demás inmundicia? ¿Qué son ellos? ¿Son acaso mejores? Me dicen que pronto me habré quedado sin empleo. Bueno... Bien está... Puedo sufrir por mí, eso es cosa mía, pero ¿debo también llorar la afrenta al rey?

La indignación le había prestado fuerza a su voz. Calló bruscamente, sobrecogido ante la idea de tamaño ultraje, y cuando volvió a hablar, le había cambiado la voz.

—¿Vos pensáis que se podría hacer tal cosa? —preguntó con inquietud—. En la última voluntad y testamento del marqués está estipulado por escrito que las velas han de arder todas las noches, y que se pagará una suma fija por ocuparse de ellas. Aún existe la ley en Francia, ¿no? No se puede modificar el testamento del marqués, ¿verdad?

Paul nada sabía de leyes, pero movido por la compasión, dijo que seguramente sería imposible anular el testamento una vez que había sido aceptado por el Parlamento, y puesto que Paul sabía leer en latín y en francés, el anciano lo creyó. Aflojó su presa sobre su codo, pero su mano permaneció allí, como muestra de amistad. En respuesta a ese ligero peso que sentía en el brazo, Paul le agradeció al viejo sus aclaraciones, añadiendo que se sentía muy dichoso de conocer a alguien que había estado presente en la inauguración del monumento.

—Sois muy amable —dijo el farolero en voz baja—, muy amable. Fue por esta época del año, un día frío de primavera como este, pero brillaba el sol, la estatua resplandecía; el oro y las joyas en los ropajes de los que tomaron parte en la ceremonia os habrían deslumbrado. —Su voz se fue apagando hasta que guardó silencio, nostálgico y triste. Luego, con cortesía de otro tiempo, dijo—: Pero os estoy entreteniendo. —Y retiró la mano del brazo de Paul.-

Había llegado el momento de las despedidas y nada se había mencionado acerca de una gratificación. El anciano, retrocediendo unos pasos, esperó a ser abandonado.

—No me entretenéis —dijo Paul—, no voy a ningún sitio.

—Ah —dijo el viejo—, un joven como vos debería estar de camino a una buena cena, una hermosa amiga y un lecho cálido. Por lo que a mí se refiere, mi jornada laboral es la noche entera. Esta es la hora del desayuno para mí, aunque no he desayunado.

Sonrió levemente. No estaba pidiendo limosna: su dignidad quedaba a salvo. Pero Paul, sintiéndose solo y también agradecido por las confianzas recibidas en tono de amistad, dijo:

—Permitidme invitaros a desayunar.

Había hablado impulsivamente, sin tener en cuenta el estado de sus finanzas. Hizo un rápido cálculo nada más hablar: estaba seguro de que tenía dinero suficiente para ofrecerle al anciano por lo menos alguna bebida caliente. El viento empezó a soplar con más fuerza, trayendo consigo algunas gotas de lluvia, y el viejo se subió el cuello de la casaca y dijo:

—Sois generoso, pero no es necesario. No lo es, en modo alguno.

—Sería un placer para mí —dijo Paul.

El anciano vaciló una fracción de segundo adicional y, acto seguido, sin comprometer su dignidad, pero con la prontitud del gato que se abalanza sobre un ratón, replicó:

—Ya que insistís, caballero, acepto.

Había un vendedor ambulante de café caliente no demasiado lejos. Paul lo vio moverse despacio entre la multitud, con su urna al hombro y las tazas colgando de unos ganchos de su cinturón. Hizo un gesto para llamar su atención, pero el anciano dijo:

—No, café, no.

—¿Sopa, entonces?

—No, nada de aquí. Todo lo que se compra en la calle está contaminado seguro. En mi caso, no tiene importancia, pero a vos, que no estáis acostumbrado a la ciudad, os haría enfermar. Venid conmigo.

Lo agarró de la mano y se precipitó entre el gentío.

Nadie parecía prestar atención a las pocas gotas dispersas de lluvia que caían. Para cuando Paul y el viejo alcanzaron el extremo de la plaza, prácticamente habían desaparecido. El chaparrón estaba pasando. De pronto, Paul oyó un sordo fragor de trueno que parecía salir de la misma calle en la que iban a adentrarse. Había gente que corría hacia la plaza y Paul sintió un último tirón en la mano cuando el anciano se apartó del medio de la calle. De pronto, la mano del viejo se soltó de la suya y Paul perdió de vista a su amigo. Parado estúpidamente en mitad de la calle, vio cómo se precipitaban hacia él dos lacayos portadores de antorchas. Directamente detrás de estos pajes de

hacha venían los dos primeros caballos de un tiro de seis. Saltó a un lado y, con gran suerte, logró alcanzar la esquina del inmueble que daba a la plaza, donde, encaramándose al guardacantón que protegía el ángulo del edificio, consiguió quedarse ahí agarrado como un mono mientras pasaban a su lado el resto de los caballos y el carruaje. Aun así, el coche le pasó tan cerca que la elevada rueda trasera, al franquear el badén, le roció de lodo el hombro y la mejilla.

Temblándole las rodillas, bajó de su percha y se limpió la mejilla con la manga de la casaca. Se enderezó el sombrero, se ajustó la correa del morral al hombro y miró a su alrededor buscando al anciano. Los peatones que habían desalojado la calle tan rápido, volvieron a ella, indiferentes, como si no acabasen de escapar todos a una muerte súbita, y Paul notó que le tocaban el codo.

—Por aquí —dijo la voz del viejo.

Siguieron adelante. El camino se tornó más sombrío, el número de transeúntes disminuyó. Paul notó que estaba pisando cristales rotos. La voz del anciano sonó en su oído, cautelosa pero indignada:

—¡Sucias bestias! Tiran piedras a las farolas para poder robar a oscuras. Todas las calles de este barrio deberían llamarse Vide-Gousset<sup>[17]</sup>. Llevad bien sujeta vuestra bolsa cuando estéis por el barrio.

Soplaba el viento; las enseñas de las tiendas oscilaban y crujían por encima de sus cabezas. Había cesado la lluvia, pero el viento era frío. Paul perdió el sentido de la orientación. No sabía qué calles habían seguido ni dónde estaban cuando el viejo se detuvo y empujó una puerta. Llevaba tanto tiempo a oscuras, que al entrar en la habitación calurosa y sofocante quedó medio deslumbrado por el fulgor de media docena de velas de sebo.

El calor resultó de lo más bienvenido. Al poco se hallaba sentado frente al anciano a una mesa larga sin mantel, pero tan lisa y pulida por el uso que cada llamita individual tenía su reflejo oscilante en la madera. Era una suerte de taberna humilde, atestada y alegre, el aire espeso de humo y vapor; Paul, al mirar mesa abajo, veía los rostros de los comensales a través de una bruma dorada. Se sintió extrañamente cómodo y seguro. Su vecino de al lado le dedicó una mirada apreciativa, ni amistosa ni hostil, y siguió comiendo su sopa.

A Paul le pusieron un cuenco de sopa delante y otro al anciano: la sopa del día. No les preguntaron qué querían tomar. La camarera, joven y delgada pero de pecho alto y firme se inclinó para servir al viejo y se detuvo un momento a conversar con él. ¿Dónde había estado tanto tiempo? ¿Había estado enfermo?

—Nunca estoy enfermo —dijo el anciano, cogiendo la cuchara con dedos temblorosos.

Entre una cucharada y otra, el vecino de Paul dijo:

—No le pasa nada que no se quite comiendo.

La muchacha sonrió mirando a Paul, y este, devolviéndole la mirada, olvidó sonreírle por el cansancio, pero siguió mirándola, encontrándola encantadora, hasta que ella se encogió ligeramente de hombros y se marchó.

La sopa era buena, espesa y muy caliente. Tenía algo de carne. Desde que había llegado a París, era la primera vez que Paul se sentaba a comer bajo techado. La sopa y la sensación confortable que producía el entorno resultaban revigorizantes. Empezó a sentirse un poco menos como un gato perdido y se congratuló por el derroche. El anciano también parecía más animado. Dejó su cuchara en la mesa y, con renovado aplomo, pidió pan.

—Esta noche no hay pan, Padre Faroles —dijo la joven sirvienta.

—Me invita mi amigo —dijo el viejo, haciendo un gesto hacia Paul.

—Aun así, no hay pan —dijo la chica—. Hemos tenido pan a mediodía, pero se ha terminado.

—¿Quién pide pan en París? —preguntó una voz grave detrás de Paul—. Ha de tratarse de un necio o de un forastero.

—Ciertamente es forastero —dijo el anciano—, y por eso mismo debería ser mejor recibido. Ya sé que mi crédito está un poco venido a menos, pero mi amigo va a pagar en contante y sonante.

—No se trata de tu crédito, Padre Faroles. Sencillamente, no queda pan.

—No importa —le dijo Paul al viejo—. ¿Quién necesita pan cuando la sopa está buena?

—Es verdad, ¿quién? —dijo la misma sonora voz a su espalda—. Hemos de recordar, Padre Faroles, que no solo de pan vive el hombre.

Y de pronto, la voz rompió a cantar. Era ronca, pero llamativamente rica y flexible. La melodía le resultó conocida a Paul, pero la letra era nueva. El cantante la interpretaba con gusto.

*El pan blanco es demasiado caro para comerlo;  
El buen vino rara vez se encuentra:  
El dinero no se deja ver,  
Está a salvo bajo tierra.*

*Hasta morir es caro:  
Siempre hay que pagarle al cura.  
Y mujeres, de esas tenemos de sobra,  
Pero es lo que menos necesitamos.*

El anciano siguió tomándose la sopa, desaprobando profundamente la actuación. La canción concluyó entre un estruendo de carcajadas y aplausos y gritos pidiendo otra. Paul se unió a los aplausos. El viejo le lanzó una mirada de reproche. El cantante silenció el alboroto con tres golpes con la cuchara en la mesa y volvió a empezar. Cuando llegó al estribillo, casi todos los presentes en el cuarto se le unieron.

*La Maintenon, esa puta gazmoña,  
Sigue mandando a nuestro Luis a la guerra.*

*Pone firme a Su Majestad  
Y nos mantiene a todos en la pobreza.*

*Diradon y diradon,  
Esa puta famosa, la Maintenon.*

—¡Ay, la Maintenon! —gritó una voz al terminar la canción—. Yo mismo le tiré una piedra a su coche un día.

—Estás soñando. Nunca viene a París. Le tiene miedo a la ciudad.

—Bueno, pero era su carruaje.

—Entonces es que estaba vacío.

—Iba en él, creedme. Las cortinas estaban echadas.

—Tanto cantar bien merece vino —dijo con vivacidad la joven sirvienta—. ¿Quién quiere vino? Padre Faroles, ¿tomarás vino esta noche?

El anciano alzó la vista desde el cuenco al oírla y contestó con tono de reproche:

—Es un impío y lo animáis.

Se oyó una risotada aislada, seguida de un murmullo general de diversión, pero al viejo no se lo hacía callar tan fácilmente.

—Este vendedor de baladas es cada vez más deslenguado, como lo son también sus amigos. Un día de estos va a conseguir que la policía acuda a esta casa, y entonces lo lamentaréis. Ese día ya no me consideraréis tan necio.

—Nadie te llama necio —dijo la muchacha—. En cuanto a la policía, aquí somos todos amigos.

—Necio, no —dijo el Cantor de Baladas—, solo una pizca loco. No es razonable, amigos míos. Quiere privarme de mi profesión. ¿Cómo habría de vivir si no canto? ¿Me quejo yo de sus faroles? Si nos ponemos, sus faroles, eso sí que es algo necio. Este viejo se cree que cuatro faroles son tan buenos como el sol.

—Que aprenda un oficio honrado —dijo con firmeza el anciano—. Que practique un oficio honrado y deje de ser un impío y no volveré a decir nada en su contra, aunque me insulte directamente, como al rey y a una gran dama que merece todo respeto.

—Impío —dijo el Cantor de Baladas, y dirigiéndose a toda la asistencia en derredor preguntó—: ¿Soy impío por una cancioncilla? Todavía no he empezado a mostrarme, como él dice, impío.

No había levantado la voz, pero retumbó por toda la habitación; resonó suavemente bajo las mesas y llegó hasta el último rincón. Paul se dio la vuelta para poder echarle un vistazo a ese hombre que con tanta libertad hablaba y tan bien cantaba.

Corpulento, mal afeitado, sin peluca y sin sombrero, la cabeza con un halo de despeinados cabellos blancos tan crespos y gruesos como las crines de un

caballo, ambos puños apoyados firmemente en la mesa ante él, acogió la mirada de Paul con abierta hilaridad. Él le sostuvo la mirada con horror ante el espantoso rostro que tenía delante. Uno de los ojos había sido obliterado por completo por una larga úlcera enrojecida que tiraba de la parte superior de la mejilla, como si de un hilo de fruncir se tratase.

—Cuatro faroles en lugar del sol —repitió el Cantor de Baladas, mirando fijamente a Paul con su ojo sano—. Es hora de cambiar de título. El sol ya no brilla con el esplendor de antaño. *Le Roi Soleil* se convierte en *le Roi à Quatre Lanternes*. —Su voz cambió, sus modos se tornaron lisonjeros—. ¿Las guerras del rey nos mantienen sumidos en la pobreza? Pues mis canciones nos mantienen de buen humor. Hemos de tener diversiones para poder soportar nuestra miseria. Yo nos mantengo alegres. Por consiguiente, soy un gran patriota.

Miró a su alrededor buscando confirmación, la ancha boca estirada en una sonrisa. Nadie habló. Golpeó su jarra de peltre contra la mesa y le volvió a cambiar la cara, desapareciendo de ella toda jovialidad, quedando solo una chispa en su ojo sano. Su voz se oscureció: se tornó aterciopelada como la lengua de un perro y luego, cambiando de nuevo, como la de un gato, rasposa y áspera. Entonó como un sacerdote ante el altar y Paul, escuchándolo, sintió un escalofrío recorrerle el espinazo.

—Padre nuestro que estás en Marly —dijo el Cantor de Baladas—, santificado ya no es tu nombre. Tu Reino ya está tocando a su fin. Tu voluntad ya no se hace ni en la tierra ni en el Cielo. No te pedimos hoy nuestro pan de cada día, mas perdónanos nuestras ofensas, así como perdonas las ofensas de tus grandes generales. Y no nos dejes caer en la revuelta, mas líbranos del mal. Amén.

La habitación permaneció en silencio. No se oyó el tintineo de una sola cuchara, nadie tosió ni arrastró un pie, pero en el silencio, cuando el Cantor de Baladas terminó su paternóster, pudo oírse un suspiro largo, desgarrador, cuando el anciano rompió a sollozar. Una voz en un rincón apartado dijo «Amén». Entonces se dejó oír bruscamente la voz de la joven sirvienta:

—Eres cruel. Es un pobre viejo y no te hace el menor daño.

—Es una vieja reliquia —dijo el Cantor de Baladas con su tono normal—. Que salga del pasado. Que deje de conversar con fantasmas... excepto el de

monsieur Scarron. —Soltó una gran carcajada, a la que se unieron varias personas que parecían estar al tanto del secreto.

El farolero había sacado un pañuelo no muy limpio y estaba limpiándose los ojos y la nariz de forma muy digna.

—¿Monsieur Scarron? —preguntó la camarera—. ¿Y se puede saber quién fue?

—Ay, iletrada hija del pueblo —dijo el Cantor de Baladas—, era uno de los nuestros. A pesar de su noble linaje, era uno de nosotros. Un pobre diablo sin un chavo. Un enemigo de Mazarino, un verdadero tormento para el difunto cardenal. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ay, criatura, eres lo bastante mayor para el amor y sin embargo demasiado joven para conocer el significado de una mazarinada! Me haces sentir los años que tengo. ¡Y te he hecho sonrojarte! ¡Qué triunfo! ¡Qué delicia!

—Pero ¿y monsieur Scarron? —insistió la muchacha, cortada.

—Ah, sí. Scarron. Un pobre diablo contrahecho, tan retorcido como una zeta. Un gran ingenio, olvidado ya al parecer. El autor del *Roman comique* y de comedias en las que Molière aprendió el oficio. Y mientras vivió, el marido de la que, ahora que él ha muerto, es la viuda Scarron.

—Ah, ahora caigo —dijo la chica, y cantó un trozo de la canción *La veuve Scarron, la sainte Maintenon*. De pronto cayó en la cuenta de que también ella estaba atormentando al viejo y se calló.

—Pensándolo mejor —dijo el Cantor de Baladas—, no creo que el fantasma de monsieur Scarron fuese buena compañía para el Padre Faroles.

El anciano no hizo el menor intento de replicar a todo eso. Intentarlo habría sido como tratar de detener una ola en mitad del mar escupiéndole. Permaneció sentado con la cabeza gacha y la muchacha, compadecida, le dijo al Cantor de Baladas:

—¿No puedes dejarlo estar ya? Ya te has divertido.

—Y mucho —dijo afablemente el Cantor de Baladas—. Los invitaré a un vaso de vino, a él y aquí a su joven amigo.

—No tomaré su vino —dijo el anciano, sin levantar la cabeza.

—Sírveselo de todos modos —dijo el Cantor de Baladas.

—Yo pagaré su vino —dijo Paul, aunque, cuando le trajeron la cuenta, descubrió que tuvo que rascarse los bolsillos para pagarla.

Se tomó la cosa con alegría, más de la que en realidad sentía; solo comentó que pasaría el resto de la noche con los mendigos en el porche de la iglesia de Saint-Eustache.

—Las piedras de Saint-Eustache están frías —dijo el Cantor de Baladas.

—Pero estaré acompañado —respondió Paul.

—Mal acompañado. Tú tienes buen corazón, preciosa, ¿no le vas a ofrecer una cama caliente a este joven?

Antes de que la muchacha pudiese responder, el anciano le dijo a Paul en voz baja:

—Dormiréis en mi lecho. No lo necesitaré hasta que amanezca. Mi alojamiento es humilde, pero la cama está limpia. Cambian las sábanas una vez al mes.

—Un ofrecimiento temerario, Padre Faroles —intervino el Cantor de Baladas—. Me estaba preguntando qué era lo queapestaba. Ahora veo que es tu joven amigo. ¿Permitirás que un hombre tan maloliente ocupe tu cama limpia? —El anciano se sonrojó, pero el Cantor siguió adelante, dirigiéndose a Paul—: Has sido bautizado con el célebre cieno de París. Los carruajes de los grandes salpican muy alto el lodo. Lo tienes hasta en el hombro.

De pronto, inexplicablemente, se dejó de tonterías y, encendiendo su pipa, se puso a preguntarle a Paul por su oficio, su falta de fondos y sus proyectos. Él respondió con discreción. El Cantor de Baladas escuchaba mientras las volutas de humo subían alrededor de su nariz, obligándolo cada tanto a cerrar el ojo sano y menear la cabeza a uno y otro lado, como un toro atormentado. Por último, le ofreció un consejo:

—París está infestado de librerías. No pierdas el tiempo asomando la jeta en cada tiendecita. Dirígete directamente al jefe de tu gremio y que se haga responsable de ti. —Bourdon está fuera de la ciudad— dijo alguien.

—Pues entonces, acude a madame Bourdon, que para tus propósitos es tan buena como su marido. Eso sí, sombrero en mano y con un cumplido en los labios. Y si tienes una camisa limpia, pónstela. Eres un tipo honesto, y bastante bien parecido, además. Te encontrará algún trabajo. Un consejo más, ya que eres un tipo honrado. Mantente alejado de la policía, aunque te dieras cuenta de que te ha desaparecido el monedero. ¡A la policía os la regalo, es un mal necesario! —Levantó su jarra y bebió un trago. Dejó la jarra en la mesa y le

sonrió a Paul, el ojo bueno chispeante de malicia. Luego se le aflojaron los rasgos. Estaba cansado. Se volvió hacia el hombre que estaba sentado a su lado y le espetó—: ¿Y tú qué miras, con esa boca abierta como un pez muerto?

Era ya tarde cuando Paul y el farolero salieron de la taberna. Este se cogió de su brazo, igual que antes, y como antes también, lo guio a través de la oscuridad, subiendo una calle y luego bajando otra, y después a través de una puerta hasta un vestíbulo negro como la pez.

—No os mováis —dijo el anciano.

Paul notó el yeso húmedo de una pared a un lado. En el otro, el viejo efectuaba una serie de extraños movimientos. Solo estaba hurgando en sus bolsillos en busca del yesquero y de un cabo de vela. Sus delgadas manos, su rostro arrugado y encogido emergieron repentinamente de las tinieblas, la boca fruncida en un soplo para avivar la llama, las manos temblorosas. A pesar del temblor, era muy hábil y ni se inmutó cuando una gota de cera caliente le cayó en los dedos. Con tono orgulloso, le dijo a Paul, mirándolo a través del resplandor de la llama:

—Es auténtico espermaceti, del que usan en Versalles. Es cera, no sebo. Son velas dignas de un monarca. Subid las escaleras delante de mí, os lo ruego. Veréis mejor: la luz no os dará en los ojos.

La escalera ascendía empinada y angosta. Paul subió obedientemente, con el anciano en su pos. El fulgor amarillento oscilaba sobre las paredes, sobre los escalones desgastados por el uso, salvo allí donde la madera dura de los nudos había resistido, dejando bultos. Los peldaños tenían una inclinación irregular, las paredes sucias parecían venirse encima de uno, y la sombra de Paul, que caía fragmentada sobre los escalones, parecía esforzarse en subir por delante de él.

La escalera dio un giro cambiando de dirección, y luego otro más, y en cada vuelta había una puerta cerrada, pero ningún rellano. Sus pasos resonaban sobre la madera hueca, entre las paredes desnudas, y en cuanto hubieron dejado atrás la primera vuelta, Paul oyó a su espalda la respiración trabajosa del anciano. Las paredes de yeso rezumaban humedad. Al cabo de un rato, perdió la cuenta de las vueltas que habían dado. Sintió que estaba

ascendiendo a una región de almas descarriadas. Era un ascenso, en lugar de un descenso, a un purgatorio frío, lejos de todos los seres vivos, tan húmedo y gélido resultaba el aire, tan absoluta la sombra en la que la pequeña llama se abría camino. La cálida y luminosa sala de la taberna, el sonido de las voces, el sabor de la comida y el vino iban alejándose por momentos. Paul empezó a sentir una creciente aprensión, que se convirtió en pánico. Quería dar media vuelta, precipitarse hacia abajo y escapar de aquella escalera al infierno, pero no podía hacerlo sin arrollar al viejo. Y este subía cada vez más despacio, deteniéndose a menudo para recuperar el aliento antes de reemprender el esfuerzo, sin fuerzas para hablar. El propio Paul acabó sintiéndose fatigado y sin resuello. La escalera terminó por fin ante una puerta cerrada. Podía tratarse de un séptimo piso, o acaso solo un quinto; en cualquier caso, más no se podía subir. Cuando por fin pudo hablar, el anciano dijo:

—Entrad, no está cerrado.

Pasó junto al joven y se dirigió a una mesa en la que dejó caer un poco de cera, la suficiente para sujetar recta la vela, y Paul vio que estaban bajo el ápice del tejado. El mobiliario consistía en la mesa, un taburete de tres patas y una cama sin baldaquino. Sobre esta, colgando de un gancho en la alfarjía inclinada, había un trozo de tela que podía echarse por encima del lecho, cubriéndolo como una tienda. La ropa de la cama exhalaba un olor rancio y mohoso, el olor del anciano. No se podía ver nada más. La vela, por muy de espermaceti que fuese, no iluminaba los rincones.

Con un gesto, el hombre le ofreció su apartamento a Paul y se dio la vuelta para marcharse. Desde la puerta, dijo:

—No os preocupéis por mí. Hace muchos años que no duermo de noche, y la constitución de uno se acostumbra al régimen de vida que se lleva. Además, resulta placentero ver amanecer. Están los pájaros, las primeras luces sobre la corona de laurel del rey. —Sonrió con mucha dulzura, se llevó la mano al sombrero para despedirse de él y se dispuso a marcharse. Pero aún le quedaba algo que decir, algo que la elocuencia del Cantor de Baladas le había impedido formular antes esa noche. Se volvió de nuevo hacia Paul—: Tengo un puesto honroso. Es humilde, sí, pero aunque de forma indirecta, es al servicio del rey. Obran mal quienes se burlan del monarca. No debéis prestarles la menor atención a esas canciones y decires. París está repleto de

ellos, tanto como los badenes de cieno cuando llueve, y son igual de fétidos. El rey —inspiró profundamente y su voz cobró fuerza— es sagrado. También es sacerdote de la Iglesia, y ha sido ungido con un óleo santo, un óleo milagroso. ¿Qué otra persona viva hay cuyo tacto puede sanar a los enfermos? Debéis pensar en esto. Quienes se mofan de él cometen un gran pecado, y el Cielo los castigará. En cuanto a madame de Maintenon, puede que sea, según dicen, la amante del Rey, pero incluso en sus soeces canciones reconocen que lo ha reformado.

### 3

«**P**adre Nuestro que estás en Marly», decía el paternóster del Cantor de Baladas. Pero el rey no estaba en Marly esa noche de Pascua, ni en ninguno de los demás castillos a los que a veces se retiraba a descansar. Estaba en Versalles. Había vuelto allí al principio de la Semana Santa para representar su papel en las ceremonias de la Iglesia. Había tenido una semana agotadora. Había rezado, se había arrepentido, le había lavado los pies a los pobres y dado limosna, había tocado para sanar el mal del rey, y además había padecido una inquietud extrema debido a la enfermedad de su hija menor. Era una enfermedad misteriosa a la que el médico real no había sabido darle nombre, y una que el monarca no podía sanar por imposición de manos, como hacía con la escrófula. La fiebre había remitido, la crisis había sido superada antes de Pascua; la muchacha ya estaba convaleciente, pero del mismo modo que nadie sabía qué le había causado la enfermedad, nadie sabía qué la había salvado, a no ser que hubiesen sido las plegarias de madame de Maintenon y del rey.

La mañana del Lunes de Pascua, mientras se afanaba en el dormitorio del rey, preparando el *lever* del monarca, el buen Bontemps, *Premier Valet du Roi*, les daba vueltas a todas estas cosas con sosegado distanciamiento. Pensaba en la preocupación del monarca con compasión de padre, y en su estoicismo con admiración. Él mismo había ayudado al soberano a introducir su hinchado pie en el zapato. Sabía que era un suplicio para él apoyarlo en el suelo, y aún más caminar en procesión desde la iglesia del pueblo de Versalles a la *Orangerie* del castillo, donde tenía lugar la curación de los enfermos. El

peso de los ropajes que el rey vestía para la ceremonia suponía un sufrimiento adicional, esa túnica de terciopelo azul forrada de armiño, con todo el terciopelo bordado de pequeñas flores de lis doradas. Además, estaba el collar de oro de la Orden del Espíritu Santo. Con todo el peso del atuendo regio, y sufriendo el dolor constante de su pie gotoso, Luis había desfilado entre los escrofulosos repitiendo las palabras del rito: *Le Roi te touche; Dieu te guérisset*<sup>[18]</sup>

Las había repetido más de dos mil veces en el transcurso de la ceremonia, y le había confesado después a Bontemps que se había quedado sin fuerzas. Había sentido cómo salía de él el poder, igual que el Salvador en cuya memoria obraba. En cuanto a su inquietud por la duquesa de Chartres, no la había mencionado. Bontemps había sospechado, como en todas las demás ocasiones en que había enfermado alguno de los hijos que había tenido con madame de Montespan, que el Rey se había sentido culpable, pensando que la enfermedad del niño era un castigo que recaía sobre él por el pecado en que había sido concebido.

Como siempre, Bontemps había pasado la noche en un camastro al pie de la cama de respeto del monarca. El catre ya había sido retirado. Se había encendido un fuego en la chimenea de mármol, que ardía vivazmente con un ligero chisporroteo. Bontemps descorrió las cortinas de la gran ventana y abrió las contraventanas pintadas. Una luz fría penetró en la estancia. Abajo, el patio estaba lleno de bruma.

El lecho del rey, dispuesto sobre una tarima detrás de una balaustrada de madera dorada, era una caja de damasco rojo, con las cortinas echadas, las esquinas coronadas con penachos blancos de avestruz y plumas de garza real. Estas plumas se erguían como rectos surtidores de agua, los penachos de avestruz se inclinaban bajo ellas como las olas al romper. Los cortinajes pendían lisos e inmóviles. La estancia estaba en orden. Bontemps prestó oído un momento y percibió un murmullo apagado de voces en la antecámara del rey, pero ninguna voz lo llamó desde detrás de las cortinas de damasco. Abrió una puerta justo frente por frente de la de la antecámara y salió al *Grand Salon*, donde tendría lugar la mayor parte de la ceremonia del *lever*.

Ahí también había fuegos encendidos, uno a cada lado de la habitación. Apenas quitaban el frío del ambiente, pero eso no preocupaba a Bontemps. El

gentío que acudiría con la quinta y última *Entrée* del *lever* lo caldearía hasta el punto del sofoco. Atravesó la estancia, sin que sus pisadas hiciesen el menor ruido sobre la alfombra blanca y dorada de la manufactura de la Savonnerie, y se detuvo un momento entre las dos chimeneas para desplazar una cuarta la *chaise percée* del rey hacia el centro del salón. La alineó así exactamente con la ventana central, situándola, al tiempo, en el centro geométrico exacto de todo el castillo. Eso lo hizo por su propia satisfacción, además de para darle gusto al soberano. A lo largo de los años, había acabado por hacer propia en parte la pasión regia por la simetría. A continuación, se acercó a los gabinetes en el extremo opuesto del salón para cruzar unas palabras con los gentilhombres del guardarropa real y con el barbero del rey. Una vez satisfecho y de que todo estuviese en orden por ese lado, volvió al salón y ocupó su puesto ante la ventana central, que daba a la Cour de Marbre y a la estrecha balconada que la dominaba. Aún faltaban unos minutos para la hora en que debía despertar al monarca.

Primer ayuda de cámara del rey y gobernador del pueblo y del castillo de Versalles, se tomaba sus responsabilidades con seriedad, pero con tranquilidad. Tenía su propia receta para hacerles frente. Se tomaba tiempo de sobra. Tenía en cuenta emergencias que nunca se producían, porque siempre había adoptado todas las precauciones posibles para hacerles frente. De este modo, no sintiéndose nunca agobiado, era capaz de conservar en toda ocasión —y estas eran a menudo muy exasperantes— una tranquilidad interior que le permitía ejercer su amabilidad innata. Ahí plantado, las manos a la espalda, mirando hacia la bruma que ocultaba la escena del patio de abajo, ponderó cómo demasiadas personas parecían perder el control de sus palabras y de sus actos bajo la presión de las circunstancias, y obraban y decían las cosas más deplorables; lo cual era muy de lamentar. Ya había suficiente mala intención en la corte; no había ninguna necesidad de malicia accidental.

Sabía que lo llamaban «el buen». Bontemps. Sin duda, en un primer momento el apodo lo había inspirado el juego de palabras, *le bon* Bontemps, pero lo enorgullecía pensar que no habría seguido en uso si no se lo hubiese merecido. Pensaba no contar con un solo enemigo en la corte a pesar de sus

largos años de servicio y su cercanía al rey, que lo había expuesto a todas las intrigas. Había sido testigo del soberano en su boda secreta con madame de Maintenon, y de ese acontecimiento hacía ya diez años largos. Por espacio de más de una década, había hecho frente a la malicia de la corte con tacto y caridad. Era un hombre mayor ya, se enorgullecía de ello, y deseaba conservar sin tacha su reputación hasta el último momento. Anticipaba el fin, de la misma forma que uno anticipa el ocaso en una espléndida tarde de verano: como algo que no hay que temer, ni que evitar. Cuando sentía la tentación de quejarse amargamente por determinados abusos de favor, o por cualquier otro asunto que lo perturbara, tentación que últimamente lo asaltaba cada vez con más frecuencia, se recordaba a sí mismo que sus días estaban contados. El hecho de que no le quedaran muchos más años para que tener que soportar aquello que lo molestaba le resultaba, extrañamente, quizás más consolador que deprimente. Sí, pensó mirando la bruma, la malicia de la corte, igual que los pobres, lo acompañaban siempre; es más, reflexionó con una sonrisa extrañamente torva en hombre tan afable, eran los miembros de la propia familia del rey los que más malicia mostraban.

Mientras tanto, el duque de Orléans, hermano del rey, al que en la corte llamaban Monsieur, salía de sus apartamentos en el ala Orléans del castillo y se dirigía a la Antecámara de la Guardia del Rey. Al principio de la Escalera de la Reina, se vio zarandeado por la marea de sirvientes, cortesanos y personas inclasificables que subían y bajaban los escalones de mármol. En Versalles no había escaleras de servicio; la madera, el agua, las bandejas de comida, la basura y los orinales se subían y bajaban por las grandes escaleras, mientras los personajes que se dirigían al *lever* del rey se abrían camino despacio y con precaución entre lacayos apresurados.

Monsieur se vio detenido un tiempo allí donde el tumulto era mayor. No vio a nadie con quien deseara hablar y sí a varios a quienes deseaba evitar. Bostezó y miró fijamente a lo lejos por encima de las cabezas de los que tenía más cerca. Hacía ya mucho tiempo que el fastidio por tener que levantarse tan temprano para asistir al *lever* de su hermano había dejado lugar a la costumbre. Habría echado algo en falta si se hubiese visto exento de repente

de esa obligación. Ahora bien, se había acostado tarde la noche anterior, y aún no se había desahogado del todo. Seguía algo aturdido. Su rostro aún lucía el carmín y los polvos de la víspera, y su persona exhalaba intensamente el aroma de una pomada a base de violetas que ya había perdido todo su frescor. Lo apasionaban el perfume, las joyas, la música y los jovencitos, a los que adoraba de forma similar a como la mayoría de los hombres adoran a las mujeres. Tenía cincuenta y pocos años, era un hombrecillo barrigón que solía llevar tacones muy altos, manteniendo el equilibrio con rara destreza, incluso cuando estaba medio dormido.

En su mocedad había sido apuesto, bastante más que su hermano. En su semblante disoluto aún quedaban vestigios de esa juvenil apostura. También había sido muy popular. Su popularidad había sido tanta que el rey había tomado medidas para contrarrestarla, medidas bien disimuladas bajo forma de mercedes. Habían dejado a Monsieur con mucho tiempo libre, demasiado. Se aburría, y resultaba inútil quejarse de su aburrimiento al rey. Aquellos días en que dormían juntos, jugaban juntos en la cama del rey, desgarrando las sábanas, se tiraban las almohadas y hasta se orinaban el uno encima del otro en su exaltación, para consternación del viejo La Porte, esos días felices quedaban demasiado lejos ya para poder servirle de algo.

Se quedó parado al inicio de la escalera, entre dos puertas cerradas. A su izquierda estaba la de la *Salle des Gardes*; a su derecha, la de los apartamentos de madame de Maintenon, puerta que franqueaba muy raras veces. Su amistad con esa dama era puramente formal. Aún no le había perdonado, como tampoco lo había hecho Madame, su esposa, su papel en la boda del duque de Chartres con la bastarda más joven del rey. Tampoco había perdonado este. No era que Monsieur ni Madame sufriesen por la infelicidad de su hijo; lo que los unía en la indignación era el insulto a la rama de Orléans, el mancillamiento de la sangre de los Orléans al mezclarla con la de una muchacha nacida de un doble adulterio. A esas alturas, era la única cuestión en la que su esposa y él estaban unidos.

Monsieur le dio la espalda a la puerta a su derecha. Miró hacia la escalera y vio cómo la subía, con la cabeza inclinada, el único hijo completamente real del rey, Monseigneur, el *Grand Dauphin*. Lo seguía de cerca el Pequeño Delfín, el duque de Bourgogne.

La muchedumbre abrió paso a esos dos personajes como no lo habían hecho para Monsieur. Este, cuando pasaron junto a él, aprovechó el movimiento para seguir su estela. Fue en su pos atravesando la *Salle des Gardes* hasta la *Salle du Grand Couvert*, donde almorzaba el rey cuando lo hacía en público.

Ahí, en una mesa en medio de la estancia, había un pequeño recipiente elaborado llamativamente con plata «bañada» —tal era el término— en oro, un recipiente de vermeil. Tenía la forma del casco de un navío y contenía la servilleta del rey. De igual modo que el ceremonial de la corte exigía que cualquiera que pasase junto al lecho del soberano, estuviese este ocupado o no, se inclinara ante él, cualquiera que pasase junto a la *nef du Roi* estaba así mismo obligado a saludarla. La obligación era particularmente estricta para los miembros de la familia real. Por consiguiente, Monsieur aguardó mientras Monseigneur se detenía, se quitaba el sombrero de plumas y se inclinaba ante el pequeño recipiente brillante y la servilleta de su padre.

El joven duque de Bourgogne, siguiendo los pasos de Monseigneur, también adelantó la pierna izquierda, como le habían enseñado, dobló la rodilla derecha y se llevó el sombrero de la cabeza al vientre trazando un semicírculo con esmero. La representación resultó torpe. El muchacho necesitaba practicar más la floritura. Monsieur, con una leve sonrisa, permitió que el chico saliera de la estancia detrás de su padre, y se acercó luego a la nave e hizo, con soltura, una reverencia perfectamente grácil. Incorporándose por completo, dejó que su mirada se demorase un instante más de lo necesario en la nave dorada y luego en el guardia suizo vestido de azul y de rojo que la custodiaba, antes de colocarse el sombrero sobre la peluca y seguir su camino.

La última antecámara era la más pequeña y lóbrega y la más atestada de las tres. No había en ella ningún fuego. La única luz provenía de una ventana oval dispuesta en lo alto de la pared, que daba a un pequeño y oscuro patio interior. En esa pequeña habitación gélida y sin vistas, los gentilhombres más destacados de Francia esperaban para saludar al rey.

Monsieur entró con desenvoltura. Se había despabilado al hacer la reverencia a la nave. Miró a su alrededor con una clara sensación de anticipación, se fijó en que monsieur de Mailly, el limosnero del rey, estaba leyendo su breviario bajo la gran ventana, saludó con una bien ejercitada

mezcla de afabilidad y reserva al médico del rey y al primer secretario de Estado, que habían interrumpido su conversación al verlo entrar, y atravesó la estancia para ocupar su lugar junto a Monseigneur y el joven Delfín. El guardia suizo aún bloqueaba la puerta del rey. Monseigneur, de pie con las manos en un manguito, el sombrero bajo el brazo, preparado para saludar a su padre, se dio por enterado de la presencia de Monsieur con una inclinación de cabeza y hundió su barbilla gordezuela en el encaje de su corbatín. El joven Delfín miraba al suelo.

Detrás de las cortinas de su gran lecho, también el rey aguardaba a que dieran las ocho. Esa mañana de Pascua se había despertado cansado, inusualmente bajo de ánimo. Se había despertado a oscuras, por la fuerza de la costumbre. Había hecho de la rutina su sirviente y esta le garantizaba acertar la hora, aunque abriese los ojos en la oscuridad. Ningún aroma ni sonido de la mañana primaveral le llegaban ahí donde yacía, así como tampoco el menor indicio de la actividad de todo su vasto castillo. Era consciente de su cuerpo, pegajoso de sudor bajo la pila de edredones de plumas. Estaba boca arriba, con la cabeza apoyada en una enorme almohada asimismo de plumas, y al mover la pierna, el dolor de su pie gotoso volvió a la vida. Se acordó entonces de la semana anterior y empezó a pensar en sus planes para el día. Sabía que, en breve, Bontemps acudiría a despertarlo. Cerró los ojos a la oscuridad inmóvil y rancia y afrontó su problema: su propio agotamiento físico y la pobreza de Francia. En su mente, eran una y la misma cosa.

«Francia se ha convertido en un vasto y desolado hospicio». Las palabras resonaban en su cabeza. Las había leído en una carta. Nadie se había atrevido a pronunciarlas en su presencia, ni tampoco se las había repetido él a nadie todavía, ni le había mostrado la carta a ninguna persona, ni siquiera a madame de Maintenon. Formulaban de forma demasiado cruda algo de lo que era bien consciente, y venían acompañadas de reproches, acusaciones y consejos.

La carta en sí se la había entregado en propia mano un hombre al que estimaba, el duque de Beauvilliers, pero no la había escrito él, de eso el rey estaba seguro. También pensaba que Beauvilliers no debía de estar al tanto de su contenido preciso. La carta era anónima, pero su autor obviamente no había hecho el menor intento de disfrazar su letra ni su estilo. El texto hablaba tan claramente con la voz de su autor como si hubiese estado él en persona en la

estancia. Se trataba, sin la menor duda, del joven abate Fénélon, tutor del Pequeño Delfín, nieto del rey.

La carta lo había herido, en la medida en que pasaba por alto su honda preocupación por su reino y la compasión que le inspiraba su pueblo. Lo había ofendido al presumir ponerlo al corriente de cuestiones de las que estaba bien informado. Le aconsejaba cómo gobernar su reino, profesión a la que dedicaba las veinticuatro horas del día. Todo ello resultaba intolerable. Es más, la carta se atrevía a sugerir que le pidiera consejo a madame de Maintenon, como si él no supiese de antemano cuál iba a ser su consejo, y como si fuera incapaz de gobernar sabiamente sin ella.

Madame de Maintenon rezaba por la paz. ¿Y acaso no había desarrollado él, a lo largo de todo el invierno, negociaciones de paz? Que estas hubiesen resultado infructuosas le había producido tanto pesar como a la propia madame de Maintenon.

Tumbado allí en la sofocante oscuridad, sintió cómo le llenaba la boca el amargo sabor del resentimiento, mucho más amargo que cuando leyó la carta por primera vez. —¿Cuándo había sido eso? ¿Hacía semanas, meses, más tiempo?—, porque había sido incapaz de olvidarla. La había guardado entre sus documentos privados, pero el texto lo perseguía. En sus *levers*, además, siempre que estaba en Versalles, sus ojos se demoraban en la mirada intensamente luminosa del joven sacerdote, inquisitiva y segura de sí misma. En esos ojos extraordinarios, pensó el rey, brillaba no solo un desafío, sino un anhelo de martirio, como si Fénélon aguardase ser desenmascarado, acusado y castigado por su temeridad. Pero el rey no tenía intención de hacer pública la ofensa. Había nombrado al abate tutor del príncipe a petición de madame de Maintenon. Si Fénélon cayera en desgracia, ella también se sentiría desacreditada, y entonces habría llantos y jaquecas, esas terribles jaquecas de ella que la dejaban postrada, y se acabarían todas las agradables conversaciones que tenía con el abate. Además, el trabajo de este con el joven Delfín había empezado a mostrar buenos resultados. El rey no tenía aún ganas de interrumpir la educación de su nieto. Fénélon estaba a salvo por el momento. Al monarca no le quedaba otra elección que tragarse su resentimiento. Una máxima que había tenido que copiar de niño, cuando estaba aprendiendo a escribir, le vino irónicamente a la memoria. *Le pouvoir des rois*

*est absolu; ils font ce qu'ils veulent*<sup>[19]</sup>.

La había copiado veinte veces. Pero había aprendido que los reyes no hacen lo que desean, sino lo que deben.

Mirando desde la ventana central del Salón del Rey, Bontemps vio a través de la bruma cómo entraba un carruaje en la *Cour Royale*, donde solo unos pocos estaban autorizados a hacerlo. Lo perdió de vista cuando dobló el ángulo del edificio que quedaba a su derecha y cuando reapareció vio que iban dos mujeres en él. Una de ellas vestía una capa con capuchón de terciopelo negro. No pudo verle la cara, pero sabía de sobra quién era. Madame de Maintenon y su dama de compañía salían para Saint-Cyr. La bruma se tragó el carruaje antes de que alcanzara la verja exterior. Poco después, Bontemps oyó a su espalda los primeros repiqueteos argentinos de un reloj. Penetró con pasos despaciosos en la alcoba del rey y cuando sonó la última campanada de las ocho, descorrió las cortinas del lecho real.

El rostro que reposaba sobre la almohada alta, bañado por la sombra del dosel y enmarcado por el *bonnet de nuit*, se veía grisáceo con barba de un día; tenía la piel picada de viruelas y surcada de profundas arrugas, nariz larga, papada, boca impassible de marcado labio inferior borbónico, pero los ojos oscuros estaban pero que muy vivos. Se detuvieron en los de Bontemps sin simpatía, pero con atención.

—Espero que su majestad haya dormido bien.

El soberano contestó a la pregunta habitual con la respuesta habitual, la voz resonante y grave:

—Gracias. ¿Y tú, mi buen Bontemps?

Había empezado el día.

El rey se sentó en la cama y levantó los brazos para que Bontemps pudiera quitarle el camisón sudado. Bontemps restregó el cuerpo del rey con una toalla caliente, lo ayudó a ponerse un camisón limpio, le quitó el gorro de dormir y le puso la peluca pequeña de la *Première Entrée* del *lever*. El rey sintió un ligero mareo al incorporarse, pero se le pasó mientras Bontemps le frotaba los hombros, y no lo mencionó. El *lever* empezó con la *Entrée Familiale*, los gentilhombres de la familia real. Recostado de nuevo en sus almohadas, el monarca tendió la mano a su hijo, que la besó, murmuró unas pocas palabras y se retiró detrás de la balaustrada. El duque de Bourgogne se acercó. Era

pálido y enclenque; tenía el porte enfermizo de un niño que ha crecido demasiado deprisa. Hizo una reverencia, acercó los labios a los nudillos de la mano de su abuelo y se habría retirado de inmediato si el rey no hubiese retenido su mano en la suya.

—Monsieur Fénélon me ha dado buenos informes de vos —dijo el rey con tono grave.

El niño se sonrojó e intentó retirar la mano, pero no se atrevió. El rey notó el tirón momentáneo y lo dejó ir, entristecido por su gesto instintivo.

—Decidme, ¿estáis tan satisfecho de monsieur Fénélon como él lo está de vos?

—Oh, sí, majestad —dijo fervientemente el niño.

—Decidle entonces de mi parte que no debéis descuidar vuestro ejercicio físico por los libros.

Monsieur saludó a su hermano, el duque du Maine besó la mano de su padre, y los miembros de la casa del rey efectuaron su *Entrée*.

El gran chambelán retiró las sábanas del rey; el soberano pasó las piernas desnudas por encima de la cama y el gran chambelán se arrodilló para ponerle las zapatillas, Bontemps le echó una bata por encima de los hombros. Monsieur de Mailly le ofreció agua bendita en una concha de oro y porcelana. El rey se persignó y rezó. Luego se puso de pie y renqueó con dolor hasta la habitación contigua, donde se sentó en su *chaise percée*. La pequeña muchedumbre de familiares y cortesanos lo siguió, y los gentilhombres privilegiados de la *Entrée des Brevets* fueron admitidos uno a uno. Después, una vez retirada la *chaise percée* y sustituida por una butaca tapizada de terciopelo rojo, el rey se lavó las manos y lo afeitaron. Ligeramente refrescado, se levantó para que le subieran los calzones, y volvió a sentarse para permitir que le quitaran las zapatillas y le pusieran las medias de seda.

En calzones y bata, se sometió al interrogatorio de su médico. Su salud no era un asunto personal, sino de Estado. Respondió con paciencia, mientras Fagon recitaba su rutinaria lista de preguntas y anotaba las respuestas en su libreta. Fagon anotaba todo cuanto tuviera relación con la salud del rey, incluida la frecuencia y características de las deposiciones del monarca durante las veinticuatro horas previas. Era un jorobado asmático tan deforme que la cabeza parecía salirle de mitad del pecho; cuando quería levantar la

vista, tenía que torcerla hacia un lado. Sus ojos eran muy sombríos: su mirada siempre tenía, debido a la posición de su cabeza, una calidad oblicua que lo hacía parecer muy sagaz. Era de tez cetrina, de rasgos irregulares, de dientes muy amarillentos y estropeados. Lucía su propio pelo, que era liso, fino y moreno, y vestía un traje corriente de color rapé. Era muy inteligente e ingenioso —un maestro del epigrama mordaz—, y el celo que ponía en salvaguardar la salud real era incuestionablemente muy grande. El rey tenía plena confianza en él. Monsieur lo detestaba por su fealdad, porque el rey confiaba en él, y porque esa confianza la habían propiciado las recomendaciones de madame de Maintenon.

El gran chambelán aguardaba de pie, sosteniendo la camisa del rey envuelta en tafetán blanco, a que concluyera su examen Fagon, pero este, boqueando para recuperar el aliento después de cada pregunta, como un caballo sin resuello, no acababa nunca. Por último, el rey dijo muy cortésmente:

—Os repito, mi querido monsieur Fagon, que no me siento enfermo. Pero estoy muy cansado.

—Lo sospechaba, majestad —repuso el jorobado—. Recomiendo a vuestra majestad que tome un caldo antes de asistir al Consejo, y recomiendo asimismo que vuestra majestad celebre el Consejo antes de oír misa.

El rey asintió con un gesto. Era verdad, no se sentía mal, pero estaba deprimido hasta el punto de la extenuación. No conseguía quitarse de la cabeza la carta de Fénélon. «Francia se ha convertido en un vasto y desolado hospicio». Temía el momento en que volvería a encontrarse con los ojos del joven sacerdote, sabiéndose incapaz de levantar un solo dedo en su contra, y por su más que consciente dominio de sí mismo. El asunto del *lever* siguió su curso.

El duque du Maine y su hermano el conde de Toulouse ayudaron a su padre el rey a quitarse la bata, que luego sostuvieron cual biombo entre él y la asistencia, mientras Monseigneur lo ayudaba a quitarse el camisón. Monseigneur recibió de manos del gran chambelán la camisa envuelta en tafetán blanco, y con Bontemps y Monseigneur sujetando cada uno una manga, el rey se la puso. Dejaron caer la bata, revelando al Rey a su corte al tiempo que Bontemps y Monseigneur se inclinaban para abrochar cada uno un puño.

La camisa del rey no lucía encaje ese día; el rey estaba de alivio de luto. Se le había poco menos que olvidado, pero Bontemps se había acordado.

Todo ese avanzar y retroceder, inclinarse, ofrecer, retirarse, como si de figuras de una danza ritual se tratase, todo ese aleteo de manos a su alrededor, sirviéndolo, sin necesidad de que las dirigiera, dejaban al rey libre de seguir ensimismado en sus pensamientos. Así, aunque se esforzó en repasar en su mente los asuntos que tenía intención de exponer acto seguido al Consejo, se dio cuenta de que sus pensamientos volvían una y otra vez a las acusaciones de François de Salignac de la Mothe-Fénélon. Empezó a buscar al abate entre la multitud congregada ante él, temeroso de cruzar su mirada, y sin embargo, al no encontrarlo, sintió surgir lentamente en su seno una cólera sorda y sofocante. Ese joven abate se sentía muy seguro de sí mismo si se atrevía a descuidar el *lever del rey*.

La sensación de ahogo aumentó. El ambiente resultaba muy sofocante. De hecho, estaba cargado y olía mal al tiempo, y no podía ser de otro modo. Durante el desarrollo de la *Entrée de la Chambre* y la *Entrée Générale*, cerca de trescientos gentilhombres habían invadido la estancia. Pocos eran los que se habían bañado recientemente, y la mayoría de ellos abusaban de la bujeta. Al Rey le desagradaba intensamente cualquier clase de perfume y ese rasgo de carácter era bien conocido y universalmente pasado por alto.

La peluca pequeña del *lever le* fue retirada al monarca y sustituida al momento por una mayor, y el *lever* llegó a su término. El rey esperaba su caldo. El caldo siempre estaba listo, lo pidiera él o no, como también lo estaban los maceros con varas blancas y las demás personas cuyo cometido consistía en llevarle el caldo al monarca. Pero los cuerpos no pueden desplazarse a la velocidad del pensamiento. Hacían falta varios minutos para que un paje llevara el recado a las cocinas y para que la comitiva se pusiera en marcha, pasara el patio, subiera las escaleras y atravesara las tres antecámaras hasta llegar al *Grand Salon*. Monsieur de Mailly, cuyo deber y privilegio consistía en presentar la nave real al soberano, se dirigió al *Salon du Grand Couvert*, donde aguardó, con la nave en las manos, la procesión que venía de las cocinas.

El rey esperaba en mangas de camisa mirando a los gentilhombres de su corte. Sus ojos, que con la cabeza afeitada al descubierto, o tocada con el

gorro de noche blanco, parecían pequeños como cuentas, se veían grandes y aterciopelados al amparo de los rizos castaños de la gran peluca. Había algo felino en su reserva y en su escrutinio despacioso y despreocupado de sus gentilhombres. Cualquiera de los allí presentes deseaba que el rey se fijara en él, y ninguno dejaba de sentir cierta incomodidad cuando la regia mirada parecía demorarse en su persona. El rey siguió buscando al abate Fénélon, sin encontrarlo.

El pequeño duque de Bourgogne, junto a Monseigneur, desplazó su peso de un pie a otro y agachó la cabeza. Su boca parecía triste. El rey recordó su entusiasta «Oh, sí, majestad» en respuesta a la pregunta «¿Estáis satisfecho con monsieur Fénélon?», y pensó: «Me roba el cariño de mi nieto».

La mirada del rey cayó sobre la figura de monsieur de Pontchartrain, secretario de Estado, despierto y elegante, que estaba de pie allí cerca, balanceándose como un pájaro a punto de abandonar una rama. Pontchartrain, al captar un instante la atención del rey, aprovechó la ocasión para iniciar una conversación. El silencio que se había producido en el *lever* había llegado a resultar embarazoso.

—He sido informado, majestad —empezó—, de que el viejo monsieur de Valavoire ha muerto.

El rey respondió tras una mínima vacilación:

—Lamento oírlo. Era el gobernador de Sisteron, ¿no es así?

—El mismo, majestad.

—Hacía mucho que no se lo veía en la corte.

—Tenía ochenta años, majestad, y Sisteron está lejos de Versalles.

—No precisa disculpa. En su día prestó valerosos servicios a la Corona.

—Y el difunto cardenal le hizo por ello beneficiario de una renta de cincuenta mil libras —dijo Pontchartrain, pensando como siempre ante todo en el problema de los gastos de la Corona—, que se extingue con su muerte.

—Llegar a los ochenta es buena cosa —dijo el rey, y empezó de nuevo a buscar el rostro del tutor de su nieto. La estancia se había vuelto casi intolerablemente sofocante. Entonces vio un semblante cuya apariencia trajo consigo un recuerdo repentino de aire fresco, de espacios abiertos y de bienestar. Con un dedo, le indicó a su dueño que se aproximara.

—Monsieur La Violette, os hemos echado de menos —dijo el rey en

cuanto estuvo ante él el cazador.

—Cuando Monseigneur está en Choisy, yo también debo estar ahí —respondió La Violette.

—Así ha de ser —dijo afablemente el rey—, pero hoy, con vuestro permiso, he de pedirle a Monseigneur que me permita tomaros prestado.

Monseigneur se inclinó, consintiendo. La Violette se inclinó también, desde la cadera, y luego se enderezó con facilidad. Medía sus buenos dos metros de alto, y se conservaba magníficamente recto. El rey prosiguió:

—Hoy iremos de caza.

—Como deseéis, majestad.

—¿Qué tiempo tendremos?

—Un día agradable, espero. Al venir, he oído cantar a las alondras entre la bruma. Esta despejará antes de mediodía. Hará buena tarde para el faisán.

—Saldremos a las tres. —El rey sonrió muy amablemente y La Violette, creyendo que podía retirarse, dio un paso atrás, pero el monarca lo detuvo.

—Monseigneur me ha dicho que habéis cumplido los ochenta hace poco. Sería una gran pérdida que todos los gentilhombres octogenarios se mantuviesen alejados de mi corte. —La Violette hizo una nueva reverencia, pero el rey aún no había terminado con él—. Tenéis el porte de un mozalbete. Si me dieseis la espalda y no os conociera, juraría que no teníais más de veinte años. Decidme, ¿qué hacéis para conservaros tan joven?

—Cazo con el rey —dijo La Violette— o con Monseigneur, y nunca le añado agua al vino.

Alguien se rio. El rey no sonrió.

—Tengo entendido —dijo— que ni siquiera tomáis agua en la sopa.

—Es cierto, majestad. La sopa ya es en su mayor parte agua. Por consiguiente, debilita.

—Soy víctima de monsieur Fagon, que me ha ordenado que me tome un cuenco de sopa.

—Recomendado, majestad, no ordenado —murmuró Fagon con voz sibilante.

El rey hizo caso omiso de la interrupción.

—Si no tuvieseis tan mala opinión de mi sopa, estaría tentado de compartirla con vos.

El rostro del viejo cazador se sonrojó bajo el bronceado, pero se mantuvo en sus trece y respondió con sencillez:

—Vuestra majestad puede obrar según le plazca, pero por cuanto a mí se refiere, que soy un hombre corriente, me seguiría resultando debilitante.

El rey le permitió entonces retirarse; mientras retrocedía, el gentío se apartó ante las varas blancas de los maceros y llegó el caldo. El limosnero del rey, el mayordomo real, el catador del rey y un cuarto caballero, cuya misión consistía en sostener un plato bajo el mentón del monarca mientras bebía, formaron un semicírculo. Monsieur de Mailly había sido nombrado en su puesto hacía tan poco que sus nuevos deberes aún no habían perdido ninguna solemnidad a sus ojos. Lo asaltaban pequeños temores. ¿Y si tropezara? ¿Y si le dieran ganas de estornudar? Hizo la reverencia sin contratiempo y luego, aún lleno de inquietud, aguardó con la nave en las manos estiradas a que Monsieur llevara a cabo su parte del ceremonial.

Monsieur estaba abstraído. Parecía haber olvidado cuál era su deber. De pronto, volvió en sí, le sonrió a su hermano y se inclinó ante la nave. Sacudiéndolo, echó hacia atrás el encaje de sus puños y extrajo con delicadeza la servilleta real de la nave. Con las muñecas libres de encaje, como un jugador de naipes que demuestra que no tiene nada en las mangas, se volvió hacia su hermano y, con otra profunda reverencia, le presentó la servilleta.

El rey la desplegó sobre sus rodillas de una sacudida. Al hacerlo, salió despedido un pequeño panfleto que aleteó hasta el suelo, donde quedó junto a su zapato. Monsieur de Mailly lo vio con toda claridad, apoyado en la hebilla de diamantes, pero al estar cargando con la nave no podía agacharse a recogerlo. A Monsieur, al parecer, lo había paralizado la sorpresa. Pontchartrain dio un paso al frente, pero el rey fue más rápido. Con el panfleto en la mano, lo examinó.

Monsieur de Mailly se encontró mal: sintió una repentina presión en la boca del estómago. Nadie había sugerido nunca que debiese inspeccionar la servilleta antes de ofrecerle la nave al rey; el recipiente mismo era vigilado día y noche. Miró a Monsieur, pero no advirtió en su rostro ningún indicio de desastre, tan solo una expresión de divertido interés. Monsieur, sin embargo, era un privilegiado. Su compostura no le resultaba a monsieur de Mailly del todo tranquilizadora. En cuanto a Monsieur, apreció en el semblante de su

hermano una gran serenidad —demasiado grande—, que gradualmente dio paso a cierta gelidez. Monsieur conocía bien esa expresión. Su leve sonrisa aumentó ligeramente.

Al rey le llamó la atención un grabado que a primera vista parecía ser una representación de su estatua en la place des Victoires. Pero en la ilustración había algo mal. La estatua del rey se erguía en el pedestal, como ha de ser, y este estaba rodeado por cuatro figuras, pero no eran unos cautivos, ni estaban encadenados. En su lugar había cuatro mujeres a las que el monarca había amado, y eran ellas las que tenían al rey encadenado. Para que su propósito quedara meridianamente claro, el grabador había indicado sus nombres: madame de Montespan, la duquesa de La Vallière, la duquesa de Fontanges y madame de Maintenon. Había hecho bien en ser precavido, pues los retratos no guardaban el menor parecido con sus sujetos. Al rey lo embargó una colera fría, pero no dio la menor muestra de ello. Abrió el panfleto y halló otro insulto, y aún mayor, en la portadilla.

«Scarron apparu à madame de Maintenon —leyó, en grandes caracteres, y a continuación, en un cuerpo más pequeño— et les reproches qu'il lui fait sur ses amours avec Louis le Grand. A Cologne chez Jean le Blanc. M.DC.XCIV<sup>[20]</sup>».

Era sorprendente con qué desenvoltura, con cuánta desfachatez, lo acusaban, lo insultaban, por medio de esos panfletos anónimos, esas cartas sin firma, hombres como Fénélon, como Jean le Blanc, que no tenían el valor de lanzarle esos insultos a la cara. Juan Blanco. Juan Nadie. Eran muchos, y no merecían su enfado. No obstante, se sintió herido.

De pronto, oyó a Monsieur toser discretamente y comentar acto seguido con una voz de lo más sedosa:

—Se va a enfriar la sopa.

El rey alzó la vista. Advirtió la ligera sonrisa de su hermano y la consternación en el semblante de monsieur de Mailly. Hizo caso omiso del gesto esbozado por monsieur de Pontchartrain para retirarle el panfleto de las manos. Lo cerró sobre su rodilla.

—La sopa siempre está fría —dijo el rey y alargó la mano hacia el tazón de caldo.

El lever siguió su curso.

El rey se puso la casaca y, al hacerlo, deslizó el panfleto en el bolsillo, donde cabía como si hubiese sido hecho con ese fin. Escogió un corbatín y se lo anudó personalmente. Eligió un pañuelo, guantes, un sombrero y un bastón. Le pasaron por el hombro la banda azul de la Orden del Espíritu Santo de forma que le atravesase el pecho en diagonal. El emblema de la orden colgaba de un nudo bajo su mano izquierda. Le pasaron la espada por el cinto de la casaca, de manera que pudiera apoyar la mano en el pomo enjovado. Por último, se puso de pie con la mano izquierda sobre la empuñadura de la espada, la derecha sobre el puño de su gran bastón; buscó con la mirada a los miembros del Consejo del Lunes, que se acercaron, rodeándolo.

Monsieur de Mailly, aliviado de la carga de la nave y, en buena medida, también de su congoja, rezó la oración del día y el rey abrió el camino hacia la Cámara del Consejo.

Cuando la puerta se cerró tras su hermano, Monsieur, que no pertenecía al Consejo, volvió a ponerse el sombrero y se dirigió a presentar sus respetos a Madame, su esposa, proceder de lo más desacostumbrado.

## 4

**L**a mañana del Lunes de Pascua, Paul Damas se despertó en un momento intemporal y no supo dónde estaba. La voz que lo despertó le resultaba familiar, pero no conseguía situarla. Estaba hundido tan por debajo de la superficie de la conciencia que, aunque oía la voz, no era capaz de contestar.

La voz evocaba otra que, también desde muy lejos, decía: «Llama al alma errabunda», y esa voz la reconoció como la del sacerdote que le había enseñado a leer, le había enseñado el catecismo y unas nociones de los clásicos. Era un anciano con una sotana llena de lamparones de grasa, de rostro tan marrón como una nuez, y pómulos altos colorados como manzanas. Una mañana, en un jardín soleado, el cura le había expuesto una teoría de los clásicos, según la cual había que despertar a los durmientes poco a poco, para que al espíritu errante le diera tiempo a regresar a su envoltura carnal.

La voz siguió llamando. Era la de un anciano y estaba asociada con el recuerdo de una amabilidad que habían tenido con él y, sin embargo —ahora lo recordaba—, no podía ser la del sacerdote, porque llevaba muerto más de diez años. Con gran esfuerzo, abrió los ojos y vio inclinado encima de él un rostro familiar, aunque no era el de su preceptor. Tenía el color de la cera por el agotamiento, y se lo veía hirsuto por estar sin afeitarse. Por debajo de los rizos negros de la peluca asomaban unos cuantos mechones grises en las sienas hundidas, y los ojos parecían angustiados.

—Ha llegado la mañana, amigo mío —dijo el farolero—. Vuestra mañana y mi noche, y necesito la cama.

La memoria de Paul Damas quedó libre de repente del vasto hechizo del

sueño, en la fría y mortecina luz del día. Se sentó en la cama y miró preocupado a su anfitrión.

—Estáis fatigado —le dijo—. Yo en cambio he estado muy cómodo, gracias a vos. He dormido como un muerto. Pero ¿y vos? ¿Habéis pasado mala noche?

—¿Tan bien duermen acaso los muertos? —preguntó el viejo—. No ha sido peor noche que tantas otras. Lo que me afecta a mí es la edad, no el tiempo que haga. Fluye en mis venas y me va helando la carne poco a poco. Cuando me inclino, me da vueltas la cabeza. Ayudadme a quitarme los zapatos.

—No sois tan viejo —dijo Damas—. Lo que necesitáis es comer algo. Os buscaremos algo para desayunar.

Pero el farolero negó con la cabeza:

—Por nada en el mundo volvería a subir esas escaleras hoy. Ayudadme a meterme en la cama. Lo único que necesito es acostarme.

Sin sombrero, sin peluca y sin la casaca acolchada y con encajes, el anciano parecía diminuto, como un ave desplumada. Damas lo ayudó a meterse en la cama, le anudó el gorro de noche bajo la delgada barbilla y echó las mantas por encima de los hombros huesudos. Los ojos del viejo, llenos de padecimiento y gratitud, lo miraron.

—Os traeré café.

—Nada de café —dijo el anciano con firmeza—, es una droga extranjera. El rey nunca toma café.

—¿Coñac?

—Nada en absoluto. Voy a dormir. No hay mejor alimento que el sueño. Si volvéis... —hizo una pausa, cerró los ojos y luego prosiguió, de forma bastante confusa—: Si volvéis esta noche, estaré en la place des Victoires a la caída del sol, al servicio del rey. —Abrió brevemente los ojos y le lanzó una mirada fugaz al joven—. Volved —insistió con tono imperioso— y lo veréis. Ahí estaré. Soy duro. Duro como una rata vieja—. Cerró los ojos de nuevo y una sonrisa se abrió camino muy despacio en sus labios hirsutos.

—Muy bien —dijo Damas—, pero entre tanto, muchas gracias por el alojamiento esta noche.

Con los ojos cerrados, sin mover apenas los labios, el farolero repuso:

—No ha sido nada. Un pequeño favor de una vieja rata. —De pronto abrió

otra vez los ojos—. ¿Volveréis? —preguntó.

—Desde luego —dijo Paul.

Era una promesa. ¿Qué otra cosa podría haber dicho? Pero resultaba agradable pensar que el día, con independencia de cómo resultara, concluiría con un encuentro. También era agradable la seguridad de contar con un alojamiento para la noche. Que pudiera comer o no ese día ya era otra cosa. Cuando le había ofrecido coñac al viejo, se le había olvidado que había vaciado su bolsa la víspera. El anciano y él no tenían esa mañana entre los dos ni una sola moneda. Sin embargo, ahora que estaba del todo despierto, sintió renacer la esperanza. En algún lugar de París tenía que haber un trabajo aguardándolo.

Se puso los zapatos y se abotonó la casaca y entonces, recordando el consejo del Cantor de Baladas —«si tienes una camisa limpia, pónitela»—, se la desabrochó y se cambió la camisa. Se peinó, cepilló su sombrero con la manga, y, con la uña del pulgar, quitó lo mejor que pudo el barro seco del hombro de la casaca. No pudo lavarse ni la cara ni las manos —no había agua en la palangana de hojalata—, pero podría hacerlo más tarde en la calle, en alguna fuente, y así cuando llegara a la rue Saint-Jacques no se lo vería demasiado desastrado. Había sido un golpe de suerte que el jefe del gremio estuviese fuera de la ciudad y que fuese a su esposa a quien iba a presentarle su solicitud. Era menos probable que ella le hiciese preguntas que podrían resultarle difíciles de contestar.

Se acercó a la cama antes de salir del cuarto, para decirle unas palabras de adiós a su anfitrión, pero el anciano estaba profundamente dormido. Todo su orgullo y resistencia habían desaparecido. Estaba tumbado boca arriba. Su respiración era profunda y regular y de sus labios relajados, cada espiración salía con un pequeño soplo, pero le costaba respirar, y Paul pensó, observando sus esfuerzos, que cada aliento bien podría ser el último. No obstante, permaneciendo ahí no podía serle de ninguna ayuda al anciano y estaba deseoso de marcharse.

Bajó a tuestas la escalera, dejando atrás una puerta cerrada tras otra, y su inquietud por el viejo lo acompañó. Cuando hubo dado la vuelta al último recodo y empezado a bajar el último tramo de escalones, vio que la puerta de la calle estaba abierta. El aire fresco y húmedo subió a su encuentro: la calle

estaba llena de bruma. En el umbral, llenándolo por completo, había una mujer con una cesta al brazo. Le daba la espalda. Estaba hablando con alguien en la calle, a quien Paul no podía ver. Pensó en hablarle del anciano. Si vivía en el inmueble, probablemente lo conocería y no le importaría pasar a echarle un vistazo en el transcurso del día.

Paul bajó los últimos escalones, formulando en su mente su pequeño discurso, pero la mujer, dándose la vuelta, le cerró el paso con la cesta y con su cuerpo, y se le anticipó inquiriendo secamente:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Molesto por el tono, Paul olvidó su parlamento y respondió:

—¿Me tomas acaso por un ladrón?

—¿Y por qué no? —contestó ella—. No eres de la casa.

—He dormido aquí.

—No te he abierto la puerta.

—El viejo me dejó entrar.

—¿Qué viejo?

—El Padre Faroles.

—Ah, ese. Así que has dormido en su cuarto. No tiene derecho a subarrendarlo. ¿Cuánto te ha cobrado?

—He sido su invitado.

La mujer se ríe, burlona:

—¿Y no te ha cobrado nada? Pues ha sido necio al no hacerlo, visto que aún no ha pagado el alquiler.

—Esa es la historia —dijo Paul.

—Una historia bien boba.

—¿Puedo pasar?

Pero ella seguía cerrándole el paso. Paul no podía ver su rostro con claridad, porque la fuerte luz del día estaba a su espalda, pero su expresión era visible en su tono.

—Puedes pasar en cuanto me pagues por el alojamiento. Es lo justo. Soy yo la que cobra los alquileres de la casa. El contrato del viejo no le permite subarrendar el cuarto.

—No te creo —dijo Paul, y añadió—; además, no tengo dinero.

—Ay, mira —dijo ella—, pues yo sí que estoy por creerte. Pero sigues

debiéndome dinero, ¿y cómo sé que no eres un ladrón?

Paul no contestó. Apoyó las manos en el borde de la cesta e intentó empujarla a un lado. La mujer se volvió ligeramente, subiendo la cesta hasta su ancha cintura, de forma que la luz le dio en la cara y en el contenido de la cesta. Paul vio un manojo de nabos, largos, fríos y de un blanco mortecino, ligeramente morados por arriba, y a su lado, las tetillas moteadas de una ubre de vaca, la carne más barata que se podía encontrar a la venta en cualquier mercado. Levantó los ojos de la cesta a la cara de la mujer, que le pareció de un blanco tan mortecino como el de los nabos, gorda, mofletuda e insalubre. Tenía la boca fina, los ojos pequeños y negros como cuentas de rosario. Ella se resistió a su presión y dio una voz hacia la calle:

—Mathilde, corre a buscar a la policía.

No se apreciaba ninguna alarma en su voz y la mujer de la calle no la obedeció.

—¿Es un ladrón?

—Seguro que sí. Ya lo has oído. Ha estado en el cuarto del Padre Faroles mientras el viejo estaba fuera. Avisa a la policía.

Puede que estuviera de chanza, pero no había hilaridad en su tono. Paul era incapaz de juzgar la seriedad de sus intenciones. Sujetaba la cesta ante ella con mano firme, la espalda apoyada en la pared, y lo miraba fijamente de forma truculenta. Con las dos manos, Paul tiró bruscamente de la cesta hacia un lado con todas sus fuerzas y logró deslizarse junto a la mujer. En la calle, se encontró frente a frente con otra mujer, que retrocedió sorprendida y no hizo el menor ademán de detenerlo.

La mujer de la cesta maldijo a su conocida por dejar escabullirse a un ladrón. Paul, a la carrera, oyó a su espalda la voz de Mathilde, irónica y tranquila:

—¿Y qué iba a poder robarle al viejo? ¿Cabos de vela?

Paul huyó entre la bruma y solo después de doblar una esquina y sentirse a salvo, se detuvo y se acordó de que tenía que tomar nota de la calle y del inmueble para poder volver a encontrarlo de noche; encontrarlo si, por desgracia, el anciano no se presentara a la cita en la place des Victoires.

Esa tarde a las tres, mientras el rey se presentaba a su cita con La Violette, cuando el sol había fundido la bruma y el cielo estaba despejado y de un azul tierno sobre París como sobre Versalles, Paul Damas esperaba de pie en la cocina y librería de la rue des Lions. Su suerte había cambiado, siempre que Larcher aceptara emplearlo, pero todavía no había visto a Larcher.

El cuarto le gustó. Era provinciano en su llaneza, su tranquilidad y sus pequeñas dimensiones. El suelo de piedra, la gran chimenea, la extrema conveniencia de cada mueble, la frugalidad del fuego alimentado con cenizas de madera, lo hicieron sentirse como en casa. Había tenido más que suficiente de París por el momento. Hasta la figura de la mujer sentada a la mesa cuando entró formaba parte de la misma imagen. Iba vestida como cualquier campesina de modesta fortuna; la única concesión a la moda del momento era el encaje recto de su cofia. Se levantó a saludarlo, sin prisa, tomándose primero el tiempo de dejar la pluma de pie en el plato de arena, y poner un peso sobre la página abierta de su libro de cuentas.

Llevaba un chal de tres picos de lana marrón, estirado sobre el pecho, las puntas remetidas bajo el cinto del delantal. Este, de un azul desvaído, le llegaba hasta el dobladillo de la falda. Su tez, muy lisa, mostraba la blancura del habitante de la ciudad; la palidez le sentaba bien, resaltando el color gris cálido de sus ojos y los cabellos morenos que asomaban bajo los pliegues de la cofia. A Paul le pareció que era más o menos de su misma edad. Se sintió cómodo con ella: pertenecían a la misma clase, eran artesanos. Detrás de la mujer, entrevió una cántara de cobre, bruñida como una hoja otoñal de roble, y sobre la repisa de la chimenea platos de loza de motivos azules y marrones.

No podía aspirar a nada mejor que trabajar ahí, y durante mucho tiempo. Sintió que pertenecía allí. El mundo del Padre Faroles, del Cantor de Baladas, de la gorda de la cesta de nabos, formaba parte de un mal sueño.

Explicó qué lo llevaba allí y preguntó por el amo del negocio.

—Está ahí dentro —dijo Marianne, indicando la puerta del taller de encuadernación.

—¿Querrá recibirme? —preguntó Paul.

—Pasa y pregúntaselo —dijo ella con su pronta sonrisa divertida.

Aun así, Paul vaciló. Ansiaba tanto el trabajo que pecaba por exceso de precaución. Recordaba que había veces en que abrir la puerta de la encuadernación sin permiso expreso era correr el riesgo de exponerse a ser maldecido. Y es que para aplicar pan de oro al cuero, no puede correr ni una brizna de aire. La menor corriente... Resultaba, por descontado, harto improbable que Larcher estuviese trabajando con pan de oro sin avisar a su mujer. Aun así, Paul dudaba, los ojos fijos en el rostro de Marianne. Presa de su extraña inquietud, estuvo mirándola demasiado seguido, y a la mujer le empezó a subir el color a las mejillas. Se apartó bruscamente de él y abrió de un empujón la puerta del taller.

—Entra de una vez, te lo acabo de decir. —Y se apartó para dejarlo pasar.

La encuadernación era mucho más luminosa que la cocina, lo que le produjo a Paul la impresión momentánea de que era más espaciosa. Sin embargo, era igual de pequeña, igual de atestada; era más larga y más estrecha, pero tenía las mismas excelentes proporciones, de una elegancia pasada de moda. Ahí, también, todo pareció darle la bienvenida: los telares de encuadernar, las prensas, las mesas de corte, y particularmente la prensa de tomillo con sus enormes montantes, y el ambiente con su aroma familiar tan distinto de cualquier otra mezcla de olores. A través de las largas ventanas se veía el patio soleado.

Jean y Nicolas estaban los dos ocupados trabajando, Jean en un telar, Nicolas en una mesa alta junto a la puerta. Ambos alzaron los ojos cuando entró Paul: no cabía dudar quién era el patrón del negocio. A Paul lo sorprendió la edad de Larcher. Había supuesto que Marianne era la esposa del maestro; ahora se preguntó si no sería acaso una hermana del muchacho que, de forma harto obvia, era hijo de Larcher.

—Alguien que viene de parte de Bourdon —explicó Marianne.

Jean abandonó su costura y, en deferencia a la mención del nombre del jefe de su gremio, salió al encuentro del visitante.

Una vez más, Paul explicó qué lo llevaba allí. Abrió su saco y sacó sus credenciales de oficial y su *chef d'oeuvre*. Jean lo escuchó sin interrumpirlo. Cuando Paul hubo concluido, Jean dijo solo:

—No le he pedido un ayudante a Bourdon.

—He sido yo quien ha presentado la solicitud —dijo Nicolas—. Se la he

dejado a madame Bourdon hoy al mediodía.

Jean se limitó a mirar a su hijo.

—No necesito ningún ayudante —dijo tranquilamente, a modo de conclusión.

El tono era definitivo. Sin decir una palabra, Paul echó un último vistazo alrededor, despidiéndose de todos esos objetos familiares, de la agradable estancia, la masa de color vivo contra la pared gris verdosa donde estaban colgadas las pieles teñidas, y se volvió para marcharse, con sus papeles y su obra maestra aún en la mano. Su decepción era indescriptible. No obstante, pretendía mantener su dignidad hasta quedar fuera del alcance de las miradas fijas en él y particularmente de los ojos grises de Marianne. Mientras se volvía, sin embargo, Jean preguntó:

—¿Qué tienes ahí?

Y cogió de la mano de Paul no las credenciales, sino el libro.

Era un pequeño volumen encuadernado en tafilete granate, con el lomo y las cubiertas fileteados en oro y el corte superior de las páginas asimismo dorado. Larcher lo acarició con la palma de la mano, deslizó un dedo experto por las tapas junto al lomo, comprobando el abanico de los cordeles; luego examinó las cabezadas, dejó que el libro se abriera solo en la palma de su mano y lo cerró.

Paul se dio cuenta de su aprobación por cómo lo tocaba, pero la expresión tozuda no se borró de su semblante.

—¿El dorado es también obra tuya?

—Todo.

—Está bien hecho.

Paul inspiró hondo. Larcher se ablandaría.

—No obstante —dijo Jean sin soltar el libro—, aún te queda algo que aprender en lo concerniente a las cabezadas.

—Pensé que estaba bien cosido.

—Muy bien cosido. Pero mira aquí: has colocado el cordel en la parte superior del lomo y has cosido la banda por encima. Entonces, ¿qué ocurre cuando se saca el libro del estante? El dedo tira de la cabezada y, a la larga, lo que acaba por soltarse es el cordel, la estructura misma de la encuadernación.

—A mí me parece firme —dijo Paul.

Larcher negó con la cabeza:

—Te mostraré ejemplos. Aquí también reparamos libros, tan a menudo como hacemos encuadernaciones nuevas. —Miró alrededor del cuarto, pero antes de que se lo pudiera pedir, Nicolas encontró lo que buscaba su padre y se lo tendió—. Fíjate bien —siguió diciéndole a Paul—, lo que ocurre es esto. En París ya no colocamos el cordel encima del todo. En provincias tardan en aceptar los cambios, aun para bien. Aquí lo que hacemos es bajar un poco el cordel superior; reforzamos la costura cuidadosa de la cabezada. Así el libro dura más. Cuando se trata de que un libro dure cien, doscientos años, como debe ser, estas minucias tienen su importancia.

Paul escuchaba atentamente, con la sensación creciente de que Larcher había desistido de su rechazo absoluto, y por la muy buena razón de que había visto y apreciado el trabajo de Paul. Nicolas prestaba atención al insólito discurso de su padre con la misma confianza satisfecha. Entonces Jean, sin sonreír, pero con amabilidad, le devolvió su libro a Paul; Nicolas le indicó a Paul que volviera a presentar sus credenciales. Jean advirtió el gesto y, dirigiéndose a los dos jóvenes, sin énfasis indebido, pero con voz pausada y ronca que transmitía irrevocabilidad, dijo:

—Aun así, no necesito un ayudante.

—Pero dijiste que lo tomarías en consideración —exclamó Nicolas.

—¿Y bien? —dijo Jean, y añadió—: Ya lo he hecho.

—No, Jean —intervino su mujer—. Nicolas ha obrado razonablemente, tienes que admitirlo. Y este joven ha venido de buena fe. No deberíamos hacerle perder el tiempo. Déjale que se quede esta semana y veremos cómo van las cosas.

La doble e inesperada protesta sorprendió a Paul, aunque muy agradablemente. Jean también se quedó atónito. Miró fijamente los rostros que tenía ante sí —uno expectante, otro esperanzado, otro cargado de reproches— y después levantó las manos, con la palma al frente, en un gesto de resignación, y le dio la espalda a su mujer, a su hijo y a Paul Damas. Era lo mismo que declarar: «A vuestro gusto». Pero en el gesto había también, le pareció a Paul, una inmensa e inexplicada tristeza.

Jean no dijo ni una palabra más, ni entonces ni en el transcurso de la tarde. Sacó un trabajo sin terminar y lo puso ante Paul, y regresó a su costura. Fue

Nicolas quien le explicó cuanto necesitaba saber acerca del taller, quien le sonrió como a un camarada e intercambió algunas palabras con él de vez en cuando, aunque nunca intentó entablar una conversación. Esto, en sí, no inquietó a Paul, ni le resultó deprimente el silencio de la encuadernación mientras trabajaban juntos los tres. Había cierta actividad en el patio: voces de mujeres, sonido de ruedas, de cascos de caballos, tintineo de arneses cuando las caballerías eran conducidas a su establo, el excitado graznido de unos patos. El lugar no era una tumba. Más de una vez, sin embargo, sorprendió a Nicolas escrutando a su padre, cuando este no era consciente de ser observado, con una expresión que era mezcla de inquietud y especulación, lo cual le hizo preguntarse cuánto duraría la victoria de la madre y del hijo frente al padre. Por la mañana, si no cuando cayera el sol, Jean podría reafirmar su autoridad y Paul se encontraría de nuevo entre los desempleados de París.

La clara luz fue disminuyendo gradualmente. El crepúsculo empezó a insinuarse en los rincones del taller. A las siete empezó a resultar difícil ver y trabajar con precisión. El tañido de las campanas de las iglesias, vecinas y en la distancia, empezó a flotar sobre el patio. En cuanto empezaron a sonar, Jean le indicó a Paul con un gesto, sin mediar palabra, que podía retirarse. Tenía el semblante triste, pensó Paul, mucho más triste que adusto. La situación era intrigante. No obstante, al tener permiso para irse, recogió sus cosas, echó mano de su casaca y sombrero y pasó a la cocina, donde Marianne lo saludó con una alegre inclinación de cabeza y le deseó buenas tardes.

En parte como subterfugio para demorar su salida a la calle cuando aún quedaba tanto por resolver: su salario, sus privilegios —en Auxerre solía cenar con el maestro—, tendió las manos sucias al frente y preguntó si podría lavárselas antes de irse. La respuesta de Marianne fue rápida: echó agua en una palangana y le trajo una toalla apenas ligeramente arrugada. Mientras Paul se enjabonaba y aclaraba las manos, ella dijo:

—¿Dónde está el libro que tanto le ha gustado a mi marido? —Y una vez en posesión del mismo—: Es muy bonito. Ya que trabajas aquí, debería estar expuesto. Podría atraer clientes.

—¿Lo conoce?

Marianne echó un vistazo al título:

—¿Es la obra de teatro? Hubo una con el mismo título.

—Tal vez la haya visto representar.

—No vamos al teatro.

—Yo la encuentro admirable —dijo Paul—. Uno de mis mayores deseos es poder verla sobre las tablas.

Marianne negó con la cabeza.

—Ya no la representan —dijo—. Nunca se oye hablar de ella.

Paul seguía remoloneando. La mesa estaba puesta; había un aroma muy apetitoso a garbanzos guisados con perejil y puerros. Si esperaba un poco más, puede que lo invitara a quedarse a cenar. Sin embargo, mientras vacilaba junto a su libro, en la ventana donde ella lo había colocado, Marianne dijo:

—Ahí está seguro. Nos veremos mañana a las siete de la mañana.

Tenía sus propias razones para querer echarlo de la cocina cuanto antes. Estaba tan poco convencida como Paul de que Jean, con más tiempo, no diera marcha atrás en su decisión. Si Nicolas se había hecho merecedor de una reprimenda, la presencia continua de Paul podría postergarla tanto como precipitarla, Marianne no tenía modo de saber cuál de las dos cosas. Por otra parte, si la rendición incondicional y la reconciliación fueran posibles, sería mejor que Nicolas y su padre estuvieran solos.

Acompañó a Paul a la puerta antes de avisar a Jean para que cortara el pan.

La cena transcurrió como de costumbre, en silencio. Los dos hombres estaban hambrientos. Pero en cuanto hubo vaciado su cuenco, Nicolas empezó:

—Papá.

Jean alzó la vista sin levantar la cabeza.

—No vamos a hablar de esto —dijo.

—Pero papá —insistió el muchacho.

Marianne, levantándose, le puso una mano en el hombro, a título de advertencia. Volvió a llenarle el cuenco y él se comió lo que le sirvió, pero en su silencio y en cada uno de los gestos de su mano o cabeza, su madre notó cómo iba poniéndose cada vez más tenso. Tras la última cucharada, sin pedirle permiso a nadie, el joven se levantó, cogió su sombrero y salió de la habitación poco menos que escopetado.

Marianne miró a su marido, que le devolvió la mirada como si no hubiese pasado nada. Se cortó otro trozo de pan y limpió la escudilla con él. Los

músculos de la mandíbula se le marcaban en la piel al masticar. Mantenía los ojos fijos en el centro de la mesa, sin ver, y su mujer lo contemplaba medio exasperada medio conmisericordiosa. Por último, él también se levantó, cogió el sombrero y la pipa y salió de la cocina en busca del consuelo de La Grada de Oro.

Nicolas se fue derecho al río. No tenía ningún plan en mente, salvo alejarse de sus padres. No podía mostrarse tolerante con su progenitor, ni siquiera agradecido. Si se había salido con la suya en la discusión, la severidad de su padre despojaba la circunstancia de toda satisfacción. Si no había ganado y Paul iba a ser despedido al término de la semana, o al día siguiente, no había nada por qué estar agradecido. Mientras su padre se empeñara en no hablar con él, no sabía a qué atenerse. No sentía más que indignación cuando dobló la esquina de la rue du Petit-Musc y cruzó el muelle en diagonal.

Paul Damas estaba sentado en el parapeto sobre el muelle Saint-Paul, contemplando a los barqueros abajo en la orilla. Vio cómo desembarcaban los últimos pasajeros del *coche d'eau* d'Auxerre, subían la escalera de piedra y desaparecían por las calles que subían desde la orilla, o franqueaban la puerta de La Petite Bastille, una taberna. Las mujeres del mercado habían retirado sus puestos y cestas algo antes. El cielo se llenó de una suave luz dorada detrás de unas nubes bajas. Empezaron a aparecer luces en los edificios que había al otro lado del cauce del río y los hombres de la ribera colgaron sus faroles a proa y a popa de las gabarras y barcas más pequeñas y encendieron una hoguera en la gravilla enlodada. La tarde era suave, el aire mucho más tibio que la víspera, Domingo de Resurrección. La piedra bajo la mano de Paul seguía caliente de la larga tarde de sol.

Se quedó allí sentado, con una rodilla plegada ante él en el ancho parapeto, lo bastante conforme para disfrutar de la escena, solo ligeramente inquieto por una sensación de hambre, la cuestión de dónde pasaría la noche, la inseguridad de su nuevo empleo. No había comido nada desde la noche anterior, pero razonando consigo mismo, se decía que un poco de ayuno nunca le había hecho daño a nadie. Al contrario, ayudaba a aclarar las ideas. En cuanto al alojamiento, siempre le quedaría el viejo farolero, quien ya debía de estar trabajando, a menos que estuviera enfermo de veras. Si el anciano estaba

indispuesto y no había salido de su cuarto, Paul tendría que enfrentarse de nuevo a la gorda de la cesta. Y esta noche no podía ofrecerle nada de comer o beber al viejo. Las perspectivas no eran demasiado halagüeñas. Se acordó entonces de lo fácil que le había resultado a la mujer del maestro Larcher echarlo de su cocina, y se maldijo ligeramente por no haberle plantado cara y haberle pedido un pequeño adelanto sobre su salario. La falta absoluta de dinero era un inconveniente claro. Estaba pensando en Nicolas cuando, de hecho, vio al muchacho atravesar el muelle caminando, no corriendo, pero tan deprisa como si tuviese al mismísimo diablo pisándole los talones.

Nicolas, al oír que lo llamaban, se detuvo en seco. Se mostró encantado de ver a Damas. Por un momento, intentó explicar sus prisas, pero luego, riéndose, solo dijo que necesitaba estirar las piernas. No iba a ningún sitio. Podía acompañar a Paul a donde fuera y así podrían conversar mientras caminaban. El resultado del encuentro fue que se pasaron más de una hora recorriendo el paseo arbolado del Mail, bajo las antorchas esculpidas del Arsenal, entre el Arsenal y el Sena.

No hablaron del taller, ni del deseo de Nicolas de abandonarlo, ni de mujeres. Hablaron de libros, lo que los condujo a una discusión acerca de la Supuesta Religión Reformada, la *Religion Prétendue Réformée*; de ahí pasaron a las *Cartas provinciales* de Pascal. Paul había leído muchos de los libros que ya no se imprimían *avec privilège du Roi*, y no lo alteraba lo que había leído, pero no porque fuese extremadamente devoto. Nicolas había leído poco y lo apasionaban todas las ideas nuevas.

Entre otras cosas, quería saber por qué las *Cartas* de Pascal le estaban vedadas. ¿En qué consistía ese jansenismo que Pascal defendía y que, al parecer, había convertido en santos a los hombres y mujeres de Port-Royal? ¿Por qué intentaban destruirlo los jesuitas y el rey? ¿En verdad conducía a las herejías de la supuesta religión reformada? ¿Y qué había de Molinos y de esa extraña gente a la que llamaban cuáqueros? Había leído a Pascal lo suficiente para sentir tremenda admiración por su mente y su espíritu, aunque nunca había poseído un ejemplar de las *Cartas* o de los *Pensées*. Había frases que le habían parecido puros destellos de relámpagos espirituales. ¿Debía acaso renunciar a su admiración por Pascal para poder ser considerado un buen cristiano y un leal sujeto? De ser así, no estaba muy seguro de querer ser

ninguna de las dos cosas. Le soltó todo esto a Paul con lo que a este le pareció gran indiscreción, teniendo en cuenta que solo se conocían desde hacía unas pocas horas. Y a Paul, quien a lo largo de su vida siempre se había propuesto no entregar nunca su devoción por completo a ninguna causa, le halagó la confianza del muchacho. No demasiado enterado él tampoco, pero sí mucho más que el chico, trató de dar respuesta a algunas de sus preguntas. Se hallaban en terreno peligroso: ambos eran conscientes de ello. Resultaba muy placentero para los dos poder hablar sin restricciones, como si fuesen viejos amigos.

Entre ellos y el canal principal del río se hallaba una isla, la Île Louviers<sup>[21]</sup>, donde se apilaba la madera verde para que se secara y asimismo se almacenaba la leña de la ciudad. Por encima de sus cabezas, a los olmos les estaban empezando a brotar las hojas. El aroma punzante, fresco y ligeramente amargo de los capullos y de las hojas nuevas se mezclaba con el del agua y la madera recién cortada.

Mientras tanto, Marianne recibía a un visitante.

Jacques Têtu, abate de Belval y prior de Saint-Denis-de-la Chartre, era un viejo muy excéntrico. Entre sus muchas costumbres extrañas estaba la de recorrer la ciudad a pie como cualquier hombre corriente, en vez de ir en los carruajes de sus amistades o alquilar una silla de manos. Era sabido que no podía permitirse un carruaje propio y que daba mucho dinero a los necesitados. Nadie suponía, sin embargo, que sus obras de caridad lo hubiesen dejado reducido a la necesidad de ir andando. Le gustaba caminar, y prefería hacerlo solo. Esa primavera de 1694, pasó un buen montón de tiempo merodeando por el Quartier Saint-Paul sin compañía.

Su afecto por el vecindario les resultaba incomprensible a sus amigos. Ya no estaba de moda, y hacía treinta años que no lo estaba, en tanto que el propio abate era ese invierno una de las modas de París. Las grandes damas acudían a visitarlo en su «día». Sin embargo, el Quartier le encantaba. En tiempos había sido real. Los nombres de las calles eran reminiscencias de los jardines de palacio. El nombre de la rue des Lions era cuanto quedaba del parque zoológico de Carlos V. En la esquina de la rue des Lions había una *tourelle*,

una pequeña torre, que en tiempos había formado parte del real palacio Saint-Pol, y como aún recordaba el abate, que tenía muy larga memoria, la marquesa de Sévigné, su marido y su hija pequeña habían residido en la rue des Lions. Caminar por esas calles le proporcionaba a Jacques Têtu un placer similar al de pasear por el campo o por los bosques en otoño, pero le gustaba aún más porque, pese a su carácter melancólico y su afán de soledad, era un hombre muy sociable. Le gustaba sentirse en soledad entre sus congéneres. Por añadidura, el vecindario resultaba cómodo por su proximidad a la catedral y a la iglesia de Saint-Denis-de-la Chartre.

Esa tarde, salió de la rue Beau-Treillis a la rue des Lions y vio un reflejo carmesí en un sitio donde no se había fijado antes que hubiese un escaparate. No tenía noticia de que hubiese una librería en el barrio, y dado que no podía pasar junto a una librería ni una mujer bonita sin echar un vistazo, se detuvo, y le encantó el volumen encuadernado en carmesí.

Marianne, abandonada por sus dos hombres, había recogido la cocina y fregado los platos de la cena. Abrió la puerta para arrojar el agua de fregar al empedrado del pasaje cubierto justo cuando apareció el abate. No pudo abortar el gesto. El agua cayó formando un amplio arco plateado, estrellándose justo delante de los pies del sacerdote.

Marianne ya había visto antes al abate: no era una figura que pasase inadvertida. Era el hombre más alto y más enjuto que había visto en su vida. No obstante, no sabía nada de él, sino que debía de ser un personaje importante. La sorprendió que se detuviese delante de ella, y la acongojó haberlo mojado casi con su agua grasienta. Se disculpó; le hizo la reverencia, pero el abate, con benevolencia, le quitó importancia a la cosa. Deseaba visitar la tienda. Una vez dentro, fue derecho a la ventana y, sin pedir permiso, cogió el volumen que le había llamado la atención y se puso a examinarlo.

Manoseó el libro acariciando la piel, igual que había hecho Jean, y permitió que se abriese solo en su mano larga y huesuda. Luego preguntó:

—¿No tenéis una vela?

Eso era lo que Marianne había esperado, que alguien se viese atraído al negocio al ver el libro. No había contado con la visita de alguien tan extraordinario. Cuando hubo encendido la vela, el abate le pareció aún más extraordinario, una especie de aparición benéfica. No era meramente delgado:

era macilento. Vestía la negra sotana corta del sacerdote secular, que hacía que sus piernas, con sus medias negras, pareciesen aún más largas y huesudas de lo que eran. No llevaba peluca. Su cabello, en tiempos rubio, se había vuelto rojizo con los años y estaba entreverado de gris. Sus cejas, hirsutas y rubias, y sus pestañas brillaban a la luz de la vela, pero la frente, muy prominente sobre las hondas cavidades de los ojos, los hacía parecer aún más profundos. Su rostro, toda su cabeza, era de estructura larga y estrecha, y tenía los hombros altos y desiguales. Uno de los ingenios de la corte había dicho de él: «Tiene la forma de un pomo de perfume. Cada vez que se quita el sombrero, siento el impulso de ponerle el dedo en la coronilla, para taponarlo». Ahí de pie, en la tienda, con el libro de Paul en la mano, se mostraba al tiempo extrañamente embarazado y extrañamente a gusto.

Se puso a leer en silencio, pasando una página tras otra. Marianne esperó, esperanzada. Luego cerró el libro, poniendo un dedo de señal, y mirándola con tristeza con sus ojos hundidos y brillantes, dijo con una voz grave preciosa:

—Es un ultraje, mademoiselle.

—¿Qué pasa, monsieur abate, qué está mal?

—Pues que una encuadernación tan espléndida —respondió el abate Têtu— encierre un texto tan pernicioso.

Marianne intentó recordar qué sabía de la *Fedra* de Jean Racine, aparte del hecho de que ya no se representaba en la Comédie, y al darse cuenta de que no sabía nada, guardó silencio.

El abate curioseó por la tienda y preguntó si llevaba mucho en ese lugar.

—Oh, sí, monsieur, bastantes años ya.

—Soy culpable —suspiró el abate— de no observar de forma adecuada el mundo en el que vivo. ¿Es vuestro marido el responsable de esta encuadernación?

—Su ayudante.

—Un artesano excelente —dijo el sacerdote—; es una lástima que no haya dispuesto de mejor texto sobre el que ejercer su talento. —Examinó pensativamente el libro que sostenía en la mano y luego siguió con tono decidido—: Le traeré un libro merecedor de sus desvelos, que se convertirá en un tesoro en mi biblioteca. ¿Os extrañáis, mademoiselle? Me explicaré.

Dejó caer su sombrero negro sobre la mesa, se acomodó en la silla de

Jean, cruzó las largas y delgadas piernas negras, y dijo:

—Escuchad esto.

Abrió el libro y empezó a leer.

Su voz era baja y no la forzaba, sin embargo, llenaba la habitación. Nada le recordó a Marianne tanto como el zumbido de las abejas en un jardín caluroso; el contraste entre su apariencia —un puro espantapájaros— y la calidad de su voz, refinada hasta el último extremo, le produjo tal fascinación que no prestó del todo atención al significado de las palabras. Leyó con desaprobación, pero lo hizo tan bien que los largos alejandrinos desfilaron, equilibrados, monótonos, sutilmente variados, proporcionándole gran placer aunque no los comprendiera enteramente. Entonces, el abate repitió un verso:

—«C'est Vénus tout entière à sa proie attachée<sup>[22]</sup>».

—Se paró en seco. —¿Es este acaso un verso digno de la pluma de un caballero cristiano? En todo este drama, ¿qué ha sido de la voluntad cristiana de resistir el poder de la carne? Un drama de deseo triunfante, sin ninguna gracia redentora. —Dejó el libro en la mesa—. Mademoiselle —dijo, alzando un índice huesudo para dar énfasis a su declaración—, el mismo hombre que escribió estos versos se ha arrepentido de ellos. Los desaprueba de tal modo que ha renunciado al drama y al teatro y vive en cotidiana aflicción por haber prodigado otrora su talento en ellos. Porque forzoso es admitir que poseía cierto talento. Un don limitado. Sin embargo, he aquí su pieza más notoria encuadrada con tan amoroso cuidado que este librito parece casi un relicario.

Suspiró y miró por encima de Marianne hacia las sombras de la chimenea. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy baja.

—Una muy gran dama, poeta asimismo, y toda una belleza en su juventud, una señora instruida, no se dejó engañar por el talento de monsieur Racine. Está muerta; falleció, no hará ni dos meses. Tardó mucho en morir. Son sus poemas lo que le pediré al ayudante de vuestro marido que encuaderne con el mismo primor que ha puesto en esta *Fedra*. Ese volumen sí será en verdad un relicario. Soy viejo. Vi florecer su belleza y la vi marchitarse bajo la plaga del dolor. Tenía un bulto en el pecho. De ese tumor murió. Regocijaos en vuestra juventud, mademoiselle, porque es como la rama en mayo.

—Ay, monsieur abate —dijo Marianne—, que tengo un hijo crecido.

Él no pareció oírla.

—*Tant qu'on est belle...* —dijo en voz muy baja, con la mirada perdida en el atrio oscurecido, y a continuación—: *Mais on a peu de temps à l'être, et longtemps à ne l'être plus.*<sup>[23]</sup>

Miró vagamente a su alrededor, recogió su sombrero y se puso en pie, desdoblándose lentamente hasta recobrar toda su estatura.

—Estoy abusando de vuestro tiempo —dijo—. No puedo dormir. El opio de nada me vale. Me paso las noches despierto, una tras otra, acosado por mis recuerdos. Mañana os haré llegar los poemas de madame Deshoulières. Os ruego que dispongáis sus iniciales entrelazadas en un monograma, como las de monsieur Racine.

Se puso el sombrero y se dirigió lentamente a la puerta, acompañado por su sombra, no pareciendo quien era, con sus negros ropajes, sino él mismo una alta sombra. Hizo una pausa en el umbral y añadió:

—Puede que os envíe también, algo más adelante, un pequeño drama de mi autoría, de asunto bíblico.

Se marchó, dejando a Marianne convencida de que los designios de Nicolas no se torcerían, que Jean no despediría a un oficial que había traído a la tienda un encargo de aquel extraño, pero distinguido, abate. Se le había olvidado preguntarle su nombre. Con tal de que a él no se le olvidara, entre sus recuerdos, mandar el libro.

Apenas se hubo marchado, su visita empezó a adquirir la cualidad de un sueño. Le había contagiado su tristeza a Marianne y había evocado en ella un placer intranquilizador, una gratitud personal.

«Ha pensado que era joven —se dijo, mientras cerraba las contraventanas sobre el crepúsculo aún luminoso—. Yo, que he parido cinco hijos y enterrado a cuatro de ellos; que tengo un hijo crecido».

**M**onsieur encontró a su mujer ocupada escribiendo cartas. A sus pies había una cesta de cachorros de perro de aguas de color miel. Echada sobre los hombros, por encima de la bata, llevaba una vieja esclavina de piel que había traído consigo del Palatinado hacía años, en tiempos de su boda. Sus cabellos, descubiertos, aún no habían sido peinados para el día. No tenía polvos ni maquillaje en la cara, pero nunca los usaba. Cada peca, marca y arruga quedaban a la vista tan claramente como Dios había querido. Era una mujer mayor, corpulenta, más fornida que gruesa, pues hacía ejercicio a diario. Recibió a Monsieur sin el menor comentario, dirigiéndole a cambio de su elaborada reverencia una mirada de franca curiosidad. No había esperado una visita suya, pero aunque lo hubiese hecho, no habría alterado en el menor punto su rutina diaria.

Las ventanas estaban abiertas de par en par y la estancia estaba impregnada de aire húmedo. Monsieur se estremeció, pero no hizo el menor gesto para cerrarlas. No tenía intención de quedarse mucho tiempo. Junto al recado de escribir de su mujer había una bandeja de plata con el desayuno que le habían subido de las cocinas. Monsieur la recorrió con la mirada, pero no vio lo que buscaba. Con hábil despreocupación, comentó:

—El rey ha recibido un panfleto esta mañana con su caldo.

—¿De veras? —dijo Madame—. ¿Era este mismo?

Alzó una hoja de papel y cogió un ejemplar de *Monsieur Scarron apparu à madame de Maintenon*. Se lo ofreció a su marido con su pequeña mano firme y llena de pecas, y Monsieur se inclinó lo suficiente para comprobar el

título.

—Si deseáis leerlo —dijo su esposa—, tomadlo, vuestro es.

—Os lo agradezco —dijo Monsieur—. Puesto que lo habéis recibido con vuestro *petit déjeuner*, es probable que yo también reciba uno.

—Estaba envuelto en mi servilleta —dijo—, como habríais imaginado. ¿Presumís acaso que haya profusión general de panfletos esta mañana?

Monsieur sonrió.

—Puesto que el rey y vos habéis merecido tal gracia, ¿por qué no el resto de la familia?

—*La reine Scarronique* —dijo Madame, levantando la pluma— estará interesada.

Sabía que la visita había llegado a su fin. Mojó la pluma en el tintero y examinó la carta que había dejado a medias. Mientras salía, Monsieur ponderó hasta qué punto estaba de buen humor su mujer por el término con el que se había referido a su enemiga. Disponía de un vasto número de designaciones en dos idiomas, bastante menos caritativas o decorosas. Le envidiaba su inventiva y su vocabulario.

El rey estuvo reunido con su Consejo esa mañana las tres horas acostumbradas. Cuando dieron las doce, cruzó la *Salle des Glaces* y se dirigió a su capilla a oír misa, seguido por la mayor parte de su corte. Después de misa, almorzó en la *Salle du Grand Couverty* luego, puesto que era lunes, permaneció ahí por espacio de una hora para atender las peticiones que cualquiera del país, noble o plebeyo, quisiera plantearle. Al cabo de ese tiempo, se retiró a su dormitorio, donde se puso ropa de caza: chaqueta, botas, sombrero, peluca, de todo. Bontemps, al recoger la casaca que llevaba puesta el rey por la mañana, le sacó de los bolsillos el pañuelo real, un puñado de medallas santas y el panfleto difamatorio. Al verlo, el rey pidió que se lo entregara y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta de caza con la intención de confiárselo a monsieur de Pontchartrain. Tenía la mente ocupada con los asuntos debatidos en el Consejo. El panfleto se había convertido en una irritación mínima que olvidó en el transcurso de las horas siguientes.

La Violette le había prometido buena caza al rey y cumplió su palabra. Las

aves aparecieron a menudo, el monarca disparó sin fallar una sola vez. Sin embargo, varias veces sintió mareos que lo forzaron a bajar la escopeta cuando iba a apuntar y aguardar antes de poder volver a apoyarla en el hombro. El sol seguía brillando y los faisanes apareciendo, cuando el rey se retiró del campo, poco antes de las seis de la tarde, para dirigirse, aún vestido con su atuendo de caza, al apartamento de madame de Maintenon. Se sentía grandemente fatigado.

Entró en el aposento sin ser anunciado, antes de su hora acostumbrada, y encontró a su ocupante sentada en su rincón resguardado entre la chimenea y el lecho. No se le había pasado por la cabeza que pudiera no estar ahí, lista para recibirlo.

Madame de Maintenon sostenía en las rodillas una mesa portátil, cubierta de papeles. Cuando entró el rey, los recogió todos con gesto de sorpresa y le entregó la mesa a Nanon, que aguardaba a su lado. La abnegada Nanon, ese tesoro, se inclinó ante el rey, manteniendo en equilibrio la mesa en sus manos, y desapareció en la estancia contigua. Madame de Maintenon se adelantó a saludar al rey. Este, al besarla, pendiente solo de su propio malestar, no apreció ninguna reticencia en su actitud ni notó que sus párpados estaban húmedos de lágrimas. Estaba ahí cuando la necesitaba, como siempre, con sus suaves y delicadas mejillas, su encaje, vestida de terciopelo sin contaminar por ningún perfume artificial, y en el encaje apenas un ligerísimo olor a incienso, como si acabase de salir de la capilla. No obstante, la había interrumpido en la única hora del día que intentaba reservar para sí misma.

Aunque su mayor dicha era encontrarse en Saint-Cyr, su escuela para damas nobles venidas a menos, raras veces podía estar allí a solas, y nunca libre de responsabilidades.

En Versalles siempre tenía ocupadas las largas tardes con el soberano, y cuando este se retiraba, había visitas de cortesanos y de los hijos del rey, para los que servía de mediadora ante su padre. Hacía frente a las tensiones, a los celos, a la malicia, con caridad y sentido común. Siempre había cartas por escribir, libros que leer. Se levantaba a las siete de la mañana y raras veces se le permitía acostarse antes de medianoche. Estaba a punto de cumplir sesenta años —era mayor que el rey— y aunque siempre había vivido libre de disipaciones, la tensión de sus largas y atestadas jornadas estaba empezando a

hacerse notar. Sus jaquecas eran más frecuentes, su neuralgia más dolorosa.

Se había casado porque su director de conciencia la había convencido de que era su deber hacerlo. Rezaba a diario para poder hacer por el rey cuanto este necesitara, pero no lo amaba. A los niños los quería con gran ternura, incluso a aquellos que ya no eran merecedores de su afecto, así como a los viejos servidores, pero ningún hombre había sido capaz de suscitar en ella una ternura similar. El rey era su responsabilidad. Lo estimaba, le estaba agradecida. Se sentía especialmente agradecida cuando pensaba en Saint-Cyr: era un regalo suyo, un presente laborioso, máspreciado que las joyas. Como mujer, sin embargo, recibía las atenciones del rey como una especie de penitencia, y la maravillaba que estas continuaran, año tras año. Igual que sabía que existía el mal, conocía la existencia de la pasión sexual. A diario se encontraba con pruebas de su violencia en una u otra persona y sabía cómo guardar las apariencias, pero no la comprendía. Jamás la había experimentado.

Cuando Nanon Balbien le trajo su escritorio esa tarde, la vieja le había dicho:

—Ahí está ese horrible panfleto calumnioso. Lo hubiese destruido de no ser porque me habéis dicho tantas veces que no destruya ni oculte nada. Ay, madame, en los viejos días, cuando preparaba vuestro humilde guiso, no había en el caldo más que bondad. Os atormentáis innecesariamente, si me permitís decíroslo.

—Estar al tanto de las actividades de los enemigos, así como de los amigos de una —había repuesto madame de Maintenon—, no es sino simple sabiduría.

Sabía que era odiada. El panfleto en sí no la había sorprendido. Había considerado con tranquilidad, y hasta con cierta satisfacción puritana por sufrir en el cumplimiento de un deber, la caricatura de la estatua y las cuatro mujeres que mantenían esclavizado al rey. La invocación del fantasma de Scarron la había perturbado un tanto: nunca había olvidado su profunda gratitud de niña a Scarron. Su propuesta de matrimonio la había liberado de la necesidad de ingresar en un convento. Había sido un gesto protector ofrecido galantemente por un hombre cuarentón (y tullido) a una muchacha de diecisiete. La habría complacido hallar un atisbo de su ingenio y su valentía en las páginas que seguían al grabado, pero no había ni el menor rastro. No había

encontrado ni siquiera un toque de su jovial obscenidad. No era más que una narración extravagante en la que aparecían y desaparecían personajes de las obras de Scarron, en la que el rey hacía proposiciones deshonestas a su huésped, la reina de Inglaterra, y en la que ella misma se iba de extraña peregrinación. Había estado a punto de dejarlo de lado cuando había llegado, a mitad del texto, a un pasaje que la hirió profundamente. Había leído que en Saint-Cyr mantenía y educaba a un grupo de jóvenes de buena familia, pero venidas a menos, entre las que escogía, a su discreción, concubinas para el monarca achacoso. Había sentido las lágrimas venirle a los ojos y se había quejado a Nanon:

—¿Por qué tienen que atacar Saint-Cyr?

En ese momento entró el rey, demasiado temprano, como si tuviese que informarla de alguna catástrofe. Sin embargo, después de abrazarla, se había dejado caer en una butaca al otro lado de la chimenea y había permanecido ahí sentado en silencio, mientras Nanon subía con ligereza los pocos escalones al final de la estancia cargando con el escritorio, y regresaba al poco con la rueca, el huso y la lana con los que su señora gustaba de mantener ocupadas las manos durante sus conversaciones con el monarca. Este comentó entonces que parecía hacer mucho calor en la estancia. Le dijo a Nanon que abriera una ventana y pidió que mandaran buscar a monsieur de Pontchartrain.

A solas con el rey, madame de Maintenon no cogió el huso. Las lágrimas que le habían pasado inadvertidas al monarca se secaron en sus párpados. Compuesta y serena, lo observó a él y se preguntó si esa sería una de esas tardes que había aprendido a temer, cuando le traía en silencio la carga de su pesadumbre, profundamente cortés, pero profundamente desconsiderado. En esas tardes no había escapatoria para ella, ni aun pretextando dolor de cabeza o una gran fatiga. El rey solía esperar mientras Nanon la preparaba para acostarse y, cuando estaba recostada en las almohadas, se quedaba en su silla junto al fuego, impidiéndole conciliar el sueño y rechazando todo consuelo. Pero cuando llegó monsieur de Pontchartrain, el rey se sacudió de encima la morriña.

Monsieur de Pontchartrain, esbelto y erguido, se sentó en el taburete plegable ante el monarca, colocó su portafolios en otro taburete, y el trabajo de la tarde dio comienzo.

El rey firmó cartas, escuchó a su ministro leerle otras para su aprobación, corrigió, rechazó y dictó respuestas. Descansaba la vista manteniendo los ojos cerrados mientras monsieur de Pontchartrain leía en voz alta, y cuando los abría, la habitación le daba vueltas en el deslumbramiento de la luz de las velas. Este trabajo rutinario duró unos tres cuartos de hora. Entonces, monsieur de Pontchartrain trajo a colación otro asunto.

Describió un nuevo gravamen: se trataría de un impuesto de capitación, recaudado en todo el reino, aplicado sobre la riqueza estimada de cada súbdito, y cuyos ingresos se destinarían directamente a la Corona.

—La Corona necesita dinero desesperadamente —expuso monsieur de Pontchartrain—. Las fuentes de ingresos habituales ya no resultan adecuadas. No nos queda más remedio que gravar a la nación en su conjunto. —Su enunciación era espléndida, su fraseo rápido.

Tal como lo había formulado, el razonamiento no admitía objeción alguna. En la mente del rey se alzó otra voz, con no menos claridad: «Francia —dijo la voz de Fénélon, tutor del nieto del rey—. Francia se ha convertido en un vasto y desolado hospicio».

«Y ahora —se dijo el soberano para sí—, se me pide que añada una nueva carga sobre mis pobres».

Miró de soslayo a madame de Maintenon, como si ella también hubiese oído la voz del joven sacerdote. Tenía la mirada fija en el rey, con expresión seria, tierna y expectante. Sus manos, esas blancas manos de forma exquisita, reposaban tranquilas, las palmas hacia arriba, sobre el terciopelo negro de su regazo. También los ojos de Pontchartrain estaban fijos en el soberano, sin insolencia, pero muy brillantes en su escrutinio directo.

—Por muy acuciante que sea nuestra necesidad de fondos —dijo el rey—, sigue pendiente la cuestión de saber hasta qué punto tiene la Corona derecho moral de gravar la riqueza de todo el reino.

—Pero, majestad, puesto que el reino entero pertenece a la Corona, esta no hace sino tomar una pequeña parte de lo que, por derecho, ya es suyo íntegramente.

—Esta es cuestión que ha de resolver la Iglesia —dijo el rey—. Deseo consultar al arzobispo de París.

Pontchartrain inclinó la cabeza:

—Me atrevo a apremiaros, majestad, a hacerlo sin mayor dilación. —  
Cerró su portafolios y aguardó a que le permitieran retirarse.

El rey no se movió. Estaba preguntándose si su esposa se habría confabulado con el joven sacerdote para que le fuese entregada en propia mano esa carta y la idea surgió acompañada de tal mezcla de celos y dolor que sintió cómo la frente se le cubría de sudor. Desechó la idea tan pronto como había aparecido, pero lo hizo sentirse muy mal. Era una congoja que no podía exponerle a madame de Maintenon en busca de consuelo. En lo que a Fénélon respectaba, él mismo se había atado las manos. Aún no estaba preparado para confesar la existencia de la carta. Se llevó la mano al bolsillo para sacar un pañuelo para secarse la frente y sus dedos tropezaron con el áspero papel del panfleto.

—Antes de retiraros —le dijo el rey a su ministro—, os ruego hagáis saber a monsieur De La Reynie que actualmente está circulando un libelo titulado *El fantasma de monsieur Scarron*, que deseamos sea suprimido. Que vuestra carta sea muy enérgica. Nunca resultará lo bastante fuerte. El panfleto es un ataque directo contra madame de Maintenon. —Se volvió hacia su esposa y vio cómo un profundo tono rosa le subía a las mejillas, extendiéndosele al cuello y a la frente. Si se sonrojaba de ese modo ante la mera mención de Scarron, ¡cómo reaccionaría si la acusara de complicidad con el joven sacerdote! Pero jamás lo haría. Con su tono habitual, del todo cortés, se dirigió a ella—: Lamento tener que mencionar este asunto en vuestra presencia.

Madame de Maintenon, dolorosamente consciente de su sonrojo —era una flaqueza que nunca había conseguido controlar—, respondió no obstante sin turbarse:

—No me aflijo por lo que atañe a mi persona, pero el panfleto ataca a Saint-Cyr.

—Ah —dijo el rey, lanzando una mirada cargada de trascendencia a monsieur de Pontchartrain—. Al retiraros, tened la bondad de hacerle saber a Bontemps que esta noche no habrá *grand coucher*, y que me retiraré de inmediato.

Pero una vez se hubo marchado el ministro, el rey permaneció sentado en silencio mientras madame de Maintenon esperaba y el arrebol iba

desvaneciéndose lentamente de su semblante. Por último él se puso en pie despacio, como si le costase. Ella también se levantó y se adelantó unos pasos a su encuentro. El rey alzó las manos, apoyándolas en los hombros de madame de Maintenon, y le dijo gravemente:

—Son muchas las cosas que aguantáis por mí.

Solo eso. De repente, inclinando la cabeza sobre su mano derecha, se apoyó con todo su peso en el hombro de madame de Maintenon. Sus bucles rígidos rozaron la mejilla de esta, que se irguió para soportar el peso, sintiendo toda la aflicción del rey, su soledad, todas sus grandes responsabilidades recaer sobre ella.

Permanecieron así largo rato. Luego, el rey se apartó y ella lo miró marcharse con gran compasión, entremezclada con un profundo alivio. La puerta se cerró detrás del monarca, dejándola libre para escribir sus cartas, rezar sus oraciones y retirarse sola a su cama baldaquinada en el profundo nicho que había a su espalda.

## 6

**E**se lunes por la noche, en París, Paul Damas y Nicolas Larcher pasearon largo rato por el paseo del Mail entre el río y el Arsenal. Las estrellas aparecieron en pálidos racimos por encima de las arrebuajadas hojas nuevas de los olmos; el olor del río dominó y acabó por obliterar los variados perfumes y aromas del día. La frialdad del agua parecía elevarse del río y bañarles los tobillos. La orilla estaba desierta y el puerto, abajo, tan tranquilo que los dos jóvenes podían oír el golpeteo del agua contra los costados de las barcas. Nicolas decidió por fin que debía volver a casa. Se brindó a acompañar a Paul parte del camino hasta su cuarto, dondequiera que estuviese, y fue entonces cuando supo que Paul no tenía alojamiento para la noche, ni dinero con que pagarlo.

Paul no había olvidado al viejo de los faroles. La imagen de la gorda del cesto resultaba incluso más vivida en su mente. En algún momento en el transcurso de su larga conversación con Nicolas, había decidido no volver a buscar al anciano para que lo cobijara. No había formulado ningún otro plan y su declaración al muchacho de que no tenía techo no era, de forma consciente, un intento de lograr que le ofreciera hospitalidad. Sin embargo, resultó en una invitación inmediata:

—Duerme conmigo —dijo Nicolas—. Solo estaremos un poco estrechos.

Y así fue cómo vino a suceder que Marianne, dirigiéndose candil en mano en la oscuridad de la mañana del martes a despertar a su hijo, descorrió las cortinas de su cama y contempló el rostro de Paul Damas. Nicolas ya se había levantado y había bajado al patio.

Paul estaba tumbado boca arriba, con los ojos abiertos de par en par, un brazo por encima de las sábanas y cruzado sobre el pecho. Tenía abierto el cuello de la camisa; la luz de la vela, al resbalar sobre su piel, hizo brillar su pelo corto y reveló que el iris de los ojos, deslumbrados por el fulgor, era de un castaño rojizo, muy claro, casi del color de la piel del zorro. Marianne dejó caer la cortina al instante y Paul pudo distinguir el brillo de la vela a través de la tela cuando se marchaba.

Cuando Nicolas entró en la cocina, la ventana estaba abierta, el fuego ardía vivamente y su madre estaba frotándose la nuca con un trapo blanco. Estaba de pie delante del espejo de marco de cobre de la pared de la cocina. Era un espejo barato. Había salido una imperfección en el azogue. El defecto colgaba entre su reflejo y su cara como una mancha. El vidrio tenía un tinte verdoso y, donde estaba situada Marianne, ni la luz del sol ni la de la lumbre alcanzaban su piel para aliviar su palidez. El efecto no resultaba demasiado alentador: la hacía parecer enferma. Había estado estudiando su reflejo para descubrir, si le era posible, por qué el extraño abate larguirucho la había llamado joven, y mientras tasaba sus rasgos, también se preguntaba qué le habría parecido su semblante somnoliento y sin lavar a Paul; ni siquiera se había peinado.

Era ya mucho el tiempo que llevaba dando por sentados sus rasgos, igual que había aceptado su estado. Era madre de un hijo ya crecido; por consiguiente, ya no era joven. En cuanto apareció Nicolas, desistió de su escrutinio. Agachó la cabeza, apartando con una mano la mata de rizos oscuros de la nuca, mientras se restregaba el cuello vigorosamente con la otra. Aclaró el trapo con agua fría, lo escurrió, lo sacudió y lo colgó a secar, todo ello antes de darse por enterada de la presencia del muchacho. Y entonces dijo con tono tajante:

—Así que aceptas inquilinos.

Nicolas sonrió y empezó a cortarse un trozo de pan.

—¿Te molesta?

—A mí personalmente, no. Pero tu padre bien puede pensar que las cosas están yendo demasiado deprisa. No ha contratado a ese joven. Meramente le ha permitido que se quede. Es un poco pronto para adoptarlo en la familia.

—Damas no tenía alojamiento —dijo Nicolas—. No tiene dinero. Esta

noche debería pedirle a papá un día de salario.

—No agobies a tu padre —dijo Marianne—. Yo le adelantaré el jornal de un día. Me lo puede devolver cuando cobre, pero no le digas nada a tu padre.

Volvió ante el espejo para peinarse y anudarse la cofia. Le pareció que corría muy poco riesgo. Si el abate era hombre de palabra y se acordaba de enviar el trabajo, Jean se quedaría con el oficial nuevo. Cuanto más pensaba en la visita del abate, sin embargo, menos segura se sentía de que este se acordara de su promesa. Había omitido preguntarle su nombre, pero eso no debería resultar difícil de averiguar. Si no enviaba el libro, Marianne iría a recordárselo en persona. Así pues, contó una a una las monedas para Paul y no dijo nada acerca del alto abate.

Extraordinariamente, el abate Têtu se acordó. A media mañana, un sirviente le llevó a Larcher los poemas de madame Deshoulières, con la instrucción de que los encuadernara su ayudante.

—Madame conoce todos los detalles —dijo el criado.

—¿El abate Têtu vino en persona a la tienda? —preguntó Larcher, incrédulo, cuando se hubo marchado el sirviente—. Pues el abate es íntimo de madame de Maintenon.

—No dijo nada de eso —dijo Marianne—. Habló de la dama que escribió el libro. —Pero se sentía extrañamente reticente a explicar cuanto había dicho el abate sobre madame Deshoulières, sobre la *Fedra* de monsieur Racine, o sobre ella misma.

—Es un gran honor para ti —le dijo Larcher a Paul, y se lo llevó a escoger un trozo de cuero para el libro del abate.

—Ahora ya tienes un amigo en la corte —le dijo Nicolas a su madre de forma burlona—. Así sabrás adónde ir cuando desees presentarle una petición al rey.

—Y tú ya tienes lo que querías —replicó ella—, un ayudante para tu padre. ¿Puedes esperar unos días antes de preparar la maleta? Estás muy contento ante la perspectiva de dejarnos.

Paul, al recibir al cabo del día el dinero que Marianne había sisado para él de su asignación para la compra, ató cabos a su manera. Le otorgó a ella

todo el crédito por haber conseguido para él el encargo del abate y se atribuyó a sí mismo no poco mérito por haber logrado que la mujer se interesara por sus asuntos. Había visto su rostro inclinado sobre él, tierno, indefenso, con una mirada que no le estaba destinada. Era más bonita de lo que había pensado la primera vez que la vio. Estaba más que dispuesto a pensar que era para él la mirada que no le estaba destinada, y también estaba dispuesto a ser precavido. Una mujer lo había engañado en Auxerre. Con dinero en el bolsillo, sintiéndose casi tan contento como Nicolas, al salir del trabajo se fue a buscar un alojamiento. Lo consiguió mostrándose tan lisonjero como él sabía con la vieja desaliñada que le enseñó un cuarto tan pequeño como el del Padre Faroles, después de subir cinco pisos por una escalera tortuosa.

—Es oscuro —admitió—, pero qué más da, puesto que no vas a trabajar aquí. Antes se lo alquilaba a una costurera que no salía nunca y no hacía más que quejarse.

—Yo no me quejaré nunca —dijo Paul, echándose la llave al bolsillo.

—Te creo —respondió ella—, y yo tampoco lo haré, con un joven caballero tan agradable en la casa.

Echó un vistazo alrededor del cuarto, limpió la mesa con un trapo húmedo y a guisa de conclusión, dijo:

—Proporciono sábanas. Hay un retrete en el rellano del primero. La puerta de la calle nunca se cierra.

La habitación estaba encima de una papelería en la rue des Deux Boules, entre el Grand Châtelet y la iglesia de Saint Jacques de la Boucherie.

En Versalles, el rey durmió mal. No había habido *grand coucher*, y no hubo *lever* a la mañana siguiente. Fagon declaró que el monarca tenía un acceso de fiebre terciana y lo trató con sus métodos habituales. Le dio quinina y purgantes de forma alterna, repitiendo las dosis hasta que el rey evacuó sangre. Lo enterró bajo edredones de plumas hasta que su camión quedó empapado de sudor. Le recetó un caldo claro y un viejo borgoña seco, tan viejo que hasta su rico color había palidecido, y lo hizo mezclar con agua.

El rey sobrellevó el tratamiento heroicamente, pero debido a su agotamiento físico, sus pensamientos daban tumbos en su dolorida cabeza, en

un desorden incontrolable. La mayor parte de la noche la pasaba en un duermevela. De día, como no podía reunir a su Consejo, le sobraban las horas. Tuvo tiempo de recordar y examinar detalladamente, con perverso interés, el panfleto que de forma inconsciente había rebautizado *El fantasma de monsieur Scarron*. Le dio la impresión de que contenía todos los posibles elementos de injuria. Lo atacaba en los sentimientos más profundos de su corazón, en sus gestos más generosos, en sus responsabilidades más sagradas. Hurgaba en las pasiones y pesares pasados, que pensaba haber dejado atrás para siempre. En su estado de debilidad, era incapaz de apartarlos de nuevo de su mente.

Volvió a vivir los reproches que se hizo a sí mismo al expirar su pasión por Louise de La Vallière; volvió a padecer las amargas disputas con madame de Montespan y el terrible miedo a los grandes juicios del escándalo de los venenos. Sintió de nuevo la profunda repugnancia del momento en que La Reynie le presentó pruebas de que la propia madame de Montespan había tenido tratos con La Voisin y había tomado parte con esta en una misa negra, y de que seguramente le había dado al rey con su propia mano, pretextando que era un afrodisíaco, inmundicias mezcladas de forma sacrilega. Recordó asimismo su breve y ahora incomprensible pasión por La Fontanges, que había cesado tan repentina e incomprensiblemente como había nacido, y volvió a preguntarse una vez más, con impaciencia, por qué habría de culparse de su muerte. No podía mandar en sus sentimientos. La Fontanges había muerto al dar a luz, afortunadamente sin dejar descendencia, pero eso no había sido culpa suya. Ni ella estaba en la indigencia, ni abandonada.

Llegó a oídos del rey el rumor de que había ingerido veneno en un vaso de leche que le ofreció madame de Montespan, y lo apremiaron a que ordenara una autopsia para poder sofocar el rumor, o confirmarlo. La posibilidad de que el rumor fuese cierto era más de lo que podía soportar. No quiso autopsia. Tan solo deseaba olvidar a la muchacha, con todo lo bella y amorosa que había sido; pero el panfleto y su enfermedad no le permitían hacerlo.

Había hecho cuanto había podido. Había acudido a madame de Maintenon para pedirle que razonara con la joven y le explicara a la necia chiquilla que su relación debía acabar. Tenía la certeza de que madame de Maintenon abordaría a la chica con bondad. Había esperado que fuera capaz de

contagiarle algo de su propia sensatez a Fontanges.

Madame de Maintenon tuvo escaso éxito con ella, pero celebró los esfuerzos del rey por poner término a la relación y jamás le había dirigido el menor reproche por iniciarla, ni lo había considerado despiadado por su forma de concluirlo.

Nunca le había reprochado nada. Pero el panfleto sí le hacía reproches, como se los hacía la carta anónima. El panfleto carecía del menor valor, literario o de otra índole, pero la carta, si hubiese estado formulada en términos más amables, podría haberle sido de utilidad. Tanto la carta como el panfleto le reprochaban la prolongación de la guerra y el empobrecimiento del reino. La carta atacaba su autoestima; el panfleto atacaba Saint-Cyr.

Mucho más tarde esa semana, cuando por fin amaneció con la cabeza despejada, aunque desprovisto de vigor físico, tomó dos decisiones. El abate Fénélon debía continuar sin trabas su trabajo con el pequeño príncipe y sus agradables conferencias con madame de Maintenon y los queridos amigos de esa dama; y cuantos fueran responsables del panfleto —el autor, el impresor, el grabador, los distribuidores— debían ser castigados.

Antes de empezar la mañana de trabajo con monsieur de Pontchartrain, mandó llamar al jefe de la policía de París.

Nicolas Gabriel de La Reynie raras veces acudía a Versalles. Cuando apareció por allí hacia mediodía a mediados de la semana, podía presumirse que algo había molestado al rey. Monsieur, que se encontró con el lugarteniente de la Policía en lo alto de la escalinata de mármol, así lo supuso y sonrió. Había en su sonrisa un punto de satisfacción que le llamó la atención al lugarteniente, que no vio razón alguna para ello en ese momento.

Aunque La Reynie apenas iba a Versalles y el rey casi nunca visitaba París, el soberano y su jefe de policía estaban en contacto permanente el uno con el otro. Antes de la creación de la Policía del Rey en París, el orden en la ciudad era mantenido tan solo por los sirvientes de las muchas casas nobiliarias, situación que más tendía a causar disturbios que a mantener la paz. La Reynie, al asumir el control en nombre del rey, estableció el orden, si no de forma absoluta, por lo menos sí en grado extraordinario. Introdujo varias reformas en el gobierno de la ciudad que hicieron que su nombre fuese respetado tanto en París como en la corte. La iluminación y limpieza de las

calles eran obra suya. Para cuantos lo conocían en persona como para los que solo sabían de él por su leyenda, era la honradez y la justicia encarnadas.

Era asimismo los ojos y oídos del rey en esa ciudad que el soberano evitaba. Qué nombres se inscribían como huéspedes en los registros de las hospederías, o como delincuentes en los de las prisiones; qué libros se publicaban; qué canciones sonaban en las esquinas o en las tabernas; el número exacto de mendigos o de enfermos sin techo; los precios del trigo, o del pan; todo esto y una infinita cantidad de detalles similares estaban a disposición del rey a través del jefe de su policía. La condición de la ciudad estaba tan clara para él como las líneas de la palma de su mano. Por medio de La Reynie, cuando la ocasión lo exigía, podía pasar por alto el Parlamento, que era la corte de justicia de la ciudad, y así mantener discretamente un control personal de la ley.

El rey y La Reynie no siempre habían estado completamente de acuerdo en todos los asuntos. Más de una vez, en nombre de la justicia abstracta, La Reynie se había opuesto con cabezonería a los deseos personales del monarca. Durante los grandes procesos del asunto de los venenos, por ejemplo, el rey había pretendido no solo ocultar, sino destruir, todas las pruebas en contra de su amante. La Reynie se había empeñado en que fuesen presentadas. El soberano se había salido con la suya en lo principal, pero los documentos no habían sido destruidos. Habían sido confiados a la salvaguarda personal de La Reynie, y la cuestión del cofrecillo que los custodiaba permanecía de forma perpetua como un desafío y un vínculo entre La Reynie y su soberano.

La Reynie frisaba los setenta años. Estaba al servicio del monarca desde los primeros años que siguieron a la muerte de Mazarino, cuando el rey asentó su propia autoridad. A través de los años, la confianza del monarca en él se había fortalecido de forma continua. La devoción del lugarteniente por el rey era no menos grande.

Cuando, después de haber despachado brevemente con el monarca una serie de asuntos que esperaba, La Reynie recibió de su mano el nocivo panfleto, comprendió la verdadera razón por la que había sido convocado, y no se sintió complacido en absoluto. Así lo expuso con franqueza y el rey, sin comentar nada, frunció ligeramente el entrecejo y aguardó una explicación.

—Vuestra majestad conoce mejor que nadie la situación actual en París —

le recordó con tacto La Reynie.

A buen seguro, el rey no había olvidado las revueltas del pan de los últimos inviernos. Una de estas había concluido con un ahorcamiento, sin duda necesario, aunque desafortunado. Pese a la enorme generosidad personal del rey, el pueblo seguía careciendo de pan. Había más de tres mil personas sin techo vagabundeando por las calles de París. Como era comprensible, el monarca se había visto impedido de incrementar el tamaño de su cuerpo de policía proporcionalmente al crecimiento de la ciudad, debido a los inevitables gastos de su guerra. Los hombres de La Reynie tenían más tarea de la que podían despachar correctamente. Malamente iba a poder prescindir de ninguno de ellos para efectuar un registro exhaustivo de la ciudad en busca de un panfleto. Deploraba el insulto a madame de Maintenon; estaba de acuerdo en que tamaña injuria al rey era equivalente a una blasfemia, pero con el debido respeto, se atrevía expresar la opinión de que el libelo en sí era de poca importancia en comparación con el riesgo de algaradas en París.

—No obstante —dijo el rey—, es mi deseo que los autores del panfleto sean encontrados y, una vez detenidos, castigados con toda la fuerza de la ley.

La Reynie inclinó la cabeza.

—¿Galeras? —preguntó.

—Quiero que sean ahorcados —respondió tajante el monarca.

—Haremos todo lo posible —dijo La Reynie, inclinándose otra vez—. Pero majestad, permitidme que os recuerde que es extremadamente difícil hallar una aguja en un pajar.

Al dirigirse a su carruaje, que lo esperaba en el Patio de Honor, pasó por el sitio donde se había encontrado a Monsieur. Este no lo estaba aguardando, pero su sonrisa incorpórea estaba ahí y La Reynie, al recordarla, se sintió repentinamente iluminado. Ni por un instante supuso que Monsieur hubiese llevado a cabo un juego de manos al ofrecerle la servilleta —y el panfleto— al rey; sí dio por hecho que quienquiera que hubiese colocado el folleto en la nave real, lo había hecho con el conocimiento y protección de alguien en tan exaltada posición que quedaba fuera del alcance de la Policía del Rey. No tendría ningún provecho empezar las investigaciones en Versalles. Tampoco es que el monarca lo hubiese sugerido. El origen del panfleto, La Reynie estaba convencido, se encontraba en París, y era ahí donde debía empezar la

búsqueda.

**E**l título del panfleto, tal como se lo había dicho el rey a monsieur de Pontchartrain, ya había sido comunicado a la rue Saint-Jacques para ser añadido a la lista de publicaciones proscritas que Denis Thierry imprimía para el monarca. La Reynie, después de examinar el panfleto, envió más detalles identificativos, como el nombre del editor y la fecha, y una descripción del formato —*in duodécimo*, 136 páginas, y *compris la gravure*— y ordenó que la versión revisada de la lista fuera distribuida cuanto antes. No se le ocurrió corregir el título. A su debido tiempo, la lista llegó al taller de encuadernación de la rue des Lions, donde Jean Larcher recomendó a Paul y a Nicolas que la tuvieran presente, y luego se olvidó de ella.

El sábado por la tarde, Paul recibió su primera semana de jornal, cinco libras y diez sueldos, un buen pellizco. Habrían sido seis libras de no ser por la media jornada del lunes que no había trabajado. Larcher, anudando los cordeles de su bolsa, le pidió a su mujer que trajera vino y copas. Marianne llevó tres copas y una jarra de clarete.

—Esta noche somos cuatro —dijo su marido—. Trae una para ti.

—Gracias, pero no tengo sed.

—No obstante, trae una copa para ti, porque vamos a brindar con Damas.

—Se guardó la bolsa en el bolsillo y llenó todas las copas exactamente igual —. Una familia es una firma —dijo, mientras se reunían en torno a la mesa—. Por consiguiente, hemos de beber todos juntos.

Alzaron sus copas como mandaba el ritual consagrado por el tiempo. Larcher echó atrás la cabeza y vació la suya en su garganta de un trago, pero

Marianne se demoró, levantando la copa como para admirar el color o la transparencia del vino. Un remordimiento, inesperado e irracionalmente punzante, le había invadido el corazón ante esta declaración formal de una decisión que ya conocía y había aprobado. Nicolas iba a dejarlos. Este extraño joven que ni le agradaba ni le desagradaba, según se decía a sí misma, iba a ocupar su lugar. La decisión no justificaba tal remordimiento. Vaciló tanto tiempo que Larcher acabó por decirle:

—Pero ¡bebe, a la salud del acuerdo!

Marianne sonrió y vació su copa.

Cuando Larcher les dio la espalda, despidiendo al pequeño grupo, Paul le devolvió a Marianne el dinero que esta le había adelantado. Ella aceptó las monedas con reticencia, en silencio; tanto el silencio como la reticencia eran explicables, porque Jean seguía estando muy cerca, en la habitación contigua, y Marianne había exigido que el préstamo permaneciese en secreto. Sin embargo, a Paul le llamó la atención una cierta frialdad en su actitud, que le causó extrañeza. Una vez más, se sintió decepcionado de que nadie lo invitara a quedarse a cenar, pero su decepción no duró mucho.

Aún notaba el sabor del vino en los labios cuando salió de la calle en sombra a la orilla del río. Tenía la tarde por delante, intacta, con infinitas posibilidades. Por encima de la isla en la que se erguía la catedral, el cielo era de un dorado pálido.

Sabía lo que quería: ante todo, comida, y después, compañía joven, preferiblemente una muchacha. Y sabía dónde encontrar ambas cosas: en la taberna La Petite Bastille y en el Pont Neuf. La imagen del Padre Faroles, que se le presentó al mirar el cielo dorado, la apartó a un lado casi sin el menor cargo de conciencia. Ya buscaría al viejo al día siguiente. El domingo, además, era día libre.

En La Petite Bastille, comió mucho y bien, una empanada caliente de carne de buey. Se tomó otra copa de vino, un borgoña más contundente, y ahí sentado pensó en Marianne sosteniendo la copa ante ella durante aquel largo momento de vacilación. No apreció ningún significado en su demora. Se acordó del color del vino y de la apariencia de arrobamiento de sus ojos grises únicamente porque la escena le había gustado, y recordarla pasó a formar parte de su contento inmediato. «Y sin embargo —pensó—, no es

particularmente bonita. Podría arreglarse más». La había estudiado a lo largo de la semana con natural curiosidad. En no poca medida, Marianne controlaba su futuro, de eso estaba seguro. Parecía siempre muy reservada, excepto con Nicolas. La frialdad de su actitud esa tarde, al aceptar las monedas que le devolvió, no había sido muy diferente de su comportamiento habitual, y para eso tenía Paul algo parecido a una explicación. Parecía estar contenta con Larcher. «Aunque con un pequeño esfuerzo —pensó con vanidad estimulada por el vino—, podría hacer que estuviera descontenta. Pero no vale la pena aguarle la fiesta». Pagó la cuenta y se dirigió hacia el Pont Neuf, a poniente.

En la me de la Mortellerie perdió de vista el río. Pasó junto a un hombre que estaba izando en su sitio uno de los faroles de La Reynie; le sonrió al cruzarse con él y le dijo con macabra jovialidad:

—De la cuerda queda colgando.

Volvió a ver el río cuando salió a la place de Grève. Al otro lado, la catedral se recortaba de perfil contra el cielo, que se había tornado violeta y estaba tachonado de estrellas. Dejó atrás el Grand Châtelet, la fortaleza del cuerpo de policía de La Reynie, ominosa bajo sus viejas torretas, custodiando el viejo camino al Pont au Change, y siguió adelante hasta que volvió a encontrar el Sena.

Se halló entonces en el muelle de la Mégisserie, y se detuvo para acodarse en el parapeto y contemplar el agua abajo, y del agua subir la vista al cielo, saboreando la belleza del atardecer y su propia satisfacción personal. Su objetivo, el Pont Neuf, quedaba en el extremo occidental del muelle; podía distinguir las luces y oír voces y algún fragmento ocasional de canción. Río arriba, a su izquierda, el Pont au Change soportaba sobre sus arcos oscurecidos una doble hilera de casas altas y estrechas, con pequeños gabletes puntiagudos, todas iguales. El río se precipitaba con gran fuerza a través de los arcos y bajo el más cercano al margen derecho, hacía girar un molino de agua, que crujía y salpicaba. Unas cuantas gabarras cubiertas con lonas estaban atracadas algo más cerca del Pont Neuf, a la espera tal vez de ser remolcadas río arriba a la mañana siguiente. En la orilla opuesta no había embarcaciones ni embarcadero.

El río fluía lentamente en su profundo cauce, su luminosa superficie libre de remolinos o rizos, pero Paul sabía con qué fuerza se agolpaba el agua

contra los muelles de piedra del Pont Neuf. La orilla estaba desierta, el aire tan templado como la noche que paseó con Nicolas junto al Arsenal.

La orilla estaba desierta, porque había adquirido tal reputación por los robos que La Reynie ya no permitía que se instalaran en ella puestos o garitas que pudieran servirles a los bandidos para tender emboscadas. En su ignorancia, Paul no tenía sensación alguna de peligro. Solo era consciente de que había dado con uno de esos lugares poco frecuentados tan comunes en París, cerca de los principales núcleos de actividad, y sin embargo extrañamente solitarios y tranquilos.

El agua siempre lo había fascinado por su impostura, su variabilidad. Recostado en el parapeto, pensó que ese era el mismo río que, soleada corriente, lo había traído a París, el río que había conocido como arroyo campestre con orillas herbosas; el mismo, pero diferente. Él también era y no era el mismo joven que había vivido en Auxerre, preocupado por personas y cosas que probablemente jamás volvería a ver. Esa noche, esperaba no volverlos a ver nunca. Esa vida parecía haber sido hacía mucho tiempo y sin embargo solo quedaba unas cuantas semanas atrás. Cerca de donde estaba, había una escalinata de piedra que conducía a la orilla. Si lo deseara, podía bajar esos escalones y mojar la mano en el agua que lo había seguido desde Auxerre. Y ese, se dijo a sí mismo, era el único vínculo que subsistía entre su vieja vida y la nueva, vínculo que en sí era un símbolo de obliteración.

Había sido afortunado de que le hubiese ocurrido algo para sacarlo de Auxerre. Lo habían engañado; era desagradable recordarlo. Además, se había comportado de forma deshonrosa. La revelación se le presentó con toda claridad antes de poder invocar nuevamente excusas y pretextos para su comportamiento. Entregado a su contento, lo sorprendió con la guardia baja. Acodado en el pretil de piedra que tenía delante, hundió la cabeza entre las manos. Su actitud era la de la oración, pero no estaba rezando. Meramente estaba esperando a que desapareciera la repentina amargura que tan dolorosamente sentía, de la misma manera que habría esperado que se le pasara un agudo dolor de vientre. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y volvió a mirar el río. El cielo se había oscurecido mucho más; la superficie del agua seguía luminosa.

Estaba a punto de marcharse cuando vio cómo hendía la lechosa palidez

una cuña de negrura trazada en mitad del cauce por una barca que había salido disparada del ojo central del Pont au Change. La siguió de inmediato otra embarcación, algo mayor que la primera, y de las maniobras y velocidad de los remeros, Paul dedujo que o bien se trataba de una carrera o de una persecución. El drama atrajo su atención y se quedó ahí.

La primera barca solo llevaba dos tripulantes, uno a los remos y el otro al timón. La otra tenía dos pares de remos, un hombre a popa y otro en la proa picuda, inclinado por encima de la borda, intentando agarrar algo en el agua. No lo logró. La barca pasó demasiado deprisa y, en cuanto hubo pasado, Paul distinguió el objeto meciéndose en el agua. Giró sobre sí mismo, reflejando un destello luminoso en un lado plano. Luego, como si lo hubiese atrapado una súbita revesa, el objeto salió disparado detrás de la embarcación más pequeña, adelantándola, de forma que el timonel consiguió agarrarlo con los dos brazos y subírselo, chorreando, a las rodillas.

Entre tanto, los remadores de la barca grande, en el intento de frenar su embarcación, cieron furiosamente, luchando contra la corriente y su propio ímpetu. Los cuatro remos se agitaron en el aire, se hundieron, volvieron a subir violentamente, recordándole a Paul un insecto boca arriba, impotente. El timonel también intentó poner de su parte: consiguió girar la embarcación de lado, de forma que pasó por delante de la proa de la más pequeña y luego, como una vara de hierro contra un imán, se deslizó en paralelo a ella. Las dos barcas trabadas empezaron a dar vueltas mientras la corriente las arrastraba río abajo. Resultaba fácil ver que si no conseguían desenredarse pronto, acabarían precipitándose las dos contra las pilas del puente y ese sería su fin.

Paul se echó hacia delante, pegándose contra el pretil, como si los escasos centímetros que ganaba pudieran hacer más visible la pelea. No podía ver qué estaba ocurriendo exactamente. Oyó algunos gritos ahogados, como si los hombres estuviesen demasiado ocupados para gritar a voz en cuello. Aun así, la sensación de su cólera y miedo llegó hasta él a través de la semioscuridad. Una de las barcas perdió un remo; vio cómo se alejaba flotando. Las barcas siguieron dando vueltas; finalmente, la pequeña se soltó y empezó a remar hacia la orilla. La otra, que según pudo ver, era la que había perdido el remo, aún giraba, cada vez a mayor velocidad. Uno de los dos remeros estaba tirado boca arriba en el fondo de la embarcación. El otro, sin ayuda, intentaba

dominar la nave. Era demasiado pesada de manejar para una sola persona y los esfuerzos del timonel no le servían de ayuda al remero, más bien al contrario. Con una grata sensación de horror que había apartado de su mente cualesquiera pensamientos sobre su persona, Paul vio cómo la corriente arrastraba la barca con más fuerza, y aguardó para verla estrellarse y zozobrar. En el último segundo, sin embargo, el remero solitario consiguió aproar la barca en la corriente. Pasó lanzada bajo el arco principal del puente, como una flecha en la diana, a salvo. Paul advirtió entonces que la barca pequeña, que había olvidado mirar, estaba arribando directamente bajo sus pies. El drama continuaba.

Los sujetos saltaron a tierra y, levantando la proa, arrastraron la barca hasta dejarla subida a la orilla, a distancia segura. Se quedaron parados un momento, recuperando el aliento y mirando río abajo. No se veía ni rastro de la otra embarcación. Uno de ellos dijo:

—Así que se han librado.

—Es más de lo que se merecían —dijo el otro—. Era nuestro. Nosotros lo vimos primero.

—¿Quiénes eran?

—No los había visto en la vida. Si vuelvo a verlos, les romperé la crisma. Casi nos ahogan, vaya que sí. —Se quitó la gorra y se enjugó el sudor de la frente.

Su compañero solo comentó:

—Me pregunto qué hemos pescado.

Se agachó en la barca y sacó el paquete, que era cuadrado y medía unos sesenta centímetros tal vez. Lo sujetó contra el pecho como si fuese bastante pesado y, cargando con él, subió un poco por la playa, hacia donde estaba Paul, antes de dejarlo en el suelo. Los dos hombres se inclinaron entonces sobre el paquete, de forma que Paul lo perdió de vista. Los oyó maldecir los nudos, que estaban hinchados de agua; luego, uno de los dos sacó un cuchillo. Tardaron un tiempo en abrirlo. Mientras tanto, Paul sentía crecer su interés, como si estuviese asistiendo a un espectáculo, o como si se hubiese visto envuelto en un juego con esos dos hombres. Entonces oyó a uno de ellos exclamar con infinito asco:

—¡Libros!

A la palabra la acompañó un torrente de imprecaciones en voz baja, mencionando todo tipo de inmundicia, especialmente la definitiva, los excrementos humanos.

—Y para esto casi me reviento una tripa —dijo su compañero—. Ojalá los hubiesen agarrado ellos. Vamos a tirarlos otra vez al río.

Al oír esto, a Paul se le escapó un grito sin poder contenerse:

—¡Esperad!

Y sin darles apenas tiempo a incorporarse de su postura en cuclillas frente al paquete, bajó corriendo la escalera y se unió a ellos. De cerca, poco más podía distinguir de sus rasgos de lo que había visto desde el parapeto. El brillo de los ojos, el contorno de una nariz ganchuda, la silueta de una cabeza envuelta en un trapo, como un turbante. Fue inmediatamente consciente, sin embargo, de su suspicacia y hostilidad en suspenso. Deseó haber contado hasta diez antes de hablar, pero era demasiado tarde para retroceder. Intentó explicarles que los libros podían ser de gran valor a veces.

—¿Los quieres? Te los regalo —dijo el hombre del turbante. En su voz no se apreciaba generosidad alguna.

—No —dijo apresuradamente Paul—. Vosotros los habéis rescatado del río, son vuestros. Pero sería una estupidez tirarlos sin averiguar de qué se trata.

—Por lo que a mí se refiere, un libro es tan malo como otro cualquiera —dijo el del turbante, pero el otro dijo con voz pausada y nasal:

—Lo que dice este tiene sentido. Muéstrale al caballero los malditos libros.

Paul pudo ver entonces que el paquete contenía cuatro envoltorios más pequeños. Uno de estos había sido desgarrado. El barquero, cogiéndolo, extrajo de él un libro pequeño, muy pequeño en verdad, de menos de centímetro y medio de grosor, y unos trece por veinte centímetros de ancho y alto, un tamaño muy conveniente para llevarlo en el bolsillo. Paul, tomándolo en la mano, pensó de forma automática: «Un *duodécimo*». Parecía haber una ilustración en la portada, pero no podía verla con claridad. El barquero, servicialmente, sacó su yesquero y encendió una luz.

Por un instante, Paul vislumbró un grabado, la estatua del rey en la place des Victoires, pero con algunos cambios. No le dio tiempo a leer los nombres

de las mujeres antes de que la llama vacilara y se extinguiera. No obstante, pudo adivinar lo que no había podido ver.

—¿Y bien? —dijo el hombre que sostenía el yesquero.

—No lo sé —repuso Paul para ganar tiempo.

—Más vale que te molestes en saberlo —dijo el mismo sujeto.

Paul percibió la amenaza en sus inflexiones pausadas y se explicó nerviosamente:

—Depende de lo que os preocupe la policía.

—¿No nos estás viendo? No hay mucho de que presumir, ¿verdad? Y te diré algo que quizás no puedas ver: tenemos mucha hambre.

—Hay gente que pagaría un buen dinero por estos libros.

—¿Son libelos? —dijo el barquero.

—Contra el rey —precisó Paul.

—¿Y dónde se puede encontrar a esa gente? —dijo el mismo hombre, a lo que el otro añadió:

—Tal vez el caballero desee comprar los libros en persona. No pediremos mucho: bastará lo que tengas en la bolsa. Tampoco hará falta que cargues con los libros, si eso te preocupa.

—Mi bolsa... —empezó Paul—. Escuchad, me gasto el dinero antes incluso de ganarlo. Pero estos libelos...

Les describió el grabado lo más deprisa y vividamente que pudo. Luego pasó a hablarles del Cantor de Baladas. Les prometió que el Cantor de Baladas sabría cómo vender los libros. Les prometió también unos muníficos beneficios. Discurrió con una elocuencia que nunca había sospechado tener, y todo el tiempo sintió cómo le temblaban las rodillas. Para convencerlos, terminó ofreciéndose a ponerse él mismo en contacto con el Cantor de Baladas, y para que su ofrecimiento tuviese más visos de veracidad, exigió la tercera parte de los beneficios. Por suerte para su argumento, conocían bastante, de vista y por reputación, al Cantor de Baladas. Pensaron que Paul sabía de qué hablaba.

Todo esto les tomó bastante tiempo. Los barqueros no eran demasiado espabilados. No tenían escrúpulos respecto a la policía, pero no estaban acostumbrados a negociar con esta clase de mercancía. Tardaron en dejar de lado sus sospechas iniciales sobre Paul, un hombre que sabía leer. Acabaron,

sin embargo, poniéndose de acuerdo en hacerse cargo de los panfletos mientras él se ponía en contacto con el Cantor de Baladas. Después, sería cuestión de acordar una cita. Paul hizo varias sugerencias de lugar y hora, pero el hombre del yesquero las rechazó una tras otra. Por último, el otro hombre dijo categóricamente:

—¿Y cómo podemos estar seguros de que esa cita no será una encerrona?

—Yo os lo diré —dijo Paul—. ¿Acaso da alguna vez recompensas la policía?

La pregunta quedó sin respuesta. El tipo que sostenía el paquete de panfletos fue el primero en ver al enemigo. Empujó el bulto contra Paul tan bruscamente que este trastabilló, yéndose para atrás. Sin pensar, Paul se metió en el bolsillo el panfleto suelto que aún tenía en la mano y recogió del barquero el paquete rasgado. Los ojos del hombre estaban fijos en algo a la derecha, por encima del hombro de Paul. Este se agachó y saltó a la izquierda y el intruso pasó a su lado, abalanzándose sobre el barquero. Con las manos ya libres, el barquero aguardó la acometida del intruso, al que propinó dos fuertes golpes, que lo dejaron doblado. El intruso tropezó con el paquete y cayó de bruces, agarrándose a las rodillas del barquero según caía. Paul vio toda la escena con el rabllo del ojo mientras se apartaba.

También distinguió cómo otras dos siluetas salían de la oscuridad y cobraban tamaño al acercarse, como figuras de una pesadilla. Eran los hombres de la otra barca, que habían atracado bajo el Pont Neuf y vuelto silenciosamente siguiendo la orilla. No eran más que tres, pues el cuarto no debía de haberse repuesto aún de su caída en la embarcación; por un momento pareció que iban a estar igualados, tres contra tres. Sin embargo, los dos recién llegados, al ver el paquete abierto sobre la grava, pero sin fijarse, aparentemente, en el bulto que Paul estrechaba contra la cintura, se unieron directamente a la pelea por el paquete. Paul, aprovechando que su maniobra lo había apartado a un lado, se dirigió a la escalera. La alcanzó sin percance y la subió con alas en los pies.

La pelea fue silenciosa salvo por el ruido de las puñadas, un golpeteo irregular que hizo encogerse a Paul, hasta que, justo cuando llegaba a lo alto de la escalera, un grito agudo, débil y agónico rasgó el aire. Paul miró abajo, hacia la maraña de figuras enzarzadas, justo a tiempo de ver cómo un brazo se

alzaba por encima del tumulto para luego caer. La claridad que volvía luminosa la superficie del agua le permitió distinguir el brillo de una hoja de cuchillo. Antes de que él hubiera alcanzado la calle, al grito le respondió un silbato, más fino y agudo, pero igual de alarmante: era la policía del Pont Neuf.

Paul había echado a correr hacia el puente, hacia las luces y la salvación. Según corría, vio acercarse a un grupo de figuras desde el puente. Dio media vuelta y corrió hacia el Pont au Change, pero dándose cuenta de pronto de que así cometía un segundo error, puesto que por ahí vendría la policía del Châtelet, tomó el único camino que le quedaba y se metió en la calle que había justo enfrente del lugar en el que había estado acodado en el parapeto.

No tenía ni idea de adónde iba. Un farol a la entrada de la calle arrojaba un tenue círculo de luz sobre el pavimento. A ambos lados, las paredes se alzaban rectas y sin ventanas. Sabía que la calle donde se alojaba quedaba al norte del río, no demasiado lejos de allí. Le pareció que debía de estar más al este y en la primera calle que se abrió a su paso, giró a la derecha y se encontró precipitándose hacia la entrada principal de la prisión del Obispo.

Una vez más retrocedió sobre sus pasos. Miró hacia el muelle y vio una horda de policías del rey precipitarse escaleras abajo hacia la playa. Dio media vuelta y echó a correr, presa del pánico que lo espoleaba y le aconsejaba cambiar de dirección cada vez que se le presentara la oportunidad. De esta forma, en escaso tiempo se encontró no solo sin resuello, sino completamente desorientado. Se detuvo por fin junto a un alto muro liso, en el que se apoyó jadeante, preguntándose dónde estaría. Cuando empezó a respirar con normalidad, levantó la cabeza, notó una brisa fresca y suave en la cara, y le llegó una fragancia de flores de ciruelo. Lo invadió de pronto una sensación de seguridad, restaurativa: sabía dónde estaba. Se había fijado en las flores blancas asomando por encima del muro esa misma mañana, cuando salió a trabajar con la habitual bruma de las seis.

Una vez ya tranquilo, se dio cuenta también de que seguía agarrando el paquete de panfletos. Podía abandonarlos allí mismo: nadie lo vería. Pero también se había despertado su curiosidad. Había entrevisto apenas el grabado, pero el hecho de que él mismo hubiera estado en la place des Victoires le inspiró el deseo de estudiar la caricatura. Mientras dudaba, una

figura apresurada emergió de la calle que acababa de dejar. Con la luz que había solo pudo ver que se trataba de un hombre, nada más, pero su sensación de seguridad no lo inmunizaba contra la idea de que podía ser perseguido. Así pues, se puso en marcha, dirigiéndose hacia la calle donde se alojaba. Esperaba perder de vista a su perseguidor en el primer cruce, pero el hombre giró en su pos. Lo invadió una excitación parecida a la sensación de miedo y placer a la vez que lo embargaba de niño cuando bajaba a la carrera por callejas en las que estaba oscureciendo. La idea de que podría ser detenido por haber participado en una reyerta que había terminado en asesinato —para entonces, estaba seguro de que eso había sido— lo hizo apretar el paso hasta acabar corriendo. El hombre que lo seguía echó a correr también.

Paul no se atrevió a volver la cabeza para comprobar o desmentir si lo que llevaba detrás era un gendarme. Llegó a la rue des Deux Boules con su perseguidor aún detrás. Vio la puerta de su casa. Un brusco acelerón le permitió alcanzar la puerta, empujarla, agradecido de que nunca estuviese echada la llave, y cerrarla a su espalda con firmeza. Subió corriendo unos cuantos peldaños de la escalera, negra como la pez. Se detuvo, con la sangre rugiéndole en los oídos, y prestó atención con la esperanza de oír alejarse calle abajo las pisadas de su perseguidor. Para su espanto, los pasos se detuvieron y alguien sacudió violentamente la puerta, pues al cerrarla se había quedado encajada de forma temporal. De pronto, la puerta se abrió de golpe y un hombre entró y empezó a subir la escalera. Paul se aplastó contra la pared y contuvo la respiración.

Increíblemente, su perseguidor pasó junto a él rozando la pared opuesta, como si se abriera camino a tientas. Entonces Paul oyó el ya familiar chasquido del picaporte del retrete del primer rellano. Se abrió y se cerró una puerta. Conteniendo el deseo histérico de echarse a reír, pero sin atreverse aún a hacer un solo ruido, como si el miedo ya se hubiese convertido en un hábito, Paul subió los restantes tramos de escalera hasta su cuarto.

Cuando hubo cerrado con llave la puerta, rebuscó entre sus pertenencias hasta encontrar el yesquero. Colgó su saco de un clavo junto al cabecero de la cama, se frotó el hombro pensativamente y se quitó los zapatos. Empezó a notar la fatiga. Vio el paquete que había arrojado encima de la cama. No recordando que tenía un ejemplar en el bolsillo, extrajo uno del paquete y,

doblando la almohada tras su cabeza para estar más cómodo, se tumbó dispuesto a pasar una velada de entretenimiento tranquilo. Tras examinar hasta la saciedad el grabado del rey y sus cuatro amantes esclavizadas, volvió la página y vio otro grabado: un dibujo de madame de Maintenon y el fantasma de monsieur Scarron.

## 8

**E**ra casi mediodía del lunes siguiente, 19 de abril, cuando la investigación de los hombres de La Reynie los condujo a la rue des Lions. Paul y Nicolas estaban solos en la encuadernación; era la primera vez que esto ocurría desde que Paul había sido contratado. Los dos estaban trabajando de firme, pero poco después de salir Jean Larcher, Paul, sin darse cuenta, se puso a silbar bajito.

Estaba redondeando el lomo de un libro. Los golpes de su martillo eran livianos, parejos, precisos, idénticos y monótonos. Por encima de su ritmo átono e invariable, la melodía silbada se elevaba, se detenía, volvía a empezar, sin relación con el martilleo, aunque entremezclándose armoniosamente con él. El libro, sujeto en posición vertical en un tornillo de banco, estaba embadurnado de cola, firme ya pero aún pegajosa, de una consistencia maleable, lo que le permitía a Paul darle al lomo la debida forma de arco uniforme. Cuando estuviera terminada la encuadernación, si el lomo estaba bien redondeado, el libro se abriría con facilidad y se quedaría abierto sobre una superficie plana. Redondear un lomo era todo un arte, en el que Paul era maestro.

El bote de cola estaba enfriándose lentamente en el suelo a su espalda. El sol, desplazándose hacia el meridiano, dejaba caer sus rayos perpendicularmente en el patio y acortaba las manchas oblongas de luz en el suelo, junto a las ventanas.

Desde que Paul había llegado a París, había hecho sol todos los días, en un período de buen tiempo sin precedentes. El domingo, le había deparado una

larga tarde calurosa que había dedicado a pasear y a reposar en las praderas junto al río Bièvre, en compañía de una muchacha a la que acaso volvería a ver, o no, según se le antojara. Era bonita, en cierto modo; no era ocurrente, pero sí afable. La había conocido en el Pont Neuf.

Después de una noche de sueño, se había repuesto por completo de sus terrores de la víspera. Hasta su certeza de que se había cometido un asesinato se desvaneció bajo la influencia del sol y el aire suave. En cuanto al folleto sobre monsieur Scarron, lo había encontrado tedioso al cabo de diez páginas. Se había quedado dormido leyéndolo y al despertar ya no le interesaba. Mientras silbaba y martilleaba, pensaba en la chica, en la pradera en la que habían descansado y en los sauces de los que colgaban amentos polinizados. Pensaba en la muchacha desapasionadamente, de forma crítica. Estaba complacido consigo mismo porque había disfrutado del día sin comprometerse.

Nicolás estaba preparando una pila de secciones, o firmas, para la prensa. Había construido la estructura del libro: sobre una plancha de hojalata, había puesto un trozo de papel limpio; encima, una firma, luego otro pedazo de papel, otra plancha de hojalata, y así de seguido, hasta que todas las secciones estaban ensambladas y el libro estaba listo para la prensa. Esta era una vieja prensa vertical con dos grandes montantes más altos que un hombre y una sólida traviesa horizontal, todo de roble manchado, oscurecido y pulimentado por el paso del tiempo y el roce de las manos. La rueda, manipulada por tres palancas, subía o bajaba a lo largo de un tornillo central. Con su inmensidad, oscuridad y poder latente, parecía un instrumento de tortura. Dando vuelta a la rueda, una sola persona podía ejercer presión suficiente para matar a su víctima. Pero entre los telares de encuadernación, las mesas, el alegre desorden cotidiano del taller, la prensa se erguía domesticada. Nicolas colocó la pila de firmas en la prensa; Paul dejó el martillo de lado y fue a ayudarlo. Mientras el muchacho sujetaba la pila, Paul hizo girar la rueda. Demasiada presión podía hacer que las letras impresas en una página se marcaran en la siguiente; demasiado poca permitiría que las hojas húmedas se arrugaran y curvaran. En el preciso instante en que la pila de firmas se había solidificado en un bloque, y antes de que la presión resultara excesiva, Paul alzó las manos, las sostuvo un momento en vilo sobre

las palancas y le sonrió a Nicolas. Luego volvió a su trabajo. No habían cruzado una sola palabra. Poco después, sin embargo, como si retomase una conversación, Nicolas dijo con seriedad:

—Como es natural, quiero a mi madre.

—¿Natural? —repitió Paul sorprendido—. ¿Qué tiene de natural querer a tu madre? Yo no quería a la mía. —No era la respuesta que Nicolás esperaba. Paul se explayó—. No me quería. En cuanto a mi padre, nunca lo conocí. Que es natural, dices. No lo es, en absoluto. Sencillamente, eres muy afortunado.

—Entonces, ¿no te parece extraño y antinatural que quiera irme de casa?

—Me pareció raro la primera vez que lo mencionaste —dijo Paul.

—¿Raro? —preguntó Nicolas a la defensiva.

—Sí, porque lo que tú quieres dejar atrás es todo cuanto yo nunca he tenido y siempre he deseado —dijo Paul.

—No basta con que lo alimenten y vistan a uno —contestó el muchacho.

—¿Y que lo quieran? —preguntó Paul tranquilamente.

—Me quieren demasiado —respondió Nicolas—. No lo entiendes. No hablan de ello; no lo demuestran. Pero yo lo sé. Me siento ahogado. No siempre he sido hijo único.

Paul se tomó un momento para pensar en esto último, y luego respondió con una risita desagradable:

—Para ser enteramente libre, el hombre no debe amar ni ser amado. Yo nunca he sido querido. Hoy no quiero a nadie. Por consiguiente, soy libre. No es que sea un estado del todo agradable, pero tiene sus ventajas.

—Hay otra cosa —dijo el muchacho, haciendo caso omiso de la amargura de Paul—. Aquellos libros de los que hablamos la otra noche, junto al río... Aquí no puedo mencionarlos.

—No se pueden mencionar en muchos sitios —dijo Paul—. En la mayoría, de hecho.

—Ya lo sé —dijo Nicolás—. También es por eso. Todo tiene que ser publicado *avec privilège du Roi*.

—Fuera de París sería igual que en París, mientras permanezcas en Francia.

—Lo sé —dijo Nicolas.

—Luis el Grande —dijo Paul, citando la inscripción del pedestal de la

estatua—. Padre y jefe de su Ejército, el Siempre Afortunado.

—Pero ¿por qué ha de decidir él siempre qué se puede leer y qué no?

—Sin la constante autoridad del rey —dijo Paul—, el reino se vendría abajo.

—¿De verdad lo crees? —preguntó el muchacho.

—Es lo que nos han enseñado —respondió Paul.

Fue en ese momento cuando oyeron ruido de voces y pisadas en la habitación contigua y Larcher entró con los hombres que habían sido destacados para registrar su negocio.

A Larcher se lo veía molesto, pero resignado. El registro era una mera formalidad, insistieron los agentes. Conocían su reputación, no esperaban hallar nada censurable en su taller, pero cumplían órdenes.

—¿Qué es lo que buscan? —le preguntó Nicolas a su padre, como si no estuvieran delante los oficiales de la ley.

—No sé qué panfleto acerca de Scarron —repuso Jean—. Como si no hubiese un montón. Los panfletistas se pasaron de lo lindo cuando murió.

—Pero este es nuevo —dijo un oficial—. Además, es contra el rey y madame de Maintenon. Se trata de un *duodécimo* —leyó de sus instrucciones — de ciento treinta y seis páginas, incluido el grabado. Si me mostráis el inventario de los libros, folletos, grabados y demás que obran en vuestro poder...

—Seguid con vuestro trabajo —les dijo Jean a los dos jóvenes.

Nicolas arqueó las cejas con expresión de exasperación extrema y obedeció a su padre. Paul, cogiendo el martillo, no advirtió en el semblante del muchacho nada más que exasperación, ningún miedo. Tampoco traslucían temor alguno ni el rostro ni la actitud de Jean Larcher. Él, sin embargo, sintió un claro nerviosismo. Al oír las palabras: «Un *duodécimo* de ciento treinta y seis páginas», se había acordado no solo del paquete de panfletos que tenía en su habitación, sino del ejemplar que tan apresuradamente se había echado al bolsillo durante la reyerta a orillas del río.

Cuando la policía hubo concluido su registro de la encuadernación, revisado los libros de cuentas en la cocina y subido al piso de arriba a examinar el contenido del cuarto donde dormía Nicolas, este dijo:

—Bueno, ¿y ahora te gusta?

—¿Que si me gusta el qué?

—La constante autoridad del rey.

—No más que a ti —dijo Paul. Reemprendió su martilleo, pero ya no estaba de humor para seguir silbando su tonadilla. Más para tranquilizarse los nervios que por satisfacer su curiosidad, empezó a charlar.

—¿Qué pasaría si encontraran lo que están buscando?

Nicolas se encogió de hombros.

—Eso depende. Una multa, la Bastilla, no lo sé. A la viuda Créstien le confiscaron las prensas por una historia que publicó. Hace ya tres años de eso y todavía está intentando recuperarlas.

—¿Y nunca hay condenas a galeras?

—No, que yo sepa —dijo Nicolas con una ligera sonrisa—, pero yo no lo sé todo.

—Los beneficios difícilmente pueden compensar el riesgo.

La conversación no había disminuido el nerviosismo de Paul. Nicolas, obviamente tranquilo y hasta complacido por la oportuna demostración de sus agravios, miró a Paul con un nuevo sentimiento de solidaridad.

—Ahora entiendes a qué me refería.

Paul asintió:

—Pero tú conoces a estos hombres —dijo—, y ellos a ti, al hijo de Larcher, un hombre honrado. ¿Y si se les mete en la cabeza interrogarme a mí?

—Mi padre responderá de ti —dijo Nicolas.

## 9

**E**l acuerdo era que Nicolas correría con todos los gastos de su aventura. Por consiguiente, la mañana en que el muchacho tenía que coger la diligencia a Ruán, mientras terminaba de hacer su equipaje, casi le dio algo de la sorpresa cuando su padre le puso en la mano, primero un cartucho de monedas cosidas dentro de un trozo de seda azul y, acto seguido, una vieja faltriquera de gamuza toda manchada y con la piel dada de sí junto a la hebilla. Nicolas se había preparado para cumplir su parte del acuerdo y mostrarse enteramente responsable de su persona. También se había hecho fuerte para hacer frente a la desaprobación de su padre.

Todavía no había amanecido y, aunque los postigos de madera estaban abiertos sobre el patio, Nicolas había estado trajinando medio a oscuras. Jean estaba de pie, de espaldas a las ventanas. Su rostro era difícil de interpretar, pero lo que le había entregado a su hijo resultaba tan expresivo que el muchacho tartamudeó al darle las gradas. Jean dijo:

—Súbete la camisa y abróchate la faltriquera pegada a la piel. Puede que no te haga falta el dinero. En tal caso, tráelo de vuelta. —Y luego, mientras Nicolas obedecía y guardaba el cartucho, que no era muy grande, en la faltriquera y se ajustaba el pegajoso cinturón de cuero en torno al talle, Jean Larcher volvió a sorprenderlo al añadir—: En Ruán vivía un hombre con el que tuve algún trato de negocios. Tenía una librería entre la catedral y la iglesia abacial de Saint-Ouen. Aunque era hugonote, era una buena persona. Ya no era joven en tiempos de la Revocación, y murió al poco. Su viuda, si aún sigue con el negocio, se habrá tenido que convertir. No perderás nada por

preguntar por ella.

—¿Detrás de Saint-Ouen?

—Su nombre es Cailloué.

Demasiado sorprendido para comentar nada, el muchacho se limitó a repetir el nombre. Jean añadió:

—Se acordará de mí.

Por miedo a que se negaran, Nicolas no les había preguntado a sus padres si tenían intención de acompañarlo a la posada desde la que salían las diligencias a Normandía. Además, no deseaba mostrar que la cosa le importara en un sentido o en otro. Estaba preparado para despedirse a la puerta del taller. Se tomó el caldo caliente que su madre le había preparado, recibió de sus manos un paquete que contenía algo de comida para el viaje — pan, queso y una cebolla seca— y luego, listo para partir, vio que su padre también cogía su sombrero del gancho junto a la puerta, y se sintió complacido. Jean levantó la bolsa. Nicolas protestó, pero el hombre se la echó al hombro como si no hubiese oído una sola palabra y salió el primero por el túnel de la puerta cochera.

La gran puerta que daba a la calle aún estaba cerrada, y hubo que abrirla y volver a cerrarla con llave antes de que los tres pudieran ponerse en marcha. Jean seguía en cabeza. Desde la desierta rue des Lions salieron a calles anchas más transitadas y se unieron a la multitud de carretas y de gente de campo que se dirigían al mercado de Les Halles. De vez en cuando, uno o más desconocidos separaban a Nicolas de su padre, pero seguía pudiendo ver su bolsa sobre su hombro un poco más adelante, igual que la había visto de niño cuando asimismo lo había seguido a través de la ciudad, pero en dirección contraria, para empezar su aprendizaje. Aquel día su madre no los acompañaba. No conocía las calles y su seguridad dependía de no perder de vista esa bolsa. Hizo un esfuerzo consciente para apartar ese recuerdo, diciéndose a sí mismo que ese era un día distinto, que ya no necesitaba la ayuda de su padre, pero cuando su madre le cogió el brazo para prevenirlo de que se acercaba un carro, le apartó la mano con una violencia que los sobresaltó a los dos.

No obstante, se sintió más animado al acercarse a la rue Saint-Denis y la Hostería del Ciervo. El fresco de la mañana, la larga caminata a buen paso,

incluso el jaleo de voces a su alrededor, resultaban muy agradables para su juvenil vigor. Una vez que su portamanteo quedó sujeto en su sitio en el tejado de la diligencia, Nicolas sintió que ya había empezado el viaje. Se volvió hacia sus padres como si ya los hubiese dejado. La despedida sería una pura formalidad, no lo afectaría en su fuero interno. Sin embargo, cuando se encontró frente a ellos, el uno junto al otro, esperando que los abrazara, tuvo la sensación de que los veía por primera vez. Fue algo parecido a aquel momento en la cocina cuando su madre le había hablado de su niñez y de su boda, pero lo que sentía ahí, en el patio de la hostería, era diferente. Aún lo acompañaba la sorpresa ante la generosidad de su padre; aún no se había hecho a la idea de que este hubiese hablado bien de un hugonote. Se dio cuenta de que no conocía a ninguna de esas dos personas cuya apariencia externa le resultaba tan familiar, tanto como la comodidad de un zapato viejo.

Lo que había pensado de ellos era que se parecían, de alguna forma imprecisa, como si el chal de su madre estuviese hecho con un triángulo de la tela del abrigo de su padre, como si sus rasgos hubiesen adquirido cierta conformidad con los de Jean, por mor de su larga relación. Nicolas sabía, por supuesto, que eran diferentes, pero hasta entonces nunca habían dado tanto la impresión de serlo como en ese momento. Su madre permanecía con la barbilla al frente, la espalda muy recta. Le brillaban los ojos y contemplaba la actividad que se desarrollaba a espaldas de Nicolas con una excitación afín a la que él mismo sentía. El rostro de su padre estaba sombrío. No había nada que decir, nada de lo que ya no hubiesen hablado en casa, en la intimidad. No había razón para prolongar el momento; la diligencia estaba empezando a llenarse. Si quería un asiento, tenía que subirse ya.

Agachó la cabeza y besó a sus padres en ambas mejillas, y al hacerlo sintió de pronto un nudo en la garganta por la emoción. Se apartó bruscamente. Cuando, después de encontrar sitio en la diligencia, los buscó con la mirada a través del vidrio polvoriento y verdoso, ya habían desaparecido. O bien habían salido inmediatamente del patio de la posada, o bien el gentío se había interpuesto entre la diligencia y ellos. Nicolas estaba solo y de viaje incluso antes de que restallara el primer latigazo.

Marianne no había esperado que Jean le pasara el brazo por los hombros para consolarla y guiar sus pasos cuando salieron de la hospedería, pero sí había contado con cogerse de su brazo y caminar a su vera. Jean echó a andar demasiado aprisa para eso. Al seguirlo, a Marianne le pareció una figura solitaria. Sus hombros eran tan rectos y sólidos como de costumbre, pero sus andares traslucían abatimiento. «En la tienda —pensó Marianne—, indudablemente seguirá todo igual. No se hablará una sola palabra innecesaria hasta que vuelva Nicolas». Al cabo de un rato, se dijo a sí misma: «Estará Paul, por supuesto, pero es claramente más de la generación de Nicolas que de la mía. No tiene nada que ver conmigo, pero por lo menos será una presencia más en el taller. Viene tan poca gente a la tienda desde la guerra. Antes era muy distinto. ¿Quién viene ahora? El administrador. Agentes de la policía. Un anciano abate». Al recordar al viejo abate, no pudo evitar acordarse también de sus palabras: «Regocijaos en vuestra juventud, porque es como la rama en mayo».

Merced a su corpulencia y a su resolución, Jean se abrió camino a buen paso. Apresurándose para no quedarse rezagada, Marianne exclamó para sí con amargura: «¡Mi juventud! Allá va, camino de Ruán con Nicolas». De pronto, una oleada de tráfico la separó de su marido. Pensó que la esperaría. Sin embargo, cuando pudo seguir su camino, aunque podía distinguirlo en la distancia, no consiguió darle alcance y él no se detuvo.

«Debería esperarme», pensó, dolida e indignada. El esfuerzo por caminar al paso de Jean le había hecho arder la sangre. En actitud desafiante, dirigiéndose a la cabeza y hombros de Jean que se iban alejando cada vez más, preguntó: «¿Acaso es una tragedia que un muchacho se haga mayor? ¿Qué sería de la raza humana si no?».

A continuación prosiguió a su gusto, más despacio, tomándose tiempo para mirar a su alrededor. Hizo la primera compra del día en el Port Saint-Paul, regateando, curioseando un poco, y volvió a la rue des Lions poco después de las seis de la mañana. Jean ya estaba trabajando. Paul, que no tenía obligación de llegar antes de las siete, aún no había hecho acto de presencia.

Marianne dejó sus compras en la cocina y se dirigió a los cuartos del piso

de arriba; quitó las sábanas de la cama donde dormía Nicolas. Las hizo una pelota y las tiró al cesto en el que se acumulaba la ropa sucia de seis semanas. Luego colgó las mantas de la *barre d'appui* de las ventanas que daban al patio. Hizo la cama del cuarto de delante, abrió los postigos y también las ventanas, porque hacía buen día. Acababa de volver al cuarto interior y estaba ocupada limpiando a fondo las baldas del armario, cuando oyó unas pisadas lentas en la escalera. Jean abrió la puerta.

Dio unos cuantos pasos por la habitación, examinó la cama deshecha y luego las pilas de libros y papel que había levantado su mujer mientras trabajaba.

—Todo eso estaba ordenado —dijo, con tono de profunda desaprobación.

—Lo dejaré exactamente como estaba —dijo ella—, pero sin el polvo.

—No tires nada.

Marianne no replicó nada a la innecesaria instrucción. No pensó que hubiese subido a disculparse por haberla dejado tirada en el camino de vuelta a casa desde El Ciervo. Siguió trabajando, esperando a que Jean hiciera el recado que hubiese ido a hacer, pero su marido se quedó un rato donde estaba, mirándola, hasta que por fin le anunció:

—Mientras Nicolas esté fuera, le ofreceré a Damas alojamiento y comida, a descontar de su sueldo. Saldrá ganando.

—¿Y pretendes alojarlo aquí, en este cuarto? —preguntó Marianne de forma tajante.

—Sí —dijo Larcher, cargando de ironía la palabra, como si dijese: «¿Dónde si no?».

—Pero es que no podemos tenerlo aquí mismo. Por este cuarto pasamos a todas horas del día. Además, necesitamos el espacio para almacén y más cosas. ¿Dónde tenderé la colada?

—La cama tiene cortinas, ¿no es cierto? Lo que almacenemos aquí no podrá molestarlo.

—¿Acostarías a un extraño en el lecho de tu hijo? No, Jean, protesto.

—No tengo intención de pagar alquiler por una habitación vacía —dijo Larcher tranquilamente y volvió la vista hacia la cama sin hacer—. Ya puedes jurarlo.

Un tumulto de emociones la embargó en cuanto Larcher hubo vuelto al

taller. No conseguía explicarse ni a sí misma la profunda repugnancia que le inspiraba la idea de Paul Damas durmiendo a su puerta, en la cama de su hijo. No era una mojigata ni una solterona. No había advertido nada nauseabundo en la apariencia del joven cuyo rostro había alumbrado con su vela al ir a despertar a Nicolas; nada insolente, solo una mirada sorprendida en los ojos dilatados y deslumbrados por la repentina claridad. Por lo que a ella se refería, estaba decorosa; se había echado un chal por encima del camisón. El incidente era una nadería. Tener a Paul en ese cuarto supondría una molestia de lo más trivial y el arreglo podría ahorrarles a todos un buen pellizco de dinero, y aun así... La propuesta la había ofendido. Añadió esa ofensa a la exasperación que le había producido verse abandonada en el camino de vuelta a casa desde El Ciervo, y siguió limpiando muy enfadada.

No oyó llegar a Paul, pero cuando bajó a preparar el almuerzo, vio de soslayo que estaba trabajando junto a Jean, absorto en lo suyo.

Hacia mediodía, Jean salió del taller con el sombrero en la cabeza y un paquete en la mano. No dijo adónde iba. Un poco después, Paul pasó a la tienda y salió al patio. Cuando volvió, se detuvo en la puerta de la encuadernación. Marianne estaba junto a la mesa, con el regazo cubierto de una tela blanca que estaba cosiendo. Paul no había cruzado más de dos palabras con ella desde el día que empezó a trabajar para Larcher. No estaba seguro de caerle bien o no. Pensó que se debía a sí mismo y a su trabajo establecer alguna clase de entendimiento con ella. Vio que sobre la mesa había tres cuencos y tres cucharas, como todos los días. Hoy uno de los cubiertos era para él. Retrocedió unos cuantos pasos, hasta quedar justo delante de ella. Marianne pasó la aguja con el hilo a todo lo largo de la tela antes de levantar la mirada, con expresión ni fría ni amable, simplemente inquisitiva.

—Quería darles las gracias —dijo Paul—, por ofrecerme alojamiento y comida. Es una oferta muy generosa.

Marianne volvió a mirar su costura; Paul notó cómo se encogía casi imperceptiblemente de hombros.

—En verdad, ha sido muy amable por su parte —dijo y aguardó.

Marianne alzó la vista, aceptando su gratitud con una pequeña sonrisa

modesta:

—El ofrecimiento ha sido idea de Jean.

—Le he explicado al amo que tengo una habitación, no tan agradable como esta, pero pagada por adelantado. Me resultaría embarazoso mudarme. En cuanto a las comidas, me las puedo arreglar yo solo por la mañana y por la noche, pero estaría encantado de compartir el almuerzo con ustedes. —Sonrió amistosamente—. Habría resultado una gran molestia para usted, madame, y mucho trabajo añadido, tener un inquilino.

—Si tienes un cuarto propio —dijo Marianne—, es normal que desees conservarlo. Por lo demás, para mí no habría supuesto molestia alguna.

Su expresión era claramente de alivio. A pesar de las corteses protestas de Paul, a este lo irritó un poco comprobar que ella no quería tenerlo en medio a todas horas como un miembro más de la familia. Jean, por su parte, se había mostrado francamente molesto ante su negativa parcial. Había llegado el momento de volver al trabajo y Paul no había hecho ningún progreso. Se devanó los sesos buscando la forma de prolongar la conversación. Habló de Nicolas y su viaje y vio cómo se le ensombrecía el semblante a Marianne. De pronto, se acordó del panfleto que, perversamente, llevaba en el bolsillo desde el día del registro. Por mera curiosidad de ver cómo reaccionaba, lo sacó y se lo dejó en el regazo.

Marianne hincó con firmeza la aguja en la tela y cogió el panfleto sobre el espectro de Scarron sin mostrar particular emoción o interés.

Paul la observó igual que Monsieur había estudiado al rey, pero mientras que el semblante del monarca había permanecido impassible, Paul notó cómo el principio de una sonrisa asomaba en la comisura de los labios de Marianne. Esta examinó la caricatura, hojeó rápidamente el folleto igual que había hecho el rey, y luego, disimulando la sonrisa, miró a Paul.

—¿Para qué me muestras esto?

—Por si la distrae. A fe mía, que no se me ocurriría enseñárselo al amo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo encontré en el desagüe en el muelle, a este lado del Pont Neuf.

—Está muy limpio para haber estado en la alcantarilla.

Paul no contestó nada. Era consciente de que Marianne no lo creía, pero la verdad era demasiado complicada y le valdría de poco más que la historia que

había contado. Solo podía decirle una cosa más.

—Lo llevaba en el bolsillo el día que registraron el negocio. Me entraron sudores fríos cuando me di cuenta.

—Te creo —dijo Marianne.

—Pero tiene su gracia.

Nuevamente, Marianne estudió la ilustración del rey encadenado y pensó que tenía gracia fundamentalmente por estar prohibida. Se preguntó si Jean, si lo viera, se consideraría obligado a denunciarlo a la policía y, consciente de su extrema lealtad al rey y a La Reynie, particularmente a La Reynie, concluyó que así lo haría. Le tendió el panfleto a Paul. Este negó con la cabeza, rechazándolo.

—Destruyalo en mi nombre.

—Debería enseñárselo a mi marido —respondió ella, sonriendo por fin franca y abiertamente.

Paul no dijo nada. Le sonrió a su vez, complacido por su pequeño triunfo, y disfrutando al tiempo de la calidez y buen color que apareció en el rostro de Marianne al sonreír. Sabía que ella no lo traicionaría. Volvió a su trabajo y, al poco, Marianne lo oyó silbar bajito, como solía hacer cuando Nicolas y él estaban solos en el taller. Era una melodía que conocía, pero no consiguió recordar la letra.

Marianne era consciente de que Paul había puesto su vida en sus manos, por usar la antigua expresión cortesana. También era consciente, como Paul no podía serlo, de que la seguridad que poco menos que le había prometido en la pausada mirada sonriente que habían intercambiado, nacía de un desafío, y ese desafío, a su vez, brotaba de su doble resentimiento contra Jean de esa mañana. Era una venganza privada que no podía herir a Jean. Era tomar partido por Paul contra Jean y compartir un secreto con él.

Así empezó la cosa. Paul se acostumbró fácilmente a los modos de los Larcher. De un natural discreto y paciente, al que resultaba más sencillo evitar cuanto le desagradaba antes que hacerle frente, sobrellevaba la taciturnidad de Jean sin mostrar ser consciente de ella. La melancolía de Larcher era más aparente en la mesa, a mediodía, que durante las horas de trabajo. Para Marianne, el silencio de su marido no era nada nuevo, y un silencio melancólico no es demasiado diferente de uno meramente preocupado. La

presencia de Paul la hizo ser más consciente de ello. Se pasó todo ese primer día mirándolo con disimulo, para ver cómo reaccionaba.

Paul no hizo el menor intento de entablar conversación con Jean o con ella. Al cabo de unos días, fue el propio Jean quien empezó a hablar un poco con su ayudante. Al principio, la conversación se limitaba a asuntos relacionados con el negocio, cuestiones inmediatas, pero gradualmente fue haciéndose más general hasta abarcar las noticias del día. Raras veces abordaba temas controvertidos, como los que habían debatido Paul y Nicolas bajo los olmos del paseo del Mail, y cuando sucedía, Paul se amoldaba a la opinión dominante, plegándose como un tallo bajo el viento. Estaba mucho menos de acuerdo con Jean de lo que lo estaba con Nicolas, pero no se sentía obligado a defender las ideas de ninguno de los dos. Guardaba silencio.

Ni Jean ni Paul se dirigían a Marianne y su conversación tenía escaso interés para ella. Paul, sin embargo, una vez culminada con éxito su primera aproximación, siguió distrayéndose mediante una pausada campaña para granjearse el favor de Marianne.

Le hacía cumplidos por sus guisos. La comida seguía siendo tan sencilla y frugal como siempre, pero Marianne empezó a tomarse más molestias a la hora de prepararla. Cocinaba pequeñas guarniciones: los champiñones y los berros estaban de temporada. Puesto que Paul no almorzaba con los Larcher los domingos, la mejor comida de la semana se desplazó sin disculpas al sábado. Paul también la felicitaba, pero no demasiado a menudo, por su tocado o algún pañuelo, y cuando el efecto de su cumplido resultó evidente, unos días después, mediante un gorro más bonito o un lazo de color al cuello, experimentó una placentera sensación de poder.

No tenía intención de abusar de ese poder. Se había dicho a sí mismo, con talante confiado, que podría hacer que Marianne se disgustara con su marido. Con el tiempo, se mostró menos seguro, pero incluso cuando le volvió la confianza, no pensó en perturbar la situación. Le gustaba la buena voluntad de Marianne y disfrutaba viéndola florecer; un encaje en la frente, un satén carmesí en el escoté le alegraban el día. Marianne llevaba pendientes de cobre, unos aros lisos, y más bien pequeños, pero cuando la luz era la adecuada, trazaban pequeñas sombras circulares sobre su garganta o mejillas, según la inclinación de la cabeza, y a Paul eso le parecía delicioso. Se

despertó un día con la revelación de que la pálida piel lisa con su latente calidez, los ojos grises de pesados párpados, el busto y el mentón redondos, se habían vuelto inmensamente seductores a sus ojos. Como medida correctiva, se pasó el domingo siguiente con la muchacha del Pont Neuf, pero el lunes encontró a la mujer de su amo más atractiva, y más a su gusto.

En cuanto a Marianne, cuando se ajustó por primera vez el nudo de un lazo en la garganta, se dijo que lo hacía siguiendo el consejo del abate Jacques Têtu.

Después de unas cuantas visitas a la fuente de la rue Saint-Antoine, había descubierto algunas cosas más acerca del ábate. Los criados de la mansión Carnavalet iban allí a llenar sus cántaros. El abate era en verdad amigo de madame de Maintenon, como de muchas otras damas de alcurnia y de reputación intachable. Marianne se enteró del gusto del abate por la compañía femenina, de su debilidad por una cara o figura bonita, pero también de su gran piedad. Era un hombre de Iglesia: podía estar segura de que sus consejos eran buenos.

Siguieron los días soleados, agostando el trigo joven en las llanuras de la Beauce, calentando a los mendigos de París. Las mujeres de la ciudad llevaban la ropa sucia al río para lavarla. Marianne y Simone, la chica que vivía en el apartamento de la mansarda, encima de las habitaciones de los Larcher, fueron juntas a la isla Louviers. Paul les llevó las tinas de madera, siguiendo los pasos de ambas mujeres, que portaban sendas cestas, a través del puente peatonal que conducía desde la esquina del muelle des Célestins a la isla Louviers.

En el paseo del Mail, por encima de su cabeza, los olmos estaban ya todos cubiertos de hojas. La playa quedaba aislada. Era como si los tres estuviesen en el campo y, sin embargo, a no mucho más de un tiro de piedra del Port Saint-Paul. La joven Simone no tardó nada en descalzarse y en remangarse las faldas y, cogiendo su barreño de manos de Paul, se adentró en el río para llenarlo. Desde el agua llamó a voces a Marianne, que se había quedado sentada junto a su barreño:

—¡Mira que eres lenta! ¡Perezosa!

Marianne, abrazándose las rodillas, fingía estar fatigada, mientras

esperaba a que se marchara Paul. Pero este se demoraba, alzando la nariz como un zorro, olfateando el aire balsámico.

La víspera, dado que Jean no tenía aprendiz, Marianne se había dedicado a plegar signaturas, cumpliendo las funciones de un aprendiz. No había nadie en la encuadernación, salvo Paul y ella, y la habitación estaba tan silenciosa que cada golpe del plegador de marfil sin filo sonaba como un suspiro. Paul estaba ocupado en la otra punta del cuarto y no había abierto la boca en media hora; no había razón alguna para suponer siquiera que estuviese pensando en ella. Marianne no había estado pensando en Paul de forma consciente y, sin embargo, de pronto se sintió deseada. La emoción, una mezcla de alarma y de placer, la recorrió con tanta fuerza que la dejó temblorosa.

No se había atrevido a mirar a Paul durante varios minutos. Cuando por fin alzó la vista, lo vio exactamente igual que antes, inclinado sobre su tarea, ajeno, según todas las apariencias, a cualquier otra cosa en el mundo. A mediodía y por la tarde, cuando hacía una pausa según acostumbraba, al salir del negocio para despedirse de ella, no había habido nada en su voz ni su actitud que sugiriese que pensara en ella más que como una amistad.

Marianne se había reprendido a sí misma. Su soledad le estaba jugando una mala pasada. No negaba su soledad, incluso yaciendo junto a Jean esa misma noche, pero sí la validez de su aprensión instintiva.

Ahora, al llamarla Simone desde el río, Marianne sintió la misma sensación irracional de extremo pudor que la había incomodado cuando vio a Paul en la cama de su hijo y cuando Jean le había propuesto que el joven se convirtiera en su inquilino. Era una sensación que no podía explicarse y no quería entregarse a ella. Sintiéndose observada por Paul, se quitó despacio los zapatos y las medias y se remangó las faldas. No había nada de qué avergonzarse. Al contrario, tenía motivos para sentirse ligeramente vanidosa. Tenía los pies limpios y eran pequeños pero bien formados, con arcos fuertes y muy pronunciados. Recogió su tina y caminó a través de la gravilla arenosa hasta el borde del agua, sintiendo la brisa en los tobillos y sin prestarle atención a Paul.

Simone le gritó a este:

—¡Qué pena me das, teniendo que trabajar bajo techo con el día que hace!

Para cuando Marianne volvió a la playa con su barreño goteando, Paul ya

había llegado al puente.

A mediodía, las mujeres pararon a descansar. Marianne se tumbó a la sombra de los sauces y Simone se sentó a su lado, apoyando los brazos en las rodillas y la cabeza en los brazos. Era muy joven, apenas un año mayor que Nicolas. Llevaba casada un año y estaba encinta de cinco meses. Su marido era barquero y casi tan joven como ella. No tenían familiares en la ciudad y su amistad con Marianne había empezado durante sus primeros meses de náuseas, un día en que ella se la encontró cogida del pasamanos en la escalera, mareada y asustada. Durante todo el mes siguiente, Simone no pudo pasar junto a un pescadero sin vomitar. Después, su buena salud e innata alegría de vivir se impusieron de nuevo. Ella le atribuyó todo el mérito del cambio a Marianne y desde entonces la consultaba incesantemente acerca de la posible evolución del embarazo y cómo podría ser el alumbramiento.

Con la cabeza recostada en los brazos, contemplaba el vaivén de las sombras cuando la brisa, al mecer las ramas del sauce, desmenuzaba y tamizaba la luz del sol. Su rostro estaba lleno de contento; era una cara redonda y rosada, no muy bonita, pero sí muy agradable. Llevaba el pelo recogido con un trapo azul que le dejaba las orejas al descubierto. Sonreía vagamente, como un niño medio despierto, medio dormido, un niño sin pensamientos. Al poco, saliendo de esta ensoñación de la carne, comentó, sin preámbulo:

—El pequeño Damas está enamorado de ti.

Marianne abrió los ojos como platos:

—¡Tonterías! —dijo.

—Vaya que sí —respondió pacíficamente la muchacha.

—Pero ¡sí podría ser hijo mío! —dijo Marianne.

—No, yo podría ser hija tuya —la corrigió Simone—, pero Damas es mucho mayor que yo. Debe de tener unos, treinta años. Además, ¿eso qué tiene que ver?

—Todo —dijo Marianne.

La joven se rio y su rostro infantil se tornó entendido y travieso.

—A tu edad, ¿cómo puedes ser tan sabia, mi pequeña Simone?

—He visto cómo te miraba —respondió la muchacha.

Marianne alzó una mano para guarecerse de un repentino rayo de sol. Era

extraordinario lo bien que se sentía, allí tumbada en el suelo seco, cuán ligero le parecía su cuerpo, cuán alejado de aflicciones como las que Simone había padecido últimamente, y de otras que aún tendría que conocer antes de que naciera su bebé.

Simone no siguió hablando de Paul. De lo que quería hablar era de sí misma. Marianne contestó a sus preguntas, acogió favorablemente sus especulaciones y le reiteró los consejos tantas veces prodigados. Entre tanto, pensaba: «Yo también fui joven como ella, y estuve embarazada como lo está ahora ella. ¿Es posible que haya visto morir a cuatro hijos, que los haya llorado y que ahora esté aquí tumbada, libre de pesares? Ni siquiera echo en falta a Nicolas».

—Entonces, ¿me prometes que no me dejarás sola cuando llegue el momento? —dijo Simone.

—No soy comadrona diplomada.

—Pero me sentiría más segura contigo que con una extraña —repuso la chica.

—Te lo prometo —dijo Marianne.

No sentía la menor inquietud por Simone. La muchacha tenía buenas hechuras para ser madre y era tan saludable como un animalito. Ni la comadrona ni la paciente tendrían el menor problema en el parto. Lo que preocupaba a Marianne era ella misma: una persona nueva, pero no una extraña. Con la revelación que había experimentado al corroborar Simone lo que ella, medrosa, se había negado a aceptar, comprendió que lo que temía no era tanto que Paul la deseara, cuanto haberse imaginado ella ese deseo. También comprendió su consternación al pensar en Paul durmiendo en la cama de su hijo. Eso no tenía nada que ver con Nicolas, sino con el hecho de que ella misma dormía al otro lado de la puerta. Sintió una gran impudicia porque no dormía ahí sola, sino con su marido. Todo esto tendría que haberle causado gran alarma: anunciaba futuros problemas. Pero al contrario, sintió una alegría tal como no había conocido en años, como tal vez no hubiese vivido nunca.

Al incorporarse, se fijó en que las correhuelas que había en el césped habían florecido todas, pequeñas trompetas estiradas para capturar la luz del sol. El agua que le corría alrededor de los tobillos, la luz del sol quebrándose sobre las ondas al sumergir la ropa para aclararla, todo la deleitó. Con ayuda

de Simone, escurrió las sábanas y las tendió a blanquear sobre el césped. La tarde fue pasando y, paulatinamente, la realidad de la situación se redefinió. Una sensación de agobio se fue abriendo paso a través de su felicidad nueva, igual que una antigua mancha de humedad atraviesa una capa de yeso tierno, para cuando apareció Paul para ayudarlas a llevar la ropa a casa, el agobio se había vuelto nítido.

Cruzaron el puente y dejaron atrás el alboroto vespertino del muelle Saint-Paul. En la rue des Lions, dejaron las tinas en el patio y Paul le subió a Marianne el cesto de ropa húmeda al cuarto de encima de la encuadernación. Ella había colgado cuerdas para tender en diagonal a través de la habitación. Le dio la espalda a Paul, y alargó la mano hacia una cuerda; estaba asegurándose de que estaba firme, cuando notó que él se le acercaba por detrás. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, y de pronto sintió un beso, pero no en la nuca, que el pañuelo flojo había dejado al descubierto, sino en el hombro, encima del pañuelo mismo. El beso fue liviano. Apenas sintió el roce. Era un beso que podría considerarse robado, pasar inadvertido; o, si así lo prefería, podía darse por enterada. Decidió ignorarlo y Paul retrocedió un paso y preguntó:

—¿Puedo hacer alguna otra cosa?

Sin volver la cabeza, Marianne le dio las gracias y rechazó su ofrecimiento.

—Ya has hecho bastante por hoy —dijo con voz firme y ligera y sin ningún matiz sentimental que pudiera ser mal interpretado, o de tal se preció ella.

Paul le dio las buenas noches y salió de la habitación. Marianne oyó cómo empezaba a silbar su pequeña tonada, la misma de siempre, mientras bajaba la escalera. Cogió una sábana, la desdobló y la extendió sobre el cordel. La ropa estaba casi seca; olía a río, a sol, a sauces; le pareció que el silbido de Paul iba apagándose y se puso ella a tararear la misma melodía. Inmediatamente, recordó la letra, y empezó a cantarla en voz baja. Era una canción de Brie. A la hermana de su madre le gustaba mucho.

*La rose de ton blanc rosier.*

*Est une rose blanche.*

*J'ai pas demandé un baiser.  
En découpant la branche<sup>[24]</sup>.*

En verdad, Paul no le había pedido un beso. Sencillamente se lo había robado. Marianne jamás lo mencionaría y él tampoco lo haría.

«No, nunca me causará el menor problema», se dijo a sí misma.

## 10

**E**l día que Nicolas partió hacia Ruán, monsieur Robert, *procureur du roi au Châtelet*, hizo su acostumbrada visita de los lunes a monsieur De La Reynie. Se cruzó con el barbero de este en la antecámara y encontró a La Reynie recién afeitado, pero todavía en bata, atareado escribiendo una carta.

Al señor comisario de La Marre —empezaba la misiva—, a 26 de abril de 1694. Enviadme hoy, a primera hora, una nota sobre cuanto hayáis descubierto en lo concerniente al último folleto, y qué pruebas podemos esperar conseguir en contra de los que lo han impreso; pues es deseo del rey que esta afrenta sea castigada a toda costa. Esta no es más que la primera de las peticiones del monarca por las que os escribo. Hacedme saber si ha sido arrestado algún buhonero, o si se ha conseguido de esos vendedores alguna declaración que aporte información acerca del impresor, o que permita siquiera saber si esta obra ha sido impresa en París.

Se detuvo el tiempo justo para saludar a su visitante y rogarle que tomara asiento. Luego terminó la carta, la selló y se la confió a un criado para que fuera entregada.

Robert era un viejo amigo, y la visita del lunes una costumbre bien asentada desde hacía tiempo, pues los tribunales del Châtelet celebraban la primera sesión de la semana los martes. El hijo de Robert, joven abogado en alza, también servía al soberano como *conseiller du roi au Châtelet*. Acerca

de él intercambiaron sus primeras observaciones los dos hombres. A continuación, pasaron a considerar los problemas de pan de la ciudad.

Mientras La Reynie detallaba sus planes, a Robert le llamó la atención lo mucho que había envejecido su amigo en el transcurso de los últimos meses. La habitación estaba llena de sol matutino. Quizás fuese porque la claridad resaltaba todas las arrugas del rostro de La Reynie, o tal vez porque a él mismo le habían preguntado hacía poco cuántos años tenía —casi los mismos que La Reynie—, se dedicó a examinar conscientemente el familiar semblante y no pudo dejar de observar en él las señales del paso del tiempo. Había una profunda arruga vertical entre las espesas cejas. Los ojos eran tristes y alrededor de los labios regordetes y ecuanimes había otras arrugas reveladoras de una larga tensión continuada.

Monsieur Robert había resuelto abandonar el servicio en cuanto La Reynie le presentara su dimisión al rey. Ese día no tardaría en llegar. Se alegraría de ello, aunque no le parecía adecuado por su parte apremiar a su amigo.

La Reynie habló sin emoción, resumiendo el problema y considerando los medios prácticos para hacerle frente. La charla llegó a su fin y monsieur Robert se agachó para recoger su sombrero, que había dejado en el suelo junto a su silla.

—Una cosa más —dijo La Reynie—. En el Châtelet tienes unos cuantos presos que fueron arrestados durante las revueltas del pan. Tu hijo comprende mi reticencia a que sean castigados con severidad.

—Se lo recordaré —dijo monsieur Robert—. Estoy de acuerdo contigo. No es el momento de hacer un escarmiento con ellos ante el pueblo. Hay otra cosa que casi se me había olvidado. Hace una semana, nuestros hombres interrumpieron una pelea entre ratas de agua. Uno, que estaba herido y no pudo escapar, fue detenido. No quiero molestarte con minucias. La reyerta fue una de tantas como hay en los muelles, salvo por una cosa. Estaban peleándose por la posesión de un paquete de panfletos. Algo acerca del fantasma de Scarron que se le aparecía a madame de Maintenon.

—Ah —dijo La Reynie.

—Cuando me enteré —siguió diciendo monsieur Robert—, le aconsejé a mi hijo que hiciese interrogar con mayor detenimiento a esos hombres. Se trataba de un libelo extremadamente insolente.

—Estamos buscándolo —dijo secamente La Reynie.

—Mi hijo no había sido informado de esa búsqueda.

—El rey le da mucha importancia a este libelo —dijo La Reynie—. ¿Qué has averiguado?

—Solo que los panfletos los tiraron al Sena desde la isla de la Cité, entre el Pont au Change y el Pont Notre Dame, más cerca del Pont au Change. Un grupo de hombres vio caer el paquete y lo rescató. Otros intentaron arrebatárselo. Puede que lo arrojaron desde una ventana, o desde el passage des Oeufs, que es el único acceso directo al río en ese punto. El detenido admitió que sabía de qué trataba el panfleto, pero no sabía leer.

—En tal caso —dijo La Reynie—, alguno de sus amigos debe de saber. Haz que lo interroguen de nuevo.

—Imposible —respondió monsieur Robert—. Le habían sacado un ojo en la trifulca. Le entró una calentura por la infección de la herida.

—Que lo atienda un médico competente.

—Demasiado tarde. Murió ayer.

La Reynie guardó silencio tanto rato que Robert acabó por decir:

—La ciudad está repleta de libelos similares. Canciones, panfletos. ¿Podemos acaso acabar con todo?

—Si el pueblo tuviera pan, no habría amargura en sus canciones, ni sedición. Haríamos bien en ignorar por el momento al fantasma de monsieur Scarron. Sin embargo, la situación es esta: el rey desea que esta afrenta sea castigada a toda costa. Cueste lo que cueste. ¿Has entendido?

Monsieur Robert lo entendía muy bien. Se despidió y salió, dejando solo a La Reynie para ponderar la extrema insensatez de los deseos del rey.

No se discutía con el monarca, pero normalmente solía hacer caso de los consejos. El rey era habitualmente razonable, y aunque los comentarios del panfletillo acerca de madame de Maintenon eran desacostumbradamente insultantes, en particular los que la describían como alcahueta del rey y pintaban Saint-Cyr como un serrallo en el que se educaba a jovencitas para el placer real, aun así, la insistencia del monarca en una búsqueda exhaustiva y su exigencia de la pena capital para los culpables cuando se diera con ellos, le parecían a La Reynie de lo menos razonables, dadas las circunstancias.

«Dadas las circunstancias», se repitió a sí mismo. Y las circunstancias

eran que la gente de la ciudad —no los ricos, sino el pueblo— llevaba esos últimos años viviendo al borde de la hambruna. Los ánimos estaban muy caldeados. Haría falta bien poco para provocar una revuelta; y lo que ocurría en París afectaba a toda Francia. Un ahorcamiento como castigo de una burla, aún tratándose de una broma de muy mal gusto, podría ser la chispa que prendiera la mecha. El rey conocía las circunstancias tan bien como La Reynie.

Bueno, le había prometido hacer cuanto pudiera, y como era un hombre honesto, pensaba cumplir su promesa. Entre tanto, tenía otras cosas de qué preocuparse, y una de ellas era el caso de Roger, el mercader de grano.

La Reynie era de la opinión de que buena parte de la escasez de grano se debía al acaparamiento por parte de los granjeros y los comerciantes de grano. En realidad, se debía a varias cosas: a la disminución del valor de la moneda metálica, a las sequías extemporáneas, lluvias y granizadas destructivas, a la interrupción del tráfico fluvial por las inundaciones y heladas, y —lo que más importaba, probablemente— a la suspensión de las importaciones por la guerra.

En agosto del año anterior, cuando el grano se estaba vendiendo al precio inaudito de treinta y cinco libras por *sétier*, La Reynie le había escrito a monsieur de Harlay, primer presidente de los Tribunales de la ciudad: «Roger tiene un barco atracado en el Port de l'Ecole. Pide cuarenta y dos libras por *sétier*». El suceso se había quedado grabado en su mente debido a un informe que había recibido ese mismo día: se refería al hallazgo del cadáver de un niño en un pozo. Sus padres lo habían ahogado porque no podían darle de comer. Había concluido su nota a De Harlay con: «Este hombre no parece tener corazón de francés». En marzo de 1694, Roger había vuelto al Port de l'Ecole, nuevamente con trigo a la venta, y monsieur de Harlay había pergeñado un plan para ocuparse de él.

En tiempos, Roger había sido un hugonote reconocido. Con la revocación del Edicto de Nantes, que trajo consigo severas penas pecuniarias para los miembros de la Religión Reformada —o la Supuesta Religión Reformada, dependiendo del punto de vista—, se había dejado convertir al catolicismo. El primer presidente se proponía acusarlo de ser un *mal converti* y detenerlo bajo ese cargo sin someterlo a juicio, puesto que había sido incapaz de

arrestarlo meramente por cobrar un precio escandaloso por su trigo. Roger perdería así sus privilegios de ciudadano de primera clase, sus cuentas podrían ser auditadas y sus almacenes registrados sin necesidad de una orden del rey.

Más aún que el primer presidente, más que el mismo rey, La Reynie quería obligar a Roger a entregar todo el trigo que ocultaba. El otoño anterior, había sido ante la puerta de la casa de La Reynie, en la rue du Bouilloy, donde se había concentrado la turba de mujeres. Había salido a hablarles en persona. Había oído el alboroto; había visto sus caras y le había escrito a De Harlay: «A estas mujeres que habían visto morir a sus hijos no les preocupaban gran cosa sus vidas». No conseguía olvidar sus gritos, ni sus semblantes. No obstante, le había contestado a De Harlay:

En cuanto a vuestra propuesta acerca de Roger, el mercader de trigo, y la idea de usar el pretexto de que es un falso converso para arrestarlo por su mala conducta en lo tocante al grano, no puedo imaginar de dónde sale semejante proposición. Sin embargo, no me supone ninguna dificultad responderos muy claramente (puesto que me ordenáis que me explique al respecto) que nunca podría mostrarme de acuerdo, y que semejante plan me parecería incomparablemente más odioso que el mal al que se procuraría poner remedio con tal procedimiento.

Así concluyó momentáneamente el asunto de Roger, porque aunque De Harlay, como primer jurista de la ciudad, oficialmente excedía en rango a La Reynie, este hablaba en nombre del rey y no respondía ante nadie más que ante el soberano.

El problema de alimentar a la ciudad persistía. Se había intentado una distribución gratuita de grano, costada por la bolsa del rey, y se habían instalado hornos en el patio del Louvre. Así mismo había habido reparto de pan por las parroquias. En marzo de 1694 se había intentado fijar el precio del grano, con el resultado de que no llegó prácticamente ninguna cantidad de cereal al mercado.

Se tuvo que derogar la prohibición de subir el precio, y entonces hubo pan,

pero a unos precios que la mayoría de los parisinos no podían permitirse.

La Reynie cifraba sus esperanzas en la cosecha venidera, pero conforme los días secos y soleados dieron paso a las semanas, empezó a perder el ánimo, y su correspondencia reflejó cada vez más y más a menudo una nueva preocupación: «Si Dios no nos auxilia, no sé qué será de nosotros».

El pueblo también creía que había llegado el momento de suplicar ayuda divina. París era la ciudad de santa Genoveva, que había intercedido por su ciudad en el pasado. En las horas más desesperadas, cuando su relicario había sido llevado en solemne procesión desde su iglesia en lo alto de la colina hasta la catedral en la isla de la Cité, la santa había obrado milagros. Hacía muchos años que no la molestaban: ciertamente, había llegado el momento de rogar su intercesión para el más humilde de los favores, lluvia para la futura cosecha.

La petición de la ceremonia surgió del pueblo y con el tiempo le fue devuelta en forma de proclamación.

Pero los asuntos de gran formalidad y ritual proceden pausadamente. A lo largo de abril y de las primeras semanas de mayo, en todo el campo la tierra siguió endureciéndose y el trigo joven languideciendo. No fue hasta el 21 de mayo cuando se hizo pública la proclamación, que afirmaba que «Su majestad, lleno de solicitud por su pueblo, y mostrando singular afecto por los habitantes de la ciudad de París, desea que tenga lugar la solemne procesión del relicario de santa Genoveva, para que todos puedan unirse en plegaria y rogarle a Dios, por intercesión de la santa, la merced de una cosecha afortunada y todas las gracias de las que el Reino está necesitado». Para entonces, estaba ya todo tan bien dispuesto que también se pudieron comunicar la fecha de la ceremonia y las instrucciones a la Iglesia para la gran procesión, completas en todos sus detalles, hasta la última oración y genuflexión. La procesión de las reliquias iba a tener lugar el jueves 27 de mayo, tres días antes de Pentecostés, y la ciudad debía prepararse espiritualmente de lunes a miércoles.

La proclamación y las instrucciones se dieron a conocer por medio de pregoneros en todas las plazas de mercado de la ciudad, delante de las iglesias, en el Pont Neuf y al pie de la estatua del rey en la place des Victoires.

Esto fue el viernes. El sábado, la proclamación y las instrucciones de la Iglesia, impresas en carteles, fueron colgadas por toda la ciudad y se pusieron a la venta en las librerías. El domingo, fueron leídas y explicadas desde todos los púlpitos. No había posibilidad humana de no haberse enterado de lo que iba a ocurrir.

El lunes se iniciaron las peregrinaciones desde todas las iglesias — conventuales, abaciales y parroquiales—, primero hasta la catedral de Notre Dame y después, por la empinada subida, a la iglesia de Sainte Geneviève du Mont, para luego regresar a sus altares de partida. Los sacerdotes precedían a sus feligreses y avanzaban con báculos e incensarios, cantando himnos penitenciales y cargando con cualesquiera sagradas reliquias que obraran en posesión de su iglesia. Cada hora en punto y cada media, dos iglesias, cada una de distinto barrio de la ciudad, se ponían en marcha, y dado que el trayecto a menudo resultaba largo y la procesión avanzaba despacio, las congregaciones que volvían del monte, con frecuencia se topaban con las que acababan de salir. Y a lo largo de todo el día, todos los días, desde el alba del lunes hasta el crepúsculo del miércoles, el sonido de los cánticos fue continuo. Se mezcló con los ruidos de la calle, el estrépito de martillos y cinceles, los gritos de los vendedores, los chillidos de los animales y los chirridos de los ejes de carreta sin engrasar.

Delante de la catedral y de la iglesia de la santa, los cantos no cesaron en ningún momento. Las campanas de las iglesias tañeron sin cesar. Cada peregrinación empezó con el canto del *Exsurge Domine*. En la catedral, se imploró a Nuestra Señora, y a continuación a los restantes santos patronos de París, Saint Denis y Saint Marcel. En la de santa Genoveva, el pueblo entonó: «*Parce Domine, parce populo tuo; ut dignis flagellationibus castigatus, in tua miseratione respiret, per Christum*». Los allí arrodillados, alzando la vista, contemplaron el relicario, aún velado, sobre su pedestal tremendamente alto. Admiraron los pilares de jaspe, los querubines tallados, y trataron de imaginar el cofre tal como lo habían visto alguna vez mucho antes, o como lo habían oído describir: una caja pequeña, de escasamente un metro de longitud, con una tapa en forma de tejado picudo, como de iglesia pequeña, hecha de plata bañada en oro y tachonada de joyas, una arqueta de fabuloso valor. En ella se conservaban las cenizas de la bondadosa y sencilla santa, la pastora

que en su vida mortal jamás había lucido joya alguna.

La Iglesia concedió cuarenta días de indulgencia a todo el que tomara parte en estas peregrinaciones, y para que ningún hombre ni mujer, con independencia de su condición, pudiera verse privado de este beneficio, al *procureur général* le fue confiada la responsabilidad de encabezar la procesión de los pobres de la ciudad, aquellos que recibían limosna de la Iglesia o del rey, que estaban alojados a expensas de la ciudad en el Hôpital des Petites Maisons. Para asegurarse de que acudieran todos, los comisarios de policía a cargo de cada parroquia informaron a su gente de que debían presentarse el martes, con el rosario en la mano, preparados para hacer la peregrinación, so pena de verse privados por espacio de un mes de cualquier caridad que recibiesen.

La procesión de los pobres se puso en camino a las cuatro de la tarde, encabezada por el sacristán que portaba la cruz, flanqueada por los comisarios, con los hombres marchando todos juntos en columna de cuatro, seguidos por todas las mujeres y luego por los escasos miembros del clero del hospicio. La ruta estaba trazada, y la duración calculada para que la procesión llegara a la catedral a las siete. Cada pobre lucía una señal en el antebrazo izquierdo como prueba de su participación en la peregrinación. Desfilaron en el orden de sus parroquias, y la procesión fue larga. Eran el testimonio vivo a santa Genoveva de la gran necesidad que padecía su ciudad. Sin embargo, marchaban sin reliquias preciosas y sin incienso, y los pocos sacerdotes del hospicio lucían tan poco al final del cortejo que la procesión parecía solo de pobres y policías.

El miércoles fue declarado día de ayuno y la tarde de ese día concluyeron las peregrinaciones. El sol, ardiente y rojo, se cernía sobre el horizonte como una pelota enorme, derramando una luz fiera sobre las aguas del Sena.

En la rue du Bouilloy, monsieur De La Reynie se retiró temprano. Su papel en las ceremonias del día siguiente iba a poner a prueba sus fuerzas. Se alegraba de la ocasión, no solo porque se estaba apelando al cielo, sino porque iba a poder contribuir con su esfuerzo personal.

«Pero todo esto —se dijo, mientras se quitaba la peluca y la casaca— no

garantiza con certeza que vayamos a tener lluvia, o que la cosecha no se pierda. No me falta la fe en la buena santa, pero Dios otorgará o denegará su clemencia de acuerdo con Sus propios designios oscuros. Si la procesión no trajera lluvia, no debo albergar amargura en mi corazón ni hacia Él ni hacia Su santa. No obstante...».

Jean Larcher y su mujer hicieron su peregrinación el martes por la mañana, con la parroquia de Saint Paul. Bajo un cielo sin nubes, salieron de la rue Saint-Paul a las once y volvieron a la rue des Lions a última hora de la tarde, exhaustos. Paul Damas acompañó a Jean Larcher, considerándose más feligrés de la parroquia del barrio en el que trabajaba que de la de su lugar de residencia. Ni había ido a misa ni se había confesado desde su llegada a París.

El miércoles, mucho después de anohecido, Marianne seguía sin conciliar el sueño. El calor no era excesivo: no era eso lo que la tenía desvelada. Jean dormía, roncando un poco; su garganta dejaba escapar a veces breves sonidos estrangulados, y entonces Marianne lo sacudía hasta que se volvía de lado y seguía durmiendo en silencio. Pero el cielo, radiante todo el día, había dejado un ambiente muy caluroso y los tres días de rezos y cánticos y el constante repicar de campanas habían dejado a la ciudad embriagada de emoción. Por lo que a Marianne se refería, la romería del martes, sus esforzadas plegarias al pie del relicario velado, habían intensificado un anhelo que se remontaba a su niñez y se prolongaba hacia el turbio y monótono futuro.

Acostada junto a Jean, recta e inmóvil, recordaba sus primeras fantasías acerca del amor; no estaban centradas en nadie, eran meros pálpitos de la carne al despertar. Se había casado, y el amor había dejado de ser algo misterioso o irresistible para convertirse en una carga, un peso en el corazón, pero también un pecho en el que refugiarse en el frío de la noche. Los niños la habían mantenido ocupada y habían absorbido su afecto. Había trabajado muy duro. El negocio, la cocina, la compra, otra vez los niños, la enfermedad y la

muerte, la partería que había ejercido sin llegar a convertirla en una profesión, habían llenado sus horas. No había tenido tiempo de llorar a sus hijos como Dios manda, como no lo había tenido para especular acerca de la naturaleza del amor. Jamás se había planteado si estaba enamorada de su marido: había dado por supuesto que sí. Había sido un buen marido; para como eran las cosas en su mundo, un excelente marido incluso. Firme en esa creencia, y en la conciencia de que ella había sido una buena esposa a su vez, no había visto motivo para no disfrutar de la silenciosa devoción de Paul Damas. Se trataba de una faceta del amor que no había visto nunca. La dulzura que le deparaba era extraordinaria.

Marianne no era tan ingenua como para suponer que la situación podría continuar así indefinidamente. Su circunstancia personal era fija; ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera cambiar. Pero Paul sí cambiaría, de eso estaba segura. Puesto que no podía avanzar, tendría que retroceder. En los pocos días que habían transcurrido desde que rozó con sus labios el hombro de Marianne, ya había emprendido la retirada. Ella había observado pequeños indicios que la habían entristecido.

De rodillas al pie del relicario en la iglesia de la santa, Marianne había intentado rezar por el bien de Francia, por el regreso a casa de Nicolas sano y salvo, pero le había resultado difícil concentrarse en su plegaria. Sus pensamientos se habían dirigido continuamente hacia el joven asistente de su marido, de rodillas junto a este, algo apartado de ella. Tan emocionada por la devoción de todos los hombres y mujeres que rezaban con ella, como por su propio fervor religioso, sintió nacer en su fuero interno, mezclándose con la devoción, un feroz deseo que había desechado hacía mucho como parte de las congojas de la juventud.

Puesto que no conseguía dormir, se sentó en la cama, abrazándose las rodillas. Jean no rebulló. Se levantó, se acercó a la ventana y la abrió. Un arco de cielo estrellado colgaba sobre los tejados vecinos. La ciudad entera parecía desierta. Todo estaba en silencio. Todo aguardaba el día siguiente, y el milagro.

Marianne se asomó, apoyando una mano en la pintura desportillada del marco de la ventana, humedecido por el denso rocío. Al respirar el aire suave, notó la fragancia desconocida para ella, pero muy dulce, de alguna planta que

floreceía de noche, en alguno de los jardines privados próximos. En el campo, en una noche tan cálida y silenciosa como esa, estaría cantando un ruiseñor. Su anhelo le pareció intolerable. Se desató los lazos del *bonnet de nuit* y se lo quitó, sacudiendo la cabellera. También se aflojó el cuello del camisón para sentir el frescor del aire sobre la piel húmeda. Bien podía haberse quitado el camisón del todo para dejar respirar todo su cuerpo. La calle, con las ventanas cerradas en todas las casas, resultaba tan privada como una habitación vacía. Sin embargo, incluso en esa soledad, la desnudez habría parecido un acto de libertinaje. Recordó lo que había oído contar de las jóvenes campesinas de Brie, de cómo le «daban la bienvenida a marzo» saliendo a la puerta de su casa al alba el primer día del mes y echándose la falda por encima de la cara. A no dudarlo, los mozos también se levantarían al amanecer para mirar por las rendijas de los postigos. Marianne pensó con algo de envidia que era una costumbre franca y sana.

Del otro lado del río, en la colina que los parisinos llaman montaña de santa Genoveva, los sacerdotes de la orden seguían de vigilia en la iglesia abacial de la santa.

Pasó la medianoche. Después de nonas, el abate con su túnica pontificia se acercó al altar mayor y, tras la liturgia y el *Confiteor*, les dio la absolución a sus sacerdotes como si fuese Miércoles de Ceniza. Una vez concluida la absolución, dos sacerdotes con alba y estola retiraron el velo que cubría el relicario. En ese momento empezaron a sonar todas las campanas de la abadía, el coro entonó de rodillas *Beata Virgo Genova* y el alegre repicar y los cánticos continuaron mientras el arca con las reliquias era descendida con cuerdas hasta los hombros de los cuatro sacerdotes más veteranos de la orden, que se habían preparado para tan gran honor mediante la oración y el ayuno.

Esto tuvo lugar entre las tres y las cuatro de la madrugada. El sonido de las campanas se extendió por toda la ciudad y una ligera brisa elevó y transportó su júbilo hasta la campiña. Marianne, por entonces profundamente dormida, no oyó nada, pero en las capillas de toda la ciudad los clérigos que guardaban la vigilia sabían lo que estaba sucediendo en el monte.

Al amanecer, el carruaje de monsieur De La Reynie se detuvo ante las iglesias de Sainte Geneviève y Saint Étienne-du-Mont. Monsieur De La Reynie se apeó y despidió a su cochero dándole la instrucción de ir a recogerlo esa tarde a las seis al palacio arzobispal. El día iba a ser largo.

Con túnica roja y peluca, pero a cabeza descubierta, cruzó el espacio entre las dos iglesias. Los pájaros cantaban en el jardín de la abadía, un coro mixto de currucas, tordos y pinzones. El sol aún no había superado la línea del horizonte, pero la gran luminosidad del cielo anunciaba otro día despejado. El pavimento relucía de humedad. Las fachadas de las iglesias se erguían ante él libres de sombras, hombro con hombro, formando una unidad, aunque la una y la otra eran todo lo diferentes que se podía ser. La fachada de Sainte Geneviève era antigua y llana, severa en su sencillez; la de Saint Etienne estaba muy trabajada, con todas las riquezas del Renacimiento.

Un grupo de gentilhombres con túnicas rojas como la suya lo estaban esperando en el pórtico de la iglesia de Sainte Geneviève. Eran funcionarios del Châtelet, su amigo Robert entre ellos, y también monsieur Lamoignon el joven, quien ese día permanecería como rehén en nombre del Châtelet mientras durara la ausencia del relicario de la iglesia. Un canónigo de la catedral de Notre Dame, un consejero del Parlamento de París y un maestro del Tribunal de Cuentas le harían compañía, rehenes asimismo. La Reynie alzó la vista, según se acercaba, desde las figuras de rojo a la figura pétrea de la santa en una hornacina encima de la puerta central, una figura erguida y estrecha como una columna, la de una joven sosteniendo ante sí un libro y una vela encendida, mientras sobre sus hombros se inclinaba un demonio que intentaba apagar la llama del cirio, y un ángel que la protegía. La santa sonreía, impertérrita ante el combate celestial que se libraba sobre sus hombros inclinados. La Reynie la saludó en su fuero interno antes de saludar a sus amigos. La última vez que había ido a hacerse cargo del relicario, tenía muchos menos años y su salud era bastante más sólida. La santa seguía igual de joven que siempre.

Se presentó con su grupo ante el abate, quien los condujo a su vez hasta el relicario, donde hicieron sus devociones. Acto seguido, el abate le confió, junto con promesas escritas y verbales, como establecía la tradición, la custodia del cofre a partir de esa hora hasta la fijada para su regreso a su

elevado pedestal. La Reynie juró, y con él sus acompañantes, no perder de vista la sagrada reliquia y permanecer en todo momento junto a ella. Monsieur de Lamoignon asumió su papel como rehén. Los documentos, apenas firmados fueron puestos a buen recaudo, y los gentilhombres del Châtelet fueron conducidos hasta sus asientos junto al relicario.

A las siete aparecieron los miembros de la Corte del Parlamento, todos vestidos de rojo, hicieron sus devociones, presentaron a su rehén y se sentaron al lado de los policías. A las nueve se presentó el clero de la catedral trayendo las reliquias que formaban parte del tesoro de Notre Dame, para que permaneciesen en la iglesia abacial hasta que se produjera el retorno del relicario de la santa. Por último, a hombros de representantes de la Corporación de Orfebres, llegó el relicario de Saint Marcel, que fue recibido con los debidos honores en el pórtico de la iglesia, de forma que se cumpliera el antiguo refrán que afirma que santa Genoveva no sale si Marcelo no se pasa antes a buscarla. A las diez, la procesión estaba lista para empezar. Iba a estar formada por el clero, la Corte del Parlamento, los principales magistrados de la ciudad y los jefes de las corporaciones. El pueblo solo sería público este primer día.

Por fin se pusieron en marcha. Vestido de blanco y descalzo, figura llena de la gracia de la humildad, el abate de la iglesia de Sainte Geneviève iba con sus sacerdotes, con la mano alzada en gesto de bendición. El arzobispo de París, anciano e inválido, era transportado en una silla tapizada de terciopelo morado bordado de flores de lis doradas. Agachaba la cabeza bajo el peso de su mitra blanca y dorada. Un criado lo seguía sosteniendo un quitasol sobre su cabeza. La silla se mecía según avanzaban los portadores; el arzobispo también oscilaba, volviéndose a uno y otro lado para dar su bendición. Detrás de él venían los relicarios de los dos santos con su guardia de honor: una doble guardia de clérigos y policías.

La multitud guardaba silencio mientras la procesión se abría camino. Por encima del sonido de los cánticos de los sacerdotes que lo precedían, La Reynie pudo distinguir un cliqueteo de rosarios, murmullo de rezos y, luego, en cuanto el gentío avistó el relicario con su corona y su cruz resplandecientes al sol, gritos de éxtasis semejantes a un prolongado suspiro desplazándose hacia delante junto a él, igual que la espuma del mar bajo la proa de un navío. Según

descendían la rue Saint-Jacques, siguió oyendo ese suspiro mudo y extático, roto ocasionalmente por un agudo alarido de adoración o súplica.

La procesión progresaba lentamente. El camino parecía más largo que en aquella otra ocasión, hacía tantísimos años. En aquel entonces no habían soportado esa continua opresión del sol; era buen tiempo lo que se pedía en aquella ocasión. La Reynie sintió alivio al darse cuenta de que por fin estaban cruzando el atrio relativamente pequeño que se extendía ante Notre Dame, y que pronto entraría en aquella gran cueva gótica y podría descansar un rato.

Jean Larcher y Marianne se hallaban entre el gentío que se agolpaba, de rodillas, ante la catedral para ver pasar a la santa. Habían ocupado su sitio temprano y la espera había sido larga. Jean había rezado muchos rosarios. No habían esperado poder entrar a la catedral, con todo lo grande que era. Aguardaron fuera mientras se celebraba la misa en el interior y luego se levantaron con dificultad y emprendieron el camino de regreso a la rue des Lions.

Marianne no había vuelto a ver a Paul desde la tarde anterior. El día era festivo para todo el mundo. No había motivo para que hubiese aparecido esa mañana por la encuadernación, pero ella había esperado, ya que había hecho la peregrinación con ellos, que también los acompañara a la procesión. Se había vestido con particular esmero, como correspondía a la ocasión. Lo que había visto de su persona en el espejo de la cocina le había parecido satisfactorio y se sintió decepcionada cuando Paul no apareció antes de que fuera hora de salir de casa.

Lo estuvo buscando entre la multitud, pero ni de camino a la catedral ni entre el gentío que se amontonaba en el atrio vio rastro de él. Cuando Jean y Marianne volvían hacia su barrio, ella vio a lo lejos a Simone y su marido, Jules. Agitó la mano y apremió a Jean para darles alcance, pero Larcher estaba empeñado en llegar a casa cuanto antes y la muchedumbre era muy densa. Los perdió de vista antes de salir de la isla de la Cité.

No obstante, Marianne y Jean no llevaban sino un ratito en casa cuando se oyó la voz de Simone llamando a su puerta. Entró sin esperar a que Marianne le abriese, llevando a Jules de la mano. Iban vestidos de fiesta, excitados y

lLENOS de asombro. Habían visto el relicario: estaban muy cerca de él cuando pasó a su lado. Simone había sido bendecida: estaba segura de que el propio arzobispo la había bendecido especialmente a ella; estaba prácticamente bajo su mano. Jules le había comprado pastelillos y una naranja. Jules iba a llevarla al río. Jules era tan bueno con ella; seguro que sería un buen padre, ¿verdad? Mientras duró toda esa cháchara, Jules permaneció de pie, tranquilo, lleno de orgullo. Si el trabajo duro y la generosidad bastaban para ser un buen padre, podría serlo. Cuando Simone tuvo que callar para tomar aliento, Jules le dijo a Jean, de hombre a hombre:

—He visto a vuestro amigo monsieur Bourdon en la procesión.

Larcher asintió.

—Parecía que estaba pasando mucho calor —añadió Jules.

Y aguardó, y otro tanto hicieron las mujeres, a que Jean contribuyera algo a la conversación. Jean miró bondadosamente el rostro arrebolado de Simone y solo dijo:

—He visto a monsieur De La Reynie. Es un gran hombre.

La sobriedad de la afirmación puso punto final a la conversación. A Jules no se le ocurrió ningún comentario apropiado. Jean se dio la vuelta y Simone recordó de pronto que Jules y ella iban a bajar al río para ir al campo. Apenas acababan de salir de la cocina cuando Simone volvió a abrir la puerta y, asomando la cabeza por la apertura, le dijo a Marianne:

—Le he dicho que cuando salga de cuentas, tú cuidarás de mí. Se ha puesto muy contento.

Y desapareció, con sus redondos ojos azules, su cara rosada, su juvenil sonrisa, y Marianne se dispuso a preparar la cena. Cosa de una hora más tarde, cuando ya habían terminado de cenar y estaba todo recogido y la cocina barrida, Jean, volviendo del taller, se dio cuenta de que Marianne seguía vestida con su ropa de fiesta.

—¿Vas a ir a otra procesión?

—Aún podría venir alguien.

Jean puso cara de escepticismo, pero no hizo más comentario.

Marianne estaba poco dispuesta a quitarse las galas, dando así por finalizada la fiesta. La gran ceremonia había concluido para ella. Los días de expectación y plegaria habían alcanzado su clímax cuando había visto el

relicario flotando por encima de la muchedumbre genuflexa, y todavía no se había producido ningún milagro. En su fuero interno, por otra parte, todo seguía sin resolver.

Una vez concluidas las ceremonias, en las grandes mansiones se celebrarían cenas festivas. Las posadas estarían atestadas de excursiones de familias y habría más de una merienda en los prados. ¿A qué habría dedicado Paul el día de fiesta? Pero Marianne conocía la respuesta. Las praderas del Bièvre y los senderos entre los setos estaban llenos de parejas en las tardes cálidas.

Hasta el edificio en el que vivía estaba medio desierto, si no del todo. Atravesó el patio despacio y subió la escalera. Lentamente, deshizo los lazos, soltó los corchetes y se quitó la cofia ribeteada de encaje y el vestido de tafetán. Era el mismo vestido que se había puesto el día de su boda. Tampoco era nuevo entonces. Era de un tejido ondulado a rayas, una estrecha franja roja, del color de la sangre, entre dos bandas más pequeñas de color verde manzana, y luego una raya negra más ancha. La tela había empezado a pasarse; tenía pequeños rotos junto al borde de los pliegues. Si quería aprovecharlo, tendría que ponérselo más a menudo. Ojalá la hubiese visto Paul con él puesto. Inmediatamente, deseó no pensar en él tan a menudo. Con su vestido de algodón azul y marrón y una blusa corriente, volvió a la cocina.

Estuvo una hora batallando con su desazón. Después, sin intención clara, pero en respuesta a su aguda necesidad de hacer algo, salió de la tienda. La calle estaba vacía, salvo por una vieja y un niño muy pequeño a unos nueve o diez metros. Marianne los adelantó, intercambiando una mirada comprensiva con la anciana; no la conocía de nada, era una rezagada de las muchedumbres que habían asistido a las ceremonias. Y seguía sin producirse ningún milagro. El aire estaba muerto y caliente.

«Quizás no hemos rezado lo suficiente —pensó Marianne—. Tal vez no hayamos rezado con pureza. Lo que es yo, a duras penas conseguía centrarme en las plegarias la mayor parte del tiempo. No debo pensar tanto en Paul. Estoy segura de que él no piensa en mí todo el rato, y llegará el día, cuanto antes mejor, en que no lo hará en absoluto».

Entonces se le ocurrió que sería muy buena cosa volver a la iglesia de Santa Genoveva para rezar de nuevo, esta vez para verse libre de tanta

vanidad.

Atravesó el Pont Marie y luego la pasarela a la Cité. Enseguida se sintió más dichosa. El aire parecía más fresco. El gentío que rodeaba el atrio de la catedral ya se había dispersado. Unos cuantos carruajes cruzaban ya la zona que había estado cerrada al tráfico. Frente a las puertas de la catedral, y en torno a los puestos instalados al borde del atrio, aún se agitaban algunas personas, en grupos de dos o tres, como las abejas que permanecen revoloteando cerca de una rama cuando el enjambre ya se ha marchado. Unas cuantas nubes blancas pasaron por encima de las torres. Se había levantado brisa.

Al atravesar el atrio, Marianne vio a sus pies un lazo, algunas flores marchitas —acianos— y una peladura de cáscara de naranja. Un niño la adelantó corriendo y agarró el trocito de cáscara casi cuando iba a pisarlo. A distancia segura, se detuvo, se dio la vuelta y le sonrió triunfante, y luego siguió corriendo, mordisqueando su premio. Marianne había visto una vez a una rata roer una peladura similar.

Mientras subía la rue Saint-Jacques, el viento empezó a soplar con más fuerza, agitando las colgaduras que aún pendían de las ventanas. Pero el sol seguía brillando y el calor era agobiante.

El ascenso de la empinada cuesta la fatigó. Pasó bajo enseñas familiares, por delante de tiendas que conocía muy bien, pero todo resultaba extraño y ajeno. Las colgaduras, las guirnaldas, la misma ausencia de tráfico, lo convertían en otro mundo. Casi se le olvidó por qué estaba subiendo aquella larga calle, sola, acalorada y cansada, y cuando por fin llegó a lo alto y se adentró en la penumbra de la iglesia, tuvo que hacer un esfuerzo para ordenar sus pensamientos y recordar su propósito.

No estaba sola. Había otros, de rodillas en la oscuridad. Hacia el final de la estrecha nave, unas velas brillaban ante el altar. El relicario había sido colocado de nuevo sobre su elevada plataforma, los rehenes habían sido liberados, pero todavía no habían velado la arqueta. Marianne inició sus oraciones con un paternóster, como las había empezado con Jean dos días antes. No pudo resistirse a volver la cabeza hacia el lugar en el que se habían arrodillado juntos Jean y Paul. Luego, dedicó sus devociones a las súplicas que tenía previstas: lluvia para los campos, victoria para los ejércitos del rey,

un regreso seguro para Nicolas y, para ella misma, un corazón puro, un corazón tranquilo, sin vanidad y libre del dolor del deseo. Rezó fervorosamente. Sintió un inmenso alivio. Después de besar una última vez el rosario, se levantó, se dirigió con cuidado entre las figuras genuflexas hacia la puerta de la iglesia, y salió fuera, al sol y al aire libre.

De inmediato la golpeó una fuerte ráfaga de viento, que roló apartándose de la fachada de la iglesia, como un remolino. Marianne dio unos cuantos pasos al frente, se dio la vuelta y, al mirar atrás, vio cómo las fachadas de las dos iglesias se recortaban blancas contra una masa negra de nubes, las mismas nubes que antes flotaban como la nieve sobre las torres de Notre Dame. Encima de la puerta central de su iglesia, en un fulgor de luz poniente, la estatua de santa Genoveva seguía sosteniendo su libro y su vela y sonreía misteriosamente. Mientras Marianne la miraba fijamente, un tremendo relámpago atravesó la nube negra. Unas cuantas gotas de lluvia se estrellaron en el pavimento y luego el trueno retumbó en lo alto y por debajo de las nubes, arrastrado sobre su cabeza por el creciente viento, reverberando en los adoquines bajo sus pies.

Ya estaba lloviendo en el campo y en los suburbios. En apenas unos instantes, o eso pareció, la cortina de lluvia alcanzó la montaña Sainte Geneviève. Las flechas de las iglesias desaparecieron. Las nubes desfilaron directamente sobre su cabeza, eclipsando la luz del sol poniente. Marianne se encontró de pie en la repentina noche de la torrencial lluvia.

Ni se le pasó por la cabeza buscar cobijo en la iglesia. Sorprendida, casi asustada primero, pero luego llena de alborozo por el abrumador milagro, se remangó la falda y echó a correr colina abajo, hacia casa. Continuaban los relámpagos; el trueno seguía retumbando estruendosamente. La misericordia de Dios se parecía a su cólera.

La frescura, el alivio de la tensión del bochorno anterior, hicieron revivir a Marianne. Sintió con júbilo la lluvia en su rostro, sobre sus brazos desnudos, empapándole la ropa. Corrió. El viento intentó arrebatárle la cofia. En el primer portal que pareció ofrecerle un poco de cobijo, se la quitó. Al volver la vista atrás, vio cómo el agua corría calle abajo, arroyo poco profundo que iba trenzando su patrón de rizos por el desagüe del centro. La lluvia caía con tanta fuerza que cada gota rebotaba hasta una altura de un palmo; era tan densa

que daba la impresión de que una capa de gotas se estiraba continuamente unos tres dedos por encima de la somera cascada, como crestas de innumerables fuentecillas.

Marianne sintió un escalofrío: estaba empapada. Estaba claro que la tormenta tardaría unas horas en amainar. Volvió a recogerse la falda y siguió corriendo. Antes de alcanzar el río, en la place Maubert, volvió a refugiarse en un portal para recuperar el aliento. Estaba disfrutando de su encuentro con la tempestad. No se había sentido tan ligera de corazón desde el inicio de las peregrinaciones, y ya estaba tan empapada que seguir mojándose no podía empeorar la cosa. Se alegró de haberse cambiado de ropa. Seguía ahí, respirando entrecortadamente, apartándose el pelo chorreante de la cara, cuando se abrió de golpe la puerta de una taberna en la acera de enfrente y un joven cruzó la calzada apresuradamente. Era Paul. Se apretujó junto a ella contra la puerta.

—¡Qué espléndido milagro! —gritó por encima del estruendo de la lluvia.

Ella se limitó a sonreírle sin contestar, demasiado sorprendida para disimular su deleite. Paul nunca la había visto así, la piel tan brillante, la mirada tan espontánea. Apoyó una mano ligeramente sobre su hombro mojado e, inclinándose hacia delante, la besó en la boca con pasión. Fue un beso largo. Parecía saber a miel. Paul sintió cómo los labios de Marianne se calentaban bajo los suyos. Luego la soltó y se apartó un poco para poder mirarla otra vez. No estaba furiosa; Paul no había esperado que lo estuviese: le había devuelto el beso demasiado bien. Pero quería mirarla a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas, el iris gris casi había desaparecido. Y entonces cerró despacio los pesados párpados blancos. Le palideció el semblante y, por un breve instante, Paul pensó que estaba a punto de desmayarse. Osciló un poco, con los labios aún entreabiertos. Él le cogió las manos, que tenía mojadas y frías, como la cara. No sabía qué hacer a continuación.

Marianne abrió los ojos; soltándose de sus manos, le lanzó una mirada que Paul no entendió. Luego pasó rozándolo, saltó del elevado escalón del portal a la calle y echó a correr hacia el río a través de la lluvia y la oscuridad.

## 12

**S**iguió lloviendo toda esa noche y todo el día siguiente, y también el de después. La ciudad quedó purificada como hacía meses que no ocurría. El lunes de Pentecostés amaneció despejado sobre un mundo renovado y en las iglesias se proclamó que el mismo día y hora del descenso del relicario a la catedral, al ejército del rey le había sido otorgada una gran victoria en Cataluña.

Profundamente agradecido a Dios, el monarca le pidió al arzobispo de París que celebrara un *Te Deum* en la catedral el 9 de junio. Ese día, el rey haría entrega a la catedral de dieciséis estandartes españoles que el duque de Noailles le iba a enviar desde Cataluña. Al atardecer de ese día se organizarían *feux de joie* por toda la ciudad y bailes en las calles.

Para la tarde del 9 de junio, Paul se sentía prácticamente desesperado en su afán de poder hablar con Marianne a solas. Lo que para él había empezado como un juego, una prueba de habilidad e ingenio se había transformado merced a ese beso bajo la lluvia en una pasión que lo consumía. No hallaba consuelo alguno en compañía de la muchacha del Pont Neuf. Lo que sentía por Marianne eclipsaba el recuerdo de lo que había sentido por la mujer de su amo en Auxerre. No obstante, dado que Marianne lo evitaba y que, en las ocasiones en que por necesidad se hallaban juntos y a solas, invocaba la autoridad absoluta de su condición de ama del negocio, a Paul acabó por recordarle a la mujer de Auxerre, y la amargura de aquel rechazo se sumó a esta nueva amargura.

Puesto que Marianne le había devuelto el beso, la hacía responsable de su

sufrimiento. Pensaba que se merecía una explicación, pero no lograba estar con ella a solas el tiempo suficiente para lanzar su acusación. Marianne se protegía de él buscando la presencia de su marido. Aquella tarde bajo la lluvia había huido de él; había huido porque se conocía a sí misma. Pero no era ninguna ingenua. Paul le había dejado tiempo suficiente para recuperar su valor. Ahora debería permitirle acercarse a ella. Debería reconocer su pasión con sinceridad; y si se sentía demasiado superior para aceptar su amor, por lo menos debería pararse a escuchar sus reproches.

Por espacio de varios días, ideó discursos para intentar obligarla a atender a razones. Luego, decidió darle el mismo trato que estaba recibiendo de su parte, silencio y desdenes. Podía renunciar a ella. No era la mujer más atractiva que hubiese visto nunca. Paul se había propuesto —y esa seguía siendo su intención— no meterse en líos. Marianne había pedido aquel beso, allí de pie, con el cabello descubierto, el corpiño empapado y pegado a sus pechos, sonriendo como una muchacha desenfrenada. Pero la traición de Auxerre obró en él como un veneno, hasta que empezó a sentirse inseguro de la cosa de la que más seguro estaba. Tenía que volver a tocarla para asegurarse y luego le daría la espalda. Ni por un instante lo asaltó la inquietud de que pudiera decirle algo a Larcher en su contra.

El miércoles por la tarde, mientras Jean seguía en la encuadernación, Paul se inventó un pretexto para entrar en la cocina y, acercándose a Marianne, antes de que ella pudiera escaparse, le dijo rápidamente:

—¿Sabes dónde vivo?

—Conozco el nombre de la calle.

Paul hizo un gesto de impaciencia con la mano, como diciendo que eso no bastaba.

—Te esperaré luego en la place de Grève. Esperaré toda la tarde.

El día había sido como el de Pentecostés, de atmósfera ligera y pura y sol brillante. Nubes blancas habían sobrevolado la ciudad y al atardecer unas grises ribeteadas de oro flotaron en el pálido cielo dorado. El aire era suave. Las piedras de la ciudad exhalaban calor como si se tratase del cuerpo saludable de un animal. Paul recorría la place de Grève de una punta a otra.

No sabía por qué calle vendría Marianne, si es que venía. Había tenido en cuenta el tiempo que le tomaría a ella dar de cenar ajean, y luego había contemplado un margen adicional por si vacilaba, surgía algún imprevisto o se encontraba con alguna vecina por la calle. No había cenado; no tenía el menor apetito. Caminó desde un extremo del Hôtel de Ville al otro, miró hacia el río y más allá de la masa de la catedral, cuyo costado asomaba por encima de los tejados picudos de la isla de la Cité, contempló la Gran Cruz que se levantaba en el lugar donde se erigían los cadalsos para las ejecuciones, dio media vuelta y volvió a su punto de partida.

Cuando recordaba cómo lo había estado evitando toda la semana, pensaba que Marianne no acudiría. Pero cuando recordaba la presión de sus labios sobre los suyos, se sentía seguro de que sí lo haría. No sabía cómo podría soportar volver al taller a la mañana siguiente en caso de que ella no se presentara. Decidió que no podría seguir con Larcher. Pero entonces comprendió que si Marianne no acudía, el dolor de su incertidumbre persistiría tanto si trabajaba para Larcher como en cualquier otro lugar.

Había pilas de leña preparadas para las fogatas del festejo. La muchedumbre estaba tardando en llenar la plaza. Un hombre con una cornamusa estaba sentado en los peldaños de la Gran Cruz, ensayando algunas piezas. En la esquina de la rue de la Mortellerie, unos papeles pegados a un poste aleteaban en la corriente de aire que subía desde el río. Estaban bastante ajados: los habían colgado el día de la procesión. Ociosamente, Paul se detuvo a leerlos.

Se dio cuenta casi de inmediato de que había oído recitar su contenido al son de trompetas aquel mismo día, y más de una vez, primero en una parte de la ciudad y luego en otra, mientras vagabundeaba en soledad. Se trataba del más reciente intento de La Reynie para expulsar de París a la gente sin techo. Declaraba que todos aquellos vagabundos con salud suficiente para trabajar que estuviesen desempleados y que no fuesen originarios de París, habían de abandonar la ciudad en el plazo de tres días y regresar a sus lugares de origen. Los que no acataran el decreto, en caso de ser hallados en la ciudad al cabo de los tres días, y si se tratase de su primera infracción, serían detenidos durante una semana en el Hôpital Général, vale decir, el hospicio, donde trabajarían para la ciudad a cambio de su alimentación. De ser detenidos en París por

segunda vez, serían condenados a tres años de galeras. Eso, por lo que se refería a los hombres; en cuanto a las mujeres, recibirían el mismo castigo la primera vez que fueran detenidas; la segunda vez, se les afeitaría la cabeza, serían azotadas y puestas en la picota por espacio de dos horas.

Gracias a Dios, el decreto no era de aplicación en su caso. Se preguntó cuántos mendigos serían aún capaces de evitar el hospicio y las galeras, y estaba a punto de apartarse cuando notó que le tocaban el hombro. Dio media vuelta, esperando saludar a Marianne, y se halló frente a frente con un joven alto y enjuto, de semblante chupado y honesto. Había visto esa cara antes —la frente huesuda, los ojos hundidos y dándoles sombra, el polvoriento sombrero de ala ancha de piel de castor—, pero no conseguía recordar dónde.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó el joven, sonriendo, y la sonrisa entalló dos líneas curvas a ambos lados de su boca—. ¿El impresor de Lyon, en la tienda de la viuda Charmot, en la rue de la Vieille Boucherie? Rambault. Pierre Rambault —fue enunciando esperanzadamente los términos de identificación, uno detrás de otro, mientras Paul lo miraba con fijeza, ofuscado por su decepción—. Tú eres el pequeño encuadernador de Auxerre. Estabas buscando trabajo. Ya veo que encontraste uno. Estás aseado y bien alimentado. Me alegro por ti. A fe mía que me diste gran lástima aquel día.

Paul no pudo dejar de acordarse de él entonces: era la única persona, antes de encontrarse con el Padre Faroles, que se había mostrado amable con él. Su primer conocido en París. Pues claro que lo recordaba, declaró en tono de protesta. Es que lo había sobresaltado. Tragándose la decepción, trató de mostrarse cordial.

—Voy a ver a un amigo —dijo el joven flacucho—. Vente a tomar una copa con nosotros. También es impresor, y de Lyon. Conocí a su hermano allí.

—Es que estoy esperando a alguien —dijo Paul.

—Pues que se venga también. A Chavance no le importará.

—Es una mujer.

—Con mayor motivo, tráetela. Será un valor añadido.

—No es de esa clase.

—Vaya... —dijo el impresor de Lyon—. Bueno, pues te haré compañía hasta que aparezca. Cuéntame de tu trabajo.

—La pondrás nerviosa —dijo Paul—. Sé buen chico, sigue tu camino y

reúnete con tu amigo.

—No hay motivo para que se sienta incómoda. ¿Por quién me tomas? ¿Por un patán? Chavance también es un buen tío. Tiene contactos, de los mejores. Hasta se aloja con unos monjes.

—En alguna otra ocasión —dijo Paul, implorante.

—Es una persona a la que te interesaría conocer.

—En otro momento. Pasaré a buscarte y entonces podrás presentarme a tu amigo.

—Se llama Chavance.

—De Lyon —dijo Paul—. Y ahora, adiós. Veo a mi amiga.

No había visto a Marianne, ni a ninguna mujer que se le pareciese, pero el pretexto le permitió darle esquinazo al impresor. Al llegar al centro de la plaza, Paul miró atrás. El joven flacucho de la tienda de la viuda Charmot había desaparecido.

En la rue des Lions, Marianne le dijo a Jean:

—Enseguida empezarán a encender las hogueras. ¿Vamos a verlas?

—Prefiero ir a La Grada de Oro que pasar más rato de pie —dijo Jean—. Ya he visto muchas fogatas en mi vida.

—Te acompañaré hasta La Grada —dijo Marianne—. Habrá una hoguera tremenda en la rue Saint-Antoine. Podemos verla desde la puerta de la taberna.

—Como quieras —dijo Larcher y cogió su rollo de tabaco rubio, su pipa y unas cuantas pajuelas de la repisa de la chimenea.

Marianne lo siguió calle abajo, diciéndose a sí misma: «Si me pide que entre en La Grada, me quedaré toda la tarde con él». Pero al llegar a la puerta de la taberna, Larcher echó un vistazo rápido hacia la calle Saint-Antoine y comentó que aún no habían prendido las fogatas.

—Vas a tener que esperar un buen rato —dijo y la dejó plantada en la calle.

Extrañamente, ella sintió cierta desilusión. Se mordió el labio y lo siguió con la mirada. Si la hubiese invitado a quedarse, habría sentido una decepción diferente, y probablemente un impulso de rebelión, junto con la amarga satisfacción de hacer lo que sabía que era lo correcto. Nada le impedía aún

entrar en La Grada en pos de Jean; nada, sino la sensación de haber sido desairada, pero esta era muy intensa. Alzó la barbilla con gesto desafiante y se dirigió a la rue Saint-Antoine.

Era cierto, aún no habían prendido las fogatas, pero la muchedumbre ya aguardaba, expectante. Había música: sacabuches y violines, y olía a vino, como si se le hubiese roto una botella a alguien. Marianne se dijo que le había pedido a Jean que la acompañara y le había ofrecido una buena oportunidad de invitarla a quedarse con él; la había rechazado, y dos veces. No podía quedarse tranquilamente en casa una tarde como esa, ni tampoco habría podido conformarse pasando dos horas en la sala ahumada de La Grada. La inquietud que la dominaba, tan parecida a la de aquella tarde de bochorno antes de la tormenta, no la causaba meramente el sonido de los violines. Había surgido a la vida con las palabras apresuradas de Paul y vivía en ella con una intensidad terrible. Sabía muy bien lo que ocurriría si iba a su encuentro, como también sabía, pese a todas sus dilaciones, titubeos y subterfugios, que acabaría yendo.

Se había cepillado el pelo después de cenar y se había lavado la cara. Tenía un lazo de satén rojo entre los dedos y estaba a punto de anudárselo a la garganta cuando recordó el comentario de Jean:

—¿Vas a ir a otra procesión? —le había preguntado.

Hizo correr el lazo entre sus dedos con pesar y luego lo dobló con cuidado y se lo guardó en el bolsillo de la falda. Era el primer engaño. Cuando hubo subido por la calle Saint-Antoine hasta llegar a la altura de la fuente frente por frente de la iglesia de los jesuitas, sacó el lazo del bolsillo y se lo ató a la garganta. Luego continuó hacia la place de Grève.

«No tiene sentido que espere aquí para ver las hogueras —se dijo, como queriendo convencerse—. Habrá un festejo más aparente delante del Hôtel de Ville, naturalmente». Si alguien le pidiera una explicación por salir de su barrio, esa sería su respuesta. Naturalmente. Pero nadie le dijo nada, nadie le prestó la menor atención, mientras dejaba atrás los rincones familiares, atraída por una fuerza que era del todo desconocida e irresistible; y en la place de Grève encontró a Paul esperándola.

En la place de Grève había tres hogueras enormes y una muchedumbre a juego.

Algunos violinistas se habían unido al músico solitario. El vendedor de naranjas, el hombre de la frasca de aguardiente con tacitas colgándole de un cinturón que llevaba al hombro, el mercader de pastelillos: ahí estaban todos, y hacían negocio. Los pasteles, muy finos, se espolvoreaban con azúcar mientras aún estaban calientes y luego se plegaban en forma de cuerno. Algunos los llamaban *oublies*, pero eran conocidos popularmente como *plaisirs*.

Marianne y Paul, al intentar abandonar la plaza, vieron cómo les cerraba el paso el vendedor de pastelillos, que les puso la bandeja en las narices y vociferó la proclama acostumbrada:

*Voici le plaisir, madame, voici le plaisir.  
N'en mangez pas, madame, ça fait mourir*<sup>[25]</sup>.

Los pastelitos eran fragantes, despedían un aroma como el de las flores de acacia blanca en las noches calurosas. El hombre de los pasteles creía tener la venta asegurada, pero Paul cogió a Marianne de la mano y tiró de ella imperiosamente, apartándola. El vendedor de pasteles se rio a carcajadas:

—¡Le da miedo morir! —gritó mientras se alejaban. Lo rodearon otros clientes al instante.

La escalera mal ventilada olía a orina rancia en el primer rellano; en el segundo, a repollo. Marianne iba delante; Paul la seguía muy de cerca, diciendo:

—Un poquito más y ya estaremos. —Y luego—: Aquí es.

Marianne entró en una habitación que llevaba todo el día cerrada y aún estaba impregnada del olor personal de su único ocupante, conservándolo como podría hacerlo una chaqueta o una camisa. Eso resultó un placer sensual para ella: el cuarto la abrazó antes de que lo hiciera Paul.

Este se detuvo a cerrar la puerta. La sensación de seguridad alcanzó a Marianne. Se volvió, tendiéndole las manos, y sintió, como había esperado, sus labios sobre los suyos. Lo que no había esperado era la gran liberación de la inquietud que la había impulsado durante las últimas horas, y de las dudas y

del dolor casi físico que la habían atormentado toda la semana. El deseo persistía, pero como una cálida oleada de vida y deleite. Se echó a los brazos de Paul sin la menor sensación de estar cometiendo un pecado mortal.

Se había desnudado para Paul, colocando su ropa a un lado de forma ordenada. Permitió que él le quitase la pañoleta, la dejara caer al suelo y le desabrochase la blusa. La habitación estaba en penumbra. Las manos de Paul le contaron todo lo que anhelaba saber y la guiaron hacia la cama, que ni había visto.

Después del último jadeo estremecido, del grito ahogado de asombro, Marianne yacía en paz. Paul se echó a un lado, dejándole una mano en el hombro, como si quisiera asegurarse de que era real, y se quedó dormido al poco. *Voici le plaisir, madame. Ça fait mourir.* «Esto —se dijo a sí misma— es lo que significa morir. Esto es lo que significa amar». Había pensado en su esposo durante ese primer contacto con otro hombre, pero había pensado en él de una forma tan impersonal, con tanta distancia, que no le había parecido que una experiencia se inmiscuyese en la otra. Las dos experiencias guardaban tan poco parecido entre sí que enseguida se había olvidado de Jean casi por completo, tanto como se había olvidado de sí misma, de la hora, del día, del año. Lo que permanecía, en este su momento de gran contento, era el asombro. Durante toda su vida había ignorado ese extraordinario alcance de la pasión. Sin embargo, hubo un tiempo en que solía pensar que estaba felizmente casada, o bastante felizmente.

Parecía haber nacido a una nueva vida, pero aún recordaba los detalles de su existencia anterior; no había sido un sueño, pues. La realidad del momento seguía acompañándola.

Paul se movió. Marianne notó que estaba despierto, aunque no hubiese dicho nada. El ritmo de su respiración había variado. El cielo se había oscurecido, y por la polvorienta ventana que daba al tejado empinado del edificio de al lado solo entraba una luz muy tenue. Había pasado tiempo. Marianne no sabía cuánto.

—Tengo que irme.

—¿Por qué? —dijo la voz de Paul, muy bajito.

—¿Qué hora será, tú qué crees?

—El tiempo no existe. Le hemos dado muerte.

—Tengo que estar en casa antes de que Jean vuelva de La Grada de Oro.  
¿Se te había olvidado Jean?

—No. A veces he deseado que estuviese muerto. O, más sencillamente, que no existiese.

—Es un buen hombre.

—Sí.

—No le hacemos ningún daño. —Marianne estaba convencida de ello.

Paul deslizó la mano desde su hombro a sus pechos y dijo:

—No le quito nada que le pertenezca, ¿verdad?

Marianne repuso que así era, se llevó la mano de Paul a los labios y, apartándola luego con suavidad, se incorporó en la cama. Miró a su alrededor. El suelo parecía estar cubierto de polvo, amueblado de sombras.

—¿Dónde está mi ropa? Tengo que irme.

—Qué sensata eres —contestó él con un suspiro, para luego añadir, apaciguadoramente—: Y es muy buena cosa.

Se levantó de la cama, que era muy baja, y buscó su yesquero. Pero mientras buscaba a tientas entre el aguamanil de cobre y la palangana, dando con el candelabro de hierro, se prometió a sí mismo que algún día tendría a Marianne subyugada hasta tal punto que ya no se acordaría de ser sensata; y entonces sería él quien le recordara que tenía que marcharse a casa.

**E**n las semanas siguientes, Marianne aprendió muchas formas de engañar. La mayoría de ellas eran sencillas. Aprendió a mirar a Paul en presencia de Jean sin que se le notaran los sentimientos en el semblante. Sabiendo la razón, aprendió a aceptar con orgullo la poca atención que le prestaba Paul cuando estaban acompañados; y aprendió a multiplicar las ocasiones para poder verse a solas con él.

La vida ya no resultaba monótona. Cualquier momento podía deparar un encuentro que la hiciera estremecerse de placer de la cabeza a los pies. Y puesto que en cualquier momento podría traicionarla algún gesto casual o un repentino cambio de color, necesitaba estar alerta constantemente, tan pendiente de sí misma como de los demás. Ya hacía unas semanas que había empezado a esmerarse en los guisos que preparaba, en cómo se vestía. Ahora tenía ganas de cantar mientras fregaba o barría, pero se conformaba con el silencio y con moverse de forma más suelta y alegre, de modo que hasta Jean la miraba complacido ir y venir. A Larcher le parecía todo parte del bienestar que reinaba en su negocio desde la llegada de su joven ayudante, del bienestar de la ciudad desde el milagro que había obrado la santa. Se daba cuenta de que había más personas, aparte del abate Têtu, que apreciaban el trabajo del taller, y el negocio iba a más, pese a los malos tiempos. Cuando su abatimiento por la ausencia de su hijo disminuyó un tanto, empezó también a disfrutar de poder conversar con Paul, a su lacónica manera.

En cuanto a Paul, era feliz. Estaba casi satisfecho. El engaño no era nada nuevo para él; notó que sí era una novedad para Marianne y obtuvo cierto

placer malicioso al comprobar con qué facilidad se estaba convirtiendo en una experta. También se dio cuenta de que el temor a ser sorprendida incrementaba su deleite al ser besada. Por su parte, saber que había conseguido persuadir a una mujer honesta de meterse en su cama aumentaba su sensación de triunfo. Después de haber estado ella en su cuarto, la primera vez que Paul la abrazó a mitad de camino entre la mesa en la que servía las comidas y la chimenea donde las preparaba, Marianne se escandalizó.

—Aquí, no; en mi propia cocina, no —protestó, imbuida de todos sus años de incuestionable fidelidad.

—¿Por qué no? ¿Es menos pecado acaso besarse en la calle o en una escalera? —dijo Paul.

—Aquí soy la mujer de Larcher —habría replicado ella si hubiese podido, en su confusión, dar con las palabras adecuadas, pero estas no acudieron a sus labios y Paul continuó:

—En mi habitación no te avergonzabas, y eso que no es sitio digno de ti. Para ti, que duermes en una gran cama de cortinas rojas, y blancas sábanas limpias que huelen a sol y aire puro, que compartes ese gran lecho con tu marido, mi cuarto no es más que una ratonera, impregnada del hedor de la pobreza. —Lo dijo en tono divertido y brutal, pero cuidándose de no llegar demasiado lejos—. Pero ¡qué hermosa estabas en mi habitación! —añadió, obviando rápidamente la acusación de adulterio que había estado a punto de hacer. La besó bajo la barbilla, haciéndola sonreír, y dijo—: Eres una buena esposa, madame. Me gusta que pongas lavanda entre las sábanas. Me gusta verte fregar los cacharros. Si he de envidiar a Jean, será por todo.

En teoría, era una situación excelente, de la que se beneficiaban los tres. La teoría, claro, era de Paul, quien se la expuso a Marianne. Relevaba a Jean de la responsabilidad de tener contenta a su esposa y, al tiempo, le proporcionaba, en la alcoba y en la cocina, una mujer más pendiente de su bienestar de lo que lo había estado antes del 9 de junio. El propio Damas trabajaba mejor que nunca. Se esforzaba por tratar a Jean con consideración.

De tanto asegurarle que no le estaba causando gran perjuicio a su marido, a Marianne le resultó cosa de poco excusarse de acompañar a Jean a la primera misa. Salió de la tienda más tarde, sola, y en vez de ir a misa fue al cuartito mal ventilado de Paul, del que volvió con los ojos claros y la tez arrebolada.

Parecía como si las cosas fueran a seguir en este delicado equilibrio de forma indefinida. Sin embargo, fue Marianne quien, cada vez más confiada, se volvió un poco descuidada.

Un día de mediados del verano en que Paul y Marianne estaban solos en la encuadernación, él comentó que se le había caído un botón de la camisa y Marianne se brindó a cosérselo.

Parecía una actividad bien inocente, particularmente teniendo en cuenta su relación. Marianne llevó a cabo la labor rápida y diestramente, y luego buscó con la mirada las tijeras para cortar el hilo. Al no verlas, le pidió a Paul su cuchillo, para luego decir que no se molestase y, agachando la cabeza, cortó el hilo con los dientes. Al hacerlo, su cabeza se apoyó en el pecho de Paul. Quizás la mantuviese ahí una fracción de segundo más de lo necesario. A Paul le dio la impresión de que Marianne había dilatado el momento, porque, al mirar por encima de su cabeza, sus ojos encontraron la mirada sorprendida de su patrón. Jean Larcher había vuelto sin tratar de silenciar sus pasos, sin intención de pillar a nadie desprevenido, pero Marianne y Paul estaban tan ensimismados que ninguno había oído abrirse la puerta ni acercarse las pisadas. El repentino envaramiento de Paul le indicó a Marianne que pasaba algo. Levantó la cabeza, mirando primero a Paul y luego siguió la mirada de este hasta su marido.

Era mediodía, en pleno verano, y el aire estaba caliente y húmedo después de un chaparrón matutino. Marianne se había quitado la cofia y la pañoleta. Tenía los brazos desnudos casi hasta los hombros, porque se había remangado. El ambiente, la informalidad del momento, las dos figuras, tan cerca que parecían una sola, en un rectángulo de sol, todo se combinó para darle ajean la impresión de lo que, en realidad, sí ocurría. No obstante, el momento en sí fue de lo más inocente.

Una sensación de revelación se le vino ajean encima, haciéndole recordar cien gestos, posturas y tonos de voz que hasta entonces le habían resultado incuestionables. Aquellos dos eran amantes. Había sorprendido a su mujer en flagrante adulterio. La idea lo sacudió con el ímpetu de un fuerte golpe en la frente. Se quedó parado donde estaba. Y entonces el momento llegó a su

término de forma natural, sin drama alguno. Marianne se dirigió hacia Jean con la mano levantada, con su dedal de plata en el dedo medio, sosteniendo entre el pulgar y el índice una aguja enhebrada con hilo blanco.

—No encontraba las tijeras —dijo—, y he tenido que usar los dientes.

Jean la miró fijamente, sin alcanzar a comprender qué relación había entre sus palabras y la escena que acababa de presenciar, todavía bajo el impacto de un conocimiento que se le había presentado como una certeza. Marianne se explicó:

—Había perdido un botón de la camisa. Algo había que hacer para guardar las apariencias.

Y, de hecho, Paul se estaba abotonando la camisa justo a la altura de donde había parecido que Marianne apoyaba la cabeza. Su sonrisa reflejaba su embarazo.

—No tengo otra camisa limpia —dijo—. No pensé que se notara tanto.

Larcher seguía bloqueando la puerta de la cocina, y Marianne, que quería pasar, levantó la mano para empujarlo a un lado. El gesto resultó, de nuevo, enteramente natural. Pasó junto a él, rozándolo con todo el cuerpo, como había hecho innumerables veces antes, como tenía todo el derecho del mundo a hacer, puesto que era su esposa. Ante la mirada atónita que persistía en sus ojos, comentó:

—No podía pedirle que se quitara la camisa, como hago contigo cuando necesito coserte un botón.

El miedo y la certeza de Jean se agitaron en su interior reconfigurándose en una ilusión: no pasaba nada. Las personas en quienes había confiado seguían siendo merecedoras de su confianza. Primero el alivio, y luego el arrepentimiento, se adueñaron de él. No dijo absolutamente nada, sino que se quitó la chaqueta, se ató el delantal y se puso a trabajar.

Pero esa tarde, en La Grada de Oro, mientras llenaba la cazoleta de su pipa de tabaco y lo aplastaba con el meñique, intentó evaluar su espantosa sospecha. Era tan carente de fundamento, le pareció entonces, como había sido repentina y —añadió para su tranquilidad de espíritu— evanescente. Pero igual que el relámpago con el que tanto parecido guarda, en la oscuridad subsiguiente quedó la imagen de lo que había iluminado con crudeza. Convocó para su escrutinio mental los gestos, las risas al otro lado de la puerta, todas

las pequeñas indicaciones que en aquel instante le habían parecido avisos que había ignorado. Una vez examinadas de nuevo, las consideró tan inocentes como en su momento se le habían antojado. Se había fijado en ellas, eso era todo. Se había fijado en ellas, indudablemente, porque estaba celoso. La razón de esos celos carecía de fundamento. Que Marianne estuviese más pendiente que nunca de sus necesidades no le pareció motivo para sospechar que pudiese estar gozando del amor de otro hombre. Puesto que no había motivo para sus celos, tampoco había razón para darles ninguna importancia a todos esos incidentes triviales que habían puesto de relieve. Antes de que hubiese terminado de encender la pipa, sus pensamientos habían vuelto al punto de partida.

Exteriormente parecía tan tranquilo como siempre. Alzando la vista, pidió su acostumbrada copita de coñac, y luego se relajó detrás de una nube de humo. Había vuelto en efecto a su punto de partida, y lo que permanecía en su mente era la sensación de haber sido injusto con su mujer. Eso era mucho más agradable que la sospecha de que ella pudiera haberlo engañado. Levantó un sólido muro de resolución contra el temor que le inspiraba una catástrofe similar. Fumó su pipa, se tomó su coñac, pagó la copa y se fue de La Grada mucho más temprano que de costumbre.

Más de una vez, en una tarde calurosa y despejada como aquella, Paul y Marianne, confiando en la extraordinaria regularidad de la rutina de Larcher, se habían citado, en ocasiones no más lejos de casa que en el paseo del Mail, al pie del Arsenal. Algunas veces habían ido a la isla Louviers. Los que frecuentaban la isla al anochecer prestaban poca atención a otras parejas. Desde el otro lado del río llegaban sonidos de ganado y caballerías que eran conducidas a abrevarse en la orilla opuesta, y a veces se oían gritos y risas de gente bañándose. Las ranas croaban en la humedad del foso. Esa noche, sin embargo, Paul no había propuesto ninguna cita.

La tienda estaba silenciosa y con las contraventanas cerradas. Las ventanas de la encuadernación también estaban a oscuras. Jean vio una luz en el cuarto de arriba. En el rellano semicerrado hizo una pausa al oír la voz de Marianne al otro lado de la puerta. Sintió cómo una última punzada de duda le oprimía el corazón hasta que le llegó la voz que contestaba. Tranquilizado, abrió la puerta y vio a Simone y su esposa.

—Le voy a prestar algo de ropa lo bastante grande para cubrirla del todo y también al pequeño que lleva bajo las costillas —dijo Marianne—. Esta falda disimuló a Nicolas en tiempos. Con un delantal limpio, debería parecer como si fuera nueva.

Jean pasó a la habitación de enfrente, se desnudó y se tumbó en la cama, dejando abiertas las cortinas. Se echó la sábana por encima hasta la cintura y se quedó tumbado, mirando hacia arriba, a los rincones oscuros del baldaquín. Le llegaba el runrún de la conversación en el cuarto de al lado, pero era incapaz de distinguir lo que decían, y al cabo de un rato las voces se quedaron en silencio y oyó un abrir y cerrar de puertas de armario. Simone había debido de retirarse a su propio aposento. Marianne estaba ocupada en sus cosas, no en las de Larcher; la retuvieron un buen tiempo.

No recordaba demasiado la falda que había tapado a Nicolas. Era de algún tejido azul muy descolorido. No la habría reconocido al vérsela puesta a Simone. Las mujeres solían acordarse de esas cosas. Hizo un esfuerzo, no obstante, para recordar la época en que Marianne llevó por primera vez esa falda o una parecida, con el repulgo subido y el delantal atado muy alto, justo por debajo de los pechos. Su busto se había redondeado. No hacía tantísimo tiempo: dieciocho, o algo menos de dieciocho años, una pequeña fracción de una vida. Marianne había cambiado muy poco. Habían pasado unos cuantos años malos en los que pareció envejecer, pero últimamente, al estar menos agobiada de trabajo pesado, había rejuvenecido de aspecto.

Larcher se había portado bien con su familia, al fin y al cabo. Estaba orgulloso de haber podido cuidar tan bien de sus suegros en su ancianidad; era para él motivo de honda satisfacción haberles ofrecido un entierro decente. En cuanto a Nicolas, se enorgullecía de poderle entregar a su hijo una participación en un negocio honrado, bien asentado. La sensación de agravio que acompañaba el recuerdo de Nicolas disminuyó la satisfacción que había empezado a sentir por los logros de su vida. Intentó aferrarse a la satisfacción. Marianne entendía todo lo que había conseguido contra viento y marea, y algún día su hijo también se daría cuenta. Dio una voz:

—Ven a la cama, Marianne.

—Un momento.

Jean esperó. Marianne no hacía ningún ruido. En la calle pasaron dos

personas hablando. En el piso de arriba, alguien arrastró una silla o algún otro mueble. Finalmente, Marianne entró y se sentó en el borde de la cama, hacia los pies. Apoyó las manos en una rodilla y lo miró.

—Echa los postigos y métete en la cama.

—Hace demasiado calor —dijo ella, sin moverse.

En la luz del crepúsculo, podían verse perfectamente el uno al otro. Marianne lo miraba con paciencia, con mucha atención, como lo haría un niño, o un criado al que Jean hubiese convocado y que hubiese acudido obedientemente. Se fijó en que Jean no se había puesto el camisón, que su ancho pecho estaba desnudo en la sombra de la cama. El cordón de su escapulario, y el escapulario mismo, yacían sobre el vello enmarañado. Era el escapulario de los carmelitas, consagrado a la Santísima Virgen, un pliegue cuadrado de paño marrón cosido con esmero, que encerraba a saber qué imágenes u oraciones, oscurecido por el sudor y con brillos en los bordes. Desde que ella lo conocía, Jean siempre lo había llevado encima; no había duda de que lo enterrarían con él. Parecía enorme acostado ahí entre las almohadas, con el pecho y la garganta a la vista; mucho más grande que cuando estaba vestido y de pie. Marianne lo miró sin sentir ni repugnancia ni deseo, y esperó a que hablara.

—Los ingleses han bombardeado Dieppe —dijo por fin— y la han incendiado. Toda la ciudad ha quedado destruida. Da miedo pensar en la gente sin hogar de toda una ciudad huyendo por el campo.

Marianne no comentó nada: no parecía haber nada que decir. El miedo era remoto. No alteraba su contento interno, ni tenía gran cosa que ver, que ella supiese, con el regreso temprano y desacostumbrado de Jean. Era demasiado consciente del aspecto que presentaba cuando Larcher había abierto la puerta y los había sorprendido, a Paul y a ella, esa mañana. Tampoco se le escapaba el significado del «Buenas noches» indiferente de Paul, pronunciado al alcance del oído de Jean. Aún no se había alarmado, pero sabía que tenía un problema. Aguardó una acusación, con la respuesta preparada, y puesto que no llegó ninguna, amagó una distracción.

—¿Te encuentras mal? —preguntó.

—Estoy preocupado por Nicolas.

—Ruán no ha sufrido daños —dijo ella.

—No nos consta que siga en Ruán.

—¿Para qué habría ido a Dieppe?

—Si no encontró trabajo en Ruán —expuso Jean—, podría haberse marchado a cualquier lugar.

—Si no encuentra trabajo y se queda sin dinero, siempre puede volver a casa.

—La guerra resulta atractiva para un muchacho de su edad.

Su voz era sombría. «Cualquiera que lo oiga —pensó Marianne— pensaría que el chico ya está muerto». No conseguía preocuparse por Nicolas, no entendía bien por qué. Era joven y hábil. No creía que fuese capaz de alistarse, pero si lo hiciera, sabría cuidar de sí mismo. Su distanciamiento era natural —pensó Marianne—, y al mismo tiempo se sorprendía ante él. Formaba una sola pieza con lo que había sentido tumbada bajo los sauces con Simone: sorpresa de que su ausencia pudiera alterarla tan poco. Y sin embargo, quería a su hijo. Marianne también sentía lástima por Jean.

Había esperado ser objeto de una acusación. Ahora que la conversación se había alejado por fin de ella, hizo un esfuerzo consciente por compartir el estado de ánimo de su marido.

—Esa gente de Ruán, tal vez pudieran contarnos algo. ¿Por qué no les escribes?

—¿A los Cailloué? He evitado toda correspondencia con ellos desde la Revocación.

—No les habrías mandado a Nicolas si pensaras que existía el menor peligro.

—Si aún siguen en el negocio, es porque se convertirían —dijo Jean—. Ni siquiera sé si siguen con el negocio.

—Escribirles no puede hacer ningún daño.

—El anciano murió en su cama, sin problemas: eso lo sé —dijo Jean despacio; le había dicho más o menos lo mismo a Nicolas en abril—. Tienes razón. Les enviaré una carta mañana a primera hora. —Retiró las manos que tenía detrás de la cabeza, estiró una mano sobre la sábana, con la palma hacia arriba, hacia su mujer—: Ven a la cama, Marianne —dijo con voz tierna.

Por la mañana, envió por fin la carta y se sintió algo aliviado tras hacerlo. No obstante, el peso de la acusación que no había llegado a lanzar lo oprimía

y le exigía alguna expiación. A mediodía, mientras compartían la buena comida que Marianne había preparado, miró a sus compañeros de mesa, como solía mirar en tiempos a Nicolas y a Marianne, con aire preocupado y paternal. Se dirigió por fin a Marianne:

—Hablaste de ir a Pincourt hoy.

—Más allá de Pincourt, a por miel. El tío de mi madre, que es muy mayor ya, tiene unas cuantas colmenas. Me ha mandado recado de que iba a abrirlas hoy y que si quería miel me la daría. Por supuesto, no se trata de un regalo exactamente, pero me cobraría mucho menos de lo que cuesta en cualquier otro sitio.

—Tengo encargado cuero en Pincourt. Me ahorrarías un viaje si pudieras traerlo tú cuando vayas por la miel. No te desviará mucho.

Marianne objetó:

—Por supuesto, Jean, pero es que...

Larcher se volvió a Paul:

—Tiene razón. Sería demasiado peso para ella. Tú la acompañarás. Te ruego que examines bien las pieles antes de que las envuelvan, para asegurarte de que no nos den alguna defectuosa.

Paul asintió de inmediato. Marianne puso reparos:

—Pero se hará muy tarde. Mi tío nunca abre las colmenas hasta después de ponerse el sol, cuando las abejas están ya todas en casa.

—A mí no me importa nada, madame. Estoy libre esta tarde.

—Pero tenemos que estar en Pincourt antes del ocaso.

—Eso es fácil de arreglar —dijo Jean—. Sal temprano. Así podrás pasar un rato con tu tío... con tu tío abuelo. —Los envolvió a los dos en una mirada benevolente, como si fuesen sus hijos, y dio por zanjado el asunto.

Pasaron un buen rato en el negocio del comerciante de cuero, examinando las pieles, contrastando un matiz de rojo o verde con los demás, hasta cerrar el trato. Paul se echó el fardo al hombro y se pusieron en marcha todavía con luz del sol por los senderos estrechos de las barriadas que se extienden entre Ménilmontant y el Sena.

Poco antes de la puesta del sol, llegaron a un jardín vallado muy largo y

angosto como un valle, en el que había unas colmenas cubiertas de paja alineadas en un banco largo orientado al este, y unos árboles frutales aparrados contra una tapia alta de piedra. El lugar olía a fruta madura y pasada y a alhelí.

Se sentaron en un banco un poco apartado de las colmenas, y el tío cogió un melocotón del suelo, lo sacudió para quitarle las abejas de encima y se lo ofreció a Marianne.

—Me roban todo lo que pueden —comentó, agachándose para recoger otro para Paul.

Era un melocotón blanco, una variedad temprana; cuando Marianne le dio un bocado, el jugo le corrió por la muñeca, y se levantó del banco para evitar que le cayera encima de la falda.

—En cuanto les dé la sombra a las abejas —explicó el tío—, dejarán todo esto. Enseguida se meterán en sus casas, y les echaré algo para adormecerlas.

—¿Nunca os pican? —preguntó Paul.

—Jamás. Las comprendo y, además, soy viejo. Tengo la piel seca, no despierta nada en ellas. Ahora, si a ti te diera por pasearte entre las colmenas —le dijo a Marianne—, seguro que sí te picarían. Tienes la piel joven y húmeda. —Sonrió, exhibiendo los raigones de unos cuantos dientes amarillentos. Sus ojos, de un gris verdoso, quedaban a la sombra de un ancho sombrero de paja. Se había recortado con tijeras la barba gris, acercándose lo más que había podido a la barbilla. Marianne le sonrió a su vez, sacó el pañuelo del bolsillo de la falda y se enjugó el sudor de la frente y las mejillas.

—Es tiempo de sudar —dijo—, sobre todo caminando. —Luego se dirigió a Paul—. Ya verás, es verdaderamente notable. Lo he visto meter las manos desnudas en pleno enjambre de abejas, rebuscar en la colmena y sacar a la reina.

—El de apicultor es un buen oficio, pero tiene uno que haber sido instruido, y además ser constitucionalmente apto.

Los dejó solos mientras preparaba sus aperos para saquear las colmenas.

Desde que habían salido de la rue des Lions se habían comportado con tanto decoro como si hubiesen seguido continuamente en presencia de Jean. Ahora que estaban a solas, y con la privacidad más completa que hubieran podido desear, siguieron mostrándose decorosos.

Marianne, haciendo rodar el hueso del melocotón en la palma de la mano, comentó que si dispusiese de una parcelita de tierra podría plantarlo y a su debido tiempo tener un frutal; Paul le sonrió con felicidad, y no hizo el menor intento de tocarla. Marianne pensó en las muchas veces que le había sugerido ajean que invirtiera el dinero que atesoraba en algún terreno, sugerencias que este siempre había rechazado, pero no habló de ello. Dejó el güito en el banco, entre los dos, y volvió a secarse la cara y el cuello con el pañuelo. Al guardárselo en el bolsillo, rozó las cuentas de su rosario ahí acurrucadas, y recordó el día de la gran procesión, la tormenta y su encuentro con Paul. Complacida, volvió el rostro hacia él, viviendo durante esa tranquila y relajada media hora en dos mundos simultáneamente: el de Paul y ella, y el de su marido y ella. No parecía existir ningún conflicto entre ambos mundos.

La luz del sol se desplazó lentamente pared arriba y, como había predicho el anciano, las abejas se apartaron del suelo y de la fruta medio podrida, que, habiendo sufrido daños en el árbol, había caído antes de que pudieran rescatarla unas manos cuidadosas. El cielo estaba empezando a cambiar de color despacio; la luz era más tamizada. Paul se quitó el sombrero y lo puso encima del atado de cueros.

—Cuando salga la luna, cantarán los ruiseñores —dijo.

Para entonces ya estarían de vuelta en la ciudad, en alojamientos separados. El anciano volvió, vestido con el ropaje de robar colmenas. Llevaba un artefacto de cobre con un caño largo y una especie de pequeño fuelle. Dentro había carbones al rojo vivo, sobre los que había apilado trapos viejos, paja húmeda y hojas. No se había quitado el sombrero. Llevaba las manos desnudas, pero se había atado las mangas del guardapolvo a la altura de las muñecas, se había remetido los faldones en el cinturón, y se había anudado al cuello un gran pañuelo rojo, todo ello para que las abejas no se le pudieran meter entre la ropa. Llevaba los calzones bien ajustados en las rodillas, y sus medias de lana era gruesas.

En el crepúsculo solo se veían unas pocas abejas revoloteando ante las entradas de las colmenas. El anciano se acercó silenciosamente al banco y, haciendo uso del fuelle de su ahumadero, recorrió agachado toda la hilera de colmenas, echando un poco de humo en cada una, como si fuera un encantador ejecutando algún rito mágico y útil. Puso a un lado el artilugio de ahumar,

volvió a entrar en la casa y trajo varios platos hondos de cobre y de loza que dejó junto a las colmenas. Luego, volvió a acercarse a estas, les dio unos golpecitos, las meneó un poco, y escuchó. Cuando oyó, o le pareció haber oído, alguna agitación bajo la paja, echó un poco más de humo y esperó a que surtiera efecto.

Marianne y Paul contemplaban sus manejos desde una distancia segura. A su debido tiempo, el anciano retiró la cubierta de paja de una colmena y, despegando el panal entero de los mimbres que le brindaban apoyo, desechó los trozos viejos y sucios de panal y transfirió la miel a los platos que tenía listos y a la espera. A continuación, volvió a poner en su sitio los soportes de mimbre y luego el tejadillo cónico de paja.

Acordándose de pronto de sus huéspedes, partió unos trozos pequeños del panal y se acercó a ofrecérselos, tendiendo un pedazo en cada mano. Había una abeja recorriendo la mano de la que Marianne recibió su trozo. En la manga y encima del hombro tenía otras. No intentaban alzar el vuelo, sino que se aferraban, aturdidas y confusas, y el viejo tampoco intentó sacudírselas de encima. Cuando caminó hacia ellos, pareció acompañarlo el olor a humo, y se lo llevó detrás cuando regresó de nuevo a las colmenas; la bresca, sin embargo, aún sabía a humo. La cera estaba blanda del calor del sol, la miel era muy dulce y en su fragancia había algo más que el aroma de las flores.

Volvieron a casa casi a oscuras, Marianne llevando el tarro de miel y Paul cargando al hombro el rollo de cuero. Llegaron a la Porte Saint-Antoine y se demoraron antes de cruzar el puente que franqueaba el foso. Del fondo pantanoso ascendía un olor a plantas acuáticas, a cieno. Era el mismo olor que tan a menudo habían respirado cuando yacían el uno en brazos del otro entre las sombras de la isla Louviers. Al otro lado ya podía verse la masa de la Bastilla, una enorme sombra negra con la parte superior plana y almenada. Más allá se extendía el barrio donde vivía Marianne y donde Paul trabajaba. No se habían besado, ni se habían cogido de la mano en toda la tarde. Se habían comportado como niños buenos, y habían sido extrañamente felices.

—Nos ha obsequiado una excursión espléndida —dijo Paul.

—Ha estado preocupado por Nicolas y por la guerra —dijo Marianne, como si contestase a una pregunta.

—No ha sido por eso por lo que nos ha mandado al campo juntos —

replicó Paul.

—Muy preocupado —insistió Marianne—. Ha escrito a Ruán pidiendo noticias tuyas.

—Sabe lo nuestro —dijo Paul tranquilamente—. Lo sabe, pero se niega a admitirlo.

**A** mediados de agosto llegó una carta de Ruán, firmada por mademoiselle Marianne Cailloué.

Dado que mi madre está muy delicada a consecuencia de su avanzada edad, para ahorrarle fatigas me tomo la libertad y el honor de responderos yo a vuestra carta interesándoos por vuestro hijo. Desgraciadamente, no nos resultó posible darle empleo, porque nuestro negocio es pequeño y monsieur Jean Dumesnil, el socio de mi madre, es capaz de hacer frente él solo a la mayor parte de los encargos. Cuenta además con la asistencia de su hermano Jacques. Nos sentimos muy dichosos de poder recibir a vuestro hijo. Antes de abandonar Ruán, pasó varias veladas conversando con monsieur Jean Dumesnil. Aunque yo no estuve presente, puedo aseguraros que monsieur Dumesnil quedó muy favorablemente impresionado por este apuesto joven, cuyo prolongado silencio ha de causaros, como es natural, mucha congoja. Lamento de todo corazón no poder ofreceros noticias ulteriores de él, ni de su destino al marchar de Ruán.

—No ha escrito una sola carta en toda su vida —dijo Marianne—. A estas alturas, aunque se le ocurriera escribir, se diría a sí mismo que no merece la pena, puesto que pronto estará de vuelta en casa.

—¿Cómo de pronto?

—Para el otoño. Eso fue lo que dijo. Y el verano casi ha terminado.

Jean dobló la carta y se la guardó en el bolsillo del chaleco. Tenía los ojos tristes y no miró a la carta mientras la doblaba, ni tampoco a su mujer.

Ese verano, el abate Têtu se instaló en la rue Neuve Saint-Paul. Viniendo del río, esa calle era la siguiente a la rue des Lions. Al igual que la rue des Lions, había formado parte en tiempos de los jardines del rey. Los severos palacios en los que otrora moraba la aristocracia estaban ahora ocupados fundamentalmente por abogados y burgueses ricos. La marquesa de Brinvilliers había vivido ahí, no hacía tanto tiempo. Sus venenos, sus adulterios y sus asesinatos seguían muy presentes en la mente de los conocidos del abate. Para la gente corriente, después de su ejecución se había convertido en una santa debido a su conmovedor arrepentimiento. Cuando su cuerpo fue incinerado, se pelearon por conseguir un puñado de ceniza que atesorar como una santa reliquia. Cuando se hubieron extinguido las llamas y no quedó nada de la Brinvilliers, salvo sus cenizas y un poco de humo, la marquesa de Sévigné comentó:

—Ahora está en el aire. La respiramos.

Madame de Sévigné se marchó de París a Provenza antes del milagro de santa Genoveva, declarando que se sentía dichosa de dejar atrás el escenario de tanta miseria. Pero incluso en el paraíso —«esta vida es demasiado dulce; los días pasan demasiado deprisa y no hacemos penitencia alguna»—, madame de Sévigné anhelaba recibir noticias de sus amigos en París, y su primo, monsieur de Coulanges, se las suministraba con todo lujo de detalles. Le escribió sobre la enfermedad de su mujer, el doctor italiano que se ocupó de curarla, y la mudanza del abate Têtu.

*Monsieur l'abbé* Têtu sigue, como siempre, de lo más extraordinario; ha alquilado una casa en la rue Neuve Saint-Paul [...] Madame de Coulanges pasó muy mala noche, pero los remedios que está tomando tampoco pueden curarla al instante. Necesitamos tener un poco de paciencia. Pero la persona que más visos tiene de morirse de todo esto es el abate Têtu, que no puede soportar ni la presencia ni la conversación de Carette, y hasta tal punto que ha dejado de aparecer

por la casa de Coulanges, porque Carette acude allí a diario y se pasa una infinidad de tiempo con ella. Madame de Coulanges es de la misma opinión que el abate, pero cuando es la vida misma lo que está en juego [...] El abate sigue admirando a madame de Coulanges, y en su fuero interno está echando sapos y culebras porque ella no se deshace de Carette... El abate desaprueba asimismo que ella haya puesto un naranjo en flor en su galería; en una palabra, es un hombre muy extraordinario, y mucho me temo que su próxima mudanza sea a los Incurables; por suavizar el nombre del retiro en el que ha de terminar al fin.

La desaprobación de Coulanges no le importaba al abate. Le gustaba su casa; el alquiler era adecuado al estado de su bolsa. Sin embargo, su exilio autoimpuesto del salón de madame de Coulanges lo afligía penosamente, y le faltaba la compañía de madame de Sévigné. Su insomnio aumentó. El láudano que tomaba para inducir el sueño lo dejaba sumido en una profunda melancolía en las horas de vigilia. En el peor momento de esa melancolía, abandonó París para ir a la Abadía de la Trapa, donde pasó algunas horas expiatorias con monsieur de Raneé.

Esa primavera y ese verano los *Te Deum* se sucedieron sin pausa conforme los ejércitos del rey avanzaban de una victoria a otra. Los anuncios de nuevos impuestos se seguían con la misma frecuencia. Después del decreto de finales de mayo que requería que todas las personas sin techo y sin empleo abandonaran la ciudad, se hizo necesario poner guardias en las puertas de la ciudad para impedir el reflujó de la marea de desdichados. El día del Corpus, los mendigos abarrotaron Versalles de tal manera, con la esperanza de conseguir limosnas o sobras de las mesas de la corte, que causaron un problema sanitario. En París reinaba la enfermedad. Fagon temía una epidemia bajo las ventanas del rey. Por instigación suya, el día después de la fiesta, las calles y patios fueron baldeados en una gran operación de limpieza. El rey contempló la procesión del Corpus desde una ventana e hizo sus devociones del día en su capilla privada.

Mientras, la cosecha avanzaba. A finales de junio, para prevenir la especulación, el rey dictó una orden prohibiendo que se vendiera el grano antes de ser cosechado. Pero en cuanto las espigas de trigo empezaron a madurar, los expulsados de París, así como los campesinos hambrientos, arrasaron los campos, arrancando las espigas para comérselas tal cual, igual que los discípulos de Jesús de Nazaret comieron una vez el día del sabbat<sup>[26]</sup>.

Roger, el mercader de grano, siguió con sus operaciones en el Port de l'École, fuente de irritación tanto para monsieur De La Reynie como para monsieur de Harlay. Este, ineficaz en asuntos que requerían una decisión, aguijoneado por las constantes amonestaciones de monsieur de Pontchartrain, que le escribía en nombre del rey reclamándole que actuara, decidió en julio hacer algo con Roger. Puesto que en este caso no podía hacer nada por medio de La Reynie, pasó por encima de él y se dirigió directamente al rey. Presentó su solicitud, y recibió una respuesta de Pontchartrain:

Adjunta hallaréis la orden que me habéis pedido para arrestar a Roger. Tened la seguridad de que todo cuanto necesitéis para este servicio se os hará llegar con prontitud. Mas permitidme, como viejo amigo vuestro, repetiros con renovada insistencia las mismas cosas, y dejadme que os diga que el rey está disgustado e impaciente porque nada se hace. En nombre de Dios, ¡actudad! Haced uso de quien deseéis. Sed consciente de vuestra superioridad. Todos los oficiales están a vuestras órdenes, y en este caso se os otorga un suplemento de autoridad. Sobre vos exclusivamente recaerá el crédito o toda la culpa.

Así que Roger fue arrestado. La Reynie no pudo sino acatar el hecho. Le escribió a Harlay:

La orden del rey ha sido ejecutada esta mañana y Roger ha sido conducido al Châtelet. Sus libros han sido decomisados: cuentas, diarios, cartas de embarque y otros documentos, de forma que sus negocios con grano puedan ser investigados de forma exhaustiva. A través del concienzudo examen de sus papeles es como esperamos

arrojar algo de luz sobre este asunto. No obstante, puede que la detención de su persona sirva de ejemplo.

Esto ocurría el 6 de julio.

Ulteriormente, monsieur de Pontchartrain advirtió cierta frialdad entre La Reynie y Harlay. El arresto de Roger no modificó la situación general. El rey siguió estando disgustado e impaciente, y el sábado, monsieur de Harlay recibió dos mensajes más de monsieur de Pontchartrain. El primero decía:

Haced uso de monsieur De La Reynie. Observad que aunque os digo que hagáis uso de él, no digo que una vez que lo hayáis hecho, esté todo hecho.

La segunda rezaba:

El rey me ordena deciros que os presentéis mañana en el Trianon a las dos y media en punto para discutir con vos del control ineficaz del pan, el grano y las alocuciones públicas en París, cuestiones todas ellas sobre las que hallaréis al rey profundamente disgustado. Me ordena asimismo convocar a monsieur De La Reynie y a monsieur el Preboste de los Comerciantes, pero hablará con vos en privado antes de recibirlos.

Así vino a suceder que ese domingo por la tarde, La Reynie y el Preboste de los Comerciantes de París paseaban juntos de un lado a otro del peristilo de mármol, esperando a que el rey concluyera su conversación privada con el Premier Président. Más allá de los pilares de un rojo rosado, al este, la gran extensión de bosque y praderas soñaba al sol. La Reynie se había alterado mucho por la detención de Roger. Contenía su impaciencia, esperando presentar una protesta al rey.

La conferencia con el monarca empezó a las tres en punto. La Reynie obtuvo gran satisfacción de ella. No le molestó oír cómo se le recordaba al Primer Presidente que todo estaba en sus manos. Los planes que expuso el rey

eran los de La Reynie; a Harlay y al Preboste de los Comerciantes se les ordenó velar por su ejecución.

El rey hizo quedarse a La Reynie después de dejar marchar a los demás:

—Tengo entendido que habéis efectuado un arresto muy a vuestro pesar.

—Majestad, me desagrada detener a nadie por motivos falsos o engañosos.

El rey sonrió:

—¿Acaso el fin no justifica los medios?

—Exactamente, majestad.

—Estoy de acuerdo... en principio. Pero necesitábamos animar a Harlay. Y ahora, ¿qué podéis decirme de *El fantasma de monsieur Scarron*?

**L**a satisfacción tranquila que había experimentado en el jardín vallado de las colmenas engañó a Paul.

Al saborear la dulzura de la miel, al mirar a Marianne, había creído que tenía bajo control su pasión y a sí mismo. Había sustituido un deleite sensual por otro, y le había dado coba a su ego al comportarse toda una tarde como un hombre de honor. Le pareció que ese amor lo podía dejar de lado o retomarlo a voluntad, y aunque a la mañana siguiente notó que su deseo había vuelto, renovado y más intenso que nunca, siguió creyendo en su libertad continua.

La hora que pasaron en el jardín lo afectó también de otra manera. Hizo nacer en él un anhelo de estar con Marianne al aire libre, a la luz del sol, en frescas praderas. Se le antojó que resultaría delicioso estar con ella en compañía de otra gente, sin mostrarse furtivos, sino triunfantes. Quería poder exhibir su conquista. El cuartito, caluroso y agobiante, incluso el césped pisoteado de la isla Louviers, le parecieron insatisfactorios en grado sumo. Empezó a suplicarle a Marianne una cita en el campo. Habló tan bien y tan a menudo de este nuevo deseo suyo, que acabó por contagiarle a ella su desagrado por la pequeña habitación y la escalera maloliente de la rue des Deux Boules. La primera respuesta de Marianne fue que su sugerencia no resultaba nada práctica. No podía encontrar ninguna excusa para ausentarse tanto tiempo de casa. Jean se extrañaría, sobre todo un domingo. Pero al cabo de un tiempo, los apremios de Paul alumbraron en ella, que se había criado en la ciudad y había salido bien poco de ella, un deseo de recorrer los senderos inexplorados más allá de Pincourt, y se acordó de que tenía que devolverle a

su tío el tarro en el que había traído la miel. Asimismo, se le ocurrió que los huevos de campo son mejores y más baratos que los de ciudad; consiguió que Jean le diera permiso para ir a buscar huevos frescos. Se fue sola un domingo de finales de agosto, la víspera del día de san Bartolomé. Sola, se presentó ante la puerta del tío de su madre, y le devolvió el tarro. En la primera encrucijada en el camino de vuelta se reunió con Paul.

Exultante por haberse salido con la suya, triunfante en su fuero interno e imbuido de una sensación de poder, Paul se mostró muy deferente en apariencia, usando todos los ardides para lisonjear conocidos por el hombre. Marianne nunca lo había visto tan feliz, con los ojos tan vivos. El morral que llevaba al hombro como de costumbre contenía pan, queso y una botella de buen vino. Se darían un banquete en el campo, junto al río tal vez. Paul levantó la barbilla, en un gesto que ya le resultaba familiar a ella, como si fuese un zorro olisqueando la brisa. De pequeña, una vez que acompañó a sus padres a los bosques de Meudon, Marianne había visto un zorro. El color, el ademán, eran lo único que le quedaba en el recuerdo. Era demasiado pequeña para sentir miedo.

—Están cosechando el trigo —dijo él— y la tierra huele bien, casi como el mismo pan. Te quitaré la cofia, y poco a poco extenderé tus cabellos al sol, sobre la tierra. Esta noche, en la cama, tu pelo olerá a tierra. Será un placer para Jean —añadió, con tono repentinamente *méchant*.

Marianne le puso una mano en el brazo, en signo de protesta.

—Me porto bien contigo —dijo suavemente—. No tienes ninguna necesidad de atormentarme.

Retiró la mano y se arrimó más a él mientras caminaban, de forma que de vez en cuando su brazo rozaba la manga de su casaca, o sus manos se tocaban. Al estar tan cerca la embargó una emoción parecida a la que sentía cuando él la abrazaba. Paul era consciente de esa emoción; podía despertarla o sofocarla, a su gusto.

Se alejaron de la ciudad mucho más de lo que Marianne lo había hecho nunca. Con la absoluta certeza de que su rostro resultaría desconocido, preguntó en una casa si tenían huevos. A la sombra de una tapia halló además un puñado de champiñones campestres, algunos de ellos con la membrana blanca entre el sombrero y el pie prácticamente intacta, las laminillas rosadas,

y aun así del tamaño de un huevo. Pensó que ajean le complacerían los champiñones, puesto que no había tenido que pagar nada por ellos. Siguió haciendo bueno hasta bien entrada la tarde, cuando una tormenta de verano, arrastrada por el viento desde las llanuras del sur, les dio alcance en el camino de vuelta a la ciudad. Echaron a correr, riendo, hasta el refugio más cercano, que resultó ser la puerta abierta de una posada.

Encontraron sitio en una mesa libre, con la pared a su espalda, por lo que se pudieron sentar juntos de frente a la sala. Vieron entrar a los integrantes de una celebración de bautizo, que habían estado almorzando en el jardín hasta que la lluvia los obligó a buscar cobijo en el interior: padres, abuelos, primos, tíos y tías, sin olvidar al aya con el infante en brazos, hablando todos al mismo tiempo. La posadera corría de un lado a otro, intentando acomodarlos, cambiando a los huéspedes de sitio, juntando mesas pequeñas para formar una sola más larga. Un joven muy espigado y su compañero, algo menos alto, abandonados por la anfitriona, fueron a sentarse con Paul y Marianne.

El joven alto echó para atrás su gorro, un sombrero de castor de ala ancha, y estiró sus largas piernas bajo la mesa. Paul reconoció el rostro chupado, la gran boca bondadosa de Rambault, el impresor de Lyon, quien asimismo reconoció a Paul de inmediato.

—Pero ¡si es el encuadernador de Auxerre! No te había visto desde la víspera del Corpus. Es portentoso. ¿No es una maravilla, Chavance?

—*Mirabile visu* —dijo su amigo—. *Mirabile dictu* asimismo. En resumen, del todo extraordinario.

—Ya te dije que se alojaba con unos frailes. Está empezando a pegársele algo. Este es el hombre que quería presentarte; este es mi amigo Chavance, el tipo más brillante que conozco. Di algo, Chavance.

—*Laus propria sordet* —dijo Chavance, con tolerancia—; elogiarse uno mismo es una mezquindad.

—Permitidme que os invite a una copa, a ti y a tu bonita amiga. —Rambault le hizo un gesto a la posadera antes de que Paul pudiera detenerlo, y dirigiéndose a Marianne, dijo en un tono muy serio—:

—La primera vez que vi al pequeño Damas, daba bastante pena. Habría despertado tu compasión. Hambriento, sin casa, sin trabajo, forastero en París... Por no mencionar otro problema que lo atormentaba malamente. Lo

que me conmovió, mademoiselle, es que hubo un tiempo en que yo me sentía exactamente como él parecía estar. Ahora, su fortuna ha cambiado. Es evidente que tiene toda la suerte del mundo. —Las arrugas, como marcas de paréntesis a cada lado de su ancha boca, se ahondaron cuando sonrió, con los labios cerrados. Se volvió hacia Chavance—. Trabaja para Larcher, de la rue des Lions, al que no conozco, pero que tiene una reputación prodigiosa de hombre honesto y muy tacaño. Un hombre del rey. Indudablemente, buena persona para la que trabajar. ¿No es así, Damas?

Paul tuvo que reconocer el general acierto de la descripción. Para cambiar de tema, le preguntó a Chavance:

—¿Y qué noticias tenemos hoy?

Chavance enarcó las cejas y contestó a la manera de un *nouvelliste* de los jardines de las Tullerías.

—Monseigneur está cazando lobos en el bosque de Sénart. El rey ha ido a Saint-Cyr para conversar con su avejentada amante en su serrallo.

Rambault lo interrumpió:

—El amo de Paul no aprobaría nunca tu actitud, amigo mío.

Chavance se encogió de hombros, y se embarcó en un resumen de las noticias más ajustado a los hechos. En otras circunstancias, Paul habría disfrutado escuchándolo. Cuando se les acercaron los dos hombres, estaba sentado con el brazo por encima del hombro de Marianne. Lo había tenido que retirar, y ella estaba sentada ahora con las manos plegadas delante, en la mesa, en una actitud de reserva absoluta. No obstante, nada podía disimular el aura que la rodeaba, el aire de sensual bienestar de una mujer dichosa en el amor. Paul sabía a qué conclusión habría llegado Rambault, y difícilmente podía reprochárselo. Pasó un mal cuarto de hora.

Marianne no apartaba la vista de la puerta. Vio cómo dejaba de llover y reaparecía el primer rayo de sol. Se levantó y se colgó la cesta del brazo.

—Tenemos que marcharnos —dijo.

Paul aún no había terminado su copa de vino. Rambault protestó, pero Marianne se mostró firme:

—Ya se nos ha hecho tarde.

Echó a andar, apartándose de ellos, mientras Rambault intentaba retener a Paul a la fuerza. Los oyó intercambiar promesas de verse pronto. Rambault le

dijo a Paul:

—Iré a sacarte de tu cueva en la rue des Lions.

Oyó a Paul afirmar que Larcher no era muy amigo de visitas, y luego siguió andando hasta que ya no pudo distinguir lo que decían. Se quedó esperando junto a la puerta. El camino tenía unos cuantos charcos que reflejaban el azul del cielo. Los pájaros empezaron a cantar como si fuese por la mañana temprano. A Marianne la había puesto muy nerviosa el encuentro con los amigos de Paul, casi tanto como si se hubiesen presentado en la encuadernación. Había creído hallarse lejos de París, y la posada había resultado una trampa. Quería ponerse en camino de nuevo. Entonces oyó una voz que dijo alto y claro:

—Buenos días, madame Marianne.

Se dio la vuelta para darse de manos a boca con una mujer sentada a una mesa junto a la puerta. Marianne la conocía bien. Era una criatura alta y huesuda, sin pecho, de cara larga y mandíbula pesada. Tenía la boca larga y estrecha, con un permanente gesto de crueldad. Sus cabellos eran del color de la arena y tenía un considerable bozo rojizo. Sonrió, mostrando unos dientes cuadrados y fuertes.

—Se os ve salir mucho últimamente —dijo, y el tono de su voz sonaba amistoso.

Marianne la miró con desconfianza.

—Encuentro huevos de mejor calidad en el campo —respondió.

—Por supuesto. Yo también. Y en la rue des Deux Boules, ¿qué encontráis?

Marianne sintió un escalofrío de pánico, pero contestó con tranquilidad:

—¿Es posible que no conozcáis la papelería de la rue des Deux Boules? Os la recomiendo. Se llama La Règle d'Or.

La mujer sonrió y partió un trozo de pan. Tenía manos fuertes. Aferraban el pan y lo despedazaban como si fuesen las garras de un halcón. Siempre sonriente por encima de sus manos de ave de presa, dijo:

—Encima de La Règle d'Or alquilan habitaciones, ¿no es verdad?

Era obvio lo que pretendía insinuar. Marianne no contestó, sino que salió al camino y esperó allí a que Paul se reuniera con ella. Cuando ya estaban a alguna distancia de la posada, Paul preguntó:

—¿Quién era esa mujer?

—El ama de llaves de monsieur Pinon.

—¿Es del Quartier Saint-Paul?

—Vive en la misma rue des Lions —contestó Marianne—. Tiene muy buena opinión de sí misma, porque el hombre para el que trabaja es presidente del *Grand Conseil* en el Parlamento. Y habla sin parar: en la fuente, en el mercado, en La Grada de Oro. No la considero amiga mía.

—Bueno, ¿y qué va a poder contar? —repuso Paul—. Que un día se encontró contigo en el campo y otro en la rue des Deux Boules.

—Me ha visto contigo. Puede insinuar cosas.

—¿Y quién la iba a creer?

—Ay, te sorprenderías.

—No se atrevería a acudir ajean.

—¿Tan seguro estás?

—Conociendo a tu marido, no me cabe duda de que ni siquiera el ama de llaves de un presidente del Consejo se presentaría ante él si no pudiese hacer nada más que insinuar cosas ofensivas acerca de su mujer. No, no irá a hablar con Jean.

—Hablará con todas las demás mujeres del vecindario —dijo Marianne—, y yo tendré que dar la cara luego en todas las esquinas.

—Tienes amigas.

—Mientras sea respetada, tendré amistades. Al parecer, tú también las tienes. ¿Qué harás, cómo te sentirás cuando tu amigo el impresor se presente en el taller?

—Oh, no piensa nada malo —dijo Paul.

—Piensa que soy tu ramera —dijo Marianne. Titubeó antes de usar la palabra, un término muy masculino, y luego la soltó con amargura y rotundidad.

Paul sonrió; ella se dio cuenta.

—Lo que eres —contestó él— no es una puta, sino una adúltera. ¿Tan terrible resulta eso? Madame de Maintenon es una adúltera, a juzgar por lo cuentan de ella.

—Para ti es fácil tomártelo a broma —dijo Marianne, furiosa—. Nadie va a hacerte de menos por eso, si llega a saberse. Resultará una historia muy

divertida que contar a tus amigos. No le importará a nadie en absoluto, salvo quizás a Jean.

Paul se puso serio al oírla.

—Jean ya lo sabe —declaró—. Ya te lo he dicho. Lo sabe y no le importa.

—Tenía sospechas —corrigió ella—, pero decidió confiar en nosotros.

—Me necesita en el negocio —dijo Paul—. No te quiere. Es un viejo.

La afirmación era insultante. Marianne quiso protestar, decir que su marido aún la amaba, pero el caer en la cuenta de su extraña situación, de amante o querida de dos hombres a la vez la hizo tragarse sus palabras. En el semblante de Paul no advirtió nada, sino el deseo de hacerle daño.

—Si llegara a enterarse... —empezó a decir.

—No será porque se lo cuente alguna chismosa del vecindario —replicó Paul con frialdad.

—Quieres decir que yo... —dijo Marianne, pero fue incapaz de terminar la frase.

Se miraron frente a frente, sintiendo algo parecido al odio. Luego se apartaron y echaron a andar el uno al lado del otro, sin cruzar una sola palabra, hasta llegar a las cercanías de la Porte Saint-Antoine.

Durante el regreso, la violencia de la emoción de Marianne fue desvaneciéndose gradualmente, y dejándole solo un miedo frío. Lo que las bromas afectuosas de Simone y las sospechas y el perdón de Jean habían sido incapaces de conseguir, la lengua viperina del ama de llaves de monsieur Pinon lo había logrado con suma eficacia. Hasta el propio Paul, por culpa de esa excursión campestre, había hecho nacer en ella un rechazo a todos los subterfugios de su deshonestidad compartida. En ese momento, el temor a verse descubierta avasallaba todo deseo. La crueldad de Paul la había dejado sola, librada a sus propios recursos. Sabía que tenía que tomar medidas para salvarse: resultaba inútil esperar ayuda de él. Los planes se agolparon en su mente, posibilidades e improbabilidades, solo para ser descartados uno tras otro, mientras seguía andando con la cabeza gacha y la cesta pesándole en el brazo. Paul caminaba a su lado como un extraño, una presencia hostil. Marianne era consciente de todos sus movimientos; al mismo tiempo, sentía que cualquier comunicación entre ellos había quedado destruida. Nunca podría ser más desgraciada, ni aunque viviera hasta los cien años.

Para cuando alcanzaron el *faubourg* Saint-Antoine, Marianne había tomado una decisión. En el puente que conducía a la puerta de la ciudad, se detuvo en el mismo alféizar semicircular en el que se habían parado aquella vez, al volver de casa de su tío. Dejó su cesta en el parapeto. Paul estaba junto a ella, de espaldas a la puerta. Una carreta pasó despacio a su lado, crujiendo, los cascos de los bueyes resonando acompasadamente sobre las piedras.

Paul esperó a que hablara.

Marianne, apoyando las manos dobladas sobre la cesta y sin mirarlo a la cara, dijo por fin:

—Es hora de terminar con esto.

—¿Qué quieres decir?

—No volveré a verte, salvo en la medida en que resulte inevitable.

—¿Me despides?

—¿Del taller? No. Pero Jean te echaría si se enterase.

—¿Quieres decir que seguiré trabajando en los mismos cuartos en que estés tú, y que ya nunca habrá nada entre nosotros, nada...?

Vaciló y Marianne concluyó la frase en su lugar:

—Nada de amor. Las cosas serán exactamente igual que antes de la tormenta. De todas maneras, esto no podría haber durado. Y ahora se ha terminado.

—¿Te has vuelto loca?

Marianne negó con la cabeza.

—Se ha terminado, en cualquier caso.

—No se ha terminado —dijo él acaloradamente.

—No hace ni una hora que le has dado fin tú mismo. —Paul soltó una exclamación de rechazo, pero ella siguió—: Seré capaz de hacer mis tareas donde corresponde sin preocuparme por ti. Si tú no puedes trabajar así, tienes mi permiso para buscar empleo en otro lugar.

Damas había estado tan seguro de ella, había sentido que su poder era absoluto; esa era la fuente principal de su satisfacción. Y ahora Marianne podía plantársele delante y decir tan tranquila que podía prescindir de él. No se lo creía; es más, no lo aceptaría. La miró fijamente y le pareció advertir un mínimo destello de inseguridad en sus ojos; entonces cerró los párpados, apartándolo temporalmente de su vista, como una pequeña muerte. Cuando

volvió a abrirlos, Paul vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Él entrecerró los suyos.

—Muy bien —dijo tan tranquilo como ella—. Si eso es lo que quieres, así será. —Le dio la espalda y echó a andar.

Marianne lo vio cruzar la puerta de la ciudad y lo siguió con los ojos hasta perderlo de vista.

«No hay otra solución —pensó, al tiempo que recogía la cesta—. Si no le pongo término yo, Jean acabaría por enterarse de una forma o de otra. Y entonces lo despedirá, y sería la menor de las cosas que podría hacer».

Tuvo la sensación al ver marcharse a Paul de que lo había destruido, que nunca lo volvería a ver.

## 16

**E**l lunes por la mañana, sin embargo, Paul se presentó a trabajar a la hora acostumbrada. Parecía un poco triste y cansado, como si no hubiese dormido bien la noche anterior. A mediodía, cuando se sentó a almorzar con Marianne y con Jean, se mostró tan cortés como siempre con la mujer de su amo, y más interesado que nunca en todo cuanto su amo decía. No hubo miradas de refilón, ni sonrisas, y Marianne sintió, igual que en el camino hacia la Porte Saint-Antoine, que entre ellos se había abierto un abismo que ningún sonido podía franquear.

Se acordó de la extraña excitación que solía poseerla cada vez que Paul entraba en una habitación en la que ella se encontraba, tanto si la miraba como si no. Era como si la alcanzase alguna especie de efluvio, un deleite tangible y compartido, independiente de cualesquiera palabras o gestos. Ahora no había nada. Marianne había dejado de existir para él.

Al día siguiente, y al otro, Paul había recuperado el buen color; se lo veía descansado y casi jovial. Era lo que ella había esperado. Parecía que le había sentado bien. Marianne había malgastado su compasión la tarde del domingo aquel. De hecho, Paul trabajaba tan bien, con tanta industria y precisión, que Jean lo alabó directamente, y luego de nuevo, en privado, a Marianne.

—Tiene ojos en la punta de los dedos. Dudo que haya un solo hombre que iguale su arte en toda la ciudad.

—Sentirías quedarte sin él —dijo Marianne.

—No tengo intención de perderlo —dijo Jean—. Cuando vuelva Nicolas, hablaremos de asociarlo.

A Marianne casi se le había olvidado el regreso de su hijo, y sin embargo jamás había contemplado un futuro sin él, ni un futuro sin Jean, ni uno en el que no pudiera pasar con la cabeza bien alta ante el ama de llaves de monsieur Pinon o ante cualquier otra vecina.

La semana siguiente dispuso de más tiempo para visitar a Simone, cuyos redondos ojos azules, afectuosos y confiados eran un consuelo para Marianne. En la fuente frente a la iglesia de los jesuitas se encontró, de forma inevitable, con el ama de llaves huesuda. Había acabado por darse cuenta, como Paul había dicho, de que lo único que la mujer podía hacer era soltar insinuaciones. Sus acusaciones carecían de sustancia. Con la conciencia bien tranquila porque la relación ilícita había concluido, y aún más libre de temores por haber sido ella la que le había puesto fin, hizo frente a su enemiga con confianza.

Anticipando el regreso de Nicolas, limpió a fondo su habitación. Revisó todos los armarios, como había hecho cuando se marchó, ordenando las cosas, y preparó para Jean un nuevo inventario de los suministros. Con todo y con eso, tenía la impresión de que le sobraba tiempo. Incluso fue a la iglesia de la vuelta de la esquina en la rue Saint-Paul con idea de confesarse. No se había confesado ni había comulgado desde Pentecostés.

Estuvo mucho tiempo arrodillada en la semioscuridad, intentando prepararse para el mal trago. Se acordó de sí misma en la iglesia abacial de santa Genoveva. Había rezado entonces pidiendo un corazón tranquilo, y había sentido que su plegaria era aceptada. Y entonces recordó el primer beso que le dio Paul, bajo la lluvia. Su determinación de renunciar a él seguía firme, pero con ese recuerdo surgió una especie de desafío. Marianne no conseguía arrepentirse de haberlo besado, de haber dormido entre sus brazos. Ahora que la historia había concluido, solo lamentaba lo que había perdido, y su sensación de pérdida era tan grande como a Paul le habría gustado. Salió de la iglesia con la sensación de pecar al no estar dispuesta a arrepentirse, más que con la impresión de haber pecado por amar.

Trabajaba mucho para fatigarse, y dormía mal, despertándose por la mañana con los dientes muy apretados y las mandíbulas doloridas. Hacia el final de la semana, el dolor se había concentrado en una muela que ya le había causado ocasionales molestias anteriormente. La noche del domingo

prácticamente no pudo pegar ojo del dolor y el lunes amaneció con el carrillo visiblemente hinchado.

—Sácatela —le dijo Jean mientras Marianne, sentada en la cama, se sujetaba la barbilla entre las manos.

—Ya se me pasará solo —dijo ella—; siempre lo ha hecho antes.

—Ya te he dicho cuál es mi consejo —dijo Jean.

—No quiero perder la muela.

—Si eres demasiado cobarde para sufrir un ratito, entonces puede que tengas que sufrir mucho tiempo —concluyó Jean.

Marianne preparó una compresa de sal y aceite de clavo y se la puso dentro de la boca, contra la encía hinchada, diciéndose que el dolor había empezado a remitir y pronto desaparecería del todo. Se lo había buscado ella misma con tanto apretar los dientes. Dormiría un tiempo con un pañuelo anudado entre las mandíbulas. Tenía un miedo bastante razonable a los dentistas, y perder una muela por primera vez se le antojaba un símbolo de desintegración. Era el inicio de la vejez. Pasó por alto el hecho de que la mayoría de las mujeres de su edad ya habían perdido no uno, sino varios dientes, y que hasta la juvenil sonrisa de Simone mostraba un boquete en un lado. Se miró en el espejo de la cocina y decidió que la hinchazón no se mostraba de forma proporcionada al dolor que sentía. Eso tranquilizó su vanidad, de forma que se mostró dispuesta a sentarse a la mesa con Paul y Jean, aunque ladeando la cabeza para que Paul no le pudiera ver la mejilla hinchada.

El día era caluroso y nublado. Jean, después de comer, se recostó en la silla, con la barbilla en el pecho, sin ganas de moverse, y Paul, que se había comido la sopa y la corteza de su trozo de pan, siguió contándole algo a Jean. No hablaba de nada importante, por lo que a Marianne se le alcanzaba a entender. Era algo acerca de una herejía española y el amor de Dios. Y entonces Paul dijo:

—Ayer se lo intenté explicar a una muchacha, pero ella tenía su propia versión de la idea.

Alzó la miga de pan como para observarla, girándola a derecha e izquierda, y luego la dejó caer en la mesa, donde siguió jugando con ella, sin intención de darle ninguna forma concreta.

Sus pensamientos volvieron a la muchacha. Estaba tumbado en el césped, con la cabeza apoyada en su regazo. La chica había estado acariciándole la frente, apartándole el pelo, y su conversación, a saber cómo, había terminado en el tema del pecado y la confesión.

—¿Que qué le digo al cura? —había dicho ella en respuesta a una pregunta de Paul—. Que he pecado carnalmente y que estoy arrepentida. Lo cual es cierto. Y entonces él me absuelve. Sin eso, ¿cómo iba a poder ir a misa y comulgar?

—Pero no cambias de forma de vida —había objetado él.

—¿Y cómo podría? ¿Quieres que robe? De algo tiene una que vivir. Lo que hago no le causa ningún daño a nadie. Por supuesto, ofende a Dios, y eso bien lo siento. Lo siento de corazón, y por eso siempre lo digo en serio cuando me confieso. Pero Él se ofendería aún más si me tirara al Sena.

Paul se volvió hacia Jean:

—Me dijo que amaba a Dios, y que eso era lo principal, ¿o no era así? No pude desarrollar más la idea.

—No podría expresarse de forma más sencilla la herejía de Molinos —dijo Jean—. ¿Qué tienes ahí en la miga de pan? ¿Un retrato suyo?

—Un retrato involuntario. No le hace justicia —le ofreció el pan a Jean para su inspección.

—Es bastante bonita —dijo Jean.

Paul consideró su modelado.

—En cierto modo —dijo juiciosamente—, le hace más que justicia. Tiene la piel muy picada de viruela, y las cicatrices han estropeado la forma de sus rasgos. Tiene los ojos bonitos, del azul de los acianos, pero su principal atractivo es su sonrisa, que no puedo modelar. Tiene dientes de niña pequeña, chiquitos, blancos, iguales, y no le falta ninguno. Por lo demás... —Cerró el puño y aplastó el trozo de pan, privándolo de cualquier semejanza.

—Eso me recuerda algo —dijo Jean—. A mi mujer le duele una muela. —Se dirigió a Marianne—: ¿Te has decidido a seguir mi consejo?

—Por supuesto —respondió ella con una amargura que le hizo alzar la vista—. Tus consejos son siempre buenos.

Se levantó de la mesa, vaciló apenas un instante, como si fuera a decir algo más, y salió deprisa de la habitación.

Se cambió las zapatillas de fieltro por sus zapatos de cuero y, tras asegurarse de que tenía dinero suficiente en el bolsillo para pagar al dentista, se dirigió al Pont Neuf. Estaba furiosa con ambos hombres, y también al borde de las lágrimas. Estaba celosa. Nunca había conocido los verdaderos celos hasta entonces; le hacían mucho más daño que el dolor de muelas. Estaba segura de que Jean ya le habría comentado a Paul que le dolía una muela, y de que Paul había hecho sus comentarios con intención de burlarse de ella, para hacerle saber, en resumidas cuentas, que era una vieja y que el mundo estaba lleno de jovencitas con dentaduras perfectas.

Caminó a buen paso, dándole vueltas a su pesar. No se le iba de la mente la mano de Paul —esa mano tan hábil que tenía, como dijo Jean, ojos en la punta de los dedos—, jugueteando con el pan. Su cuello, su pecho, conocían el toque de esos dedos que veían al acariciar. ¿Cómo podía ser tan cruel Paul, se preguntaba a sí misma, para atormentarla con esa historia de otra mujer, sabiendo como debía de saberlo que la hacía sufrir? ¿Se la habría inventado entera, la historia de la muchacha esa? No, seguro que no. Pues, ¿qué otra cosa iba a hacer una tarde de domingo, no estando ya ella con él, más que llevarse a otra al campo? Sus manos nunca estaban quietas. No tenía ni pipa ni tabaco para ocuparlas. Marianne recordó las manos de Nicolas jugando con el cuchillo que le había regalado su padre, las del impresor amigo de Paul, en la posada, haciendo girar su copa de vino mientras hablaba. Eran, inconfundiblemente, manos de impresor, grandes manos de dedos largos y gruesos nudillos, con todas las arrugas y asperezas de la piel incrustadas de tinta. No importaba cuántas veces se las lavasen, siempre seguirían sucias.

Caminar deprisa agitó la sangre que le latía en el nervio molar. La muela empezó a palparle de forma crecientemente dolorosa, y también empezó a dolerle la cabeza. No podía pensar de forma coherente; solo podía sentir. Pero ¿qué ideas de pecado, confesión, amor a Dios eran esas que Paul había estado discutiendo con otra mujer, con una niña?

En el muelle de la Mégisserie, cerca del Pont Neuf, había un dentista, un tal monsieur Carmelline. Su enseña colgaba de una ventana de un piso alto, donde recibía visitas de personas de calidad. En la place Dauphine, en la punta de la isla de la Cité, había otro monsieur Carmelline, tío del anterior, al que acudía la nobleza. Entre estos dos médicos famosos, cada uno a un

extremo del tramo más largo del Pont Neuf, se encontraban los sacamuelas itinerantes, que viajaban no solo de ciudad en ciudad, sino hasta de un país a otro. Iban vestidos estrafalariamente y se rodeaban de misterio. Marianne siempre los había contemplado con miedo y sospecha, independientemente del temor al dolor físico que podían infligir. Ni se le pasó por la cabeza dirigirse a ninguno de los Carmelline: sus honorarios serían prohibitivos. Tenía que escoger entre lo que la suerte le brindara en el puente.

Pasó de largo junto al primer sacamuelas que vio por la sencilla razón de que estaba ocioso: mala recomendación. Su vestimenta era extraordinaria: una prenda de terciopelo verde con lazos de trefila dorada en los hombros, y una larga bufanda de flecos de color escarlata y oro; en la cabeza lucía un turbante asimismo escarlata y oro, como si fuese turco o alguna otra clase de infiel. Por sirviente tenía a un chico morisco, esbelto y afeminado, que se apoyaba en su amo, quien a su vez estaba recostado en el parapeto, escudriñando con sus ojos negros a la muchedumbre que pasaba, como si fuera a ocurrírsele repentinamente abalanzarse sobre una víctima. A Marianne no le gustó nada de él, ni lo extravagante de sus ropajes, ni su mirada de buitres, ni la postura servil y encantada del joven moro.

Tampoco le gustó gran cosa el siguiente dentista que vio, pero por lo menos había un niño y una vieja delante de su puesto. El semblante del crío estaba bañado en lágrimas. La vieja estaba en cuclillas, rodeada de grandes oleadas de faldas deslustradas, limpiándole la cara al niño y exhortándolo a portarse como un hombre. Detrás de su mesa, el dentista se lavó las manos con ademán orgulloso y vació las jabonaduras de la palangana sobre el pavimento. Cogió algo pequeño de la mesa y lo levantó entre el pulgar y el índice.

—Así es, sé valiente, *mon petit bonhomme* —dijo—. Puesto que ya ha pasado, y no hay nada más que temer, este es el momento de ser valiente. Y mira: puedes mostrarles esto a tus amigos, ensangrentado y todo. No creo que muchos de tus amigos tengan un cliente tan sangriento como este, ¿qué nos jugamos?

Tenía los ojos pequeños y muy hundidos entre una frente prominente y unas mejillas gordas y carnosas, y le chispeaban, divertidos. Un mostacho corto y tupido, grisáceo y crespo, le dejaba los labios al descubierto. Tenía los dientes cuadrados y cortos, y muy separados, la dentadura de un campesino

que no ha conocido nunca el dolor de muelas. Su ropa era bastante menos extravagante que la de su competidor: casaca oscura con una banda ribeteada de rojo a la cintura, gorro forrado de piel con una corona de terciopelo verde, prendas lo bastante llamativas para hacer pública su ocupación, pero no completamente estrafalarias. Su acento era borgoñón puro.

El niño tragó saliva y aceptó el diente. El dentista volvió los ojillos brillantes hacia Marianne y notó el carrillo hinchado.

—Venid —dijo—. No seréis menos valerosa que un niño.

Marianne consintió que le abriese la boca y explorara la muela dolorida con un dedo enorme.

El tráfico vespertino en el puente era muy denso. Se desplazaba en un canal entre dos aceras elevadas, las únicas para peatones de toda la ciudad. Para Marianne, la cabeza echada hacia atrás, inmovilizada por las manos del ayudante del dentista como si estuviera en una prensa, el sonido del tráfico se convirtió en una disonancia continua que atravesaban de vez en cuando los reclamos agudos de los buhoneros. El dentista hurgó y tanteó con algo fino y puntiagudo. Luego cambió de instrumento y cogió algo más pesado; Marianne no consiguió ver qué era. Un cantor de baladas que pasaba por la acera se arrancó con un madrigal con una vibrante voz de bajo que se elevó por encima del estruendo del tráfico, convirtiéndolo en su acompañamiento.

*Sous Fouquet qu'on regrette encore,  
On jouissait du siècle d'or.  
Le siècle d'argent vint ensuite<sup>[27]</sup>...*

Para no seguir pensando en lo que estaba ocurriendo en su boca, Marianne intentó concentrarse en lo que decía el cantor de baladas. Este pasó tan cerca de ella que pudo atisbarlo entre las pestañas. El cantante, curioso, sin interrumpir su tonada, se volvió a mirar a la víctima del dentista, y Marianne vio un rostro oscuro, lleno de arrugas, que habría sido apuesto al estilo heroico, de no haber sido por la afección cancerosa de uno de los ojos, que se había extendido por la mejilla formando una llaga roja y supurante. La visión

resultó tan horrible que se olvidó del dolor que le estaban infligiendo.

Cerró los ojos con una sensación de debilidad. El chirriar de las ruedas de los carros, metal sobre piedra, pareció introducirse en la cabeza y fusionarse con el rechinar del gatillo sobre su muela. Sintió como si le estuvieran arrancando la mandíbula. El ayudante le agarró la cabeza con más fuerza, cubriéndole las orejas y la nuca con las manos. Incluso con los oídos tapados seguía oyendo la voz del cantante de baladas, nítida, rica y versátil. Era fantástico que un hombre con un rostro tan horrible pudiera tener una voz tan preciosa.

Un incremento de violencia por parte del dentista borró los versos del cantor. Marianne se atragantó, gritó: «¡Ay!». De repente, las enormes manos y el no menos enorme instrumento se retiraron de su boca. Las manos que le agarraban la cabeza y las orejas también se apartaron. Se quedó de pie sola, algo mareada, oyendo desde una gran distancia cómo el cantor de baladas enunciaba con perfecta claridad:

*Et la France aujourd'hui sans argent et sans grain,  
Au siècle de fer est réduite.  
Par le turbulent Pontchartrain*<sup>[28]</sup>.

—Ya está, mademoiselle —dijo la voz de acento borgoñón—, habéis estado de suerte y yo también. Me habéis hecho sudar. La muela estaba rota, pero no así la raíz. —Y acto seguido, como si no fuera asunto de ella ni tampoco suyo, comentó jovialmente—: Ese cantante se va a buscar un disgusto un día de estos. —Se enjugó el sudor de la frente con una toalla y se dispuso a lavarse las manos.

El mareo de Marianne fue a más. Se apoyó en la mesa con las dos manos, dejando caer la cabeza hacia delante.

—Su ojo —dijo confusamente, resultándole difícil mover la lengua—, su ojo me ha puesto mala.

—Es muy gentil por parte vuestra echarle la culpa a su ojo y no a mí —dijo el dentista—. Solo os costará una libra, mademoiselle, porque habéis

sido una paciente excelente. Si todas las mujeres tuvieran raíces tan rectas como la vuestra, un dentista necesitaría solo la mitad de su maña. Ahora bien, mademoiselle, teníais una infección de primera categoría. Habéis acudido a mí justo a tiempo.

El ayudante le puso un vaso de agua en la mano a Marianne.

—Enjuagaos y escupid al suelo —dijo.

El velo de negrura que había ante sus ojos fue desvaneciéndose. Levantó la vista y vio cómo le sonreía el dentista, como si nunca hubiese intentado estrangularla.

—Os recomiendo que toméis un dedal de coñac antes de ir más lejos —dijo—. Enjuagaos la boca con agua tibia y sal, y no comáis mucho durante un par de días.

Una pequeña multitud se había congregado para asistir a la intervención. «En el Pont Neuf —pensó Marianne—, nada ocurre sin gentío». Se abrió paso entre sus espectadores y dio de inmediato con un vendedor de licor ducho en su profesión. Estaba esperándola. Ya tenía el frasco inclinado sobre el minúsculo jarro de peltre.

Marianne llegó hasta la bomba de agua de la Samaritaine antes de sentir que se venía abajo. Encontró un lugar en el pavimento polvoriento junto al parapeto próximo a la fuente y se acurrucó ahí, apoyando el mentón en las rodillas, con la cabeza gacha y ocultando el rostro, pero no por vergüenza. No le importaba nada que la miraran o no. Sonaron pisadas junto a ella, ocasionalmente la rozó alguna prenda de vestir, pero nadie la molestó. Otra mujer enferma, otra borracha, otra mendiga muriéndose de hambre, a la gente le daba todo igual. Oyó bajo ella el eco de los gritos de los barqueros entre el agua y la bóveda del puente. Por encima de su cabeza daban vueltas los engranajes de las diversas esferas de la Samaritaine. A las tres sonó la hora. La maquinaria que bombeaba el agua del río rechinó y crujió sin detenerse. Marianne alzó la cabeza solo para escupir la sangre que se le había ido acumulando en la boca. Le dolía terriblemente la mandíbula. La seguridad del dentista no la había confortado. Se sentía mutilada, rechazada y escarnecida. Se sentía vieja.

— **A** sí que te la has sacado —dijo Jean cuando Marianne volvió a casa—. Ya era hora. Tienes los ojos que parecen dos quemaduras en una manta.

A la mañana siguiente ya se había recuperado físicamente. La hinchazón era imperceptible. El agujero en la encía ya no sangraba. Nadie sospecharía al mirarla el calvario por el que había pasado la víspera. Sin embargo, la sensación de desolación persistía. Su resolución de no tener ningún trato más con Paul seguía tan firme como siempre, pero la idea de que la hubiese podido reemplazar tan deprisa la atormentaba.

Fue temprano al mercado, como de costumbre. Al estar algo justa de dinero por la libra que había gastado en el Pont Neuf, y no deseando pedirle más ajean esa mañana, no pudo comprar más carne que una docena de patas de pollo. Pasó mucho tiempo preparándolas para la marmita: era una tarea que le desagradaba. Si se metían las patas un minuto en agua hirviendo y se dejaban secar, la envoltura córnea —fina y semitransparente si la gallina era joven, o escamosa y amarilla si el ave era más vieja— se podía retirar como si fuese un guante, sin desgarrar la carne. Las patas cocidas luego a fuego lento con hierbas aromáticas y sal daban un rico caldo gelatinoso, muy nutritivo, y a menudo quedaba un poco de carne buena junto al hueso, que podía roerse. Una vez guisadas, proporcionaban un buen plato; ajean le gustaba.

Pero esa mañana, cuando las fue cogiendo una a una para pelarlas, incrustadas a veces de tierra que el agua hirviendo no había disuelto, las patas estaban curvadas viciosamente, alargadas del mucho rascar el duro suelo. A

Marianne se le antojaron crueles y brutales, y el gesto que tenía que hacer para arrancar la uña externa de la garra y así poder retirar el envoltorio escamoso de la carne también le pareció brutal. Desprovista de su vaina sucia y encallecida, la garra aparecía limpia e intacta, incólume la silueta, con uñas todavía en todos los dedos retorcidos, con su pesada palma acolchada, una mano de forma bestial, aunque purificada. Era una cosa fantástica: inocente en su nueva pureza e indefensión, cruel en su vieja postura predatoria a la que no había renunciado. Marianne, arrancando de la carne el envoltorio una y otra vez, vertió en sus gestos parte de su propia congoja, contraponiendo el gesto cruel al hecho cruel. No se permitió apiadarse de las aves muertas, ni tampoco de su celoso corazón.

Mientras Marianne trabajaba, Jean entró en la cocina y se sirvió un vaso de agua del cántaro de cobre. Después, lo golpeó con los nudillos y, llegando a la conclusión de que estaba casi vacío, cogió los cubos y se marchó, presumiblemente a rellenarlo. Era una tarea que antaño le correspondía a Nicolas. Marianne ocasionalmente acarreaba agua para el cántaro, pero en líneas generales, era Jean quien había asumido la responsabilidad de tenerlo siempre lleno. En el recipiente cabían ocho cubos de agua, por lo que llenarlo suponía cuatro viajes a la rue Saint-Antoine. Un mes atrás —diez días atrás—, la marcha de Jean habría supuesto la señal para que Paul abandonara el trabajo y acudiera a abrazar a Marianne. Esa mañana, Marianne intentó cobrar ánimo, sabiendo que Paul no se presentaría.

Y sin embargo, la puerta del taller se abrió. Sin levantar la cabeza, Marianne sabía que Paul había cruzado el cuarto y estaba ante ella. No quiso levantar la vista, pero él no se marchaba. Por fin, habló en voz baja:

—Estoy sufriendo.

Marianne ya le había oído decir eso mismo en otra ocasión; no conseguía recordar cuándo. Le creyó. Alzó los ojos, vio su semblante lleno de anhelo y su resolución se deshizo; se evaporó, como si nunca hubiese existido.

Cuando Jean volvió con sus dos cubos de agua y los dejó junto a la puerta cochera mientras abría la de la cocina, Marianne seguía pelando patas de pollo y Paul había regresado al taller. Pero Marianne aún sentía en los labios la presión de su largo beso. Todavía sentía la violencia de la pasión y del triunfo de Paul al estrecharla contra su cuerpo esbelto y ágil. Nada más

importaba. Nada más era real.

Jean vertió el agua en el recipiente de cobre, cogió los dos cubos vacíos con una mano y se dispuso a salir de nuevo.

—Aún sigues con eso —le dijo a Marianne, mirando el plato en el que se amontonaban las patas de pollo y el cuenco medio lleno de garras sin pelar que tenía ella en el regazo.

—Es una tarea bien tediosa —dijo ella.

Larcher asintió y volvió a marcharse, pero en cuanto hubo salido, Paul salió del taller y Marianne apartó a un lado su tarea. Como si se tratase de una comedia, así continuó la cosa mientras Jean, pacientemente, hacía tres idas y vueltas más a la fuente frente a la iglesia de los jesuitas. En su ausencia, Paul estrechaba a Marianne entre sus brazos, susurrándole con ferocidad lo que tenían que hacer, o iba y venía de un lado a otro por la cocina, parándose para cogerle las manos y llevárselas al pecho, contra el corazón, o a los labios. Y todo ese tiempo, mientras tanto, argumentaba y protestaba; en cuanto oían pisadas ante la puerta y el sonido de los cubos al tocar pesadamente el suelo, Paul desaparecía como el muñeco de un reloj de cuco, para reaparecer en el mismo instante en que Jean se marchaba.

Paul declaró que la situación era insostenible, que Marianne había tenido razón en decir que había que ponerle fin, pero que terminarla de este modo, viéndose e ignorándose, también era insostenible. Era una muerte lenta bajo tortura. No podía soportarlo. Marianne protestó, admitiendo que se había equivocado, que todo podía seguir como antes, que sus temores carecían de fundamento, que Jean no sospechaba nada, y que no había razón para que, si se lo trataba con cautela y consideración, no siguiera igual de ciego y de satisfecho como estaba. A esto, Paul replicó:

—Puede que Jean esté ciego, pero ¿y Nicolas? ¿También lo estará? Piensa en ti, observada por los ojos de tu hijo. Piénsalo, te digo. ¿Podrías soportarlo?

A lo que Marianne se había cubierto el rostro con las manos, y Paul, apartándoselas de los ojos, sujetándoselas firmemente en las suyas, había seguido:

—Solo hay una salida. Me marcharé.

—No, eso no —dijo Marianne.

—¿Por qué no? Es la única solución honorable.

—No podría vivir sin ti.

—Ah —dijo Paul, respirando hondo, agarrándola con más fuerza—, pues entonces, tienes que venir conmigo.

—¿Cómo podría? —repuso ella.

Al final, la convenció de que huir juntos era la única solución posible. Aún más, puesto que la huida en tiempos como los que vivían resultaba imposible sin dinero, la persuadió de que no supondría ningún delito retirar de los ahorros de Jean una suma equivalente a la dote que ella le había aportado. Era mucho más de lo que Paul había esperado lograr nunca. De hecho, era más de lo que había soñado siquiera intentar. La conciencia del poder que tenía para hacerla sufrir, hacerla sonreír, hacerla obrar según sus deseos, se le había subido a la cabeza. Cuando Jean hubo regresado de su último viaje y vertido el último cubo en el recipiente de cobre, acortando así grotescamente la conversación de los amantes, Paul se halló de nuevo ante su telar de encuadernación, asombrado de lo que había exigido y obtenido, y un tanto desconcertado acerca de cuál debería ser su siguiente paso.

Mientras intentaba trazar un plan de acción, tenía a Jean trabajando a su lado. Paul no sentía de forma consciente odio alguno hacia él; únicamente intentaba planear su propia supervivencia. Los diez días en que había sido un amante desechado lo habían hecho padecer de veras. Había sufrido no solo por la ingenua deserción por parte de Marianne, sino también a cuenta de la antigua traición de Auxerre. De vez en cuando, lo había asaltado el temor a que la historia se repitiese, y que Marianne lo denunciara a Jean. Pero entonces había razonado consigo mismo y se había tranquilizado diciéndose que si Marianne traicionase a su amante, también tendría que traicionarse a *sí misma*, y no la creía capaz de eso. La mujer de Auxerre sí que lo había sido, sin embargo. Había presentado los hechos a su conveniencia, Paul no sabía exactamente cómo, de tal modo que había quedado en una posición más fuerte que nunca. Paul no se atrevía a permitirse lamentar la sucesión de incidentes e impulsos irreflexivos que lo habían conducido hasta el momento presente. La compulsión de poseer a Marianne, y de poseerla como único amo incontestable, no le había dejado, al parecer, otra salida.

Existían dos problemas. No podían irse juntos, ni tampoco podía Marianne coger sin más el dinero del cofre, aprovechando algún momento en que tuviera

la llave en su poder, como le había sugerido a su amante. No: primero, Paul tendría que marcharse de la ciudad con alguna excusa válida. Luego, regresaría a escondidas y se llevaría el dinero. Pero tendría que descerrajar el cofre para apartar las sospechas de Marianne; y ella tendría que estar con Larcher en el momento del robo, para poder demostrar su inocencia. Después, transcurrido un tiempo prudencial, podría reunirse con Paul en algún lugar fuera de la ciudad. El dinero habría desaparecido, y Jean sabría que Marianne no había podido cogerlo. Denunciaría los hechos a la policía. Esta no obtendría ningún resultado con sus registros; Paul ya estaría fuera de la ciudad para entonces, y Jean atestiguaría que se había ido de París mucho antes del robo. Si Marianne desapareciese entonces, unas semanas después, no habría forma humana de relacionar su desaparición con el robo. Tenía que desaparecer, y sin llevarse nada, ni un lazo siquiera; nada excepto la cesta de la compra, de forma que su desaparición tan solo apuntase a que había debido de sufrir algún accidente, uno de tantos como ocurrían en la ciudad. Nunca se hallaría su cuerpo. Jean se creería viudo. Tal vez contratara a un ama de llaves. Seguiría trabajando. Se fumaría una pipa en La Grada de Oro todas las noches, igual que hacía ahora. Nicolas volvería y se pondría a trabajar con su padre. En cuanto a Marianne y él, se establecerían con nombre supuesto en alguna ciudad de provincias, lejos de París, donde Paul compraría los papeles de maestro artesano con la dote de Marianne, igual que hizo Jean en su día. Por fin sería un maestro encuadernador.

Lo planeó todo hasta el último detalle en las horas que quedaban de ese día, el último de agosto. Jean había mencionado últimamente el regreso de Nicolas como si fuese algo inminente; volvería en septiembre, había dicho Larcher. Por este motivo, y también porque no se atrevía a dejarle a Marianne tiempo para cambiar de opinión, Paul decidió que debía poner su plan en marcha lo antes posible, ese mismo fin de semana. Pero no era un maestro del delito: algunos detalles lo inquietaban. No sabía forzar una cerradura. Se dio cuenta de que dependía en exceso de la ayuda de Marianne, de que le estaba pidiendo a esta interpretar un papel de diestra superchería, y se dio cuenta asimismo de que si ella flaqueara en su propósito una vez ejecutado el plan más allá de cierto punto, podría mandarlo a la horca.

El riesgo era muy considerable, pero también lo era el premio. Si no

asumía el riesgo porque no se fiaba de su dominio sobre Marianne, nunca sería capaz de soportar la humillación interna. Pero si triunfaba, tendría todo lo que necesitaba: amor, dinero, y el orgullo de su propio poder.

Siguió dándole vueltas a los detalles toda la noche, comprobando para mayor seguridad la lógica del plan. Necesitaría discutirlo con Marianne al día siguiente. No podría considerar completo el plan hasta que ella hubiese manifestado su conformidad. Pero llegado el día, Larcher resultó estar increíblemente sociable. «¿Qué mosca le habrá picado? —pensó Paul—. Lo tengo pegado a mí todo el rato». Sin embargo, no se advertía indicio alguno de sospecha incipiente en la constante presencia de Jean. Lo que ocurría, sencillamente, era que el trabajo que lo tenía ocupado ese día concreto era complementario del que le había encomendado a Paul.

No hubo pues ocasión de que Paul hablara a solas con Marianne en el taller. Una única vez, hacia el final de la tarde, tuvo un momento en que consiguió susurrarle un sitio y una hora para verse luego. En cuanto Jean se hubo ido a La Grada de Oro, Marianne se fue a esperar a Paul en la iglesia de Saint Paul, junto a la puerta, toda nerviosa no fuera a entrar algún vecino, y también porque se acercaba la hora del cierre nocturno de la iglesia.

Pero Paul no la hizo esperar demasiado. La vio entrar desde su escondite al otro lado de la calle, en el passage de Charlemagne. Se aseguró de que nadie que le resultase conocido lo viera entrar en la iglesia. Ya estaba adoptando las precauciones que tendría que poner en práctica cuando regresara, solo, a cometer el robo.

Al haber tenido ya sus ojos tiempo de acostumbrarse a la oscuridad, Marianne vio a Paul antes de que él la localizase. Alargó la mano y le tocó el codo justo cuando iba a pasar de largo junto a ella. Temerosos de que otras miradas, inadvertidas en la negrura, pudieran estar observándolos, se quedaron de pie, en actitud modesta, ligeramente separados, como si estuviesen en la calle. Paul le expuso su plan rápidamente. No había alternativas; todo estaba bastante claro y ya estaba decidido. Marianne solo tenía que asumir su parte. Paul hubiese deseado poder verle la cara. Tuvo que dar por supuesto que ella no había cambiado de idea, que aceptaba lo que le decía sin cuestionarlo.

—Así pues, como ves, es lógico —concluyó—. Funcionará. Pero tienes

que describirme el arca, decirme dónde la encontraré y cómo guarda Jean el dinero.

—Me atormenta tener que coger su dinero —dijo ella suavemente—. Representa tanto para él.

—Siempre piensas primero en Jean —respondió Paul en voz muy baja, aún discreta, pero cargada de toda la amargura que engendraba el miedo—. ¿Por qué no piensas en lo que supone para mí, para nosotros? Pero no, no puedes olvidar a Jean. Tenías razón: es todo imposible. He sido un necio al pensar que eras capaz de sentir pasión. Vamos a terminar con esto aquí mismo y ahora. Me iré de París, y el que yo viva o muera ya no será asunto tuyo.

—Paul —suplicó ella en susurros—, no me abandones. Haré todo lo que digas.

—Perdóname —dijo Paul, y no estaba actuando—. Es que podrías traicionarme, Marianne, ¿no te das cuenta? Podrías destruirme con solo dos palabras. Te quiero tanto que me da igual que me apartes de ti ahora o que consigas que me ahorquen. Todos estos meses, no he sido más que el ayudante del taller. Tú siempre has pensado primero en el amo. Me resulta difícil creer que sientas por mí la misma pasión que tengo yo por ti. Jean es el amo. Jean es el que duerme contigo en la gran cama de cortinas rojas. Oh, la he visto cuando la puerta estaba abierta; nunca he entrado en la habitación. Daría diez años de mi vida por gozarte en esa cama.

—Cuidado —dijo ella—, ten cuidado. Podría oírnos alguien. —Se acercó a él, queriendo consolarlo, pero Paul dio un paso atrás, manteniéndose a una distancia discreta—. ¿Qué quieres que haga? Haré todo lo que desees.

Una figura alta con faldones pasó junto a ellos en silencio. A Marianne le llegó un efluvio de sudor y lana sucia, cera de abejas e incienso; un cura.

—¿Nos habrá oído?

—No sabe de qué estamos hablando.

—El dinero, un importe igual a mi dote, estará envuelto en un rollo en el centro del arca, debajo de una camisa de lino.

Desde la puerta, la voz del sacerdote, de tono grave pero alcanzando hasta los rincones más apartados, entonó:

—Cerramos.

De las capillas, de detrás de los macizos pilares, fueron surgiendo otras

formas. Una figura encorvada eclipsó momentáneamente las luces del santuario. Se dirigieron hacia la puerta. El crepúsculo exterior los fue iluminando uno a uno conforme salieron.

—Ve tú delante —dijo Paul.

## 18

**P**aul hizo sus preparativos. Eran simples. Compró un escoplo el miércoles al volver a casa después del trabajo. El jueves por la tarde, se acercó paseando hasta el mercado de Les Halles, y junto a los osarios del cementerio de los Santos Inocentes encontró lo que buscaba, un escriba público, al que dictó una carta. Echó la carta al correo esa misma tarde y se fue a la cama con la confianza de que todo estaba en orden.

Esos dos días, evitó a Marianne con más cuidado que nunca. El viernes por la mañana, emprendió, a petición propia, un proyecto que únicamente lo tendría ocupado cosa de una semana. Era una tarea privilegiada, consistente en el diseño y dorado de un nuevo volumen. Trabajaba envuelto en el olor a cola y a cuero, con la ventana que daba al patio abierta, oyendo el graznido de los patos en su tina de madera, las pisadas de los criados de la casa yendo y viniendo, el ocasional relincho de un caballo en las cuadras. Era una mañana de sólida tranquilidad, del todo corriente. Paul empezó a silbar «La rosa de tu blanco rosal», pero al cabo de unos pocos compases, la tonada vaciló y se interrumpió. La sensación de estar adentrándose en el peligro por momentos, sin moverse del sitio en el que se hallaba, dominó la mañana entera. La carta llegó un poco antes de mediodía.

Marianne la llevó al taller y se la entregó a Larcher. —Es para Paul— dijo él, y se la tendió a su vez.

Paul la miró con curiosidad, aparentemente sorprendido.

—Reconozco la letra —dijo—, o por lo menos es muy parecida a la del cura de Auxerre que me enseñó latín. Me pregunto para qué me habrá escrito.

—¿Por qué no la abres? —dijo Jean.

Paul rompió el lacre —no había sobre— y leyó la carta en silencio. Luego, sin comentario alguno, se la tendió a su maestro.

Querido muchacho, aprovecho esta oportunidad para enviarte unas líneas. Un hombre de Auxerre que viaja mañana a París llevará esta consigo, y si no te la puede entregar en mano, la confiará al correo a su llegada, con lo que algún tiempo ahorraremos pese a todo. Mis noticias son tristes, pero no te pillarán por sorpresa. Tu padre está muriéndose de esa vieja herida que recuerdas, y que tan dolorosa le ha vuelto la vida estos últimos años. No puedo sino apremiarte con todas mis fuerzas a que regreses lo antes posible, para que puedas hablar con él por última vez. Pregunta por ti continuamente. No me cabe duda de que te encuentras bien situado en París. Todo lo que le has escrito a tu madre sobre tu amo es excelente. Sin embargo, por su bien, una vez que falte tu padre, tenemos que hacer planes para que te quedes en las cercanías de Auxerre. Tu madre no va a tener fuerzas para irse contigo tan lejos de su hogar. Componer muchos libros es cosa sin fin, como dice el predicador<sup>[29]</sup>; no me cabe duda de que aquí te encontraremos libros que encuadernar. Y demasiado estudio fatiga el cuerpo, podría añadir yo, pero eso es cosa que me afecta a mí, y no a ti. Te encarezco que regreses sin dilación. Cuentas con mis bendiciones.

Hébert, en Auxerre, a finales de agosto

—Bueno —dijo Jean—, es una lástima.

—Me aflige mucho más de lo que os podéis imaginar —dijo Paul, pasándose la mano por los ojos como si el gesto pudiera ayudarlo a serenarse.

—¿Qué problema hay? —preguntó Marianne, angustiada. La congoja de Paul parecía auténtica. Jean le dijo a Paul «Con tu permiso» y le tendió la carta a su mujer. La letra era elegante y legible, y un poco temblorosa, como si la mano que sostenía la pluma fuese de persona de edad, y cuando Marianne se puso a leer, lo primero que pensó fue: «Qué raro que llegue esta carta justo cuando Paul está haciendo planes para marcharse de verdad». A mitad de la

carta, se le presentó el recuerdo de que Paul no tenía padre en vida, o de que no lo había conocido siquiera, ¿cómo era la cosa?

—Pero yo pensaba que tu padre... —empezó a decir. Paul apartó la mano de los ojos y le lanzó una mirada breve, fría y amenazante. Marianne calló de inmediato.

—¿Qué pensabas? —preguntó Jean, que no le había visto la cara a Paul.

—Nada, estaba confundida. Algo que había oído, pero ahora que lo recuerdo, era sobre el padre de Simone. —Y siguió leyendo la carta, oyendo cómo Jean decía:

—Es una lástima, pero no tienes elección.

—Sí, lo sé, tengo que ir —dijo Paul—. Pero nunca había estado tan a gusto como he estado aquí.

—Me quedaré corto de mano de obra —dijo Jean.

—Me consta —dijo Paul.

—Pero no tienes elección.

—No —dijo Paul. Cogió la carta que le tendía Marianne, sin mirarla a ella, y se levantó indeciso—. Voy a terminar el trabajo del día —dijo por fin—. No puedo irme de la ciudad antes de mañana, de todas maneras.

Jean se había repetido en la conversación, algo que Paul nunca lo había visto hacer. A mediodía, cuando estaban todos sentados a la mesa, volvió a mostrar el extremo de su preocupación al decir por tercera vez, con tristeza, que Paul no tenía elección posible.

—El transporte para Auxerre sale los sábados —dijo.

—Lo sé —dijo Paul.

—Compra el billete esta misma tarde, o tendrás que ir bajo cubierta.

Paul asintió. Los billetes se vendían en la posada de la Ville de Joigny, en la rue Saint-Paul, pero estaba sin blanca. El dinero que le quedaba se lo había gastado en sus preparativos. Le mencionó el asunto a Jean, quien consultó a su esposa. Pagaría a Paul esa misma tarde; solo faltaba un día para concluir la semana. Marianne le explicó que no había suficiente en la alacena de la cocina donde guardaban el dinero para los pequeños gastos de la casa. Jean le tendió una llave por encima de la mesa.

—Coge de paso lo que necesites para la compra —le dijo.

—El administrador vendrá a cobrar la renta del trimestre cualquier día de

estos —le recordó Marianne.

—Cuando venga, le daremos su dinero.

Marianne regresó al cabo de un momento, durante el cual Paul y Jean esperaron en silencio. Le devolvió la llave a su marido, junto con unas monedas. Larcher las fue contando, haciendo dos pilas: una para su ayudante, y la otra para su mujer. Después apartó una libra y se la guardó en el bolsillo: Marianne había traído el salario de una semana completa para Paul. Se levantó de su butaca y volvió al trabajo. Paul comprendió, por la inclinación de cabeza que le dirigió antes de entrar en la encuadernación, que era libre de ir a la hostería de la Ville de Joigny en ese mismo momento.

El día llegó a su término sin que ningún imprevisto estropeará sus planes. Cogió su morral del gancho donde lo había colgado a diario durante los últimos cuatro meses largos, y se echó la correa al hombro. Le estrechó la mano a Jean y se inclinó ante Marianne. Paseó la vista por la cocina, una mirada de despedida, y se fijó en su obra maestra, el *Fedra* granate, que todavía seguía expuesto. Durante una fracción de segundo, estuvo a punto de reclamarlo. Luego, se despidió de él en silencio, y lo dejó ahí como muestra de sus buenas intenciones, un sacrificio a su pasión y a su plan.

—Volveré en cuanto me sea posible —le dijo Jean.

—Pero ¿y tu madre?

—Es mejor tener un hijo con trabajo, aunque sea lejos, que uno en casa que no gana nada. El anciano padre Hébert es demasiado optimista sobre el negocio de los libros en Auxerre. Volveré... —Vaciló, como si no se atreviera a decir «cuando haya muerto mi padre». Concluyó con—: En cuanto pueda. — Sin retórica, pero con muy buen efecto.

En cuanto se hubo marchado, Larcher dijo:

—Me pregunto cuánto tiempo lo tendrá ocupado este asunto. Puede que tenga que terminar el volumen yo solo.

Su expresión era sombría.

Paul se despertó a menudo esa noche, temeroso de llegar tarde a la barcaza. Cuando dieron las cuatro de la mañana en Saint Jean de la Boucherie, saltó de la cama. Tenía bien poco que empacar; sus posesiones seguían siendo escasas. En el transcurso del verano solo se había comprado un par de zapatos y una camisa. Se puso los zapatos nuevos y guardó los viejos en su saco. Al

vaciar el armario, se encontró el paquete de panfletos que había escondido allí en abril y que había olvidado casi por completo. No podía dejarlos: su cuarto sería registrado de forma rutinaria en cuanto Larcher denunciara el robo. De haberse acordado de ellos antes, podría haberlos arrojado al Sena en el punto donde los había visto rescatar. No quería llevárselos, pero no se le ocurrió nada mejor que hacer. Sacó los zapatos viejos del morral, los dejó tirados en un rincón de la habitación para que los encontrara la policía, y los sustituyó por los folletos.

Cuando salió a la rue des Deux Boules vio brillar las estrellas por encima de la bruma. Para cuando llegó al Port Saint-Paul, el cielo estaba clareando y la neblina empezaba ya a disiparse. En mitad de la place de Grève, se dio cuenta de que su plan tenía un fallo. A menos que Jean lo viera subir a la barcaza, no podría dar fe de que realmente se había marchado. Jean bien podría creer que Paul había abandonado la ciudad, pero su testimonio a la policía resultaría endeble, muy endeble. ¿Cómo no se le habría ocurrido eso antes? Tenía que discurrir alguna forma de llevar a Larcher al puerto Saint-Paul antes de las cinco.

Cuando llegó al muelle, la gente estaba embarcando. Dobló por la rue Saint-Paul, como si fuera a trabajar como siempre. Quizás tuviera que sacar ajean de la cama. Tendría que inventarse alguna excusa plausible para atraerlo al puerto. Por el momento, aún no se le había ocurrido nada razonable, nada que no resultara forzado, y que haría que Larcher sospechara de toda la historia. Nervioso, siguió bajando la familiar calle, pergeñando excusas, solo para descartarlas al instante. En la esquina de la rue des Lions, al pie de la pequeña torreta, se topó de frente con el propio Larcher, quien le puso la mano en el hombro y lo hizo girar en redondo. La mano permaneció ahí, paternalmente.

—Vas en la dirección equivocada —dijo Larcher—. El río está por ahí. ¿Se te había olvidado tu obra maestra? Te la he traído.

A Paul, de hecho, se le había olvidado: era la excusa perfecta, pero no quería cargar con ella en ese momento. No le quedaba sitio en el morral.

—Mi intención era dejarla ahí —dijo—. La cuidaréis mejor de lo que yo podría. No, me acercaba para despedirme otra vez, por si de casualidad estuviésteis ya levantado.

—También te he traído algo de comer para el viaje. —Y le puso un paquete en la mano.

Paul, cohibido, le dio las gracias. ¿Qué había pasado? ¿Se había convertido en Nicolas por un día? No comprendía a ese hombre que, la víspera, y sin decir palabra, le había descontado del jornal de la semana el día que no iba a trabajar, y que ahora le traía tan paternal obsequio. Intentó escrutar el rostro de Jean mientras caminaban juntos hacia el puerto. Solo podía ver una mejilla sin afeitar, con una barba más cana que gris, rociada de gotitas de la niebla, y el hombro asimismo húmedo de la chaqueta.

Atravesaron el muelle, donde ya había empezado el mercado de los sábados, y bajaron juntos los anchos escalones. Al llegar junto al gentío que se agolpaba ante la pasarela de la barcaza, Larcher le estrechó despacio y con firmeza la mano a su ayudante.

—Te compensaremos con creces si regresas —le dijo.

Paul lo miró subir la escalera, solo, las espaldas anchas y sólidas, el paso firme. «Es la última vez que lo veo», pensó. Una vez en cubierta de la barcaza, se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar a un sitio desde el que podía mirar hacia el puerto y el muelle. A ras de agua, el muelle resultaba prácticamente invisible. Para entonces, Larcher ya tendría que haber cruzado el muelle y desaparecido por la rue du Petit-Musc. Sin embargo, ahí seguía todavía, cerca del arranque de la escalera, mirando pacientemente. Paul levantó la mano, saludando, y Jean respondió con un gesto similar. Luego, Larcher se dio la vuelta y se perdió de vista de inmediato.

Lo había visto subir a bordo; todo había sucedido exactamente como Paul había deseado. Debería haberse sentido satisfecho y tranquilo de que todo estuviera saliéndole bien. En cambio, sentía una especie de resentimiento, realzado por la persistente sensación del apretón de Jean en su mano. El resentimiento le era familiar: lo había sentido a ratos todo el verano, mezclado con sus crecientes celos. Le gustaba ese hombre. No lo odiaba; sencillamente deseaba ser lo que era Larcher: el dueño de su propio negocio, el marido de Marianne. Se sabía mejor encuadernador que su maestro, y también mejor amante. Hasta la indulgencia de Larcher, que había favorecido el desarrollo del lío de Paul con su mujer, se había convertido en un motivo de rencor. Jean era tan responsable de la situación presente como cualquiera de los amantes.

Paul encontró un hueco en un banco y esperó a que apartaran la barcaza de la orilla. La visión de la robusta figura en lo alto de la escalera seguía acompañándolo. Las calzas de tela, la chaqueta de pana, el sencillo sombrero de fieltro y la afable mirada bajo la sombra del ala del sombrero perduraban con claridad en su mente porque los conocía bien; con mayor claridad que como los había visto, en realidad, por la niebla.

No podía perdonar la benevolencia.

La barcaza empezó a desplazarse río arriba contra la fuerte corriente. En Bercy, las sirgas fueron trasladadas a la orilla izquierda del Sena. La isla de la Cité, con la masa de edificios que rodeaban la catedral, la isla de Notre Dame<sup>[30]</sup> con sus magníficas mansiones, la isla Louviers con sus árboles, fueron alejándose lentamente de los viajeros de la barcaza. Levantó la niebla. Pronto se hallaron entre campos. El hombre sentado junto a Paul sacó su desayuno de una cesta que tenía entre los pies y se puso a comer. Paul también cedió al hambre, dejó de lado sus escrúpulos y su resentimiento por el momento, y desenvolvió el pan que le había dado Larcher.

En Choisy-le-Roi, donde se detuvieron para cambiar los bueyes del tiro, Paul abandonó la barcaza, y mientras esta se alejaba de nuevo de la orilla, se sentó en una taberna al borde del Sena. Había sacado billete hasta Auxerre, pero no había motivo para que nadie a bordo notase su ausencia. Estaba a unas pocas horas a pie de París. Llegado a este punto de su aventura, cuando la sensación de liberación era tan intensa, se preguntó, antes de dejar la taberna, si debería seguir adelante con la historia. Todavía no estaba demasiado implicado. Aún no había cometido ningún delito. Podía seguir por el camino y doblar hacia Orleans, o cualquier otra ciudad menos Auxerre, y buscarse una nueva vida. Podía alejarse de la esclavitud de su pasión y su ambición, ser un hombre libre. Mientras le daba vueltas al tallo de la copa y contemplaba las últimas gotas de vino tinto, la posibilidad le pareció de lo más atractiva. Después, pagó la cuenta, se echó el morral al hombro y se puso en camino hacia París.

Viajó a un ritmo tranquilo. En Ivry cruzó el río. Su intención era evitar entrar en la ciudad por la rue Saint-Jacques, donde alguien podría reconocerlo. Por la misma razón, a Marianne le había dicho que lo esperara en Fontainebleau en tres semanas a contar desde ese sábado. Para entonces, la

corte se habría trasladado a Fontainebleau. Numerosas personas se dirigirían allí desde París y la barcaza de sirga saldría todos los días de la capital hacia Fontainebleau en respuesta a la mayor demanda. Nadie se fijaría en Marianne en el puerto Saint-Paul un día así, ni se extrañarían de que sacara pasaje en la barcaza. En Fontainebleau, aún perdidos los dos entre la multitud, Paul sabría encontrarla.

Se encaminó directamente a la place des Victoires. Había decidido que no habría sitio más seguro para pasar la noche en París que la cama del viejo de los faroles. Había llegado el momento de cumplir la promesa que le había hecho al anciano. Siempre se había propuesto volver a buscarlo; sencillamente lo había ido posponiendo, semana tras semana. Pero ahora invitaría al viejo a una cena verdaderamente regia. Eso lo ayudaría a pasar la tarde.

Esta vez entró a la plaza por el norte. El rey y su Victoria le daban la espalda. Los cuatro faroles estaban encendidos y bajo ellos habían empezado a congregarse los grupos habituales de mendigos, vendedores y lacayos. En el extremo opuesto de la plaza, pasó una silla de manos con un paje de hacha corriendo al lado. Su antorcha despedía un brillo amarillento y humoso. A la izquierda de Paul, por encima de la línea de los tejados y chimeneas, empezó a salir la luna, casi llena, enorme y amarilla en el aire otoñal. Todo seguía igual que la primera vez que lo había visto, todo menos la estación y él mismo.

Paul empezó a dar la vuelta a la plaza, buscando al viejo. La rodeó por completo sin alcanzar a ver la esbelta figura de la casaca y peluca anticuadas. Se sintió decepcionado y luego preocupado. Todas las emociones del día — sus celos, su resentimiento, incluso su respeto por Jean, que le resultaba tan difícil soportar— se entremezclaron y se convirtieron, sin darse él cuenta, en el deseo de encontrar al anciano y tratarlo a cuerpo de rey. Después de dar una segunda vuelta infructuosa a la plaza, salió de ella en busca de la taberna donde había cenado con el Padre Faroles o, en su defecto, de la puerta del alojamiento del anciano.

La luna subía paulatinamente, tornándose más pálida y brillante y menos enorme según superaba los tejados. Antes de dar con la taberna, Paul llegó a la puerta de la casa del anciano, o una que se le parecía. Se acordaba de un gablete picudo reforzado por una media luna de madera. Se adentró en la sombra que proyectaban sobre la calle los pisos superiores y agarró el

picaporte. No cedió. Lo sacudió y después golpeó la puerta con el puño. Al cabo de unos minutos, durante los cuales siguió aporreando la puerta y sacudiendo el picaporte alternativamente, se abrió la puerta y una figura baja y rechoncha le hizo frente: era una mujer. Podía tratarse de la mujer que le había cerrado el paso aquella mañana de abril. No podía verla con claridad suficiente para estar seguro.

—El anciano al que llaman Padre Faroles —empezó a decir.

—Está ahí arriba. Lleva tres días enfermo.

Paul recordó los ojos pequeños y negros como cuentas, los nabos y la ubre de vaca moteada y se volvió precavido.

—Pero los faroles están iluminados. ¿Quién ha encendido los faroles del rey?

—¿Cómo voy yo a saberlo? A lo mejor han sido los hombres de La Reynie. ¿Es que acaso el viejo es el único ser que puede prender una luz? ¿Qué pasa, no me crees? Pues sube. Está arriba, y está enfermo.

—¿Qué clase de enfermedad? —dijo Paul, pensando en agotamiento o hambre.

—Una fiebre. ¿Cómo voy a saber yo de qué clase? Pero te lo digo por tu propio bien, por si eres susceptible a las fiebres. Sube, si quieres.

La indecisión de Paul era fácil de ver. «Este no es momento para caer enfermo», pensó, y antes de que pudiera decir nada, la mujer siguió hablando:

—Subo a verlo de vez en cuando, pero yo ya he pasado todas las enfermedades. Le llevo un cuenco de sopa, un trozo de pan, lo que puedo apartar. No soy rica. Sería inhumano dejarlo morir sin cuidados.

Paul la creyó, en parte.

—¿Tan enfermo está?

—Está muy enfermo, desde luego. Podría recuperarse; estos viejos correosos son duros de pelar. Podría recuperarse si se alimentara como Dios manda. Pero yo no puedo darle todo lo que necesitaría. Pero tú, si eres amigo suyo, podrías darme algo de dinero, y así yo podría prepararle de comer en condiciones.

Llegados a ese punto, Paul dejó de creerla, siquiera en parte. Se dio la vuelta y se alejó, mientras ella le gritaba:

—¡Sube y compruébalo tú mismo, y déjale unos pocos ochavos al alcance

de su vieja mano!

No contestó. Igual que la primera vez, lo único que deseaba era huir de ella. Caminó deprisa hasta la place des Victoires. Su generoso impulso, frustrado, se volvió contra él mismo; la sospecha y la desconfianza se enfrentaban en su mente. Una nueva búsqueda apresurada en la plaza no le trajo respuestas. Estaba seguro de que la mujer mentía, pero no podía estar seguro de que el anciano no estuviese enfermo. Cualquier dinero que le diera a esa mujer jamás llegaría a manos del viejo, bajo ninguna forma. Pero Paul tampoco tenía el valor de subir a verlo en persona.

«No puedo arriesgarme a enfermarme de unas fiebres ahora; no importa quién esté malo, ni quién pueda morir», se dijo a sí mismo, pero su decisión no le trajo ninguna tranquilidad de espíritu. Se había imaginado una velada espléndida de compañerismo que iluminaría las horas de espera, un lugar seguro en el que dormir y ocultarse hasta que llegara el momento de proceder según lo planeado. No podía soportar la idea de pasar la tarde solo.

Se acordó entonces de la chica del Pont Neuf, la de la piel picada de viruelas y los bonitos dientes. Se llamaba Louise Pijart y logró dar con ella, de forma hartamente improbable, después de cruzar los dos tramos del puente, cuando iba bajando por el muelle de Conti. Cenaron juntos en un sitio muy por encima de las posibilidades de Paul y luego volvieron al Pont Neuf a mirar a los saltimbanquis. Después, ella lo llevó a su cuarto, y Paul le hizo el amor con una pasión que la dejó atónita.

Durmieron hasta tarde. Louise se despertó antes que Paul, descorrió las cortinas del lecho y al abrir la ventana se encontró una mañana lluviosa. La lluvia era templada y morosa; refrescó la habitación sin enfriarla. Louise volvió a la cama, descalza, sin hacer ruido, y contempló a Paul: ojos cerrados, pelo revuelto, un hombro descubierto, un brazo estirado hacia atrás sobre la almohada, mostrando el vello de la axila más oscuro, más bermejo que el mechón de la frente. Tenía la boca cerrada, la expresión relajada pero bajo control, y por la boca contenida, Louise supo que fingía dormir.

Le puso una mano en el pecho, se inclinó sobre él y esperó a que abriera los párpados. Cuando lo hizo, se acercó aún más, de forma que lo primero que vio Paul esa mañana de domingo fue el azul de sus ojos. No lo besó. Se quitó la bata, quedándose desnuda, y la extendió a los pies de la cama. Después,

apartó las sábanas y se deslizó en el lecho junto a Paul.

Este la miró con interés, aunque sin pasión. Volvió a fijarse en el cuerpo redondo y blanco que la viruela no había marcado, como había hecho con su semblante. No la comparó con Marianne. Apartó a un lado con firmeza cualquier recuerdo de Marianne. Era una suerte de pureza y devoción. No deseaba mezclarla con esas aventuras esporádicas; sin embargo, se había despertado sintiéndola enteramente, con la plena conciencia de que ese era el día en que se apoderaría del dinero. Estaba descansado. Tenía la cabeza despejada. Se había despertado nada más oír el ruido de las anillas de hierro de las cortinas al deslizarse por la barra sobre él.

Louise recostó la cabeza en el hombro de Paul y le puso la mano bajo la barbilla; Paul le echó el brazo por encima de forma mecánica. Acarició la suave piel mientras miraba hacia arriba, al baldaquín.

—Anoche —dijo Louise—, me hiciste el amor como si de verdad me amaras.

—A lo mejor es que es así —repuso Paul.

—No había ocurrido antes. ¿Por qué tienes que irte ahora?

—Ya te lo he dicho. Tengo que vivir donde está el trabajo.

—¿Es que ya no hay trabajo en París?

—Para mí, no.

Louise suspiró y preguntó:

—¿Qué podríamos hacer hoy? Si no estuviese lloviendo, podríamos salir al campo, al sitio ese al que me llevaste la última vez. Si no para de llover, tendremos que quedarnos bajo techo.

—A mí me resultaría agradable pasarnos aquí el resto del día.

—Eres un sol —dijo ella, y Paul, recordando su papel, la cogió por la muñeca con su mano libre y empezó a besarle los dedos uno tras otro, metódicamente.

Una hora más tarde, Louise se estiró, alzó la cabeza y se soltó lentamente del abrazo distraído de Paul. Se puso unas enaguas y la bata por encima y salió de la habitación. En su ausencia, Paul se levantó y se vistió. Por la ventana abierta, vio que la lluvia seguía cayendo despacio. Unas campanas dieron las doce del mediodía en algún lugar remoto, y también desde más cerca, igual que habían sonado sin parar toda la mañana del domingo. Se fijó

en ellas porque le recordaron que todavía tenía por delante una larga tarde que pasar de algún modo.

Louise había ido a encargarse de la comida: un pollo asado y una botella de vino. Paul en mangas de camisa, con la chaqueta, el chaleco y el morral colgados del reclinador de Louise —esa muchacha tenía un reclinador, como si fuese una gran dama— y ella sin vestirse, aún en bata, almorzaron como si estuvieran en el campo.

La tediosa tarde fue pasando.

—¿Quieres que juguemos a las cartas? ¿Te enseño mi ropa? Me pondré mi vestido nuevo para que lo veas.

Paul la contempló afanarse con la crema, los polvos y el tarro de colorete. Se colocó los rizos en la coronilla con trocitos de encaje y unos lazos, sujetándolo todo con alambre. Se puso el vestido nuevo, se paseó como un pavo real, y luego se lo quitó. Paul asistió a todo esto sin sentir nada más que una creciente impaciencia por el lento transcurrir del tiempo. Cuando se levantó una brisa que metía la lluvia en el cuarto, Louise cerró la ventana. El ambiente empezó a cargarse. La lluvia repicaba en la ventana y Paul se arrellanó en la única butaca del cuarto, se puso las manos detrás de la cabeza y se dedicó a mirar el techo.

—Paul, ¿se puede saber qué te pasa? Estás muy raro.

—Estoy preocupado —contestó.

—¿Por qué?

—Por el dinero, porque no tengo ninguno.

—Pero ¿no me has dicho que ibas a reunirte con un sujeto que te debe dinero? Y después de eso, tendrás ese trabajo nuevo.

—Supón que no se presentara —dijo Paul—. ¿Qué pasaría entonces? ¿Cómo podría yo llegar a mi nuevo trabajo?

—¿Quieres que te dé dinero?

Le estaba costando terminar de ponerse el vestido. De mala gana, Paul se levantó y la ayudó, tirando un poco de aquí y un poco de allá. Pero sus manos no se demoraron mucho en los hombros de Louise.

—¿De veras me dejarías dinero?

—Soy estúpida —contestó ella—. Sí que lo haría.

—Puedo ir andando —dijo él—. Puedo caminar hasta Amiens y mendigar

para comer a lo largo del camino.

Se puso la chaqueta, se colgó el morral al hombro y paseó la vista por el cuarto, buscando su sombrero. Louise se lo tendió. Lo cogió sin decir una palabra. Estaba harto de aquella habitación.

—¿Volverás esta noche?

—Si consigo el dinero, volveré.

—Tú y tu dinero. ¿No piensas en otra cosa?

Cuando Paul estaba a punto de salir, la muchacha le dijo con tono agudo:

—Vuelve si quieres, pero no te sorprendas si me encuentras acompañada.

## 19

**E**l viento que se había llevado la lluvia terminó por dejar el cielo despejado. El agua siguió corriendo un rato por los badenes y goteando desde los aleros. Al caer el crepúsculo, la habitual bruma vespertina invadió las calles. En la rue des Lions, después de la cena, Marianne le dijo a Jean:

—¿Se puede saber qué estás buscando?

—Mi pipa y mi tabaco.

Larcher pasó la mano a lo largo de la repisa de la chimenea, como si fuera a encontrar al tacto lo que no había conseguido ver. Estaba todo ahí: el yesquero, los candelabros de hierro, el tubo de cobre para soplar y avivar el carbón del fuego. El tabaco y la pipa también tendrían que haber estado ahí.

—Están arriba —dijo Marianne.

—Creía que los había bajado.

—Estoy segura de haberlos visto en el dormitorio.

—Qué raro —dijo él.

—¿Qué tiene de raro? Llevas toda la vida dejándolos ahí por las noches cuando te quitas la chaqueta.

Marianne estaba sentada junto a la ventana, cosiendo un botón de una camisa. Al darse la vuelta una vez concluido su registro de la repisa, Jean la vio hincar la aguja, pasar el hilo a través de la tela, dar varias puntaditas rápidas y agachar la cabeza para cortar el hilo con los dientes. Cierta recuerdo se insinuó en su conciencia, solo para ser rechazado.

—Es raro que se me olvide lo que he hecho —contestó Jean despacio—; deben de ser los años.

—No se te ha olvidado nada. Has pensado que habías hecho hoy algo que hiciste ayer y también anteayer.

Marianne no se brindó a traerle la pipa y el tabaco. Doblando la camisa, dijo:

—No te la vas a poder volver a poner nunca, has ensanchado demasiado de hombros. Es lino del bueno. Podríamos venderla.

—Guárdala para Nicolas —dijo Jean.

Salió de la cocina. Marianne esperó hasta estar segura de que había llegado al final de la escalera y salió corriendo en pos de él, alcanzándolo en el dormitorio.

—Déjame la llave del arca para que pueda guardar la camisa.

La llave giró suavemente en el cerrojo. Marianne empujó la tapicería a un lado y levantó la tapa. Apareció ante sus ojos la falda de tafetán de rayas. Puso la camisa encima y hundió una mano en la esquina.

Pero Jean no se había demorado a ver qué hacía. Había cogido su rollo de tabaco y su pipa de arcilla y estaba ya en el cuarto de al lado, encaminándose sin duda a La Grada de Oro. No obstante, tenía que quedarse para ser testigo de que el dinero seguía estando todo ahí, a buen recaudo, cuando Marianne cerrara el cofre.

—¡Jean! —gritó, como presa del pánico.

Su marido apareció al instante en la puerta.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde está el cartucho verde, el largo?

—Pues donde lo dejé, con los demás —repuso Larcher, acercándosele por la espalda.

Marianne organizó un gran revoltijo en el arca, empujando el cartucho verde a un lado, fuera de la vista, mientras iba sacando los demás, uno a uno, colocándolos encima de la camisa.

—Mira, el azul; el otro azul; el cartucho corto, con las doblas pesa más; el de lona blanca. Pero no consigo dar con el verde. ¿Lo has cambiado de sitio?

—¿Y dónde iba a ponerlo? —dijo Jean con tono razonable—. Tiene que estar ahí. ¿Se puedes saber qué te ha dado?

—Pensaba que lo había dejado encima de todo, para que pudieras encontrarlo más fácilmente mañana. ¿Se te ha olvidado que lo necesitarás?

Mañana es cuando viene el administrador, y ahora no doy con él. Pero debes de tener razón, ha de estar aquí.

—Vuelve a mirar —dijo Jean.

Marianne había logrado que su marido le prestara toda su atención. Deslizó la mano por el fondo del arca y la sacó sosteniendo el cartucho verde.

—¡Vaya! ¿Cómo habrá podido meterse ahí? —se preguntó con una risita nerviosa—. ¿Lo habré puesto yo sin darme cuenta? Es como lo de tu tabaco.

Larcher la observó mientras volvía a dejar los cartuchos —la cosecha de toda su vida, su grano duro en saquitos— bien escondidos en el centro del arca; todos, menos uno, el verde, que quedó cerca de la superficie, debajo de la camisa.

—Ahora los dos sabemos dónde están —dijo, y le devolvió la llave. Lo miró de frente, sonriente, como disculpándose—. Me he llevado un buen susto. Te acompaño a La Grada, me gustaría tomarme un coñac.

En el rellano frente al almacén, Marianne fingió cerrar la puerta mientras Jean bajaba despacio la escalera.

—La humedad hace que se encaje la puerta —dijo al darle alcance. Echaron los postigos de la cocina y cerraron la puerta; una cerradura tras otra, dejaron todo a buen recaudo, todo menos la puerta del rellano.

—Madame Marianne, sois muy cara de ver —dijo la posadera de La Grada de Oro al saludarlos—. ¿Es acaso algún aniversario? ¿Tenéis noticias de vuestro hijo?

—Es el cumpleaños del rey—respondió Jean, haciendo caso omiso de la pregunta sobre Nicolas.

—Así es —dijo la posadera—. Bueno, dado que él mismo le presta bien poca atención últimamente, resulta excusable olvidarlo. Antes era diferente.

—Muy diferente —abundó Jean. Tenía sus propios motivos para recordar el cumpleaños real. El rey y él eran de la misma edad. Avanzaban juntos hacia la ancianidad: el rey, a causa de la gota, en su carrito de tres ruedas; Larcher, a Dios gracias, sobre sus pies.

Entre tanto, Paul había llegado a la rue des Lions y al no ver luz ni en el piso de arriba ni en la planta baja, dio por sentado que Marianne lo habría dejado

todo dispuesto. La puerta del rellano se abrió con solo tocarla. Cruzó el cuarto en el que había dormido con Nicolas y pasó al dormitorio oscuro en el que nunca había puesto los pies hasta entonces. Antes que encender una yesca, abrió una rendija la contraventana. Forzar el cerrojo del arca no le resultó tan fácil como había esperado. Tuvo que abrir una brecha en la madera antes de poder insertar el escoplo lo suficiente como para hacer palanca, y mientras hacía esfuerzos vio por la rendija del postigo que estaba saliendo la luna. Se había olvidado de la luna. Inundaría de luz el patio, sobre todo la parte que lindaba con el taller de encuadernación. Por fin consiguió abrir el cofre. Apoyó la mano en la suave tela de la camisa y sintió bajo ella la forma de un cartucho de monedas, como Marianne le había prometido. Pero sentía curiosidad. Tuvo que sacar las restantes prendas, chaquetas, pañuelos, enaguas, todo el guardarropa de Jean y Marianne. La violación de su privacidad le resultó placentera. Hundió ambas manos en los rincones del arca, desordenando las cosas a propósito, y al hacerlo topó con otros cartuchos. Había más dinero del que había sospechado. Marianne solo le había dicho que habría una suma equivalente a su dote bajo la camisa. Paul sabía que ella no esperaba que cogiera ningún otro dinero. Pero ¿qué clase de ladrón parecería si consideradamente no se llevase más que un cartucho? Si solo se llevara el equivalente a su dote, todo su plan quedaría desvelado. Sintió un ansia repentina por todas esas monedas tan cuidadosamente enrolladas. No había forma de saber qué eran, si luises de oro o meras libras. Abrió su morral para meterlas todas.

Desde ese momento, quedó determinada su línea de acción. Como aún no se había deshecho de los panfletos, tendría que dejarlos allí. En el morral no había sitio suficiente para los folletos y el dinero. No podía meterse unos cartuchos tan pesados en los bolsillos.

Dejó caer la tapa del arca. Volvió a ponerle la tapicería encima. Cerró firmemente el postigo sobre la calle que la luna iba llenando de luz, y salió a tientas a la habitación contigua.

El dinero abultaba menos que el paquete de folletos, pero era más pesado, y hacía que se le clavase en el hombro la correa del morral. Sosteniendo los panfletos en el pliegue del codo, entre la cama y la puerta, recordó que a su izquierda había una hilera de armarios en los que Jean guardaba suministros

para el taller. Abrió uno y estirándose todo lo que pudo, tiró los panfletos a un rincón, detrás de una pila de pliegos de papel, de forma que pareciese que los habían ocultado.

Supo entonces qué podía hacer para cubrir su retirada. Una carta a la policía, que llegara al tiempo, o poco después, que la denuncia del robo por parte de Larcher. Traería consigo un registro de la tienda, y en cuanto fueran hallados los panfletos, la denuncia de Jean caería en el olvido.

Cosa de un mes en la cárcel, el cierre temporal del negocio, una pequeña multa, todas estas cosas protegerían a Paul y no le causarían gran perjuicio a Larcher. En caso de ser arrestado Jean, Marianne podría abandonar París sin llamar la atención. Paul se preguntó cómo no se le habría ocurrido antes. Era como si lo hubiese planeado todo sin saberlo. No podría haber compartido la idea con Marianne. Recordó que siempre se había propuesto arrojar los panfletos al río. Afortunadamente, pareció no presentarse nunca una ocasión propicia.

La buena reputación de Larcher indudablemente jugaría a su favor, y su castigo sería leve. Pero ni siquiera su reputación podría impedir que se levantara una espesa polvareda y para cuando esta se hubiese disipado, Paul y Marianne se encontrarían los dos a salvo. Sonriendo, deslizó el pulgar bajo la correa del morral y salió con aplomo a la luz de la luna.

En La Grada, Marianne bebía su coñac a sorbitos mientras Jean, a su lado, leía el *Mercur*. De vez en cuando, bajaba la gaceta para ocuparse de su pipa. En un momento dado, le preguntó a su mujer si le apetecía otro coñac. No le hizo ningún comentario acerca de lo que estaba leyendo. La presentación del Diccionario de la Academia al rey, los argumentos empleados en la continua batalla entre Clásicos y Modernos no le interesaban gran cosa y probablemente no le interesarían en absoluto a ella.

Marianne escuchaba las voces que la rodeaban sin intentar descifrar los fragmentos de conversación. Una única cosa la preocupaba. ¿Habría vuelto Paul a la rue des Lions, estaría en el dormitorio en ese momento, habría logrado forzar el cofre? ¿O le habría impedido algo llevar adelante su plan? Parecía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vio: dos

noches, dos días. Lo había echado de menos.

Le tendió fuego a Jean, aceptó su ofrecimiento de una segunda copa, y pensó en lo extraño que resultaba estar sentada tranquilamente con él mientras le estaban robando. No sentía nada en cuanto a su marido se refería, ni culpabilidad ni afecto. Se había vuelto sin importancia para ella y, aunque eso la asombraba, nada podía hacer para alterar su desapego.

Se había pasado el día haciendo cosas para darle gusto. Había cosido un botón de una camisa que usaría Nicolas cuando regresara y que ella nunca le vería puesta. En otros tiempos, la idea le habría partido el corazón; ahora la contemplaba con indiferencia. Había dejado de existir en tanto que mujer de Jean, que madre de Nicolas, pero con cada latido de su corazón se preocupaba por la seguridad de Paul. ¡Deseaba tanto poder estar con él! La necesidad que tenía de ese hombre se había convertido en una especie de locura. Era tan fuerte su deseo que hizo un gesto involuntario, un mero estirar el brazo, acompañado de un suspiro, y Larcher levantó la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que nos vayamos?

—¿Cansada? No. ¿Por qué habría de estarlo?

—Es tarde —dijo Jean, y al poco cerró la gaceta y apagó la pipa.

—No te vayas por mí —dijo Marianne, pero él se levantó y, sin contestarle, se dirigió a la salida; ella lo siguió.

Aún no había sonado el toque de queda. Marianne temía que Paul no hubiese tenido tiempo de huir. Se demoró tras Jean, pero su retraso no lo hizo frenar sus pasos. Justo cuando llegaban al inmueble de la rue des Lions apareció el portero para cerrar el portal. La luna había superado los tejados y el patio estaba tan iluminado como si fuese de día. Marianne subió la escalera la primera para fingir que abría una puerta que no había sido cerrada.

Las habitaciones estaban vacías; estuvo segura de ello en cuanto puso el pie dentro. No consiguió detectar el menor rastro de la presencia de Paul, y mientras aguardaba a que Jean abriera un postigo —¿para qué se iba a molestar en encender una vela cuando había tanta claridad lunar fuera?—, a Marianne la asaltó un pensamiento desolador. Paul había renunciado a su plan. La había abandonado. No había ido.

Jean abrió la contraventana. En la habitación, todo parecía estar

exactamente como lo habían dejado: el arca tapada con la tapicería, la concha de porcelana y el rosario en la pared de encima, la silla exactamente en el mismo ángulo, todo borroso y sin embargo nítido a la luz de la luna.

Marianne y Jean empezaron a desnudarse. Para cuando Jean se estiró metido en la cama, ella solo se había quitado el corpiño y la falda, la cofia y la pañoleta. Las dejó en el respaldo de la silla, procediendo despacio, fatigada. La idea de que Paul podía haberla abandonado parecía dejarla sin energía. En cubrecorsé y enaguas, se sentó en el cofre para quitarse los zapatos y las medias.

En realidad, aún no creía que Paul la hubiese dejado, pero la idea resultaba plausible. Sería mejor para él. Les ahorraría a todos un buen montón de problemas. Jean encontraría su dinero por la mañana cuando abriera el arca. En cosa de seis semanas, tal vez volviera Paul y Marianne podría verlo fugazmente antes de que se marchara a buscar trabajo a otro sitio. Al inclinarse para quitarse un zapato, deslizó una mano bajo sus rodillas, bajo el remate de la tapicería, y tanteó en busca del cerrojo del arca. Su frente descansaba en la rodilla. Sus dedos rozaron un trozo de madera astillada: fue como si hubiese tocado la mano de Paul. Una oleada de inefable deleite la recorrió, dejándola temblorosa. Se alegró de que su cara quedase oculta. Apretó la cabeza contra la rodilla, pensando que si, seis meses antes, alguien le hubiese descrito tamaña experiencia, habría sido incapaz tanto de imaginárselo como de creerlo.

—Cierra la contraventana y ven a la cama —dijo Jean.

Marianne durmió con sueño ligero, se despertó antes que Jean y no consiguió quedarse quieta. El día empezó. Se fue temprano a la compra, como siempre. Chismorreó un poco con Simone en el patio cuando bajó las heces. Temía el momento del desconcierto de Jean; sería la peor parte de toda la empresa para ella, aunque la pérdida de un solo cartucho de los cinco no debería ser más de lo que un hombre pudiera soportar. Deseaba que todo hubiese terminado. A media manada, vio cruzar el patio al puntual administrador, y encaminarse al apartamento de atrás. Se lo dijo a Jean:

—Luego vendrá aquí.

Jean asintió, dejó lo que estaba haciendo y se paró para lavarse las manos.

—Llega en un momento inoportuno —dijo Marianne, nerviosa. Una vez más, Jean asintió con la cabeza.

—Tapa el tarro de cola —le dijo, y se dirigió al piso de arriba.

Marianne hizo lo que le había pedido y antes de salir del taller miró a su alrededor para ver si no habría algo más que requiriese su atención. Todo estaba en orden. En una mesa al alcance de su mano había una pila de hojas de papel sueltas. Cogió un pisapapeles y lo puso encima con firmeza, como si temiese que un fuerte viento fuera a barrer el taller de inmediato.

Volvió a la cocina y, retorciéndose las manos, empezó a dar vueltas en el poco espacio disponible.

—Tengo que hacer algo —dijo en voz alta—; tengo que trabajar. ¿Qué iba yo a hacer cuando he visto aparecer al administrador en el patio?

Vio la cesta de la compra sobre la mesa, aún sin vaciar. Cogió el tubo de cobre del manto de la chimenea y se arrodilló ante el hogar para reavivar el fuego. Había pensado ponerse a preparar las verduras para echarlas a la olla. Acercó los labios al tubo y sopló. En ese momento, oyó a Jean gritar en la puerta:

—Me han robado —dijo, entrando en la cocina.

Tenía la voz ronca. Detrás de él venía Simone, que le había visto la cara cuando salió disparado hacia la tienda desde el arranque de la escalera, y lo había seguido corriendo, con la bolsa de redcilla de la compra balanceándosele alocadamente en la mano.

—¡Estamos arruinados —dijo Jean—, arruinados!

Marianne le tendió las manos en signo de protesta y de simpatía:

—No, no —dijo.

—¡Ha desaparecido hasta el último ochavo!

—No es posible —exclamó ella—. Algo tiene que haber quedado.

Larcher negó con la cabeza:

—Nada —dijo—. Compruébalo por ti misma.

Apartó a Simone a un lado con delicadeza y abrió la marcha de vuelta a los cuartos de arriba. Al llegar al pie de la escalera, Marianne le rogó a Simone que esperase allí y subió detrás de su marido.

Su consternación al ver que lo que Larcher decía era cierto resultó casi tan

grande como la suya. Se había propuesto mostrar sorpresa y angustia de forma convincente, pero no tuvo ninguna necesidad de fingir.

—No me lo puedo creer —dijo por fin, sentándose sobre los talones, después de haber sacudido todas y cada una de las prendas del arca—. ¿De qué vamos a comer? ¿Cómo pagaremos la renta?

—Hay que bajar a la tienda —dijo al poco Jean, que empezaba a serenarse—. Nadie se está ocupando del negocio. Cierra la puerta, Marianne.

Al pie de la escalera los aguardaba un pequeño gentío: Simone, el caballero, la cocinera, que acababa de salir con una sartén llena de peladuras de manzana para sus patos, y un hombre con una casaca verde botella: el administrador.

—Las malas noticias vuelan —dijo el administrador—. Me dicen que no podéis pagar el alquiler.

Jean se negó a discutir el asunto hasta que entraron otra vez en la cocina Marianne, el administrador y él, y cerraron la puerta a su espalda para evitar los chismorreos. Jean se volvió hacia el administrador con una mirada desesperada.

—No podemos pagar la renta hoy. Tenéis que haceros cargo; nunca nos hemos retrasado en un solo pago. Pero nos han robado. ¿Qué nos queda en el armario, Marianne?

—El dinero de la compra. No es mucho.

—¿Lo veis, señor? ¿Quién podía prever esto?

—¿Era una suma considerable? —se interesó el administrador de fincas—. Bien, en tal caso, debéis notificárselo a la policía. Quizás puedan recuperarla, o por lo menos una parte. Si era una suma considerable, vale la pena acudir a la policía. El señor comisario De La Marre es un hombre enérgico. Podéis decir que vais de mi parte.

—¿De veras creéis que pueden recuperar el dinero? —dijo Larcher—. Monsieur le *commissaire* es uno de los hombres más estimados de La Reynie. Depositaría todas mis esperanzas en él.

Jean cogió su sombrero del colgador al lado de la puerta y se puso en camino hacia el Châtelet sin decir una sola palabra más. Antes de llegar a la place de Grève, se dijo a sí mismo: «No se trata de un pequeño robo. Se trata de los ahorros de toda mi vida. ¿Por qué debería ir al comisario De La Marre

pudiendo acudir a monsieur De La Reynie en persona?».

Se sintió un poco mejor después de eso. En Francia, aparte del rey, ningún otro hombre le parecía más poderoso.

Una vez en la rue du Bouloy, tuvo que esperar. Monsieur De La Reynie estaba reunido. Jean estaba solo en la antecámara. Se quitó el sombrero y se secó la frente con el pañuelo. Entonces, empezó a ordenar sus ideas para la entrevista.

Estaba convencido de que el robo había sido obra de espadistas profesionales. Habían abierto la puerta de la escalera sin dañar la cerradura. El cerrojo del cofre, más vetusto y tal vez inusual por lo antiguo, les había dado más trabajo. Habían venido de la calle y tenían que huir antes del toque de queda, por lo que no habrían andado holgados de tiempo. Por esa razón, habían reventado el cerrojo del cofre en lugar de usar una ganzúa. No iban preparados para el cofre; por consiguiente, no conocían la existencia del dinero; debieron de quedarse asombrados ante el hallazgo. Si intentaban gastarlo, su repentina riqueza los delataría. Todos los miembros del gremio de cerrajeros habían prestado juramento, pero existían algunos felones: sujetos que habían sido expulsados del gremio, o que desvelaban sus secretos. Monsieur De La Reynie sabría cómo dar con ellos.

La puerta de la cámara interior se abrió y un hombre entró en el cuarto donde Larcher esperaba sentado. Era aproximadamente de la misma edad que La Reynie, e igual de alto. Larcher se puso de pie y, al hacerlo, atrajo sobre sí una mirada muy observadora, la de alguien que ha convertido en costumbre aprehender hasta el detalle más nimio. Larcher había visto a La Reynie en persona, pero siempre con ropajes de ceremonia. Conocía muy bien sus rasgos por el grabado de Nanteuil basado en el retrato de Mignard. Todo el mundo conocía ese grabado. Se vendía en todas las librerías, junto a los retratos del rey. Representaba a un hombre en la cumbre de su carrera, en posesión de toda su fuerza y madurez. El hombre que estaba ante él no era el teniente general. La decepción ensombreció su honesto rostro. Una voz dijo a su espalda:

—Vuestro carruaje está listo, monsieur Robert. —El caballero apartó la vista rápidamente de la figura del artesano y salió de la habitación. El criado le anunció ajean que monsieur De La Reynie iba a recibirlo. La conferencia de la mañana del lunes había concluido.

El hombre que aguardaba a Larcher no llevaba peluca; esta reposaba sobre la mesa ante él, junto a un tintero y papeles desparramados. Tenía un cráneo bien formado, cubierto de pelo gris muy corto; su rostro estaba surcado de arrugas. No era exactamente el semblante del grabado de Nanteuil, pero no había duda de que era el de Nicolas Gabriel de La Reynie. Este y su admirador más devoto se hallaron frente a frente, a uno y otro lado de la mesa taraceada de Boule. Larcher se armó de valor y contó su historia. La Reynie lo escuchó sin interrumpirlo.

—Así que pensáis que puedo recuperar vuestro dinero —dijo, cuando Jean hubo concluido.

—Si vos no podéis, ¿quién podría?

—El robo ha sido brutal.

—Monseñor, ha sido una afrenta a la policía.

La Reynie cogió una pluma y jugueteó con ella, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Por alguna razón, vuestro nombre no me resulta desconocido —dijo.

—He trabajado para monsieur Bultault, vuestro vecino, por así decir. He restaurado libros para él.

—Así que sois encuadernador —dijo pensativo La Reynie—. ¿Alguna vez publicáis libros?

—A un hombre le ha de bastar con dominar un solo oficio —respondió Jean.

—La suma que habéis mencionado es muy considerable.

—Monseñor, no os he dicho sino la verdad.

La Reynie dejó la pluma en la mesa y le hizo un gesto a un ayudante:

—¿Dónde está la carta que monsieur Robert me ha traído esta mañana?

—Pues, encima de vuestra mesa, señor.

La Reynie movió papeles de un lado a otro, levantó la peluca, encontró el documento que buscaba y se puso a leerlo con mucha atención. Entonces acercó otra hoja hacia sí, mojó la pluma en el tintero y escribió tres palabras. Mientras aguardaba a que se secara la tinta, se dirigió al ayudante. El hombre agachó la cabeza y La Reynie le habló al oído, de modo que Larcher no pudo oír una sola palabra. El asistente se inclinó y abandonó la habitación. La Reynie volvió a leer la carta que tenía delante, examinó la hoja de papel en la

que acababa de escribir y, con pesar, le pareció a Larcher, las dobló juntas y las puso a un lado. Larcher pensó que se había olvidado de él, pero entonces La Reynie levantó la vista y lo miró.

—Se hará por vos todo cuanto pueda la justicia —dijo con gravedad—. He mandado llamar a unos agentes del Châtelet. Os acompañarán a vuestro domicilio. Una vez allí, contadles cuanto me habéis referido. Esperemos que todo salga bien.

En la rue des Lions, Marianne cortó el repollo, peló las zanahorias, puso el puchero en el fuego. Simone, pegada a ella, charlaba sin parar. Marianne no le pidió a la chica que se fuera, porque cualquier distracción era bienvenida. Le sobrevenían escalofríos; se le pasaban para volver al rato. La mejor forma de evitar que le temblaran las manos era teniéndolas ocupadas. Ella no corría ningún riesgo, pero lo sentía por Jean.

—No puedo comprender cómo ha podido entrar nadie en ese cuarto —dijo Simone—. Tal vez viniera alguien ayer temprano y se escondiera debajo de la cama, o en la chimenea. Pero ¿por dónde podría haberse escapado, en tal caso? ¿Estaba abierta la ventana?

—La ventana estaba cerrada —dijo Marianne.

—No ha podido ser nadie del inmueble. Son todos gente honrada.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Marianne.

—Nunca se ha echado nada en falta hasta ahora.

—Siempre hay una primera vez.

—Bueno, pues entonces, ¿tú qué crees? ¿Qué le parece a Paul? ¿Dónde está Paul, por cierto?

—Camino de Auxerre. Se marchó el viernes.

—Todas las cosas pasan al mismo tiempo —dijo Simone.

En esas llegó Jean con dos policías. Los hizo pasar a la tienda y le pidió a su mujer que les sirviese una copa de vino.

—Ponme una a mí también —dijo. Sus ojos habían perdido la expresión desconcertada. Distaba mucho de estar animado, pero parecía haberse repuesto bastante.

El primer agente vaciló antes de aceptar la copa.

—Esto es muy irregular —dijo.

—Ha sido una caminata larga y calurosa —dijo Jean—, y yo me he

llevado un gran disgusto. Bebed. —No pudo resistirse a decirle a Marianne, según dejaba la copa vacía en la mesa—: Monsieur De La Reynie me ha asegurado en persona que se hará todo lo posible para ayudarnos.

—El lugar de los hechos es en el piso de arriba, según he creído entender —dijo el policía—. ¿Subimos?

—Primero os describiré la situación —dijo Jean.

Su exposición fue breve y precisa. Los policías parecieron satisfechos con ella. Se abrieron paso entre la muchedumbre que se había congregado rápidamente en el patio, y que los siguió hasta la escalera. Marianne abrió la puerta. El matrimonio Larcher y los dos agentes entraron en el cuarto. La policía cerró la puerta en las narices de los curiosos.

—Y ahora —dijo Jean—, os mostraré exactamente dónde y cómo estaba guardado el dinero.

Pero el funcionario acababa de desplegar los papeles que La Reynie le había confiado. Consultó con su compañero, quien entonces, en lugar de seguir ajean al dormitorio de delante, echó mano de un taburete, lo colocó ante el armario que había frente a la cama de Nicolas, se subió en él y empezó a rebuscar en las estanterías más altas. En cosa de un momento, dio con un paquete y lo pasó hacia abajo. El policía que sostenía los papeles los dobló sin cuidado y se los metió en el bolsillo. Cogió el paquete, que ya estaba rasgado, agrandó el roto y extrajo un panfleto sin encuadernar de formato *in duodécimo*. Larcher asistió a la escena con fastidio primero y luego con aprensión. Cuando el funcionario le tendió el panfleto y pudo leer el título, palideció. Ni la culpabilidad misma hubiese podido presentar mayor apariencia de haber sido sorprendida con las manos en la masa. Pese a todo, Larcher aún consiguió decir:

—Pero esto no tiene nada que ver con mi denuncia. Me han robado.

—¿Conocéis este panfleto?

—He oído hablar de él.

—¿Admitís que obra en vuestro poder?

—No admito tal cosa en absoluto.

—Entonces, ¿qué hace en vuestro armario?

—No lo sé.

—¿Quién duerme en este cuarto?

—Mi hijo.

—¿Y dónde está vuestro hijo?

—No lo sé. Está de viaje.

—¿Es posible que vuestro hijo haya dejado estos panfletos en vuestro armario?

—No —dijo Larcher.

—¿No existe ni la menor posibilidad? —dijo el funcionario con una ligera sonrisa.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo el policía más joven—. No nos corresponde juzgar el caso. Lo único que tenemos que hacer es detenerlo si encontramos los panfletos; y tenerlos, los tenemos.

—Pero ¿y mi dinero...? —dijo Jean.

—No viene al caso, por ahora. Amigo mío, estáis bajo arresto.

—Pero ¡eso es imposible! —dijo Jean.

Por toda respuesta, el policía se sacó los papeles del bolsillo, los desdobló, escogió uno y lo sostuvo para que Jean pudiera examinarlo: era la hoja en la que La Reynie había escrito tres palabras. Con los ojos de la mente, Larcher volvió a ver cómo levantaba la pluma después de escribir cada palabra. *Jean François Larcher*. Su nombre. Eso era todo. La orden de arresto había sido extendida de antemano y firmada en nombre del rey por su ministro.

—¡Marianne! —gritó Larcher.

Pero Marianne se había tapado la cara con las manos y no quiso mirarlo. Sabía, con tanta certeza como si hubiese presenciado la escena, quién había colocado los panfletos en la estantería, y le pareció que ese conocimiento tenía que notársele a las claras en el semblante.

Jean respiró hondo y se dio cuenta de que aún tenía el panfleto en la mano.

—*El fantasma de monsieur Scarron* —dijo en voz baja—; una aparición funesta. —Le devolvió el folleto al funcionario—. Se trata de un error —dijo con dignidad—. Todo esto se aclarará en el Châtelet. Muy bien. ¿A qué esperamos? Marianne, ocúpate de la tienda hasta que vuelva.

El policía más joven dijo entonces, sin pretender resultar amenazante, sino por pura bondad:

—Si le tenéis cariño, más vale que os despedáis de ella como Dios manda. Puede que tardéis en volver más de lo que pensáis.

Pero Larcher negó con la cabeza:

—Monsieur De La Reynie me ha prometido justicia y tengo plena confianza en él.

No obstante, cuando Marianne le acercó la mejilla a los labios, le dio un beso.

La industria del libro de Lyon y la de Ruán se hallaban bajo sospecha perpetua. Desde el principio mismo del reinado, ambas ciudades habían visto anotar en su contra una larga lista de delitos. Lyon, en particular, por estar tan cerca de la frontera, y Ruán, en tanto que ciudad portuaria y hogar en tiempos de numerosos hugonotes, resultaban sospechosas en todo momento, en líneas generales. En agosto, a raíz del arresto en Ruán de un modesto librero llamado Lebrun, monsieur de Pontchartrain dio orden de despachar allí a un investigador de la policía de París, quien habría de informar al presidente de la Berchère, la prisión real de la ciudad, y señalarle a todos aquellos librereros cuyas actividades resultasen poco claras.

Poco antes, a Pontchartrain se le había presentado la ocasión de escribirle al representante del soberano en Lyon una misiva que incluía un largo párrafo de reprimenda, en nombre del rey, por la laxitud que mostraba la policía lionesa con los impresores. La ocasión había consistido en el secuestro y destrucción de un libro titulado *Les intrigues galantes de la cour de France*. Había sido impreso en secreto en París, aunque la portadilla mencionaba como editor al mítico P. Marteau de Colonia. Había sido impreso en realidad en Lyon, sin privilegio ni permiso del rey. La carta estaba pensada para provocar el registro de todas las librerías sospechosas, así como la comprobación de cuantos artesanos de los oficios del libro se hubiesen trasladado a París en fechas recientes.

El examen de los libros de cuentas de Jean Larcher, confiscados después de su detención, no aportó ningún dato de interés, pero una carta hallada en el

bolsillo de la casaca que llevaba puesta fue enviada a Leclerc, el investigador de Ruán. Para el 11 de septiembre, el comisario De La Marre había señalado a La Reynie cierto número de sospechosos, en París y en las otras dos ciudades, y estaba listo para proceder a su arresto en cuanto recibiera la orden.

La Reynie leyó cuidadosamente su informe y luego le contestó, en sustancia, que lo que el *commissaire* le había comunicado era considerable, pero que había descuidado especificar con precisión de qué pruebas disponía, si escritas o de otro tipo, «en contra de los cómplices de las provincias así como en París». Si a su parecer las pruebas eran seguras, o pudieran resultar serlo tras ulteriores exámenes, el rey, a no dudarlo, se mostraría de acuerdo en hacer detener a los cómplices allí donde estuviesen, y trasladarlos a París para ser sometidos a juicio. Pero a La Reynie le parecía que la evidencia reunida por el comisario De La Marre era lamentablemente vaga. No obstante, no se podía permitir negarse a colaborar con el funcionario. Siempre podría surgir algo, incluso de sospechas tan imprecisas, y además la presión del rey seguía igual de fuerte que siempre: a través de Pontchartrain, hasta monsieur De La Reynie; a través de monsieur Robert del Châtelet, hasta el comisario De La Marre. El rey los tenía a todos controlados. De La Marre efectuó las detenciones.

El 23 de septiembre, desde Fontainebleau, el rey remitió a París un documento que relacionaba los nombres de los sospechosos y que depositaba toda la jurisdicción del proceso en manos de monsieur De La Reynie, desposeyendo de la suya a los restantes tribunales o jueces, y ello «a despecho de cualesquiera oposiciones o apelaciones en sentido contrario, tanto hechas a título individual como de otro modo».

Habiendo sido informado —rezaba la orden— de que las personas relacionadas a continuación: François Larcher, del gremio de encuadernadores, Pierre Rambault, del gremio de impresores, Jean Chavance, aprendiz de librero, Simon Vers, del gremio de impresores, y Charles Charon, buhonero, practicaban el comercio de toda suerte de libelos y libros prohibidos, habiendo impreso algunos de estos en nuestra buena ciudad de París, y hecho imprimir otros cuantos en Lyon, y que los vendían y distribuían en la mentada ciudad de París, así como

en las provincias e incluso fuera del reino, los hemos hecho arrestar y los tenemos prisioneros en nuestro castillo de Vincennes y en las cárceles del gran y pequeño Châtelet, y de For L'Evêque.

Monsieur Robert, al que la misma orden mandaba auxiliar de todas las formas posibles a monsieur De La Reynie en la organización de los juicios, escribió ese mismo 23 de septiembre una carta a monsieur le *commissaire* De La Marre:

Monsieur De La Reynie me hace el honor de destacar que debemos acelerar el examen de las pruebas del juicio contra Chavance y, para poder completarlo, debemos interrogar a la mujer de Larcher y, si ella hace alguna acusación, confrontarla; para ello preciso disponer de una orden que el secretario del tribunal no puede entregarme hasta que no esté ultimada la transcripción del atestado, a la que se halla dedicado. Os ruego por consiguiente, si es que aún no se ha hecho, que hagáis preparar una copia en limpio del atestado en cuestión, de forma que pueda disponer de la orden para mandarla mañana mismo.

Adjunto a esta una extensa carta de Chavance que contiene pruebas importantes. Podéis ir a ver a la viuda Robinel y pedirle, de parte de Chavance, que os dé su casaca, su ropa, un Luis de oro y las demás cosas que reclama. Podéis enseñarle esta carta, pero bajo ninguna circunstancia debéis dársela.

Concluido esto, se puso a trabajar en la selección de los siete magistrados que habrían de juzgar el caso, sujetos a la aprobación de La Reynie.

Los prisioneros eran alojados a costa del rey y de acuerdo con su posición social. Normalmente, el alojamiento de un artesano importaba quince sueldos diarios y en algunos casos solo diez. Lujos como un fuego, o comida mejor que la que proveían las autoridades carcelarias, podían ser pagados por el preso si disponía de algo de dinero. Que se lo mantuviera incomunicado o no dependía de la naturaleza de su delito, de la evidencia en su contra, o de los deseos del rey. En general, a los presos no se los trataba de forma inhumana. Los

prisioneros del rey eran tratados mejor que la mayoría.

El procedimiento cuando había un juicio de por medio —pero no siempre era necesario un juicio— consistía en empezar por levantar un atestado, especificando los hechos que se le imputaban al reo. Si la evidencia parecía incompleta, o el prisionero se negaba a aportar información, se recurría a la cuestión de tormento. Se colocaba la pierna del detenido entre dos pesados tablones, que se ataban con cadenas. Una vez apretadas estas lo más posible, se les insertaban cuñas por debajo, lo que las estrechaba aún más. Había ocho cuñas, no más, y muy a menudo no eran precisas más que dos o tres para persuadir al prisionero de que sería más prudente compartir la información que retenerla.

La cuestión de tormento era de dos clases: la que precedía a la sentencia y la posterior a esta. La teoría consistía en que, una vez sentenciado el reo, aún no pudiendo esperar ya librarse del castigo guardando silencio, podría desear ahorrarse sufrimientos inmediatos facilitando información que pudiera conducir a la condena de otros.

La inserción de las cuatro primeras cuñas era la llamada *question ordinaire*, y la de las cuatro últimas era la *question extraordinaire*. En comparación con la tortura empleada de forma corriente medio siglo antes, el procedimiento en su conjunto resultaba suave. Era considerado una rutina, y aunque La Reynie le había señalado al rey en más de una ocasión que la información obtenida a partir de la quinta cuña no era de fiar, el borceguí, o bota, como era conocido, seguía usándose a diario.

Marianne no sabía a qué prisión había sido conducido su marido. Sabía que se lo habían llevado en carruaje, pues lo había visto por la ventana. Eso significaba que iba como prisionero del rey. Ningún preso entraba en la Bastilla a pie, Marianne lo sabía, por lo que podía concluir que era ahí adónde lo habían llevado, aunque no era la única posibilidad.

Cuando bajó al patio, Simone y Jules la estaban esperando. Simone no creía que Jean fuese culpable.

—Jean, no —dijo, negando con la cabeza con lealtad—. Jean nunca habría puesto las manos en un libelo como ese. Alguna otra persona tuvo que

colocarlos ahí.

—Limpié ese armario nada más irse Nicolas —dijo Marianne—, y volví a limpiarlo el sábado. No había ningún panfleto, me consta.

—No sospecho de Nicolas —dijo Simone, atropelladamente—. ¡Ojalá estuviera aquí ahora para ayudarte!

—Si estuviese aquí —intervino Jules—, también lo arrestarían.

—¿De veras lo crees? —preguntó Simone—. Pues entonces, también Paul tiene suerte de haberse marchado.

—Paul puede ser arrestado, dondequiera que esté —dijo Jules—. Cuando estos se ponen a detener a la gente, no saben parar.

—Pero si Paul se fue del taller el viernes y salió hacia Auxerre el sábado temprano. Jean fue a despedirlo. Limpié ese armario el sábado por la tarde.

—No estoy acusándolo de nada —dijo Jules—, pero si fuera él, estaría preocupado.

—Deberías avisarlo —dijo Simone.

—¿Y cómo?

—Por si decidieran arrestarlo, es mucho mejor que no sepa nada de lo que aquí ha ocurrido —dijo Jules.

—No serán capaces de dar con él —dijo Marianne imprudentemente.

—Vaya, si deciden arrestarlo, pueden hacerlo en cualquier parada de la barcaza a lo largo del trayecto.

—Pero ¿cómo iban a saber...?

—Jean se lo dirá. No pienses que no lo interrogarán al respecto.

—Pero yo puedo exonerarlo.

—Sí, si aceptan tu testimonio. También podrías exonerar a tu marido.

—Ay, sí —dijo Simone—. Qué razón tienes, Jules, qué bien piensas.

—Pero sería mejor que hubiese habido alguien contigo cuando limpiaste el armario.

—¿Cómo iba yo a saberlo?

—¿No estaba yo contigo? —dijo Simone—. ¿No me presenté mientras estabas trabajando? ¿O eso fue la víspera? No, no, estoy segura de que estuve contigo.

—No estés tan segura, cabecita de chorlito —dijo Jules con una sonrisa—. La policía no es tonta.

—Pues entonces creerán a Marianne —dijo la muchacha—. Seguro que creerán a Jean.

—Jean está convencido de que se le hará justicia —dijo Marianne pausadamente.

—En tal caso, no deberíamos preocuparnos por Jean —dijo Simone—, ni tampoco por Paul.

—Yo no me preocuparía lo más mínimo por Paul —dijo Jules, con una extraña mirada a Marianne—, a menos que decidan mantener preso a Jean.

La policía volvió esa misma tarde y, tras incautarse de los libros de cuentas, cerró y precintó la puerta del taller de encuadernación. No podía llevarse a cabo ningún tipo de actividad comercial bajo el nombre de Larcher mientras siguiera siendo prisionero del rey. Los agentes informaron a Marianne de que sería interrogada a su debido tiempo, para lo que debía mantenerse a su disposición, y de que por ningún motivo podía abandonar la ciudad.

Nada de esto permitía suponer que Jean fuera a ser liberado pronto. Al día siguiente se presentó de nuevo el administrador de fincas, y le explicó a Marianne que el cobro de la renta quedaba en suspenso a la espera del juicio de Jean. El contrato de arrendamiento estaba a nombre de Larcher. Ni él ni su mujer podían ser desahuciados mientras no se resolviera el caso.

—Si es puesto en libertad —dijo el administrador, golpeando con el dedo la tapa de su tabaquera—, ya tendremos una pequeña charla para ampliar el plazo de pago. Si es condenado, tendremos que cobrarnos la deuda sobre su hacienda. —Marianne puso cara de desconcierto, por lo que el administrador se explicó—: De la venta del equipo, mobiliario y artículos personales.

—Pero es inocente —exclamó Marianne—. ¡Tienen que soltarlo! ¿A qué viene hablar de condena?

—Eso escapa a mi conocimiento —dijo el agente, con un gesto de la mano—. Lo único que os digo es que por el momento no tenéis necesidad de preocuparos por la renta.

Cada día de esa semana, Marianne esperó ser convocada, o bien ver aparecer

ajeán. Al final de la semana, no había ya nada de comer en la despensa y no quedaba dinero; ningún dinero. Con permiso de la policía, Marianne se dirigió al Bureau des Recommanderesses<sup>[31]</sup> en la rue de la Vannerie a pedir trabajo.

Estaba furiosa con Paul por dos motivos. En primer lugar, porque le había cogido ajeán mucho más dinero que la suma que habían acordado. No le había hecho prometer no tocar el resto del dinero, pero él sabía bien que Marianne no se consideraba con derecho a nada más que su dote. Se sentía traicionada. En segundo, porque había provocado la intervención de la policía contra ellos, en lugar de a su favor, como habían planeado.

¿Por qué lo habría hecho? Tenía que ser consciente de que se había colocado a sí mismo bajo sospecha, junto con Jean. La única explicación — tanto para la ocultación de los panfletos como para la sustracción de todo el dinero— que le pareció tener sentido se le presentó de pronto muy al principio de la semana, y *entonces deseó* que no se le hubiera ocurrido. Si Paul tenía intención de no volver nunca, ni tampoco de acudir a su cita en Fontainebleau, cuánta más confusión hubiera en la rue des Lions, mayores serían sus posibilidades de salir del reino a salvo. Marianne se dio cuenta entonces de que nunca se había fiado de él. No lo había amado por sus virtudes, sino porque no podía evitarlo. Lo más extraño de todo era que seguía amándolo. Sopesó con bastante frialdad las posibilidades de que la abandonara, ahora que se había apoderado del dinero, contra lo que recordaba de la desesperación y pasión que latían en su voz cuando había creído que la perdía. Y Marianne decidió que sí estaría en Fontainebleau el día 25. Lo cubriría de reproches, le exigiría explicaciones y luego lo olvidaría todo entre sus brazos.

Solicitó trabajo de ayudante de comadrona registrada o, en su defecto, de ama de llaves, pero no podía esperar a que hubiera una buena colocación. Tuvo que contentarse con lo que había disponible de inmediato. Aceptó sin rechistar un puesto de moza de cocina en una casa en la isla de Notre Dame. Estaba cerca de la tienda, lo cual resultaba conveniente, y no esperaba tener que trabajar mucho tiempo ahí.

Monsieur Fieubet, el dueño de la gran mansión que se alzaba en la esquina del muelle des Célestins y la rue du Petit-Musc, falleció en su residencia campestre. La entrada de la casa, que daba al muelle, fue adornada con colgaduras negras. Marianne las vio al volver del trabajo, junto con el escudo

de armas funerario. Aun sin haber visto en su vida al hombre al que rendían homenaje, lo consideró un mal presagio. Se persignó, y al hacerlo recordó de pronto que hacía mucho que no se había confesado. Se preguntó si sería verdad que el alma se marchita cuando se la priva de la sagrada forma. Podría serlo. Sentía que había cambiado. El pecado de su pasión por Paul Damas se le antojaba ahora menos real que la primera vez que lo acompañó a su cuarto. La gran realidad era su necesidad de volver a verlo.

Pasó la segunda semana y buena parte de la tercera. Faltaban dos días para su cita con él en Fontainebleau.

Simone, a la que veía con menos frecuencia desde que se había puesto a trabajar, la paró en el patio y le preguntó si tenía noticias.

—No hay noticias —respondió Marianne.

—Jules dice... —empezó a decir la muchacha, y se cortó.

—¿Qué es lo que dice?

—Pues dice que es muy raro que la policía siga sin interrogarte.

—A mí también me parece raro.

—Jules piensa que puede que hayan detenido a Paul. Y piensa... No puedo repetir todo lo que dijo, y además estoy segura de que se equivoca, y mucho.

No hubo forma de convencerla para que siguiera hablando, pero le echó los brazos al cuello a Marianne y la besó en la mejilla.

Esa noche, en la soledad de la gran cama, Marianne le dio menos vueltas a lo que habría podido decir Jules que al hecho de que Paul pudiese haber sido arrestado. Si le diesen tormento, Paul no sería capaz de aguantarlo; lo contaría todo, y lo ahorcarían por robo. Marianne tenía prohibido salir de la ciudad, pero la policía parecía haberse olvidado de ella. Tenía que acudir a su cita tanto si la convocaba la policía como si no. ¿Cómo si no iba a poder enterarse de qué había ocurrido con Paul?

El 24 de septiembre, el copista del Châtelet le hizo llegar a monsieur Robert el atestado que este había solicitado. A la caída de la noche, le llegó aviso a Marianne de que tenía que comparecer en el Châtelet temprano la mañana siguiente.

Obedeció la citación: el hábito de sumisión, el temor a las autoridades, estaban muy arraigados. En la antecámara, mientras aguardaba a que la llamaran, se dedicó a contar con los dedos cuántas horas faltaban para su cita.

Se dijo que si la policía no la retenía demasiado, le daría tiempo a llegar, y a la hora acordada.

Al cabo de unas horas, fue conducida a una habitación rectangular en algún lugar de las entrañas del Grand Châtelet, lejos de los torreones circulares, iluminada malamente por una sola ventana alta. El escribano y el examinador disponían de velas. Había un hogar en el que no ardía ningún fuego y una puerta justo enfrente de la que ella había franqueado; en un rincón vio un montón de leña: tablones, cadenas, y dos cubos de madera boca abajo. Si hubiese mirado con más detenimiento, también habría visto una pila de cuñas y una maza de madera.

—Esto no es un juicio —dijo su examinador—, ni yo soy juez. Podéis hablar con entera libertad. Hago preguntas por el bien del acusado tanto como por el de su majestad el rey. No se os escapará que, si el acusado es inocente, obrará en su beneficio que se sepa toda la verdad.

Su tono era amable, pero la habitación espantaba a Marianne. Se preguntó dónde estaría Jean y si lo podría ver. Empezó respondiendo a preguntas que había imaginado que le harían. Explicó cómo había limpiado dos veces el armario después de marcharse su hijo y que nunca había visto ejemplares del panfleto en la estantería.

El interrogador asintió, y entonces le preguntó:

—¿Habíais visto alguna vez un ejemplar de este panfleto?

—¿El fantasma de monsieur Scarron? Sí —respondió ella sin pensar.

—¿Y dónde lo visteis?

—Era un único ejemplar, señor. Me lo encontré.

—¿Dónde?

—En el arroyo, en el muelle de la Mégisserie.

—¿Y qué hicisteis con él?

—Lo quemé.

—¿Se lo mostrasteis a alguien? ¿No se lo enseñasteis a vuestro marido antes de quemarlo?

—No, señor.

—¿Y por qué lo quemasteis en vez de comunicárnoslo a nosotros?

—Tenía miedo, señor.

—Vuestro esposo afirma no haber visto nunca un ejemplar del folleto, y

sin embargo lo reconoció de inmediato.

—Pero, señor, es que nos habían advertido contra él.

—¿Advertido?

—Estaba en la lista.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el interrogador. Consultó los papeles que tenía delante, mientras Marianne se retorció las manos bajo el delantal, y luego prosiguió—: Voy a pedirlos que intentéis identificar a cuatro hombres. Si los habéis visto alguna vez, por brevemente que haya sido, debéis decirlo.

Se produjo una pausa, durante la cual Marianne intentó mantener la vista apartada del montón de leña del rincón. Si hubiesen cogido a Paul, necesitarían pedirle que lo identificara. Entonces hicieron pasar al primer hombre. Para alivio suyo, era un sujeto al que jamás había visto. Tampoco había visto nunca, que ella supiese, a los dos siguientes. Cuando el tercer hombre estuvo ante ella, le dio un ataque de tos tan fuerte que se dobló por la mitad. Los tres hombres tenían una cosa en común: todos cojeaban.

El examinador había abandonado su sitio tras la mesa y se había colocado donde podía ver simultáneamente el rostro de Marianne y el del hombre al que estaba siendo confrontada. No le hizo ninguna pregunta durante estas confrontaciones. Se limitó a apuntar sus respuestas y a indicarle con un gesto al carcelero que hiciera pasar al siguiente individuo.

El cuarto que entró era alto; cojeaba como los demás. Llevaba la cabeza descubierta, sus ropas estaban arrugadas y tenía barba de una semana. No obstante, era imposible no reconocer los rasgos largos y chupados, los ojos hundidos al resguardo de la frente huesuda, la ancha boca flanqueada por pronunciadas arrugas curvas, del impresor de Lyon amigo de Paul. Marianne lo había visto por última vez sentado a una mesa de una posada rural, con Paul a su lado, mientras la lluvia de verano caía a mares fuera. Él también la reconoció, pero no hizo el menor intento de saludarla. Sencillamente se quedó mirándola con sus ojos sorprendidos y honestos. Se lo llevaron cojeando antes de que el examinador hiciera la primera pregunta.

Marianne no pudo negar que ya lo había visto una vez anteriormente, pero ignoraba su nombre. Nada sabía acerca de él. Le parecía que debía de ser impresor «por sus manos». Solo era un hombre que había estado sentado enfrente de ella en una posada cierto día del pasado mes de agosto; no

recordaba el nombre de la posada. El interrogador solo le hizo una pregunta más:

—¿Os acompañaba vuestro marido ese día?

—No, estaba sola.

Poniendo los codos en la mesa, el examinador apoyó la cabeza en la mano de tal manera que los dedos le cubrieron la boca. Bajó la vista a sus papeles y Marianne no supo qué pensaba.

Al poco, se retiró la mano de la boca y dijo, como si estuviese conversando con ella y no sometiéndola a un interrogatorio:

—¿Os parece posible que el sujeto que acabáis de ver entrase en algún momento en el negocio de vuestro marido y colocase los panfletos dónde los hemos encontrado?

—Habría resultado difícil.

—¿Pero no imposible?

—Supongo que imposible no —admitió Marianne de mala gana—, pero...

—¿Pero? —la animó el examinador con el mismo tono desenfadado, casi amable.

—No creo que lo hiciese.

—¿Por qué no?

—Porque tiene la apariencia de un hombre honrado.

—Pero los hombres honrados a veces se arrojan privilegios sin permiso, como imprimir y distribuir libros insultando al rey. Olvidan que el rey es el ungido del Señor.

—Mi marido nunca lo ha olvidado —le respondió rápidamente Marianne.

—Sois leal a vuestro esposo, madame. Intentad hacer memoria ahora. Habéis declarado que aquel sábado por la tarde no había panfletos en el armario. Pero ¿no podíais estar equivocada? No visteis los panfletos, de acuerdo. Estaban bien envueltos. Y el paquete se parecía a cualquier otro paquete, de libros, de papel, de lo que se os antoje. Podría haber sido colocado ahí días antes, ¿no es cierto? Semanas o meses antes. No parecía estar fuera de sitio.

El examinador resultaba plausible y era amable; Marianne no deseaba ofenderlo. Asintió. Cayó en la cuenta demasiado tarde de adónde la encaminaba esa aquiescencia.

—Vuestro hijo Nicolas es un joven de ideas independientes, ¿no es así? Bien podría ser que tuviera amigos que se divirtieran a expensas del rey.

—Pero Nicolas... —empezó a decir Marianne, sin embargo, el interrogador siguió con suavidad:

—También estaba el ayudante de vuestro marido, que tenía frecuente acceso a las habitaciones del piso de arriba.

Se quedó helada al oír eso, pero el examinador, más interesado en intentar establecer un clima de confianza entre ellos que en sonsacarle información de la que ya disponía, abandonó esa línea de especulación.

—Hablemos de vuestro hijo. Tengo entendido que esperáis su regreso en breve. Tenemos razones para creer que ya no está en Francia. Pensamos que está en Inglaterra. ¿Os sorprende? En Ruán cayó en malas compañías que, al parecer, influyeron fuertemente en él. ¿No es posible que también en París tuviese compañeros a los que no conocíais? ¿O acaso sí conocíais a sus amigos?

Marianne lo miró con creciente desconcierto. El interrogador se inclinó, cruzando los brazos sobre la mesa ante él, y dijo:

—Lo que debéis entender es lo siguiente. Vuestro marido ha sido sometido a la cuestión de tormento, ordinaria y extraordinaria. No quiere decir nada. Insiste en atribuirse la responsabilidad entera de cuanto tiene que ver con su taller. A menos que nos dé el nombre de una persona que haya podido dejar los panfletos ahí, o a menos que vos nos ayudéis contándonos cuanto sepáis, no tendremos otra elección que asumir que vuestro marido es culpable. Y en tal caso, debo advertiroslo, le irá muy mal.

—¿Podríais enviarlo a prisión? —preguntó Marianne aterrorizada—. ¿Le confiscaríais la tienda?

—Sería mucho peor que eso.

—Pero ¡es un hombre honrado, señor! No merece tal castigo.

Pero monsieur Robert el joven ya había terminado con ella. No contestó. Le indicó que podía retirarse.

**M**arianne se quedó parada ante las puertas del Grand Châtelet, aturdida, tratando de pensar por dónde tenía que ir para llegar a la place de Grève. Era pleno día. Calculó que debía de ser algo después de mediodía, pero la larga espera, la penumbra de la estancia iluminada solo por velas, los tortuosos pasajes por donde la habían conducido de regreso al aire libre y a la luz del día, la habían dejado desprovista de la noción del tiempo o del sentido de la orientación. Siguió a las primeras personas que pasaron junto a ella y al poco se encontró acercándose al Gran Matadero. Dio media vuelta, volvió a pasar bajo el arco del Châtelet y cruzó la place de Grève.

El pavor que le había infundido la última advertencia de monsieur Robert y el espanto que le producía pensar que Jean había sido torturado le inspiraron otra idea en cuanto se sintió capaz de moverse libremente. Paul no había sido arrestado. Ni Nicolas ni Paul estaban en prisión. La esperanza de que Paul la estuviera aguardando entonces en Fontainebleau se convirtió en certeza. Marianne echó a correr para no perder la próxima barcaza, para no llegar con aún más retraso del que le constaba tener ya.

No pudo ir corriendo todo el camino hasta el Port Saint-Paul. Anduvo un trecho, hasta recobrar el resuello y luego volvió a correr otro poco, y a caminar otro tanto. No prestó ninguna atención a la gente con la que se fue cruzando. Como había hecho Paul, salió al muelle que daba al puerto por la me de la Mortellerie y vio que la barcaza seguía ahí, embarcando viajeros. Todavía no sabía exactamente qué hora era; no se atrevió a perder más tiempo pasando por la rue des Lions. Subió a bordo exactamente como Paul le había

dicho, con su ropa más humilde y sin nada de valor encima. En el bolsillo llevaba el poco dinero que había conseguido ahorrar de su jornal: podía pagar el viaje. Por costumbre, pensó en su cocina en la rue des Lions y en qué estado la había dejado. Por la mañana no había tenido tiempo de reavivar el fuego. Los carbones estaban cubiertos de cenizas: podía ser que aguantaran toda la tarde. No creía que siguieran encendidos por la mañana. Había quedado un poco de sopa en el puchero, que estaría echada a perder para el día siguiente. No había hecho la cama, ni tampoco había vaciado el orinal del dormitorio. Ninguna de estas cosas importaba. Marianne nunca volvería a ver las estancias de la rue des Lions.

Cuando se acercó a las puertas del castillo ya era media tarde. La rodeaba una muchedumbre festiva. También estaban allí los mendigos que habían seguido a la corte desde Versalles, igual que seguirían al rey a cualquier lugar para poder disfrutar de las sobras de sus cocinas. Y asimismo estaban los saltimbanquis, los buhoneros, los cantantes de baladas, toda la concurrencia del Pont Neuf. La rodeaba todo un guirigay de voces. De repente, muy cerca, oyó a un vendedor de pastelillos.

*Voici le plaisir, madame, voici le plaisir.*

La voz sonaba tan bronca como la primera vez que había oído con Paul ese mismo grito en la place de Grève, aunque podía no tratarse del mismo hombre. Todos los vendedores de pasteles tenían la voz tan ronca como los grajos.

*N'en mangez pas, madame, ça fait mourir.*

Marianne le dio la espalda. La muerte que pregonaba tan ásperamente no era la que amenazaría a Paul si Marianne obedecía al examinador del Châtelet, ni la que había hecho que hicieran los paramentos funerarios en el muelle des Célestins, pero su mera mención constituía un mal presagio, como las colgaduras de luto. O puede que sí fuese la misma. Amor, muerte, el amor que

es pecado mortal, la muerte del alma; ¿cómo podía distinguirlos? Tenía que encontrar a Paul. Entonces volvería a sentirse viva y podría pensar con mayor claridad.

Paul no estaba ante las puertas. Eso no sorprendió a Marianne. Ella misma no había sido puntual, aunque no hubiese sido culpa suya. Paul podía haberse alejado del lugar acordado por cualquier motivo, pero volvería. Estaba dispuesta a esperarlo.

Del otro lado de las puertas, los jardineros estaban rastrillando la gravilla. Gente como ella, gente corriente, atravesaba las puertas, hollaba la gravilla dirigiéndose al castillo y entraba en él. A su lado pasaban carros, carrozas y jinetes. La muchedumbre menguaba y crecía, caminaba a su lado, se detenía junto a ella, pero nadie le prestaba atención. Era como si fuese invisible.

Se alegró del respiro: había anhelado tanto a Paul que temía la emoción que pudiera sentir al verlo aparecer. Una vez que le pareció distinguirlo entre el gentío —tan solo un brazo y un hombro y parte de su rostro— se le paró el corazón para luego ponerse a latir con tanta fuerza que le dolió. La tarde fue pasando lentamente. Se empezó a sentir muy fatigada. No había comido nada en todo el día y llevaba mucho tiempo de pie, pero no se atrevía a alejarse de su puesto junto a las puertas, por miedo a no coincidir con él.

Oyó dar las horas en la capilla del castillo. Empezó a pensar que Paul no acudiría, o que tal vez se hubiese presentado a mediodía y luego se hubiese marchado para siempre.

Intentó recordar las palabras exactas de su interrogador. ¿Qué le había dicho exactamente que la había hecho sentirse tan segura de que Paul no había sido arrestado? Y mientras pensaba en eso, todo cuanto había sido dicho acerca del posible sino de Jean le volvió a la mente con tremenda fuerza. Jean había sido torturado y lo amenazaba un castigo mucho más severo que la prisión o la pérdida de su negocio. ¿Qué podía ser? ¿Las galeras? Parecía imposible que por un delito tan pequeño pudieran enviarlo a galeras. Era un hombre fuerte, pero no era joven; cinco años de galeras bastaban para matar a un hombre fuerte. Supondría su muerte. Fuera lo que fuese lo que se había propuesto Paul al dejar los panfletos, seguramente nunca habría pretendido eso.

Marianne sabía de sobra lo que debería hacer. El hombre del Châtelet se

lo había dejado bastante claro. Pero no podía traicionar a Paul. No había comprendido qué le estaban haciendo a Jean, pero ahora lo sabía, y si muriera en las galeras, sus padecimientos y su muerte pesarían sobre su alma todos los días de su vida, y también en la postrera. Paul, en cambio, que no podía saber qué había ocurrido, que no podía haber previsto tamaño desastre, no podía ser considerado ni medio responsable.

Su inicial enfado con Paul revivió, y también su primera sospecha. Paul le había traído toda esa desgracia. Nunca había pensado volver. Sin embargo, incluso furiosa sabía que si en ese momento saliera de la multitud y se dirigiera a ella, lo olvidaría todo. Se marcharía con él y se olvidaría del peligro que corría Jean. Aguardó, con la esperanza de que apareciera, hasta que llegó la hora de la partida de la última barcaza rumbo a París. Y solo entonces, porque sabía que tenía que ir a trabajar por la mañana en la isla de Notre Dame, se unió a los turistas rezagados que se dirigían al río.

La barcaza iba atestada. Marianne se sentó en cubierta, haciéndose un ovillo entre un sacerdote muy cansado, que se durmió de inmediato erguido en el asiento, y una familia de pequeños burgueses más prósperos que ella, pero más o menos de su misma clase. Estos habían apartado algo para hacer una merienda cena en el trayecto de vuelta a casa. Destaparon sus canastas y se pusieron a comer. Si Marianne se hubiese mostrado algo sociable, a no dudarlo la habrían invitado. Conversaban mucho entre ellos y habrían agradecido una voz más. Pero Marianne, a esas alturas, abandonada por Paul y habiendo abandonado ella a su vez a Jean, se sentía ajena a todo el género humano. Se le habría atravesado el pan en la garganta. No pudo evitar escuchar su charla, a partir de la cual se hizo una idea de cómo había sido su tarde.

Habían ido al castillo a primera hora del día. Habían visto volver de la caza no solo al rey, sino también a los jóvenes príncipes. El monarca había ido a cazar en carruaje junto con las princesas. Lo que resultaba bastante notable es que también habían visto llegar en un coche cerrado, con una única acompañante, a la misteriosa madame de Maintenon y se habían maravillado de la cantidad de chales y capuchas en que iba envuelta en un día tan cálido. Marianne, que había estado en Fontainebleau igual que ellos, no se había fijado en nada más que en una muchedumbre como la que podría haber visto en

el Pont Neuf. En su mente solo había sitio para una imagen, la de un joven delgado vistiendo casaca marrón y chaleco bermejo, con un talego gastado al hombro. Si lo hubiese visto, ya no tendría que tomar ninguna decisión. Para bien o para mal, ya habría decidido y no estaría sola. Ahora, en cambio, tendría que volver a darle vueltas en su mente a todo el problema. No podía apartarlo a un lado.

La solución más simple a su tormento era presentarse ante el hombre del Châtelet y contarle todo lo que sabía de Paul; el plan que habían trazado juntos; sus relaciones con él. Con eso quedaría libre su marido. Si Paul la había abandonado, a esas alturas ya debía de haber salido del país, bien lejos del alcance de la policía. Les llevaba tres semanas de ventaja. Si tal era el caso, que Marianne confesara no podría causarle gran perjuicio. Por lo que a ella se refería, podrían decidir colgarla por su participación en el plan. En ese momento, no le parecía algo tan temible. Nunca podría volver a vivir con Jean. Nunca más sería capaz de mirarlo a los ojos. Y si Paul la había abandonado, después de llevarla a aquella situación en la que había condenado su alma para siempre por su amor, ya no quería seguir viviendo. Si la colgaran, por lo menos moriría confesada. Pero no podía detener su razonamiento en ese punto.

Cada vez crecía más en ella la duda de si Paul habría sido arrestado. Jules tenía razón. La policía no era tonta, aunque sus actos eran impredecibles. Su examinador había mencionado a Paul, para luego alejarse del tema, como si supiese acerca de él mucho más de cuanto Marianne pudiera contarle. Ahora bien, la policía aún no sospechaba de ella, o no le hubiesen permitido salir libremente del Châtelet. Según su razonamiento, eso significaba que ni Jean ni Paul habían dicho nada en su contra. Si Paul estaba en la cárcel, entonces difícilmente podía acusarlo de haberla abandonado, y si ella confesara, sería tanto como ponerlo en manos del verdugo. Mientras había esperado reunirse con él en el lugar de la cita, ni se había planteado la posibilidad de traicionarlo, no importaba quién tuviera que padecer o cuánto. Solo si supiera que se hallaba a salvo se sentiría en libertad de denunciarlo. ¿Y cómo iba a poder saberlo? ¿Algún día le mandarían Paul acaso un mensaje desde Holanda, o desde España?

Paul le había dicho que Jean «sabía» lo suyo. «Lo sabe, y se niega a

admitirlo». Sumida en la miseria, la complacencia de Marianne se había evaporado. Se preguntaba cómo había podido atreverse nunca a creer que Jean no sabía que le estaba poniendo los cuernos. Era ella la que había estado ciega, no su marido. Jean sabía sumar dos más dos. «Que sea Jean quien nos denuncie. Que sea Jean quien denuncie a Paul; es responsabilidad de Jean, no mía», pensó Marianne, y agachó la cabeza entre las piernas, ocultando la cara.

A su lado, el padre de familia hizo un comentario procaz sobre madame de Maintenon que suscitó una carcajada de su suegra y una protesta de su esposa.

—No uses esa palabra —dijo la mujer—. No debes llamarla eso. Es una buena mujer, muy caritativa, lo sabe todo el mundo.

El marido se rio y canturreó un trozo de una balada:

—*La Maintenon, tra la lá, Sigue mandando a la guerra a nuestro Luis. Se me ha estropeado la rima* —interpoló—. *Pone firme a su majestad, y nos mantiene a todos en la pobreza.*

—Eso es muy injusto por tu parte —dijo la esposa—, cuando acabas de tomarte una estupenda botella de vino, y un capón tan tierno como los que le sirven al rey, y has pasado un día muy agradable en conjunto.

Siguieron intercambiando chanzas, pero Marianne ya no prestó atención; tenía otras cosas de que acordarse. En cierta ocasión, Paul le había dicho: «¿Eres una puta, no es cierto?». ¡Ese Paul! ¡Si pudiera aprender a odiarlo!

Recordó asimismo que el *abbé* Têtu era amigo de madame de Maintenon, y el recuerdo le ofreció una escapatoria a su atribulada mente. Todo el jaleo con los panfletos tenía su origen en madame de Maintenon. Marianne subió la escalera en el Port Saint-Paul con una fatiga inmensa, pero con resolución renovada. Antes de seguir pensando más en su problema, iría a visitar al abate.

Abrió la puerta de su cocina fría, diciéndose a sí misma: «Mañana iré a hablar con el abate». Pero después de beber un vaso de agua y lavarse la cara, se sintió demasiado inquieta para conciliar el sueño. Se quitó la cofia y empezó a peinarse el cabello ante el espejo de marco de cobre, en el que vio reflejado un rostro borroso, el de una extraña. Se arregló lo mejor que pudo. Se frotó las mejillas, intentando devolverle a su tez un poco de color, y luego dio la vuelta a la esquina y se dirigió a la rue Neuve Saint-Paul.

**L**a tarde del 25 de septiembre, Jacques Têtu sufría una fuerte migraña. Había pensado asistir a completas en la catedral; en su lugar, asistió a vísperas en Saint-Paul, que estaba muy cerca de su residencia. De regreso del oficio, rechazó la cena que su ama de llaves le había preparado; se tomó una dosis de láudano y se sentó delante de la lumbre a esperar que le hicieran efecto las gotas. Cuando le anunciaron la visita de la mujer del encuadernador de la rue des Lions, al pronto no consiguió recordarla, tanto por el dolor como por el efecto del opio. Nunca había vuelto a la tienda, y su recuerdo de la tarde que pasó allí se había convertido más o menos en una reminiscencia de haber leído, o recitado, los versos de madame Deshoulières. Había quedado muy complacido con el libro que le habían encuadernado; recordaba el nombre de Larcher, y puesto que su ama de llaves afirmó que la mujer parecía estar muy angustiada, dijo que la recibiría.

Cuando Marianne entró, recogió las largas piernas y se levantó a saludarla, con desacostumbrada cortesía. Había estado sentado sin velas. La luz de la tarde, filtrada por pequeños paneles de cristal tintado de verde pálido y amatista, iluminaba tenuemente la estancia. Examinando a Marianne con detenimiento, Têtu reconoció los rasgos de una mujer pequeña, que ocasionalmente le había sonreído y hecho una reverencia en la calle, salutación que lo había complacido aún no sabiendo bien quién era ella. Le había parecido joven y dichosa y había disfrutado de su felicidad como de una fragancia al pasar. Había cambiado, y mucho.

—¿En qué puedo seros de ayuda, madame? —le preguntó. La voz era

como Marianne la recordaba, grave y melodiosa. Su cortesía la conmovió. No se le ocurría por dónde empezar y, mientras buscaba las palabras, el abate prosiguió—: ¿Os debo algún dinero? Me estoy volviendo cada vez más olvidadizo, lamento decirlo. Si os debo dinero, es problema fácilmente resuelto. —Había intuido que no se trataba de eso, pero siguió hablando, dándole a Marianne tiempo de recomponerse—. Es por mi antigua aflicción, madame. No duermo. A la larga, la falta de sueño acaba afectando a la mente. Descuido muchas cosas. Debéis perdonarme si he descuidado mis asuntos en algo tocante a vuestro marido o a vuestro negocio.

—La tienda está cerrada, monsieur *Yabbé*.

—Lamento oírlo. ¿Por los malos tiempos que corren?

—Ha sido la policía.

El abate juntó las cejas de color de arena e inclinó la cabeza con sorpresa e incredulidad. Se agarró las manos por detrás de la espalda y, al hacerlo, levantó los hombros, pareciendo más alto y estrecho de lo que era en realidad.

—Extrañas nuevas —dijo, y aguardó a que Marianne se explicara.

No había oído nada acerca del arresto de Larcher. Fue necesario contarle toda la historia desde el principio y, una vez hecho esto, hubo que describirle el panfleto. Esto último pareció afectarlo tanto o más que la afirmación de Marianne de que Jean Larcher era prisionero del rey y corría peligro de ser condenado a galeras.

Têtu se dio la vuelta y, con las manos aún a la espalda y la frente inclinada, empezó a dar vueltas por la habitación, negando con la cabeza de vez en cuando, mascullando entre dientes expresiones de desaliento.

—Infamia —lo oyó decir Marianne cuando se acercó a ella, solo para darse la vuelta de nuevo. Y luego otra vez—: Infamia.

Por último, se detuvo delante de ella y, meneando la cabeza con severidad y tristeza, dijo:

—Lamento muy de veras que vuestro marido esté implicado en este asunto. Si es culpable, merece las galeras.

—Conocéis su reputación, señor abate. Sabéis que no está en su carácter difamar a su majestad.

—El carácter de un hombre ha de ser juzgado por sus obras y no al contrario. Uno ha de tener conocimiento de las acciones de una persona antes

de poder estar seguro de su carácter.

—En toda su vida... —empezó a decir Marianne, para luego, alzando las manos juntas en plegaria hasta su barbilla, exclamar—: Os imploro que creáis que Jean nada tuvo que ver con ese maligno panfleto.

El abate padecía un tic que, en momentos de gran emoción o fatiga, tiraba de la comisura de sus labios tan violentamente hacia la oreja que parecía hacérsele pedazos todo el rostro. Sus amigos estaban muy acostumbrados a este defecto. Le afectó en ese momento, y Marianne, que no estaba preparada para eso, se quedó aterrorizada. Cuando se llevó las manos entrelazadas a la boca, el abate vio en su miedo el efecto de su mueca. Extendió las manos con gesto de desesperación. Luego, bruscamente, le dio la espalda. Se acercó hasta la ventana y se quedó mirando el jardín a través de los cristales tintados. No conseguía controlar el tic. Al cabo de un rato, todavía de espaldas a Marianne, dijo:

—Vamos a asumir, madame, que estoy de acuerdo con vos; que vuestro marido es inocente. ¿Qué puedo hacer para ayudaros? Nada. No sois plenamente consciente de la iniquidad de ese panfleto. No solo es blasfemo, ofende al rey en su afecto mejor y más profundo. Ultraja a una dama que no ha cometido el menor delito, a una grande y bondadosa mujer que no es merecedora de ninguna difamación. Es comprensible que la policía se esfuerce en castigar tal hecho.

—¡Ah, monsieur *l'abbé*! —suplicó Marianne—. ¡Si pudierais interceder por Jean ante alguien por encima de la policía!

El abate se volvió y, ocultándose la mejilla con la mano, la miró fijamente con sorpresa.

—Mi querida niña, no tengo ninguna influencia sobre el rey. —Su tono se volvió amargo—. No soy ningún Père Lachaise. El soberano no me ha estimado lo suficiente como para hacerme obispo. No puedo presumir de ofrecerle guía espiritual.

—Si apelarais a madame de Maintenon, ella podría hablar con él. ¿No es cierto que sois uno de sus amigos?

—Sí, lo es —respondió amablemente el abate.

Se sentó donde había estado reposando cuando se presentó Marianne. Se encontraba muy cansado en ese momento, y también dolorido. El dolor se

había vuelto menos intenso, pero su fatiga había aumentado, consecuencia de la relajación gradual inducida por la droga. Se sentía confuso. La amargura de su vieja aspiración al obispado empezó a tomar posesión de su mente, haciendo a un lado un sentimiento más noble, su compasión por aquella esposa de artesano, eclipsando incluso su indignación por el insulto hecho a madame de Maintenon. Luchó contra ella. El tic seguía atormentándolo. Se llevó la mano a la cara y trató de concentrarse en la idea de madame de Maintenon.

—Conozco a Françoise d’Aubigné desde que era una jovencita —dijo con una voz remota, que iba apagándose—, cuando su fortuna y posición social eran muy inferiores a las que ahora disfruta. La he visto en una sociedad que ponía a prueba la virtud de cualquier mujer, y he comprobado que se ha comportado no solo virtuosamente, sino con discreción. He recibido alguna que otra indicación de que sigue teniéndome en gran estima, aunque cuando nos vemos, cosa que no ha ocurrido demasiado a menudo estos últimos tiempos, caemos en nuestro viejo hábito de intercambiar chanzas, y nada hablamos de doctrina, o política u otros asuntos serios. Pero mantenemos correspondencia sobre ellos. No, no veo que pueda hacer ningún daño rogarle que intervenga por el bien de vuestro esposo. Si él es inocente y la policía no consigue descubrir la verdad, entonces tendremos que recurrir a la simple bondad.

Habló tan bajito que Marianne a duras penas consiguió oírle.

—Le escribiré —concluyó en un tono de voz más fuerte—. Le escribiré ahora mismo.

Marianne cayó de rodillas junto a la butaca del abate y, cogiendo la mano larga y huesuda que reposaba sobre el brazo de la butaca, la besó con gratitud. Tenía la piel delicada y suave, la piel de un anciano. Él retiró la mano sin mostrarse embarazado.

—Cuando salgáis, hija mía —dijo—, tened la bondad de decirle a mi ama de llaves que traiga las velas. Y otra cosa. —Rebuscó con un largo dedo en el bolsillo de su sotana y sacó una moneda de oro—. Tomad esto.

—No os he pedido limosna, señor abate.

—No importa. Tomadlo, por favor. Consideradlo un préstamo. Me complaceríais.

Dejó caer la mano protectora de su rostro y fue capaz de sonreírle con una

expresión de singular dulzura.

Después de marcharse Marianne, el abate permaneció sentado largo rato, contemplando el fuego. Las ventanas se oscurecieron. Las llamas de las velas convirtieron los cristales en espejos. En la chimenea, pequeñas llamas trepaban como la hiedra por entre las ramas de un haz nuevo. El abate las miraba, resultaban hipnóticas, como la droga que había tomado, y se sentía hundirse en una cálida inercia. Estaba completamente despierto, pero el dolor que notaba agazapado detrás de los ojos había desaparecido. Quizás fuera capaz de moverse, aunque el movimiento le habría exigido un esfuerzo considerable. Era un placer sentirse incapaz de moverse, como si estuviera disociado de su cuerpo: libre la mente, el cuerpo en reposo. Ese último invierno había triplicado la dosis de láudano con la que había empezado, y aun así seguía sin poder dormir. Pero su estado presente era mejor que el sueño. Podía pensar; por encima de todo, podía recordar, y las imágenes que convocaba su memoria eran maravillosamente precisas.

Iniciaría su carta a madame de Maintenon con una protesta contra el panfleto difamatorio, y luego alabaría su bondad. La bondad era real. El abate podía recordar una infinidad de ejemplos. Lo que más admiraba en ella era la ternura de su corazón. No resultaría una epístola difícil de redactar, pero debido a las circunstancias, no podría escribirla esa noche. Lo haría por la mañana, cuando tuviera despejada la cabeza.

Entre tanto, siguió sentado con las largas piernas estiradas hacia el fuego, las manos relajadas sobre los brazos de la butaca, dando cabezadas. No conseguía acordarse de cuándo conoció a Françoise d'Aubigné. El primer recuerdo claro que tenía de ella era, desde luego, posterior a su boda con Scarron, y en los primeros tiempos de su matrimonio, porque la recordaba con un vestido de tafetán amarillo, color que realzaba a la perfección sus cabellos y ojos oscuros. Tenía la piel cálida y suave, muy blanca, cosa infrecuente en una mujer de cabello y ojos tan oscuros, y resplandeciente de juventud. Se ruborizaba con facilidad; resultaba maravilloso ver cómo el intenso tono rojo la invadía, subiendo desde el blanco pecho hasta la cara. Era la única forma en que había dejado traslucir su embarazo ante la conversación o los modales de las amistades de su marido.

El abate Têtu había llegado a conocerla mejor en la época en que ambos

frecuentaban el palacio D'Albret, donde la conversación era apenas menos libertina que en casa de Scarron. Françoise d'Aubigné nunca había vuelto a vestir colores después de la muerte de su esposo, pero su ingenio había permanecido brillante y su compostura sin parangón; sin embargo, solo era una chiquilla. Tuvo ocasión de conocerla a fondo en compañía de madame de Sévigné y madame de Coulanges. Cenando en casa de madame de Coulanges —monsieur de Coulanges, incorregible azotacalles, se ausentaba a menudo—, con la rubia marquesa a un lado y la ojinegra madame Scarron al otro, era cuando el abate se había hallado en la compañía que más había disfrutado. Por entonces, ella era todavía madame Scarron, aunque ya se había convertido en institutriz de los hijos bastardos del rey, porque el abate recordaba bien una velada en la que había cenado con las tres damas, para luego acompañarlas en coche hasta aquella casa del camino a Vaugirard donde madame Scarron vivía con sus reales pupilos. Habían dejado allí a madame Scarron y luego vuelto a la rue des Tournelles, donde por entonces residían los Coulanges, y durante todo el trayecto habían fluido agudezas y cumplidos, había reinado un ágil intercambio de ideas y sentimientos y se le habían prodigado aplausos por su erudición, esa que tan a menudo había desperdiciado con compañías menos cultivadas. Una velada memorable, en verdad.

Durante todo el camino de vuelta, madame de Sévigné había elogiado a su amiga, alegrándose de su buena fortuna. El carruaje entonces era el de madame de Sévigné, pero madame Scarron también tuvo uno propio al poco. Luego fue conocida como madame de Maintenon; ahora era la esposa del rey. El abate Têtu estaba tan seguro de eso como si hubiese visto con sus propios ojos el contrato nupcial. En toda esta mudanza de fortuna, había permanecido leal a sus viejos amigos. Estos habían conservado asimismo su devoción por ella, aunque ahora se vieran en contadas ocasiones. «¿Y cómo habríamos de vernos? —pensó Têtu—. Nunca se separa del rey, y yo al rey le desagrado».

La mujer del encuadernador no se le había ido por completo de la cabeza, por lo que el recuerdo de la antipatía que el monarca sentía por él le advirtió de que le convendría revisar la carta que planeaba. Por el bien de Larcher, resultaría inteligente que madame de Maintenon, al hacer su petición, omitiera el nombre de Jacques Têtu. Estuvo sopesando un rato cómo le podría formular esta advertencia a la dama sin implicar una crítica al rey, o que pareciera que

le daba más importancia de la debida a su propia decepción. Su estado mental, que no lo dejaba dormir, tampoco le permitía pensar coherentemente muy seguido.

Su atención se deslizó de la carta a su antiguo agravio. El abate no sabía si el rey había podido dejarse afectar por los chismorreos con ocasión de aquel desagradable asunto con el duque de Richelieu, o si su majestad sencillamente era incapaz de apreciar las virtudes de un estilo literario erudito. El abate había sido expulsado del palacio D'Albret por Richelieu, hombre extraordinariamente celoso, y se había visto censurado por el monarca. Este, un hombre cuyos galanteos habían resultado tan excesivos como reales, había condenado a un hombre que meramente había practicado las formas de la galantería, y eso en contadas ocasiones. Los gustos literarios del rey eran deplorables. Apreciaba a Racine. Bueno, por lo que a eso hacía, también madame de Maintenon. El abate contaba con amigos y había conocido algunos triunfos. Miembro de la Académie desde 1665, con el *Fauteuil número 27*, había gozado de una reputación bien establecida mucho antes de la admisión de Boileau-Despréaux o La Fontaine. Más les valía recordarlo.

Se había encontrado con La Fontaine en la calle hacía poco. Se advertían en él las marcas de la enfermedad y de la vejez. Por lo que decía la gente, se había vuelto extraordinariamente devoto. También se contaba que Despréaux se había vuelto tan sordo que ya no aparecía nunca por la corte.

El abate se movió un poco sobre sus delgadas caderas. Sus labios se movieron, pero no salió ninguna palabra de ellos. Pensó en madame de Coulanges, padeciendo su continuo cólico y atormentándose con los remedios de un medicastro italiano, y en madame de Sévigné y sus reumatismos. Se acordó del hombro neurálgico de Françoise de Sévigné y de sus jaquecas, similares —aunque no idénticas— a las suyas. Todos ellos, sus viejos amigos y él mismo, llevaban la impronta del tiempo. ¿Cómo había ocurrido? Se había mantenido ocupado con sus escritos, sus devociones, sus amistades, y de repente se había encontrado viejo, y a toda su generación con él. Era como si hubiesen hecho un truco de magia mientras tenía vuelta la espalda un instante. Madame Deshoulières y madame de Lafayette ya habían desaparecido. Sería afortunado si pudiera seguir sus pasos antes de que se le deshiciera la mente, como parecía estar ocurriéndole en ese momento, en ese duermevela en el que

resultaba tan difícil distinguir entre el pasado y el presente. Tenía que sobreponerse. Por la mañana, tenía que escribirle a madame de Maintenon.

La mañana siguiente, que era domingo, el abate se acordó de su resolución, pero se vio demorado a la hora de llevarla a la práctica. Entre la hora de la primera misa y el almuerzo, recibió otra visita, la del abogado Antoine Bruneau. Era este un hombre que, apenas dos años antes, no era más que un *huissier en* el Grand Châtelet. Ahora tenía contactos en el Parlamento de París. Desde que había alcanzado el privilegio de vestir la toga roja en lugar de la negra, aspiraba a más. Nunca había sido de esas personas que descuidan las formalidades y cortesías mediante las cuales es posible conseguir que los superiores sean conscientes de la existencia de uno, así como de su más obsequioso deseo de serles de utilidad. A la larga, llegó a ser *avocat au Parlement*. Ahora ponía buen cuidado en visitar a todas aquellas personas que pudieran ayudarlo a seguir subiendo.

Ese 26 de septiembre pasó a presentar sus respetos a monsieur Pinon en la rue des Lions. Luego visitó al *président du Grand Conseil*, monsieur Feydeau de Brou, en la rue Neuve Saint-Paul, y por último, ya que prácticamente estaba ante la puerta del abate, decidió que cumplimentar a Jacques Têtu no estaría de más. Pese a su reputación de excéntrico, el abate era bienvenido en casas en las que Antoine Bruneau daría lo que fuera por ser recibido.

El abate lo recibió con cortesía despistada. Se encontraba en el estado de depresión que seguía invariablemente al consumo del láudano. En esos momentos le parecía que el alivio de las gotas apenas compensaba las secuelas de abatimiento. Al mismo tiempo, era consciente de que cuando retornara la migraña, o el dilatado insomnio volviera a tenerlo en sus garras, recurriría nuevamente al pequeño frasco, y saberlo no acrecentaba su autoestima. Además, a la luz del día le había resultado más difícil creer que la carta que tenía intención de escribir pudiera servir de gran ayuda a la causa del encuadernador.

Esta duda no le fue de ninguna ayuda cuando empezó a formular las frases con las que iba a introducir el asunto. Dejó a un lado la pluma, con la punta aún seca, y se sentó cerca de la ventana, donde podía mirar el jardín mientras

su visitante hablaba.

Antoine Bruneau comentó una cosa y otra con voz monocorde. Ese hombre sin gracia, obsequioso y servil, estaba bien informado. En el *Palais de Justice* conseguía imponer su presencia en grupos en los que no tenía nada que hacer. Su método consistía en ofrecer noticias a cambio de noticias. En ocasiones se enteraba de más cosas de que las que contaba. Eso era un beneficio, según lo consideraba.

El abate lo escuchó distraídamente primero y con aburrimiento intenso después, hasta que cayó en la cuenta, repentinamente, de que ese individuo estaba relacionado con los tribunales de justicia, y le hizo una pregunta tentativa sobre el asunto que más ocupaba su mente. El abogado apoyó las palmas de las manos en las rodillas y respondió con gran seguridad que había oído todo lo que se podía oír acerca del *libelle sanglant* en contra del rey y madame de Maintenon y los juicios con él relacionados.

—¿Podéis decirme —preguntó el abate con una reticencia que resultaba todo lo opuesto a la seguridad de Bruneau—, cómo es probable que se resuelva el caso para las personas imputadas?

—Ante todo, puedo deciros que el Parlamento no va a ocuparse más del asunto. Antes de que hubiera transcurrido una semana, en el Châtelet se recibió una orden por la que se ponía todo el caso en manos de monsieur De La Reynie, apartándolo así de forma efectiva de cualquier posibilidad de clemencia del Parlamento.

—Eso es inusual, ¿no es así?

Bruneau levantó una mano, quitándole importancia a la cosa.

—Monsieur De La Reynie siempre ha actuado en nombre del rey en los casos de libelo.

—Habéis mencionado la posible clemencia del Parlamento.

De nuevo la mano, quitando importancia, y un encogimiento de hombros por parte de Bruneau.

—El Parlamento actúa en nombre de la ciudad de París. Garantiza la justicia para sus ciudadanos. Los representantes de los gremios, por ejemplo, pueden conseguir que se escuchen sus quejas. Mientras que La Reynie es una marioneta del rey, y a través de él se dará exactamente la clemencia que el soberano desee.

El abate asintió, pensativo. Bruneau continuó:

—Debéis entender que, aunque lo llame marioneta, siento el mayor de los respetos por La Reynie. No obstante, existe cierta facción envidiosa en el Parlamento que se siente agraviada por verse desposeída de su autoridad.

—¿Y en cuanto al asunto de la clemencia? —apuntó el abate.

—El caso no admite clemencia alguna. Habría sido juzgado de la forma adecuada por el Parlamento. No somos insensibles a la blasfemia.

—Pero en caso de que uno o incluso varios de los acusados fueran inocentes... —apuntó suavemente el abate.

—Se les haría justicia. ¿Tenéis algún interés particular en el caso, monsieur *l'abbé*?

El abate admitió que así era y que estaba preocupado por un vecino del barrio, hombre de buena reputación.

—¿Lo creéis inocente?

—Francamente, sí.

—Pues entonces, señor abate, si yo fuera vos, dejaría de inquietarme por él. Porque por mucho que se haya podido decir en contra de monsieur De La Reynie, nunca se ha dicho que sea ni incompetente ni impetuoso. Es la encarnación misma de la justicia. Si vuestro hombre es inocente, creedme, no padecerá.

—¿Se dicen cosas entonces acerca de monsieur De La Reynie?

—Solo que su poder mina el del Parlamento. Como bien sabéis, entre el rey y ciertos elementos poderosos de la capital han surgido, llamémoslas diferencias. No me interpretéis mal, os lo ruego. Estoy enteramente entregado a nuestro monarca. Tan por completo como vos mismo. Como dijo el gran Bossuet: «*Oh, Reyes, lleváis sobre vuestra frente un carácter divino*»<sup>[32]</sup>.

El abate inclinó la cabeza, manifestando su acuerdo, y el abogado, pensando que había causado buena impresión con la cita, y queriendo reforzarla, añadió:

—La manera más eficaz de ayudar a vuestro hombre, si tan preocupado estáis por él, es dirigiros directamente al rey.

—Vuestra sugerencia es interesante, pero no resulta práctica —replicó el abate con extrema frialdad.

Bruneau sabía cuándo lo echaban; lo habían expulsado demasiadas veces a

lo largo de su inoportuna carrera para no reconocer el tono. Se levantó y procedió a ejecutar de forma maquinal los discursos y saluciones de su ceremoniosa despedida. Había dado un traspie justo cuando pensaba que lo estaba haciendo tan bien. No podía comprender en qué se había equivocado.

Dejó al abate sumido en un estado de profunda amargura. «Soy un sacerdote. ¿Por qué habría de inmiscuirme en los asuntos de La Reynie?». Pero la causa de su amargura era mucho más honda. No podía soportar que le recordaran, aunque fuese un necio que no sabía lo que decía, que el rey nada quería saber de él. Reavivaba el viejo enfrentamiento entre su vanidad y la humildad que le debía a su Dios, y estando tan deprimido, la lucha fue perjudicial para su humildad.

**A**l cabo de la semana, el abate seguía sin escribir la carta. Tampoco había descartado por completo la idea de escribirla. Había hecho una promesa, y aunque había razones más que sobradas por las que podría haberse sentido liberado de la misma, las que había conseguido reunir no resultaban, a ojos de su escrupulosa mente, suficientes.

Llegó octubre con tiempo dorado y sereno, la atmósfera suavizada por unos aguaceros fugaces que dejaron en el suelo, secándose al sol, las hojas amarillas. Madame de Maintenon le había pedido a Racine un cántico para sus muchachas de Saint-Cyr. La tarde del viernes primero de octubre, Racine leyó en voz alta ante el rey y madame de Maintenon las paráfrasis de san Pablo que había escrito para ella ese mismo día:

*Mon Dieu, quelle guerre cruelle!  
Je trouve deux hommes en moi:  
L'un veut que plein d'amour pour Toi  
Je Te sois sans cesse fidèle;  
L'autre, à Tes volontés rebelle,  
Me soulève contre Ta loi<sup>[33]</sup>.*

*¡Dios mío, qué cruel guerra!*

*Hallo dos hombres en mí:  
Uno me ruega que Te adore.  
Y Te sea siempre fiel;  
El otro, a Tu voluntad rebelde,  
Me subleva contra Ti.*

Las manos descansando en el regazo, la cabeza envuelta en linón negro apoyada en el respaldo de damasco rojo de su silla, madame de Maintenon escuchó atentamente y manifestó su aprobación de los versos. El rey hizo aún más. Se pasó la mano por los ojos, como enjugándose unas lágrimas, y profundamente conmovido, dijo:

—Ay, esos dos hombres, qué bien los conozco.

Racine no podía haber aspirado a mayor recompensa.

Madame de Maintenon le rogó que entregara sus versos al compositor esa misma noche, para que monsieur Moreau pudiera ponerse a escribir la música de inmediato. Moreau se aplicó a la tarea: el sábado por la tarde, la música estaba lista. El sillón de orejas de madame de Maintenon fue trasladado nuevamente de sus apartamentos a la estancia del rey y colocado junto a la cabecera de la cama. Seis lacayos trajeron el clavicordio. Se congregaron los músicos: dos violinistas, dos flautistas, un violonchelista y cuatro cantantes de la Opera de París. Por último, se presentó Jean Baptiste Moreau con la partitura en la mano.

Esa mañana, el pie gotoso del rey había amanecido demasiado hinchado para poder apoyarse en él. Guardó cama, pues. El soberano y la corte estaban de luto, en primer lugar por la hija pequeña del duque del Maine, que había fallecido de dos semanas, y luego por el hermano de la reina de Inglaterra. El rey de Inglaterra se había retirado al monasterio de La Trappe y la reina al convento en Chaillot. Se habían cancelado los festejos en Fontainebleau, pero un *concert spirituel* no resultaba inapropiado. Dieron las tres de la tarde.

—¿Dónde está Racine? —preguntó el rey.

Nadie pudo darle razón. Moreau soltó un pequeño discurso sobre las imperfecciones de su obra, la prisa con la que había sido compuesta, y la

esperanza que ponía en que el rey y la señora lo ayudaran a mejorarla con sus críticas. Los músicos se dispusieron alrededor del clavicordio. Bontemps cerró la puerta de la antecámara.

—Pero ¿dónde está Racine? —repitió el rey—. ¿Qué os parece, señora? Racine nos está haciendo esperar. Esto dará lugar a un párrafo en su historia.

Racine estaba en el parque. Después de cenar frugalmente, se había dejado seducir por la templada luz del sol y había salido a pasear, alejándose cada vez más, entre los plátanos y las apacibles aguas del canal.

El cronista del rey, el poeta de madame de Maintenon, deseaba poder encontrarse en su casa con su mujer y sus hijos, o en Auteuil con su amigo Boileau. En un día como ese, el jardín de Auteuil rozaría la perfección. Tenía que escribirle a Boileau al día siguiente para mandarle una copia de sus paráfrasis. Le pediría una crítica, no porque desconfiase de su propio juicio, ni porque Despréaux, aún sordo como una tapia, no tuviese todavía el mejor oído de Francia para las sutilezas del idioma, sino para proseguir su conversación, a despecho de los días y la distancia que los separaban.

El rey lo había arreglado todo con gran bondad hacía cosa de siete años. Los dos seguirían siendo cronistas de su reinado, pero Boileau había quedado excusado, por sus muchos achaques, de ir siguiendo al monarca de un sitio a otro. Le correspondía a Racine acompañar al rey dondequiera que fuese, y tomar notas. Las notas eran luego enviadas a Boileau, quien las reescribiría para la historia. No cabía duda de que Boileau era más feliz en su casa de campo en Auteuil que Racine en la corte o de campaña. No obstante, no dejaba de ser cierto, y el hecho atormentaba un tanto la conciencia de Racine, que él percibía cuatro mil libras anuales mientras que Boileau recibía apenas dos mil. Racine era gentilhomme de cámara del rey y Boileau era un anciano sordo en un pequeño pueblo.

En cuanto a ir de campaña con el monarca, no había resultado placentero para Racine. Contemplar a muchos hombres en peligro de muerte era excitante, sin duda, pero no era grato. Daba gracias a Dios porque ese año el rey no participaba en persona en las campañas. Lamentaba, por supuesto, los muchos achaques que mantenían a Luis en casa, pero el Cronista Real solo tenía un año menos que el soberano.

Se dio la vuelta, creyendo que aún iba bien de tiempo para el concierto, y

desanduvo sus pasos hacia el castillo. Oyó dar las tres en el reloj cuando entraba. O el encanto de la tarde lo había confundido, o había tardado mucho más en recorrer la longitud del canal que el otoño pasado. Ese dolor recurrente que sentía en el costado, en la región del hígado, le hacía muy dificultoso apresurarse. Con todo, al oír las campanadas, aligeró el paso. Llegó sin aliento ante la puerta de la antecámara, pero no oyó ninguna música. Se precipitó a través de la estancia; los guardias suizos se hicieron a un lado. Bontemps le abrió la puerta y el rey comentó:

—Aquí está por fin nuestro poeta.

Racine presentó sus excusas, pero al inclinarse sintió una repentina punzada y se llevó la mano al costado; el gesto inconsciente constituyó mejor disculpa que sus palabras para madame de Maintenon.

Empezó la música: clara, elegante, apropiada para jóvenes damas. Racine, ansioso, prestó atención, pendiente de oír cómo le eran restituidas sus palabras, y de valorarlas, con la esperanza de que la música de monsieur Moreau no destruyera la suya propia, sino que la realzara. También el rey, por detrás de su máscara borbónica, se sosegó y se dispuso a escuchar.

Él también había advertido que Racine se había llevado la mano al costado. Racine se escudaba en sus años y sus dolores. Madame de Maintenon, para excusarse de acompañarlo a tomar el aire en su calesa, en su hombro dolorido. Sufrían, pero ¿acaso no padecía él también? Pero se guardaba su dolor para sí mismo.

Esa mañana, Pontchartrain le había traído un mensaje de La Reynie. Hacía más de una semana que le había entregado plenos poderes para encargarse de los libelistas de *El fantasma de monsieur Scarron*; había dado por supuesto que se habría ocupado del asunto. Ahora, tras haber llevado a cabo sus interrogatorios y determinado la culpabilidad de los sospechosos, La Reynie sugería dar por cerrado el caso y liberar a los prisioneros con un ligero castigo.

Si le hubiese hecho esa sugerencia personalmente en el transcurso de una audiencia privada con él, el rey tal vez podría haberla tomado en consideración, aunque de mala gana. Ahora bien, hecha por medio de Pontchartrain y en presencia de madame de Maintenon, no podía aceptarla. Era bien consciente de que eso sería una flaqueza. Su cólera inicial contra el

panfleto había amainado, pero le había dado gran importancia al caso ante su esposa y ante La Reynie. Ahora no sabía cómo dar marcha atrás.

Los dos hombres de la paráfrasis bíblica lo exhortaban a mirar dentro de sí mismo. Una voz aguda, juvenil, que se alzaba como un pájaro por encima de las lentas notas de los violines y el aleteo del clavicordio, suavizó su ánimo. Empezó a pensar que tal vez no fuera demasiado tarde para llegar a algún acuerdo con La Reynie acerca del destino de los libelistas. El gobernante demostraba su sabiduría en su habilidad a la hora de seguir un consejo.

Solo en sus años de madurez había llegado a entender la verdadera virtud de la humildad cristiana, y a desear ponerla en práctica. Ya no hacía adornar su manto con diamantes, pero era impensable que abandonara su emblema del sol. Su meditación, que progresaba por asociaciones más que por lógica, acabó llevándolo de vuelta a la estatua de la place des Victoires. En tiempos le había gustado, pero hacía años ya que se había convertido para él en motivo de mortificación y pesar. Su aversión por la estatua había crecido tanto que había acabado por extenderse al donante mismo, La Feuillade, ya fallecido, que había muerto muy desilusionado, siendo consciente de la frialdad del rey. La Feuillade, argumentaba el monarca, había ido demasiado lejos. Lo de quemar incienso, la inscripción en el pedestal de la estatua, *Viro Immortali*, al hombre inmortal, era demasiado. Solo podía ofender a Dios. Ningún hombre debía ser adorado. No hay hombre inmortal. Pero la inscripción seguía ahí, blasonada en oro; al rey le faltaba valor para renunciar públicamente a esa lisonja. Los faroles seguían alumbrando; había oído una copla burlándose de eso:

*La Feuillade, faudis, je crois que tu me bernes,  
De placer le soleil entre quatre lanternes*<sup>[34]</sup>.

«*Tu me bernes, en effet, La Feuillade* —pensó el rey—. Haces de mí un necio a ojos de Dios, y un pecador también». Pero entonces recordó la caricatura de la estatua que aparecía en la portada del panfleto y le pareció que no había razón alguna por la que debiera contemplar mostrarse clemente

con los responsables.

Madame de Maintenon también pensaba en esos dos hombres, y se perdió en una ensoñación bajo el efecto de la inocente música. Había lamentado mucho la muerte de la pequeña mademoiselle du Maine; se dolía por el joven padre, a quien tenía cariño. No necesitaba que la música le ablandase el corazón. También se dolía por el rey. El duelo que había dispuesto por una niña tan pequeña, una criatura que apenas había vivido, no tenía precedentes. Había suscitado críticas y protestas que habían llegado hasta los oídos de madame de Maintenon, pero no a los del soberano. Desde que lo conocía, siempre había sabido que el rey era un padre afectuoso. Se sorprendió a sí misma pensando en aquellos días primeros, en su amiga madame de Montespan, que tuvo la gran bondad de recomendarla al monarca; en las tormentas en las que había naufragado esa amistad; en sus esfuerzos por salvarla.

Su pensamiento saltó con ligereza del recuerdo de un momento a otro, hasta que se encontró pensando en la pequeña Marie Angélique de Scorailles, la que fue brevemente duquesa de Fontanges. Recordó el día en que el rey, desesperado, había acudido a ella para rogarle que intentase razonar con la Fontanges. Una tarde de primavera, había pasado dos horas tratando de persuadir a la joven para que se tranquilizase, aceptara como algo definitivo el abandono del rey y renunciara a su desdichada pasión por el soberano. No recordó qué argumentos había utilizado; había sentido muchísima compasión y había tenido gran paciencia.

La muchacha se había mostrado incapaz de razonar: era buena, sincera, amable, todo lo que se quiera, pero más simple que un cubo. Al terminar de exponerle sus más que razonables argumentos, la joven le había respondido con repentina viveza, nada usual en ella, gritando: «Pero ¡señora, habláis de quitarse una pasión como quién cambia de camisa!».

Madame de Maintenon vio con mucha claridad los alborotados rizos de un rubio rojizo, los ojos azules ensombrecidos por la emoción, la tez más blanca que la leche, y se preguntó sorprendida: «¿Cómo he dado en pensar en esto esta tarde?». Habiendo olvidado los saltos y vueltas que había dado su memoria, se preguntó, mientras la música llegaba a su conclusión, si no sería acaso porque esa mañana se había mencionado el insolente panfleto. El

grabado de la portada la asociaba a ella misma con las anteriores amantes del rey, con La Vallière, la Montespan y la Fontanges.

**E**l tiempo suave de ese mes de octubre, que apilaba las soleadas hojas en el bosque de Fontainebleau, no impidió una recrudescencia de la enfermedad en la ciudad. Antes incluso del primero de octubre, el temor al contagio se había vuelto tan grande que varias grandes damas solicitaron verse eximidas de asistir a misa en las iglesias. El arzobispo les dio permiso para oír misa en sus capillas privadas. La cosecha había sido buena, pero el precio del pan había subido. Igual que en primavera, las calles estaban llenas de mendigos, pero estos no eran campesinos refugiados en la ciudad, sino parisinos que no encontraban trabajo. Poco después de su visita al abate Têtu, Marianne fue despedida de su empleo en la isla de Notre Dame. No le dieron ninguna explicación. Eso no habría tenido importancia si hubiese podido encontrar otro trabajo sin demora, pero cada vez que la entrevistaba algún posible patrono en el Bureau des Recommanderesses, en cuanto se interesaban por la profesión de su marido y su actual paradero, raras veces solían hacerle más preguntas.

Halló por fin empleo en una casa en la que la mitad de la familia había caído enferma de las fiebres. Era el trabajo que nadie más había estado dispuesto a aceptar, el de limpiar el cuarto de los enfermos y ocuparse de ellos. Extrañamente, esa tarea le proporcionó algún consuelo. Había vuelto a sus antiguos quehaceres, y al hacerlo también encontró algo de su antigua persona, de la mujer que había sido antes de que Paul Damas llegara a la rue des Lions. Así pues, hizo penitencia.

Durante el tiempo que estuvo sin trabajo, antes que cambiar la moneda de

oro del abate, vendió algunas de sus pertenencias. Lo primero su ropa de fiesta, luego su dedal de plata. En el convento de los Celestinos había un reparto diario de sopa a los necesitados, pero el orgullo, que le impidió pedirle ayuda a Bourdon, también la mantuvo alejada de las colas de mendigos, y tampoco volvió a visitar al abate. Le había pedido un favor muy grande; era más que suficiente. Marianne estaba segura de que habría escrito su carta, puesto que había dicho que lo haría. No quedaba nada más que esperar.

Al coger la barcaza a Fontainebleau no había pensado ni una sola vez en Simone, a la que había prometido acompañar cuando saliera de cuentas, pero en su soledad se acordó de la muchacha y se las arregló para cruzar con ella unas palabras casi todos los días, normalmente por la tarde. A finales de septiembre, empezó a inquietarse. O la chica se había equivocado en sus cálculos, o el niño iba con retraso. Fue después de haber vuelto a encontrar trabajo, cuando ya llevaba varios días en la casa de los enfermos, cuando al regresar un día a la rue des Lions vio luz en la ventana de encima de su apartamento. Sin parar en su casa, siguió escaleras arriba hasta la mansarda. Jules le abrió la puerta. Se interesó por Simone, esperando que la invitara a pasar.

—La he llevado al campo —dijo Jules.

—Estaba pasada de fecha —dijo Marianne—, me estaba preocupando.

—Lo entiendo, pero en el campo el aire es más puro. Estará bien atendida.

—Dio un paso y salió al estrecho rellano, cerrando la puerta a su espalda.

Marianne no podía verle la expresión de la cara. Se preguntó por qué no querría dejarle ver la habitación. ¿Estaría mintiéndole?

—Pero se suponía que la iba a cuidar yo —señaló.

—Sé dónde has estado trabajando —contestó Jules—. Sí, por Simone sé un poco de tu vida. —Hablaba despacio, con cierta formalidad.

Marianne se dio cuenta de que estaba evitando usar las formas más rudas de expresarse corrientes entre los ribereños. Habló con llaneza y con una seriedad que no correspondía a su juventud.

—No soy rico —continuó—, pero he podido sacar a mi mujer de la ciudad para el alumbramiento. Ese poco sí he podido. Tienes que entender, Marianne, que amo a mi esposa. Deseo protegerla de cualquier forma de contagio.

**E**l 18 de octubre, a última hora de la tarde, un carruaje que venía de Ruán bajó la rue Saint-Antoine hacia el este y se detuvo ante el angosto acceso a la Bastilla. El cochero mostró su documentación, se abrió el portalón para que entrara el vehículo, y volvió a cerrarse tras su paso. Al final del pasaje, el coche giró bruscamente a la izquierda, cruzó el primer puente levadizo y el patio del gobernador. El segundo puente retráctil, que formaba ángulo recto con el primero, pasaba entre las dos grandes torres circulares de la fachada meridional de la fortaleza. Los cascos de los caballos y los cantos metálicos de las ruedas de la carroza resonaron con eco sobre las planchas de madera y con aspereza sobre el empedrado del pasaje abovedado.

El cochero tiró de las riendas y detuvo sus caballos; se las lanzó a un criado y bajó del pescante. Lo primero que hizo nada más poner los pies en el suelo fue sonarse las narices con los dedos. Los caballos alzaron la cabeza, sacudiendo el bocado, para luego dejarla caer y empezar a piafar, desazonados. El cochero estaba rígido de fatiga. Se limpió los dedos en un pañuelo que se guardó en el bolsillo de la casaca, y abrió la portezuela del carruaje.

La primera persona que bajó fue Girard Letellier, oficial del rey, quien le ofreció la mano a una mujer joven para ayudarla a bajar. A continuación, hizo lo propio con una mujer mucho mayor, que ignoró su gesto. Aferrando la puerta del coche con una mano blanca veteada de venas azules, pero firme en su asidero, y recogiendo las faldas oscuras y pesadas con la otra, apoyó un pie en el escalón del carruaje y descendió al pavimento con dignidad e

independencia. Era una mujer pequeña, esbelta y erguida. La última persona en abandonar el coche fue un hombre de treinta y pocos años, vestido de oscuro con sencillez, un punto zarrapastrosamente, y sin peluca.

El cochero cerró de golpe la portezuela y subió de nuevo al pescante. Los caballos tiraron con fuerza de los arreos y arrastraron el coche al interior del enorme patio de la prisión. Girard Letellier hizo pasar a sus tres prisioneros al despacho del gobernador de la Bastilla.

Baismaux estaba sentado en una butaca junto a un alegre fuego. En una mesa a su lado había encendidas varias velas. A otra mesa mayor y más ancha estaba sentado un oficial, que se levantó en cuanto entraron los prisioneros y le acercó unos papeles a Baismaux, que no se movió.

La anciana, que había rechazado la mano del oficial, había aceptado el brazo de su hija. Las dos mujeres estaban muy juntas y eran casi de la misma estatura, aunque la hija era ligeramente más alta. Envueltas en sus mantos con capucha, sus figuras eran muy similares. También lo eran sus rostros, en el sentido de que el uno profetizaba lo que podría llegar a ser el otro. Su joven compañero de viaje se había quedado detrás de ellas, ligeramente a un lado, mirándolas como si temiera por ellas más que por sí mismo.

Baismaux observó a las mujeres. La más joven no podía tener más de treinta años, y posiblemente ni siquiera los tuviese, pero mostraba madurez en su compostura. Su mirada era firme, tenía buen color y su tez era fresca y firme. Retirada la capucha de su frente, dejaba ver su cabello liso, oscuro y brillante, recogido sin coquetería bajo una sencilla cofia de tela de lino. Era un rostro inteligente y enérgico, de rasgos compactos y bien perfilados, de boca muy firme. El semblante de la madre era muy parecido, salvo que la tez era pálida y amarilleaba ligeramente como la seda antigua, y estaba tirante en los pómulos. La línea de la mandíbula era delicada y fuerte. Sus ojos, tan oscuros como los de su hija, estaban hundidos y tenían una mirada calma, de una intensidad tal que el gobernador no pudo dejar de quedarse un buen momento contemplándolos. Consultó mecánicamente los papeles que tenía en la mano y se dirigió a la más joven de las mujeres.

—¿Sois mademoiselle Marianne Cailloué, de Ruán?

Ella inclinó la cabeza en respuesta.

—¿Y esta es vuestra madre, a la que acompañáis libremente y por vuestra

propia voluntad?

Una nueva inclinación de cabeza.

—¿Vuestra madre es viuda y propietaria de una librería en esa ciudad, en sociedad con un tal Jean Dumesnil?

—Yo soy Jean Dumesnil —intervino el joven.

—En un momento nos ocuparemos de vos —dijo Baismaux—. Mademoiselle, ¿sois consciente de que no estáis arrestada? Únicamente están bajo arresto vuestra madre y Dumesnil. No tengo orden de acogeros aquí.

—Fui acogida en La Berchère, en Ruán —respondió Marianne Cailloué en voz baja pero clara, con ligero acento normando—. Se me permitió acompañar a mi madre desde el primer momento de su encarcelamiento. Como bien podéis ver, monsieur *le gouverneur*, mi madre ya no es joven. Ha estado muy enferma. Necesita que me ocupe de ella.

—Esto es irregular —dijo Baismaux.

—Monsieur *le gouverneur* —dijo la viuda Cailloué, hablando por primera vez—, si me hacéis la caridad de tolerar la presencia de mi hija, no tendrá por qué ser un gasto para su majestad. Puedo sufragar su alojamiento aquí, y estoy dispuesta a hacerlo.

El gobernador vaciló muy brevemente.

—Eso no será necesario —dijo—, a no ser que el rey decida expresamente no hacerse cargo de su manutención. Lo que quiero dejar claro es que en este momento, vuestra hija es libre de marcharse. —Marianne Cailloué no respondió nada, y el gobernador se volvió a Letellier—. ¿Monsieur d'Ormesson no ha enviado ningún paquete con los prisioneros?

—No, excelencia.

—Muy bien. Podéis retiraros.

—Si vuestra excelencia tuviera la bondad de firmarme un recibo por los prisioneros...

El oficial que le había entregado los papeles a Baismaux le acercó una pluma y un tintero. El gobernador firmó los documentos que le presentó Letellier y luego les dijo a los prisioneros:

—Os encomiendo a los buenos oficios de monsieur Du Junca.

Dicho lo cual, pareció desentenderse por completo de ellos. Sacó un librito del bolsillo y, volviéndose confortablemente hacia la chimenea, lo

abrió sobre su rodilla y se puso a leer.

En cuanto Letellier abandonó la estancia, entraron dos guardias de la fortaleza y se situaron a uno y otro lado de la puerta. Nada más ocupar sus puestos, se descubrieron y se taparon la cara con el sombrero. Marianne Cailloué se quedó mirándolos atónita.

Du Junca abrió un libro que había encima de la mesa grande.

—Os invito a registraros —dijo.

Cuando hubieron escrito sus nombres, Marianne Cailloué preguntó, refiriéndose a los guardias:

—¿Por qué se cubren el rostro? ¿Acaso es vergonzoso mirarnos?

—Sois huéspedes de su majestad —respondió monsieur Du Junca—. Os iréis de la misma forma que habéis venido, sin llamar la atención. Vuestro nombre no quedará mancillado. Vuestra estancia aquí solo obrará en conocimiento de unas pocas personas de entera confianza. Ahora, me veo forzado a rogaros que me entreguéis cualesquiera objetos de valor que llevéis encima. Cuando os marchéis, podréis reclamar esos artículos. Estableceré un inventario, que firmaréis.

No obstante, si deseáis gastar algún dinero en vuestra comodidad, o en la de vuestra madre, por encima de la cantidad asignada por el rey para vuestro alojamiento y manutención, dicha suma será deducida del dinero que me confiéis. Debo informaros de que el rey asigna la suma de trece sueldos diarios para cubrir la estancia de vuestra madre.

Vació la bolsa de viaje que Marianne Cailloué había traído consigo de Ruán, esparciendo su contenido por la mesa con mano experta. Había unas cuantas prendas de vestir, una bolsita de monedas, unos cuantos libros. Cogió los libros uno a uno y los examinó detenidamente.

—Perteneceis a la Supuesta Religión Reformada —dijo—. Preguntaré por estas obras, y si están autorizadas, os las restituiré. También me ocuparé de que os visite nuestro confesor.

Contó las monedas, anotó la suma, recogió la ropa y la guardó en la bolsa. Las pertenencias de Jean Dumesnil fueron examinadas de idéntica manera. Este pareció escasamente interesado en el proceso. Mantuvo los ojos fijos en Marianne Cailloué hasta que consiguió atraer su atención. Intercambiaron una fugaz mirada dándose ánimos.

Mientras Du Junca llevaba a cabo su inspección, entraron otros dos hombres en la estancia y esperaron discretamente. Cuando hubo concluido el examen y estuvieron firmados los inventarios, Du Junca les indicó que se acercaran.

—Saint-Roman —dijo el hombre—, alojaréis a estas mujeres en el primer piso de la Tour de la Chapelle; quedan enteramente a vuestro cargo. Bequet, el hombre va al primer piso de la Tour du Coin; es responsabilidad vuestra.

El carcelero se acercó. Marianne Cailloué no se movió.

—Aún no sabemos de qué cargo se nos ha acusado —dijo.

—Yo tampoco —replicó Du Junca.

—Es un trato bien severo para una mujer de la edad de mi madre.

—No puedo llevaros la contraria —dijo él.

—¿Cuándo podemos esperar alguna explicación de todo esto?

—Más adelante —respondió monsieur Du Junca.

No les quedó más remedio que seguir al carcelero. Dumesnil y Bequet ya las habían precedido. Por un túnel salieron a un inmenso espacio abierto rodeado por las ocho torres circulares y los muros que las conectaban. Los muros eran rectos, su cresta perfectamente alineada excepto por el dibujo del almenaje. Aún era de día cuando su carruaje había llegado a París; el sol se había puesto durante la entrevista con Baismaux y sus oficiales. Un resplandor crepuscular teñía las nubes errantes. Contra el cielo cubierto de nubes, detrás del parapeto almenado, se recortaba, diminuta, la silueta de un soldado de guardia.

Dumesnil y su carcelero se dirigieron a buen paso al rincón más alejado del patio, a la derecha. Desaparecieron de la vista antes de que Saint-Roman y sus prisioneras, que caminaban más despacio por la viuda Cailloué, llegaran a la puerta de la Tour de la Chapelle. Se alzaba al lado de la Tour du Coin, en el lienzo oriental de la muralla de la fortaleza.

Saint-Roman no había hecho el menor intento de meterles prisa. Cuando se detuvieron ante la puerta abierta, aguardó pacientemente. La escalera era empinada y las mujeres, sobre todo la mayor, debían de estar cansadas. «Pero todos pasan por esto —se dijo—, no importa los años que tengan». Las mujeres levantaron el rostro, hacia el cielo. Luego entraron los tres en la torre y Saint-Roman cerró la puerta a su espalda.

En el primer piso abrió otra puerta que daba a una estancia circular.

—Como veréis —explicó—, disponéis de lo necesario para vivir. Por una módica suma podéis encender fuego. Mediante un acuerdo similar, también podéis preparar vuestra propia comida.

Las dos mujeres se quedaron de pie en el centro de la habitación. No era demasiado ancha y sí muy lóbrega. En el haz de luz crepuscular que entraba por una tronera alargada, Marianne consiguió distinguir el contorno de una chimenea y una cama baja, una mesa, una silla y un taburete. La ventana, sin cristales ni postigo, tenía barrotes horizontales, y se hundía en la espesura de la piedra del muro.

—¿No hay nadie más en la estancia? —preguntó.

—Uno o dos ratones, quizás. ¿Deseáis una lumbre?

—Si tuvieseis esa bondad...

Desde la escalera, Saint-Roman echó un último vistazo a sus prisioneras por el ventanillo enrejado de la puerta. No se habían movido del centro del cuarto. Permanecían estrechamente abrazadas, como si fuesen una sola persona, y no hablaban. Tampoco oyó voces mientras bajaba la escalera, tan solo el sonido de sus propios pasos.

Cuando se desvaneció el ruido de las pisadas, Marianne Cailloué le dijo a su madre que se echara. Una vez acostada la anciana en el jergón de paja, su hija la tapó con los mantos de viaje de las dos y, sentándose a su lado, ajustó con ternura las prendas de lana para cubrir los hombros de la mujer.

—Enseguida tendremos fuego —dijo—. Incluso una lumbre pequeña calentará mucho el cuarto.

Su madre abrió los ojos.

—No puedo imaginar fuego que caliente estos muros —dijo la anciana.

Aguardaron en silencio. Marianne Cailloué pensó que su madre se había quedado dormida cuando, de repente, dijo, sin abrir los ojos:

—Qué humedad. Huele a ciénaga. ¿Estamos cerca de un marjal?

Su hija no supo qué decirle. Al poco, la madre habló de nuevo:

—Escribiste en mi nombre al padre del muchacho, pero hace ya ocho años que murió tu padre, que en paz descanse. Además, que yo sepa, el padre del

chico nunca fue de los nuestros. Es un tanto tarde para interrogatorios en nombre de la Revocación. Pero no se me ocurre ninguna otra razón de que nos atormenten. —Hizo una pausa; se fatigaba hablando, pero al cabo de un rato, había recuperado fuerzas suficientes para seguir—: ¿Habría acaso algo en tu carta, alguna frase que pudiera haber sido malinterpretada?

Marianne Cailloué reflexionó.

—La redacté con mucho cuidado —dijo por fin—. Creo que nada había en ella que nos pudiera causar problemas.

De nuevo se instaló el silencio entre las dos. Las paredes parecían cerrarle el paso a cualquier sonido. La hija escuchó la respiración de su madre. De pronto, la anciana se agitó y abrió de nuevo los ojos negros, que resultaban incluso más oscuros en la pálida cara que enmarcaban los niveos cabellos.

—Ojalá hubiésemos podido hablar un poco con Jean. Tu padre confiaba en él. Yo también. Jean Dumesnil es un hombre sincero, pero también intransigente. A veces pienso que hubiese sido mejor para él haberse marchado a Inglaterra con los demás fieles. Pero no, él tenía sus propias ideas: dijo que era necesario en Francia.

Marianne Cailloué sonrió ligeramente. Estaba de acuerdo en que Dumesnil era un testarudo. Había insistido en que era necesario no solo en Francia, sino en Ruán. Había intentado casarse con ella y aún no había desistido de la idea. Se había quedado para ayudarla a cuidar de su madre. Tampoco había abandonado a los hugonotes, por otra parte. Aunque nunca hablaba de ello, Marianne sabía de sobra en qué clase de tratos andaba con ciertos pescadores simpatizantes de la Religión Reformada, que traían sus capturas a Ruán y regresaban a Le Havre con otra carga. Se había fijado en lo deprisa que había surgido la amistad entre Dumesnil y el joven llegado de París. Se habían pasado muchas tardes paseando por el puerto y conversando, aquellas tardes de abril cuando el crepúsculo se demoraba y el viento río abajo llevaba el aroma de las hojas nuevas y la hierba tierna. Cuando, después de la repentina partida del muchacho, había preguntado si se había ido a Cambrai, como había comentado en cierta ocasión, Dumesnil le había sonreído con aspecto peculiarmente satisfecho y había respondido meramente:

—No, a Cambrai no, me parece.

Marianne había sido demasiado discreta para preguntar nada más. Ahora,

le respondió a su madre con aire pensativo:

—Nicolas Larcher no era de los nuestros.

—Pero no habría deseado causarnos perjuicio —dijo su madre.

—¿Y cómo podría haberlo hecho? No, es su padre quien parece hallarse en apuros. Lo que escapa a mi entendimiento es por qué sus problemas habrían de afectarnos a nosotras.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo su madre, con un gran suspiro—. Hemos tenido mucho cuidado. No hemos hecho nada malo. Si las decisiones las hubiese tenido que tomar Jean Dumesnil, la historia podría haber sido muy diferente. Más de una vez, querida mía, he tenido que recordarle que no nos correspondía a nosotros publicar determinados libros, no importa lo excelentes que fuesen ni cuán necesarios resultasen para la Religión. Esa tarea le corresponde a los que han abandonado el país. Lo único que he pedido es vivir tranquila, de acuerdo con mi fe, y morir tranquila en mi propia cama, como tu padre.

A Marianne Cailloué le vino a la mente una pregunta que no se permitió hacer en voz alta. La misma idea parecía habersele ocurrido a su madre, porque dijo con una ligera sonrisa:

—Jean Dumesnil no habría publicado un libro de esas características sin que yo me enterara. Es cabezota, pero es honorable. Me dio su palabra. Así pues, sigo sin entender por qué estamos aquí.

**E**l día de Todos los Santos llegó y pasó. Las iglesias estaban adornadas con colgaduras negras, ardían velas por los muertos, y en la escarcha blanquecina del amanecer las pisadas de los que se encaminaban a las iglesias quedaban marcadas en negro, primero aisladamente y luego sobreponiéndose unas a otras hasta que todos los rastros individuales se fundieron en uno solo.

Como lo venía haciendo un año tras otro, Marianne Larcher fue a la antigua iglesia de Saint Paul a encender velas por sus padres y por sus hijos muertos, e intentó rezar. De rodillas, pidió por los difuntos con las oraciones que le habían enseñado. Cuando intentó rezar por los vivos, se enzarzó en una disputa consigo misma, la disputa de siempre. Se puso de pie y, dándole la espalda al confesonario, se cubrió la cabeza con el chal y salió de la iglesia, sin saber ni importarle si la habían podido ver sus vecinos. Desde su conversación con Jules, había terminado por pensar que todos sus vecinos se habían confabulado en su contrapunto con el ama de llaves de monsieur Pinon. No veía razón para que esa mujer se hubiese guardado su malicia para sí. Si hasta el chismorreo amistoso de Simone la había traicionado ante Jules, podía adivinar qué clase de historias circulaban acerca de ella.

En Versalles, el rey tocó a los enfermos, y los médicos del soberano registraron un elevado número de curaciones. En París, el precio del pan seguía alto. Corría el rumor de que el trigo se había reservado para los ejércitos del rey. A despecho de todos los edictos, el número de pobres de pedir crecía día a día en la ciudad. Pululaban por las calles, juntándose en pequeñas bandas en las que no había la menor calidez de simpatía compartida,

sino meramente una aglutinación de miseria.

Cuando volvía a casa a la caída de la noche, Marianne se los encontraba más de una vez, reunidos delante de las puertas de los ricos, igual que habían hecho el invierno anterior. Los pobres, envueltos en sus harapos anónimos, en abrigos viejos y mantos raídos, los pies y tobillos cubiertos con jirones de tela por todo calzado, se concentraban y gritaban su hambre. No se mostraban violentos. Sencillamente, estaban ahí y llenaban la oscuridad con sus lamentos. Marianne tenía que atravesar esas multitudes para seguir su camino. Nunca le causaron el menor problema. Nunca distinguió la menor hostilidad en sus ojos, ni tampoco curiosidad, cuando un rayo de luz les iluminaba el semblante. Marianne podría haber sido uno de ellos.

Una noche lluviosa se encontró uno de esos tropeles en mitad de su propia calle, delante del palacio D'Aubricourt, justo en el momento en que la policía avanzaba contra ellos con palos y antorchas. Esa noche atrancó la puerta de la cocina por dentro, encendió una pequeña lumbre en el hogar y se sentó cerca para secarse los pies mojados, frotándoselos con las manos.

Sus zapatos de cuero se habían caído en pedazos. No tenía dinero para llevarlos a remendar y los zuecos de madera que ahora se ponía para ir a todas partes eran muy fríos. El margen entre su condición y la de los pobres sin techo se había vuelto cada vez más estrecho conforme iban pasando los días. Paseó la vista por la habitación buscando algo que pudiera vender: no quedaba gran cosa. Se acordó de cómo ese cuarto antaño estaba repleto de todo lo cálido y bueno de la vida y la embargó un sentimiento de desesperación. No podría esperar mucho más a que pusieran en libertad a Jean, a que regresara Nicolas, a recibir noticias de Paul, a que ocurriera algo que cambiara la situación en la que se hallaba atrapada. Había pasado mucho tiempo desde que el abate Têtu había escrito su carta. Madame de Maintenon debía de tener el corazón muy duro; o eso, o tenía menos influencia sobre el rey de lo que las canciones y libelos daban a entender.

Marianne esperaba constantemente la liberación de Jean, pero por mucho que se esforzara, no conseguía imaginar cómo podrían seguir viviendo después de todo eso. Intentaba pensar en Jean y Nicolas juntos, rehaciendo su fortuna, pero no veía sitio para ella en la imagen. En cuanto a Paul, al haber desaparecido de su vida su presencia física e ir disminuyendo su recuerdo con

el tiempo de forma constante, había días en que se sentía como si acabase de despertar de un trance, o de alguna especie de hechizo que hubiese destruido su capacidad de pensar y sentir con normalidad. Con todo, en ocasiones soñaba con él y, al despertarse, tenía que recordarse de nuevo que la había abandonado. Una sola cosa seguía resultándole imposible, y era delatarlo, aun para salvar a Jean de galeras. Seguía rehuyendo la necesidad de tomar una decisión, amparándose en la supuesta carta del abate.

A pesar de todo, cada vez pensaba menos, y menos a menudo, en Paul, y más, y más frecuentemente, en Jean y Nicolas. No en cómo serían cuando volvieran, sino en cómo eran. Se refugiaba en el recuerdo de cómo le había peinado y recortado el pelo a su hijo, cómo le había alargado las mangas de las camisas conforme iba creciendo. Se acordaba de las mangas de la chaqueta de pana de Jean y de cómo la tela conservaba las arrugas cuando se la quitaba, como si fuesen la impronta del carácter del hombre que la solía llevar puesta. Recordaba a Nicolas y a los demás niños jugando en el suelo del taller, a los pies de Jean, que pasaba por encima de ellos con el mismo cuidado que pone un caballo para no pisar a los gatos familiares que frecuentan la cuadra. Hasta la primavera pasada, ella nunca había hecho el menor movimiento en esos cuartos que no tuviese que ver, de una forma o de otra, con Nicolas o con Jean. Sus costumbres le hacían ahora compañía en las habitaciones vacías.

Mientras se frotaba los pies ante la mezquina lumbre, se maravillaba de seguir haciendo unos esfuerzos tan grandes para mantenerse con vida, de no haber sucumbido ya a las infecciones de los aposentos donde trabajaba. Nunca le habían contagiado nada los niños que había criado. Nunca había tenido tiempo de estar enferma. Cuando hallaran por fin respuesta las preguntas que se hacía a diario, solo entonces buscaría tiempo para enfermarse, para que la llevaran al hospital de Saint-Lazare, y morir. Entre tanto, escurría el agua de sus calzas empapadas y las colgaba a secar frente al fuego y, descalza, cruzaba el patio y subía la fría escalera para acostarse. Por las mañanas oscuras, cuando se marchaba al trabajo, notaba cómo el barro del arroyo, endurecido por la escarcha, se quebraba como la cera al pisarlo.

Poco después de Todos los Santos, en la casa donde trabajaba la enviaron a buscar agua con dos cubos de madera y un yugo sobre los hombros. Llenó los cubos en la fuente de la rue Saint-Antoine, enfrente de la sombría

magnificencia de la iglesia de los jesuitas. El agua estaba helada. Los cubos llenos parecían pesar más de lo natural, como si la misma frialdad del agua poseyera un peso específico. Los sujetó al yugo, se agachó para ponérselo a los hombros y, al incorporarse con el peso y darse la vuelta para alejarse de la fuente, vio a la mujer a la que más temía, al ama de llaves del consejero, monsieur Pinon. Últimamente se habían ignorado cada vez que se habían cruzado, pero esta vez la mujer se acercó a Marianne.

—¿Habéis tenido noticias de vuestro marido? —preguntó sin saludarla.

Marianne miró los ojillos verdosos, fríos y brillantes, la pesada mandíbula, la boca que siempre se le había antojado cruel. La boca sonreía, como si su intención fuese buena; era una sonrisa llena de complacencia.

—Entonces, puede que esto os interese —dijo el ama de llaves en respuesta al gesto de negación que hizo Marianne con la cabeza—. Corre el rumor de que una cadena de presos saldrá mañana camino de las galeras en Tolón. Saldrán temprano, para no llamar la atención. Si os presentáis lo bastante temprano en La Tournelle, puede que tengáis la oportunidad de hablar con vuestro marido.

—Pero si aún no ha sido condenado —dijo Marianne.

—Tampoco ha sido puesto en libertad, ¿no? —repuso la mujer, complacida—. El caso es que sale una cadena de presos. Si está con ellos, es que ha sido condenado. Lo podéis averiguar vos misma.

—¿Es seguro?

—Es un rumor, como he dicho. A mí no me informan, pero como presto atención, en una casa como la de monsieur Pinon me entero de cosas interesantes. Como es natural, la policía no suelta prenda sobre las partidas de las cadenas de presos. Despiertan demasiado interés, atraen demasiada gente, y en tiempos como estos... —Encogió los hombros, grandes y picudos bajo el grueso chal—. Basta bien poco para organizar una revuelta. Os lo cuento por pura bondad. Supongo que seguiréis teniéndole algo de afecto a vuestro esposo.

Se alejó y no fue culpa suya que otra mujer, al dirigirse a la fuente, golpease el borde de uno de los cubos de Marianne, vertiendo un chorro de agua helada sobre su tobillo y empeine.

La Tournelle no era una prisión en el sentido estricto del término. Era una cárcel en la que se recluía a los hombres que ya habían recibido su sentencia, a la espera de que llegara el momento de trasladarlos a donde fueran a cumplir la condena. Estaba bajo vigilancia de la policía, pero los responsables de la misma eran los sacerdotes de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, no aquella.

Hacia más de una generación, Vicente de Paúl había pedido permiso para usar las viejas fortificaciones de la ciudad en la Porte Saint-Bernard. Llevó allí a los hombres condenados a galeras que eran mantenidos en las húmedas mazmorras de La Conciergerie hasta que eran suficientes para organizar una cadena. En los tiempos de La Conciergerie, las cadenas salían de París a Marsella dos veces al año, por término medio, y después de las penalidades de la prisión, muchos de los presos morían a lo largo del camino, otros en la cárcel, y pocos vivían para servir en las galeras. En La Tournelle, el bueno de monsieur Vincent les ofreció consuelo espiritual así como unos cuidados físicos como no habían conocido antes, para fortalecer sus cuerpos para el largo viaje hacia el sur, amén de sus almas. Su obra había sido respetada, y cuando la vieja Porte Saint-Bernard fue derribada para erigir una nueva puerta en honor del joven monarca, se dejó en pie la antigua torre. Los curas de Saint-Nicolas continuaban la tarea de Vicente de Paúl, y decían misa ahí los domingos y fiestas de guardar, igual que en todas las capillas consagradas.

Marianne se apostó delante antes del amanecer, no fiándose del todo del consejo del ama de llaves del consejero Pinon, pero sin atreverse tampoco a desoírlo. Creía a la mujer capaz de haberle hecho esa sugerencia a título de burla cruel, para hacerla recorrer, temerosa, las calles oscuras para nada. No obstante, tampoco podía olvidar que en casa del consejero, la mujer bien podía haber espigado algún dato cierto. Había llevado consigo la moneda de oro del abate. Esa tarde no había tenido tiempo de vender nada de la cocina y no se atrevió a llevar otra cosa que no fuera dinero. No creía que ajean le permitieran aceptar otros presentes. Su pipa y su tabaco se quedaron donde él las había dejado, en la repisa de la chimenea.

En la puerta de La Tournelle encontró acurrucada contra la pared a una anciana, que la miró con curiosidad y luego le brindó una información:

—Aún no abren.

Marianne se preguntó por qué habría ido la mujer tan temprano. ¿Conocía

acaso las costumbres de la cárcel? La anciana explicó:

—Tengo mi sitio. Soy la primera.

Apenas le quedaban dientes, salvo unos pocos raigones en la mandíbula inferior, y su habla era ceceante y confusa. Marianne se envolvió las manos en el chal y se apoyó contra la puerta junto a la mujer. La niebla del río era espesa y muy fría. Llenaba la calle ante la vieja torre y se filtraba por debajo de su chal. Marianne la oía gotear desde la bóveda encima de su cabeza. La Tournelle en sí parecía desierta: estaba oscura por dentro y por fuera, pero un delgado flujo de tráfico entraba a la ciudad por la Porte Saint-Bernard. Los faroles de los carros se veían borrosos. La gente que venía a pie, o con bultos misteriosamente envueltos, iba a oscuras, confiando en la creciente palidez del cielo por encima de sus cabezas.

Marianne empezó a tiritar. Había conseguido entrar en calor mientras caminaba, pero quedándose quieta el frío resultaba demasiado intenso. Dio unos pasos para restablecer la circulación de la sangre y se apartó de la puerta. Sobre la misma, en un bajo relieve, el rey aparecía sentado como una deidad griega al timón de un pequeño bajel, mientras unas ninfas marinas surgían de entre las olas para recibirlo, y los poderes del aire lo aclamaban alegremente desde las nubes. Marianne se encontró en la playa en la que se bañaban los hombres en los días calurosos del verano, mientras las señoras de alcurnia detenían sus carruajes en el camino superior para contemplar el espectáculo.

Del otro lado del río, invisible en la niebla, estaba la isla Louviers. Marianne permaneció ahí, intentando pensar qué decirle a Jean si lo viera. No sabía si era mayor su deseo de verlo y quedar libre de su larga incertidumbre, o el temor de, viéndolo, recibir la confirmación de todos los sufrimientos que le había causado. ¿Verlo le daría valor para confesar? ¿Y de qué le valdría a él su confesión a esas alturas? ¿No sería mejor acaso sencillamente apoyar la cabeza en su hombro y darle la moneda de oro del abate? Era posible que siguiera confiando en ella. Al verla allí, por lo menos podría saber que no había huido, aunque la verdad es que no era ningún mérito suyo. ¿No sería más bondadoso, si es que aún se fiaba de ella, dejarlo seguir su camino sin abrirle los ojos? Una duda nunca se le presentó, sin embargo: la de si no sería mejor marcharse antes de que abrieran las puertas. Estuvo caminando junto al río

media hora larga y luego volvió a La Tournelle a esperar.

Se había congregado un grupito de mujeres mientras ella se paseaba al otro lado de la puerta, y siguió creciendo hasta que fueron cerca de una docena. Marianne pensó que tenía que haber un motivo fundado para su presencia. Esperaban pacientemente, sin conversar, moviéndose solo lo imprescindible para que les circulara la sangre, dando pisotones.

A las siete en punto apareció un sacerdote de Saint-Nicolas, bajando presuroso la rue de La Tournelle, y el grupo se hizo a un lado para abrirle paso, todas menos la anciana que había sido la primera en llegar. Lo agarró por la manga cuando estaba a punto de entrar y Marianne, que estaba cerca, lo oyó decir:

—Hoy no. No. ¿Cómo voy a poder avisaros de antemano cuando ni yo mismo lo sé? Hoy no, y mañana tampoco. Si os fiáis de mí, yo le entregaré vuestro paquete.

En cuanto oyeron sus primeras palabras, las mujeres empezaron a alejarse del portal. Marianne se abrió paso entre ellas y cuando el cura estaba a punto de alejarse de la anciana, le gritó:

—Padre, ¿está mi marido entre vuestros prisioneros?

—¿Cómo se llama? —preguntó el sacerdote.

—Larcher.

El sacerdote negó con la cabeza.

—Jean François Larcher.

—No hay ningún Larcher —dijo, y habiendo logrado liberarse de la presa de la anciana, entró y cerró la puerta tras de sí.

Marianne se quedó sola con la mujer, que apretó los labios sobre sus encías desdentadas, formando una sonrisa desagradablemente comprensiva. Ahora que ya era de día, Marianne pudo ver lo sucia que iba. Tenía la piel de debajo de los ojos descolorida, de un amarillo verdoso, como si fuese un cardenal. La piel de alrededor de la boca estaba manchada de marrón. La desagradable sonrisa se partió por la mitad y la vieja le dijo:

—Igual vuestro marido se ha cambiado de nombre. Si alguna vez lo traen aquí, lo vigilarán por vos. Ya no tendréis que preguntaros por dónde anda, ni de noche ni de día. También se asegurarán de que rece sus oraciones.

—¿Está aquí vuestro marido? —preguntó Marianne, asqueada, pero

compadeciéndose de ella.

Un cloqueo áspero estremeció los labios tiznados.

—¿Mi marido? ¿A mi edad? ¡Quia! Es mi hijo. ¿Y sabéis por qué está ahí dentro? Por robar. Y no algo de comer, ni para vestirse. Ni siquiera robó algo que se pudiera vender sin meterse en más líos. Robó una tabaquera de plata, con iniciales grabadas. Una cochina estupidez. Y no creeréis que he venido a verlo por última vez, para abrazarlo. ¿Pensáis acaso que le he traído un poco de pan y queso para el viaje? No soy tan necia. Ya habéis oído al cura. Come bien; mejor que yo come. Me deja tirada para valerme por mí misma, a mis años. No, he venido a escupirle, ¿me oís? He venido a escupirle encima.

Los días de incertidumbre continuaron. La ciudad se fue adentrando cada vez más en noviembre, los días se fueron acortando y las noches se tornaron más frías. A finales de la segunda semana de noviembre, Marianne fue despedida de la casa en la que trabajaba. Empezó a frecuentar la rue de la Vannerie y el Bureau des Recommanderesses. Vendió los últimos platos de loza vidriada para comprar leña.

El precinto de la puerta del taller de encuadernación nunca había sido retirado, ni le habían devuelto a Marianne los libros de cuentas y demás registros del negocio. A Larcher le debían dinero que Marianne no podía cobrar. Por otra parte, se alojaba sin pagar renta, pero le preocupaba pensar que el taller estaría llenándose de humedades, que estarían saliendo moho y orín en las herramientas, en los telares de costura, las prensas, en todo lo que tan bien se había cuidado durante tantos años. Desde el día en que la habían interrogado, la policía la había ignorado, como si hubiese dejado de existir.

El 19 de noviembre, al pasar por la rue Saint-Paul, vio un grupo de hombres delante de la iglesia, leyendo un aviso clavado en la puerta. Uno de ellos era el boticario cuya tienda quedaba justo enfrente de la iglesia. Se apartaba del grupo justo cuando se acercó Marianne y estaba a punto de cruzar la calle cuando se fijó en ella y se paró en seco.

—Eso os concierne —le dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia el cartel.

A ella la sorprendió lo serio que estaba. Sin responderle, se acercó

presurosa a la puerta de la iglesia. Los hombres se hicieron a un lado sin decir una palabra. Todos la habían reconocido. El cartel, clavado por arriba pero no por abajo, aleteaba al viento. Marianne tuvo que apoyar las manos en los bordes para sujetarlo mientras leía.

Escrito en un lenguaje muy formal, pero sencillo de entender, el aviso anunciaba que el viernes, diecinueve de noviembre, a las seis de la tarde, serían ahorcados en la place de Grève en nombre de la justicia del rey un encuadernador llamado Larcher y un impresor llamado Rambault. Marianne no llegó a leer el nombre de Rambault, ni los de quienes daban fe de la declaración. Dio media vuelta y echó a correr, trastabillándose un poco, hasta la rue Neuve Saint-Paul, donde estaba el palacio donde se alojaba el abate Têtu. Eran poco más de las tres de la tarde.

—El señor abate se ha ido al campo un tiempo —le dijo el ama de llaves—. No ha dejado dicho cuándo volvería.

Miró a Marianne con curiosidad, cosa bien natural, dado que aquella mujer que preguntaba por el abate estaba pálida y mostraba una urgencia inusual. Cuando oyó que el abate estaba fuera, se le vidrió la mirada y se marchó sin explicar qué quería, ni dejar ningún recado.

—Sin embargo, me dirigí a ella con toda propiedad —le contó más tarde el ama de llaves al boticario—. Por supuesto, yo entonces no sabía qué había pasado.

Marianne volvió a la rue des Lions y, en pleno día, cerró todos los postigos. Estuvo dando vueltas a oscuras en la cocina, golpeando una mano contra la otra, incapaz de estarse quieta e incapaz de soportar el conocimiento que ponía fin a todas sus preguntas.

**A** las seis de la tarde, el viento se abatió sobre la place de Grève en ráfagas que hicieron temblar las antorchas al pie del cadalso. La mole de la catedral vista de lado desde la plaza, se alzaba por encima de los tejados apiñados de la isla de la Cité, recortando una oscura línea recta sobre el cielo, bajo la oscuridad de las nubes. Se había congregado una multitud alrededor del cadalso. Los arqueros de la guardia tuvieron que abrirle un paso entre la gente a la carreta del verdugo. Unas cuantas gotas de lluvia sisearon al caer en las antorchas, pero la tormenta aún no estaba lista para desencadenarse. Cuando la carreta alcanzó el patíbulo, el errático viento cesó por completo. La multitud, que había estado muy agitada, también guardó silencio. Resonó con claridad el golpe seco de la puerta al abatirse y a continuación, pero de forma menos nítida, se oyó la voz del sacerdote.

Había cuatro hombres en el carro: el verdugo, el sacerdote y los dos condenados.

Paul Damas se hallaba entre el gentío.

Después de la cita fallida en Fontainebleau, se había mantenido alejado de París. Se había presentado a su cita con Marianne a la hora acordada, y entre la muchedumbre que había ante el castillo, se había encontrado con el Cantor de Baladas tuerto. De hecho, fue este quien reconoció a Paul de espaldas y le dio un golpecito en el hombro, forzándolo a darse la vuelta y verse confrontado al rostro con su ojo canceroso. Por él había sabido Paul con cuánto ahínco buscaba la policía de París a los distribuidores del panfleto desde la detención de Larcher.

—Tú eras empleado de Larcher —dijo el Cantor de Baladas, guiñándole el ojo bueno—. A buen entendedor...

Ver hasta qué punto estaba al tanto de sus cosas el Cantor y con qué facilidad lo había reconocido, le causó gran alarma a Paul. Se lo había encontrado en un par de ocasiones desde la velada con el Padre Faroles y cada vez el Cantor de Baladas había hecho gala de una amistosa altivez que lo había molestado.

En Fontainebleau le dio las gracias a su suerte por la buena voluntad del Cantor de Baladas y se apresuró a apartarse de él lo antes que pudo. Sin embargo, después de semanas vagabundeando por Orleans, luego Blois, y de nuevo Orleans, a su regreso a París, ansioso de noticias, lo primero que hizo fue buscar al hombre, al que encontró en el Pont Neuf, como siempre, entonando sus canciones para todo el que quisiera oírlas.

Paul se había comprado ropa nueva, una casaca y un chaleco de un verde muy oscuro, un sombrero gris de piel de castor, y había tirado el morral en el que solía guardar las herramientas y sus pertenencias personales. A la cintura llevaba una faltriquera para el dinero.

Ese día había visto por sí mismo los avisos de la ejecución, aleteando al viento en las puertas de las iglesias, en las esquinas de las calles, en los accesos de los puentes. Le había parecido increíble que se hubiese dictado una sentencia tan severa por un delito tan pequeño; no creía posible que se ejecutara. Había acudido horrorizado a la place de Grève para ver con sus propios ojos el significado de las palabras impresas.

La muchedumbre se abalanzó hacia la carreta del verdugo, empujando a Paul, pese a sus esfuerzos. Intentó zafarse sin lograrlo. Se caló el sombrero hasta la frente y agachó la cabeza. La gente lo llevó a la fuerza hasta casi la rueda del carro. Los arqueros de la guardia contuvieron a la multitud y Paul pudo ver, a dos metros escasos de él, los anchos hombros y la cabeza cana de su patrón.

Larcher le daba la espalda. Le habían cortado el pelo; no llevaba chaqueta, solo una camisa blanca contra el azote del viento. A su lado estaba el verdugo; frente a él se hallaban el sacerdote, de negro, y Rambault. Este también llevaba el pelo desmochado, lo que le hacía el semblante más enjuto que nunca. La sonrisa se había borrado de la ancha boca honesta. Miró fijamente a

Paul, pero no dio muestras de reconocerlo. Con alivio, este cayó en la cuenta de que el fulgor de las antorchas levantaba un muro humeante entre los prisioneros de la carreta y la multitud que la rodeaba.

Así pues, era cierto. Larcher iba a morir. Era absurdo pero cierto. Paul sintió un gran asco y un inmenso odio por todos los que llenaban la plaza, los que ejercían la autoridad y los que habían ido allí a disfrutar con esas muertes. Los brazos del cadalso se cernían sobre las antorchas, iluminados por estas. Estaba hablando el sacerdote, pero mascullaba las palabras y, a pesar del silencio que guardaba la muchedumbre apiñada, resultaba ininteligible. Empujando violentamente con el codo y con el hombro, Paul se abrió paso hacia atrás entre los cuerpos que lo aprisionaban. Se apartaron ligeramente y consiguió deslizarse entre ellos, alejándose una fila del carro. Así, poco a poco, con empujones continuos, sacando fuerzas del inmenso horror que sentía, se abrió paso hasta el borde de la muchedumbre, desde donde ya no se podía ver nada más que los brazos del patíbulo en lo alto, a la luz de las antorchas, y donde era libre de dar media vuelta y marcharse.

A la entrada de la me de la Mortellerie, la puerta de una taberna estaba abierta de par en par. En el umbral estaba el tabernero, firme en su convicción de que las emociones dan sed, esperando a que terminara el ahorcamiento.

Paul se zambulló en la oscuridad de la calle. Cuando iba por la mitad, recordó otra tarde. Había sido ahí mismo donde se había quedado mirando cómo uno de los hombres de La Reynie tiraba de una cuerda para izar un farol a su sitio. «De la cuerda queda colgando», había dicho el hombre, con una sonrisa aviesa. Paul le había sonreído a su vez. El farol seguía colgado en su sitio, pero estaba apagado; tenía el cristal roto.

Paul se paró, se volvió contra la pared y vomitó. Mientras se limpiaba la boca, oyó alzarse las voces en la place de Grève rezando el *Salve Regina*. Eso solo significaba una cosa: que la ejecución había concluido. Si daba media vuelta, con solo retroceder hasta el inicio de la calle, podría ver balancearse en el patíbulo a la luz de las antorchas los cuerpos de Pierre Rambault y Jean Larcher. Siguió adelante, con paso inseguro, hacia el muelle Saint-Paul. A su espalda, el viento se abatió momentáneamente sobre los rezos, enmudeciéndolos, para luego amainar; las voces volvieron a alzarse, ásperas y llenas de aflicción, pero incongruentemente triunfantes en el súbito repunte del

sonido.

Paul probó la puerta del negocio en la rue des Lions. No estaba cerrada. La abrió empujando, y en las tinieblas de la habitación vio a una mujer sentada junto a una lumbre moribunda. Estaba sentada con las rodillas separadas y los pies firmemente plantados en el suelo de piedra, los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza tan inclinada que no se le veía la cara, en una actitud de agotamiento total, sin gracia alguna, como la que podría asumir un labriego, o una mujer de la calle.

Paul echó un vistazo rápido alrededor de la estancia. Estaba cambiada, despojada. El suelo estaba manchado de barro. La cántara de cobre, opaca por el deslustre, no reflejaba el fuego. El viento sacudió los postigos. Marianne alzó la vista, vio a Paul de pie junto a la puerta y se quedó mirándolo con aire inexpresivo.

Él echó la tranca a la puerta y se acercó a ella, indeciso, curioso, inseguro de cómo sería recibido, después de haber corrido a buscarla, dudando casi que aquella fuese la mujer que buscaba. Pero Marianne se incorporó, vacilando ligeramente y luego avanzó hacia él con los brazos extendidos.

Bajo sus ojos había cercos de oscuridad. La cofia y la pañoleta blancas que Paul recordaba habían desaparecido. Estaba envuelta en chales oscuros. Podría haber surgido de las sombras en la calle, pidiendo limosna en cualquier esquina; pero estaba sonriéndole, y antes de que tuviera tiempo de mirarla bien, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, la tenía entre sus brazos. Acercó la mejilla a su cabeza y la estrechó con fuerza, mientras todo el miedo, la duda y la culpa que se habían enseñoreado de ellos durante tantos meses hallaban expresión solo en el deseo que los embargaba, abrazándose en medio de la habitación a oscuras. Al cabo de un tiempo, vinieron las preguntas, las confesiones, murmuradas por labios apretados contra una mejilla, confusas, comprendidas solo a medias. Inevitablemente, acabaron por tomar conciencia de su situación. Marianne preguntó:

—¿Sabes lo que le han hecho?

—Lo he visto en la carreta.

Marianne se encogió, pero no soltó las manos de Paul.

—¡No habrás visto cómo lo ahorcaban!

—No, pero ya ha terminado todo. He oído el *Salve Regina*. ¿No lo has

oído tú?

Marianne negó con la cabeza.

—He oído las campanas a las seis —dijo, retirando las manos.

—¿Cómo iba yo a saber que lo ahorcarían? —exclamó Paul—. El mismo dijo que los panfletos no presentaban gran peligro. ¿No te acuerdas que dijo eso? Nicolas... Nicolas también lo dijo.

—¿Por qué lo hiciste, Paul? ¿Por qué?

—No lo sé. Fue un error. O sí, sí lo sé. Quería quitarlo de en medio. Siempre estaba aquí. Nunca nos dejaba solos. Fue un error, pero yo no podía prever... ¿Cómo iba a saber que considerarían tan gran delito un estúpido libelo?

Se defendía del reproche que leía en sus ojos. No podía rebatirlo con palabras y lo que lo hacía más difícil de soportar era que ella no se le resistiera nada. Paul también había pasado sus malos momentos durante los últimos meses. Precisamente por eso no se había puesto aún a salvo del otro lado de la frontera, en Suiza, pero ese trance era el peor que había conocido. Había soñado con estar a solas con ella en esas habitaciones. Ahora estaban del todo solos. Nada les impedía irse a la cama en la alcoba del piso superior, pero la idea se había convertido en un horror. Para romper el hechizo, Paul dijo por fin:

—No podemos quedarnos aquí. Vendrán a por mí. Han estado buscándome desde el principio.

—Nunca nos acusó —dijo Marianne, sin moverse—. Nos protegió.

Puesto que había dicho «nos», Paul sintió volver su autoridad.

—Tenemos que irnos —repitió—. ¿Acaso no temes por mí?

Tuvo que ponerle la mano en el hombro y sacudirla para conseguir que reaccionara. Cogió su mano, se lo puso por encima de los hombros y la acompañó a la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó entonces Marianne con desesperación.

—Tengo un cuarto. Vamos.

**L**a Tour de la Chapelle recibía el sol de la mañana, siempre que el día amaneciera soleado. Se erguía sobre el foso de la ciudad y el jardín de monsieur Baismaux en la explanada de las fortificaciones. Los tejados y agujas del suburbio de Saint-Antoine habrían resultado visibles para los ocupantes de la torre si las ventanas de las estancias —había un cuarto en cada piso de la torre— no hubiesen sido tan estrechas, ni tan altas. La viuda Cailloué y su hija solo podían ver una tira del cielo oriental.

El viernes que Jean Larcher y Pierre Rambault hallaron la muerte no hubo sol temprano. El día siguió oscuro y frío, y el viento, absorbido por los grandes humeros de la chimenea de la Tour de la Chapelle, silbaba y gemía, o aventaba sin aviso las cenizas del hogar por el cuarto. A medianoche, la lluvia hizo amainar el viento y aumentó la humedad en toda la estancia. El sábado fue asimismo oscuro y frío, y el domingo, si es que el sol brilló en algún otro sitio, los habitantes de la Tour de la Chapelle no tuvieron forma de saberlo. El domingo, a primera hora de la tarde, Marianne Cailloué estaba sentada junto al lecho en el que yacía su madre. Le sostenía la mano a la anciana, acariciándola cada tanto, calentándola entre sus propias manos y, a veces, con los labios. Se había pasado los dos últimos días enteros sin moverse de allí.

Y cada uno de esos días, por la mañana temprano, la mano de su madre estaba fría y la esmirriada forma bajo las mantas tiritaba continuamente, por más que su hija derrochase echando al fuego toda la leña que les había traído Saint-Roman. Por la tarde, la mano de su madre se ponía caliente y seca y se intentaba quitar las mantas de encima, solo para que su hija la volviera a tapar

cada vez, con dulzura pero firmeza.

—Es por la fiebre. Cogerás más frío si te destapas.

Cuando Saint-Roman golpeaba la rejilla de la puerta al traer la comida, Marianne dejaba a su madre sola el tiempo necesario para recoger lo que les traía y responder a las preguntas del hombre:

—Está bastante bien, pero muy cansada, y estando en la cama es la única forma de que entre en calor.

El viernes por la noche había dicho eso y lo repitió el sábado, rechazando su oferta de avisar a un médico, pidiendo solo más leña. El domingo a mediodía había insistido:

—No está enferma; está descansando.

El carcelero no se molestó en discutir el asunto, y en el fondo de su corazón, Marianne se lo agradeció. A lo largo de ese mes, el hombre se había mostrado mucho más amable de lo que ella se había atrevido a esperar. Reiteradamente le había permitido bajar al gran patio los días de buen tiempo, y la había dejado pasear libremente, salvo que nunca dejó que se cruzara, o viera siquiera, a ningún otro preso. Esos ratos bajo el cielo, al aire libre y ocasionalmente soleado, la habían ayudado a mantener su valor y su fuerza.

Como él mismo había señalado, estaba prisionera a petición propia. Monsieur Du Junca había aceptado que disfrutara de un privilegio concedido a algunos prisioneros, privilegio cuyo otorgamiento se basaba exclusivamente en el criterio de monsieur Du Junca. Su madre, por otra parte, no podía beneficiarse del mismo.

La anciana sonrió al enterarse de eso y comentó que no habría aceptado el privilegio en cuestión aunque se le hubiese concedido, y por muchas razones, la primera de las cuales era el número de escalones que había hasta el patio. Su sonrisa al decirlo carecía de amargura, pero traslucía una ligera ironía y un buen montón de orgullo. La viuda Cailloué, como su hija comprendía de sobra, no pensaba aceptar ningún favor de sus enemigos. No pensaba exhibirse, y menos en ese siniestro recinto. Aceptaba su prisión como si fuera un retiro espiritual.

Era posible que la bondad de Saint-Roman nada más se debiese a la existencia de una cantidad de dinero custodiada por monsieur Du Junca, y de la que recibía su parte. Si sus prisioneras hubieran resultado conflictivas o

brutales, a no dudarlo les habría respondido con su propia brutalidad. No obstante, con dos mujeres calladas, educadas y decentes, aún no tratándose de grandes damas, se mostraba considerado de forma natural. El mismo carecía de educación. Conocía su trabajo. Era un sirviente en una extraña suerte de posada: un sirviente diligente y práctico. La prisión que tanto terror y misterio encerraba para aquellos que la contemplaban desde fuera, le resultaba a él en extremo banal. Se interesaba por las personas a su cargo, y a Marianne Cailloué le dio ese domingo la impresión de que se mostraba particularmente delicado al refrenarse de hacer ninguna pregunta.

Su madre estaba muy enferma, en realidad. A ese respecto, las dos mujeres no fingían en absoluto entre ellas. El viernes por la tarde, mientras el viento actuaba de forma tan extravagante en la chimenea, vociferando y silbando a ratos como un animal, a ratos como un demente, la anciana había manifestado:

—Es mucho lo que puedo soportar. Puedo aguantar cuanto sea necesario, pero no la idea de tener que discutir con un cura. Si sospechan que me estoy muriendo, mandarán a un jesuita.

—No les permitiré sospechar nada —dijo su hija, acariciándole la frágil mano.

El domingo, poco después de mediodía, el cuerpo bajo las mantas y las capas de lana estaba relajado. Las tiritonas matutinas habían cesado. La fiebre vespertina todavía no había cogido fuerza. Su madre parecía dormir, y Marianne Cailloué, sin retirar las manos, interrumpió sus caricias y descansó a su vez. Estaba sentada, inclinada hacia el lecho, con la mirada fija en la mano que sostenía entre las suyas, advirtiendo la transparencia de la piel tirante sobre los nudillos hinchados, los dedos huesudos que otrora habían sido tan carnosos y esbeltos como los suyos, y pensó que lo que les había sucedido a su madre y a ella estaba cantado de antemano desde el mismo momento en que salieron de la cárcel de La Berchère rumbo a París. Pese a su fragilidad, la mano que tenía en la suya mostraba líneas de fuerza, pero no de la clase de fuerza que podía soportar el largo viaje, los días de confinamiento sin sol, o el desgaste físico del miedo continuo y antiguo. Resultaba imposible vivir en esa masa de piedra sin sentir algún miedo, no importa cuán tranquila se tuviera la conciencia, ni cuán profunda fuera la fe en Dios.

Su madre ya estaba declinando antes de su primera detención en Ruán.

Marianne Cailloué intentó creer que, aun sin la fatiga y el choque del arresto, esa hora, que era la de la muerte de su madre, se habría presentado casi igual de pronto. Sin esa creencia, su amargura se habría convertido en ponzoña y desintegración para el espíritu.

Todavía no las había informado nadie de qué cargos había contra su madre. Una sola vez las había visitado monsieur Du Junca, en compañía de un funcionario del Châtelet de París, quien había interrogado a la viuda acerca del negocio y sus relaciones con Jean Dumesnil, y le había mostrado, para su ratificación, un inventario de todos los libros y panfletos que habían encontrado en su tienda o en su biblioteca personal. La viuda Cailloué examinó la lista con sumo cuidado. Era extraordinaria la buena vista que tenía pese a su edad; no necesitaba gafas. Recorrió la relación de arriba abajo, referencia a referencia, y cuando hubo llegado al final, alzó los ojos oscuros y brillantes hacia los del funcionario y declaró que la lista era correcta en todos sus detalles.

—No obstante, monsieur —le precisó al funcionario—, habéis de tener en cuenta que los títulos relacionados en esta última página nunca se han ofrecido a la venta en la tienda, ni se han expuesto jamás. Estos libros pertenecieron a mi esposo. Los he conservado en su memoria y para mi uso exclusivo.

—Podéis incluir una apostilla en ese sentido —dijo el agente— y a continuación, he de rogaros que firméis la declaración.

En cuanto se hubieron marchado los funcionarios, llevándose los papeles firmados y también la pluma y el tintero, se dirigió a su hija:

—Bueno... Han encontrado los libros de tu padre. Hemos vuelto al año de la Revocación.

Un rato después, esa misma tarde, interrumpió un prolongado silencio para decir:

—Bienaventurados seáis cuando os odien los hombres y cuando os expulsen de su seno, os insulten y desprecien vuestro nombre como cosa mala, por causa del Hijo del hombre<sup>[35]</sup>.

No volvió a expresar extrañeza por su arresto, ni tampoco ninguna teoría acerca de sus posibles causas. Marianne Cailloué tenía su propia teoría sobre el origen de sus problemas, pero se guardó de comentarla con su madre. El descubrimiento de los libros de su padre podía ser razón suficiente para que

estuviera, como estaba, bajo custodia del rey. Pero en todos los años que habían transcurrido desde el fallecimiento de su padre, nadie se había molestado nunca en registrar su biblioteca. Ahora bien, los tejemanejes de Jean Dumesnil con los emigrados hugonotes, eso ya era harina de otro costal. Hacía mucho que la tenían angustiada. La mención del nombre de Nicolas Larcher había confirmado sus sospechas. Que la investigación de la policía se centrara en el padre antes que en el joven no cambiaba nada.

La amargura a la que intentaba sobreponerse sentada a la cabecera de su madre moribunda no se dirigía contra Jean Dumesnil. Sus simpatías estaban con los miembros de la Religión que deseaban huir del reino, y sentía gran admiración por Jean, que corría muchos riesgos al ayudarlos. Se había cuidado mucho de no saber exactamente qué era lo que hacía. Si su «comercio» había dado con los huesos de los tres en la Bastilla, no era más que un curioso percance del destino. No podía hacerlo responsable a él. Cada vez que bajaba a pasear al patio, lo hacía con la esperanza de verlo, y cada ocasión fallida aumentaba su decepción. Empezó a comprender que, aunque había rechazado cinco veces su propuesta de matrimonio, si el destino le permitiera hacérsela una sexta vez, estaría más que encantada de aceptarla.

Después de la visita de monsieur Du Junca y el funcionario de policía, su madre se ensimismó cada vez con mayor frecuencia en largas ensoñaciones durante las cuales su rostro cobraba una expresión tal de exaltación y serenidad que Marianne se guardó mucho de interrumpirlas. Pero por mucho que respetara esos silencios, y por profundamente que los agradeciese, a sabiendas de que su madre hallaba en ellos el consuelo y sustento de toda la pasión de su fe, la dejaban a ella sola, y con una existencia tan limitada que a duras penas podía soportar su soledad.

Tenía bien poco que hacer, una vez despachadas las pequeñas tareas domésticas. No tenía papel ni pluma, ningún libro, ninguna vista del mundo exterior. No podía quedarse sentada inmóvil como hacía su madre, una hora tras otra, con las manos dobladas en el regazo, la brillante mirada exaltada fija en las sombras más allá del hogar. Habría consentido casi cualquier cosa, se decía en su fuero interior, con tal de salir de esa habitación; cualquier cosa,

menos abandonar a su madre. Marianne era prisionera del sufrimiento de esta.

Y ahora había llegado el momento en que la mujer se preparaba para dejar a su hija. Seguía teniendo los ojos cerrados. Sus mejillas empezaron a coger un poco de color. Su cuerpo, libre ya de escalofríos, yacía relajado y tranquilo al calor de la fiebre que volvía a subir. Era una apariencia de recuperación.

Marianne Cailloué pensó en lo poco que sabía de la mujer a la que velaba. Su rostro, tan parecido al suyo, era el de una extraña. No se parecía al de ella en lo parco de su sustancia y en su serenidad. El cuerpo lo conocía bien, de atenderlo en la enfermedad. De la mente conocía la fuerza de su fe y ciertas preferencias y antipatías, triviales muchas de ellas. Pero de la juventud de su madre, incluso de los días de su propia niñez al resguardo de sus faldas, qué poco sabía.

Su madre era enfermizamente sensible a los olores. Le gustaba el aroma de las hierbas medicinales y purgativas, de la ruda, el enebro y el romero. Le desagradaban las multitudes, y en primavera y en los días ventosos del otoño, solía pasar mucho tiempo sola en las altas colinas junto al río. De esas excursiones volvía con una cesta llena de esquejes de plantas silvestres, hojas y raíces, y en otoño, con bayas rojas de escaramujo,

En casa cultivaba un pequeño huerto de hierbas y hortalizas, pero no era lo bastante grande para dar cobijo a todas las plantas que necesitaba para sus remedios, o eso decía. Su hija sospechaba que las caminatas solitarias resultaban más sanadoras para la intensidad de su espíritu que todas las plantas que encontraba.

Marianne recordaba cómo regresaba su madre de esos paseos, con el manto húmedo de la niebla y oliendo a hierbas punzantes, los ojos luminosos y profundos, la cara relajada, y el borde de la falda embarrado y en ocasiones desgarrado. Cuando su marido protestaba, diciendo que ponía en peligro su salud paseando con tiempo húmedo y frío, ella se limitaba a sonreír.

Esos vagabundeos habían cesado tras la muerte de su marido. La edad había empezado a pesarle visiblemente; las hierbas del pequeño huerto no habían bastado para hacerla retroceder.

El nombre del pueblo normando en el que había nacido su madre, su nombre de soltera, el oficio de su abuelo materno, todo eso lo sabía la hija. La mujer había hablado raras veces de su niñez y nunca de los días de su cortejo.

Marianne Cailloué no sabía si la pasión de su madre por la Reforma había influido en su padre o si habría sido a la inversa. Una cosa era segura: su amor conyugal y su religión se habían entremezclado muy estrechamente.

Marianne recordaba claramente un consejo de familia, poco después de hacerse pública la Revocación, en el que habían estado presentes Jean Dumesnil y su hermano Jacques. En el pequeño cuarto de la trastienda, atestado de armarios altos de madera de nogal pesadamente tallada y oscurecida por los años, se habían sentado todos alrededor de la mesa redonda, con las manos en el tablero, formando una especie de estrella, y por primera y última vez habían discutido si debían vender el negocio y abandonar Francia. Jacques Dumesnil había recomendado enérgicamente ir a Inglaterra. Su madre había permanecido en silencio. Después de mucho discutir, su padre había dicho:

—Mi religión significa mucho para mí; también mi país. No tengo ningún deseo de irme de Francia. No puedo creer que mis compatriotas no vayan a permitirme vivir y morir en paz según mi propia fe, si me abstengo del menor intento de hacer proselitismo. Los franceses no somos una nación intolerante. Cuando era joven, el rey hizo ciertas declaraciones en la línea de su abuelo; ahora parece haber renegado de ellas. Yo, sin embargo, confío en que vuelva sobre su decisión y retome aquella tolerancia. Resultaría muy ventajoso para él y le ahorraría una guerra con Inglaterra. ¿Qué piensas? —concluyó, volviéndose hacia su esposa.

Y esta contestó:

—Pienso lo mismo que tú.

Y así había quedado zanjada la cuestión. Los hermanos Dumesnil se habían inclinado ante la decisión de su padre y, a causa de aquella decisión, su madre, Jean y ella se encontraban ahora en la prisión del rey.

—Pienso lo mismo que tú.

La madre de Marianne nunca había mencionado aquella decisión, pero difícilmente podía haberla olvidado; y su hija estaba convencida de que nunca se había arrepentido de ella.

El sonido de las campanas que entró flotando por la estrecha ventana le indicó que era la una de la tarde. Media hora después, su madre se agitó, suspiró y abrió los ojos. Con un hilo de voz, le dijo a Marianne:

—Léeme en voz alta.

—Se te olvida, *maman*, que se han quedado con nuestros libros.

En los ojos oscuros hubo un destello de arrogancia.

—¿Desde cuándo necesitamos un libro? Léeme los Salmos de David. —

Hizo una pausa para recuperar el aliento, y empezó a recitar con tono firme, aunque en voz muy baja—: El Señor es mi pastor, nada me falta. —Pero no pudo seguir.

Se quedó con los ojos fijos en la cara de su hija y movió los labios sin emitir ningún sonido, mientras Marianne continuaba. Las palabras de hondo consuelo fueron desgranándose lentamente entre las dos: el valle de las sombras, la vara y el cayado.

—Preparas ante mí una mesa a la vista de mis enemigos —dijo Marianne Cailloué.

Pero antes de que pudiera seguir recitando, la interrumpió su madre, incorporándose un poco sobre las almohadas, con voz fuerte y perfectamente clara.

—Júzgame, Señor, porque he procedido con integridad... No me he sentado con hombres falsos, ni voy con hipócritas. *Fais-moi justice, O Éternel, fais-moi justice!*

Se le ahogó la voz y se dejó caer sobre las almohadas, exhausta, con los ojos cerrados. Luchó por recuperar el resuello y al cabo de un rato volvió a abrir los ojos, esos ojos oscuros que tan extraordinarios resultaban en su rostro consumido, y sonrió. Era una sonrisa de triunfo más que de ternura, pero también transmitía afecto y una gran comprensión secreta. Después, se quedó dormida. Eran casi las dos de la tarde cuando Marianne Cailloué se dio cuenta de que a su madre, que tenía la cabeza vuelta a un lado, le colgaba la boca abierta en esa dirección. Al mismo tiempo, notó que la mano que sostenía en la suya se había quedado mucho más relajada de lo que el sueño justificaba. Se la levantó y se la puso a su madre en el pecho y luego cogió la otra y la cruzó por encima.

Cuando Saint-Roman, que subía a hacer su ronda vespertina de las habitaciones superiores, pasó delante de la rejilla de la celda, Marianne se dirigió a él. El hombre regresó al poco acompañado de monsieur Du Junca.

—Ha pasado a eso de las dos de la tarde —dijo la joven.

—Deberíais haberme avisado antes —dijo Du Junca—. De haber sabido que vuestra madre estaba enferma, le habría mandado al confesor.

—Ha sido todo muy rápido al final —dijo Marianne Cailloué.

—Es una lástima que haya muerto sin confesar —dijo monsieur Du Junca—. Hay una regla que no podemos pasar por alto: es imposible inhumar en suelo consagrado a quienes mueren inconfesos. Saint-Roman, vos lo sabéis bien. ¿No habéis observado nada?

—Mademoiselle siempre me decía que su madre estaba reposando —repuso el carcelero.

—Normalmente —declaró con tono pedante el otro hombre—, los que mueren en esta bastilla son enterrados en el cementerio de la iglesia de Saint-Paul, que solía ser en tiempos la parroquia del propio rey. Las inhumaciones se llevan a cabo por las tardes. En el registro se inscribe un nombre supuesto, para no causar ningún embarazo a los parientes vivos del difunto. El nombre auténtico solo consta en mi registro. Todo está perfectamente regulado. Desgraciadamente para vuestra madre, al morir sin haber recibido la extremaunción, solo cabe enterrarla en las casamatas del castillo. ¿Comprendéis lo que os digo? En los cimientos de la prisión. No puede abandonar la prisión.

—Ella deseaba morir en su religión —dijo Marianne Cailloué.

Monsieur Du Junca se quitó el sombrero y se frotó la nuca con gesto reflexivo. Miró a la mujer que tenía ante él sin comprender, sintiéndose perdido.

—Si a vos no os parece una pena, mademoiselle —dijo, volviendo a ponerse el sombrero—, ¿quién soy yo para protestar? Enterraremos a la difunta mañana por la noche a las ocho, en las casamatas del bastión. Creo que no hay nada más que discutir.

—Mi marcha —dijo Marianne Cailloué—. Deseo partir para Ruán lo antes posible, después del entierro de mi madre. Correré con los gastos del viaje.

—En cuanto a eso —dijo monsieur Du Junca—, está por ver. No es tan sencilla la cosa.

—No soy vuestra prisionera. Nunca me he hallado bajo arresto.

—Cierto —dijo monsieur Du Junca—. No obstante, habéis de entender

que habéis sido admitida aquí al amparo de una *lettre de cachet*. Monsieur de Baismaux no puede ponerlos en libertad sin una orden del rey. Este asunto de la muerte de vuestra madre fuera de la Iglesia puede causarle algunas dudas a su majestad. Puede que piense que necesitáis alguna instrucción religiosa. En su lugar, yo así lo pensaría.

## 29

**E**l 20 de diciembre iba a haber otro ahorcamiento. Poco antes de las seis, se congregó una multitud delante del Grand Châtelet. Se había levantado el cadalso en la place de Grève. Se suponía que iban a ser ejecutados dos hombres, ambos por haberse visto implicados en la publicación y distribución de libelos. Entre la muchedumbre, nadie sabía gran cosa acerca de la naturaleza de esos libelos. La nieve caía en el crepúsculo temprano; se pegaba a los cantos rugosos de la piedra, a los hombros de los hombres y mujeres, y en los rincones de las calles que nadie hollaba se acumuló formando una delgada capa blanca.

Apareció la carreta del verdugo. Como en otras ocasiones, los pacientes pencos la arrastraron hasta la puerta de la cárcel. Los arqueros de la guardia la rodearon, levantando un muro de antorchas. Se abrió el portón y los que estaban cerca pudieron ver a un pobre diablo con camisa blanca adelantarse cojeando por el corredor abovedado, flanqueado por un cura de negra sotana y un oficial. En ese preciso momento, con gran estruendo de cascos, hizo su aparición un mensajero a caballo que desperdigó al gentío, desmontó de un salto y se unió al sacerdote, al reo y al oficial en el umbral mismo de la prisión.

Se produjo un breve conciliábulo, se exhibieron papeles y se cerró la puerta del Châtelet. Un murmullo corrió como un reguero de pólvora desde los que estaban más cerca de la puerta hasta los más alejados, al borde de la multitud: se suspendía la ejecución. Indulto real. Se llevaron el carro y la muchedumbre se dispersó. Los arqueros de la guardia se fueron con las antorchas a otra parte.

Jean Chavance no iba a morir esa noche. Lo que había ocurrido era lo siguiente.

Después del ahorcamiento de Larcher y Rambault, la policía había dedicado todas sus energías a investigar a Chavance, el amigo de Rambault. No habían logrado sacarle nada a Larcher, ni siquiera durante la cuestión de tormento posterior a la sentencia. Lo habían tomado por un viejo, pero su resistencia era la de una roca. Charon, el buhonero, fue condenado al mismo tiempo que Larcher, pero a galeras, no al patíbulo. Fue enviado a La Tournelle, donde enfermó. El nueve de diciembre, el rey hizo saber por intermedio de Pontchartrain que, puesto que el buhonero estaba enfermo, no sería despachado con la cadena de presos que por entonces estaba siendo aprestada, sino que habría de ser enviado a otro presidio. Chavance también se había negado a hablar y, a falta de su confesión, la policía había arrestado a su hermano en Lyon y a dos amigos suyos, de nombre Capol y Binet. La búsqueda del panfleto con tra madame de Maintenon y el rey se había convertido en una extensa inquisición en pos de cualquier posible fuente de injuria. Fue detenido asimismo un mercachifle conocido por Friquet, natural de Arrás o de Amiens (la policía no llegó a aclararlo), y el hijo de un pastor protestante de Ruán llamado La Roque fue arrestado y sentenciado al mismo tiempo que Chavance.

Mientras tanto, el día después de la ejecución de Larcher, monsieur De La Reynie recibió de Pontchartrain la siguiente instrucción:

*Le roi m'ordonne de vous écrire qu'en cas que Chavance, libraire de Lyon, soit condamné à la mort, sa majesté désire que vous fassiez surseoir l'exécution du jugement*

*jusqu'à nouvel ordre*<sup>[36]</sup>

El interrogatorio de Chavance continuó a lo largo de noviembre y hasta bien entrada la tercera semana de diciembre. Entonces, y en respuesta a una consulta perpleja, monsieur Robert recibió una misiva de Versailles. Pontchartrain le escribió en nombre del rey:

El rey no tiene intención de librar a Chavance del dolor del tormento en caso de que resulte condenado. Su majestad meramente desea cambiar la pena capital por la de galeras, en el supuesto de que sea condenado a muerte y a la cuestión de tormento previa a la ejecución. Que nada os impida aplicar el tormento, ni tampoco ir ejecutando la sentencia, hasta el mismo instante en que vaya a ser conducido a su castigo. En ese momento, monsieur De La Reynie hará uso de la orden que le envió para suspender la pena de muerte.

La resolución de Chavance se quebró en la tortura final, y habló. Había distribuido ejemplares del libelo contra madame de Maintenon. Las copias que quedaban estaban escondidas en una celda del convento de los Cordeleros, donde uno de los buenos frailes lo albergaba ocasionalmente. Se trataba de un tal padre Lefief.

La Reynie recibió una orden del rey, dirigida al superior del convento, solicitando autorización para que la policía entrara a incautarse de los libros. Estos fueron hallados exactamente donde Chavance había dicho que estaban. Fueron entregados a la policía y destruidos.

El abogado Antoine Bruneau detalló las circunstancias del indulto en su diario íntimo:

*Chavance eut la question et jasa, accusant les moines. La potence fut plantée a la Grève, et la charrette menée au Châtelet. Survint un*

*ordre de surseoir à l'exécution, et au jugement de La Roque, fils d'un ministre de Vitré et de Rouen, qui a fait la préface de ces livres impudents. On dit que Chavance est parent ou allié du père Lachaise, confesseur du roi, qui a obtenu la surséance*<sup>[37]</sup>

Su fuente eran habladurías; no tenía forma de demostrar que el padre Lachaise hubiese intercedido por Chavane, y los libros impúdicos de los que se tenía por responsable a La Roque nada tenían que ver con el infame libelo contra el rey por el que habían pagado Rambault y Larcher.

Si en algún momento de su confesión Chavance llegó a mencionar el nombre de Monsieur, hermano del rey, el hecho fue mantenido en secreto por La Reynie. No obstante, cuando este volvió a ver a monsieur Robert, le hizo esta observación:

—Demos por supuesto que por fin hemos conseguido exorcizar el fantasma de monsieur Scarron. No hace falta volver a hablar de él nunca más.

**E**l día de enero había sido oscuro y encapotado. A mediodía, unos cuantos copos de nieve se habían desprendido perezosamente de las densas nubes solo para ser pisoteados en el aguanieve fangoso que llenaba las calles de Londres. El día del funeral de la reina María, otros tantos copos esporádicos habían caído sobre el oro y la púrpura de su ataúd cuando se dirigía a Westminster, y su pueblo había permanecido con los pies en el lodo helado, para verlo pasar. Nicolas Larcher estaba ahí con ellos. Se había dado cuenta de que muchos lloraban, y como no le había parecido que fuese costumbre de los ingleses expresar abiertamente sus emociones, esas lágrimas espontáneas y nada disimuladas lo habían impresionado mucho más. Él no había llorado, pero había sentido el peso de la aflicción pública. La reina había fallecido la semana de Navidad, y los festejos habían quedado suspendidos, no por real decreto, sino por el pesar universal y espontáneo. A Guillermo, según decían, la pérdida le había supuesto un golpe del que nunca se recuperaría. Seguía retirado. Proseguían las actividades en el Parlamento y en la City, pero la sensación de abatimiento dominaba todas las actividades y el cielo seguía encapotado. Era el año 1695.

El día era tan oscuro que hicieron falta velas en pleno mediodía en el taller donde estaba empleado Nicolas. Era un negocio bastante grande. Allí trabajaban, además de él, otros dos oficiales, media docena de aprendices de edades variadas, y el maestro, un inglés, que había contratado al joven francés por recomendación de un amigo. Desde que se había marchado de Ruán, Nicolas había progresado, siguiendo un camino bien balizado, al cuidado de

miembros de la Religión Reformada. Había sido aceptado como si fuese uno de ellos, todo merced a aquella primera presentación en Ruán. No había más franceses en el taller, aunque en la ciudad de Londres se estimaba que había unos sesenta mil refugiados de Francia.

No le habían faltado oportunidades de tratar compatriotas. Había encontrado alojamiento en casa de un viejo *émigré* de Nantes, un tal monsieur Bouquet, que le dio lecciones de inglés y lo asesoró acerca de los usos y costumbres del país. Monsieur Bouquet era relojero, estaba empleado en Charing Cross Road, y cuando su jornada laboral llegaba a su término, antes de volver a casa, quedaba a veces con Nicolas en un café cerca de la catedral de Saint Paul. Nicolas se había citado con él esa tarde.

En el tiempo que llevaba en Londres, no había aprendido prácticamente nada que le resultara nuevo en su oficio. Al contrario, había comprobado que era mucho más experto que la mayoría de sus compañeros ingleses. Su amo inglés, presto a la hora de reconocer a un artesano bien formado, se había alegrado de contar con él. La mayor parte del trabajo de restauración de volúmenes antiguos le era encomendada al joven francés, y mientras los aprendices doblaban diligentemente los pliegos de las publicaciones nuevas, Nicolas en su rincón se dedicaba a desmembrar y reconstruir libros antiguos, como los que su padre solía reparar. En lo que atañía a la profesión, en ocasiones pensaba que bien podría haberse quedado en casa, pero había considerable diferencia en otros ámbitos.

Esa misma tarde le habían confiado, sin prestarle importancia, un libro para reencuadernar, y antes de marchar a su cita con monsieur Bouquet, lo abrió una vez más para leer la portadilla. Era una experiencia que le producía singular deleite.

*The History of the Sabbath, by Pet. Heylyn,  
London. Printed by Henry Seile, and are to  
bee solde at the Sign of the Tyger's-Head in  
Saint Paul's churchyard, 1636*<sup>[38]</sup>

Nicolas sonrió, y no tanto por el hecho de que la Cabeza del Tigre todavía prosperaba, al cabo de casi sesenta años, y porque pasaría bajo su enseña esa misma tarde al dirigirse a su encuentro con su amigo. Sonrió porque esta *Historia del Sabbat* exponía la teoría, del todo herética, de una pequeña comunidad religiosa que rechazaba el domingo, primer día de la semana, como día de culto cristiano y abogaba por volver a la costumbre judía y a la ley de Moisés y celebrar como día santo el séptimo día. Nicolas había hojeado el libro, cuyos argumentos le habían parecido razonables, con la salvedad de que hacían caso omiso de las instrucciones de san Pablo. Pero el mero hecho de poder tener ese libro en la mano sin sentir miedo, que su presencia en la tienda no suscitase la menor alarma, que su existencia supusiera la de una secta que —aunque probablemente no fuese numerosa, ni objeto de aprobación general— no era perseguida, todo eso le parecía asombroso. Constituía la razón misma de su traslado a Inglaterra y de su permanencia allí.

No siempre estaba contento. No le gustaba la comida ni el clima y a menudo se sentía solo. No ganaba más de lo que podría ganar en Francia y a veces le pagaban con monedas cercenadas, aunque eso no era culpa de su patrón, sino del maltrato de la moneda. No obstante, había encontrado la libertad que tanto había anhelado y solo por eso, se decía, bien podía soportar unos cuantos meses más los pudines y la lluvia.

Su amigo Bouquet le había contado que en Inglaterra sí existía una especie de censura de prensa. Era conocida como Ley de Licencias y se ocupaba principalmente de las formas de hacer negocios. Era considerada más una fuente de irritación que como una amenaza. Estipulaba, entre otras cosas, que el puerto de Londres seguía siendo el único puerto de entrada al país para los libros impresos en el extranjero, que el agente de aduanas que abriera una caja de libros para su inspección sin la presencia de un censor de prensa incurriría en un delito penal. «¿Y cómo —preguntaba retóricamente monsieur Bouquet— podrían saber de antemano esos pobres diablos qué hay en la caja, si nunca figura en ella una descripción del contenido?». Por añadidura, los censores se demoraban en el cumplimiento de su cometido. Valiosos cargamentos de libros permanecían en los almacenes de la aduana hasta que les salía moho a las páginas.

Su amigo el relojero había seguido ilustrando a Nicolas. La Ley de

Licencias permitía el registro de locales privados al amparo de una orden general y esa práctica se le antojaba al anciano refugiado mucho más grave que la mera pérdida de mercancía debido al moho.

—La tienda de tu padre fue registrada, ¿no es cierto?

Nicolas asintió.

—Y sin presentar una orden, supongo.

Nicolas se rio:

—Ciertamente, a nadie se le ocurriría pedirle a la policía que mostrara una orden de registro.

—Exactamente —dijo el viejo refugiado—. La policía tiene derecho de registro. O tienen una orden del rey. No existe seguridad ni privacidad individual. Aquí, en Inglaterra, la Ley de Licencias podría tornarse casi igual de dañina. Afortunadamente, bajo el reinado de Guillermo, a ningún inglés se le ha ocurrido usarla de forma perjudicial. Y ahora déjame que te diga una cosa, en la Cámara de los Comunes hay los suficientes miembros con sentido común como para haber votado la desaparición de esta Ley de Licencias en la última sesión. Es una lástima que no sean capaces de prever a qué extremos podría conducir. Por ahora no constituye una amenaza. Sería bueno poder aniquilarla mientras duerme.

Otro día, sentados a la mesa del café, comentó:

—Según parece, la Cámara de los Lores desea revivir la horrible Ley de Licencias, haciendo caso omiso del mandato de los Comunes. Fíjate en lo que digo: va a haber gresca. Tú y yo —dijo, incluyendo afablemente al joven en su sabiduría— sabemos lo que significa vivir en un país donde la libertad de pensamiento es ahogada desde la cuna.

—Es verdad, yo me sentía asfixiado —dijo modestamente Nicolas.

—Exactamente. No es necesario ser hugonote para haber experimentado esa sensación de ahogo. Yo por este mundo siento una curiosidad científica, y en Francia esa curiosidad mía se veía ahogada, como bien dices. Francia, *mère des arts*, ¡ay, sí! Pero ahora es en Inglaterra, en Holanda, en Suiza, donde la luz de la ciencia refulge con más claridad. —Suspiró—. Amo a mi país. Me encantaría volver a verlo. Pero no podría vivir allí so pena de morir.

Era un hombre menudo, muy delgado y moreno, de nariz puntiaguda, con una quijada muy marcada que hacía que su labio inferior sobresaliera un poco.

Su ojo izquierdo, en el que sostenía su lupa de joyero, era miope por naturaleza, y le había quedado la costumbre de entrecerrarlo, frunciendo los músculos de alrededor como para sujetar la lupa, incluso cuando no estaba trabajando. Ese tic de medio cerrar el ojo y el ligero resalte del labio inferior al sonreír, sin mostrar nunca los dientes, que tenía muy estropeados, le prestaban a su rostro una expresión de malicia complaciente. Pero no era malicioso, sino meramente astuto. Le sonrió a Nicolas. Su ojo derecho estaba triste.

Su añoranza coincidía con una nostalgia similar del joven, de la que de hecho no se sentía nunca del todo libre.

Cuando Nicolas pensaba en Francia, era casi siempre acordándose primero de Ruán; de su llegada allí en la diligencia a la caída del crepúsculo y de las aulagas doradas y brillantes en todas las extensiones sin cultivar de la tierra oscura. Luego se le presentaba el recuerdo de su última visión de Francia, la partida antes del alba, a la luz de las estrellas, el amanecer en mar abierto y la costa francesa apenas una línea verdosa y grisácea al borde de un horizonte oscilante. La travesía había sido agitada y se había mareado. En Ruán había hecho su primera gran amistad, pero desde que había abandonado la ciudad, no había vuelto a tener noticia de Jean Dumesnil, ni tampoco ninguna de París, excepto las que encontraba en los diarios que venían de Holanda.

Nada más llegar a Londres se hizo ávidamente con una publicación editada por un caballero hugonote que contenía, presumiblemente, «todos los refinamientos del continente», pero se llevó un gran chasco, porque dejó de aparecer en noviembre de ese mismo año. Para enterarse de las noticias, tenía que aguardar la llegada del buque correo de Holanda, que traía todos los meses a Londres *Le Mercure Historique et Politique*. Por esta pequeña revista, más pequeña que la palma de su mano, se enteró de varias cosas que confirmaron su sospecha de que en Francia, una persona honesta poco o nada podía saber del estado del país o de la marcha de la guerra, a menos, claro está, que fuera lo bastante osado, o afortunado, para leer las publicaciones extranjeras prohibidas.

Estas se podían alquilar por una modesta cantidad en el café donde conoció a monsieur Bouquet, y en cuanto descubrió la existencia del *Mercure*

*de Hollande*, pidió los números atrasados y se pasó largo rato repasando los acontecimientos del año pasado desde una nueva perspectiva.

Leyó sobre la hambruna en Francia, mucho más extendida de lo que había creído; sobre revueltas en Toulouse y en Bretaña. Leyó con asombro que el rey no había salido de campaña esa primavera porque se temía un atentado contra su vida si se alejaba de la seguridad de la corte. Leyó las noticias de Roma y de Italia, de Turquía y de Alemania, de Polonia y del norte. Leyó las noticias de España, de Francia, de Colonia y de Lieja, de los Países Bajos y de Holanda. Y leyó asimismo los comentarios y reflexiones de los editores acerca de las noticias en cada una de esas regiones. Intentó tomarse esas reflexiones con cierta reserva, pero en conjunto le parecieron tan razonables, y tan bien informados los autores, que fue depositando cada vez más y más confianza en las mismas. En resumidas cuentas, se enteró de muchas cosas que conocían perfectamente monsieur De La Reynie, el rey y el Cantor de Baladas del Pont Neuf. Empezó a sentirse por fin un hombre educado.

Cuando soplabla viento del oeste y el paquebote de Holanda se retrasaba, se sentía desposeído y su anticipación crecía cada día que pasaba. El buque correo se había retrasado ese mes. Nicolas esperaba encontrarse esa tarde no solo con su amigo el relojero, sino también con el *Mercure* de La Haya.

Puso a un lado la *Historia del Sabbat* para ocuparse de ella a la mañana siguiente. Se arrebujó en su cálido abrigo, que le había comprado a un vendedor de ropa usada en Cheapside, les dio las buenas noches a los mozos que estaban barriendo el taller, y salió a la calle, al fango londinense. La nieve había cedido el paso a una niebla oscura y espesa. Se dirigió hacia Ludgate sin estrellas ni brújula.

Cuando Nicolas, joven con buen tipo, bien vestido, el rostro radiante por el húmedo aire invernal, y con un porte que transmitía seguridad y buena salud, hizo su entrada en el café, vio que el anciano de Nantes lo esperaba, pendiente de su llegada.

El viejo francés le había reservado a su compatriota un sitio a su lado. Mientras el joven se abría paso entre las mesas, el anciano sintió una punzada de excusable orgullo nacional.

El ambiente estaba cargado del humo de las pipas largas y olía a lana inglesa húmeda y a café. Nicolas había aprendido a disfrutar del café. El

relojero le tendió un folleto de unos seis por quince centímetros, que se las arreglaba para incluir noticias de toda Europa y también de las Antillas, por añadidura.

—Ya lo he leído —dijo monsieur Bouquet—. Te lo puedes quedar con toda tranquilidad.

Sonrió benévolo al ver la cara de alegría del joven. Luego hizo ademán de retirar la gaceta, o de apartarla a un lado para que la leyera más tarde, pero Nicolas ya la había extendido en la mesa ante él, enmarcándola entre sus manos. Bajo el título leyó la promesa siguiente:

*Contenant l'état présent de l'Europe, ce qui se passe dans toutes les cours, l'intérêt des princes, leurs brigues, et généralement tout ce qu'il y a de curieux pour le mois de décembre 1694.*

Debajo, un monograma entrelazado:

*A La Haye.*

Y debajo de eso, en un cuerpo más modesto,

*Chez Henri Van Bulderen, Marchand Libraire, dans le Pooten, à l'enseigne de Mézeray. MDCXCIV. Avec privilège des Etats de Holl. et Westf<sup>[39]</sup>.*

—Ah, el bueno de Henri Van Bulderen —dijo Nicolas—. Es mucho lo que

le debo. Sería un placer trabajar para él.

—Eso me recuerda una cosa —dijo monsieur Bouquet—. Más de una vez me he preguntado por qué escogiste Inglaterra para exiliarte en lugar de Holanda.

—¿Estoy exiliado? —preguntó Nicolas, para contestarse de inmediato a sí mismo—. Supongo que sí que lo estoy, por ahora. Fue pura casualidad. Mi intención era ir a Holanda. Mi padre me mandó a un corresponsal suyo en Ruán. —Recordó la necesidad de ser precavido, pero viendo que a su alrededor solo había rostros amistosos y familiares, siguió con el relato de su aventura, y, según la narraba, se sintió de nuevo en aquella taberna del puerto.

En su mente volvió a oír la voz de Jean Dumesnil diciéndole: «La mujer de este hombre prepara el lenguado como no lo has probado nunca». A lo que el pescador que tenía al lado, dándose por enterado, inquirió con gran cordialidad: «¿Te gusta el lenguado guisado con chirlas, champiñones y vino blanco, con un poco de tomillo y algo de perejil? Vente a cenar a casa. Mientras no hayas probado la *sole normande* de mi mujer, no sabrás lo que es vida». Mientras volvía a llenar la copa de aguardiente de manzana de Dumesnil, el dueño de la taberna sonrió y no dijo nada. Todo lo había arreglado Dumesnil: las finanzas, las presentaciones, las garantías. Aquel pescador no solo tenía una esposa que era un portento en los fogones; también tenía un robusto queche que permitía cruzar el canal de la Mancha con toda seguridad, aunque con comodidad solo relativa.

Nicolas sospechaba que mademoiselle Cailloué estaba enterada de las actividades de Dumesnil; le había dirigido una curiosa sonrisa al despedirse de él. Estaba seguro de que la madre en cambio no las conocía. Esa noche, pensó en los tres con profunda gratitud. Lo habían hospedado en un cuarto con vistas a un pequeño huerto cercado. Lo habían tratado como a un hijo. La anciana le había dado a beber clarete con pétalos de rosa. Sonriendo, le había dicho que lo hacía por su salud, pero a Nicolas le pareció un gesto de hospitalidad romana. La había encontrado extrañamente hermosa, con su viejo rostro enflaquecido y sus ojos oscuros. La hija también era muy bella: Dumesnil estaba enamorado de ella.

—No sé por qué se portaron tan bien conmigo —dijo en conclusión de su relato—. Nunca habían visto a mi padre.

—Así que fue tu padre quien te mandó con esa gente —dijo monsieur Bouquet—. Y después de hablar con Dumesnil, te viniste a Inglaterra obedeciendo un impulso.

—Fue un impulso —reconoció Nicolas.

—Conociéndote, tu padre sin duda habría previsto ese impulso.

—¿Que yo vendría a Inglaterra?

El relojero asintió.

—Jamás de la vida —dijo Nicolas—. Mi padre no quería que me fuera de París.

—Si yo tuviese un hijo —respondió el anciano—, aunque, por desgracia, no lo tengo, lo habría mandado a Inglaterra si por casualidad no hubiese podido irme con él.

—Ah, pero usted es diferente. Es de la Religión y piensa que el rey es su enemigo.

—¿Y qué hay de tu padre? ¿Está del todo satisfecho con el rey y todas sus acciones?

—Es católico hasta la médula y fiel al rey hasta las últimas consecuencias —dijo Nicolas, convencido, y luego añadió—. No me entiende en absoluto. Sencillamente me quiere.

Monsieur Bouquet se permitió una sonrisa medio divertida medio aliviada.

—Bueno, eso siempre es algo, al fin y al cabo —observó—. Me alegra saber que tu padre está contento con Luis el Grande. En el *Mercure* vienen unas noticias que te resultarán particularmente interesantes; noticias de tus compañeros artesanos en París.

Le quitó el *Mercure* de las manos a Nicolas y fue pasando las hojas, saltándose las noticias de medio mundo, hasta llegar a las de Francia, para devolverle al joven la gaceta abierta por una página.

—Toma —dijo—, lee esto sin inquietud y da gracias de que estás en Londres.

Hará cosa de tres meses —empezaba el artículo— que las autoridades parisinas arrestaron a cinco artesanos, impresores, libreros y encuadernadores, por razón de ciertos libelos que o habían distribuido o hecho distribuir. El 18 del mes pasado, dos de ellos

fueron sentenciados a galeras y otros dos fueron condenados a la horca. Los dos últimos, habiendo sido sometidos a cuestión de tormento, delataron a varias personas más que fueron prestamente detenidas. Todos ellos fueron condenados por haber impreso o distribuido unas sátiras sediciosas y difamatorias contra el gobierno e incluso contra la persona misma del rey. Mediante decreto del *Conseil d'Etat*, el lugarteniente de la policía, monsieur De La Reynie, recibió el encargo de ser juez de último recurso en este caso, junto con varios consejeros del Châtelet, de forma que el Tribunal de París quedó excluido de la posibilidad de tomar conocimiento del caso mediante apelación, según el procedimiento jurisdiccional acostumbrado. No hay día en que no sea arrestado alguien en París. El 25 de este mismo mes fue arrestado monsieur Larroque, hijo del Larroque que fue pastor en Ruán, tan bien conocido por sus escritos.

Nicolas leyó el suelto entero, a toda prisa, y luego volvió a leerlo muy despacio, y por último dijo con seriedad:

—Tenía miedo de que alguno de estos hombres pudiera ser mi padre.

Monsieur Bouquet asintió en silencio.

—Se lo aseguro, no hay nadie en todo París con menos posibilidad de verse envuelto en un asunto así.

—Te felicito. Es decir, te felicito a ese respecto.

—Lo entiendo —dijo Nicolas—, pero a pesar de que mi padre y yo no estemos de acuerdo en muchas cosas, tengo ganas de volver a casa. Él esperaba verme de regreso hace por lo menos tres meses. Pero he dejado pasar el tiempo; me gusta estar aquí.

—¿Y tu madre, sigue viva?

—Claro que sí —respondió el joven, sonriendo.

—Háblame de ella.

—Es como la mayoría de las madres, supongo.

—Se ponía de tu parte en contra de tu padre en cualquier discusión y luego te regañaba en privado por haberte enzarzado en la disputa —dijo el viejo relojero.

—¿Cómo lo ha sabido? —dijo Nicolas, y luego, con cierto embarazo, pero

decidido a ser honesto consigo mismo, añadió—: La echo de menos. Los echo de menos a los dos. Como no me lo esperaba.

El anciano lo analizó con agudeza:

—Quizás seas aún muy joven para fundar una familia en estos tiempos tan duros, demasiado joven. Pero si echas de menos a los tuyos, eso es lo que tendrías que hacer: fundar una familia. Tenemos que buscarte una compañera de la edad adecuada.

Nicolas se sonrojó al verse sometido a ese escrutinio. Obstinadamente, repitió:

—Debería volver a casa. Lo sé.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Y por qué?

—Porque aunque encontrarías a muchos dispuestos a ayudarte a venir hasta aquí, te resultará difícil dar con alguien que te ayude a regresar a Francia. Mientras siga la guerra, estás mejor aquí, y tus amigos lo saben.

—Tengo dinero —dijo Nicolas.

—Hace falta algo más que dinero. Cuando Luis y Guillermo consigan llegar a un acuerdo, entonces podrás marcharte a casa.

**P**asaron dos largos años, casi tres, antes de que Luis y Guillermo llegaran a un acuerdo. En mayo de 1697, los plenipotenciarios de los Aliados y de Francia se reunieron en el castillo de Ryswick y empezaron las negociaciones.

Hubo infinitos detalles que ajustar antes de que pudieran empezar las conversaciones de paz. Carlos XI de Suecia había muerto en abril de ese año y lo sabía todo el mundo, pero hasta mediados de junio, y solo una vez ataviados de luto su séquito, sus carruajes y sus caballos, se sintió el moderador sueco en condiciones de anunciar formalmente a la concurrencia el óbito de su soberano. Ante lo cual, las discusiones se pospusieron para permitir a los representantes de los Poderes Aliados y de Francia encargarse de luto adecuada para sí mismos y para sus séquitos.

A finales de junio todavía no se había conseguido nada, salvo derrochar mucho tiempo y dinero en ceremoniales prolijos.

Ahora bien, justo en los últimos días de junio, milord de Portland y el mariscal de Boufflers se reunieron como viejos amigos en un vergel cerca de la villa de Hal, no muy lejos de Bruselas, y en el transcurso de cinco conversaciones entre los frutales y los sembrados de perejil, perfilaron los trazos esenciales de un acuerdo entre Francia e Inglaterra. En septiembre, los plenipotenciarios en Ryswick incorporaron la sustancia de esas conversaciones en un tratado y la paz fue declarada por fin.

Cuando se dio a conocer en París la noticia del tratado, Marianne Larcher volvió por primera vez desde su huida al barrio donde había vivido y

trabajado tantos años. Llegó un crepúsculo, bajo una llovizna fina, y se dirigió a visitar a Jacques Têtu.

No reconoció a la mujer que le abrió la puerta, ni esta pareció reconocerla a ella tampoco. Le explicó que el abate estaba ocupado con la visita de una dama. Cuando esta se retirara, anunciaría a Marianne, y no le cabía la menor duda de que el abate encontraría un momento para atenderla.

—Es muy bueno, el pobre hombre, como pocos en este mundo.

—Me consta —dijo Marianne con humildad.

—Pero pasad, no os quedéis en la lluvia —dijo el ama de llaves—. Podéis esperar ahí sentada.

Marianne se sentó en la silla que le indicaban y el ama de llaves siguió con sus quehaceres. Se trataba de una anciana de cara ancha que, en tiempos, debía de haber sufrido un ligero ataque apoplético, pues tenía un poco torcido el lado izquierdo de la boca, por donde le caía constantemente un hilillo de saliva que la mujer se secaba cada tanto con el pico del delantal. Marianne se preguntó si podría tratarse de la misma mujer que la había acompañado ante el abate aquella vez, y que después, aquel desastroso día de noviembre de hacía casi tres años, le había anunciado que no podía ver al abate porque se había marchado de viaje. No le parecía que hubiese podido olvidar una cara tan completamente, aunque era posible. Cada vez que había acudido allí, lo había hecho en un estado de zozobra tal que no había prestado atención a nadie más. No le preguntó si llevaba tiempo con el abate. Se conformó con no haber sido reconocida.

En la cocina había tres niñas pequeñas que dividieron su atención entre la anciana y la recién llegada. La vieja cogió tres huevos de una cacerola llena de agua caliente que había en la chimenea, los cascó y los fue echando uno tras otro en un bol. Luego desmigó un trozo de pan y lo mezcló con los huevos. Con el bol en una mano y una cuchara en la otra, se sentó en un taburete junto al fuego. Las tres niñas se agolparon alrededor de sus rodillas y la más pequeña, que solo llevaba un delantal corto que descubría a la luz de la lumbre sus nalguitas redondas y sus piernas cortas y rollizas, se acodó en el regazo de la anciana y echó la cabeza hacia atrás. Sonrió con los ojos medio cerrados y apretando los labios, del todo inocente, en una pose de pura seducción. Rizos castaños le caían alrededor de la lisa frente abombada, la luz del fuego

oscilaba en la punta de la barbilla erguida y sobre el cuello torneado en el que los rodetes de Venus arrugaban la carne infantil. La anciana llenó la cuchara de pan con huevo y se la metió en la boca a la mayor de las niñas; luego, tras volver a llenarla, hizo lo propio con la segunda. La más pequeña abrió la boca y esperó, con los ojos aún medio cerrados.

Ante la lumbre, un ave pequeña daba vueltas lentamente en un espeto, con un contrapeso. En el hogar mismo había una hilera de manzanas asándose. La piel de una de ellas reventó, siseando jugo caliente. El ave goteaba en una cazuela que tenía puesta debajo.

—Estas son las niñas de mi hija —explicó la anciana—. Ella trabaja en otro sitio ahora, está de *femme de chambre* en casa de los Pomponne. Así gana más dinero y aquí hay más trabajo para mí. Al fin y al cabo, soy una mujer sola.

Eso era, pensó Marianne. La mujer que podía reconocerla estaba donde los Pomponne. La anciana repitió su ronda de cucharadas, se detuvo, esperando a que las niñas se lo hubiesen tragado todo, y comentó:

—Así que el rey ha puesto fin a su guerra. Ya iba siendo hora. ¿Os parece que la vida sea más alegre desde que ha llegado la paz? A mí no. Ha tardado demasiado en llegar.

Cuando el bol se hubo quedado vacío, lo dejó en el suelo y se puso a desnudar a las niñas, haciéndolas girar a un lado y a otro. El resplandor de unas antorchas pasó ante la ventana. El ama de llaves se acercó a la puerta y miró fuera, llevándose el borde del delantal a la boca.

—Son los pajes de hacha con la litera de la dama. Se irá enseguida. Esperad con las niñas y no las dejéis tocar las manzanas, que son para monsieur *l'abbé*.

La vida había cambiado bien poco para Jacques Têtu en el transcurso de los tres últimos años. Se encontraba mejor de salud, si acaso, aunque no sabía por qué. La muerte de madame de Sévigné había supuesto una gran pérdida para él. La ausencia del médico italiano le había restituido la compañía de madame de Coulanges y se consolaban mutuamente de la pérdida de la incomparable marquesa lo mejor que podían: hablando a menudo de ella. El abate seguía yendo de retiro espiritual con monsieur De La Trappe. Trabajaba en sus versos. Recibía muchas visitas. Cuando entró el ama de llaves, en el

pequeño salón aún se percibía la fragancia de la última. Había fuego en la chimenea; las velas estaban encendidas y las cortinas echadas por la inclemencia de la tarde. Sobre una mesa había una bandeja de plata con una garrafa de cristal y dos quebradizas copas altas. El ama de llaves paseó la mirada por la habitación y le preguntó al abate si precisaba algo más antes de mencionar a la mujer que aguardaba en la cocina. Le dijo que su cena estaría lista en cosa de media hora y solo entonces añadió:

—Una tal viuda Larcher os ruega que la recibáis un momento. Cuando ha mencionado su nombre, me he dicho a mí misma, «¿Es posible que se trate de la misma mujer cuyo marido fue ahorcado hace tres años, justo cuando llegó el frío aquel otoño?»». Le he dicho que la recibiríais.

—¡Tres años! —dijo el abate—. ¡Han pasado tres años desde aquello! Sí, por supuesto que la veré.

Cuando se marchó el ama de llaves, el abate se dijo a sí mismo: «Tres años. Y nunca llegué a escribir la carta. Ha venido a reprochármelo». Intentó recordar por qué había incumplido su promesa. Alguien le había asegurado que si Larcher era inocente se le haría justicia. Si lo habían ahorcado es que debieron de hallarlo culpable. «No obstante —se dijo—, debería haber hecho algo. Debería haber solicitado una mitigación de la condena. No, ahora lo recuerdo: estaba en La Trappe cuando pasó aquello. No me enteré hasta que ya era demasiado tarde».

A sus propios ojos, la explicación no bastaba para dejarlo libre de reproche. El encanto de su velada había desaparecido como por ensalmo. Se llevó la mano a la cara al sentir como un aviso del tic, y cuando apareció Marianne no se levantó a saludarla, sino que permaneció acurrucado en su butaca.

Lo primero que se le ocurrió a ella fue que acaso se encontrase mal; después, que le desagradaba verla. Pronunció el parlamento que traía preparado:

—Señor abate, os he traído el dinero que tuvisteis la inmensa bondad de prestarme.

Le ofreció la moneda, y como él no hizo el menor gesto para cogerla, la puso encima de la mesa, al lado de la bandeja de plata, y, dando un paso atrás, plegó las manos bajo el delantal. El abate aguardaba sus reproches. Vio que no

iba vestida con desaliño, y que tampoco llevaba luto. Se preguntó si habría vuelto a casarse.

—He venido para hablaros de mi hijo —siguió Marianne.

El abate frunció el entrecejo, haciendo un esfuerzo por acordarse.

—¿El joven que encuadernó mi libro? —preguntó.

—No, ese era el ayudante de mi marido. Mi hijo ha estado fuera, viajando. No sé dónde está, pero ahora que se ha declarado la paz, pienso que puede que vuelva a París.

—¿Ha estado en el extranjero? —preguntó el abate.

—No lo sé. Solo pienso que puede que vuelva a casa muy pronto. Si viniera a visitaros, señor abate, ¿querríais darle un mensaje?

—¿Por qué habría de venir a verme? —dijo Têtu.

Marianne agachó la cabeza al oírlo, como si fuese una pregunta demasiado difícil de responder, y luego, mirándolo casi sin sonreír, repuso:

—Por la misma razón por la que he venido yo ahora. Monsieur *l'abbé* es conocido por su bondad.

El abate dejó caer la mano que tenía en la cara:

—¿Y cuál es el mensaje? —dijo.

—Que Paul Damas, el que fue asistente de su padre, trabaja ahora para Villery en la enseña de la Estrella, en la rue de la Vieille Boucherie.

Agradecido de que Marianne no hubiese mencionado el asunto de la carta, el abate echó mano de papel y pluma y tomó nota al instante. No le fallaría en eso. Además, resultaba útil saber dónde encontrar un buen artesano.

Atravesando las islas, Marianne se encaminó hacia el barrio de la Orilla Izquierda, donde vivía con Paul en una habitación no mucho mayor ni más luminosa que el cuarto de la rue des Deux Boules. Pagaban por el privilegio de preparar sus comidas en una cocina en otro inmueble.

Habían regresado a París cuando el dinero empezó a escasear. Había resultado difícil encontrar trabajo en provincias. A Paul lo atenazaba tanto el miedo a que la policía siguiera buscándolo que nunca hizo acopio de valor para adquirir sus papeles de maestro artesano y abrir su propio negocio. La tienda, de todas formas, hubiera estado abocada al fracaso debido a los malos

tiempos. Nunca había sido capaz de convencer a Marianne de abandonar Francia. Ella solo veía dificultades y peligros. ¿Quién los iba a ayudar a cruzar la frontera? ¿Qué harían en un país del que no conocieran el idioma? El dinero no les duraría para siempre. Pero la verdad era que no podía renunciar por completo a la esperanza de volver a ver a Nicolas, y eso solo podría ser en París.

A Paul le llegó la noticia de que la policía había dado el caso por cerrado. Con dos ahorcados y dos condenados a galeras, ya se había hecho algo para reparar la afrenta al rey. Incluso el temor a que Larcher pudiera haberlos delatado en el último momento de su vida fue empequeñeciendo hasta el punto de llegar a carecer de importancia. Después de unos cuantos meses trabajando en la rue de la Vieille Boucherie, Paul se sintió más seguro que en ningún otro momento de su vida. Aunque había cosas de las que prefería no acordarse, ciertamente.

Entre la isla de Notre Dame y la de la Cité había una pasarela que conducía al claustro de detrás de la catedral. Las riadas se la habían llevado muchas veces y otras tantas la habían vuelto a levantar, siempre de madera. En ese puente, a mitad de camino entre el barrio donde había vivido como mujer de Larcher y el barrio donde ahora residía, Marianne se detuvo a ordenar sus ideas. Una llovizna ligera le dio en la cara y en las manos cuando las apoyó en la barandilla de madera; miró abajo, a las aguas en movimiento. La lluvia era tan fina que no hacía mella en la superficie. Las corrientes sumergidas tampoco la agitaban, pero en el punto donde confluían, tras verse separadas por la isla de Notre Dame, la superficie del río parecía tener una textura doble, como ciertas clases de seda de doble cara.

Habían sido muchos los que se habían tirado al río desde esa pasarela en los años de hambruna y guerra. La intensa corriente los había arrastrado junto a la isla de la Cité, pasando bajo el Pont Neuf, más allá del Louvre hasta el punto donde el Sena trazaba una curva en Chaillot, donde se había desprendido de sus cuerpos, dejándolos en la ribera de Chaillot, para seguir su curso. La policía había recogido los cadáveres y se había deshecho de ellos. El suicidio era un pecado mortal. Marianne había visto una vez el cuerpo de un suicida atado a una narria, arrastrado por un caballo a través de las calles de la ciudad a título de ejemplo y advertencia.

Los cuerpos que se encontraban en Chaillet, no obstante, no eran tratados como suicidas. Los ahogamientos eran considerados accidentales, y los cadáveres eran eliminados sin escándalo, como cualquier otro desecho de la ciudad. El agua era una tentación, la tentación del olvido, pero al recordar el cuerpo atado a la narria, Marianne se estremeció y volvió a ser consciente de la lluvia en la cara y de la madera mojada bajo sus dedos. Aún no estaba preparada para morir. Primero tenía que hacer las paces con la vida.

No se había casado con Paul. La administración del sacramento requería la confesión previa y Marianne no había vuelto a confesarse. Aún amaba a Paul, pero con un encono como nunca hubiera creído posible; el rencor tendría que haber acabado con el amor, o a la inversa, pero ambos coexistían. Paul había notado ese rencor, ella lo sabía. La había dejado a veces por otras mujeres: no había necesitado saber adónde iba, y siempre había vuelto. Estaba unido a Marianne tan indisolublemente como ella a él, no solo por su pasión, sino por el mutuo conocimiento de su culpa.

Si Paul muriera, pensaba ella, podría confesarse; podría tal vez arrepentirse. Pero ¿qué clase de contrición sería esa a ojos de Dios? ¿Habría absolución para sus pecados y esperanza de salvación, por remota que fuera, después de los largos tormentos del purgatorio? Dios nunca se dejaría engañar así: Marianne había hecho lo que había querido y se rendiría solo cuando la rendición ya no suponía nada.

Hacía mucho tiempo, entre guerras, cuando la gente podía viajar libremente por Europa, apareció por la tienda de la rue des Lions un extraño sacerdote alemán. No pertenecía a ninguna orden que Marianne conociese. Se presentó por las buenas, sin recomendación, al ver los libros en el escaparate, como el abate Têtu había visto la *Fedra* de Paul. Marianne no recordaba qué quiso comprar, pero después de haberle vendido lo que fuera que pidiese, el cura cogió un misal que había en la mesa y se puso a hojearlo, para luego dejarlo donde estaba, comentando que la doctrina de la indulgencia estaba muy bien para unos cuantos pecadillos, pero que en el caso del auténtico pecado, el que ennegrecía el alma, no había más purificación que la de la expiación por el sacrificio. Si no se derramaba sangre, dijo, repitiendo las palabras de san Pablo, no podía haber absolución de los pecados. Había sacado de su sotana su manoseado ejemplar personal de las Sagradas Escrituras y le había

mostrado el texto<sup>[40]</sup>. Le había enseñado varios pasajes más.

Marianne le había respondido que a ella le habían enseñado que la sangre de Cristo se había derramado por todos los pecadores, y el cura alemán había replicado con desdén que san Pablo recomendaba a los hombres expiar sus propios pecados.

Se trataba de un hereje, Marianne se quedó convencida. Se había esforzado por olvidarlo, pero aún podía oír su voz, con su fuerte acento, y ver claramente en el crepúsculo su cara, de rasgos toscos, mal afeitada, de pálidos ojos azules iluminados por una convicción que infundía pavor. Le había hablado de flagelaciones, de muertes sacrificiales. Le había recordado a los mártires. Y luego había seguido su camino. Marianne deseaba no haberse acordado de él.

**L**a costa francesa apareció al caer la tarde, cuando se levantaron las nubes. Se presentó con los colores de una perla: rosácea, blanca, de un verde evanescente moteado de oro pálido, como si todos los colores pudieran ser un efecto de la caída del sol. Era la costa normanda, por encima de Le Havre, y Nicolas sabía que los tonos rosa eran de los acantilados. El espectáculo lo conmovió mucho más de lo que esperaba.

—Puedes volver a Francia —le dijo el viejo relojero—, pero no te gustará.

Eso había sido la noche en que Londres festejó las nuevas de la paz con fogatas y reuniones tumultuosas en las cervecerías y en las calles. Más tarde, Nicolas se había citado con monsieur Bouquet en el café cercano al cementerio de la catedral de Saint Paul, y el tema de su regreso a París había surgido una vez más en la conversación.

—Te has acostumbrado a otro clima —dijo monsieur Bouquet—, y no me refiero a las lluvias y nieblas inglesas.

Has adquirido nuevas costumbres al hablar, y tampoco me refiero a tu cuidadoso manejo del inglés. No, dices lo que piensas sin mirar primero a tu espalda. Lees lo que te apetece. Hemos asistido a lo que ocurrió en cuanto expiró la antigua Ley de Licencias, sin que la llorase nadie. En el espacio de un mes, qué digo, en cosa de diez días, aparecieron periódicos de todas clases y de todos los tamaños tan deprisa como brotan las malas hierbas después de la lluvia.

—Echo de menos a mi familia.

—Como ya te he dicho, lo que tienes que hacer es fundar una.

Nicolas se ruborizó y negó con la cabeza. El anciano frunció el párpado, apretando la lupa invisible, y esbozó su sonrisa de labios prietos, malévolos y amistosa.

—Vete pues, pero espera a la primavera. La travesía resultará más agradable. Para entonces, hasta es posible que puedas arreglártelas para viajar con alguna embajada, y así seguir bajo protección británica, lo que no sería ventaja baladí en tu caso. Habrá gentilhombres que saldrán al extranjero. Ya no tendremos el tráfico de antaño por Saint Germain y los marjales de Romney, pero siempre habrá eruditos que deseen viajar, además de los enviados del rey Guillermo. En Inglaterra existe gran curiosidad por saber qué avances científicos se han logrado en Francia durante estos últimos siete años. Yo mismo siento gran curiosidad. Nuestros compatriotas no se han dedicado todos a los cañones y petardos.

—Acompáñame —dijo Nicolas, picándolo.

—Ay, si pudiera hacerlo... ¡Viajar como inglés y visitar los laboratorios de París! ¡Qué tentación! Pero tengo responsabilidades aquí, están mi hija y mis nietos... Aun así... —Se interrumpió y se le iluminaron los ojos, centelleándole en la cara como relámpagos estivales, antes de volverse sonriente hacia su joven amigo—: Espera unos meses y te acompañaré.

No lo dijo en serio, por supuesto. Hacía mucho tiempo que había quemado sus naves, y cuanto deseaba saber de las nuevas teorías sobre los movimientos de los astros tendría que llegarle por medio de los boletines de las sociedades científicas. No obstante, por espacio de unas horas, Nicolas quedó convencido de aguardar hasta la primavera. Y entonces, repentinamente, escasos días después de las celebraciones, monsieur Bouquet cogió un resfriado que se convirtió en unas fiebres, y antes de que terminara la semana había muerto.

Su muerte cobró visos de advertencia para Nicolas. Si había podido apoderarse de su amigo tan de repente, también podría hacer presa de su padre o de su madre. Lo invadió el pánico. Lo asaltó súbitamente el temor a que su padre pudiera fallecer antes de volver a verlo. Nicolas no había cumplido la promesa que le hizo; sería castigado por ello.

Acudió directamente a su patrón y solicitó poder dejar el trabajo. Hubo unas cuantas demoras en Londres, y después otras más en la costa, donde tuvo

que esperar al mismo pescador que lo había llevado a Inglaterra. Sin embargo, antes de que acabara octubre pudo contemplar las playas de Francia desde el mismo queche en el que había abandonado Le Havre. Eso le dio gran seguridad: lo que recordaba aún existía.

En Ruán preguntó por sus amigos. No lo sorprendió, aunque sí lo entristeció, enterarse de que la viuda Cailloué había muerto. Estaba ya muy venida a menos cuando la conoció. El dueño de la taberna del puerto apoyó los fornidos brazos desnudos en la mesa y dijo, con una expresión curiosa:

—En cuanto a la hija, está en el Convento de los Nuevos Católicos<sup>[41]</sup>. — No hizo ningún otro comentario y su expresión no invitaba a hacer preguntas —. El negocio lo lleva Jean Dumesnil, con la ayuda de su hermano Jacques.

—Me gustaría ver a Jean.

—No podrás, a menos que te quedes unas semanas en Ruán, porque está de viaje. —Se enderezó y le dio la espalda a Nicolas.

Las advertencias de monsieur Bouquet resonaron en la cabeza de Nicolas. Aun así, el joven le dijo al tabernero:

—Dígale que he preguntado por él. —Y dejó una moneda junto a su copa.

Al día siguiente, conforme se fue acercando a París el coche de postas, se puso a pensar más en sus padres y dejó de especular acerca de sus amistades de Ruán. Le encantó reconocer determinados recodos del camino, ciertos grupos de árboles. Le agradó el paisaje, con sus bosques leonados, sus campos recién desbrozados, sus estanques llenos de juncos bajo el suave cielo gris. El aire parecía más ligero al respirarlo que el de Inglaterra. Se acordó de toda clase de detallitos acerca de la tienda y del barrio de Saint-Paul en los que no había pensado en varios años. Se acordó de Paul Damas, cuya imagen en tanto que amigo había quedado bastante eclipsada por la amistad más profunda de Jean Dumesnil. Se preguntó si Damas seguiría trabajando para su padre. Con nadie en París había hablado con mayor libertad que con Paul, pero había en él un escepticismo, una falta de convicción, que había echado a Nicolas para atrás antes de que diese tiempo a que surgiera ningún verdadero afecto entre ambos. Con todo, Paul no era mal muchacho, pensó Nicolas. Esperaba poder encontrarlo aún en el taller.

En cuanto al cambio de clima contra el que lo había prevenido monsieur Bouquet, Nicolas pensaba que no le resultaría difícil vivir con él ahora que ya

había estado fuera del país y había establecido su propia estatura en su fuero interno. Ahora sería capaz de darle la razón a su padre en que en la obra de Pascal había herejías peligrosas. Llevaba consigo algunas de las nuevas monedas inglesas. Pensaba que a su padre podría interesarle y hasta gustarle verlas, y en la idea no cabía ni un atisbo de rencor hacia el amor de su padre por el dinero. El dinero era algo bueno, y difícil de conseguir. No le llevaba nada de regalo a su madre, pero la acompañaría a alguna tienda buena por Palais Royal y le compraría lo que se le antojara.

Se apeó de la diligencia en el patio de la Hostería del Ciervo y de ahí, con su portamanteo al hombro, salió a la calle Saint-Denis, alborozado por la vista, el sonido y el olor de París. Era agradable oír su idioma a su alrededor, no tener que preguntar la dirección; y los olores de París, cambiantes de una calle a otra, resultaban perfume para su olfato. Era domingo. Las campanas estaban llamando a Vísperas por toda la ciudad; había muchas más campanas que en Londres. La rue Saint-Denis, tan sucia como siempre, no tenía ni punto de comparación con la inmundicia de las calles londinenses. Se puso en marcha hacia la rue des Lions y de camino se fue fijando, como no lo había hecho nunca hasta entonces, en la hermosura de los portales de las grandes mansiones, en las paredes de piedra gris, en las torres que asaltaban el cielo por doquier.

La rue des Lions no había cambiado. Las ventanas de la tienda estaban cerradas, pero estaba abierto el portal grande que daba al patio, desde cuyo dintel lo miraba la cabeza tallada de un niño sonriente, con los cabellos esparciéndose como los rayos del sol. Se adentró en el túnel y llamó a la puerta del taller con los nudillos desnudos. No se oyó ningún ruido dentro, pero era domingo. Sus padres podían estar en el piso de arriba, o en La Grada de Oro. Volvió a golpear, por si acaso. Mientras esperaba, un chiquillo de unos diez u once años salió de los establos arrastrando una escoba. Se quedó mirando con curiosidad al joven, que seguía con el portamanteo al hombro, y le brindó una información:

—Esa gente se ha marchado al campo.

—¿Cuándo volverán?

—No lo dijeron. Probablemente, a la caída de la noche.

Nicolas se quedó sin saber qué hacer. No conocía al niño, ni le gustaba

gran cosa su apariencia. Su cara tenía expresión remisa y ojos huidizos.

—Volveré más tarde —dijo por fin.

—¿Os guardo el equipaje? —preguntó el niño.

—No, muchas gracias.

—¿Queréis dejar algún mensaje?

Nicolas dijo que no con la cabeza. No tenía intención de arruinar su sorpresa. Se dirigió a La Grada, donde podría esperar confortablemente, y también conseguir algo de comer. Estaba hambriento. Le bastaron dos pasos, o eso le pareció, para alcanzar la esquina de la rue du Petit Musc con la rue Saint-Antoine. Las distancias se habían achicado desde su partida. La enseña de la taberna, sin embargo, era tal como la recordaba, y la ancha puerta que daba a la bodega, la rampa de piedra que se inclinaba hacia la oscuridad, el pequeño patio, tampoco habían cambiado. Entró confiadamente en la sala común de la posada, dejó caer su bolsa en el suelo junto a una mesa y se sentó. La patrona lo miró distraídamente mientras tomaba nota de su pedido, y luego volvió a mirarlo, sorprendida y dudosa. Nicolas esperó a que lo reconociera.

El posadero en persona le trajo un pastel de carne humeante y una jarra de vino; su mujer venía pisándole los talones. Dispuso las viandas ante Nicolas despacio y con cuidado, antes de dar un paso atrás y declarar, tanto para beneficio de su mujer como del propio Nicolas:

—No quería creérmelo, pero es cierto. Es el muchacho en persona. Has faltado mucho tiempo, mi joven amigo.

—Es que está hecho todo un hombre —intervino su mujer—, por eso no estaba segura.

A Nicolas le pareció advertir cierta reticencia en su trato, en su forma de acogerlo, que no comprendió. No conocía demasiado bien a esa gente. Eran los propietarios de La Grada y, como tales, le habían dejado bastante más impresión de la que él, solo uno de tantos niños del barrio, podía haberles causado. Pero aun así, había esperado más de ellos. Lo habían reconocido, no obstante, y seguían revoloteando a su alrededor como si les quedara algo más que decir. Nicolas se explicó:

—Mis padres no me esperan. El negocio está cerrado. Con vuestro permiso, esperaré aquí a que vuelvan a casa.

—Puedes esperar cuanto gustes —dijo el posadero, y se volvió hacia su

mujer con expresión muy angustiada, antes de terminar de hablar—, pero ¿es posible que no te hayas enterado de lo que pasó el invierno que te marchaste?

El posadero y su esposa hicieron cuanto estuvo en su mano para consolar a Nicolas en cuanto terminaron de contarle la historia. La mujer le sirvió un coñac; el patrón se sentó al lado de Nicolas, le pasó el brazo por los hombros abatidos y declaró que, igual que había sido amigo de su padre, esperaba serlo suyo. Ninguno de los dos tuvo una sola palabra de reproche contra Larcher. Su delito no había sido tal, sino una desgracia. La historia del robo, que en tiempos había corrido por las calles del barrio, había caído en el olvido. Había perdido todo crédito: era demasiado improbable que Larcher hubiese poseído una suma tan considerable de dinero que robarle. Se había convertido meramente en uno de tantos rumores que surgen al rebufo de cualquier desastre.

Nicolas era incapaz de abarcar por completo la inmensidad de su pérdida. Insistió en que no era posible que su madre hubiese desaparecido sin dejarle algún mensaje. Seguramente habría alguien en la casa de la rue des Lions que tendría un mensaje para él.

La posadera negó con la cabeza:

—Nos habríamos enterado. No se habló de otra cosa en todo el barrio durante más de un mes. En mi opinión, aunque no me gusta decirlo, todo el asunto resultó demasiado para ella. —Nicolas alzó la cabeza y la miró a los ojos—. Sí, el río —concluyó la mujer, respondiendo a su mirada—. ¿Qué otra cosa le quedaba?

Pero Nicolas era demasiado joven, no podía aceptarlo. Se acordó de Paul. ¿Qué había sido del asistente de su padre?

—Como te hemos dicho, había vuelto a su provincia antes de que empezase todo. No podría contarte más que nosotros, aun si pudiera acordarme del nombre de su pueblo.

—¿Y mi padre? Tiene que haber dejado algún mensaje para mí —insistió Nicolas.

—Es posible —dijo el mesonero, acogiendo con alivio esa brizna de consuelo—. Si pudieras encontrar al sacerdote que lo confesó...

—Los jesuitas son los que confiesan a los prisioneros de la Bastilla —apuntó su mujer.

—Pero ¿estuvo Larcher en la Bastilla? No importa —dijo el posadero—. Pregúntales a los jesuitas quién confesó esa noche en el Châtelet.

Nicolas no necesitó más apremio. En un instante se había puesto de pie y salía por la puerta.

—Ese muchacho me da miedo —dijo el posadero—. Ha sido todo demasiado repentino. ¡Mira que no saber nada! Bueno, podemos guardarle el equipaje hasta que vuelva.

La distancia hasta la iglesia de los jesuitas, bajando la rue Saint-Antoine, le pareció insignificante. Nicolas llegó sin resuello. En el claustro, en la parte de atrás de esa magnífica iglesia, hizo sus preguntas y contó su historia, de forma un tanto incoherente. Los sacerdotes debatieron entre ellos en voz baja. Nicolas pilló algunas frases sueltas. «El padre Bourdaloue está diciendo misa. ¿Qué hay del padre Broussemin? No sé dónde estará a estas horas. ¿No confesó en la Bastilla el padre Broussemin el año noventa y cuatro? Pero ¿estaría ese hombre preso en la Bastilla, en Vincennes o en el Châtelet?». Por último, le dijeron:

—Tendremos que hacer averiguaciones. Mientras tanto, ¿no sería prudente preguntarle a Sanson? Podemos decirnos dónde localizarlo.

—¿Quién es Sanson? —preguntó Nicolas.

—El verdugo.

Sanson estaba cenando con su mujer y sus hijos cuando le anunciaron la visita de Nicolas. Nada más verle la cara al joven, Sanson le dijo a su mujer que se llevara a los niños e invitó a Nicolas a sentarse.

La habitación era más que confortable, con tapices en las paredes y caldeada por un buen fuego. Las sillas de respaldo alto estaban tapizadas de rojo, con borlas del mismo color colgando de las cabezas de los clavos de latón. La mesa estaba cubierta con un enorme mantel de damasco blanco que llegaba hasta el suelo y mostraba en toda su extensión los limpios pliegues rectangulares por donde había sido planchado. En cuanto a Sanson, era un hombre de aspecto franco y cordial, de rostro colorado y tranquilos ojos grises. No parecía un verdugo. Sin embargo, se advertía una prontitud en su conducta, una seguridad en sus órdenes, que disiparon las dudas de Nicolas. Ese era el hombre que necesitaba.

Mientras el joven relataba su historia, Sanson dobló su gran servilleta

pausada y metódicamente y la dejó en la mesa junto a su plato. Luego cruzó las manos sobre el vientre y permaneció inmóvil después de haber terminado de hablar Nicolas, rebuscando en sus recuerdos de un hecho que, en su memoria, se había visto sepultado por una larga sucesión de acontecimientos de mayor importancia. Al cabo de un rato, asintió con la cabeza, una cabeza cuadrada, muy pesada, cubierta de pelo gris, corto y como un cepillo.

—No recuerdo quién confesó a vuestro padre, pero en cambio me acuerdo muy bien de él, y por una razón. Cuando el sacerdote se hubo marchado, y mientras yo aprestaba la soga, vuestro padre se quitó un escapulario que llevaba al cuello. Ya me había fijado durante el trayecto en carreta desde el Châtelet, que no resultó largo, pero sí muy lento debido al gentío, que lo tenía cogido en la mano. Hasta hablando con el sacerdote se lo notaba agitado, muy indeciso. Me dije a mí mismo: «He aquí un culpable que no consigue decidirse a confesar su pecado, ni siquiera en esta hora tan extrema».

»Ahora ya no tengo tan mala opinión de él. Todos los hombres somos más o menos culpables. La mayoría muere por algo distinto de su mayor culpa, pero cuando vuestro padre murió, fuese o no culpable, y debéis comprender que para mí sí lo era, o no hubiese sido condenado, no estaba pensando en sí mismo, sino en su hijo.

Debía de haber en él un fondo de bondad para arriesgarse a afrontar la muerte sin su escapulario.

Levantó la mano para indicarle a Nicolas que no lo interrumpiera y al cabo de un momento, prosiguió.

—El escapulario que llevaba vuestro padre, yo comparto su creencia, llevo uno parecido, le habría garantizado que su alma no se perdiera eternamente. —Se desabrochó el botón superior de la camisa e introdujo los dedos para tocar el objeto precioso del que hablaba—. Nadie —dijo con profunda convicción—, absolutamente nadie puede aspirar a librarse de los tormentos del purgatorio, pero es bien distinto tener la certeza de la salvación final. Vuestro padre se quitó ese escapulario del cuello y me lo dio a mí, rogándome que se lo entregara a su hijo si algún día tuviera esa oportunidad. Por eso, como comprendéis, es por lo que ha permanecido en mi recuerdo. Bien, había llegado a pensar que nunca vendrías a reclamármelo.

Se levantó de la silla, echando el cuerpo hacia delante con un bandazo,

como si el peso de sus anchos hombros lo desequilibrara, y pasando junto a Nicolas se acercó a un escritorio, que abrió con una llave. De un cajón interior sacó un paquetito envuelto en una simple hoja de papel, que desplegó; colgando de un cordel de tela sucia, levantó los dos pequeños cuadrados de tela marrón que Nicolas tan bien conocía. Sanson depositó la reliquia en las trémulas manos del muchacho.

—Haríais bien en hablar con un sacerdote —le dijo.

Una vez en la calle, Nicolas se paró y besó el escapulario, los cuadrados de lana con el nombre de la Madre del Señor bordado. La calle estaba desierta. El crepúsculo se había espesado y aún no habían encendido los faroles de las calles. En esta soledad, al pie de las ventanas del verdugo, Nicolas podría haber llorado en paz, pero aún no estaba listo para las lágrimas. Echó a andar, porque ningún hombre se queda parado indefinidamente en mitad de una calle. Por la fuerza de la costumbre, se dirigió hacia su antiguo barrio, recitando el Ave María por el camino, sosteniendo el escapulario como si fuese un rosario. Más tarde, se lo colgó del cuello y se lo metió dentro de la camisa.

Sanson le había aconsejado que acudiera a un sacerdote. Había ido a los jesuitas, quienes lo habían remitido a Sanson. No le apetecía volver con ellos, ni sentía el menor deseo de entrar en la iglesia donde se confesaba de niño. No necesitaba confesarse: lo que necesitaba era consejo. Al pasar delante de la iglesia de Saint-Paul, le vino a la memoria como en un destello el recuerdo del abate Têtu. Se encaminó a la antigua dirección, en la que habían entregado el trabajo de Paul para el religioso, y allí le indicaron que el abate se había mudado. Regresó a la rue Neuve Saint-Paul y dio con el alojamiento de Têtu. Para su asombro, antes de que pudiera abrir la boca, el abate le dijo:

—Te esperaba.

La primera idea de Nicolas fue que Sanson lo había avisado de su visita. Luego se le hizo evidente lo absurdo de esa idea, pero aun así seguía sin ocurrírsele quién podría haberle dicho al abate que había vuelto a París. Viendo su rostro trastornado, Têtu empezó a hablarle con mucha suavidad:

—Tu madre...

Esas palabras supusieron un choque para el joven, y el abate esperó, no queriendo continuar mientras existiera la clara posibilidad de que el muchacho

no entendiera lo que se le estaba diciendo.

—Me han dicho que estaba muerta —dijo Nicolas—. Que se había tirado al río.

El abate se mostró horrorizado.

—¡Pobre muchacho, qué dolor el tuyo! —dijo—. ¡Qué triste bienvenida a casa! Lo siento indeciblemente. Si hubieses venido hace solo unas pocas semanas, te podrías haber ahorrado esto. Hace apenas unas semanas... —Se calló, intentando rememorar la fecha exacta de la visita de Marianne, pero solo se acordaba de que había tenido lugar bastante antes de la festividad de san Francisco—. Estoy seguro de que no fue hace más de cuatro semanas —dijo por fin—. Tu madre vino a verme, llena de solicitud por ti.

—¿Estaba viva hace cuatro semanas? —preguntó Nicolas.

—Viva y en esta misma habitación —contestó el abate—. Es una buena mujer.

—Pero entonces, ¿estaban equivocados! —gritó el joven—. Pensaban que se había tirado al Sena cuando ahorcaron a mi padre.

El abate Têtu meneó la cabeza con tristeza.

—Una verdadera lástima esa historia —dijo—. Una gran lástima que tu padre se viera envuelto en un asunto como ese.

—Mi padre fue ahorcado por un delito que no había cometido —dijo Nicolas con ferocidad.

El abate alzó sus espesas cejas del color de la arena.

—¿Dispones de pruebas? —preguntó.

—Conozco a mi padre —dijo Nicolás—. Oh, lo comprendo. Fue juzgado y hallado culpable, de otro modo no hubiera sido ahorcado. Eso es lo que me ha dicho Sanson. Pero sé que no era culpable. Hay que compadecerlo por su muerte, pero no por su delito.

El abate no estaba preparado para un discurso tan franco en labios del hijo de un artesano. Por la actitud del joven, cualquiera habría pensado que estaba hablándole a un igual. En su descargo, el religioso recordó que se trataba de un muchacho cuyo mundo acababa de hacerse añicos y se mordió la lengua para no reprenderle su conducta. También se acordó de que no había escrito determinada carta.

—Tu madre vino a dejarme un mensaje para ti. Lo escribí. ¿Dónde lo

habré puesto?

Le dio la espalda a Nicolas y empezó a rebuscar en su mesa. Notó cómo el tic empezaba a tirarle de la boca. Como siempre, trató de dominar sus músculos sin éxito. No conseguía encontrar el trozo de papel con la dirección del encuadernador. Volvió a mirar a Nicolas, con el rostro distorsionado, y le dijo:

—Esto es lo que recuerdo: el asistente de tu padre, el que encuadernó los poemas de madame Deshoulières a petición mía, trabaja con un tal Villery, cerca de la rue Saint-Jacques.

—Villery —repitió Nicolas—. Pero ¿si a su socio Moette lo encerraron en la Bastilla cuando yo era todavía aprendiz!

—Quizás no se trate del mismo Villery —sugirió bondadosamente Têtu.

—Fue arrestado por tratar en publicaciones prohibidas —dijo Nicolas—. Lo enviaron a galeras. No lo supe entonces, pero lo sé ahora.

—Es a Villery al que tienes que buscar —insistió el abate—. Puede que haya más de uno. Tu amigo trabaja para él.

—Puedo encontrarlo —dijo Nicolas. Y sin dar las gracias ni disculparse, salió corriendo del cuarto.

El abate había pensado decirle: «Vuelve cuando hayas encontrado a tu madre. Tal vez os pueda ser de ayuda», pero no le dio tiempo. Suspiró y se dirigió de nuevo a su mesa. Lamentaba no haber podido encontrar la dirección.

Los años que había pasado en Inglaterra, el clima del que había hablado monsieur Bouquet, habían obrado su efecto en Nicolas. No había en él la menor resignación por la muerte de su padre, sino ira porque hubiese muerto difamado. Tenía que encontrar a su madre. Ella podría contarle qué había sucedido en realidad. Resolvió con firmeza limpiar el nombre de su padre. Pero primero tenía que localizar a Damas. Conocía la enseña de la Estrella en la rue de la Vieille Boucherie. Pudiera tratarse del negocio que buscaba, o no. Recordó que en tiempos hubo un Villery en el muelle des Augustins. En cualquier caso, tenía que cruzar las islas. Llegó casi corriendo al muelle al que daba la rue de la Vieille Boucherie. Vio las luces en el Pont Neuf y su reflejo en el río. La calle estaba a oscuras: todas las ventanas tenían echados

los postigos; las tiendas estaban todas cerradas. Encontró la enseña de la Estrella y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a aporrearla, con violencia. No podía permitir verse frustrado por una mera puerta cerrada.

Siguió llamando con los nudillos una y otra vez; después se quitó un zapato y golpeó la puerta con el tacón. Pegó voces. En el lado opuesto de la calle, un vecino exasperado abrió una ventana, pero antes de que pudiera decir nada, Nicolas, que tenía la cabeza apoyada en la puerta, oyó movimiento dentro, dejó de aporrear y se puso el zapato. Un aprendiz abrió por fin. Nicolas le explicó que tenía que ver al dueño del negocio, que su recado era urgente.

Siguió al aprendiz a través de la tienda, pasando junto a mesas llenas de pilas de libros, tapados con sábanas para protegerlos del polvo y la humedad a lo largo del domingo, hasta un salón en la trastienda, donde un pequeño grupo de gente estaba jugando a los naipes. Había una mujer ya mayor, una joven y varios hombres. Nicolas se dirigió al mayor de estos. La tremenda ansiedad que sentía lo hizo mostrarse abrupto. Preguntó sin más:

—¿Dónde está Paul Damas?

El hombre sonrió ligeramente:

—¿Y para eso montas un escándalo como para despertar a los muertos?

—¿Dónde está? —lo apremió Nicolas.

—¿Cómo podría saberlo yo?

—Tengo que dar con él.

—Vuelve por la mañana —sugirió el hombre.

—¿Trabaja aquí?

—Pero no los domingos por la tarde. —El hombre le hizo un gesto al aprendiz—. Acompaña a este loco a la calle.

Nicolas se negó a moverse.

—Tengo que encontrarlo esta misma noche. Sabe dónde vive mi madre. ¿Dónde se aloja? —Respiró hondo y dijo lo que, para él, no dejaba de ser la pura verdad—: Es una cuestión de vida o muerte.

Las mujeres que había a la mesa empezaron a interesarse por él al entender que estaban asistiendo a un drama. El hombre de más edad, el que Nicolas suponía debía de ser Villery, miró con pena sus cartas, las dejó boca abajo en la mesa y cruzó las manos encima de ellas.

—No es asunto mío dónde vive Damas —dijo—, ni tampoco conozco el

paradero de tu madre, sea quien sea.

—Es la viuda Larcher —dijo Nicolas.

Se le encogió el corazón al pronunciar esas palabras, que no suscitaron ninguna reacción en Villery. No así en la mujer joven, que dijo:

—Sí la conoces. Vive con Damas.

—No ha preguntado por la mujer de Damas.

—Es la misma... Creo.

—No —dijo Nicolas, palideciendo de ira—. No es la misma persona.

—Que sí, que sí.

—¡Imposible! —exclamó el muchacho.

—¿Qué es lo imposible? —contestó la joven, indolentemente—. ¿Que tu madre se haya vuelto a casar? ¿No has dicho que era viuda? ¿Qué te atormenta, entonces? ¿No estás al tanto de lo que hace tu madre?

—Hace tres años que no la veo —dijo Nicolas, y calló al fijarse en las caras curiosas que lo miraban, algunas claramente a la espera de que las entretuvieran. Consiguió sobreponerse y *con tono cortés e implorante*, siguió —: Lo único que os pido es que me digáis dónde puedo encontrar a Damas esta noche.

—Puede que no sea su madre —dijo sarcásticamente la mujer mayor—. ¿Acaso es asunto nuestro? —Y dirigiéndose a Nicolas, dijo—: ¿Conoces el barrio? Fíjate. Te enseñaré dónde vive. —Trazó unas rayas en la mesa con el dedo—: Aquí está la rue de Seine y aquí la rue Dauphine. Aquí sale una bocacalle. Ahí está la casa. Se aloja en el último piso. Y no te rompas el cuello corriendo para llegar. Si está en la cama, te esperará. Y si no está en casa, lo encontrarás aquí por la mañana.

Nicolas le dio las gracias. Se disculpó por su intrusión y se dio la vuelta para marcharse. Villery suspiró, cogió sus cartas e hizo la jugada que tenía pensada.

Nicolas volvió hacia el río y desde allí subió por la rue Dauphine. La idea de que su madre se hubiera podido casar con Damas lo horrorizaba tanto como lo había hecho la posibilidad de su muerte. Esto último había resultado no ser cierto; lo otro también podía ser una mentira: un embuste para atormentarlo solo porque había interrumpido una partida de naipes. Cuanto antes diera con su madre, antes sabría la verdad, y de sus propios labios. Pero la mentira era

ponzoñosa. Si su madre de verdad se había casado con Damas, no quería volver a verla en su vida. Ya no sería su madre.

Era una suerte que conociese bien el barrio. Encontró la casa que le habían dicho. Abrió la puerta de un empujón y empezó a subir la escalera, cogiéndose de un pasamano movedizo. Pasó un rellano donde la escalera se bifurcaba, y luego otro. Llegó por fin a un último tramo de escalones tan empinado como una escalera de mano, y acababa de empezar a subirlo cuando se abrió una puerta en el piso de abajo; se asomó una cabeza con gorro de noche y se dirigió a él:

—No hay nadie arriba.

Nicolas se paró en seco.

—Lo que te digo es la verdad —declaró la enfática cabeza, y desapareció.

Nicolas subió el tramo que faltaba y llamó a una puerta con fuerza, oyó el eco de su llamada en la habitación del otro lado. Sacudió la puerta por el pestillo, pero no cedió. Golpeó con los nudillos y gritó, una y otra vez, y luego bajó a tientas, paso a paso, al pasillo inferior. Sus pisadas resonaron sobre la tarima desnuda y cuando pasó por delante de donde había visto la cabeza, la puerta se abrió de nuevo y la cabeza asomó de forma grotesca.

—Te podías haber ahorrado la molestia, como te he dicho.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Nicolas.

—Tú sabrás.

—¿Se trata de Paul Damas? —insistió el joven, decidido a obtener alguna confirmación.

—Tú sabrás —repitió burlona la cabeza—. ¿Ibas a subir tantos escalones sin saberlo?

**D**e nuevo en la calle, de lo único que estaba seguro Nicolas era de que la cabeza parlante no había negado que Damas viviera allí, detrás de la puerta cerrada. Una sucesión de puertas cerradas, una sucesión de aplazamientos, de decepciones, de ser enviado de una persona a otra y recibir de cada una nuevas esperanzas y nuevos motivos de pesar, de incertidumbre... El día, que había empezado con tan altas expectativas, se había convertido en una pesadilla estando despierto.

¿Qué debería hacer ahora? ¿Esperar hasta la mañana para dar con Paul, hablar con su madre, liberarse de esa última incertidumbre que lo atormentaba? Echó a andar sin propósito, un mero movimiento de los miembros para evitar que se le quedaran entumecidos. Sin que le importara, sintió roces húmedos en el rostro y por las sienes. Iba con la cabeza descubierta. No sabía dónde había podido dejar el sombrero, si en La Grada de Oro, en casa del verdugo o en la del abate, o incluso en la tienda de la rue de la Vieille Boucherie. Consiguió recordar con claridad haberse quitado el sombrero antes de entrar a la habitación donde Sanson estaba cenando. Ahora bien, se le quedó la mente en blanco al intentar evocar su marcha de casa del abate. Si había hecho irrupción en la partida de cartas sin sombrero y sin resuello, debía de haber parecido lo bastante grosero como para provocar hostilidad. ¿Por qué si no iba a querer aquella joven echarle en cara la vergüenza de su madre de forma tan maliciosa? Precipitándose medio a ciegas por una calle y luego por otra, se dio cuenta de que ya había dado por cierto cuanto había insinuado la muchacha. Intentó luchar contra esa aceptación, pero

era demasiado tarde. La imagen se había quedado grabada en su mente. El asco que sentía no era poco, pero su deseo de ver a su madre era más fuerte que nunca. Aunque solo fuera para hacerle reproches, era forzoso que la viera.

Había bajado hacia el río por la fuerza de la costumbre y luego había seguido los muelles hacia el barrio de Saint-Paul. Cuando llegó al Pont de la Tournelle, salió de su aturdimiento y supo dónde se encontraba, pero no recordaba cómo había llegado allí. En ese mismo momento, decidió que no podía esperar al día siguiente para ver a su madre: volvería a la casa donde vivía en la infamia con Paul y se sentaría en el escalón junto a su puerta hasta que volvieran de dondequiera que estuviesen pasando la velada. Se preguntó entonces qué hora sería. Era pasado el toque de queda.

A través de las ventanas atrancadas y con los postigos echados a ras de calle de una casa le llegaron las tonalidades de una viola y una flauta que interpretaban una música alegre y de fuerte ritmo. Las tabernas estaban oficialmente cerradas ya, pero tras sus fachadas oscurecidas el negocio seguía, como de costumbre, hasta mucho más tarde. Tal vez su madre y Paul estuvieran bebiendo en alguna de ellas. Rebuscó en su memoria qué garitos frecuentaban los oficiales de la rue Saint-Jacques en sus tiempos de aprendiz. Se acordó del café próximo al camposanto de Saint-Paul en Londres, y el recuerdo le hizo revivir la pérdida que había supuesto para él la muerte de monsieur Bouquet. El sentimiento de culpa por su larga ausencia de casa, la impresión supersticiosa, ahora confirmada, de que la muerte de su amigo presagiaba la de su padre, se mezclaban con la ira que le producía ver traicionada la memoria de su progenitor por su propia madre y aquel asistente que él mismo había llevado a la rue des Lions. No discutía que su madre tuviera derecho a casarse de nuevo. A lo que no tenía derecho era a hacerlo con Paul.

Al venirle a la memoria una taberna que antes era muy popular, cruzó a la isla de la Cité. Dio con el sitio y se quedó parado junto a la puerta, intentando hacerse a la idea de que las dos personas que buscaba podrían estar allí, y pensando en cómo hacerles frente. Pero también habría otra gente. No podía soportar la idea de tener que afrontar otras caras, otras preguntas y dar más explicaciones, si por casualidad no estuvieran allí su madre y Paul.

Se alejó, protegiendo su soledad. Al llegar a la entrada de la rue Dauphine, no intentó volver al alojamiento de Paul. Siguió por el muelle,

postergando el encuentro que perseguía, diciéndose que necesitaba más tiempo para decidir qué iba a decirle a su madre, intentando convencerse de que Paul y ella no podían haber vuelto todavía a casa. Bajó hasta el Pont Neuf y se demoró un tiempo entre los transeúntes trasnochadores; nadie le habló y nadie —eso pensó— lo miró. Después, regresó al muelle frente al convento de los Grands-Augustins. Se acercó al portal de la iglesia conventual.

La inevitable bruma del río se asentó a su alrededor, helándolo. Con tanto deambular, la violencia anidada en su corazón que le exigía acción inmediata, decisión al instante, había retrocedido un poco. Para cuando se paró delante de las puertas de la iglesia, era ya más tristeza que violencia. Si hubieran estado abiertas, habría podido entrar, hincarse de hinojos y aliviar con el llanto parte de la carga de conmoción y dolor que se le iba acumulando. Pero las puertas eran sólidas, le constaba; ni siquiera intentó abrirlas. Para calentarse las manos, se las metió dentro de la chaqueta, de la camisa, las cruzó bajo la garganta, dejando caer el mentón sobre ellas. Era la postura que adoptaban los trémulos y desnudos candidatos al bautismo en los cuadros antiguos que representaban a Cristo y san Juan. Se sintió enfermo. Pensó: «El alma tiene la forma del cuerpo; mi alma está enferma»<sup>[42]</sup>. Sus dedos tocaron el cuadrado del escapulario, que se había colgado del cuello horas antes. Al acariciarlo con las yemas, notó una aspereza en una esquina que le había pasado inadvertida hasta entonces. Lo sacó de la camisa para examinarlo mejor. No sentía demasiada curiosidad. Lo que lo impulsaba era fundamentalmente el deseo de sentir la cercanía de su padre, de invocar su presencia y, en cierto modo, comunicarse con él, como si tocar una cosa que había llevado tantos años encima del corazón pudiera aportarle consejo y darle fuerza. Sin embargo, al examinar el cuadrado de lana marrón a la tenue luz, vio que uno de los bordes estaba descosido. Las puntadas estaban rotas; parecía como si hubiesen mordido el hilo. El roto le permitió introducir la punta del dedo y, al hacerlo, notó dentro un pedacito de papel doblado. Se sintió repentinamente excitado. La idea de que pudiera ser un mensaje de su padre era tan fuerte, y tan grande la necesidad de recibir una comunicación suya, que aun antes de conseguir extraer el papelito ya estaba convencido de que había encontrado el mensaje que pedía.

Desplegó el papel y vio cinco letras trazadas con mano firme en tinta

negra. DAMAS. Se imaginó que habían dejado solo a su padre con tinta y una pluma para que apuntara los nombres de sus supuestos cómplices. Lo que había escrito en su lugar era el nombre del que lo había traicionado; luego le había faltado el valor para enviar el mensaje a la única persona en quien podía confiar. Le había faltado el valor hasta aquel momento en la carreta de Sanson.

Nicolas temblaba de frío y de excitación y aun así parecía que le ardían la frente y las mejillas.

Antes de alcanzar el alojamiento de Paul, había reconstruido una historia que se acercaba mucho a la verdad. Antes de llegar a lo alto de la escalera, había trazado un plan.

Tuvo que esperar mientras Paul encendía una vela y se enfundaba los calzones por encima del camisón. A través de la puerta notó el asombro en su voz y luego expresiones de bienvenida y de regocijo. El tono se le antojó impostado, pero no había razón para que Paul, cuando por fin abrió la puerta, no estuviese allí sonriendo, candil en mano. Su sonrisa se desvaneció en cuanto vio la expresión del rostro de Nicolas.

Paul dio un grito de alarma. Nicolas miró por encima de su hombro, hacia los rincones, bajo el techo inclinado, y vio una cortina que colgaba de un estante formando un armario y también una cama de baldaquino con las cortinas echadas. No había chimenea. El cuarto estaba tan frío como la caja de la escalera. No podía ver si había alguna silla o mesa detrás de la cama, ni tampoco ninguna indicación de una presencia femenina. Sintió la repentina esperanza de no tener que confrontar a nadie más que a Paul, después de todo, pero no podía fiarse. Paul estaba haciéndole preguntas: ¿de dónde salía? ¿Dónde había estado todos esos años? Nicolas no le hizo caso.

—¿Y mi madre? —preguntó.

Fue ella la que contestó, pronunciando su nombre. Nicolas pasó junto a Damas, se acercó a la cama y descorrió las cortinas. Las anillas resonaron estridentemente en la barra al hacerlo, y siguieron vibrando en el silencio que se produjo a continuación. Marianne estaba sentada en la cama, abrazándose las rodillas encogidas bajo la colcha oscura, expectante el rostro, sin el menor rastro de vergüenza. Tenía el pelo suelto alrededor de los hombros. Miró a Nicolas con alegría y él retrocedió un paso.

—Colas —repitió Marianne, usando el apodo de su niñez—, ¿cómo has

podido encontrarnos? ¿Fuiste a ver al abate?

—¿Que cómo os he encontrado? —repitió él—. Toda la rue Saint-Jacques sabe que vives con el asesino de mi padre. —Se volvió hacia Paul, enseñándole el escapulario que aún llevaba en la mano—. ¿Te atreves a negarlo? Mira esto. Es mi padre quien me envía a ti.

Paul miró fijamente el escapulario y luego al muchacho, sin comprender, incrédulo. Hizo caso omiso del objeto devoto y, sin pararse a pensar en lo que hacía, le dijo a Nicolas:

—Tu padre no acusó a nadie. A nadie, ¿me oyes?

—Mira —dijo Nicolas—. ¿Es que no sabes leer? ¿No pone aquí tu nombre?

Marianne alargó la mano entonces:

—Déjame verlo, Nicolas. ¿De dónde has sacado esto?

—Me lo ha dado Sanson.

No la dejó cogérselo de la mano; le permitió leer el papelito y, en cuanto lo hubo leído, Marianne repitió «de Sansón» en un susurro desesperado.

Paul habló entonces y su voz le pareció a Nicolas inexplicablemente gélida, desdeñosa y triunfante.

—Así que no fue tan generoso, al fin y al cabo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nicolas.

Pero Paul se dirigía solo a Marianne:

—Y no nos protegió hasta el final.

Nicolas vio cómo su madre dejaba caer la cabeza sobre las rodillas, escondiendo la cara. Paul le dijo a Nicolas con el mismo tono cortante y frío:

—¿Qué pretendes hacer con eso?

—Colgarte.

Paul soltó una risotada:

—Es demasiado tarde. Un escapulario con un nombre no equivale a una confesión.

—Tú me escribirás esa confesión, en tal caso —dijo Nicolas.

—¿Me tomas por tonto? —replicó Paul.

Con la mano libre, intentó de repente agarrar el escapulario, pero Nicolas fue más rápido. Lo retiró de su alcance y, apretando fuertemente el puño sobre el cordel, lo agitó ante él. En esos tres años había crecido y además estaba

imbuido de una tremenda energía vengadora. Dominaba claramente a Paul y este se dio cuenta de que no era rival para él. Optó por la docilidad y la dilación.

—Deja esa vela y busca papel y pluma —ordenó Nicolas.

Había una mesa junto a la cama y Paul hizo lo que le mandaban. Encontró el tintero y una pluma, pero la punta estaba rota.

—Busca otra —dijo Nicolas—. Escribirás lo que te dicte.

Pero Paul no consiguió encontrar otra pluma.

—Deja que te cuente lo que pasó exactamente —suplicó—. Luego lo entenderás. No fue culpa nuestra. No nos juzgarás con tanta severidad.

Si hubiese dicho «No fue culpa mía» habría tenido una oportunidad de seguir argumentando, pero igual que Marianne antes que él, había incluido a su cómplice de forma inconsciente.

—Sácale punta a la pluma —dijo Nicolas con rostro impasible, ofreciéndole su cuchillo a Paul.

Marianne levantó la cabeza y reconoció el mango de marfil tallado, el cocodrilo con la cola plegada bajo el vientre. Lo había visto por última vez cuando habló con Nicolas para intentar explicarle cómo era ese hombre que ella misma no comprendía bien, su padre. Paul, como un colegial obediente, tomó el cuchillo, afiló la punta de la pluma, dejó el cuchillo en la mesa, mojó la pluma en el tintero y esperó. Nicolas lo mantuvo a la espera.

—Está muy afilado —dijo nerviosamente, señalando el cuchillo.

Nicolas contestó con calma:

—Mi padre y yo manteníamos en buen uso nuestros utensilios. —Y tras una breve pausa, siguió—: Escribe. —Y en posesión de una autoridad absoluta, empezó a dictar—: Yo, Paul Damas, por la presente confieso...

—Nada bueno saldrá para nosotros de todo esto —dijo Marianne.

—Es lo único que necesito —dijo Nicolás—. Se lo llevaré a Sanson, que sabrá qué hacer con ello. Permitirá rehabilitar el nombre de mi padre, recuperar mi patrimonio. Limpiar tu vergüenza.

—No puedes entenderlo —dijo su madre—. Soy tan culpable como Paul.

Nicolas había recogido su cuchillo. Lo sostenía entre los dedos, distraído; había estado a punto de guardarlo en su funda. Se quedó inmóvil y miró fijamente a su madre.

—Te has casado con Paul —dijo al cabo de un rato, con voz entrecortada—, pero no asesinaste a mi padre.

—Sí, quiero decir, no —dijo ella desesperadamente, apartándose el pelo de la cara con las dos manos—. No me he casado con Paul. Esto es lo que pasó...

Y se lo contó todo, desde el principio: la primera traición, que tan inofensiva había parecido; el estúpido plan, que no tenía intención de causar gran daño, y el error de Paul al colocar los panfletos; la prolongada confusión en que se había visto sumida mientras esperaba, preguntándose qué habría sido de Paul, qué haría Jean, qué debería hacer ella misma.

Paul escuchaba con la cabeza gacha, en la mano todavía la pluma, con la tinta secándosele en la punta. Nicolas escuchó, siempre inmóvil, hasta que Marianne habló de sus dudas sobre qué haría Jean al ser sometido a tormento. Entonces exclamó, incrédulo, con la voz llena de horror:

—¿Permitiste que fuera torturado?

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Habrían ahorcado a Paul.

Al oír eso, Nicolas soltó un grito, solo un chillido, ni una palabra, y levantó la mano contra su madre. Seguía teniendo el cuchillo en ella. Fue a golpearla directamente, y el cuchillo le habría atravesado el pecho, pero Marianne se volvió al ver alzarse la mano de Nicolas y la hoja se le clavó en el cuello justo debajo de la oreja. Un gran chorro de sangre saltó por encima de la mano de Nicolas antes de que pudiera retirarla, de un vivo color escarlata a la luz de la vela, derramándose a mares por encima del camisón blanco. El chico dejó caer el cuchillo y cogió a su madre entre sus brazos, tan atónito como parecía estarlo ella el último instante en que le vio la cara.

Intentó cortar la hemorragia apretando la mano contra su garganta. Siendo niño, una vez había rescatado a un gatito de las fauces de un perro, y lo había sostenido entre sus manos buscando las heridas que debían de haberle infligido los dientes del can, pero no pudo encontrar ninguna en el suave pelaje amarillo. No había soltado al gato, pensando que se recuperaría, mientras el animalito se retorció en sus manos y arqueaba su pequeño espinazo huesudo. Cuando intentaba tranquilizarlo acariciándolo, el gato sacó cuán larga era su lengua rosada y curva y se quedó todo lacio de repente. La resignación completa, la total desaparición de esa pequeña voluntad

individual, abrieron ante sus ojos un abismo de acabamiento. Fue su primer encuentro con la muerte. Mientras la sostenía, su madre se retorció una vez, como el gatito, luego se puso rígida, se arqueó apartándose de él, y por último se quedó fláccida entre sus brazos.

Dejó caer su cuerpo en la cama y se volvió, todo cubierto de sangre como estaba, hacia Paul. Su rostro no expresaba nada, pero Paul leyó en él su propia muerte e hizo ademán de recuperar el cuchillo que estaba sobre las sábanas arrugadas y ensangrentadas. Nicolas reaccionó ante el movimiento. Los dos se precipitaron sobre el arma al tiempo; enderezándose, de pie junto al lecho, sus manos se enzarzaron por su posesión. No había duda de quién saldría vencedor. Nicolas contaba con todas las ventajas de la juventud y la superioridad abrumadora de su furia. Tras apuñalarlo repetidas veces, dejó a Paul tirado encima de las piernas de Marianne. Luego salió de la habitación.

La vela ardió hasta extinguirse, goteando en un charco de sebo, y el sebo se solidificó con el frío.

Nicolas bajó la escalera muy despacio, con mucho cuidado. Salió a la calle. El farol del cruce seguía encendido, con un halo de bruma. Con paso inseguro y lento, cruzó bajo el farol, volvió la esquina y se dirigió, siempre pausadamente, hacia el Sena.

Sus manos estaban pringosas de sangre y sentía tesa la mejilla allí donde la sangre se estaba coagulando. Notaba los labios rígidos. Se los humedeció con la lengua y percibió el sabor de la sangre. Tenía una sola idea en mente, y era lavarse las manos y la cara. Había un *abrevoir* junto al río, creyó recordar, más allá del Pont Neuf, donde bajaban a beber a los caballos y al ganado. Recorrió el muelle des Augustins hasta pasar el puente y llegar a una rampa de piedra por la que descendió, siempre muy despacio, bajo la bóveda de piedra, hasta llegar al río.

Resultaría delicioso lavarse la cara en agua lo más fría posible. Le ardía bajo la costra de sangre coagulada. En la oscuridad oyó el chapaleteo del río. Se arrodilló en la grava mojada y hundió las manos en el agua. Estaba fría, como había imaginado, y la noche era también fría, pero incluso después de haberse lavado la cara en toda esa frialdad, le seguía ardiendo, como si la tuviera en llamas. En la superficie del agua no se reflejaba ninguna lumbre, ningún lucero. El río fluía en ondulaciones constantes más allá de la orilla

donde estaba arrodillado. Soplabla una brisa sobre el agua. Quizás se tratara de la brisa matutina, porque la masa sólida de la Cité se alzaba al este, recortándose sobre un cielo menos oscuro. Distinguió las dos torres chatas de la catedral por encima de los tejados y las torres.

Lo encontraron ahí, al borde del río, unos lacayos que iban a abreviar sus caballos después de dejar el carruaje en su cochera. Llegaron con antorchas a muy temprana hora de la mañana con un gran chacoloteo de cascos, hablando y riéndose, y cantando trozos de canciones lúbricas, y les pareció raro que no les prestase la menor atención hasta que lo pusieron de pie y le dieron la vuelta. Entonces vieron la sangre que le cubría la ropa, húmeda asimismo de barro y agua, y manchada de la lama negra que se filtraba a través de la gravilla del río sobre la que se había hincado de rodillas.

No supo explicarles cómo se había manchado. No se acordaba.

Permaneció varias semanas en el hospicio de Saint-Lazare presa de fiebre cerebral. En una ocasión, durante unas pocas horas, recordó lo suficiente para hablar de Sanson, y del cuarto donde había encontrado a Paul y a su madre, pero murió antes de poder ser procesado por ningún crimen.

# Janet Lewis o cómo resucitar al lector

*El juicio de Sören Qvist* reivindica el talento narrativo de la gran dama de la poesía

*Por José Luis de Juan*

**L**a vida literaria de Janet Lewis (Chicago, 1899-Los Altos, 1998) empezó con la poesía y se cerró con un último poema. En esos 76 años de interludio, la longeva escritora escribió varias novelas. Debutó con *La invasión* (1932), que pasaría sin pena ni gloria. Después probaría fortuna con la novela histórica narrando, con el telón de fondo de los Grandes Lagos, las vicisitudes de un inmigrante irlandés casado con una india ojibwe. Más tarde, mientras se gestaba la Segunda Guerra Mundial, Janet, ya instalada en California con su marido y sus dos hijos, decidió escribir una historia cuya intriga atrapase al lector. Como no daba con ninguna trama que le funcionara, su marido, el poeta Yvor Winters (al cual había conocido gracias a la literatura y la tuberculosis), le sugirió que echara un vistazo a un libro que le acababan de prestar, *Casos de pruebas circunstanciales*. Esta sesuda obra de un penalista inglés del siglo XIX alumbraría con el tiempo tres soberbias novelas en las que la fidelidad a los hechos es la sólida fachada tras la que se viven universales dramas íntimos explicados con severa dulzura y obstinada precisión.

«Una mañana de enero de 1539 se celebró una boda en el pueblo de

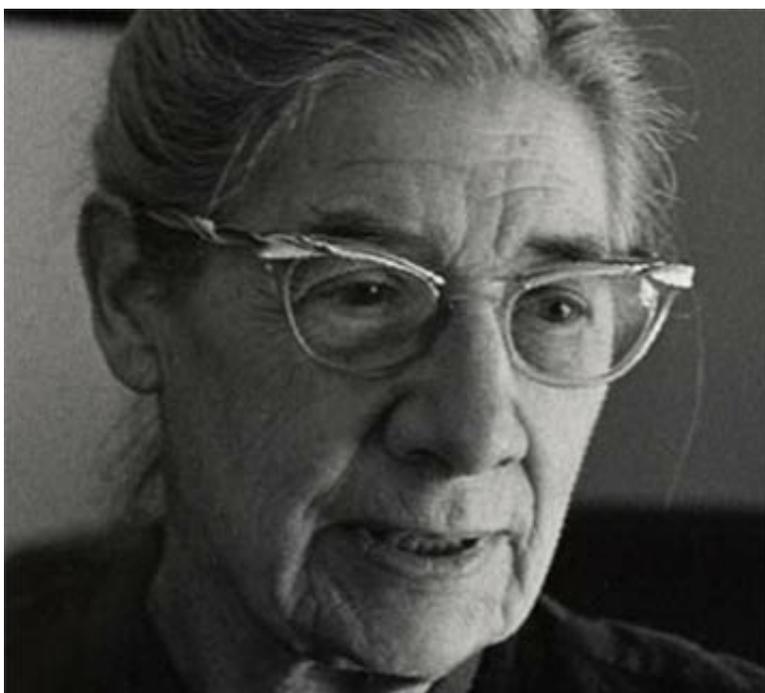
Artigues»: con esta simple frase empieza un relato de insospechada profundidad y resonancia, *La mujer de Martin Guerre* (1941). El raro arte de la novela breve, patrimonio de rusos como Chéjov y Tosltói pero también de americanos como Melville y James, sin olvidar a Flaubert, florecía de nuevo de la mano de quien había sido compañera de instituto de Hemingway en Oak Park, Illinois. Y lo hacía centrando el foco en una mujer joven, casada a los once años, Bertrand de Rols, que en la Francia turbulenta del XVI se enfrentaba a la engañosa evidencia de un marido retornado, que para ella era otro y para los demás era el mismo. Su dilema entre la cómoda aceptación de la mentira y la claridad insufrible de la verdad arrojan al lector contra las cuerdas de su propia vida. Los jueces y el mismo sistema legal son incapaces de arañar la complejidad de la elección moral que comporta enfrentarse a las circunstancias de la existencia, que siempre son extrañas, ajenas. Así le pasó a Jean Larcher, el encuadernador parisiense traicionado por su mujer y el aprendiz que acogió, en la última novela de la trilogía, *El fantasma de Monsieur Scarron*. Hay en esa poeta imaginista de los años de juventud, Janet Lewis, que pasó seis meses en París sin tropezarse con ninguno de los genios de la «generación perdida», ni siquiera con su condiscípulo Ernest, ese lírico existencialismo que encontramos en Jean Giono. Del protagonista de su segunda novela de la serie, *El juicio de Sören Qvist* (1947), dice Lewis en el prefacio que «era uno más de los muchos hombres y mujeres que han preferido perder la vida antes que aceptar un universo sin propósito ni sentido».

Propósito y sentido tiene y mucho esta novela, más larga que la primera, acerca de un pastor danés que es acusado de matar a un criado díscolo y holgazán. Lewis arranca esta vez con la imagen de un mendigo manco llegando a una posada de Jutlandia. Rechazado, se encamina al pueblo cercano y pide cobijo en la rectoría. La mujer mayor que le atiende se sobresalta al oírle decir mientras se calienta en el hogar que es Niels Bruus. Ella vio desenterrar a ese hombre muchos años atrás, en el huerto del llorado Sören Qvist. El juicio y calvario del pastor cobra ahora una luz por completo diferente, desautorizando los hechos del pasado. Turbada, la anciana fuerza al nuevo pastor a ir en busca del juez de la comarca, que sufrió en sus propias carnes aquel juicio terrible. Esos cuatro intensos capítulos iniciales despiertan de golpe al lector cansado de imposturas novelísticas, que se siente, igual que el

manco, «resucitado» como lector. De los capítulos 1 al 21, la autora despliega la historia, dando vida al irascible clérigo y a su hija Anna. Así como al resto de personajes: la ama Vibeke, el hermano de Niels, Morten y el joven juez Thorwaldsen, que habrá de juzgar y condenar a quien iba a convertirse en su suegro. El lector ve con creciente emoción y horror cómo las piezas de una maligna venganza desembocan en una modélica injusticia. Y ve el dilema moral que el destino reserva a la hija del pastor, que, de manera parecida a Bertrand, reniega de las evidencias y se aferra a la intuida esencia de las cosas. Cómplice de Anna, el lector siente incluso los latidos de su corazón. Siente que está en peligro, como todos nosotros. Y se envuelve en el paisaje, el olor y la atmósfera rural de Jutlandia, a los que nuestra autora trata como un personaje más, y no el de menor enjundia: «Cuando empezaron las heladas de verdad, los bosques, hoja a hoja, se volvieron oro puro».

No hay duda que estamos ante una meticulosa dama de la poesía, como señala en el prólogo José Carlos Llop. Y en ella hallaremos el secreto de ese talento callado. Igual que en sus novelas, Janet Lewis era una poeta que convertía la simplicidad en preciosa música. En sus *Selected Poems* leemos estos versos que evocan la suerte de Helena de Troya en la edad tardía, tan diferente, o quizá no, a la suya: «Nadie llega / con un relato de amor pacífico. / El rumor que se desvanece / es una lluvia de brasas, reyes que lloran».

**JOSÉ LUIS DE JUAN /  
EDICIONES EL PAÍS, S.L., 2017**



JANET LEWIS (Chicago, 1899 - Los Altos, California, 1998) fue una novelista, cuentista y poeta, hija de un profesor de Inglés, que le enseñó a amar la poesía. Fue compañera de instituto de Ernest Hemingway. Estudió francés en la Universidad de Chicago, a cuyo prestigioso Círculo Poético perteneció, y donde conoció a autores de la talla de Glenway Wescott (1901-1987), Elizabeth Madox Roberts (1881-1941) o Yvor Winters (1901-1968), con quien se casaría. En 1920, nada más obtener la licenciatura, se marchó a París, donde permaneció casi un año, adelantándose a famosos integrantes de la «Generación Perdida», como Hemingway o Scott Fitzgerald, aunque no participó de la vida bohemia de esa comunidad de expatriados literarios. A su regreso, publicó su primer libro de poemas, *The Indian in the Woods* (1922), en el que se hacía patente su pasión por la cultura de los indios americanos, que la acompañó toda la vida, y enfermó gravemente de tuberculosis. Curada tras cuatro años en un sanatorio de Nuevo México, se casó con Winters y la pareja se instaló en California, de donde ya no se moverían. Janet Lewis dio prioridad a su matrimonio, dedicándose a cuidar de su marido y de los dos hijos que tuvieron, pero nunca dejó de escribir. Durante cerca de veinte años se dedicó preferentemente a la novela, y en ese intervalo nacieron *La mujer de*

*Martin Guerre* (1941), *El juicio de Sören Qvist* (1949) y *El fantasma de Monsieur Scarron* (1959), las tres novelas que integran la serie Casos de pruebas circunstanciales. Después volvió a la poesía, publicando varias colecciones más (la última, la antología *The Dear Past and Other Poems*, 1919-1994, en 1994), aunque también escribió seis libretos de ópera, dos de ellos basados en obras propias.

# Notas

[<sup>1</sup>] Es el capítulo 39, «Case of Martin Guerre», págs. 279-294 de la cuarta edición ampliada y revisada, publicada por Frederick D. Linn & Co., en Jersey City, en 1879 (*N. del T.*). <<

[2] Essais, III, 11: «Des boîteux». [*«De los cojos»*]. (N. del T.). <<

[3] En francés, «pancita». (N. *del T.*) <<

[4] Alusión al título de una de las obras más conocidas del autor danés, *E bindstouw* (1842), recopilación de cuentos y poemas en dialecto Jutlandés. El relato al que se refiere Janet Lewis, «Praesten i Vejlbj. En Kriminalhistorie» apareció por primera vez en 1829. (*N. del T.*) <<

[5] Es el Cap. IV, «Case of Sören Qvist», págs. 14-29 de la cuarta edición ampliada y revisada, publicada por Frederick D. Linn & Co., en Jersey City, en 1879. (*N. del T.*). <<

[6] *Bitte Mand i Knibe* en su idioma original; danza popular danesa para dos parejas, originaria de Jutlandia. (N. del T.). <<

[7] Lucas, 24,13-53. (N. del T.). <<

[8] *Den toppede høne*, otro baile popular danés, para dos mujeres y un hombre; véase la nota anterior. (*N. del T.*). <<

[9] Lucas 14, 23; Mateo 22,9. (*N. del T.*). <<

[<sup>10</sup>] *Mateo* 20, 1-16. (N. del T.). <<

[11] «Confío en los guardianes del Señor, es decir, en los demonios». (*N. del T.*) <<

[12] Se le ha atribuido a Solón, a Heródoto y a Esquilo entre otros. (*N. del T.*).

<<

[13] Desde el Concilio de Trento (1545), el Eclesiástico, también conocido como Libro de la Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac, forma parte de la Biblia católica. No es el caso de la versión protestante del texto canónico, que es la que maneja Sören Qvist, que lo relega entre los llamados libros apócrifos o deuterocanónicos. *(N. del T.)*. <<

[<sup>14</sup>] Proverbios, 18,32. Véase el capítulo 6. (*N. del T.*) <<

[15] En Francia, «*faire ses Pâques*» significa comulgar en esa festividad, cumplir con la Iglesia (*N. del T.*). <<

[16] Alusión a la comedia de Molière, estrenada en 1668 (*N. del T.*). <<

[17] La calle por la que van los personajes es la rue Vide-Gousset, que desemboca en la place des Victoires. Literalmente, *vide-gousset*, término caído en desuso, es «el que vacía la bolsa», es decir, un ladrón o carterista. El nombre, de origen medieval, alude probablemente a los robos que solían tener lugar en esa zona (*N. del T.*). <<

[18] «El Rey te toca; que Dios te cure». (*N. del T.*). <<

[19] «El poder de los reyes es absoluto; hacen cuanto desean». (*N. del T.*). <<

[20] «De cómo *Scarron se le apa rece* a madame de Maintenon, y de los reproches que le hace a cuenta de sus amores con Luis el Grande. En Colonia, en casa de Jean le Blanc, MDCXCIV». (*N. del T.*) <<

[21] Esta isla, situada río arriba justo a continuación de la isla de San Luis, y de dimensiones muy similares a las de esta, ya no existe como tal, al haberse cegado en 1847 el brazo del río que la separaba de la orilla derecha del Sena (*N. del T.*). <<

[22] «Es toda Venus unida a su presa». Jean Racine, *Fedra* (I, 3, v. 306). (*N. del T.*) <<

[23] De Antoinette des Houlières o Deshoulières (1634P-1694). «Mientras se es bella... / Pero poco es el tiempo que tenemos para serlo, y mucho en cambio para no serlo ya». (*N. del T.*). <<

[24] «La rosa de tu blanco rosal / es una rosa blanca. / No he pedido un beso / al cortar la rama». (*N. del T.*). <<

[25] «Aquí está el placer, señora, aquí está el placer. / No lo comáis, señora, que moriréis». (*N. del T.*). <<

[26] Mateo, 12,1-8 (*N. delT.*). <<

[27] «En tiempos de Fouquet, al que aún lloramos, / disfrutábamos del siglo de oro / A continuación vino el siglo de plata...». (*N. del T.*). <<

[28] «Y Francia hoy en día, sin plata y sin grano / al siglo de hierro ha quedado reducida / por el turbulento Pontchartrain». Estos versos, como los traducidos en la nota anterior, forman parte de un madrigal anónimo que circuló supuestamente por la corte, según el *Mercure historique et politique* de febrero de 1694, pp. 178-179. Existen otras versiones, más extensas («Epigramme sur les quatre derniers ministres d'état qui ont gouverné les finances du Royaume de France»), y con algunas variantes en los versos citados por la autora, que sigue la lección del *Mercure* (N. del T.). <<

[29] *Eclesiastès, 12,12 (N. del T.)*. <<

[30] A finales del siglo XVII, la isla de Notre Dame fue unida a la vecina isla de las Vacas para formar la actual isla de San Luis, así conocida desde 1725 (*N. del T.*). <<

[31] Oficina oficial de colocación de nodrizas y sirvientes (*N. del T.*). <<

[32] *Es cita aproximada de la obra póstuma de Bossuet La política según las Sagradas Escrituras (1709): « Ya lo he dicho, sois dioses; es decir, tenéis en vuestra autoridad y lleváis sobre vuestra frente un carácter divino » (N. del T. ). <<*

[33] Cita no del todo exacta de los primeros versos del segundo cántico de los *Cantiques spirituels* de Racine (1694), titulado «Plaintes d'un Chrétien sur les contrariétés qu'il éprouve au-dedans de lui-même (tiré de l'Epître de Saint Paul aux Romains, chapitre VII)». El cuarto verso reza en realidad: «*Mon coeur te soit toujours fidèle*», en el sexto el verbo es «*révolte*» en lugar de «*soulève*». (N. del T.). <<

[34] Existen varias versiones de este dístico anónimo, atribuido a un visitante gascón, que puede traducirse por: «La Feuillade, vive Dios, que parece que de mí te burlas / Colocar al sol entre cuatro farolas». (*N. del T.*), <<

[35] Lucas, 6,22 (*N. delT.*). <<

[36] «El rey me ordena escribiros que, en caso de que Chavance, librero de Lyon, sea condenado a muerte, es deseo de su majestad que suspendáis la ejecución de la sentencia hasta nueva orden». (*N. del T.*). <<

[37] «Chavance fue sometido a tormento y habló, acusando a los frailes. Se levantó el patíbulo en la Grève y la carreta fue llevada al Châtelet. Llegó entonces la orden de suspender la ejecución, al igual que el juicio de La Roque, hijo de un pastor de Vitré y de Ruán, que ha escrito el prefacio de esos libros impúdicos. Se dice que Chavance es pariente o allegado del padre Lachaise, confesor del rey, quien ha conseguido la suspensión». (*N. del T.*). <<

[38] Se trata de un libro auténtico, obra del reverendo y polemista Peter Heylyn (1599-1662): *Historia del Sabbat*, por Peter Heylyn, Londres. Impreso por Henry Seyle, a la venta en la Hostería de la Cabeza del Tigre, junto al camposanto de la iglesia de San Pablo, 1636 (*N. del T.*). <<

[39] «Contiene el estado actual de Europa, lo que pasa en todas las cortes, lo que es del interés de los príncipes, sus intrigas y, en general, todo aquello que resulta llamativo en el mes de diciembre de 1694 / En La Haya / En casa de Henri Van Bulderen, mercader librero en el Pooten, con la enseña de Mézeray, MDCXCIV. Con privilegio de los Estados de Holanda y de Westfalia». (*N. del T.*). <<

[40] Epístola a los Hebreos, 9,22: «Y casi todo según la ley se purifica con sangre. Y sin efusión de sangre no se da remisión». (*N. del T.*). <<

[41] *En Caen (N. del T.)*. <<

[42] La formulación aparece en la *Suma Teológica* de santo Tomás de Aquino (*N. del T.*) <<